D. Félix Sardá y Salvany

PROPAGANDA CATOLICA

TOMO VI

El liberalismo es pecado. El apostolado seglar. Masonismo y Catolicismo. Conferencias varias.

PROPAGANDA CATÓLICA,

POR

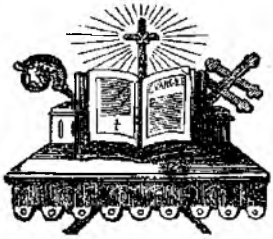
D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY,

PRESBÍTERO,

DIRECTOR DE LA REVISTA POPULAR.

TOMO VI.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA.



BARCELONA.

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5.

1891.

ÍNDICE.

EL LIBERALISMO ES PECADO.

	Págs.
Aprobaciones.	7
Introduccion..	11
I.—¿Existe hoy dia algo que se llama Liberalismo?	15
II.—¿Qué es el Liberalismo?	17
III.—Si es pecado el Liberalismo y qué pecado es..	19
IV.—De la especial gravedad del pecado del Liberalismo.	21
V.—De los diferentes grados que puede haber y hay dentro de la unidad específica del Liberalismo.	23
VI.—Del llamado Liberalismo católico ó Catolicismo liberal.	26
VII.—En qué consiste probablemente la esencia ó intrínseca razon del llamado Catolicismo liberal.	27
VIII.—Sombra y penumbra, ó razon extrínseca de esta misma secta católico-liberal.	30
IX.—De otra distincion importante, ó sea del Liberalismo práctico y del Liberalismo especulativo ó doctrinal.	33
X.—El Liberalismo de todo matiz y carácter ¿ha sido formalmente condenado por la Iglesia?	34
XI.—De la última y más solemne condenacion del Liberalismo por medio del *Syllabus*.	38
XII.—De algo que pareciendo Liberalismo no lo es, y de algo que lo es aunque no lo parezca.	40
XIII.—Notas y comentarios á la doctrina expuesta en el capítulo anterior.	44
XIV.—Si en vista de esto es lícito ó no al buen católico aceptar en buen sentido la palabra *Liberalismo*, y asimismo en buen sentido gloriarse de ser liberal.	46
XV.—Una observacion sencillísima que acabará de poner en su verdadero punto de vista la cuestion.	50

XVI.—¿Cabe hoy en lo del Liberalismo error de buena fe? 52
XVII.—De varios modos con que sin ser liberal un católico puede hacerse no obstante cómplice del Liberalismo. 56
XVIII.—De las señales ó síntomas más comunes con que se puede conocer si un libro, periódico ó persona andan atacados ó solamente resabiados de Liberalismo. 60
XIX.—De las principales reglas de prudencia cristiana que debe observar el buen católico en su trato con liberales. 63
XX.—De cuán necesario sea precaverse contra las lecturas liberales. 66
XXI.—De la sana intransigencia católica en oposicion á la falsa caridad liberal. 70
XXII.—De la caridad en lo que se llama las formas de la polémica, y si tienen en eso razon los liberales contra los apologistas católicos. 73
XXIII.—Si es conveniente al combatir el error combatir y desautorizar la personalidad del que lo sustenta y propala. 78
XXIV.—Resúelvese una objecion á primera vista grave contra la doctrina de los dos capítulos precedentes. . 80
XXV.—Confírmase lo últimamente dicho con un muy concienzudo artículo de *La Civiltà cattolica*. . . . 83
XXVI.—Continúa la hermosa y contundente cita de *La Civiltà cattolica*. 87
XXVII.—En que se da fin á la tan oportuna como decisiva cita de *La Civiltà cattolica*. 93
XXVIII.—Si hay ó puede haber en la Iglesia ministros de Dios atacados del horrible contagio del Liberalismo. 97
XXIX.—¿Qué conducta debe observar el buen católico con tales ministros de Dios contagiados de Liberalismo? 101
XXX.—Qué debe pensarse de las relaciones que mantiene el Papa con los Gobiernos y personajes liberales. . 104
XXXI.—De las pendientes por las que con más frecuencia viene á caer un católico en el Liberalismo. . . 107
XXXII.—Causas permanentes del Liberalismo en la sociedad actual. 110
XXXIII.—Cuáles son los medios más eficaces y oportunos que cabe aplicar á pueblos señoreados por el Liberalismo. 112

XXXIV.—De una señal clarísima por la que se conocerá fácilmente cuáles cosas proceden de espíritu sanamente católico y cuáles de espíritu resabiado ó radicalmente liberal. 114
XXXV.—Cuáles son los periódicos buenos y cuáles son los malos, y qué se ha de juzgar de lo bueno que tenga un periódico malo, y, al revés, de lo malo en que puede incurrir un periódico bueno. 118
XXXVI.—Si es alguna vez recomendable la union entre católicos y liberales para un fin comun, y con qué condiciones. 121
XXXVII.—Prosigue la misma materia. 123
XXXVIII.—Si es ó no es indispensable acudir cada vez al fallo concreto de la Iglesia y de sus Pastores para saber si un escrito ó persona deben repudiarse y combatirse como liberales. 126
XXXIX.—¿Y qué me decís de la horrible secta del *Laicismo,* que desde hace poco, al decir de algunas gentes, causa tan graves estragos en nuestro país? . . . 131
XL.—Si es más conveniente defender en abstracto las doctrinas católicas contra el Liberalismo, ó defenderlas por medio de una agrupacion ó partido que las personifique. 136
XLI.—Si es exageracion no reconocer como partido perfectamente católico más que á un partido que sea radicalmente antiliberal. 139
XLII.—Dase de paso una explicacion muy clara y sencilla de un lema, por muchos mal comprendido, de la *Revista popular*. 142
XLIII.—Una observacion muy práctica y muy digna de tenerse en cuenta sobre el carácter aparentemente distinto que ofrece el Liberalismo en distintos países y en diferentes períodos históricos de un mismo país. . 145
XLIV.—Y ¿qué hay sobre la *tesis* y sobre la *hipótesis* en la cuestion del Liberalismo, de que tanto se ha hablado tambien en nuestros últimos tiempos? . . 150
Epílogo y conclusion. 155

EL APOSTOLADO SEGLAR.

Introduccion.. 159
I.—Qué se entiende por Propaganda católica, en el sentido que vulgarmente se da hoy dia á esta palabra. . . 163

II.—Cuál sea la importancia de esta materia, principalmente en nuestros tiempos. 168
III.—Cuán excelente en sí y cuán honroso sea para el fiel cristiano este ejercicio de la Propaganda católica. 172
IV.—De los consuelos que trae para el fiel cristiano el recto ejercicio de la Propaganda católica. . . . 176
V.—De lo que es simpático y noble para todos los corazones este ejercicio. 179
VI.—Quiénes vienen llamados al ejercicio nobilísimo de la Propaganda católica. 182
VII.—De los que pueden y deben con especialísima razon ser honrados con el dictado de Propagandistas, y de las circunstancias especiales que deben adornar al que desee serlo, y en primer lugar de la sana y ejemplar conducta. 186
VIII.—De la segunda condicion que debe tener el Propagandista católico, que es la competente instruccion. . 191
IX.—Del espíritu de fe, que debe ser otra de las principales virtudes del Propagandista católico. . . . 195
X.—Del sumo horror á la herejía que debe caracterizar al buen Propagandista. 199
XI.—De una de las principales aplicaciones de ese espíritu de fe, que debe ser una sana y bien comprendida intransigencia. 204
XII.—De la verdadera caridad que debe animar en todos sus actos al Propagandista católico. 209
XIII.—Confírmase esta doctrina con una cita de gravísima autoridad.. 215
XIV.—Adúcese á este mismo objeto otra preciosísima cita de un antiguo autor español. 218
XV.—De la amabilidad, dulzura y buen trato que deben juntamente ser virtudes (en nada opuestas á la anterior) del Propagandista. 223
XVI.—De la tenacidad y perseverancia. 227
XVII.—De la abnegacion ó desinterés. 230
XVIII.—De la prudente desconfianza en las propias fuerzas, y del abandono y seguridad en las de Dios. . . 233
XIX.—Del espíritu de oracion. 237
XX.—De las reglas más comunes para la Propaganda, y en primer lugar del espíritu de asociacion. . . . 240
XXI.—De dos bases fundamentales sobre que debe fundarse toda buena asociacion de Propaganda. . . 243
XXII.—Que nada debe considerarse pequeño é insignifi-

cante en el ejercicio de la Propaganda. 246
XXIII.—Del medio más general de Propaganda, que es el buen ejemplo. 249
XXIV.—¿Cuándo y dónde debe procurar dar buenos ejemplos el Propagandista católico? 253
XXV.—¿Cómo y en qué formas debe ó puede emplear el Propagandista esta arma del buen ejemplo? . . . 256
XXVI.—De la pública manifestacion en concepto de grande exhibicion de buenos ejemplos. 259
XXVII.—De la conversacion, como otro medio muy general de Propaganda católica. 262
XXVIII.—De las condiciones de la buena conversacion. 265
XXIX.—De las polémicas religiosas en la familiar conversacion. 268
XXX.—De la beneficencia como arma de Propaganda católica. 272
XXXI.—De la caridad en su primer oficio de apóstol, cual es el prevenir en favor de la verdad. . . . 275
XXXII.—De la caridad en su segundo y en su tercer oficio de apóstol, cuales son convencer de la verdad y confirmar en ella. 278
XXXIII.—Confírmase lo anterior con algunos ejemplos. 281
XXXIV.—De un objeto que debe serlo privilegiadísimo del buen Propagandista: los niños. De su primera necesidad: la falta de educacion. 284
XXXV.—Del segundo peligro de la niñez en nuestros dias: la educacion falsificada. 288
XXXVI.—De lo que puede hacer en favor de ambas urgentísimas necesidades el Propagandista católico. . 290
XXXVII.—De las escuelas nocturnas y dominicales. . 293
XXXVIII.—De otra clase muy digna de los cuidados del Propagandista católico, cual es la obrera. . . . 296
XXXIX.—Qué remedios cabe aplicar á esas tres llagas principales del obrero de nuestros dias. De los Círculos católicos. 300
XL.—De la Propaganda por medio de la prensa, y de lo mucho y muy bueno que en este ramo puede hacerse. 303
XLI.—Dase cumplida respuesta á la pregunta con que termina el capítulo anterior.. 305
XLII.—Cuán industrioso debe ser en este particular el celo del Propagandista católico.. 308
XLIII.—De las bibliotecas parroquiales. 311
XLIV.—De la mision especial del Periodismo en la Pro-

paganda católica. 314
XLV.—De la Propaganda por medio del culto y de los ejercicios piadosos. 317
XLVI.—De las Romerías como medio especialísimo de Propaganda en nuestros tiempos. 320
XLVII.—Del espíritu que ha de animar á toda Romería para que sea lo que debe ser. 322
XLVIII.—De los Centenarios religiosos, y cómo puede y debe promoverlos el buen Propagandista. . . . 324
XLIX.—Prosigue la misma importantísima materia. . 328
L.—De la Propaganda por medio de los públicos regocijos. 330
LI.—De cómo la misma frivolidad social puede alguna vez utilizarla para sus santos fines el Propagandista católico. 332
LII.—De una grave dificultad que suele oponerse por ahí contra este ejercicio de la Propaganda católica, cual es la supuesta intrusion de los seglares en cosas eclesiásticas. 335
LIII.—Supuesta desautorizacion de las cosas de la Iglesia por andar en manos de seglares. 338
LIV.—Excusas que suelen alegarse para no entrar en el ejercicio de la Propaganda. Primera: «No quiero comprometerme.» 341
LV.—Segunda excusa: «No tengo tiempo para esas cosas.» 343
LVI.—Tercera excusa: «Harto hace cada uno con procurar su propia salvacion.» 344
LVII.—Cuarta excusa: «Soy hombre sin letras, y nada sé de esas cuestiones del dia.» 346
LVIII.—Quinta excusa: «No quiero ser como tantos que figuran en obras católicas, y no obstante se saben de ellos mil picardías.» 347
LIX.—Sexta excusa: «No he de ser yo quien consiga poner remedio á tantos males.» 349
LX.—Séptima excusa: «Bueno; pero es lo cierto que tambien me puedo salvar sin meterme en tantos enredos.» 351
LXI.—Una palabra á la mujer. 352
LXII.—Reflexiones generales. Conclusion. 357

MASONISMO Y CATOLICISMO.

Introduccion.. 361
I.—¿A qué esa nueva condenacion que de la Masonería y de sus doctrinas acaba de publicar en la Encíclica *Humanum genus* el Romano Pontífice?— Si son iguales Masonismo y Masonería. 364
II.—De la existencia en el mundo actual de ese horrible foco de anticristianismo que se llama la Masonería. . 369
III.—Si es realmente tan influyente y de tanto valer como se supone en el mundo actual la Masonería. . . 374
IV.—¿Pero no se dice por ahí por quien puede saberlo que la Masonería es una mera asociacion de beneficencia? 379
V.—En que se confirma, con una observacion muy al caso, lo dicho en el capítulo anterior. 380
VI.—De la Masonería bajo su aspecto doctrinal, ó sea del Masonismo, objeto preferente de este opúsculo. . 383
VII.—Concepto intrínseco de la Masonería bajo su aspecto doctrinal, ó sea esencial concepto de toda la enseñanza masónica. 385
VIII.—Aclárase más el concepto intrínseco y fundamental del Masonismo, y su oposicion esencial al Catolicismo. 388
IX.—De cuál sea la oposicion radical entre el Masonismo y el Catolicismo en el modo de apreciar el concepto de la Religion. 390
X.—De otro punto en que radicalmente se opone el Masonismo al Catolicismo, cual es el modo de considerar el Estado civil. 394
XI.—De lo que difieren el Masonismo y el Catolicismo con respecto á la constitucion de la Familia. . . . 397
XII.—Del modo radicalmente opuesto con que consideran el Masonismo y el Catolicismo los derechos de la Patria potestad. 401
XIII.—De cuán esencialmente contradictorios entre sí son los criterios con que discurren sobre la Propiedad el Masonismo y el Catolicismo. 404
XIV.—Cuál es el concepto masónico y cuál el católico sobre la pública Educacion.. 408

XV.—Qué piensa el Masonismo sobre la Enseñanza oficial y qué el Catolicismo. 410
XVI.—Prosigue esta misma importantísima materia. . 413
XVII.—Cuán diferentemente enseñan sobre Beneficencia el Masonismo y el Catolicismo. 416
XVIII.—Examínase el primero de los tres puntos señalados. 418
XIX.—Examínase el segundo de los referidos puntos. . 421
XX.—Se declara el tercero de los puntos sobredichos, que es hoy el más práctico. 425
XXI.—Prosigue el mismo asunto. 428
XXII.—Cómo andan radicalmente opuestos el Catolicismo y el Masonismo en el modo de apreciar el Arte. . 431
XXIII.—Cómo se ve muy clara la aplicacion de esta doctrina en las diversiones modernas. 433
Epílogo. 436

VARIAS CONFERENCIAS LEÍDAS EN DIFERENTES ASOCIACIONES CATÓLICAS.

El mal social y su más eficaz remedio. 439
La Mano negra, ó polluelos de la última cria liberal. . 457
Todo el problema. 475
Caracteres de la lucha actual: por ellos está justificada la conveniencia de las Asociaciones de Juventud católica. 493
La Dinamita social. 513
El Laicismo católico. 555
De aquellos polvos... ó sea influencia de la destruccion de los conventos en el desarrollo del Socialismo español. 573
Las negaciones de san Pedro. 587
Café y Billar. 599

EL LIBERALISMO ES PECADO.

CUESTIONES CANDENTES.

APROBACIONES.

Son varias las que ha merecido este libro desde su aparicion hasta el fallo de la sagrada Congregacion del Índice, y es nuestro deber consignarlas aquí:

Del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona, las obtuvo respectivamente para las ediciones castellana y catalana.

Del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Urgel, antes y después de un concienzudo informe de tres teólogos de aquel ilustre Cabildo.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Osma.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Tuy.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Mallorca.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Tarazona.

Del Ilmo. y Rdmo. Sr. Obispo de Montevideo.

Ultimamente, después de repetida denuncia á la sagrada Romana Congregacion del Índice, ha fallado este elevadísimo tribunal en la forma siguiente:

«Ex Secr. Sac. Indicis Congr., die 10 Januarii 1887.

«Excellentissime Domine:

«Sacra Indicis Congregatio accepit delationem Opusculi cujus titulus *El Liberalismo es pecado,* auctore D. Felice Sardá et Salvany, sacerdote hujus tuæ diœcesis, quæ delatio repetita fuit una cum altero opusculo cui titulus *El Proceso del Integrismo,* id est, *Refutacion de los errores contenidos en el opúsculo «El Liberalismo es pecado,»* auctor hujus secundi opusculi est D. de Pazos, canonicus diœcesis Vicensis. Quapropter eadem Sancta Congregatio maturo examine perpendit primum et alterum opusculum cum factis animadversionibus: sed in primo nil invenit contra sanam doctrinam, imo auctor ejusdem D. Felix Sardá laudem meretur eo quia solidis argumentis, ordine et claritate expositis, sanam doctrinam in materia subjecta proponat atque defendat absque cujuscumque personæ offensione.

«Verum non idem judicium fuit prolatum super altero opusculo edito à D. de Pazos, nam aliqua in re correctione indiget, et insuper approbari non potest modus loquendi injuriosus quo auctor utitur magis contra personam D. Sardá, quam contra errores qui supponuntur in opusculo dicti scriptoris.

«Hinc Sacra Congregatio mandavit ut D. de Pazos, monitus à proprio Ordinario, retrahat quantum fieri potest, dicti sui opusculi exemplaria, ac in posterum, si aliqua controversiarum quæ oriri posunt fiat discussio, se abstineat à quibuscumque verbis injuriosis contra personas, sicuti vera Christi charitas docet: eo vel magis quod dum Sanctissimus D. N. P. P. Leo XIII valde commendat ut errores profligantur, tamen non amat neque approbat injurias in personas, præsertim doctrina et pietate præstantes, illatas.

«Dum hæc de mandato S. Indi. Congr. tibi communico

ad hoc ut præclaro tuo diœcesano D. Sardá ad animi sui quietem manifestare possis, omnia fausta ac felicia Domino adprecor et cum omni observantiæ significatione subscribo.

«Amplitudinis tuæ.

«Addictissimus famulus Fr. Hieronymus Pius Saccheri, O. P., *S. Ind. Congr. à Secretis.*

«Ilmo. ac Revend. Domino Jacobo Catalá et Albosa, Episcopo Barchinonensi.»

VERSION CASTELLANA.

De la Secretaría de la Sagrada Congregacion del Índice, dia 10 de Enero de 1887.

Excelentísimo señor:

La Sagrada Congregacion del Índice recibió denuncia del opúsculo titulado *El Liberalismo es pecado,* su autor D. Félix Sardá y Salvany, sacerdote de esta tu diócesis: la cual denuncia se repitió juntamente con otro opúsculo titulado *El Proceso del Integrismo,* esto es, *refutacion de los errores contenidos en el opúsculo «El Liberalismo es pecado;»* autor de este segundo opúsculo es D. de Pazos, canónigo de la diócesis de Vich. Por lo cual dicha Congregacion aquilató con maduro exámen uno y otro opúsculo con las observaciones hechas: mas en el primero nada halló contra la sana doctrina, antes su autor D. Félix Sardá y Salvany merece alabanza, porque con argumentos sólidos, clara y ordenadamente expuestos, propone y defiende la sana doctrina en la materia que trata, sin ofensa de ninguna persona.

Pero no se formó el mismo juicio acerca del otro opúsculo publicado por D. de Pazos, porque necesita correccion en al-

guna cosa, y además no puede aprobarse el modo injurioso de hablar de que el autor usa, más contra la persona del señor Sardá que contra los errores que se suponen en el opúsculo de este escritor.

De aquí que la Sagrada Congregacion ha mandado que D. de Pazos sea amonestado por su propio Ordinario, para que retire cuanto sea posible los ejemplares de su dicho opúsculo; y en adelante, si se promueve alguna discusion sobre controversias que pueden originarse, absténgase de cualesquiera palabras injuriosas contra las personas, segun enseña la verdadera caridad de Cristo: con más motivo cuando nuestro Santísimo Padre Leon XIII, á la vez que recomienda mucho que se deshagan los errores, no quiere ni aprueba las injurias hechas, principalmente á personas sobresalientes en doctrina y santidad.

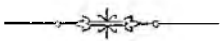
Al comunicarte esto de órden de la Sagrada Congregacion del Índice, á fin de que puedas manifestárselo á tu preclaro diocesano el Sr. Sardá para quietud de su ánimo, pido á Dios te dé toda prosperidad y ventura, y con la expresion de todo mi respeto, me declaro

De tu grandeza

Adictísimo servidor, FR. JERÓNIMO PIO SACCHERI, de la Orden de Predicadores, *Secretario de la Sagrada Congregacion del Índice*.

Ilmo. y Rdmo. Sr. D. Jaime Catalá y Albosa, obispo de Barcelona.

INTRODUCCION.



No te alarmes, pio lector, ni empieces por ponerle ya desde el principio mala cara á este librejo. Ni sueltes con espanto el papel, que por muy abrasadas y candentes que estén hasta el rojo blanco las cuestiones que en él ventilemos tú y yo en familiar y amistosa conferencia, no te quemarás los dedos con ellas, pues el fuego de que ahí se trata es metáfora y nada más.

Ya sé, y en son de disculpa me lo vas á decir, que no eres tú solo el que siente invencible repulsion y horror por tales materias. Harto me consta que ha venido á ser esta una como manía ó enfermedad poco menos que general. Mas dime en conciencia: si de lo candente huímos, es decir, de lo vivo y palpitante y contemporáneo y de actualidad, ¿á qué asuntos ha de consagrarse, que sean de algun interés, la controversia católica? ¿A combatir enemigos que murieron ya siglos hace, y que como muertos y putrefactos yacen de todo el mundo olvidados en el panteon de la historia? ¿O á tratar en serio y con mucha formalidad y con grande ahinco asuntos de hoy, es verdad, pero acerca de los que no hay opinion discordante ni hostilidad alguna contra los santos fueros de la verdad? ¿Y para eso ¡vive Dios! nos apellidamos soldados los católicos, y repre-

sentamos como ejército la Iglesia, y llamamos capitan á Cristo nuestro Señor? ¿Y fuera esa la vida de lucha que sin cesar se nos está intimando desde que por el Bautismo y Confirmacion se nos armó caballeros para tan gloriosa milicia? ¿Guerra de comedia ha de ser en que se pelee contra enemigos pintados y fantásticos, con armas de pólvora sola y con espadas sin punta, á las que solamente se exige que brillen y metan vano ruído, pero que no hieran ni causen al contrario la menor desazon?

Nó por cierto, que si es verdad, como divina verdad es el Catolicismo, verdad son y dolorosa verdad sus enemigos, verdad son y sangrienta verdad sus combates, verdad han de ser y no pura fantasía de teatro sus ofensivas y defensivas. De veras deben acometerse tales empresas y de veras llevarse á cabo: de veras deben ser, pues, las armas que se usen, de veras los tajos y reveses que se den, de veras las heridas que se causen ó que se reciban.

Abro la historia de la Iglesia, y en todas las páginas de ella me encuentro escrita, con huellas de viva sangre muchas veces, esta verdad. Cristo Dios, con sin igual entereza, anatematizó la corrupcion judaica, y frente á frente de las más delicadas preocupaciones nacionales y religiosas de su época, alzó la bandera de su predicacion, y lo pagó con la vida. Los Apóstoles, al salir del Cenáculo el dia de Pentecostes, no se pararon en pelillos para echar en rostro á los príncipes y magistrados de Jerusalen el asesinato jurídico del Salvador. Y les costó azotes por de pronto, y luego la muerte, el haber tocado esa por aquellos dias tan candente cuestion.

Y desde entonces á cada héroe de nuestro glorioso ejército ha hecho famoso la respectiva cuestion candente que le cupo en suerte dilucidar: la cuestion candente, la del dia, nó la fiambre y rezagada que perdió ya su interés, nó la futura y nonnata que está aún en los secretos del porvenir. Los primeros apologistas se las hubieron cuerpo á cuerpo con el paganismo coronado y sentado nada menos que en trono imperial, cuestion candente en que se arriesgaba la vida. A Atanasio le valió persecuciones, destierros, fugas, amenazas de muerte, excomuniones de falsos concilios la cuestion candentísima del Arrianismo, que en sus dias tuvo en conflagracion á todo el orbe. Y Agustin, gran adalid de todas las cuestiones candentes de su

siglo, ¿acaso les tuvo miedo por su incandescencia á los grandes problemas planteados por el Pelagianismo? Así de siglo en siglo y de época en época, á cada cuestion candente, que saca enrojecida de las fraguas infernales el enemigo de Dios y del género humano, destinó la Providencia un hombre ó muchos hombres, que como martillos de gran potencia sacudiesen de firme sobre tales errores candentes. Que martillar sobre hierro candente, ese es buen martillar: nó martillar sobre hierro frio, que es martillar de pura broma. Martillo de los simoníacos y concubinarios de Alemania fué Gregorio VII; martillo de Averroes y falsos aristotélicos fué Tomás de Aquino; martillo de Abelardo fué Bernardo de Claraval; martillo de Albigenses fué Domingo de Guzman, y así hasta nuestros dias; que fuera largo recorrer la historia paso por paso en comprobacion de una verdad que no mereciera los honores de una séria discusion, si no hubiese por desdicha tantos infelices empeñados en dejar oscurecida, á fuerza de levantar polvo, la misma evidencia.

Basta ya, pues, de eso, amigo lector; y dando un pasito más te diré, así en secreto que nadie nos oiga, que pues tuvo sus cuestiones candentes cada siglo pasado, cuestiones candentes y candentísimas debe de tener sin duda el siglo actual. Esto por necesidad. Y una de ellas, la cuestion de las cuestiones, la magna cuestion, la incandescente cuestion que con sólo tocarla despide chispas por todos lados, es la cuestion del Liberalismo. «Los peligros que en estos tiempos corre la fe del pueblo cristiano son muchos (han dicho poco há los sabios y valerosos Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos); pero se encierran todos en uno, que es, digámoslo así, su gran denominador comun: el Naturalismo... Llámese Racionalismo, Socialismo, Revolucion ó Liberalismo, será siempre, por su condicion y esencia misma, la negacion franca ó artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia importa evitarlo con diligencia, como importa salvar las almas.»

Con tan autorizada y gravísima declaracion tenemos oficialmente formulada la cuestion candente de nuestro siglo. Es verdad que no la habia formulado con menor, sino con mucha mayor autoridad y claridad el gran Pio IX en cien repetidos documentos; ni la ha propuesto pocos dias há al mundo con menos ahinco nuestro actual pontífice Leon XIII en su Encíclica *Hu-*

manum genus, que tanto ha dado y da y dará que hablar, y que tal vez no es aún la última palabra de la Iglesia de Dios sobre estas materias (1).

¿Y por qué sobre todas las demás herejías que le precedieron habia de tener cierto especial privilegio de respeto y casi de inviolabilidad el Liberalismo? ¿Acaso porque en la unidad de su absoluta y radical negacion de la soberanía divina las resume y comprende á todas? ¿Acaso porque más que otra alguna ha extendido por todo el cuerpo social su infeccion y gangrena? ¿Acaso porque, en justo castigo de nuestros pecados, ha logrado lo que algunas otras herejías no lograron, ser error oficial, legalizado, entronizado en los consejos de los príncipes y prepotente en la gobernacion de los pueblos? Nó; que estas razones son precisamente las que han de mover y forzar á todo buen católico á predicar y sostener contra él, cueste lo que cueste, abierta y generosa cruzada. A ese, á ese que es el enemigo, á ese que es el lobo, hemos de estar gritando á todas horas, siguiendo la consigna del universal Pastor, los que más ó menos hemos recibido del cielo la mision de cooperar á la salud espiritual del pueblo cristiano.

Tendido queda el paño, y principiada esta serie de breves y familiares conferencias. No será empero sin haber antes declarado que todos y cada uno de los puntos de ellas, hasta los más menudos ápices, sujeto al inapelable fallo de la Iglesia, único seguro oráculo de infalible verdad.

Sabadell, mes del Santísimo Rosario.—1884.

(1) No se habia aún publicado la Encíclica *Immortale Dei*.

EL LIBERALISMO ES PECADO.

I.

¿Existe hoy dia algo que se llama Liberalismo?

CIERTAMENTE: y parecerá ocioso que nos entretengamos en demostrar este aserto. A no ser que todos los hombres de todas las naciones de Europa y de América, regiones principalmente infestadas de esta epidemia, hayamos convenido en engañarnos y en hacer del engañado, existe hoy dia en el mundo una escuela, sistema, partido, secta, ó llámese como se quiera, que por amigos y enemigos se conoce con el nombre de Liberalismo.

Los periódicos y Asociaciones y Gobiernos suyos se apellidan con toda franqueza *liberales;* sus adversarios se lo echan en rostro, y ellos no protestan, ni siquiera lo excusan ni atenúan. Más aún: se lee cada dia que hay corrientes *liberales*, tendencias *liberales*, reformas *liberales*, proyectos *liberales*, personajes *liberales*, fechas y recuerdos *liberales*, ideales y programas *liberales;* y al revés, se llaman antiliberales, ó clericales, ó reaccionarios, ó ultramontanos, todos los con-

ceptos opuestos á los significados por aquellas expresiones. Hay, pues, en el mundo actual una cierta cosa que se llama *Liberalismo,* y hay á su vez otra cierta cosa que se llama *Antiliberalismo*. Es, pues, como muy acertadamente se ha dicho, palabra de division, pues tiene perfectamente dividido el mundo en dos campos opuestos.

Mas no es sólo palabra, pues á toda palabra debe corresponder una idea; ni es sólo idea, pues á tal idea vemos que corresponde de hecho todo un órden de acontecimientos exteriores. Hay, pues, Liberalismo, es decir, hay doctrinas liberales y hay obras liberales, y en consecuencia hay hombres liberales, que son los que profesan aquellas doctrinas y practican estas obras. Y tales hombres no son individuos aislados, sino que viven y obran como agrupacion organizada, con jefes reconocidos, con dependencia de ellos, con fin unánimemente aceptado. El Liberalismo, pues, no sólo es idea y doctrina y obra, sino que es *secta*.

Queda, pues, sentado que cuando tratamos de Liberalismo y de liberales no estudiamos seres fantásticos ó puros conceptos de razon, sino verdaderas y palpables realidades del mundo exterior. ¡Harto verdaderas y palpables por nuestra desdicha!

Sin duda habrán observado nuestros lectores, que la preocupacion primera que se nota en los tiempos de epidemia es siempre la de pretender que no existe tal epidemia. No hay memoria en las diferentes que nos han afligido en el siglo actual, ó en los pasados, de que ni una sola vez haya dejado de presentarse este fenómeno. La enfermedad lleva ya devoradas en silencio gran número de víctimas cuando se empieza á reconocer que existe, diezmando la poblacion. Los partes oficiales han sido alguna vez los más entusiastas propaladores de la mentira; y casos se han dado en que por la Autoridad han llegado á imponerse penas á los que asegurasen que el contagio era verdad. Análogo es lo que acontece en el órden moral de que estamos tratando. Después de cincuenta años ó más de vivir en pleno Liberalismo, todavía hemos oido á personas respetabilísimas preguntarnos con asombrosa candidez: «¡Vaya! ¿Tomais en serio eso del Liberalismo? ¿Son estas, por ventura, más que exa-

geraciones del rencor político? ¿No valdría más hacer caso omiso de esa palabra que á todos nos trae divididos y enconados?» ¡Tristísima señal cuando la infeccion está de tal suerte en la atmósfera, que por la costumbre no la perciben ya la mayor parte de los que la respiran!

Hay, pues, Liberalismo, caro lector; y de esto no te permitas nunca dudar.

II.

¿Qué es el Liberalismo?

Al estudiar un objeto cualquiera, después de la pregunta: *an sit?* hacian los antiguos escolásticos la siguiente: *quid sit?* y ésta es la que nos va á ocupar en el presente capítulo.

¿Qué es el Liberalismo? En el órden de las ideas es un conjunto de ideas falsas; en el órden de los hechos es un conjunto de hechos criminales, consecuencia práctica de aquellas ideas.

En el órden de las ideas el Liberalismo es el conjunto de lo que se llaman principios liberales, con las consecuencias lógicas que de ellos se derivan. Principios liberales son: la absoluta soberanía del individuo con entera independencia de Dios y de su autoridad; soberanía de la sociedad con absoluta independencia de lo que no nazca de ella misma; soberanía nacional, es decir, el derecho del pueblo para legislar y gobernar con absoluta independencia de todo criterio que no sea el de su propia voluntad, expresada por el sufragio primero y por la mayoría parlamentaria después; libertad de pensamiento sin limitacion alguna en política, en moral ó en Religion; libertad de imprenta, asimismo absoluta ó insuficientemente limitada; libertad de asociacion con iguales anchuras. Estos son los llamados *principios liberales* en su más crudo radicalismo.

El fondo comun de ellos es el racionalismo *individual*, el racionalismo *político* y el racionalismo *social*. Derívanse de ellos la libertad de cultos más ó menos restringida; la supremacía del Estado en sus relaciones con la Iglesia; la enseñanza laica ó independiente sin ningun lazo con la Religion; el matrimonio legalizado y sancionado por la intervencion única del Estado: su última palabra, la que todo lo abarca y sintetiza, es la palabra *secularizacion*, es decir, la no intervencion de la Religion en acto alguno de la vida pública, verdadero ateísmo social, que es la última consecuencia del Liberalismo.

En el órden de los hechos el Liberalismo es un conjunto de obras inspiradas por aquellos principios y reguladas por ellos. Como, por ejemplo, las leyes de desamortizacion; la expulsion de las Ordenes religiosas; los atentados de todo género, oficiales y extraoficiales, contra la libertad de la Iglesia; la corrupcion y el error públicamente autorizados en la tribuna, en la prensa, en las diversiones, en las costumbres; la guerra sistemática al Catolicismo, al que se apoda con los nombres de clericalismo, teocracia, ultramontanismo, etc., etc.

Es imposible enumerar y clasificar los hechos que constituyen el procedimiento práctico liberal, pues comprenden desde el ministro y el diplomático que legislan ó intrigan, hasta el demagogo que perora en el club ó asesina en la calle; desde el tratado internacional ó la guerra inicua que usurpa al Papa su temporal principado, hasta la mano codiciosa que roba la dote de la monja ó se incauta de la lámpara del altar; desde el libro profundo y sabihondo que se da de texto en la universidad ó instituto, hasta la vil caricatura que regocija á los pilletes en la taberna. El Liberalismo práctico es un mundo completo de máximas, modas, artes, literatura, diplomacia, leyes, maquinaciones y atropellos enteramente suyos. Es el mundo de Luzbel, disfrazado hoy dia con aquel nombre, y en radical oposicion y lucha con la sociedad de los hijos de Dios, que es la Iglesia de Jesucristo.

Hé aquí, pues, retratado, como doctrina y como práctica, el Liberalismo.

III.

Si es pecado el Liberalismo, y qué pecado es.

El Liberalismo es pecado, ya se le considere en el órden de las doctrinas, ya en el órden de los hechos.

En el órden de las doctrinas es pecado grave contra la fe, porque el conjunto de las doctrinas suyas es *herejía,* aunque no lo sea tal vez en alguna que otra de sus afirmaciones ó negaciones aisladas. En el órden de los hechos es pecado contra los diversos Mandamientos de la ley de Dios y de su Iglesia, porque de todos es infraccion. Más claro. En el órden de las doctrinas el Liberalismo es la herejía universal y radical, porque las comprende todas: en el órden de los hechos es la infraccion radical y universal, porque todas las autoriza y sanciona.

Procedamos por partes en la demostracion.

En el órden de las doctrinas el Liberalismo es herejía. Herejía es toda doctrina que niega con negacion formal y pertinaz un dogma de la fe cristiana. El Liberalismo doctrina los niega primero todos en general y después cada uno en particular. Los niega todos en general, cuando afirma ó supone la independencia absoluta de la razon individual en el individuo, y de la razon social ó criterio público en la sociedad. Decimos *afirma* ó *supone,* porque á veces en las consecuencias secundarias no se afirma el principio liberal, pero se le da por supuesto y admitido. Niega la jurisdiccion absoluta de Cristo Dios sobre los individuos y las sociedades, y en consecuencia la jurisdiccion delegada que sobre todos y cada uno de los fieles, de cualquier condicion y dignidad que sean, recibió de Dios la Cabeza visible de la Iglesia. Niega la necesidad de la divina revelacion, y la obligacion que tiene el hombre de admitirla, si quiere alcanzar su último fin. Niega el motivo formal de la fe, esto es, la autoridad de

Dios que revela, admitiendo de la doctrina revelada sólo aquellas verdades que alcanza su corto entendimiento. Niega el magisterio infalible de la Iglesia y del Papa, y en consecuencia todas las doctrinas por ellos definidas y enseñadas. Y después de esta negacion general y en globo, niega cada uno de los dogmas, parcialmente ó en concreto, á medida que, segun las circunstancias, los encuentra opuestos á su criterio racionalista. Así niega la fe del Bautismo cuando admite ó supone la igualdad de todos los cultos; niega la santidad del matrimonio cuando sienta la doctrina del llamado matrimonio civil; niega la infalibilidad del Pontífice Romano cuando rehusa admitir como ley sus oficiales mandatos y enseñanzas, sujetándolos á su pase ó *exequatur*, nó como en su principio para asegurarse de la autenticidad, sino para juzgar del contenido.

En el órden de los hechos es radical inmoralidad. Lo es porque destruye el principio ó regla fundamental de toda moralidad, que es la razon eterna de Dios imponiéndose á la humana; canoniza el absurdo principio de la moral independiente, que es en el fondo la moral sin ley, ó lo que es lo mismo, la moral libre, ó sea una moral que no es moral, pues la idea de moral, además de su condicion directiva, encierra *esencialmente* la idea de enfrenamiento ó limitacion. Además, el Liberalismo es toda inmoralidad, porque en su proceso histórico ha cometido y sancionado como lícita la infraccion de todos los mandamientos, desde el que manda el culto de un solo Dios, que es el primero del Decálogo, hasta el que prescribe el pago de los derechos temporales á la Iglesia, que es el último de los cinco de ella.

Por donde cabe decir que el Liberalismo, en el órden de las ideas, es el error absoluto, y en el órden de los hechos, es el absoluto desórden. Y por ambos conceptos es pecado, *ex genere suo*, gravísimo; es pecado mortal.

IV.

De la especial gravedad del pecado del Liberalismo.

Enseña la teología católica que no todos los pecados graves son igualmente graves, áun dentro de su esencial condicion que los distingue de los pecados veniales. Hay grados en el pecado, áun dentro de la categoría de pecado mortal, como hay grados en la obra buena dentro de la categoría de obra buena y ajustada á la ley de Dios. Así el pecado directo contra Dios, como la blasfemia, es pecado mortal más grave de sí que el pecado directo contra el hombre, como es el robo. Ahora bien, á excepcion del odio *formal* contra Dios y de la desesperacion absoluta, que rarísimas veces se cometen por la criatura, como no sea en el infierno, los pecados más graves de todos son los pecados contra la fe. La razon es evidente. La fe es el fundamento de todo el órden sobrenatural; el pecado es pecado en cuanto ataca cualquiera de los puntos de este órden sobrenatural; es, pues, pecado máximo el que ataca el fundamento máximo de dicho órden.

Un ejemplo lo aclarará. Se ocasiona una herida al árbol cortándole cualquiera de sus ramas; se le ocasiona herida mayor cuando es más importante la rama que se le destruye; se le ocasiona herida máxima ó radical si se le corta por su tronco ó raíz. San Agustin, citado por santo Tomás, hablando del pecado contra la fe, dice con fórmula incontestable: *Hoc est peccatum quo tenentur cuncta peccata:* «Pecado es éste en que se contienen todos los pecados.» Y el mismo Angel de las Escuelas discurre sobre este punto, como siempre, con su acostumbrada claridad. «Tanto, dice, es más grave un pecado, cuanto por él se separa más el hombre de Dios. Por el pecado contra la fe se separa lo más que puede de Él, pues se priva de su verdadero conocimiento; por donde,

concluye el santo Doctor, el pecado contra la fe es el mayor que se conoce.»

Pero es mayor todavía cuando el pecado contra la fe no es simplemente carencia culpable de esta virtud y conocimiento, sino que es negacion y combate formal contra dogmas expresamente definidos por la revelacion divina. Entonces el pecado contra la fe, de suyo gravísimo, adquiere una gravedad mayor, que constituye lo que se llama *herejía*. Incluye toda la malicia de la infidelidad, más la protesta expresa contra una enseñanza de la fe, ó la adhesion expresa á una enseñanza que por falsa y errónea es condenada por la misma fe. Añade al pecado gravísimo contra la fe la terquedad y contumacia en él, y una cierta orgullosa preferencia de la razon propia sobre la razon de Dios.

De consiguiente, las doctrinas heréticas y las obras hereticales constituyen el pecado mayor de todos, á excepcion de los arriba dichos, de los que, como ya dijimos, sólo son capaces por lo comun el demonio y los condenados.

De consiguiente, el Liberalismo, que es herejía, y las obras liberales, que son obras hereticales, son el pecado máximo que se conoce en el código de la ley cristiana.

De consiguiente (salvos los casos de buena fe, de ignorancia y de indeliberacion), ser liberal es más pecado que ser blasfemo, ladron, adúltero ú homicida, ó cualquier otra cosa de las que prohibe la ley de Dios y castiga su justicia infinita.

No lo comprende así el moderno Naturalismo; pero siempre lo creyeron así las leyes de los Estados cristianos hasta el advenimiento de la presente era liberal, y sigue enseñándolo así la ley de la Iglesia, y sigue juzgando y condenando así el tribunal de Dios. Sí, la herejía y las obras hereticales son los peores pecados de todos; y por tanto el Liberalismo y los actos liberales son, *ex genere suo*, el mal sobre todo mal.

V.

De los diferentes grados que puede haber y hay dentro de la unidad específica del Liberalismo.

El Liberalismo como sistema de doctrinas puede apellidarse *escuela;* como organizacion de adeptos para difundirlas y propagarlas, *secta;* como agrupacion de hombres dedicados á hacerlas prevalecer en la esfera del derecho público, *partido*. Pero, ya se considere al Liberalismo como escuela, ya como secta, ya como partido, ofrece dentro de su unidad lógica y específica varios grados ó matices que conviene al teólogo cristiano estudiar y exponer.

Ante todo conviene hacer notar que el Liberalismo es uno, es decir, constituye un organismo de errores perfecta y lógicamente encadenados, motivo por el cual se le llama *sistema*. En efecto, partiendo en él del principio fundamental de que el hombre y la sociedad son perfectamente autónomos ó libres con absoluta independencia de todo otro criterio natural ó sobrenatural que no sea el suyo propio, síguese por una perfecta ilacion de consecuencias todo lo que en nombre de él proclama la demagogia más avanzada.

La Revolucion nada tiene de grande sino su inflexible lógica. Hasta los actos más despóticos, que ejecuta en nombre de la libertad, y que á primera vista tachamos todos de monstruosas inconsecuencias, obedecen á una lógica altísima y superior. Porque reconociendo la sociedad por única ley social el criterio de los más, sin otra norma ó regulador, ¿cómo puede negarse perfecto derecho al Estado para cometer cualquier atropello contra la Iglesia siempre y cuando, segun aquel su único criterio social, sea conveniente cometerlo? Admitido que los más son los que tienen siempre razon, queda admitida por ende como única ley la del más fuerte,

y por tanto muy lógicamente se puede llegar hasta la última brutalidad.

Mas á pesar de esta unidad lógica del sistema, los hombres no son lógicos siempre, y esto produce dentro de aquella unidad la más asombrosa variedad ó gradacion de tintas. Las doctrinas se derivan necesariamente y por su propia virtud unas de otras; pero los hombres al aplicarlas son por lo comun ilógicos é inconsecuentes.

Los hombres, llevando hasta sus últimas consecuencias sus principios, serian todos santos cuando sus principios fuesen buenos, y serian todos demonios del infierno cuando sus principios fuesen malos. La inconsecuencia es la que hace, de los hombres buenos y de los malos, buenos á medias y malos no rematados.

Aplicando estas observaciones al asunto presente del Liberalismo, dirémos: que liberales completos se encuentran relativamente pocos, gracias á Dios; lo cual no obsta para que los más, áun sin haber llegado al último límite de depravacion liberal, sean verdaderos liberales, es decir, verdaderos discípulos ó partidarios ó sectarios del Liberalismo, segun que el Liberalismo se considere como escuela, secta ó partido.

Examinemos estas variedades de la familia liberal.

Hay liberales que aceptan los principios, pero rehuyen las consecuencias, á lo menos las más crudas y extremadas. Otros aceptan alguna que otra consecuencia ó aplicacion que les halaga, pero haciéndose los escrupulosos en aceptar radicalmente los principios. Quisieran unos el Liberalismo aplicado tan sólo á la enseñanza; otros á la economía civil; otros tan sólo á las formas políticas. Sólo los más avanzados predican su natural aplicacion á todo y para todo. Las atenuaciones y mutilaciones del credo liberal son tantas cuantos son los intereses por su aplicacion perjudicados ó favorecidos; pues generalmente existe el error de creer que el hombre piensa con la inteligencia, cuando lo usual es que piense con el corazon, y áun muchas veces con el estómago.

De aquí los diferentes partidos liberales que pregonan Liberalismo de tantos ó cuantos grados, como expende el tabernero el aguardiente de tantos ó cuantos grados, á gusto del

consumidor. De aquí que no haya liberal para quien su vecino más avanzado no sea un brutal demagogo, ó su vecino menos avanzado un furibundo reaccionario. Es asunto de escala alcohólica y nada más. Pero así los que mojigatamente bautizaron en Cádiz su Liberalismo con la invocacion de la santísima Trinidad, como los que en estos últimos tiempos le han puesto por emblema ¡Guerra á Dios! están dentro de tal escala liberal, y la prueba es que todos aceptan, y en caso apurado invocan, este comun denominador. El criterio liberal ó independiente es uno en ellos, aunque sean en cada cual más ó menos acentuadas las aplicaciones. ¿De qué depende esta mayor ó menor acentuacion? De los intereses muchas veces; del temperamento no pocas; de ciertos lastres de educacion que impiden á unos tomar el paso precipitado que toman otros; de respetos humanos tal vez ó de consideraciones de familia; de relaciones y amistades contraídas, etc., etc.

Sin contar la táctica satánica que á veces aconseja al hombre no extremar una idea para no alarmar, y para lograr hacerla más viable y pasadera; lo cual, sin juicio temerario, se puede afirmar de ciertos liberales conservadores, en los cuales el conservador no suele ser más que la máscara ó envoltura del franco demagogo. Mas en la generalidad de los liberales á medias, la caridad puede suponer ciertas dosis de candor y de natural *bonhomie* ó bobería, que si no los hace del todo irresponsables, como dirémos después, obliga no obstante á que se les tenga alguna compasion.

Quedamos, pues, curioso lector, en que el Liberalismo es uno solo; pero liberales los hay, como sucede con el mal vino, de diferente color y sabor.

VI.

Del llamado Liberalismo católico ó Catolicismo liberal.

De todas las inconsecuencias y antinomias que se encuentran en las gradaciones medias del Liberalismo, la más repugnante de todas y la más odiosa es la que pretende nada menos que la union del Liberalismo con el Catolicismo, para formar lo que se conoce en la historia de los modernos desvaríos con el nombre de *Liberalismo católico* ó *Catolicismo liberal*. Y no obstante han pagado tributo á este absurdo preclaras inteligencias y honradísimos corazones, que no podemos menos de creer bien intencionados. Ha tenido su época de moda y prestigio, que, gracias al cielo, va pasando ó ha pasado ya.

Nació este funesto error de un deseo exagerado de poner conciliacion y paz entre doctrinas que forzosamente y por su propia esencia son inconciliables enemigas. El Liberalismo es el dogma de la independencia absoluta de la razon individual y social; el Catolicismo es el dogma de la sujecion absoluta de la razon individual y social á la ley de Dios. ¿Cómo conciliar el si y el nó de tan opuestas doctrinas? A los fundadores del Liberalismo católico pareció cosa fácil. Discurrieron una razon individual ligada á la ley del Evangelio, pero coexistiendo con ella una razon pública ó social libre de toda traba en este particular. Dijeron: «El Estado como tal Estado no debe tener Religion, ó debe tenerla solamente hasta cierto punto que no moleste á los demás que no quieran tenerla. Así, pues, el ciudadano particular debe sujetarse á la revelacion de Jesucristo; pero el hombre público puede portarse como tal de la misma manera que si para él no existiese dicha revelacion.» De esta suerte compaginaron la fórmula célebre de: *La Iglesia libre en el Estado libre*, fórmula para cuya propagacion y defensa se juramentaron en

Francia varios católicos insignes, y entre ellos un ilustre Prelado; fórmula que debia ser sospechosa desde que la tomó Cavour para hacerla bandera de la revolucion italiana contra el poder temporal de la Santa Sede; fórmula de la cual, á pesar de su evidente fracaso, no nos consta que ninguno de sus autores se haya retractado aún.

No echaron de ver estos esclarecidos sofistas, que si la razon individual venia obligada á someterse á la ley de Dios, no podia declararse exenta de ella la razon pública ó social sin caer en un dualismo extravagante, que somete al hombre á la ley de dos criterios opuestos y de dos opuestas conciencias. Así que la distincion del hombre en particular y en ciudadano, obligándole á ser cristiano en el primer concepto, y permitiéndole ser ateo en el segundo, cayó inmediatamente por el suelo bajo la contundente maza de la lógica íntegramente católica. El *Syllabus*, del cual hablarémos luego, acabó de hundirla sin remision. Queda todavía de esta brillante, pero funestísima escuela, alguno que otro discípulo rezagado, que ya no se atreve á sustentar paladinamente la teoría católico-liberal, de la que fué en otros tiempos fervoroso panegirista, pero á la que sigue obedeciendo aún en la práctica; tal vez sin darse cuenta á sí propio de que se propone pescar con redes que, por viejas y conocidas, el diablo ha mandado ya recoger.

VII.

En qué consiste probablemente la esencia ó intrínseca razon del llamado Catolicismo liberal.

Si bien se considera, la íntima esencia del Liberalismo llamado católico, por otro nombre llamado comunmente Catolicismo liberal, consiste probablemente, tan sólo en un falso concepto del *acto de fe*. Parece, segun dan razon de la suya los católico-liberales, que hacen estribar todo el motivo

de su fe, nó en la autoridad de Dios infinitamente veraz é infalible, que se ha dignado revelarnos el camino único que nos ha de conducir á la bienaventuranza sobrenatural, sino en la libre apreciacion de su juicio individual que le dicta al hombre ser mejor esta creencia que otra cualquiera. No quieren reconocer el magisterio de la Iglesia, como único autorizado por Dios para proponer á los fieles la doctrina revelada y determinar su sentido genuino, sino que, haciéndose ellos jueces de la doctrina, admiten de ella lo que bien les parece, reservándose el derecho de creer la contraria, siempre que aparentes razones parezcan probarles ser hoy falso lo que ayer creyeron como verdadero.

Para refutacion de lo cual basta conocer la doctrina fundamental *De fide*, expuesta sobre esta materia por el santo Concilio Vaticano. Por lo demás, se llaman católicos porque creen firmemente que el Catolicismo es la única verdadera revelacion del Hijo de Dios; pero se llaman católicos liberales ó católicos libres, porque juzgan que esta creencia suya no les debe ser impuesta á ellos ni á nadie por otro motivo superior que el de su libre apreciacion. De suerte que, sin sentirlo ellos mismos, encuéntranse los tales con que el diablo les ha sustituido arteramente el principio sobrenatural de la fe por el principio naturalista del libre exámen. Con lo cual, aunque juzgan tener fe de las verdades cristianas, no tienen tal fe de ellas, sino simple humana conviccion, lo cual es esencialmente distinto.

Síguese de ahí que juzgan su inteligencia libre de creer ó de no creer, y juzgan asimismo libre la de todos los demás. En la incredulidad, pues, no ven un vicio, ó enfermedad, ó ceguera voluntaria del entendimiento, y más aún del corazon, sino un acto lícito de la jurisdiccion interna de cada uno, tan dueño en eso de creer como en lo de no admitir creencia alguna. Por lo cual es muy ajustado á este principio el horror á toda presion moral ó física que venga por fuera á castigar ó prevenir la herejía, y de ahí su horror á las legislaciones civiles francamente católicas. De ahí el respeto sumo con que entienden deben ser tratadas siempre las convicciones ajenas, áun las más opuestas á la verdad revelada; pues para ellos son tan sagradas cuando son erróneas como cuan-

do son verdaderas, ya que todas nacen de un mismo sagrado principio de libertad intelectual. Con lo cual se erige en dogma lo que se llama tolerancia, y se dicta para la polémica católica contra los herejes un nuevo código de leyes, que nunca conocieron en la antigüedad los grandes polemistas del Catolicismo.

Siendo esencialmente naturalista el concepto primario de la fe, siguese de eso que ha de ser naturalista todo el desarrollo de ella en el individuo y en la sociedad. De ahí el apreciar primaria, y á veces casi exclusivamente, á la Iglesia por las ventajas de cultura y de civilizacion que proporciona á los pueblos; olvidando y casi nunca citando para nada su fin primario sobrenatural, que es la glorificacion de Dios y salvacion de las almas. Del cual falso concepto aparecen enfermas varias de las apologías católicas que se escriben en la época presente. De suerte que, para los tales, si el Catolicismo por desdicha hubiese sido causa en algun punto de retraso material para los pueblos, ya no sería verdadera ni laudable en buena lógica tal Religion. Y cuenta que así podria ser, como indudablemente para algunos individuos y familias ha sido ocasion de verdadera material ruina el ser fieles á su Religion, sin que por eso dejase de ser ella cosa muy excelente y divina.

Este criterio es el que dirige la pluma de la mayor parte de los periódicos liberales, que si lamentan la demolicion de un templo, sólo saben hacer notar en eso la profanacion del arte; si abogan por las Ordenes religiosas, no hacen más que ponderar los beneficios que prestaron á las letras; si ensalzan á la Hermana de la Caridad, no es sino en consideracion á los humanitarios servicios con que suaviza los horrores de la guerra; si admiran el culto, no es sino en atencion á su brillo exterior y poesía; si en la literatura católica respetan las sagradas Escrituras, es fijándose tan sólo en su majestuosa sublimidad. De este modo de encarecer las cosas católicas únicamente por su grandeza, belleza, utilidad ó material excelencia, síguese en recta lógica que merece iguales encarecimientos el error cuando tales condiciones reuniere, como sin duda las reune aparentemente en más de una ocasion alguno de los falsos cultos.

Hasta á la piedad llega la maléfica accion de este principio naturalista, y la convierte en verdadero *pietismo*, es decir, en falsificacion de la piedad verdadera. Así lo vemos en tantas personas que no buscan en las prácticas devotas más que la emocion, lo cual es puro sensualismo del alma y nada más. Así aparece hoy dia en muchas almas enteramente desvirtuado el *ascetismo* cristiano, que es la purificacion del corazon por medio del enfrenamiento de los apetitos, y desconocido el *misticismo* cristiano, que no es la emocion, ni el interior consuelo, ni otra alguna de esas humanas golosinas, sino la union con Dios por medio de la sujecion á su voluntad santísima y por medio del amor sobrenatural.

Por eso es Catolicismo liberal, ó mejor, Catolicismo falso, gran parte del Catolicismo que se usa hoy entre ciertas personas. No es Catolicismo, es mero Naturalismo, es Racionalismo puro; es Paganismo con lenguaje y formas católicas, si se nos permite la expresion.

VIII.

Sombra y penumbra, ó razon extrínseca de esta misma secta católico-liberal.

Vista en el anterior capítulo la razon intrínseca, ó llámese formal, del Liberalismo católico, pasemos en el presente á examinar lo que podríamos llamar su razon extrínseca ó histórica, ó material, si les place más á nuestros lectores esta última calificacion escolástica.

Las herejías que estudiamos hoy, en el dilatado curso de los siglos que median entre la venida de Jesucristo y los tiempos en que vivimos, se nos presentan á primera vista como puntos clara y definidamente circunscritos en su respectivo período histórico, pudiéndose al parecer señalar, como con un compás, dónde empiezan y dónde acaban, ó sea la línea geométrica que separa estos puntos negros de lo res-

tante del campo iluminado en que se extienden. Mas esta apreciacion, si bien se considera, no es más que ilusion de la distancia. Un más detenido estudio, que nos acerque con el catalejo de una buena critica á aquellas épocas, y nos ponga en verdadero contacto intelectual con ellas, nos permite observar que nunca, en ninguno de esos periodos históricos, aparecen tan geométricamente definidos los límites que separan al error de la verdad, no en la realidad de ella, que ésta muy claramente formulada la da la definicion de la Iglesia, sino en su aprehension y profesion externa, ó sea en el modo que ha tenido de negarla ó profesarla con más ó menos franqueza la respectiva generacion. El error en la sociedad es como una fea mancha en una tela de primoroso tejido. Se le ve claramente, pero cuesta precisar sus límites; son vagas sus fronteras, como los crepúsculos que separan el dia que muere de la noche que se avecina, y á su vez la noche que se va del renaciente dia. Preceden al error, que es negra sombra, y le siguen y le rodean unas como vagas penumbras, que pueden tomarse á veces por la misma sombra, iluminada todavía por alguno que otro reflejo de moribunda luz, ó como la misma luz á la que empañan y oscurecen ya las primeras sombras.

Así todo error claramente formulado en la sociedad cristiana tuvo en torno de sí otra como atmósfera del mismo error, pero menos denso y más tenue y mitigado. El Arrianismo tuvo su Semi-arrianismo; el Pelagianismo su Semi-pelagianismo; el Luteranismo feroz su Jansenismo, que no fué más que un Luteranismo moderado. Así, en la época presente el Liberalismo radical tiene en torno de sí su correspondiente Semi-liberalismo, que otra cosa no es la secta católico-liberal que estamos aquí examinando. Es lo que llamó el *Syllabus* un racionalismo moderado; es el Liberalismo sin la franca crudeza de sus primeros principios al descubierto, y sin el horror de sus últimas consecuencias. Es el Liberalismo para el uso de los que no consienten todavía en dejar de parecer ó creerse católicos. Es el Liberalismo, triste crepúsculo de la verdad que empieza á oscurecerse en el entendimiento, ó de la herejía que no ha llegado aún á tomar completa posesion de él. Observamos, en efecto, que suelen ser

católicos liberales los católicos que van dejando de ser firmes católicos, y los liberales crudos que, desengañados en parte de su error, no han acabado de entrar todavía de lleno en los dominios de la íntegra verdad. Es además el medio sutil é ingeniosísimo que encontró siempre el diablo para retener por suyos á muchos que de otra manera hubieran aborrecido de veras, á haberla bien conocido, su maquinacion infernal.

Este medio satánico es permitir que los tales tengan todavía un pié en el terreno de la verdad, á condicion de que el otro pié lo tengan ya completamente en el campo opuesto. Así evitan el saludable horror del remordimiento los todavía no encallecidos de conciencia; así, además, se libran de los compromisos que trae siempre toda resolucion decisiva los espíritus apocados y vacilantes, que son los más; así logran los aprovechados figurar, segun les conviene, un rato en cada campo, haciendo por aparecer en ambos como amigos y afiliados; así puede, finalmente, el hombre dar como un paliativo oficial y reconocido á la mayor parte de sus miserias, debilidades é inconsecuencias.

Tal vez no ha sido aún debidamente estudiada por este lado la presente cuestion en la historia antigua y contemporánea; lado que si es el menos noble, es por lo mismo el más práctico, ya que por desdicha en lo menos noble y levantado hay que buscar por lo comun el secreto resorte de la mayor parte de los fenómenos humanos. A nosotros nos ha parecido bien hacer aquí esta indicacion, dejando á más expertas y sutiles inteligencias el cuidado de ampliarla y desenvolverla por completo.

IX.

De otra distincion importante, ó sea del Liberalismo práctico y del Liberalismo especulativo ó doctrinal.

Enséñase en filosofía y en teología, que hay dos clases de ateísmo, uno doctrinal y especulativo, y otro práctico. Consiste el primero en negar franca y redondamente la existencia de Dios, pretendiendo anular ó desconocer las pruebas irrefragables en que se funda. Consiste el segundo en vivir y obrar sin negar la existencia de Dios, pero como si Dios realmente no existiese. Los primeros se llaman ateos teóricos ó doctrinales, los segundos ateos prácticos, y son los que abundan más.

Lo propio acontece con el Liberalismo y con los liberales. Hay liberales teóricos y liberales prácticos. Los primeros son los dogmatizadores de la secta: filósofos, catedráticos, diputados ó periodistas, que enseñan en sus libros, discursos ó artículos el Liberalismo; que defienden tal doctrina con argumentos y autoridades y con arreglo á un criterio racionalista, en oposicion embozada ó manifiesta con el criterio de la divina y sobrenatural revelacion de Jesucristo.

Los liberales prácticos son la gran mayoría del grupo, los borregos de él, que creen á pié juntillas lo que les dicen sus maestros, ó que sin creerlo siguen dóciles á quien les lleva, y siempre ajustados á su compás. Nada saben de principios ni de sistemas, y hasta quizá los detestarian si conocieran toda su deformidad; sin embargo, son las manos que obran, así como los teóricos son las cabezas que dirigen. Sin ellos no saldria el Liberalismo del recinto de las academias; ellos son los que le dan vida y movimiento exterior. Pagan el periódico liberal; votan el candidato liberal; apoyan las situaciones liberales, y vitorean á sus personajes y celebran sus fechas y aniversarios. Son la materia prima del Liberalismo,

dispuesta á recibir cualquier forma y á servir siempre para cualquier barbaridad. Muchos de ellos iban á Misa y mataron á los frailes; más tarde asistian á novenas y daban carrera eclesiástica á sus hijos, y compraban fincas de la desamortizacion; hoy dia rezan tal vez el Rosario y votan al diputado librecultista. Hanse formado una como cierta ley de vivir con el siglo, y creen (ó quieren creer) que se va bien así. ¿Les exime esto de responsabilidad y culpa delante de Dios? Nó, por cierto, como verémos después.

Liberales prácticos son tambien los que, rehuyendo explanar la teoría liberal, que saben está ya desacreditada para ciertos entendimientos, procuran, no obstante, sostenerla en el procedimiento práctico de todos los dias, escribiendo y perorando á lo liberal; proponiendo y eligiendo candidatos liberales; elogiando y recomendando sus libros y personas; juzgando siempre de los sucesos con el criterio liberal; manifestando siempre odio tenaz á todo lo que tienda á desacreditar ó menoscabar su querido Liberalismo. Tal es la conducta de muchos periodistas *prudentes*, á quienes difícilmente se encontrará en delito de formular proposiciones concretamente liberales, pero que, sin embargo, en todo lo que dicen y en todo lo que callan no dejan de hacer la maldita propaganda sectaria. Es este de todos los reptiles liberales el más venenoso.

X.

El Liberalismo de todo matiz y carácter, ¿ha sido formalmente condenado por la Iglesia?

Sí; el Liberalismo en todos sus grados y aspectos ha sido formalmente condenado. Así que, además de las razones de malicia intrínseca que le hacen malo y criminal, tiene para todo fiel católico la suprema y definitiva declaracion de la Iglesia, que como á tal le ha juzgado y anatematizado. No

podia permitirse que error de tal trascendencia dejase de ser incluido en el catálogo de los oficialmente reprobados, y lo ha sido en distintas ocasiones.

Ya al aparecer en Francia, en su primera Revolucion, la famosa *Declaracion de los derechos del hombre*, en que estaban contenidos en gérmen todos los desatinos del moderno Liberalismo, fué condenada esta Declaracion por Pio VI.

Más tarde, ampliada esta doctrina funesta, y aceptada por casi todos los Gobiernos de Europa, áun por los propios soberanos, que es una de las más horribles ceguedades que ofrece la historia de las monarquías, tomó en España el nombre con que en todas partes se le conoce hoy de Liberalismo.

Diéronsele las terribles contiendas entre realistas y constitucionales, que mutuamente se designaron desde luego con los apodos de *serviles* y *liberales*. De España se extendió á toda Europa esta denominacion. Pues bien; en lo más recio de la lucha, con ocasion de los primeros errores de Lamennais, publicó Gregorio XVI su Encíclica *Mirari vos*, condenacion explícita del Liberalismo, cual en aquella ocasion se entendia y predicaba y practicaba por los Gobiernos constitucionales.

Mas, avanzando los tiempos y creciendo con ellos la avasalladora corriente de estas ideas funestas, y hasta tomando bajo el influjo de extraviados talentos la máscara de Catolicismo, deparó Dios á su Iglesia el Pontífice Pio IX, el cual con toda razon pasará á la historia con el dictado de *azote del Liberalismo*. El error liberal en todas sus faces y matices ha sido desenmascarado por este Papa. Para que más autoridad tuviesen sus palabras en este asunto, dispuso la Providencia que saliese la repetida condenacion del Liberalismo de labios de un Pontífice, al cual desde el principio se empeñaron en presentar como suyo los liberales. Después de él no le queda ya á este error subterfugio alguno á que acogerse. Los repetidos *Breves* y *Alocuciones* de Pio IX le han mostrado al pueblo cristiano tal cual es, y el *Syllabus* acabó de poner á su condenacion el último sello. Veamos el contenido principal de algunos de estos documentos pontificios. Sólo unos pocos citarémos entre muchísimos que se podrian citar.

En 18 de Junio de 1871, al contestar Pio IX á una Comi-

sion de católicos franceses, les habló así: «El ateismo en las leyes, la indiferencia en materia de Religion y esas máximas perniciosas llamadas católico-liberales, éstas, sí, éstas son verdaderamente la causa de la ruina de los Estados, éstas lo han sido de la perdicion de la Francia. Creedme; el daño que os anuncio es más terrible que la Revolucion, y más aún que la *Commune*. Siempre he condenado el Liberalismo católico, y volveré cuarenta veces á condenarlo, si es menester.

En el Breve de 6 de Marzo de 1873 al presidente y socios del Círculo de san Ambrosio de Milan, se expresa de esta suerte: «No faltan algunos que intentan poner alianzas entre la luz y las tinieblas, y mancomunidad entre la justicia y la iniquidad á favor de las doctrinas llamadas católico-liberales, que basadas en perniciosísimos principios, muéstranse halagüeñas para con las invasiones de la potestad secular en los negocios espirituales, é inclinan los mismos á estimar, ó tolerar al menos, leyes inicuas, como si no estuviese escrito que nadie puede servir á dos señores. Los que tal hacen, de todo punto son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados, no sólo en razon á que, sin que se les note y quizá tambien sin advertirlo ellos mismos, secundan las tentativas de los malos, sino tambien porque, encerrándose dentro de ciertos límites, se muestran con apariencias de probidad y sana doctrina para alucinar á los imprudentes amadores de conciliacion, y seducir á las gentes honradas que habrian combatido el error manifiesto.»

En el Breve de 8 de Mayo de igual año á la Confederacion de los Círculos católicos de Bélgica, dice: «Lo que sobre todo alabamos en esa vuestra religiosísima empresa, es la absoluta aversion que, segun noticias, profesais á los principios católico-liberales, y vuestro denodado intento de desarraigarlos de los mismos. Verdaderamente, al emplearos en combatir ese insidioso error, tanto más peligroso que una enemistad declarada, cuanto más se encubre bajo el especioso velo del celo y caridad, y en procurar con ahinco apartar de él á las gentes sencillas, extirparéis una funesta raíz de discordias, y contribuiréis eficazmente á unir y fortalecer los ánimos. Seguramente vosotros, que con tan plena sumision acatais todos los documentos de esta Sede Apostólica, cuyas

reiteradas reprobaciones de los principios liberales os son conocidas, no habeis menester estas advertencias.»

En el Breve á *La Croix*, periódico de Bruselas, en 21 de Mayo de 1874, dice lo siguiente: «No podemos menos de elogiar el intento expresado en vuestra carta, y al cual hemos sabido que satisface plenamente vuestro periódico, de publicar, divulgar, comentar é inculcar en los ánimos todo cuanto esta Santa Sede tiene enseñado contra las perversas ó cuando menos falsas doctrinas profesadas en tantas partes, y señaladamente contra el Liberalismo católico, empeñado en conciliar la luz con las tinieblas y la verdad con el error.»

El 9 de Junio de 1873 escribia al Presidente y Consejo de la Asociacion católica de Orleans, y sin nombrarlo retrataba el Liberalismo pietista y moderado en los siguientes términos: «Aunque vuestra lucha haya de trabarse en rigor contra la impiedad, quizá por este lado no os amenaza riesgo tan grande como por el de ese grupo de amigos imbuidos en aquella doctrina ambigua, que mientras rehuye las últimas consecuencias de los errores, retiene obstinadamente sus gérmenes, y no queriendo ni abrazarse con la verdad íntegra, ni atreviéndose á desecharla por entero, afánase en interpretar las tradiciones y doctrinas de la Iglesia, ajustándolas al molde de sus privadas opiniones.»

Mas para no hacernos interminables y cansados, nos contentarémos con aducir las frases de otro Breve, el más expresivo de todos, y que por tal no lo podemos en conciencia omitir. Es el dirigido al Obispo de Quimper, en 28 de Junio de 1873. En él se dice lo siguiente, refiriéndose el Papa á la Asamblea general de las Asociaciones catolicas, que se acababa de celebrar en aquella diócesis: «Seguramente no se apartarán tales Asociaciones de la obediencia debida á la Iglesia ni por los escritos ni por los actos de los que con injurias é invectivas la persiguen; pero pudieran ponerla en la resbaladiza senda de error esas opiniones llamadas liberales, aceptas á muchos católicos, por otra parte hombres de bien y piadosos, los cuales por la influencia misma que les da su religion y piedad pueden muy fácilmente captarse los ánimos é inducirlos á profesar máximas muy perniciosas. Inculcad, por lo tanto, venerable Hermano, á los miembros de esa católica

Asamblea, que Nos al increpar tantas veces, como lo hemos hecho, á los secuaces de esas opiniones liberales, no nos hemos referido á los declarados enemigos de la Iglesia, pues á éstos habria sido ocioso denunciarlos, sino á esos otros antes aludidos, que reteniendo el virus oculto de los principios liberales que han mamado con la leche, cual si no estuviese impregnado de palpable malignidad y fuese tan inofensivo como ellos piensan para la Religion, lo inoculan fácilmente en los ánimos, propagando así la semilla de esas turbulencias que tanto tiempo há traen revuelto al mundo. Procuren, pues, evitar estas emboscadas, y esfuércense en asestar sus tiros contra ese insidioso enemigo, y ciertamente merecerán bien de la Religion y de la patria.»

Ya lo ven nuestros amigos y tambien nuestros adversarios: todo lo dice el Papa en esos Breves, particularmente en el último, que de un modo especial deben desmenuzar y estudiar.

XI.

De la última y más solemne condenacion del Liberalismo por medio del «Syllabus.»

Resumiendo cuanto ha dicho del Liberalismo el Papa en distintos documentos, podemos sólo indicar los siguientes durísimos epítetos con que en diferentes ocasiones le ha calificado. En efecto, en su Breve á Segur con motivo de su conocido libro *Hommage*, le llamó *pérfido enemigo;* en su alocucion al Obispo de Nevers, *verdadera calamidad actual;* en su carta al Círculo católico de San Ambrosio de Milan, *pacto entre la justicia y la iniquidad;* en este mismo documento le calificó de *más funesto y peligroso que un enemigo declarado;* en la citada carta al Obispo de Quimper, *virus oculto;* en el Breve á los de Bélgica, *error insidioso y solapado;* en otro Breve á Mons. Gaume, *peste perniciosísima*. To-

dos estos documentos se pueden leer íntegros en el citado libro de Segur, *Hommage aux catholiques libéraux*.

Sin embargo, podia con cierta apariencia de razon el Liberalismo recusar la autoridad de estas declaraciones pontificias, por haber sido todas ellas dadas en documentos de carácter meramente privado. La herejía es siempre tenaz y cavilosa, y se agarra á cualquier pretexto ó excusa para eludir la condenacion. Necesitábase, pues, un documento oficial, público, solemne, de carácter general, universalmente promulgado, y por tanto definitivo. La Iglesia no podia negar á la ansiedad de sus hijos esta formal y decisiva palabra de su soberano magisterio. Y la dió, y fué el *Syllabus* de 8 de Diciembre de 1864.

Acogiéronle todos los buenos católicos con entusiasmo igual á los paroxismos de furor con que le saludaron los liberales. Los católico-liberales creyeron más prudente herirle de soslayo con capciosas interpretaciones. Razon tenian unos y otros en reconocerle debida importancia. El *Syllabus* es un catálogo oficial de los principales errores contemporáneos, en forma de proposiciones concretas, tales como se encuentran en los autores más conocidos que los propalaron. En ellos se encuentran, pues, en detalle todos los que constituyen el dogmatismo liberal. Aunque en una sola de sus proposiciones se nombra al Liberalismo, lo cierto es que la mayor parte de los errores allí sacados á la picota son errores liberales, y por tanto de la condenacion separada de cada uno resulta la condenacion total del sistema. No harémos más que enumerarlos aquí rápidamente.

En la proposicion XV y en las LXXVII y LXXVIII se condena la libertad de cultos; el pase regio en las XX y XXVIII; la desamortizacion en las XXVI y XXVII; la supremacía absoluta del Estado en la XXXIX; el laicismo en la enseñanza pública en las XLV, XLVII y XLVIII; la separacion de la Iglesia y del Estado en la LV; el absoluto derecho de legislar sin Dios en la LVI; el principio de no intervencion en la LXII; el llamado derecho de insurreccion en la LXIII; el matrimonio civil en la LXXIII y alguna otra; la libertad de imprenta en la LXXIX; el sufragio universal como principio de autoridad en la LX; por fin, el mismo nombre de Liberalismo en la LXXX.

Varios libros se han escrito desde entonces para la exposicion clara y sucinta de cada una de estas proposiciones, y á ellos puédese acudir. Pero la interpretacion y comentario más autorizado se lo han dado al *Syllabus* sus propios impugnadores, los liberales de todos matices, cuando nos lo han presentado siempre como su más odioso enemigo y como el símbolo más completo de lo que llaman clericalismo, ultramontanismo y reaccion. Satanás, que es malvado pero no tonto, vió muy claro á donde iba á parar derechamente golpe tan certero, y le ha puesto á tan grandioso monumento el sello más autorizado de todos después del de Dios: el de su profundo rencor. Creamos en esto al padre de la mentira; que lo que él aborrece y difama, lleva con esto solo, cierto y seguro testimonio de ser la verdad.

XII.

De algo que pareciendo Liberalismo no lo es, y de algo que lo es aunque no lo parezca.

Es gran maestro el diablo en artes y embelecos, y lo mejor de su diplomacia se ejerce en introducir en las ideas la confusion. La mitad de su poderío sobre los hombres perderia el maldito con que las ideas, buenas ó malas, apareciesen francas y deslindadas. Adviértase de paso que llamarle al diablo de esta manera no es moda hoy, tal vez porque el Liberalismo nos ha acostumbrado á tratar áun al señor diablo con cierto respeto. El diablo, pues, en tiempos de cismas y herejías, lo primero que procuró fué que se barajasen y trastocasen los vocablos, medio seguro para traer desde luego mareadas y al retortero la mayor parte de las inteligencias. Esto pasó con el Arrianismo, en términos que varios obispos de gran santidad llegaron á suscribir en el Concilio de Milan una fórmula en que se condenaba al insigne Atanasio, martillo de aquella herejía. Y aparecerian en la his-

toria como verdaderos fautores de ella si Eusebio Mártir, legado pontificio, no hubiese acudido á tiempo á desenredar de tales lazos lo que el Breviario llama *captivatam simplicitatem* de alguno de aquellos candorosos ancianos. Lo mismo sucedió con el Pelagianismo; lo mismo con el Jansenismo tiempo atrás; lo mismo acontece hoy con el Liberalismo.

Liberalismo son para unos las formas políticas de cierta clase; Liberalismo es para otros cierto espíritu de tolerancia y generosidad opuestos al despotismo y tiranía; Liberalismo es para otros la igualdad civil, salva la inmunidad y fuero de la Iglesia; Liberalismo es, en fin, para muchos una cosa vaga é incierta, que pudiera traducirse sencillamente por lo opuesto á toda arbitrariedad gubernamental. Urge, pues, volver á preguntar aquí: ¿Qué es el Liberalismo? ó mejor, ¿qué no es?

En primer lugar, no son *ex se* Liberalismo las formas políticas de cualquier clase que sean, por democráticas ó populares que se las suponga. Cada cosa es lo que es. Las formas son formas, y nada más. Una república unitaria ó federal, democrática, aristocrática ó mixta; un gobierno representativo ó mixto, con más ó menos atribuciones del poder Real, ó con el máximum ó mínimum de rey que se quiera hacer entrar en la mixtura; la monarquía absoluta ó templada, hereditaria ó electiva, nada de eso tiene que ver *ex se* (repárese bien este *ex se)* con el Liberalismo. Tales Gobiernos pueden ser perfecta é íntegramente católicos. Como acepten sobre su propia soberanía la de Dios y reconozcan haberla recibido de Él, y se sujeten en su ejercicio al criterio inviolable de la ley cristiana, y dén por indiscutible en sus Parlamentos todo lo definido, y reconozcan como base del derecho público la supremacía moral de la Iglesia y el absoluto derecho suyo en todo lo que es de su competencia; tales Gobiernos son verdaderamente católicos, y nada les puede echar en cara el más exigente ultramontanismo, porque son verdaderamente ultramontanos. La historia nos ofrece repetidos ejemplos de poderosísimas repúblicas, fervorosísimas católicas. Ahí está la aristocrática de Venecia; ahí la mercantil de Génova y ciertos cantones suizos.

Como ejemplo de monarquías mixtas muy católicas po-

demos citar nuestra gloriosísima de Cataluña y Aragon, la más democrática y á la vez la más católica del mundo en los siglos medios; la antigua de Castilla hasta la casa de Austria; la electiva de Polonia hasta la inicua desmembracion de este religiosísimo reino. Es una preocupacion creer que las monarquías han de ser *ex se* más religiosas que las repúblicas. Precisamente los más escandalosos ejemplos de persecucion al Catolicismo los han dado en los tiempos modernos monarquías como la de Rusia y la de Prusia. Un Gobierno, de cualquier forma que sea, es católico si basa su Constitucion y legislacion y política en principios católicos; es liberal si basa su Constitucion, su legislacion y su política en principios racionalistas. Nó en que legisle el rey en la monarquía, ó en que legisle el pueblo en la república, ó en que legislen ambos en las formas mixtas, está la esencial naturaleza de una legislacion ó Constitucion; sino en que se haga ó no se haga todo bajo el sello inmutable de la fe y conforme á lo que manda á los Estados como á los individuos la ley cristiana. Así como en los individuos, lo mismo puede ser católico un rey con su púrpura, un noble con sus blasones ó un trabajador con su blusa de algodon; de igual suerte los Estados pueden ser católicos, sea cual fuere la clasificacion que se les dé en el cuadro sinóptico de las formas gubernativas. De consiguiente, tampoco tiene que ver el ser liberal ó no serlo, con el horror natural que todo hombre debe profesar á la arbitrariedad y tiranía, con el deseo de la igualdad civil entre todos los ciudadanos, salva la eclesiástica inmunidad, y mucho menos con el espíritu de tolerancia y generosidad, que (en su debida acepcion) no son sino virtudes cristianas. Y sin embargo, todo esto en el lenguaje de ciertas gentes, y áun de ciertos periódicos, se llama Liberalismo. Hé aquí, pues, una cosa que, pareciendo Liberalismo, no lo es en manera alguna.

Hay en cambio alguna cosa que, no pareciéndose al Liberalismo, efectivamente lo es. Suponed una monarquía absoluta, como la de Rusia, ó como la de Turquía, si os parece mejor; ó suponed un Gobierno de los llamados conservadores de hoy, el más conservador que os sea dable imaginar, y suponed que tal monarquía absoluta ó tal Gobierno con-

servador tengan establecida su Constitucion y basada su legislacion, nó sobre principios de derecho católico, ni sobre la indiscútibilidad de la fe, nó sobre la rigurosa observancia del respeto á los derechos de la Iglesia, sino sobre el principio, ó de la voluntad libre del rey, ó de la voluntad libre de la mayoría conservadora... Tal monarquía y Gobierno conservador son perfectamente liberales y anticatólicos.

Que el librepensador sea un monarca, con sus ministros responsables, ó que lo sea un ministro responsable, con sus Cuerpos colegisladores, para el efecto es igual. En uno y otro caso anda aquélla informada por el criterio librepensador, y de consiguiente liberal. Que tenga ó no tenga, por sus miras, aherrojada la prensa; que azote por cualquier nonada al país; que rija con vara de hierro á sus vasallos, podrá no ser libre aquel mísero país, pero será perfectamente liberal. Tales fueron los antiguos imperios asiáticos; tales varias modernas monarquías; tal el Imperio aleman de hoy, como lo sueña Bismarck; tal la actual monarquía española, cuya Constitucion declara inviolable al monarca, pero no declara inviolable á Dios. Y hé aquí el caso de algo que pareciendo no ser Liberalismo, lo es sin embargo, y del más refinado y del más desastroso, por lo mismo que no tiene apariencia de tal.

Por donde se verá con qué delicadeza se ha de proceder cuando se tratan tales cuestiones. Es preciso ante todo definir los términos del debate y evitar el equívoco, que es lo que más favorece al error.

XIII.

Notas y comentarios á la doctrina expuesta en el artículo anterior.

Hemos dicho que no son *ex se* liberales las formas democráticas ó populares, puras ó mixtas, y creemos haberlo suficientemente probado. Sin embargo, esto que especulativamente hablando, ó sea en abstracto, es una verdad; no lo es tanto *in praxi,* ó sea en el órden de los hechos, al que principalmente debe andar siempre atento el propagandista católico.

En efecto; á pesar de que, consideradas en sí mismas, no son liberales tales formas de gobierno; lo son en nuestro siglo, dado que la Revolucion moderna, que no es otra cosa que el Liberalismo en accion, no nos las presenta más que basadas en sus erróneas doctrinas. Así que muy cuerdamente el vulgo, que entiende poco de distingos, califica de Liberalismo todo lo que en nuestros dias se le presenta como reforma democrática en el gobierno de las naciones; porque, áun cuando por la natural esencia de las ideas no lo sea, *de hecho* lo es. Y por tanto discurrian con singular tino y acierto nuestros padres cuando rechazaban como contraria á su fe la forma constitucional ó representativa, prefiriendo la monarquía pura que en los últimos siglos era el gobierno de España. Porque cierto natural instinto decia, áun á los menos avisados, que las nuevas formas políticas, en sí inofensivas como tales formas, venian impregnadas del principio herético liberal, por lo que hacian muy bien en llamarlas liberales; de igual suerte que la monarquía pura, que de sí podia ser muy impía y áun herética, se les presentaba como forma esencialmente católica, pues desde muchos siglos atrás venian recibiéndola los pueblos informada con el espíritu del Catolicismo.

Erraban, pues, *ideológicamente* hablando, nuestros realistas, que identificaban la Religion con el antiguo régimen político, y reputaban impíos á los constitucionales; pero acertaban, *prácticamente* hablando, porque en lo que se les queria presentar como mera forma política indiferente veian ellos, con el claro instinto de la fe, envuelta la idea liberal. Esto sin contar con que los corifeos y sectarios del bando liberal hicieron todo lo posible, con blasfemias y atentados, para que no desconociese el verdadero pueblo cuál era en el fondo la significacion de su odiosa bandera.

Tampoco es rigurosamente exacto que las formas políticas sean indiferentes á la Religion, aunque ésta las acepte todas. El sano filósofo las estudia y analiza, y sin condenar alguna, no deja de manifestar preferencia por las que más á salvo dejan el principio de autoridad, que está basado principalmente en la unidad. Con lo cual dicho se está que la forma más perfecta de todas es la monarquía, que es la que más se asemeja al gobierno de Dios y de la Iglesia. Así como la más imperfecta es la república por la inversa razon. La monarquía exige la virtud de un hombre solo, y la república exige la virtud de la mayoría de los ciudadanos. Es, pues, lógicamente hablando, más irrealizable el ideal republicano que el ideal monárquico. Este es más humano que aquél, porque exige menos perfeccion humana, y se acomoda más á la rudeza y vicios de la generalidad.

Mas para el católico de nuestro siglo la mayor de todas las razones para prevenirle en contra de los gobiernos de forma popular, debe ser el afan constante con que en todas partes ha procurado implantarlos la Masonería. Por intuicion maravillosa ha conocido el infierno que éstos eran los sistemas mejor conductores de su electricidad, y que ningunos podrán servirle más á su gusto. Es, pues, indudable que un católico debe mirar como sospechoso todo lo que en este concepto le predica como más acomodado á sus miras la Revolucion; y que, por tanto, todo lo que la Revolucion acaricia y pregona con el nombre de Liberalismo, hará bien en mirarlo él como tal Liberalismo, aunque sólo de formas se trate; pues tales formas no son en este caso más que el envase ó envoltura con que se quiere que admita en casa el contrabando de Satanás.

XIV.

Si en vista de esto es lícito ó no al buen católico aceptar en buen sentido la palabra «Liberalismo,» y asimismo en buen sentido gloriarse de ser liberal.

Permítasenos sobre esto trasladar aquí íntegro un capítulo de otra obrita nuestra *(Cosas del dia)*, en que se da contestacion á esta singular consulta. Dice así:

«¡Válgame Dios, amigo mio, con las palabritas Liberalismo y liberal! Andas realmente enamorado de ellas, y tráete ciego el amor como á todos los enamorados. ¿Qué inconvenientes tiene su uso? tantos tiene para mí, que en él llego á ver hasta materia de pecado. No te asustes, sino escúchame con paciencia. Vas á entenderme pronto y sin dificultad. Es indudable que la palabra Liberalismo tiene en Europa en el presente siglo significacion de cosa sospechosa y que no concuerda del todo con el verdadero Catolicismo. No me dirás que planteo el problema en términos exagerados. Efectivamente. Me has de conceder que en la acepcion ordinaria de la palabra, Liberalismo y Liberalismo católico son cosas reprobadas por Pio IX. Prescindamos por ahora de los pocos ó muchos que pretenden poder continuar profesando un cierto Liberalismo, que en el fondo quizá no lo sea. Pero lo cierto es que la corriente liberal en Europa y América, en el siglo XIX en que escribimos, es anticatólica y racionalista. Pasa revista al mundo. Mira qué significa partido liberal en Bélgica, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Austria, en Italia, en las repúblicas hispanoamericanas y en las nueve décimas partes de la prensa española. Pregunta á todos qué significa, en el idioma comun, criterio liberal, corriente liberal, atmósfera liberal, etc., y mira si de los hombres que se dedican á estudios políticos y

sociales en Europa y América, los noventa y nueve por ciento no entienden por Liberalismo el puro y crudo racionalismo aplicado á la ciencia social.

«Ahora bien. Por más que tú y unas cuantas docenas más de caballeros particulares os empeñeis en dar un sentido de cosa indiferente á lo que la corriente general ha sellado ya con el sello de cosa anticatólica, es lo cierto que el uso, árbitro y norma suprema en materia de lenguaje, sigue teniendo al Liberalismo como bandera contra el Catolicismo. Por consiguiente, aunque con mil distingos y salvedades y sutilezas logres formarte para ti solo un Liberalismo que nada tenga de contrario á la fe, en la opinion de los más, desde que te llames liberal, pertenecerás como todos á la gran familia del Liberalismo europeo, tal como todos lo entienden; tu periódico, si lo redactas, y lo llamas liberal, será en la comun creencia un soldado más entre los que bajo esta divisa combaten de frente ó por el flanco á la Iglesia católica. En vano será que te excuses alguna que otra vez. Estas excusas y explicaciones no las puedes dar todos los dias, que fuera cosa asaz pesada; en cambio la palabra liberal has de usarla en cada párrafo; serás, pues, en la comun creencia nada más que un soldado como tantos otros que militan bajo esta divisa, y por más que en tus adentros seas tan católico como el Papa (como de eso se jactan algunos liberales), lo cierto es que en el movimiento de las ideas, en la marcha de los sucesos, influirás como liberal, y áun á pesar tuyo, serás un satélite que no podrás menos que moverte dentro la órbita general en que gira el Liberalismo. ¡Y todo por una palabra! ¡Vea V., no más que por una palabra! Sí, amigo mio. Esto sacarás de llamarte liberal y de llamar liberal á tu periódico. Desengáñate. El uso de la palabra te hace casi siempre y en gran parte solidario de lo que se ampara á su sombra. Y lo que á su sombra se ampara, ya lo ves y no me lo has podido negar, es la corriente racionalista. Escrúpulo tendría yo, pues, en mi conciencia de aceptar esta solidaridad con los enemigos de Jesucristo.

«Vamos á otra reflexion. Es tambien indudable que de los que leen tus periódicos y oyen tus conversaciones, pocos están en el caso de poder hilar tan delgado como tú en

materia de distinciones entre Liberalismo y Liberalismo. Es, pues, evidente que una gran parte tomará la palabra en el sentido general, y creerá que la empleas en igual sentido. Tú no tendrás esta intencion, pero contra tus intenciones producirás este resultado, adquirir adeptos al error racionalista. Díme ahora, pues, ¿sabes lo qué es escándalo? ¿sabes lo qué es inducir al prójimo á error con palabras ambiguas? ¿sabes lo qué es, por cariño más ó menos justificado á una palabra, sembrar dudas, desconfianzas, hacer vacilar en la fe á las inteligencias sencillas? Yo, á fuer de moralista católico, veo en esto materia de pecado, y si no te abona una suma buena fe ó algun otro atenuante, materia de pecado mortal. Óyeme una comparacion. Sabes que ha nacido casi en nuestros dias una secta que se llama de los viejos católicos. Ha tenido la humorada de llamarse asi, y paz con todos. Haz cuenta, pues, que yo, que por la gracia de Dios, aunque pecador, soy católico, y por añadidura soy de los más viejos, porque mi Catolicismo data del Calvario y del cenáculo de Jerusalen, que son fechas muy viejas, haz cuenta, digo, que fundo un periódico más ó menos ambiguo, y le llamo con todas las letras *Diario viejo católico*. ¿Diré mentira? Nó, porque lo soy en el buen sentido de la palabra. Pero ¿á qué, me dirás tú, adoptar un título mal sonante, que es divisa de un cisma, y que dará lugar á que crean los incautos que soy cismático, y á que tengan un alegron los viejos católicos de Alemania, creyendo que acá les ha nacido un nuevo cofrade? ¿á qué, me dirás, escandalizar á los sencillos?—Pero yo lo digo en buen sentido.—Es verdad, pero ¿no seria mejor no dar lugar á que se crea que lo dices en sentido malo?

«Hé aquí, pues, lo que diria yo á quien se empeñase en sostener todavía como inofensivo el dictado de liberal, que es objeto de tantas reprobaciones por parte del Papa, y de tanto escándalo por parte de los verdaderos creyentes. ¿A qué hacer gala de títulos que necesitan explicacion? ¿A qué suscitar sospechas que luego hay que apresurarse á desvanecer? ¿A qué contarse en el número de los enemigos y hacer gala de su divisa, si en el fondo se es de los amigos?

«¡Que las palabras, dices, no tienen importancia! Más de lo que te figuras, amigo mio. Las palabras vienen á ser

la fisonomía exterior de las ideas, y tú sabes cuán importante es á veces en un asunto su buena ó mala fisonomía. Si las palabras no tuviesen importancia alguna, no cuidarian tanto los revolucionarios de disfrazar el Catolicismo con feas palabras; no andarian llamándole á todas horas oscurantismo, fanatismo, teocracia, reaccion, sino pura y sencillamente Catolicismo; ni harian ellos por engalanarse á todas horas con los hermosos vocablos de libertad, progreso, espíritu del siglo, derecho nuevo, conquistas de la inteligencia, civilizacion, luces, etc., sino que se dirian siempre con su propio y verdadero nombre: *Revolucion*.

«Lo mismo ha pasado siempre. Todas las herejías han empezado por ser juego de palabras, y han acabado por ser lucha sangrienta de ideas. Y algo de esto debió ya pasar en tiempo de san Pablo, ó previó el bendito Apóstol que pasaria en los tiempos futuros, cuando dirigiéndose á Timoteo (*I ad Timot.* VI, 20), le exhorta á vivir prevenido, no sólo contra la falsa ciencia, *oppositiones falsi nominis scientiæ*, sino contra las simples novedades en la expresion ó palabra, *profanas vocum novitates*. ¿Qué diria hoy el Doctor de las gentes si viese á ciertos católicos adornarse con el adjetivo de liberales, en oposicion á los que se llaman simplemente con el apellido antiguo de la familia, y desentenderse de las repetidas reprobaciones que sobre esta profana novedad de palabras ha lanzado con tanta insistencia la Cátedra apostólica? ¿Qué diria al verles añadir á la palabra inmutable Catolicismo, ese feo apéndice que no conoció Jesucristo, ni los Apóstoles, ni los Padres, ni los Doctores, ni ninguno de los maestros autorizados que constituyen la hermosa cadena de la tradicion cristiana?

«Medítalo, amigo mio, en tus intervalos lúcidos, si alguno te concede la ceguedad de tu pasion, y conocerás la gravedad de lo que á primera vista te parece mera cuestion de palabras. Nó, no puedes ser católico-liberal, ni puedes llamarte con este nombre reprobado, aunque por medio de sutiles cavilaciones llegues á encontrar un medio secreto de conciliarlo con la integridad de la fe. Nó; te lo prohibe la caridad cristiana, esta santa caridad que estás á todas horas invocando, y que, segun comprendo, es en tí sinónima de la

tolerancia revolucionaria. Y te lo prohibe la caridad, porque la primera condicion de la caridad es que no haga traicion á la verdad, que no sea lazo para sorprender la buena fe de tus hermanos menos avisados. Nó, amigo mio, nó; no puedes llamarte liberal.»

Y nada más nos ocurre decir aquí sobre este punto, completamente resuelto para un hombre de buena fe. Además de que hoy los mismos liberales hacen ya menos uso que antes de este apellido; tan gastado y desacreditado anda él, por la misericordia de Dios. Más frecuente es todavía encontrar hombres que, renegando cada dia y cada hora del Liberalismo, le tengan aún metido hasta los tuétanos, y no sepan escribir y hablar y obrar sino inspirados por él. Estos son en el dia los más de temer.

XV.

Una observacion sencillísima que acabará de poner en su verdadero punto de vista la cuestion.

Mil veces me he hecho una reflexion que no sé cómo no les ha ocurrido cada dia á los liberales *de buena fe*, si alguno hay que merezca aún esta caritativa atenuacion de su feo apellido. Es la siguiente.

Tiene hoy todavía el mundo católico en justo y merecido concepto de impiedad el calificativo de *librepensador*, aplicado á cualquier persona, periódico ó institucion. Academia librepensadora, sociedad de librepensadores, periódico escrito con criterio librepensador, son todavía frases horripilantes y que les ponen los pelos en punta á la mayor parte de nuestros hermanos, áun á los que afectan más desvío por la feroz intransigencia ultramontana. Y sin embargo, véase lo que son las cosas y cuán necia importancia se da por lo comun á meras palabras. Persona, asociacion, libro ó Gobierno á los que no preside en materias de fe y moral el criterio

único y *exclusivo* de la Iglesia católica, son liberales. Y se reconoce que lo son, y se honran ellos con serlo, y nadie se escandaliza con eso más que nosotros, los fieros intransigentes. Cambiad, empero, la palabra; llamadlos librepensadores. Al punto os rechazan el epíteto como una calumnia, y gracias si no os piden satisfaccion por el insulto. Pero qué, amigos mios, *cur tam varie?* ¿No habeis rechazado de vuestra conciencia, de vuestro gobierno ó de vuestro periódico ó academia el *veto absoluto* de la Iglesia? ¿No habeis erigido en criterio fundamental de vuestras ideas y resoluciones la razon libre?

Pues decís bien: sois liberales, y nadie os puede regatear este dictado. Pero, sabedlo: sois con eso librepensadores, aunque os sonroje tal denominacion. Todo liberal, de cualquier grado ó matiz que sea, es, *ipso facto,* librepensador. Y todo librepensador, por odiosa que sea y áun ofensiva á las conveniencias sociales esta denominacion, no pasa de ser un lógico liberal. Es doctrina precisa y exacta, como de matemáticas, y no tiene vuelta de hoja, como se suele decir.

Aplicaciones prácticas. Sois católico más ó menos condescendiente ó resabiado, y perteneceis, por malos de vuestros pecados, á un Ateneo liberal. Recogeos un momento, y preguntaos: ¿Seguiria perteneciendo yo á ese Ateneo si mañana se declarase pública y paladinamente *Ateneo librepensador?* ¿Qué os dicen la conciencia y la vergüenza? Que nó. Pues mandad que os borren de las listas de ese Ateneo, porque no podeis, como católico, pertenecer á él.

Teneis un periódico, y lo leeis y dais á leer á los vuestros sin escrúpulo, á pesar de que se llama y discurre como liberal. ¿Seguiriais suscrito á él si de repente apareciese en su primera página el título de *periódico librepensador?* Paréceme que de ninguna manera. Pues cerradle desde luego las puertas de vuestra casa; el tal liberal, manso ó fiero, años há que era ni más ni menos que librepensador.

¡Ah! ¡De cuántas preocupaciones nos corregiríamos con sólo fijar un poco la atencion en el significado de las palabras! Toda asociacion científica, literaria ó filantrópica, liberalmente constituida, es asociacion librepensadora. Todo Gobierno, liberalmente organizado, es Gobierno librepensa-

dor. Todo libro ó periódico, liberalmente escrito, es periódico ó libro de librepensadores. Hacer asco á la palabra y no hacerlo á la realidad por ella representada es manifiesta obcecacion. Piénsenlo bien aquellos de nuestros hermanos que, sin escrúpulo alguno de su ó endurecida ó demasiado blanda y acomodaticia conciencia, forman parte de Círculos, Certámenes, Redacciones, Gobiernos ú otra clase cualquiera de instituciones erigidas con entera independencia del magisterio de la fe. Tales instituciones son liberales y son por lo mismo librepensadoras. Y á una agrupacion librepensadora no puede pertenecer católico alguno, sin dejar de serlo por el mero hecho de aceptar como suyo el criterio librepensador de la agrupacion consabida. Luego tampoco puede pertenecer á una agrupacion liberal.

¡Cuántos católicos, no obstante, sirven muy buenamente al diablo en obras de este jaez! ¿Se van convenciendo ahora de cuán perversa cosa es el Liberalismo, y de cuán merecido es el horror con que debe mirar un buen católico las cosas liberales, y de cuán justificada es y natural nuestra feroz intolerancia ultramontana?

XVI.

¿Cabe hoy en lo del Liberalismo error de buena fe?

He hablado arriba de liberales de buena fe, y me he permitido cierta frase de duda sobre si hay ó no hay *in rerum natura* algun tipo de esta rarísima familia. Inclínome á creer que pocos hay, y que apenas cabe hoy dia en la cuestion del Liberalismo ese error de buena fe, que podria alguna vez hacer excusable su profesion. No negaré en absoluto que tal ó cual caso excepcional puede darse, pero ha de ser verdaderamente caso fenomenal.

En todos los periodos históricos dominados por una herejía se han dado casos frecuentísimos de algun ó algunos

individuos que, á pesar suyo, arrollados en cierta manera por el torrente invasor, se han encontrado participantes de la herejía, sin que se pueda explicar tal participacion más que por una suma ignorancia ó buena fe.

Forzoso es, no obstante, convenir en que si algun error se presentó jamás con ningunas apariencias que le hiciesen excusable, fué este del Liberalismo. La mayor parte de las herejías que han asolado el campo de la Iglesia procuraron encubrirse con disfraces de afectada piedad, que disimulasen su maligna procedencia. Los Jansenistas, más hábiles que ningun otro de sus antecesores, llegaron á tener adeptos en gran número, á quienes faltó poco para que el vulgo ciego tributase los honores sólo debidos á la santidad. Su moral era rígida, sus dogmas tremendos, el aparato exterior de sus personas ascético y hasta iluminado. Añádase que la mayor parte de las antiguas herejías versaron sobre puntos muy sutiles del dogma, sólo discernibles por el hábil teólogo, y en que no podia por sí propia formar criterio la indocta multitud, como no fuese sometiéndose confiada al criterio de sus maestros reconocidos. Por donde, era natural que caído en el error el superior jerárquico de una diócesis ó provincia, cayesen con él igualmente la mayor parte de sus subordinados que tenian depositada en su Pastor la mayor confianza; máxime cuando las comunicaciones, en otro tiempo menos fáciles con Roma, hacian menos accesible á toda la grey cristiana la voz nunca errada del Pastor universal. Esto explica la difusion de muchas antiguas herejías, que nos permitirémos calificar de meramente teológicas; esto da la razon de aquel angustioso grito con que exclamaba san Jerónimo en el siglo IV cuando decia: *Ingemuit universus orbis se esse arianum:* «Gimió el mundo entero asombrado de encontrarse arriano.» Y esto hace comprender como en medio de los mayores cismas y herejías, como son los actuales de Rusia é Inglaterra, es posible tenga Dios muchas almas suyas en quienes no está extinguida la raíz de la verdadera fe, por más que ésta, en su profesion externa, aparezca deforme y viciada. Las cuales, unidas al cuerpo místico de la Iglesia por el Bautismo, y á su alma por la gracia interior santificante, pueden llegar á ser con nosotros partícipes del reino celestial.

¿Acontece esto con el Liberalismo? Presentóse envuelto con el disfraz de meras formas políticas; pero éste fué ya desde el principio tan transparente, que muy ciego hubo de ser quien no le adivinó al ruin disfrazado toda su perversidad. No supo contenerse en los embozos de la mojigatería y del pietismo con que le envolvia alguno que otro de sus panegiristas; rompió al momento por todo, y anunció con siniestros resplandores su abolengo infernal. Saqueó iglesias y conventos; asesinó Religiosos y clérigos; dió rienda suelta á toda impiedad; hasta en las imágenes más venerandas cebó su odio de condenado. Acogió al momento bajo su bandera á toda la hez social; fué su precursora y aposentadora en todas partes la corrupcion calculada.

No eran dogmas abstractos y metafísicos los nuevos que predicaba en sustitucion de los antiguos; eran hechos brutales que bastaba tener ojos para verlos, y simple buen sentido para abominarlos. Gran fenómeno se vió en esta ocasion, y que se presta mucho á sérias meditaciones. El pueblo sencillo é iliterato, pero honrado, fué el más refractario á la novedad. Los grandes talentos corrompidos por el filosofismo fueron los primeros seducidos. El buen sentido natural de los pueblos hizo justicia en seguida á los atrevidos reformadores. En esto, como en todo, se confirmó que veían más claro, nó los listos de entendimiento, sino los limpios de corazon. Y si esto podia decirse del Liberalismo en sus albores, ¿qué no se podrá decir hoy de él, cuando tanta luz se ha hecho sobre su odioso proceso? Nunca error alguno tuvo en contra sí más severas condenaciones de la experiencia, de la historia y de la Iglesia. Al que no quiera creer á ésta como buen católico, han de forzarle aquéllas á que se convenza como hombre de mera honradez natural.

El Liberalismo en menos de cien años de reinar en Europa ha dado ya de sí todos sus frutos; la generacion presente está recogiendo los últimos, que traen harto amargado su paladar y perturbada su tranquila digestion. El argumento del divino Salvador que nos encarga juzgar del árbol por sus frutos, rara vez tuvo aplicacion más oportuna.

Por otra parte, ¿no se vió muy claro desde el principio cuál era el parecer de la Iglesia ante la nueva reforma social?

Algunos desdichados ministros de ella fueron arrastrados por el Liberalismo á la apostasía; este era el primer dato con que habian de juzgar los simples fieles de una doctrina que tales prosélitos arrastraba. Pero el conjunto de la jerarquía, ¿cuándo no fué reputado con gran razon como enemigo del Liberalismo? ¿Qué significa el dictado de *clericalismo* con que se ha honrado por los liberales á la escuela más tenaz enemiga de sus doctrinas, sino una confesion de que la Iglesia docente fué siempre enemiga de ellas? ¿Por qué se ha tenido al Papa? ¿Por qué á los obispos y curas? ¿Por qué á los frailes de todo color? ¿Por qué al comun de las gentes de piedad y de sana conducta? Por clericales siempre, es decir, por antiliberales. ¿Cómo puede, pues, nadie alegar buena fe en un asunto en que aparece tan claramente deslindada la corriente ortodoxa de la que no lo es? Así los que comprenden claramente la cuestion, pueden ver las razones intrínsecas de ella; los que no la comprenden tienen de sobra autoridad extrínseca para formar juicio cabal, como debe formarlo en todas las cosas que se rozan con su fe un buen cristiano. Luz no ha faltado, por la misericordia de Dios; lo que ha sobrado son indocilidad, intereses bastardos, deseo de ancha vida. No engañó aquí la seduccion que deslumbra al entendimiento con falso resplandor, sino la que le oscurece ensuciando con negros vapores el corazon. Creemos, pues, que salvas muy raras excepciones, sólo grandes esfuerzos de ingeniosísima caridad pueden hacer que, discurriendo segun rectos principios de moral, se admita hoy en el católico la excusa de buena fe en el asunto del Liberalismo, particularmente en los liberales teóricos.

XVII.

De varios modos con que sin ser liberal un católico puede hacerse no obstante cómplice del Liberalismo.

Danse varios modos con que, sin ser precisamente liberal, puede un católico hacerse cómplice del Liberalismo. Y hé aquí un punto todavía más práctico que el anterior, y acerca del cual debe estar muy ilustrada y prevenida la conciencia del fiel cristiano en estos tiempos.

Sabido es que hay pecados de los cuales nos hacemos reos, digámoslo así, nó por verdadera y directa comision de ellos, sino por mera complicidad ó connivencia con sus autores. Siendo de tal naturaleza esta complicidad, que llega muchas veces á igualar en gravedad á la accion pecaminosa directamente cometida. Puede, pues, y debe aplicarse al pecado de Liberalismo cuanto sobre este punto de la complicidad enseñan los tratadistas de Teología moral. Nuestro objeto no es más que dejar apuntados aquí brevemente los principales modos con que acerca del Liberalismo se suele contraer hoy dia esta complicidad.

1.° Afiliándose formalmente á un partido liberal. Es la complicidad mayor que puede darse en esta materia, y apenas se distingue de la accion directa á que se refiere. Muchos hay que, en su claro juicio, ven toda la falsedad doctrinal del Liberalismo, y conocen sus siniestros propósitos y abominan su detestable historia. Mas, ó por tradicion de familia, ó por heredados rencores, ó por esperanzas de medro personal, ó por consideracion á favores recibidos, ó por temor á perjuicios que les puedan sobrevenir, ó por otra causa cualquiera, aceptan un puesto en el partido que tales doctrinas sustenta y tales propósitos abriga, y permiten se les cuente pública-

mente entre sus individuos y se honran con su apellido y trabajan bajo su bandera. Estos desdichados son los primeros cómplices, los grandes cómplices de todas las iniquidades de su partido; áun sin conocerlas detalladamente, son verdaderos coautores de ellas y participan de su inmensa responsabilidad. Asi hemos visto en nuestra patria á hombres *muy de bien,* excelentes padres de familia, honrados comerciantes ó artesanos, figurar en partidos que traen en su programa usurpaciones y rapiñas, que ninguna honradez humana puede justificar. Son, pues, ante Dios responsables de este atentado como el tal partido que los cometió, siempre que el tal partido los considere, nó como hecho accidental, sino como lógico procedimiento suyo. La honradez de tales sujetos sólo sirve de hacer más grave esta complicidad. Porque es claro que si un partido malo no se compusiera más que de malvados, no habria gran cosa que temer de él. Lo horrible es el prestigio que á un partido malo dan las personas relativamente buenas que le honran y recomiendan con figurar en sus filas.

2.° Aun sin estar formalmente afiliados á un partido liberal, antes haciendo pública protesta de no pertenecer á él, contraen tambien complicidad liberal los que manifiesten por él públicas simpatías, elogiando sus personajes, defendiendo ó excusando sus periódicos, tomando parte en sus festejos. La razon es evidente. El hombre, sobre todo si vale algo por su talento ó posicion, hace mucho en favor de cualquier idea con sólo mostrarse en relaciones más ó menos benévolas con sus fautores. Da más con el obsequio de su prestigio personal, que si diese dinero, armas ó cualquier otro material auxilio. Así, por ejemplo, honrar un católico, sobre todo si es sacerdote, á un periódico liberal con su colaboracion, es manifiestamente favorecerle con el prestigio de su firma, aunque con ella no se defienda la parte mala del periódico, aunque con ella se disienta de esta misma parte mala. Se dirá tal vez que con escribir allí se logra hacer oir la voz del bien por muchos que en otro periódico no la escucharian. Es verdad; pero tambien la firma del hombre bueno sirve allí de abonar tal periódico á la vista de los lectores poco hábiles en distinguir las doctrinas de un redactor de las

de su vecino; y así, lo que se pretendia fuese contrapeso y compensacion del mal, se convierte para la generalidad en efectiva recomendacion de él. Mil veces lo hemos oído: «¿Malo es tal periódico? Pues ¿no escribe en él D. Fulano de Tal?» Así discurre el vulgo, y vulgo somos casi la totalidad del género humano. Por desgracia es frecuentísima en nuestros dias esta complicidad.

3.° Se comete verdadera complicidad votando candidatos liberales, y esto aunque no se voten por la razon de tales, sino por opiniones económicas ó administrativas, etc., de aquel diputado. Por más que en una cuestion de éstas puede estar conforme tal diputado con el Catolicismo, es evidente que en las demás cuestiones ha de hablar y votar segun su criterio herético; y se hace cómplice de sus herejías el que le puso en el caso de que fuese á escandalizar con ellas el país.

4.° Es complicidad estar suscrito al periódico liberal ó recomendarlo en el periódico sano por falsa razon de compañerismo, ó lamentar por análoga razon de falsa cortesía, su cese ó suspension. Ser suscritor de un periódico liberal, es dar dinero para fomentar el Liberalismo; más aún, es ocasionar que otro incauto se decida á leerlo viendo que vos lo tomais; es, además, propinar á la familia y á los amigos de la casa una lectura más ó menos envenenada. ¡Cuántos periódicos malos debieran desistir de su ruin y maléfica propaganda, si no los apoyasen ciertos bonachones suscritores! Lo mismo decimos de la frase de cajon entre periodistas: *nuestro estimado colega,* ó la otra de desearle *abundante suscricion,* ó la más comun de *sentimos el percance de nuestro compañero,* tratándose respectivamente de la primera salida ó de la suspension de un periódico liberal. No debe haber estos compadrazgos entre soldados de tan opuesta bandera como lo son la de Dios y la de Satanás. Al cesar ó ser suspendido un periódico de éstos, deben darse gracias á Dios porque tenga Su Divina Majestad un enemigo menos: al anunciarse su aparicion debe, nó saludarse ésta, sino lamentarse como una calamidad.

5.° Complicidad es administrar, imprimir, vender, repartir, anunciar ó subvencionar tales periódicos ó libros, aunque sea haciéndolo á la vez con los buenos, aunque sea por mera

profesion industrial, aunque sea como medio material de ganar el diario sustento.

6.° Es complicidad en los padres de familia, directores espirituales, dueños de talleres, catedráticos y maestros, callar cuando son preguntados sobre estas cosas; ó simplemente no explicarlas cuando tienen obligacion, para ilustrar las conciencias de sus subordinados.

7.° Es complicidad á veces ocultar la conviccion propia buena, dando lugar á que se sospeche que se tiene mala. No se olvide que hay mil ocasiones en que es obligacion del cristiano dar público testimonio de la verdad, áun sin ser formalmente requerido.

8.° Es complicidad comprar fincas sagradas ó de beneficencia sin el beneplácito de la Iglesia, aunque las saque á pública subasta la desamortizacion; como no se compren para devolverlas á su legitimo dueño. Es complicidad redimir censos eclesiásticos sin permiso del verdadero señor de ellos, aunque se presente muy lucrativa la operacion. Es complicidad intervenir como agente en tales compras y ventas, publicar los anuncios de subastas, practicar corredurías, etc. Todos estos actos traen además consigo obligacion de restituir en la proporcion de lo que con ellos se ha contribuído al inicuo despojo.

9.° Es en algun modo complicidad prestar la casa propia para actos liberales ó cederla en alquiler para ellos, como por ejemplo, para casinos patrióticos, escuelas laicas, clubs, redacciones de periódicos liberales, etc.

10. Es complicidad celebrar fiestas cívicas ó religiosas por actos notoriamente liberales ó revolucionarios; asistir voluntariamente á dichas fiestas; celebrar exequias patrióticas que tienen más de significacion revolucionaria que de sufragio cristiano; pronunciar discursos fúnebres en elogio de difuntos notoriamente liberales; adornar con coronas y cintas sus sepulcros, etc. ¡Cuántos incautos han flaqueado en su fe por estas causas!

Estas indicaciones hacemos, abarcando sólo lo más comun en esta materia. Las complicidades pueden ser de variedad infinita, como los actos de la vida del hombre, que son, por lo infinitos, inclasificables. Grave es la doctrina que en al-

de su vecino; y así, lo que se pretendia fuese contrapeso y compensacion del mal, se convierte para la generalidad en efectiva recomendacion de él. Mil veces lo hemos oído: «¿Malo es tal periódico? Pues ¿no escribe en él D. Fulano de Tal?» Así discurre el vulgo, y vulgo somos casi la totalidad del género humano. Por desgracia es frecuentísima en nuestros dias esta complicidad.

3.° Se comete verdadera complicidad votando candidatos liberales, y esto aunque no se voten por la razon de tales, sino por opiniones económicas ó administrativas, etc., de aquel diputado. Por más que en una cuestion de éstas puede estar conforme tal diputado con el Catolicismo, es evidente que en las demás cuestiones ha de hablar y votar segun su criterio herético; y se hace cómplice de sus herejías el que le puso en el caso de que fuése á escandalizar con ellas el país.

4.° Es complicidad estar suscrito al periódico liberal ó recomendarlo en el periódico sano por falsa razon de compañerismo, ó lamentar por análoga razon de falsa cortesía, su cese ó suspension. Ser suscritor de un periódico liberal, es dar dinero para fomentar el Liberalismo; más aún, es ocasionar que otro incauto se decida á leerlo viendo que vos lo tomais; es, además, propinar á la familia y á los amigos de la casa una lectura más ó menos envenenada. ¡Cuántos periódicos malos debieran desistir de su ruin y maléfica propaganda, si no los apoyasen ciertos bonachones suscritores! Lo mismo decimos de la frase de cajon entre periodistas: *nuestro estimado colega,* ó la otra de desearle *abundante suscricion,* ó la más comun de *sentimos el percance de nuestro compañero,* tratándose respectivamente de la primera salida ó de la suspension de un periódico liberal. No debe haber estos compadrazgos entre soldados de tan opuesta bandera como lo son la de Dios y la de Satanás. Al cesar ó ser suspendido un periódico de éstos, deben darse gracias á Dios porque tenga Su Divina Majestad un enemigo menos: al anunciarse su aparicion debe, nó saludarse ésta, sino lamentarse como una calamidad.

5.° Complicidad es administrar, imprimir, vender, repartir, anunciar ó subvencionar tales periódicos ó libros, aunque sea haciéndolo á la vez con los buenos, aunque sea por mera

profesion industrial, aunque sea como medio material de ganar el diario sustento.

6.° Es complicidad en los padres de familia, directores espirituales, dueños de talleres, catedráticos y maestros, callar cuando son preguntados sobre estas cosas; ó simplemente no explicarlas cuando tienen obligacion, para ilustrar las conciencias de sus subordinados.

7.° Es complicidad á veces ocultar la conviccion propia buena, dando lugar á que se sospeche que se tiene mala. No se olvide que hay mil ocasiones en que es obligacion del cristiano dar público testimonio de la verdad, áun sin ser formalmente requerido.

8.° Es complicidad comprar fincas sagradas ó de beneficencia sin el beneplácito de la Iglesia, aunque las saque á pública subasta la desamortizacion; como no se compren para devolverlas á su legítimo dueño. Es complicidad redimir censos eclesiásticos sin permiso del verdadero señor de ellos, aunque se presente muy lucrativa la operacion. Es complicidad intervenir como agente en tales compras y ventas, publicar los anuncios de subastas, practicar corredurías, etc. Todos estos actos traen además consigo obligacion de restituir en la proporcion de lo que con ellos se ha contribuido al inicuo despojo.

9.° Es en algun modo complicidad prestar la casa propia para actos liberales ó cederla en alquiler para ellos, como por ejemplo, para casinos patrióticos, escuelas laicas, clubs, redacciones de periódicos liberales, etc.

10. Es complicidad celebrar fiestas cívicas ó religiosas por actos notoriamente liberales ó revolucionarios; asistir voluntariamente á dichas fiestas; celebrar exequias patrióticas que tienen más de significacion revolucionaria que de sufragio cristiano; pronunciar discursos fúnebres en elogio de difuntos notoriamente liberales; adornar con coronas y cintas sus sepulcros, etc. ¡Cuántos incautos han flaqueado en su fe por estas causas!

Estas indicaciones hacemos, abarcando sólo lo más comun en esta materia. Las complicidades pueden ser de variedad infinita, como los actos de la vida del hombre, que son, por lo infinitos, inclasificables. Grave es la doctrina que en al-

gunos puntos hemos sentado, pero si es cierta la Teología moral aplicada á otros errores y crímenes, ¿ha de serlo menos aplicada al que nos ocupa en esta ocasion?

XVIII.

De las señales ó síntomas más comunes con que se puede conocer si un libro, periódico ó persona andan atacados ó solamente resabiados de Liberalismo.

En esta variedad, ó mejor, confusion de matices y medias tintas que ofrece la abigarrada familia del Liberalismo, ¿hay señales ó notas características con que distinguir fácilmente al liberal del que no lo es? Hé aquí otra cuestion tambien muy práctica para el católico de hoy, y que de un modo ú otro frecuentemente el teólogo moralista ha de resolver.

Dividirémos para esto los liberales (sean personas, sean escritos) en tres clases.

Liberales fieros.

Liberales mansos.

Liberales impropiamente dichos, ó solamente resabiados de Liberalismo.

Ensayemos una descripcion semi-fisiológica de cada uno de estos tipos. Es estudio que no carece de interés.

El liberal fiero se conoce desde luego, porque no trata de negar ni de encubrir su maldad. Es enemigo formal del Papa y de los curas y de la gente toda de Iglesia; bástale sea sagrada cualquier cosa para excitar su desapoderado rencor. Busca entre los periódicos los más encandilados; vota entre los candidatos los más abiertamente impíos; de su funesto sistema acepta hasta las últimas consecuencias. Hace gala de vivir sin práctica alguna de religion, y á duras penas la tolera en su mujer é hijos. Suele pertenecer á sectas secretas, y muere por lo regular sin consuelo alguno de la Iglesia.

El liberal manso suele ser tan malo como el anterior, pero cuida bastante de no parecerlo. Las buenas formas y las conveniencias sociales lo son todo para él; salvado este punto, no le importa gran cosa lo demás. Incendiar un convento no le parece bien; apoderarse del solar del convento incendiado, es cosa para él ya más regular y tolerable. Que un periodicucho cualquiera de esos de burdel venda sus blasfemias en prosa, verso ó grabado á dos cuartos ejemplar, es un exceso que él prohibiria y hasta lamenta no lo prohiba un Gobierno conservador; pero que se diga todo lo mismo en frases cultas, en un libro de buena impresion ó en un drama de sonoros versos, sobre todo si el autor es académico ó cosa así, ya no ofrece inconveniente. Oir hablar de clubs le da calofrios y calentura, porque allí, dice él, se seduce á las *masas* y se subvierten los fundamentos del órden social. Pero ateneos libres se pueden muy bien consentir, porque la discusion científica de todos los problemas sociales ¿quién la va á condenar? Escuela sin catecismo es un insulto al católico país que la paga. Mas universidad católica, es decir, con sujecion entera al catecismo, ó sea el criterio de la fe, debe dejarse para los tiempos de la Inquisicion. El liberal manso no aborrece al Papa, sólo no encuentra bien ciertas pretensiones de la *Curia romana* y ciertos extremos del ultramontanismo que no dicen bien con las ideas de hoy. Ama á los Curas, sobre todo á los ilustrados, es decir, á los que piensan á la moderna como él; en cuanto á los fanáticos y reaccionarios, los evita ó los compadece. Va á la iglesia, y tal vez hasta á los Sacramentos; pero su máxima es, que en la Iglesia se debe vivir como cristiano, mas fuera de ella conviene vivir con el siglo en que se ha nacido y no obstinarse en remar contra la corriente. Navega así entre dos aguas, y suele morir con el sacerdote al lado, pero llena de libros prohibidos la librería.

El católico simplemente resabiado de Liberalismo se conoce en que, siendo hombre de bien y de prácticas sinceramente religiosas, huele no obstante á Liberalismo en cuanto habla ó escribe ó trae entre manos. Podria decir á su modo, como Mad. Sevigné: «No soy la rosa, pero estuve cerca de ella y tomé algo de su olor.» El buen resabiado discurre y habla y obra como liberal de veras, sin que él mismo, po-

brecito, lo eche de ver. Su fuerte es la *caridad:* este hombre es la caridad misma. ¡Cómo aborrece él las exageraciones de la prensa ultramontana! Llamarle malo á un hombre que difunde malas ideas, parécele á ese singular teólogo pecado contra el Espíritu Santo. Para él no hay más que extraviados. No se debe resistir ni combatir; lo que se debe procurar siempre, es atraer. «Ahogar el mal con la abundancia del bien:» esta es su fórmula favorita, que leyó un dia en Balmes por casualidad, y fué lo único que del gran filósofo catalan se le quedó en la memoria. Del Evangelio aduce únicamente los textos que saben á miel y almíbar. Las invectivas espantosas contra el farisaísmo, diríase que las tiene él por genialidades é intemperancias del divino Salvador. A bien que sabe usarlas él mismo muy reciamente contra los irritables ultramontanos, que con sus exageraciones comprometen cada dia la causa de una religion que toda es paz y amor. Contra éstos anda acerbo y duro el buen resabiado, contra éstos es amargo su celo y agria su polémica y agresiva su caridad. Por él exclamó el P. Félix en un discurso célebre, á propósito de las acusaciones de que era objeto la persona del gran Veuillot: «Señores, amemos y respetemos hasta á nuestros *amigos*.» Pero nó; el buen resabiado no lo hace así: guarda todos sus tesoros de tolerancia y de caridad liberal para los enemigos jurados de su fe. ¡Es claro, como que el infeliz los ha de atraer! En cambio, no tiene más que el sarcasmo y la intolerancia cruel para sus más heroicos defensores. En suma: al buen resabiado, aquello de la opinion *per diametrum* del Padre san Ignacio en sus Ejercicios espirituales, nunca le pudo entrar. No conoce más táctica que la de atacar por los flancos, que en religion suele ser la más cómoda, pero nó la más decisiva. Bien quisiera él vencer, pero á trueque de no herir al enemigo ni causarle mortificacion ó enfado. El nombre de guerra le alborota los nervios; más le acomoda la pacífica discusion. Está por los Círculos liberales en que se perora y delibera, nó por las Asociaciones ultramontanas en que se dogmatiza é increpa. En una palabra, si por sus frutos se conoce al liberal fiero y al manso, por sus aficiones principalmente es como al resabiado de Liberalismo se le ha de conocer.

Por estos rasgos mal perfilados, que no llegan á diseños ó bocetos, cuando menos á verdaderos y acabados retratos, será fácil conocer muy luego á cualquiera de los tipos de la familia en sus diversas gradaciones. Resumiendo en pocas palabras el rasgo más característico de su respectiva fisonomía, dirémos que el liberal fiero ruge su Liberalismo; el liberal manso lo perora; el pobre resabiado lo suspira y gimotea.

Todos son peores, como decia de su padre y madre aquel pillete del cuento; pero al primero le paraliza muchas veces su propio furor; al tercero su condicion híbrida, de suyo infecunda y estéril. El segundo es el tipo satánico por excelencia, y el que en nuestros tiempos produce el verdadero estrago liberal.

XIX.

De las principales reglas de prudencia cristiana que debe observar el buen católico en su trato con liberales.

Y no obstante, ¡oh lector! con liberales fieros y mansos, ó con católicos miserablemente resabiados de Liberalismo, hay que vivir en el siglo presente, como con arrianos se vivió en el cuarto, y con pelagianos en el quinto, y con jansenistas en el décimoséptimo. Y no es posible dejar de alternar con ellos, porque se los encuentra uno por todas partes, en el negocio, en las diversiones, en las visitas, hasta en la iglesia tal vez, hasta en la propia familia. ¿Cómo se habrá, pues, de portar el buen católico en sus relaciones con tales apestados? ¿Cómo podrá prevenir y evitar, ó disminuir por lo menos, ese constante riesgo de infeccion?

Dificilísimo es señalar reglas precisas para cada caso. Sin embargo, máximas generales de conducta se pueden muy bien indicar, dejando á la prudencia de cada uno lo concreto é individual de su aplicacion.

Parécenos que ante todo conviene distinguir tres clases de relaciones que se pueden suponer entre un católico y un liberal, ó sea entre un católico y el Liberalismo. Decimos así porque las ideas en la práctica no se pueden considerar separadas de las personas que las profesan y sustentan. El Liberalismo ideológico es puro concepto intelectual: el Liberalismo real y práctico son las instituciones, personas, libros y periódicos liberales. Tres clases, pues, de relaciones se pueden suponer entre un católico y el Liberalismo.

Relaciones necesarias.

Relaciones útiles.

Relaciones de pura aficion ó placer.

Relaciones necesarias. Son las que *inevitablemente* trae á cada cual su estado ó posicion particular. Así son las que deben mediar entre hijos y padre, marido y mujer, hermanos y hermanas, súbditos y superiores, amos y criados, discípulos y profesores, etc. Claro es que si un buen hijo tiene la desdicha de que su padre sea liberal, no por eso le ha de abandonar; ni la mujer al marido; ni el hermano ó pariente á otro de la familia, más que en los casos en que el liberalismo de los tales llegase á exigir de su súbdito respectivo actos esencialmente contrarios á la Religion, y que indujesen á formal apostasía de ella. Nó cuando solamente impidiese la libertad de cumplir los preceptos de la Iglesia; pues sabido es que la Iglesia no entiende obligar á los tales *sub gravi incommodo*. En todos estos casos debe el católico soportar con paciencia su dura situacion; rodearse de todas las precauciones para evitar el contagio del mal ejemplo, como se aconseja en todos los libros al tratar de las ocasiones próximas necesarias; tener muy levantado el corazon á Dios, y rogar cada dia por su propia salvacion y por la de las infelices víctimas del error; rehuir todo lo posible la conversacion ó disputa sobre tales materias, ó no entrar en ellas sino muy pertrechado de armas ofensivas y defensivas. Buscar éstas en la lectura de libros y periódicos sanos á juicio de un prudente director; contrapesar la inevitable influencia de tales personas inficionadas, con el trato frecuente de otras de autoridad y luces que estén en clara posesion de la sana doctrina. Obedecer al superior en todo lo que no se oponga

á la fe y moral católicas, pero renovar cada dia el firme propósito de negar la obediencia á quienquiera que sea, en lo que directa ó indirectamente sea opuesto á la integridad del Catolicismo. Y no desmaye el que en tal situacion se encontrare. Dios, que ve sus luchas, no le faltará con el auxilio conveniente. Hemos reparado que los buenos católicos de países liberales y de familias liberales suelen distinguirse, cuando son verdaderamente buenos, por cierto especial vigor y temple de espíritu. Es este el constante proceder de la gracia de Dios, que allí alienta con más firmeza donde más apurada y apretada ve la necesidad.

Relaciones útiles. Otras relaciones hay que no son absolutamente indispensables, pero que lo son moralmente, por cuanto sin ellas no es apenas posible la vida social, que toda estriba en un cambio mutuo de servicios. Tales son las relaciones de comercio, las de empresarios y trabajadores, las del artesano con sus parroquianos, etc. En éstas no hay la estrecha sujecion que en las del grupo anterior; puede hacerse, pues, alarde de mayor independencia. La regla fundamental es no ponerse en contacto con tales gentes más que por el lado en que sea preciso engranar con ellas para el movimiento de la máquina social. Si es comerciante, no trabar con ellas otras relaciones que las de comercio; si es criado, ningunas otras más que las de servicio; si es artesano, no otras que las de *toma* y *daca* relativas á su profesion. Guardando esta prudencia, se puede vivir sin menoscabo de la fe, áun en medio de un pueblo de judíos. Sin olvidar las demás prevenciones generales recomendadas en el grupo anterior, y teniendo en cuenta que aquí no media razon alguna de vasallaje, y que de la independencia católica conviene hacer alarde en frecuentes ocasiones para imponer respeto con ella á los que crean poder anonadarnos con su desvergüenza liberal. Mas si llegase el caso de una imposicion descarada, débese repelerla con toda franqueza, y erguirse ante el descaro del sectario con todo el noble y santo descaro del discípulo de la fe.

Relaciones de mera aficion. Estas son las que contraemos y sostenemos por nuestro gusto é inclinacion, y de que podemos abstenernos libremente con sólo quererlo. Con li-

berales debemos abstenernos de ellas como de verdaderos peligros para nuestra salvacion. Aquí tiene lugar de lleno la sentencia del Salvador: *El que ama el peligro perecerá en él.* ¿Cuesta? Rómpase el lazo peligroso, aunque mucho cueste. Tengamos presente para eso las siguientes consideraciones, que sin duda nos convencerán, ó por lo menos nos confundirán, si no nos convencen. Si aquella persona estuviese atacada de mal físico contagioso, ¿la frecuentarias? Sin duda que nó. Si tu trato con ella comprometiese tu reputacion mundana, ¿lo mantendrias? Pues, cierto que nó. Si profesase ideas injuriosas con respecto á tu familia, ¿la fuéras á visitar? Clarito que nó. Pues bien: miremos en este asunto de honra divina y de espiritual salud lo que nos dicta la humana prudencia con respecto á los propios intereses y honra humana. Sobre esto le habíamos oído decir á persona de gran jerarquía hoy en la Iglesia de Dios: «¡ Nada con liberales; no frecuenteis sus casas; no cultiveis sus amistades!» A bien que antes lo habia dicho ya de sus congéneres el Apóstol: *Ne commisceamini:* «No os relaciones con ellos. *(I Corinth.* v, 9).» *Cum hujusmodi nec cibum sumere:* «Con ellos ni sentarse á la mesa. *(Ibid.* v, 11).»

¡Horror, pues, á la herejía, que es el mal sobre todo mal! En país apestado lo primero que se procura es aislar. ¡Quién nos diese hoy poder establecer cordon sanitario absoluto entre católicos y sectarios del Liberalismo!

XX.

De cuán necesario sea precaverse contra las lecturas liberales.

Si esta conducta conviene observar con las personas, mucho más conveniente, y por suerte mucho más fácil, es observarla con las lecturas.

El Liberalismo es sistema completo, como el Catolicismo, aunque en sentido inverso. Tiene, pues, sus artes, ciencias,

letras, economía, moral, es decir, un organismo enteramente propio y suyo, animado por su espíritu, marcado con su sello y fisonomía. Tambien lo han tenido las más poderosas herejías, como, por ejemplo, el arrianismo en la antigüedad y el jansenismo en los siglos modernos. Hay, pues, no sólo periódicos liberales, sí que libros liberales ó resabiados de Liberalismo, y los hay en abundancia, y triste es decirlo, en ellos se apacienta principalmente la generacion actual, y por esto, áun sin saberlo ó advertirlo, son tantos los que se encuentran miserablemente contagiados.

¿Qué reglas hay que dar para este caso?

Análogas ó casi iguales á las que se han dado con relacion á las personas. Vuélvase á leer lo dicho poco há, y aplíquese á los libros lo que de los individuos se dijo. No es trabajo difícil, y ahorrará á nosotros y á los lectores la molestia de la repeticion.

Una cosa sola advertirémos aquí, que especialmente se refiere á esta materia. Y es que nos guardemos de deshacernos en elogios de libros liberales, sea cual fuere su mérito científico ó literario, á menos que no hagamos tales elogios sino con grandísimas reservas y salvando siempre la reprobacion que merecen por su espíritu ó sabor liberal. Y hacemos hincapié en esto, porque son muchos los católicos bonachones (áun en el periodismo católico) que, para que les tengan por imparciales, y por darse barniz de ilustracion, que siempre halaga, tocan el bombo y soplan la trompeta de la Fama en favor de cualquier obra científica ó literaria que nos venga del campo liberal; y dicen que hacerlo así es probar que á los católicos no nos duele reconocer el mérito donde quiera que lo veamos, que así se atrae al enemigo (maldito sistema de atraccion, que viene á ser nuestro juego de *gana-pierde*, pues insensiblemente somos nosotros los atraídos); que finalmente, no hay peligro alguno en esto, y sí notorio espíritu de equidad. ¡Qué pena nos dió hace pocos meses leer en un periódico fervorosamente católico repetidos elogios y recomendaciones de un poeta célebre que ha escrito, en odio á la Iglesia, poemas como la *Vision de Fr. Martin* y *La última lamentacion de lord Byron!* ¿Qué importa sea ó no grande su mérito literario, si con este su mé-

rito literario nos asesina las almas que hemos de salvar? Lo mismo fuera guardarle consideracion al bandido por el brillo de la espada con que nos embiste, ó por los bellos dibujos que adornan el fusil con que nos dispara. La herejía envuelta en los artificiosos halagos de una rica poesía, es mil veces más mortífera que la que sólo se da á tragar en los áridos y fastidiosos silogismos de la escuela. La gran propaganda herética de casi todos los siglos, leo en las historias, que la han ayudado á hacer los sonoros versos. Poetas de propaganda tuvieron los arrianos; tuviéronlos los luteranos, que muchos se preciaban, con su Erasmo, de cultos humanistas; de la escuela jansenista de Arnaldo, de Nicole y de Pascal no hay que decir que fué esencialmente literaria. Voltaire ya se sabe á qué debió los principios y sosten de su espantosa popularidad. ¿Cómo hemos, pues, de hacernos cómplices los católicos de tales sirenas del infierno, y darles nombre y fama, y ayudarlos en su obra de fascinacion y corrupcion de la juventud? El que lee en nuestros periódicos que tal ó cual poeta es admirable poeta, *aunque liberal;* va y coge y compra en la libreria aquel admirable poeta, *aunque liberal;* y lo traga y devora, *aunque liberal;* y lo digiere é inficiona con él su sangre, *aunque liberal;* y tórnase á la postre el desdichado lector liberal como su autor favorito. ¡Cuántas inteligencias y corazones echó á perder el infeliz Espronceda! ¡Cuántas el impío Larra! ¡Cuántas casi hoy dia el malhadado Becquer! Por no citar nombres de vivos; que no nos costara por cierto citarlos á docenas. ¿Por qué le hemos de hacer á la Revolucion el servicio de pregonar sus glorias infaustas? ¿A título de qué? ¿De imparcialidad? Nó, que no debe haber imparcialidad en ofensa de lo principal, que es la verdad. Una mala mujer es infame por bella que sea, y es más peligrosa cuanto es más bella. ¿Acaso por título de gratitud? Nó, porque los liberales, *más prudentes* que nosotros, no recomiendan lo nuestro aunque sea tan bello como lo suyo, antes procuran oscurecerlo con la crítica ó enterrarlo con el silencio.

De san Ignacio de Loyola, dice su ilustre historiador el P. Rivadeneyra, que era tan celoso de esto, que nunca permitió se leyese en su clase obra alguna del famoso huma-

nista de su época Erasmo de Rotterdam, á pesar de que muchos de sus elegantes escritos no se referian á religion, sólo porque en la mayor parte de ellos mostraba sabor protestante.

Del P. Faber, á quien no se tachará de poco ilustrado, intercalamos aquí un precioso fragmento á propósito de sus famosos compatricios Milton y Byron. Decia así el gran escritor inglés, en una de sus hermosísimas cartas: «No comprendo la extraña anomalía de las gentes de salon, que citan con elogio á hombres como Milton y Byron, manifestando al mismo tiempo que aman á Cristo y ponen en Él toda esperanza de salvacion. Se ama á Cristo y á la Iglesia, y se alaba en sociedad á los que de Ellos blasfeman; se truena y se habla contra la impureza como cosa odiosa á Dios, y se celebra á un sér cuya vida y obras han estado saturadas de ella. No puedo comprender la distincion entre el hombre y el poeta; entre los pasajes puros y los impuros. Si un hombre ofende al objeto de mi amor, no puedo recibir de él consuelo ni placer, y no puedo concebir que con amor ardiente y delicado hácia nuestro Salvador puedan gustar las obras de su enemigo. La inteligencia admite distinciones, pero el corazon nó. Milton (¡maldita sea la memoria del blasfemo!) pasó gran parte de su vida escribiendo contra la divinidad de mi Señor, mi única fe, mi único amor; este pensamiento me envenena. Byron, hollando sus deberes para con su patria y todos los afectos naturales, se rebajó vergonzosamente, vistiendo con hermosos versos el crímen y la incredulidad. El monstruo que puso (¿me atreveré á escribirlo?) á Jesucristo al nivel y como compañero de Júpiter y de Mahoma, no es para mí otra cosa que *bestia fiera*, hasta en sus pasajes más puros, y nunca me he arrepentido de haber arrojado al fuego en Oxford una hermosa edicion de sus obras en cuatro volúmenes... Inglaterra no necesita á Milton. ¿Cómo puede necesitar mi país una política, un valor, un talento ó cualquier otra cosa que esté maldita de Dios? ¿Y cómo el eterno Padre puede bendecir el talento y la obra de quien en prosa y en verso ha renegado, ridiculizado y blasfemado la divinidad de su Hijo? *Si quis non amat Dominum Nostrum Jesum Christum, sit anathema.* Así decia san Pablo.»

En tales términos escribia el gran literato católico inglés,

una de las más grandes figuras literarias de la Inglaterra moderna. Eso escribia cuando no habia hecho aún su completa abjuracion del Protestantismo. Así ha discurrido siempre la sana intransigencia católica, así habló siempre el buen sentido de la fe.

Asómbrame que se hayan tenido tantas polémicas sobre si conviene ó no la educacion clásica, basada en el estudio de los autores griegos y latinos de la pagana antigüedad, á pesar de lo que les disminuye á éstos su eficacia la distancia de los siglos, el mundo distinto de ideas y costumbres, y la diversidad del idioma. Asómbrame esto, y que apenas nada se haya escrito sobre lo venenoso y letal de la educacion revolucionaria, que sin escrúpulo se da ó se tolera dar por muchos católicos á la juventud.

XXI.

De la sana intransigencia católica en oposicion á la falsa caridad liberal.

¡Intransigente! ¡Intransigencia! Oigo exclamar aquí á una porcion de mis lectores más ó menos resabiados, tras la lectura del capítulo anterior. ¡Qué modo de resolver la cuestion, tan poco cristiano! ¿Son ó no prójimos, como cualquier otro, los liberales? ¿A dónde vamos á parar con estas ideas? ¿Cómo tan descaradamente se recomienda contra ellos el desprecio de la caridad?

«¡Ya pareció aquello!» exclamarémos nosotros á nuestra vez. Ya se nos echa en rostro lo de la «falta de caridad.» Vamos, pues, á contestar tambien á este reparo, que es para algunos el verdadero caballo de batalla de la cuestion. Si no lo es sirve á lo menos á nuestros enemigos de verdadero parapeto. Es, como muy á propósito ha dicho un autor, hacer bonitamente servir á la caridad de barricada contra la verdad.

Sepamos ante todo qué significa la palabra caridad.

La teología católica nos da de ella la definicion por boca de un órgano el más autorizado para la propaganda popular, que es el sabio y filosófico *Catecismo*. Dice así: *Caridad es una virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios*. De esta definicion, después de la parte que á Dios se refiere, resulta que debemos amar al prójimo como á nosotros mismos, y esto nó de cualquier manera, sino en órden y con sujecion á la ley de Dios y por amor de Dios.

Ahora bien: ¿Qué es amar? *Amare est velle bonum*, dice la filosofía: «Amar es querer bien á quien se ama.» ¿Y á quién dice la caridad que se ha de amar ó querer bien? Al prójimo, esto es, no á tal ó cual hombre solamente, sino á todos los hombres. Y ¿cuál es este bien que se les ha de querer para que resulte verdadero amor? Primeramente el bien supremo de todos, que es el bien sobrenatural: luego después, los demás bienes de órden natural, no incompatibles con aquél. Todo lo cual viene á resumirse en aquella frase «por amor de Dios,» y otras mil de análogo sentido.

Síguese, pues, de ahí, que se puede amar y querer bien al prójimo (y mucho) disgustándole, y contrariándole, y perjudicándole materialmente, y áun privándole de la vida en alguna ocasion. Todo estriba en examinar si, en aquello en que se le disgusta ó contraría ó mortifica, se obra ó nó en bien suyo, ó de otro que tenga más derecho que él á este bien, ó simplemente en mayor servicio de Dios.

1.° O en bien suyo. Si claramente aparece que disgustando y ofendiendo al prójimo, se obra en bien suyo, claro está que se le ama áun en aquello en que por su bien se le disgusta y contraría. Así al enfermo se le ama abrasándole con el cauterio ó cortándole la gangrena con el bisturí; al malo se le ama corrigiéndole con la reprension ó el castigo, etc. Todo lo cual es excelente caridad.

2.° O en bien de otro prójimo que tenga derecho mejor. Sucede frecuentemente que hay que disgustar á uno, nó en bien propio suyo, sino para librar de un mal á otro á quien el primero se lo procura causar. En este caso es ley de caridad defender al agredido de la violencia injusta del agre-

sor, y se puede hacer mal á éste cuanto sea preciso ó conveniente para la defensa de aquél. Así sucede cuando en defensa del pasajero á quien acomete el ladron, se mata á éste. Y entonces matar ó dañar, ó de otra cualquier manera ofender al injusto agresor, es acto de verdadera caridad.

3.° O en el debido servicio de Dios. El bien de todos los bienes es la divina gloria, como el prójimo de todos los prójimos es para el hombre su Dios. De consiguiente, el amor que se debe á los hombres como prójimos, debe entenderse siempre subordinado al que debemos todos á nuestro comun Señor. Por su amor y servicio, pues, se debe (si es necesario) disgustar á los hombres; se debe (si es necesario) herirlos y matarlos. Adviértase la fuerza de los paréntesis (si es necesario), lo cual dice claramente el caso único en que exige tales sacrificios el servicio de Dios. Así en guerra justa, como se hieren y se matan hombres por el servicio de la patria, se pueden herir y matar hombres por el servicio de Dios; y como con arreglo á la ley se pueden ajusticiar hombres por infraccion del Código humano, puédense en sociedad católicamente organizada ajusticiar hombres por infraccion del Código divino, en lo que obliga éste en el fuero externo, lo cual justifica plenamente á la tan maldecida Inquisicion. Todo lo cual (cuando tales actos sean necesarios y justos) son actos de virtud, y pueden ser imperados por la caridad.

No lo entiende así el Liberalismo moderno, pero entiende mal en no entenderlo así. Por esto tiene y da á los suyos una falsa nocion de la caridad, y aturrulla y apostrofa á todas horas á los católicos firmes, con la decantada acusacion de intolerancia é intransigencia. Nuestra fórmula es muy clara y concreta. Es la siguiente: La suma intransigencia católica es la suma católica caridad. Lo es en órden al prójimo por su propio bien, cuando por su propio bien le confunde y sonroja y ofende y castiga. Lo es en órden al bien ajeno, cuando por librar á los prójimos del contagio de un error desenmascara á sus autores y fautores, los llama con sus verdaderos nombres de malos y malvados, los hace aborrecibles y despreciables como deben ser, los denuncia á la execracion comun, y si es posible, al celo de la fuerza social

encargada de reprimirlos y castigarlos. Lo es, finalmente, en órden á Dios cuando por su gloria y por su servicio se hace *necesario* prescindir de todas las consideraciones, saltar todas las vallas, lastimar todos los respetos, herir todos los intereses, exponer la propia vida y la de los que sea preciso para tan alto fin.

Y todo esto es pura intransigencia en el verdadero amor, y por esto es suma caridad, y los tipos de esta intransigencia son los héroes más sublimes de la caridad, como la entiende la verdadera Religion. Y porque hay pocos intransigentes, hay en el dia pocos caritativos de veras. La caridad liberal que hoy está de moda es en la forma el halago y la condescendencia y el cariño; pero es en el fondo el desprecio esencial de los verdaderos bienes del hombre y de los supremos intereses de la verdad y de Dios.

XXII.

De la caridad en lo que se llama las formas de la polémica, y si tienen en eso razon los liberales contra los apologistas católicos.

Mas no es este último principalmente el terreno en que coloca la cuestion el Liberalismo, porque sabe que en el de los principios seria irremediablemente vencido. Más á menudo acusa á los católicos de poca caridad en las formas de su propaganda, y en este punto es donde, como hemos dicho, suelen hacer especial hincapié ciertos católicos buenos en el fondo, pero resabiados de la maldita peste liberal. ¿Qué hay, pues, sobre el particular? Hay lo siguiente: Que tenemos razon los católicos en esto como en lo demás, y no la tienen, ni sombra de ella, los liberales. Fijémonos para esto en los siguientes puntos:

1.° Puede claramente el católico decir á su adversario liberal, que lo es. Nadie pondrá en duda esta proposicion. Si

tal autor ó periodista ó diputado empieza por jactarse de Liberalismo,y no oculta poco ni mucho sus ideas ó aficiones liberales, ¿qué injuria se le hace en llamarle liberal? Es principio de derecho: *Si palam res est, repetitio injuria non est:* «No hay injuria en decir lo que está á la vista de todos.» Mucho menos en decir del prójimo lo que él mismo dice á todas horas de sí. ¿Cuántos liberales, no obstante, particularmente del grupo de los mansos ó templados, tienen á gran injuria que los llame liberales ó amigos del Liberalismo un adversario católico?

2.° Dado que el Liberalismo es cosa mala, no es faltar á la caridad llamar malos á los defensores públicos y conscientes del Liberalismo. Es en sustancia aplicar al caso presente la ley de justicia que se ha aplicado en todos los siglos. Los católicos de hoy no hacemos innovacion en este punto, nos atenemos á la práctica constante de la antigüedad. Los propaladores y fautores de herejías han sido en todos tiempos llamados herejes, como los autores de ellas. Y como la herejía ha sido siempre considerada en la Iglesia como gravísimo mal, á tales fautores y propaladores ha llamado siempre la Iglesia malos y malvados. Regístrense las colecciones de los autores eclesiásticos. Véase cómo trataron los Apóstoles á los primeros heresiarcas, y cómo siguieron tratándolos los santos Padres, cómo los han seguido tratando los modernos controversistas y la misma Iglesia en su lenguaje oficial. No hay, pues, falta de caridad en llamar á lo malo, malo; á los autores, fautores y seguidores de lo malo, malvados; y al conjunto de todos sus actos, palabras y escritos, iniquidad, maldad, perversidad. El lobo fué llamado siempre lobo á secas, y nunca se creyó hacer mala obra al rebaño ni á su dueño con llamarle y apostrofarle así.

3.° Si la propaganda del bien y la necesidad de atacar el mal exigen el empleo de frases duras contra los errores y sus reconocidos corifeos, éstas pueden emplearse sin faltar á la caridad. Es este un corolario ó consecuencia del principio anterior. Al mal debe hacérsele aborrecible y odioso; y no puede hacérsele tal sino denostándolo como malo y perverso y despreciable. La oratoria cristiana de todos los siglos autoriza el empleo de las figuras retóricas más vivas contra la im-

piedad. En los escritos de los grandes atletas del Cristianismo es continuo el uso de la ironía, de la imprecacion, de la execracion, de los epítetos depresivos. La ley de todo esto deben ser únicamente la oportunidad y la verdad.

Hay otra razon además. La propaganda y apologética popular (y siempre es popular la religiosa) no puede guardar las formas enguantadas y sobrias de la academia y de la escuela. No se convence al pueblo sino hablándole al corazon y á la imaginacion, y éstos sólo se emocionan con la literatura calurosa y encendida y apasionada. No es malo el apasionamiento producido por la santa pasion de la verdad. Las llamadas intemperancias del moderno periodismo ultramontano, aparte de ser muy flojas comparadas con las del periodismo liberal (ejemplos recientes tenemos por ahí cerca), están justificadas con sólo abrir por cualquier página las obras de los grandes polemistas católicos de los mejores tiempos.

El Bautista empezó por llamar á los fariseos «raza de víboras.» Cristo Dios no se abstuvo de apostrofarlos con los epítetos de «hipócritas, sepulcros blanqueados, generacion malvada y adúltera,» sin que creyese por ello manchar la santidad de su mansísima predicacion. San Pablo decia de los cismáticos de Creta, que eran «mentirosos, malas bestias, barrigones, perezosos.» Al seductor Elimas Mago llámale el mismo Apóstol «hombre lleno de todo fraude y embuste, hijo del diablo, enemigo de toda verdad y justicia.»

Si abrimos las colecciones de los Padres, no topamos más que con rasgos de esta naturaleza, que no dudaron emplear á cada paso en su eterna polémica con los herejes. Citarémos tan sólo uno que otro de los principales. San Jerónimo, disputando con el hereje Vigilancio, le echa en cara su antigua profesion de tabernero, y le dice: «Otras cosas aprendiste (y no teología) desde tu temprana edad; á otros estudios te has dedicado. No es por cierto cosa que pueda ejecutar bien un mismo hombre, averiguar el valor de las monedas y el de los textos de la Escritura; catar los vinos y tener inteligencia de los Profetas y de los Apóstoles.» Y se ve que el santo controversista les tenia aficion á esos modos de desautorizar al adversario, pues en otra ocasion, atacando al mismo Vigilancio, que negaba la excelencia de la virginidad y del ayuno, pre-

gúntale con festivo donaire, «si lo predicaba así para no perder el consumo de su taberna.» ¡Oh! ¡cuántas cosas hubiera dicho un crítico liberal si eso hubiese escrito contra un hereje de hoy uno de nuestros controversistas!

¿Qué dirémos de san Juan Crisóstomo en su famosa invectiva contra Eutropio, que en personal y agresiva no tiene comparacion sino con las tan agrias de Ciceron contra Catilina ó contra Verres? El melifluo Bernardo no era ciertamente de miel al tratar con los enemigos de su fe. A Arnaldo de Brescia (gran agitador liberal de su siglo) le llama con todas las letras «seductor, vaso de injurias, escorpion, lobo cruel.» El buen santo Tomás de Aquino olvida la calma de sus frios silogismos para dirigirse en vehemente apóstrofe contra su adversario Guillermo de Saint-Amour y sus discípulos, y llamarlos á boca llena «enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Anticristo, ignorantes, perversos, réprobos.» Nunca dijo tanto el insigne Luis Veuillot. El dulcísimo san Buenaventura increpa á Geraldo con los epítetos de «imprudente, calumniador, espíritu maléfico, impío, impúdico, ignorante, embustero, malhechor, pérfido é insensato.» Al llegar á la época moderna se nos presenta el tipo encantador de san Francisco de Sales, que por su exquisita delicadeza y mansedumbre mereció ser llamado viva imágen del Salvador. ¿Creeis que les guardó consideracion alguna á los herejes de su tiempo y país? ¡Ca! Les perdonó sus injurias, les colmó de beneficios, procuró hasta salvar la vida á quien habia atentado contra la suya. Llegó á decir á un su rival: «Si me arrancáseis un ojo, no dejaria con el otro de miraros como hermano.» Pues bien; con los enemigos de su fe no guardaba clase alguna de temperamento ó consideracion. Preguntado por un católico si podia decir mal de un hereje que esparcia sus venenosas doctrinas, le contestó: «Sí, podeis, con tal que no digais de él cosa contraria á la verdad, y sólo por el conocimiento que tengais de su mal modo de vivir; hablando de lo dudoso como dudoso, y segun el grado mayor ó menor de duda que sobre eso tengais.» Más claro lo dejó dicho en su *Filotea,* libro tan precioso como popular. Dice así: «Los enemigos declarados de Dios y de la Iglesia deben ser vituperados lo más que se pueda. La caridad obliga á

cada cual á gritar «¡Al lobo! cuando éste se ha metido en el rebaño, y áun en cualquier lugar en que se le encuentre.»

¿Habrá necesidad de dar á nuestros enemigos un curso práctico de retórica y de crítica literaria? Hé aquí lo que hay sobre la tan decantada cuestion de las formas agresivas de los escritores ultramontanos, vulgo católicos verdaderos. La caridad nos prohibe hacer á otros lo que razonablemente no hemos de querer para nosotros mismos. Nótese el adverbio *razonablemente,* en el cual está todo el *quid* de la cuestion. La diferencia esencial de nuestro modo de ver y del de los liberales en este asunto, estriba en que estos señores consideran á los apóstoles del error como simples ciudadanos *libres*, que en uso de su *perfecto derecho,* opinan de otro modo en Religion, y así se creen obligados á respetar aquella su *opinion* y á no contradecirla más que en los términos de una discusion *libre;* al paso que nosotros no vemos en ellos sino enemigos declarados de la fe que estamos obligados á defender, y en sus errores no miramos libres opiniones, sino formales herejías y maldades, como enseña la ley de Dios. Con razon, pues, dice un gran historiador católico á los enemigos del Catolicismo: «Vosotros os haceis infames con vuestras acciones; pues bien, yo os acabaré de cubrir de infamia con mis escritos.» Y por igual tenor enseñaba á la viril generacion romana de los primeros tiempos de Roma la ley de las Doce tablas: *Adversus hostem æterna auctoritas esto*. Que se podria traducir: «A los enemigos, guerra sin cuartel.»

XXIII.

Si es conveniente al combatir el error combatir y desautorizar la personalidad del que lo sustenta y propala.

Pero dirá alguno: «Pase esto con las doctrinas en abstracto. Mas, ¿es conveniente al combatir el error, por más que sea error, cebarse y encarnizarse en la personalidad del que lo sustenta?

Responderémos á eso, que muchísimas veces sí, es conveniente, y no sólo conveniente, sino indispensable y meritorio ante Dios y ante la sociedad. Y aunque bien pudiera deducirse esta afirmacion de lo que llevamos anteriormente expuesto, queremos todavía tratarla *exprofeso* aquí, pues es grandísima su importancia.

En efecto; no es poco frecuente la acusacion que se hace al apologista católico de andarse siempre con personalidades; y cuando se le ha echado en cara á uno de los nuestros lo de que comete una personalidad, paréceles á los liberales y á los resabiados de Liberalismo, que ya no hay más que decir para condenarle.

Y no obstante no tienen razon; nó, no la tienen. Las ideas malas han de ser combatidas y desautorizadas, se las ha de hacer aborrecibles y despreciables y detestables á la multitud, á la que intentan embaucar y seducir. Mas da la casualidad de que las ideas no se sostienen por sí propias en el aire, ni por sí propias se difunden y propagan, ni por sí propias hacen todo el daño á la sociedad. Son como las flechas y balas, que á nadie heririan si no hubiese quien las dispárase con el arco ó con el fusil. Al arquero y al fusilero se deben dirigir, pues, primeramente los tiros del que desee destruir su mortal puntería, y todo otro modo de hacer la guerra seria tan liberal como se quisiese, pero no tendria sentido comun. Soldados con armas de envenenados proyectiles son

los autores y propagandistas de heréticas doctrinas; sus armas son el libro, el periódico, la arenga pública, la influencia personal. No basta, pues, ladearse para evitar el tiro, nó; lo primero y más eficaz es dejar inhabilitado al tirador. Así, conviene desautorizar y desacreditar su libro, periódico ó discurso; y no sólo esto sino desautorizar y desacreditar en algunos casos su persona. Sí, su persona, que este es el elemento principal del combate, como el artillero es el elemento principal de la artillería, nó la bomba, ni la pólvora, ni el cañon. Se le pueden, pues, en ciertos casos sacar en público sus infamias, ridiculizar sus costumbres, cubrir de ignominia su nombre y apellido. Sí, señor; y se puede hacer en prosa, en verso, en serio y en broma, en grabado y por todas las artes y por todos los procedimientos que en adelante se puedan inventar. Sólo debe tenerse en cuenta que no se ponga en servicio de la justicia la mentira. Eso nó; nadie en esto se salga un punto de la verdad; pero dentro de los límites de ésta, recuérdese aquel dicho de Crétineau-Joly: *La verdad es la única caridad permitida á la historia;* y podria añadir: A la defensa religiosa y social.

Los mismos santos Padres que hemos citado prueban esta tesis. Aun los títulos de sus obras dicen claramente que, al combatir las herejías, el primer tiro procuraban dirigirlo á los heresiarcas. Casi todos los títulos de las obras de san Agustin se dirigen al nombre del autor de la herejía: *Contra Fortunatum manichæum; Adversus Adamanctum; Contra Felicem; Contra Secundinum; Quis fuerit Petilianus; De gestis Pelagii; Quis fuerit Julianus,* etc. De suerte que casi toda la polémica del grande Agustin fué personal, agresiva, biográfica, por decirlo asi, tanto como doctrinal; cuerpo á cuerpo con el hereje tanto como contra la herejía. Y así podríamos decir de todos los santos Padres.

¿De dónde ha sacado, pues, el Liberalismo la novedad de que al combatir los errores se debe prescindir de las personas, y áun mimarlas y acariciarlas? Aténgase á lo que le enseña sobre esto la tradicion cristiana, y déjenos á los ultramontanos defender la fe como se ha defendido siempre en la Iglesia de Dios. ¡Que hiera la espada del polemista católico, que hiera y que vaya derecha al corazon; que esta es la única manera real y eficaz de combatir!

XXIV.

Resuélvese una objecion á primera vista grave contra la doctrina de los capítulos precedentes.

Dificultad, á primera vista gravísima, puede al parecer oponerse por nuestros contrarios á la doctrina que en los anteriores capítulos acabamos de sentar. Nos conviene dejar de esos escrúpulos (ó lo que fueren) limpio y desembarazado nuestro camino.

El Papa, dicen, y es cierto, ha recomendado diferentes veces á los periódicos católicos la templanza y moderacion en las formas de la polémica, la observancia de la caridad, el huir las maneras agresivas, los epitetos denigrantes y las injuriosas personalidades. Y esto, dirán ahora, es lo diametralmente opuesto á cuanto acabais de exponer.

Vamos á demostrar que no hay contradiccion ¡válganos Dios! entre estas nuestras indicaciones y los sabios consejos del Papa. Y no nos costará, por fortuna, ponerlo patente.

En efecto; ¿á quién se ha dirigido el Papa en esas sus repetidas exhortaciones? Siempre á la prensa católica, siempre á los periodistas católicos, siempre suponiendo que lo son. De consiguiente, es evidente que al dar tales consejos de moderacion y templanza, los refirió á católicos que trataban con otros católicos cuestiones libres entre ellos; nó á católicos que sostenian *contra anticatólicos declarados* el recio combate de la fe.

Es evidente que no aludió á las incesantes batallas entre católicos y liberales; que por lo mismo que el Catolicismo es la verdad y el Liberalismo la herejía, han de reputarse en buena lógica batallas entre católicos y herejes. Es evidente que quiso se entendiesen sus consejos sólo en relacion con nuestras disidencias de familia, que no pocas son por desgracia, y que no pretendió que con los eternos enemigos de

la Iglesia y de la fe luchásemos nosotros con armas sin filo y sin punta, usadas sólo en justas y torneos. De consiguiente, no hay oposicion entre la doctrina sentada por nosotros y la que contienen los aludidos Breves y Alocuciones de Su Santidad. Porque la oposicion en buena lógica debe ser *ejusdem, de eodem et secundum idem*. Y aquí nada de esto tiene lugar.

¿Y cómo podria la palabra del Papa interpretarse rectamente de otra manera? Es regla de sana hermenéutica que un texto de las sagradas Letras debe interpretarse en sentido literal, cuando á este sentido no se opone el restante contexto de los Libros santos; acudiendo al sentido libre ó figurado cuando aparece dicha oposicion. Análogo es lo que podemos establecer al tratar de la interpretacion de los documentos pontificios.

¿Puede suponerse al Papa en contradiccion con toda la tradicion católica desde Jesucristo hasta nuestros dias? ¿Pueden creerse condenados de una plumada el estilo y manera de los más insignes apologistas y controversistas de la Iglesia, desde san Pablo hasta san Francisco de Sales? Es evidente que nó. Y es evidente que así seria si debiesen entenderse tales consejos de moderacion y de templanza en el sentido en que (para su conveniencia particular) los interpreta el criterio liberal. Es, pues, sólo admisible conclusion la de que el Papa, al dar tales consejos (que para todo buen católico deben ser preceptos) intentó referirse, nó á las polémicas entre católicos y enemigos del Catolicismo, como son los liberales, sino á la de los buenos católicos en sus disidencias y diferencias entre sí.

Nó, no puede ser de otra manera, y lo dice el mismo sentido comun. Nunca en batalla alguna les encargó el capitan á sus soldados que no hiriesen demasiado al adversario; nunca les recomendó blandura con él; nunca halagos y consideraciones. La guerra es guerra; y nunca se hizo de otra manera que ofendiendo. Sospecha lleva de ser traidor el que en el fragor del combate anda gritando entre las filas de los leales: «¡Cuidado con que no se disguste el enemigo! ¡no tirarle demasiado al corazon!»

Pero ¿qué más? El mismo Papa Pio IX nos dió por sí propio la interpretacion auténtica de aquellas palabras, y mostró

de qué manera aquellos consejos de templanza y moderacion deben aplicarse. A los sectarios de la *Commune* llamó en una ocasion solemnísima *demonios*, y á los del catolicismo-liberal llamó *peores que esos demonios*. Esta frase dió la vuelta al mundo, y salida de los labios mansísimos del Papa, quedóle grabada en la frente al Liberalismo como estigma de eterna execracion. ¿Quién, después de ella, temerá excederse en la dureza de los calificativos?

Y las mismas palabras de la Encíclica *Cum multa*, de que tanto ha abusado contra los más firmes católicos la impiedad liberal, aquellas mismas palabras en que nuestro Santísimo Padre Leon XIII encarga á los escritores católicos que «las disputas en defensa de los sagrados derechos de la Iglesia no se hagan con altercados, sino con moderacion y templanza, de suerte que dé al escritor la victoria en la contienda, más bien el peso de las razones que la violencia y aspereza del estilo,» es evidente que no pueden entenderse más que de las polémicas entre católicos y católicos sobre el mejor modo de servir á su causa comun, nó á las polémicas entre católicos y enemigos declarados del Catolicismo, cuales son los sectarios formales y conscientes del Liberalismo.

Y la prueba está al ojo con sólo mirar el contexto de la referida preciosísima Encíclica.

El Papa acaba de exhortar á que se mantengan unidas las Asociaciones y los individuos católicos. Y después de ponderar las ventajas de esta union, señala como medio principalísimo para conservarla, esta moderacion y templanza en el estilo que acabamos de indicar.

Hé aquí deducido de esto un argumento que no tiene contestacion.

El Papa recomienda la suavidad del estilo *á los escritores católicos* para que les ayude á conservar la paz y la mutua union. Es así que esta paz y mutua union sólo debe quererla el Papa entre católicos y católicos, y nó entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego la suavidad y moderacion que recomienda el Papa á los escritores sólo se refiere á las polémicas de los católicos entre sí, nunca á las que debe haber entre católicos y sectarios del error liberal. Más claro. Esta moderacion y templanza la ordena el Papa como medio

para el fin de aquella union. Aquel medio debe, de consiguiente, caracterizarse por este fin al que se ordena. Es así que este fin es puramente la union entre católicos, nunca *(quia absurdum)* entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego tampoco debe entenderse aplicada á otra esfera aquella moderacion.

XXV.

Confírmase lo últimamente dicho con un muy concienzudo artículo de «La Civiltá cattolica.»

Dudamos se encuentre salida á este argumento, porque no la tiene. Mas como la materia es trascendentalísima, y ha sido objeto en estos últimos tiempos de acalorada controversia; siendo además escasa y de flojo peso nuestra autoridad para fallar sobre ella en definitiva; habrán de permitirnos nuestros lectores aduzcamos aquí en pro de nuestras doctrinas voto de más reconocida, por no decir de incontestable y de incontestada competencia.

Es el de *La Civiltà cattolica*, periódico religioso el primero del mundo, nó oficial en su redaccion, pero sí en su origen, pues fué fundado por Breve especial de Pio IX, y por él confiado á los Padres de la Compañía de Jesús. Este periódico, pues, que no deja sosegar con sus artículos, ya en serio, ya en sátira, á los liberales de su país, se vió varias veces reprendido de falta de caridad por esos mismos liberales. Para contestar á estas farisaicas homilías sobre la templanza y la caridad, publicó dicha *Civiltà*, un artículo donosísimo y lleno de chiste, á la par que de profunda filosofía. Vamos á reproducirlo aquí para consuelo de nuestros liberales y desengaño de tantos pobres católicos *resabiados* que les hacen coro, escandalizándose á todas horas por nuestra tan anatematizada falta de moderacion.

Dicho artículo se titula: «¡Un poco de caridad!» y es como sigue:

«Dice De Maistre, que la Iglesia y los Papas nunca pidieron para su causa más que verdad y justicia. Todo al revés de los liberales, quienes, por cierto saludable horror que deben naturalmente de tener á la verdad y mucho más á la justicia, no hacen más que pedirnos á todas horas caridad.

«Cerca de doce años há que estamos por nuestra parte asistiendo á este curioso espectáculo que nos dan los liberales italianos, los que no cesan un punto de mendigar lacrimosamente, fastidiosamente, desvergonzadamente nuestra caridad, suplicándonos, puestos los brazos en cruz, en prosa y en verso, en folletos y periódicos, en cartas públicas y privadas, anónimas y pseudónimas, directa ó indirectamente, que ¡por Dios! tengamos con ellos un poco de caridad; que no nos permitamos ya más hacer reir al prójimo á su costa; que no nos entretengamos en examinar tan al por menor y con tantos perfiles sus elevados escritos; que no seamos tan pertinaces en sacar á luz sus gloriosas hazañas; que hagamos vista gorda y oidos sordos para con sus descuidos, solecismos, mentiras, calumnias y mistificaciones; que (en una palabra) les dejemos vivir en paz.

«Pues en definitiva, caridad es caridad; y que no la tengan los liberales, está muy en su lugar y se comprende perfectamente; pero que no la usen escritores como los de *La Civiltá cattolica*, este sí que es otro cantar.

«Justo castigo de Dios es que los liberales, que tanto han aborrecido siempre la pública mendicidad, hasta el punto de prohibirla en muchos países bajo pena de cárcel, se vean ahora forzados á hacerse públicos pordioseros, pidiendo de puerta en puerta, como pícaros reaccionarios... un poco de caridad.

«Con cuya edificante conversion al amor de la mendiguez, han imitado los liberales aquella otra no menos célebre y edificante conversion de un rico avaro á la virtud de la limosna. El cual, habiendo asistido una vez al sermon y oido una exhortacion muy fervorosa á la práctica de ella, de tal suerte se conmovió, que llegó á tenerse por verdaderamente convertido. Y á la verdad, habíale gustado sobremanera el

sermon, *tanto que* (decia él al salir del templo) *es imposible que esos buenos cristianos que lo han escuchado no me den de vez en cuando y desde hoy en adelante alguna cosa por caridad.* Así nuestros siempre estupendos liberalazos, después de haber demostrado con hechos y con escritos (cada cual segun sus alcances) que le tienen á la caridad el mismo amor que el diablo al agua bendita; cuando después, oyendo hablar de aquélla, vuelven en sí y recuerdan que hay en el mundo algo que se llama la virtud de la caridad, y que ésa puede en ocasiones serles de algun provecho, muéstranse de repente furiosamente enamorados de ella, y vanla pidiendo á voz en cuello al Papa, á los Obispos, al clero, á los frailes, á los periodistas, á todos... hasta á los redactores de *La Civiltà.*

«¡Y es preciso oirles cuán bellas razones saben aducir en su abono! A creerles á ellos, no hablan en eso por interés propio, ¡santo Dios! sino por el interés de nuestra Religion santísima, que tienen ellos en las entretelas del corazon, y que no puede menos que salir muy perjudicada del modo tan poco caritativo con que nosotros la defendemos. Hablan por el interés de los mismos reaccionarios, y especialmente (¡quién lo creyera!) por el de nosotros mismos, los redactores de la *Civiltà cattolica.* «¿Qué necesidad teneis, en efecto (así dicen en tono confidencial), de meteros en esas peleas? ¿No teneis bastantes hostilidades que arrostrar? Sed tolerantes, y lo serán con vosotros vuestros adversarios. ¿Qué os ganais con este ruin oficio de perros aullando siempre al ladron? Y á la postre salís de eso molidos y apaleados, ¿á quién daréis la culpa sino á vosotros mismos, que os lo andais buscando, al parecer, con el mayor empeño?»

«Sábia y desinteresada manera de discurrir, que no tiene otro defecto que el de ser muy parecida á aquella que en la novela *I promessi sposi* recomendaba á Renzo Tramaligno el comisario de policía, cuando á las buenas queria llevarle á la cárcel, porque presumia que, á las malas, el mancebo no se habia de dejar conducir. «Creedme (le decia á Renzo), creedme á mí, que soy práctico en esas cosas. Caminad pasito y en derechura, sin ladearos acá ni allá, sin que os noten; así nadie reparará en nosotros, nadie advertirá lo que hay, y conservais así vuestro honor.»

«Mas aquí observa Manzoni que «de tan galanas razones Renzo no creía ni una, ni que el comisario le quisiese á él, ni que tomase muy á pecho su honra y reputacion, ni que de veras tuviese intencion alguna de favorecerle. De suerte que tales exhortaciones no sirvieron más que de confirmarle en el designio ya preconcebido de portarse enteramente al revés.»

«Designio que (hablando en plata) estamos muy tentados de formar tambien nosotros. Porque no sabemos, á fe, persuadirnos de que á los liberales les importe poco ó mucho el daño mucho ó poco que podamos causar á la Religion, ó de que se tomen gran pena por lo que realmente á nosotros pueda convenirnos. Creemos, al contrario, que si los liberales juzgasen verdaderamente que nuestro modo de vivir perjudica á la Religion, ó siquiera á nosotros mismos, no solamente guardarianse de advertírnoslo, sino que antes bien nos alentarian con aplausos.

«Y se nos figura que ese hacerse el celoso y ese rogarnos que modifiquemos nuestro estilo, son clara señal de que nada pierde en eso por culpa nuestra la Religion, y que nuestros escritos tienen algunos lectores, lo cual para el escritor no deja de ser siempre algun consuelo.

«Y por lo que toca á nuestro interés y al principio utilitario, toda vez que los liberales han sido con justa razon tenidos siempre por grandes maestros en este particular, y tienen fama de haber aplicado siempre este principio más bien en provecho propio que en favor nuestro, habrán de permitirnos creer, como hasta hoy hemos creído, que en todo este negocio que se ventila sobre nuestro modo de escribir contra ellos, no somos nosotros los que más perjudicados salimos, ni es la Religion.

«Por lo cual habiendo manifestado esta nuestra pobre opinion, y supuesto que las razones que podríamos llamar intrínsecas é independientes del principio utilitario, que alegan los liberales en favor propio y contra nuestro modo de escribir, han sido ya muchas veces refutadas en las pasadas series de *La Civiltà cattolica,* no nos restaria aquí más que despedir con buenos modos á esos mendigos de nuevo cuño, advirtiéndoles hagan en adelante su oficio de abogados en

causa propia, mejor de lo que lo hacian con Renzo aquellos dichos esbirros del siglo XVII. Mas porque no dejan aún algunos de ellos de seguir pordioseando, y recientemente han publicado en Perusa un opúsculo con el título: «¿Qué es el llamado partido católico?» en que no se hace más que mendigarle á *La Civiltà cattolica* un poco de caridad; no será inútil repitamos una vez más en el principio de esta quinta serie las mismas antiguas respuestas contra las mismas antiguas objeciones. Y tambien será eso gran obra caritativa. Nó ciertamente aquella que nos piden los liberales, sino otra que tiene tambien su mérito, cual es la de escucharlos con paciencia, no sabemos ya si por la centésima vez.

«No merece menos el tono humilde y quejumbroso con que de algun tiempo acá nos andan pidiendo un poco de caridad.»

XXVI.

Continúa la hermosa y contundente cita de «La Civiltá cattolica.»

Prosigue así el famoso artículo de *La Civiltà cattolica*, y proseguimos nosotros la oportunísima cita de él.

«Si nos piden (dice) los liberales la verdadera caridad, única que les conviene y única que nosotros como redactores de *La Civiltà cattolica* les podemos y debemos dar, tan lejos andamos de querer negársela, que, al revés, creemos habérsela prodigado muy mucho hasta ahora, si no segun todas sus necesidades, al menos segun nuestra posibilidad. Es intolerable abuso de palabras el que cometen por ahí los liberales, diciendo que no usamos con ellos de caridad. La caridad, una en su principio, es varia y multiforme en sus obras. Tanto usa muchas veces de la caridad el padre que reciamente pega á su hijo, como el que le cubre de besos. Y muy fácil es que sea muy á menudo menor para con su hijo

la caridad del padre que le besa, que la del que le sacude. Nosotros pegamos á los liberales, no puede negarse, y les pegamos muy á menudo; con meras palabras, por supuesto. Pero ¿se podrá decir por esto que no les amamos? ¿que no tenemos para con ellos caridad? Esto podráse decir más bien de los que contra las prescripciones de la caridad interpretan mal las intenciones del prójimo. En cuanto á nosotros, lo más que podrán decir los liberales es que la caridad con que les tratamos no es la que ellos desean. Mas no por eso deja de ser caridad, sí, señor, y es mucha caridad; y pues son ellos quienes piden caridad y nosotros quienes se la regalamos de balde, bien podrian recordar aquí aquel viejo refran que dice: «A caballo regalado no le mires el pelo.»

«Quisieran ellos la caridad de que les alabásemos, admirásemos, apoyásemos, ó de que por lo menos les dejásemos obrar á sus anchas. Nosotros, al revés, no queremos hacerles sino la caridad de gritarles, reprenderles, excitarles por mil modos á salir de su mal camino. Cuando sueltan una mentira, ó plantan una calumnia, ó pillan los bienes ajenos, quisieran esos liberales que nosotros les cubriésemos esos y otros pecadillos *veniales* con el manto de la caridad. Nosotros, al contrario, les apostrofamos de ladrones, embusteros y calumniadores, ejerciendo con ellos la caridad más exquisita de todas, la de no engañar ó adular á aquellos á quienes queremos bien. Cuando se les escapa algun disparate gramatical, de ortografía, de lenguaje, ó simplemente de lógica, quisieran ellos que hiciésemos sobre eso la vista gorda, y lloran y gimotean cuando de eso les advertimos en público, quejándose de que faltamos á la caridad. Nosotros, al revés, hacemos con ellos la buena obra de obligarles como á palpar con sus propias manos una cosa que deben saber, y es que no son tan grandes maestros como se les figura, que no llegan más que á medianejos estudiantes; y así procuramos en lo que podemos, promover en Italia el cultivo de las bellas artes, y en el corazon de esos liberales el ejercicio de la humildad cristiana, de la cual se sabe tienen harta necesidad.

«Quisieran sobre todo esos señores liberales que se les tomase siempre muy en serio, que se les estimase, reverenciase, y obsequiase y tratase como personajes de importan-

cia; resignarianse á que se les refutase, sí, pero sombrero en mano, inclinado el cuerpo y baja la cabeza en reverente y humildosa actitud. De donde vienen sus quejas cuando alguna vez se les pone en solfa, como se suele decir, esto es, en caricatura, á ellos, los padres de la patria, los héroes del siglo, los italianos de verdad, la propia Italia, como suelen decir de sí mismos en más compendiosa expresion. ¿Quién tiene, empero, la culpa, si es tan ridícula esa pretension que al mismo Heráclito le hiciera soltar la carcajada?

«¡Pues qué! ¿Hemos de estar siempre ahogando todo movimiento natural de risa?

«Dejarnos reir cuando ciertamente no se puede pasar por menos, es tambien obra de misericordia, que los liberales podrian otorgarnos con toda voluntad, ya que por su parte nada les cuesta. Cualquiera comprenderá muy bien que así como hacer reir honestamente á costa del vicio y de los viciosos es de suyo cosa muy buena, segun aquello de *castigat ridendo mores*, y aquello otro de *ridendo dicere verum, quid vetat?* así hacer reir alguna que otra vez á nuestros lectores á costa de los liberales, es verdadera obra de misericordia y caridad, para los mismos lectores, que ciertamente, no han de estar siempre serios y con la cuerda tirante mientras leen el periódico. Y al fin y al cabo los mismos liberales, si bien lo consideran, ganan mucho en que se rian los otros á costa de ellos, por cuanto de esta suerte viene á conocer todo el mundo, que no son á veces todos sus hechos tan horribles y espantables como pudiera parecer, ya que la risa no suelen provocarla de ordinario más que las deformidades inofensivas.

«¿No nos agradecerán alguna vez el carácter de inocentonas con que procuramos presentar algunas de sus picardías? Y ¿cómo no advierten que no hay medio más eficaz para lograr se corrijan de ellas, que esta chacota y risa con que se mueve á saludarlas todo aquel que las ve por nosotros puestas en su debida luz? Y ¿cómo ven que no tienen derecho alguno para acusarnos, cuando así lo hacemos de no obrar con ellos como manda la caridad?

«Si hubiesen leído la vida de su gran Victor Alfieri, escrita por él mismo, sabrian que, cuando chicuelo, su madre, que

lo queria muy bien educado, solia, cuando le atrapaba en alguna travesura, mandarle ir á misa con la gorra de dormir. Y cuenta Alfieri que este castigo, que no hacia sino ponerle algo en ridículo, de tal suerte le afligió una vez, que por más de tres meses se portó del modo más intachable. «Despues de lo cual (dice él), al primer amago de rareza ó travesura, amenazábanme con la aborrecida gorra de dormir, y al punto entraba yo temblando en la línea de mis deberes. Después, habiendo caído un dia en cierta faltilla, para excusar la cual le dije á mi señora madre una solemne mentira, fuí de nuevo sentenciado á llevar en público la gorra de dormir. Llegó la hora; puesta la tal gorra en la cabeza, llorando yo y aullando, me tomó de la mano el ayo para salir y me empujaba por detrás el criado.» Pero por más que llorase y aullase y pidiese caridad, la madre, que queria su bien, mantúvose inexorable; y ¿cuál fué el resultado? «Fué, continúa Alfieri, que por mucho tiempo no me atreví á soltar ninguna otra mentira: y ¡quién sabe si á aquella bendita gorra de dormir debo yo el haber salido uno de los hombres más enemigos de aquélla!» En cuya última frase despunta de pasada el fariseo que siempre suele tenerse por mejor que los demás hombres. Pero nosotros, que hemos de pensar que todos los liberales tienen en mucho los elevados sentimientos de su grande Alfieri, ¿por qué no hemos de esperar que los corregirémos del feo vicio, si no de decir mentiras, por lo menos de estamparlas, enviándolos con la gorra de dormir por más que griten y pateen y vociferen caridad, nó á la Misa, que eso es imposible, sino á dar una vuelta por Italia, y eso no siempre que se les escape una mentira, que eso seria harto frecuente, sino por lo menos cuando estampan un millar de ellas de una sola vez?

«No insistan, pues, los liberales en quejársenos de que no les tratamos con caridad. Digan más bien, si quieren, que la caridad que nosotros les damos, esa no la reciben de buena gana. Lo sabíamos ya. Mas eso no prueba sino que por su estragado gusto necesitan ser tratados con la sábia caridad que gastan los cirujanos con sus enfermos, ó los médicos del manicomio con sus locos, ó las buenas madres con sus hijos embusteros.

«Mas aunque fuese verdad que no tratamos con caridad á los liberales, y que los tales nada de eso han de agradecernos, no por eso tendrian ellos derecho alguno á quejarse de nosotros. Sabido es que no á todo el mundo se puede hacer caridad. Nuestras facultades son muy escasas: hacemos la caridad segun la medida de ellas, prefiriendo, como es nuestro deber, á aquellos que nos manda preferir la misma ley de la caridad bien ordenada.

«Decimos nosotros (entiéndase bien) que hacemos á los liberales toda la caridad que podemos, y creemos haberlo demostrado. Mas en la suposicion de que no la hagamos, insistimos aún en que no por eso han de abrumarnos á quejas los liberales. Hé aquí un símil que hace muy á nuestro caso. Está un asesino con su puñal agarrado á un pobre inocente para clavárselo al garguero. Acierta á pasar de pronto un quidam que lleva en la mano un buen garrote, y le arrima al asesino un firme garrotazo á la cabeza, lo aturde, lo ata, lo entrega á la justicia, y libra así, por su buena estrella, de la muerte á un inocente, y de un malvado á la sociedad.

«Este tercero ¿ha faltado en nada á la caridad? Si hemos de escuchar al asesino, á quien es regular le duela el porrazo, claro que sí. Dirá tal vez que contra lo que se llama *norma inculpatæ tutelæ* el golpe fué asaz recio, y que con serlo menos podia bastar. Pero, á excepcion del asesino alabarán todos al pasajero, y dirán que verificó un acto, no sólo de valor, sí que de caridad, nó en favor del asesino ciertamente, sino en favor de su víctima. Y que si por salvar á éste abrió los cascos á aquél sin tener tiempo de medir muy escrupulosamente la fuerza del golpe, no fué ciertamente por falta de caridad, sino porque la urgencia del lance era tal, que no se podia usar de caridad para con el uno sin sacudirle lindamente al otro, y eso sin pararse en sutilezas sobre el más ó el menos de la *inculpata tutela*.

«Apliquemos la parábola. Se da á luz, por ejemplo, un folleto maldiciente, calumnioso y escandaloso contra la Iglesia, contra el Papa, contra el clero, contra cualquier cosa buena. Creen muchos que todo lo de aquel folleto es pura verdad, supuesto que es su autor un *célebre*, *distinguido* y

honrado escritor, cualquiera que sea. Si sale álguien que para defender á los calumniados y para librar del error á los lectores, le arrime unos cuantos varapalos al desvergonzado autor, ¿habrá aquél faltado á la caridad?

«No podrán ahora negar los liberales que se encuentran ellos más á menudo en el caso de salteadores que en el de víctimas. ¿Qué maravilla será, de consiguiente, que lleven por ello algun trancazo? ¿Qué tendrá de extraño se quejen de que no se les trate con caridad? Ensayen empero no ser ellos tan bravucones y buscaruídos; acostúmbrense á respetar los bienes y la honra de los demás; no suelten tanta mentira; no derramen tanta calumnia; piénsenlo un poco antes de dar su fallo sobre cualquier cosa; tengan en más las leyes de la lógica y de la gramática; sean sobre todo honrados, como poco há se lo aconsejó el baron de Ricasoli, con poca esperanza de buen éxito, á pesar de la autoridad y *ejemplos* de tal consejero, y podrán entonces querellarse con razon si no se les trata con el respeto de que, como de la libertad, pretenden ser absolutos monopolizadores.

«Mas ya que obran tan mal como escriben; ya que andan siempre con el puñal en la garganta de la verdad y de la inocencia, asesinos de una y de otra con sus hechos y con sus libros, lleven en paciencia si no podemos en nuestros periódicos prodigarles otra caridad que aquella algo dura que creemos, áun contra su parecer, es la más provechosa, así á ellos como á la causa de los hombres de bien.»

XXVII.

En que se da fin á la tan oportuna como decisiva cita de «La Civiltá cattolica.»

«Hemos defendido (prosigue) contra los liberales nuestra manera especial de escribir, demostrando que no puede estar más conforme á aquella caridad que tan de continuo nos están encomendando. Y porque hablábamos hasta aquí con liberales, á nadie habrá causado maravilla el tono irónico que hemos venido empleando con ellos, no pareciéndonos, por cierto, exceso de crueldad oponer á los dichos y hechos del Liberalismo ese poquitillo de figuras retóricas. Mas ya que tocamos hoy este asunto, no será quizá ocioso que, cambiando por supuesto de estilo, y repitiendo ahora lo que ya en otra ocasion hemos escrito á igual propósito, demos fin á este artículo con algunas palabras dirigidas en serio y con todo respeto, á los que no siendo en modo alguno liberales, antes siendo firmes adversarios de tal doctrina, puedan no obstante creer que jamás es lícito, escríbase contra quien se quiera, salirse de ciertas formas de respeto y caridad á que tal vez han juzgado no se conformaban bastante nuestros escritos.

«A cual censura queriendo contestar nosotros, ya por el respeto que á esos tales debemos, ya por el interés que tenemos en nuestra propia defensa, no creemos poder hacerlo más cumplidamente que resumiendo aquí, con brevedad, la apología que de sí mismo hace muy extensamente el P. Mamachi, de la S. O. de Predicadores, en la *Instruccion* al libro III de su doctísima obra: *Del libre derecho de la Iglesia de adquirir y poseer bienes temporales*. «Algunos, dice, si bien confiesan quedar convencidos de nuestras razones, declárannos, sin embargo, amigablemente que hubieran deseado, en las respuestas que damos á nuestros adversarios, mayor mo-

deracion. No hemos combatido por nosotros, sino por la causa de Nuestro Señor y de su Iglesia, y por más que se nos haya atacado con manifiestas mentiras y con atroces imposturas, no hemos querido salir jamás en defensa de nuestra persona. Si empleamos, pues, alguna expresion que pueda parecer á álguien áspera ó punzante, no se nos hará la injusticia de pensar que provenga eso de mal corazon nuestro ó rencor que tengamos contra los escritores que combatimos, supuesto que no hemos recibido de ellos injurias, ni siquiera les tratamos ó conocemos. El celo que debemos todos tener por la causa de Dios es quien nos ha puesto en el caso de gritar y de *levantar como voz de trompeta* nuestra voz.

«—Pero ¿y el decoro del hombre honrado? ¿Y las leyes de la caridad? ¿Y las máximas y ejemplos de los Santos? ¿Y los preceptos de los Apóstoles? ¿Y el espíritu de Jesucristo?—

«Poquito á poco. Es verdad que los hombres extraviados y errados han de ser tratados con caridad, mas eso ha de ser cuando hay fundada esperanza de llevarlos con tal procedimiento á la verdad; si no hay tal esperanza, y sobre todo si está probado por la experiencia que callando nosotros y no descubriendo al público el temple y humor del que esparce errores, redunda eso en gravisimo daño de los pueblos, es crueldad no levantar muy libremente el grito contra tal propagandista, y dejar de echarle en rostro las invectivas que tiene muy merecidas.

«De las leyes de la caridad cristiana tenian, á fe, muy claro conocimiento los santos Padres. Por esto el angélico doctor santo Tomás de Aquino, al principio de su célebre opúsculo *Contra los impugnadores de la Religion,* presenta á Guillermo y á sus secuaces (que por cierto no estaban aún condenados por la Iglesia) como «enemigos de Dios, ministros del diablo, miembros del Anticristo, enemigos de la salud del género humano, difamadores, sembradores de blasfemias, réprobos, perversos, ignorantes, iguales á Faraon, peores que Joviniano y Vigilancio.» ¿Hemos acaso nosotros llegado á tanto?

«Contemporáneo de santo Tomás fué san Buenaventura, el cual juzgó deber increpar con la mayor dureza á Geraldo,

llamándole «protervo, calumniador, loco, impío, que añadia necedad á necedad, estafador, envenenador, ignorante, embustero, malvado, insensato, pérfido.» ¿Alguna vez hemos llamado nosotros así á nuestros adversarios?

«Muy justamente (prosigue el P. Mamachi) es llamado melifluo san Bernardo. No nos detendrémos á copiar aquí cuanto escribió durísimamente contra Abelardo. Nos contentarémos con citar lo que escribe contra Arnaldo de Brescia, pues habiendo éste alzado bandera contra el clero y habiéndole querido privar de sus bienes, fué uno de los precursores de los políticos de nuestros tiempos. Trátale, pues, el santo Doctor de «desordenado, vagabundo, impostor, vaso de ignominia, escorpion vomitado de Brescia, visto con horror en Roma y con abominacion en Alemania, desdeñado del Sumo Pontífice, afamado por el diablo, obrador de iniquidad, devorador del pueblo, boca llena de maldicion, sembrador de discordias, fabricador de cismas, fiero lobo.»

«San Gregorio Magno, reprendiendo á Juan, obispo de Constantinopla, le echa en cara su «profano y nefando orgullo, su soberbia de Lucifer, sus necias palabras, su vanidad, su corto talento.»

«No de otro modo hablaron los santos Fulgencio, Próspero, Jerónimo, Siricio Papa, Juan Crisóstomo, Ambrosio, Gregorio Nacianceno, Basilio, Hilario, Atanasio, Alejandro obispo de Alejandría, los santos mártires Cornelio y Cipriano, Justino, Atenágoras, Ireneo, Policarpo, Ignacio mártir, Clemente, todos los Padres, en fin, que en los mejores tiempos de la Iglesia se distinguieron por su heroica caridad.

«Omitiré describir los cáusticos aplicados por algunos de éstos á los sofistas de su tiempo, aunque menos delirantes que los de los nuestros, y agitados de menos ardientes pasiones políticas.

«Citaré sólo algunos pasajes de san Agustin, quien observó «que los herejes son tan insolentes como poco sufridos en la reprension; que muchos, por no sufrir la correccion, apostrofan de buscaruídos y de disputadores á aquellos que les reprenden;» añadiendo «que algunos extraviados han de ser tratados con cierta caritativa aspereza.» Veamos ahora cómo seguia él estos sus propios documentos. A varios llama

«seductores, malvados, ciegos, tontos, hinchados de soberbia, calumniadores;» á otros, «embusteros de cuyas bocas no salen más que monstruosas mentiras, perversos, maldicientes, delirantes;» á otros, «neciamente locuaces, furiosos, frenéticos, entendimientos de tinieblas, rostros desvergonzados, lenguas procaces.» Y á Juliano le decia: «Ó á sabiendas calumnias, fingiendo tales cosas, ó no sabes lo que dices, por creer á embusteros;» y en otro lugar le llama «tramposo, mentiroso, de no sano juicio, calumniador, necio.»

«Digan ahora nuestros acusadores, ¿hemos dicho nosotros algo de eso, ó siquiera mucho menos?»

«Mas basta ya de ese extracto, en el cual no hemos puesto palabra nuestra, aunque algunas hemos omitido de dicho P. Mamachi, entre otras las citas de los lugares de los santos Padres, por deseo de abreviar. Por igual razon no hemos extractado la parte de la defensa en que dicho Padre saca del Evangelio iguales ejemplos de caritativa aspereza.

«De tales ejemplos, pues, bien pueden deducir nuestros amables censores, que en cualquier motivo en que afiancen su crítica, sea en un principio moral, sea en reglas de conveniencia social y literaria, si no queremos decir que su opinion resulta plenamente refutada por el ejemplo de tántos Santos, que fueron á la vez excelentes literatos, queda por lo menos muy desautorizada y muy de incierto valor.

«Y si á la autoridad de los ejemplos quiere verse reunida la de las razones, muy breve y claramente las expuso el cardenal Pallavicini, en el capítulo II del libro I de su *Historia del Concilio de Trento*. En la cual dicho autor, antes de empezar á probar como fué Sarpi «malvado, de maldad notoria, falsificador, reo de enormes felonías, despreciador de toda religion, impío y apóstata,» dice entre otras cosas, que «asi como es caridad no perdonar la vida á un malhechor, para salvar á muchos inocentes, asi es caridad no perdonar la fama de un impío, para salvar la honra de muchos buenos.» Permite toda ley que, para defender á un cliente de un falso testigo, se aduzca en juicio y se pruebe lo que á éste puede infamarle, y que en otra ocasion el decirlo seria castigado con gravísima pena. Por esto yo, defendiendo en este tribunal del mundo, nó á un particular cliente sino á toda la

Iglesia católica, seria vil prevaricador si no opusiese al testigo falso aquellas notas y tachas que desvirtúan y anulan su testimonio.

«Si, pues, todos creerian prevaricador al abogado que, pudiendo demostrar que su acusador es un calumniador, no lo hiciese por razones de caridad, ¿por qué no se ha de comprender de igual manera que, por lo menos, no puede acusarse de haber violado la caridad al que hace lo mismo con los perseguidores de toda clase de inocencias? Seria esto desconocer la instruccion que da san Francisco de Sales en su *Filotea*, al final del capitulo xx de la parte II. «De eso, dice, exceptúo á los enemigos declarados de Dios y de su Iglesia, los cuales deben ser difamados tanto como se pueda (por supuesto, sin faltar á la verdad), siendo gran obra de caridad gritar: «¡Al lobo!» cuando está entre el rebaño ó en cualquiera lugar en que se le divise.»

Hasta aquí *La Civiltà cattolica* (vol. I, ser. v, página 27), cuyo articulo tiene la fuerza de su elevado y respetabilísimo origen, la fuerza de las razones incontrovertibles que aduce; la fuerza, por fin, de los gloriosos testimonios que emplaza. Nos parece que con mucho menos basta para convencer á quien no sea liberal ó miserablemente resabiado de Liberalismo.

XXVIII.

Si hay ó puede haber en la Iglesia ministros de Dios atacados del horrible contagio del Liberalismo.

En gran manera favorece al Liberalismo el hecho, por desgracia harto comun y frecuente, de que se encuentren algunos eclesiásticos contagiados de este error. En estos casos la singular teología de ciertas gentes convierte desde luego en argumento de gran peso la opinion ó los actos de tal ó cual persona eclesiástica, y de eso hemos tenido deplorabilísimas

experiencias en todos tiempos los católicos españoles. Conviene, pues, salvando todos los respetos, tocar tambien este punto y preguntar con sinceridad y buena fe: ¿Puede haber tambien ministros de la Iglesia manchados del Liberalismo?

Sí, amigo lector, sí puede haber tambien por desdicha ministros de la Iglesia liberales, y los hay de esta secta fieros, y los hay mansos, y los hay únicamente resabiados. Exactamente como sucede entre los seglares.

No está exento el ministro de Dios de pagar miserable tributo á las humanas flaquezas, y de consiguiente lo ha pagado tambien repetidas veces al error contra la fe.

¿Y qué tiene esto de particular, cuando no ha habido apenas herejía alguna en la Iglesia de Dios que no haya sido elevada ó propagada por algun clérigo? Más aún; es históricamente cierto, que no han dado qué hacer ni han medrado en siglo alguno las herejías que no han empezado por tener clérigos á su devocion.

El clérigo apóstata es el primer factor que busca el diablo para esta su obra de rebelion. Necesita presentarla en algun modo autorizada á los ojos de los incautos, y para eso nada le sirve tanto como el refrendo de algun ministro de la Iglesia. Y como, por desgracia, nunca faltan en ella clérigos corrompidos en sus costumbres, camino el más comun de la herejía; ó ciegos de soberbia, causa tambien muy usual de todo error; de ahí que nunca le han faltado á éste apóstoles y fautores eclesiásticos, cualquiera que haya sido la forma con que se ha presentado en la sociedad cristiana.

Judas, que empezó en el propio apostolado á murmurar y á sembrar recelos contra el Salvador, y acabó por venderle á sus enemigos, es el primer tipo del sacerdote apóstata y sembrador de cizaña entre sus hermanos; y Judas, adviértase, fué uno de los doce primeros sacerdotes ordenados por el mismo Redentor.

La secta de los Nicolaitas tomó orígen del diácono *Nicolao*, uno de los siete primeros diáconos ordenados por los Apóstoles para el servicio de la Iglesia, y compañero de san Estéban, protomártir.

Paulo de Samosata, gran heresiarca del siglo III, era obispo de Antioquía.

De los Novacianos que tanto perturbaron con su cisma á la Iglesia universal, fué padre y autor el presbítero de Roma Novaciano.

Melecio, obispo de la Tebaida, fué autor y jefe del cisma de los Melecianos.

Tertuliano, asimismo sacerdote y elocuente apologista, cae y muere en la herejia de los Montanistas.

Entre los Priscilianistas españoles, que tanto escándalo causaron en nuestra patria en el siglo IV, figuran los nombres de Instancio y Salviano, dos obispos, á quienes desenmascaró y combatió Higinio; fueron condenados en un concilio reunido en Zaragoza.

El principal heresiarca que ha tenido tal vez la Iglesia fué Arrio, autor del Arrianismo, que llegó á arrastrar en pos de si tantos reinos como el Luteranismo de hoy. Arrio fué un sacerdote de Alejandría, despechado por no haber alcanzado la dignidad episcopal. Y clero arriano lo hubo en esta secta, hasta el punto de que gran parte del mundo no tuvo otros obispos ni sacerdotes durante mucho tiempo.

Nestorio, otro de los famosísimos herejes de los primeros siglos, fué monje, sacerdote, obispo de Constantinopla y gran predicador. De él procedió el Nestorianismo.

Eutiques, autor del Eutiquianismo, era presbítero y abad de un monasterio de Constantinopla.

Vigilancio, el hereje tabernero tan donosamente satirizado por san Jerónimo, habia sido ordenado sacerdote en Barcelona.

Pelagio, autor del Pelagianismo, que fué objeto de casi todas las polémicas de san Agustin, era monje, adoctrinado en sus errores sobre la gracia por Teodoro, obispo de Mopsuesta.

El gran cisma de los Donatistas llegó á contar gran número de clérigos y obispos.

De éstos dice un moderno historiador (Amat, *Hist. de la Igles. de J. C.)*: «Todos imitaron luego la altivez de su jefe Donato, y poseídos de una especie de fanatismo de amor propio, no hubo evidencia, ni obsequio, ni amenaza que pudiese apartarlos de su dictámen. Los obispos se creían infalibles é impecables; los particulares con estas ideas se ima-

ginaban seguros siguiendo á sus obispos, áun contra la evidencia.»

De los herejes Monotelitas fué padre y doctor Sergio, patriarca de Constantinopla.

De los herejes Adopcianos, Félix, obispo de Urgel.

En la secta Iconoclasta cayeron Constantino, obispo de Natolia; Tomás, obispo de Claudiópolis, y otros Prelados, á los cuales combatió san German, patriarca de Constantinopla.

Del gran cisma de Oriente no hay que decir quiénes fueron los autores, pues sabido es lo fueron Focio, patriarca de Constantinopla, y sus obispos sufragáneos.

Berengario, el perverso impugnador de la sagrada Eucaristía, fué arcediano de la catedral de Angers.

Vicleff, uno de los precursores de Lutero, era párroco de Inglaterra; Juan Huss, su compañero de herejía, era tambien párroco de Bohemia. Fueron ambos ajusticiados como jefes de los Viclefitas y Husitas.

De Lutero sólo necesitamos recordar que fué monje agustino de Witemberg.

Zuinglio era párroco de Zurich.

De Jansenio, autor, del maldito Jansenismo, ¿quién no sabe que era obispo de Iprés?

El cisma anglicano, promovido por la lujuria de Enrique VIII, fué principalmente apoyado por su favorito el arzobispo Crammer.

En la revolucion francesa, los más graves escándalos en la Iglesia de Dios los dieron los curas y obispos revolucionarios. Horror y espanto causan las apostasías que afligieron á los buenos en aquellos tristísimos tiempos. La Asamblea francesa presenció con este motivo escenas que puede leer el curioso en Henrion ó en cualquier otro historiador.

Lo mismo sucedió después en Italia. Conocidas son las apostasías públicas de Gioberti y Fr. Pantaleone, de Passaglia, del cardenal Andrea.

En España hubo clérigos en los clubs de la primera época constitucional, clérigos en los incendios de los conventos, clérigos impíos en las Cortes, clérigos en las barricadas, clérigos en los primeros introductores del protestantismo des-

pués de 1869. Obispos jansenistas los hubo en abundancia en el reinado de Carlos III. (Véase sobre esto el tomo III de los *Heterodoxos*, por Menéndez Pelayo).

Varios de éstos pidieron y muchos de ellos aplaudieron en sendas pastorales la inicua expulsion de la Compañía de Jesús. Hoy mismo en varias diócesis españolas son conocidos públicamente algunos clérigos apóstatas, y casados inmediatamente, como es lógico y natural.

Conste, pues, que desde Judas hasta el ex-Padre Jacinto, la raza de los ministros de la Iglesia traidores á su Jefe y vendidos á la herejía, se sucede sin interrupcion. Que al lado y enfrente de la tradicion de la verdad, hay tambien en la sociedad cristiana la tradicion del error; en contraste con la sucesion apostólica de los ministros buenos, tiene el infierno la sucesion diabólica de los ministros pervertidos. Lo cual no debe escandalizar á nadie. Recuérdese á propósito de esto la sentencia del Apóstol, que no se olvidó de prevenirnos: *Es preciso que haya herejías, para que se manifieste quiénes son entre vosotros los verdaderamente probados.*

XXIX.

¿Qué conducta debe observar el buen católico con tales ministros de Dios contagiados de Liberalismo?

Está bien, dirá alguno al llegar aquí. Todo esto es facilísimo de comprender, y basta haber medianamente hojeado la historia para tenerlo por averiguado. Mas lo delicado y espinoso es exponer cuál deba ser la conducta que con tales ministros de la Iglesia extraviados debe observar el fiel seglar, santamente celoso de la pureza de su fe así como de los legítimos fueros de la autoridad.

Es indispensable establecer aquí varias distinciones y clasificaciones, y responder diferentemente á cada una de ellas.

1.° Puede darse el caso de un ministro de la Iglesia pú-

blicamente condenado como liberal por ella. En este caso bastará recordar que deja de ser católico (en cuanto á merecer la consideracion de tal) todo fiel, eclesiástico ó seglar, á quien la Iglesia separa de su seno, mientras por una verdadera retractacion y formal arrepentimiento no sea otra vez admitido á la comunion de los fieles. Cuando así suceda con un ministro de la Iglesia, es lobo el tal; no es pastor, ni siquiera oveja. Evitarle conviene, y sobre todo rogar por él.

2.° Puede darse el caso de un ministro de la Iglesia caido en la herejía, pero sin haber sido aún *oficialmente* declarado culpable por la referida Iglesia. En este caso es preciso obrar con mayor circunspeccion. Un ministro de la Iglesia caido en error contra la fe, no puede ser *oficialmente* desautorizado más que por quien tenga sobre él jerárquica jurisdiccion. Puede, sin embargo, en el terreno de la polémica meramente científica, ser combatido por sus errores y convicto de ellos, dejando siempre la última palabra, ó sea el fallo de la polémica, á la autoridad, única infalible, del Maestro universal. Gran regla, estamos por decir única regla en todo, es la práctica constante de la Iglesia de Dios, segun aquello de un santo Padre: *Quod semper, quod ubique, quod ab omnibus.* Pues bien. Así se ha procedido siempre en la Iglesia de Dios. Los particulares han visto en un eclesiástico doctrinas opuestas á las que se han enseñado comunmente como únicas sanas. Han dado el grito sobre ellas, se han lanzado á combatirlas en el libro, en el folleto, de viva voz, y han pedido de esta suerte al magisterio infalible de Roma el fallo decisivo. Son los ladridos del perro que advierten al pastor. Apenas hubo herejía alguna en el Catolicismo que no se empezase á confundir y á desenmascarar de esta manera.

3.° Puede darse el caso de que el infeliz extraviado sea un ministro de la Iglesia, al cual debamos estar particularmente subordinados. Es preciso entonces proceder todavía con más mesura y mayor discrecion. Hay que respetar siempre en él la autoridad de Dios, hasta que la Iglesia lo declare desposeído de ella. Si el error es dudoso, hay que llamar sobre él la atencion de sus superiores inmediatos para que le pidan sobre ello clara explicacion. Si el error es evidente, no por esto es lícito constituirse en inmediata rebeldía, sino que

es preciso contentarse con la resistencia pasiva á aquella autoridad, en lo que aparezca evidentemente en contradiccion con las doctrinas reconocidas por sanas en la Iglesia. Guardarle se debe empero todo respeto exterior, obedecerle en lo que no aparezca dañada ni dañosa su enseñanza, resistirle pacífica y respetuosamente en lo que se aparte de la comun sentencia católica.

4.° Puede darse el caso (y es el más general) de que el extravío de un ministro de la Iglesia no verse sobre puntos concretos de doctrina católica, sino sobre ciertas apreciaciones de hechos ó personas, ligadas más ó menos con ella. En este caso aconseja la prudencia cristiana mirar con prevencion al tal sacerdote *resabiado*, preferir á los suyos los consejos de quien no tenga tales resabios, recordar á propósito de esto la máxima del Salvador: «Un poco de levadura hace fermentar toda la masa.» De consiguiente, una prudente desconfianza es aquí la regla de mayor seguridad. Y en esto, como en todo, pedir luz á Dios, consejo á personas dignas é íntegras, procediendo siempre con gran recelo tocante á quien no juegue muy limpio ó no hable muy claro sobre los errores de actualidad.

Y hé aquí lo único que podemos decir sobre este punto, erizado de infinitas dificultades, y que es imposible resolver en tesis general. No olvidemos una observacion que arroja torrentes de luz. Más se conoce al hombre por sus aficiones personales que por sus palabras y por sus libros. Sacerdote amigo de liberales, mendigo de sus favores y alabanzas, y ordinariamente favorecido con ellas, trae consigo, por lo regular, muy sospechosa recomendacion de ortodoxia doctrinal.

Párense nuestros amigos en este fenómeno, y verán cuán segura norma y cuán atinado criterio les da.

XXX.

Qué debe pensarse de las relaciones que mantiene el Papa con los Gobiernos y personajes liberales.

Pues entonces (salta uno), ¿qué concepto hemos de formar de las relaciones y amistades que trae la Iglesia con Gobiernos y personas liberales, que es lo mismo que decir con el Liberalismo?

Respuesta al canto.

Hemos de juzgar que son relaciones y amistades oficiales y nada más. No supone afecto alguno especial á las personas con quienes se tienen, y mucho menos aprobacion de sus actos, y muchísimo menos adhesion ó sancion á sus doctrinas. Punto es este que conviene explanar algun tanto, ya que sobre él arman gran aparato de teología liberal los sectarios del Liberalismo para combatir la sana intransigencia católica.

Conviene ante todo observar que hay en la Iglesia de Dios dos ministerios: uno que llamarémos apostólico, relativo á la propagacion de la fe y á la salvacion de las almas; y otros que podríamos muy bien llamar diplomático, relativo á sus relaciones humanas con los poderes de la tierra.

El primero es el más noble; es, por decirlo así, el primario y esencial. El segundo es inferior y subordinado al primero, á cuyo auxilio únicamente se endereza. En el primero es intransigente é intolerante la Iglesia; va recta á su fin, y prefiere romperse antes que doblegarse: *Frangi, non flecti*. Véase sino la historia de sus persecuciones. Trátase de derechos divinos y de deberes divinos, y por tanto en ellos no cabe atenuacion ni transaccion. En el segundo es condescendiente y benévola y sufrida. Trata, gestiona, negocia, halaga para ablandar; calla tal vez para mejor conseguir; se retira quizá para mejor avanzar y para sacar luego mejor partido. Su di-

visa podria ser en este órden de relaciones: *Flecti, non frangi.* Trátase de relaciones humanas, y éstas admiten cierta flexibilidad y uso de especiales resortes.

En este terreno es lícito y santo todo lo que no declara malo y prohibido la ley comun en las relaciones ordinarias entre los hombres. Más claro: la Iglesia cree en esta esfera poder valerse y se vale de todos los recursos que puede utilizar una *diplomacia honrada.*

¿Quién se atreverá á echárselo en rostro? Así que envia embajadas y las recibe áun de Gobiernos malos, áun de príncipes infieles; da á los mismos y de los mismos recibe presentes y obsequios y honores diplomáticos; ofrece distinciones, títulos y condecoraciones á sus personajes; honra con frases de cortesanía y galantería á sus familias; concurre á sus fiestas por medio de sus representantes.

Pero salen luego el tonto ó el liberal y dicen como quien habla sentencias: «Pues ¿por qué hemos de aborrecer al Liberalismo y combatir á los Gobiernos liberales, cuando trata con ellos el Papa, y los reconoce y colma de distinciones?» ¡Malvado ó majadero! que una de estas cosas ó todas juntas puedes muy bien ser. Escucha una comparacion y falla luego.

Eres padre de familia y tienes cuatro ó seis hijas, á quienes educas con todo el rigorismo de la honestidad, y viven frente ó pared en medio de tu casa unas vecinas infames, y tú estás diciendo continuamente á tus hijas que aquellas mujeres no las han de tratar ni siquiera saludar, ni áun mirar; que las han de considerar como malas y perversas; que han de aborrecer su conducta é ideas; que han de procurar distinguirse de ellas y en nada asemejarse á ellas, ni en sus dichos, ni en sus obras, ni en sus trajes. Y tus hijas, dóciles y buenas, es claro que han de observar tu ley y atenerse á tus mandatos, que no son sino de prudente y de muy avisado padre de familias. Mas hé aquí que en una ocasion se suscitan cuestiones en la vecindad sobre puntos comunes á ella, sobre confrontacion de límites ó paso de aguas, por ejemplo; y se hace preciso que tú, honrado padre, sin dejar de ser tal, trates en junta con una de aquellas infames mujeres, sin dejar de ser infames, ó por lo menos con quien las represente. Y teneis para eso vuestros tratos y cabildeos, y os hablais y os

dais los cumplidos y fórmulas de cortesía usuales en sociedad, y procurais de todos modos entenderos y llegar á un acuerdo y avenencia sobre el objeto en que habeis de convenir.

¿Hablarán bien tus hijas si dicen luego: «Pues que nuestro padre trata con esas malas vecinas, no deben ser tan malas como dice él; podemos tratar con ellas tambien nosotras; buenas hemos de reputar sus costumbres; modestos sus trajes, loable y honrado su modo de vivir?» Díme, ¿no hablarian como necias tus hijas si hablasen así? Pues apliquemos ahora la parábola ó comparacion.

La Iglesia es la familia de los buenos (ó que deben serlo y que desea ella lo sean). Pero vive rodeada de Gobiernos del todo perversos ó más ó menos pervertidos. Y dice á sus hijos: «Aborreced las máximas de esos Gobiernos; combatidlos; su doctrina es error, sus leyes iniquidad.» Pero al mismo tiempo, por cuestiones de interés propio ó de ambos á la vez, se ve ella en el caso de tratar con los jefes ó representantes de tales Gobiernos malos, y efectivamente trata con ellos, recibe sus cumplidos y usa con ellos de las fórmulas de urbanidad diplomática usuales en todos los países; pacta con ellos sobre asuntos de interés comun, procurando sacar el mejor partido posible de su situacion entre tales vecinos. ¿Es malo esto? Sin duda que nó. Pero ¿no es ridículo que salga luego un católico y lo tome por sancion de doctrinas que la Iglesia no cesa de condenar, y por aprobacion de actos que la Iglesia no cesa de combatir?

¡Pues qué! ¿Sanciona la Iglesia el Coran tratando de potencia á potencia con los sectarios del Coran? ¿Aprueba la poligamia, recibiendo regalos y embajadas del gran Turco? Pues del mismo modo no aprueba el Liberalismo cuando condecora á sus reyes ó ministros, cuando les envia sus bendiciones, que son simples fórmulas de cortesía cristiana que el Papa otorga hasta á los protestantes. Es sofístico pretender que la Iglesia autorice con tales actos lo que por otros actos no cesa de condenar. Su ministerio *diplomático* no anula su ministerio *apostólico;* en su ministerio apostólico debe, sí, buscarse la explicacion de las aparentes contradicciones de su ministerio diplomático.

Y así obra el Papa con los jefes de naciones, así el Obispo con los de provincias, así el párroco con los de localidad. Y se sabe el alcance y significacion que tienen estas relaciones oficiales y diplomáticas. Sólo lo ignoran (ó fingen ignorarlo) los malaventurados sectarios ó resabiados del error liberal.

XXXI.

De las pendientes por las que con más frecuencia viene á caer un católico en el Liberalismo.

Son varias las pendientes por las que cae frecuentemente el fiel cristiano en el error del Liberalismo, é importa sobremanera señalarlas aquí, así para comprender, en vista de ellas, la razon de la universalidad que ha alcanzado esta secta, como para prevenir contra sus lazos y emboscadas á los incautos.

Muy frecuentemente se cae en la corrupcion del corazon por extravío de la inteligencia; empero más frecuente es todavía caer en el error de la inteligencia por corrupcion del corazon. Esto muestra claro la historia de todas las herejías. En el principio de todas ellas se encuentra casi siempre lo mismo: ó un pique de amor propio, ó un agravio que se quiere vengar, ó una mujer tras la cual pierde el heresiarca los sesos y el alma, ó un bolson de dinero por el que vende la conciencia. Casi siempre dimana el error, nó de profundos y trabajosos estudios, sino de aquellas tres cabezas de hidra que apunta san Juan y que llama: *Concupiscentia carnis, concupiscentia oculorum, superbia vitæ*. Por ahí se va á todos los errores; por ahí se va al Liberalismo. Veamos esas pendientes en sus formas más usuales.

1.ª Se hace el hombre liberal por deseo natural de independencia y ancha vida.

El Liberalismo ha de ser por necesidad simpático á la naturaleza depravada del hombre, tanto como el Catolicismo

ha de serle por su propia esencia repulsivo. El Liberalismo es emancipacion; el Catolicismo es enfrenamiento. El hombre caido ama, pues, por cierta muy natural tendencia suya, un sistema que legitima y canoniza el orgullo de su razon y el desenfreno de sus apetitos. De donde, así como se ha dicho por Tertuliano que el alma en sus nobles aspiraciones es naturalmente cristiana, puede igualmente decirse que el hombre, por vicio de su orígen, nace naturalmente liberal. Es, pues, lógico que se declare tal en toda forma, así que empiece á comprender que por ahí le salen garantidos todos sus antojos y desenfrenos.

2.ª Por el anhelo de medrar. El Liberalismo es hoy dia la idea dominante. Reina en todas partes y singularmente en la esfera oficial. Es, pues, segura recomendacion para hacer carrera. Sale el jóven de su doméstico hogar, y al dar una ojeada á las distintas sendas por donde se va á la fortuna, al renombre, á la gloria, ve que en todas es condicion precisa ser de su siglo, ser liberal. No serlo es crearse á sí propio la mayor de todas las dificultades. Heroismo, pues, se necesita para resistir al tentador, que, como á Cristo en el desierto, le dice mostrándole halagüeño porvenir: *Hæc omnia tibi dabo si cadens adoraveris me:* «Todo te lo daré si me prestas adoracion.» Y los héroes son pocos. Es, pues, natural que la mayor parte de la juventud empiece su carrera afiliándose al Liberalismo. Eso proporciona bombo en los periódicos, eso recomendacion de poderosos patronos, eso fama de ilustrado y omnisciente. El pobre ultramontano necesita mérito cien veces mayor para darse á conocer y crearse un nombre. Y en la juventud se es poco escrupuloso por lo regular. Además, el Liberalismo es esencialmente favorable á la vida pública que tanto anhela la juventud. Tiene en perspectiva diputaciones, comisiones, redacciones, etc., que constituyen el organismo de su máquina oficial. Es, pues, maravilla de Dios y de su gracia el que se encuentre un jóven que deteste á tan insidioso corruptor.

3.ª Por la codicia. La desamortizacion ha sido y sigue siendo la fuente principal de prosélitos para el Liberalismo. Se decretó este inicuo despojo tanto para privar á la Iglesia de estos recursos de humana influencia, cuanto para adqui-

rir con ellos adeptos fervorosos á la causa liberal. Así lo han confesado sus mismos corifeos cuando se les ha acusado de haber dado casi de balde á los amigos las pingües posesiones de la Iglesia. Y ¡ay del que una vez comió de esta fruta del cercado ajeno! Un campo, una heredad, unas casas que fueron del convento ó de la parroquia y están hoy en poder de la familia tal ó cual, encadenan para siempre esta familia al carro del Liberalismo. En la mayor parte de los casos no hay probable esperanza de que dejen de ser liberales ni aún los descendientes de ella. El demonio revolucionario ha sabido poner entre ellos y la verdad esa infranqueable barrera. Hemos visto poderosas casas de labradores de la montaña, católicos puros y fervorosos hasta el 35, desde entonces acá liberales decididos y contumaces. ¿Quereis saber la explicacion? Ved aquellos regadíos ó tierras de pan llevar ó bosques que fueron del monasterio. Con ellos aquel labrador ha redondeado su finca, con ellos ha vendido su alma y familia á la Revolucion. Es moralmente imposible la conversion de tales injustos poseedores. En la dureza de su alma, parapetada tras de sus adquisiciones sacrílegas, se estrellan todos los argumentos de los amigos, todas las invectivas de los misioneros, todos los remordimientos de la conciencia. La desamortizacion ha hecho y está haciendo el Liberalismo. Esta es la verdad.

Tales son las causas ordinarias de perversion liberal, y á ellas pueden reducirse todas las demás. Quien tenga mediana experiencia del mundo y del corazon humano, apenas podrá señalar otras.

XXXII.

Causas permanentes del Liberalismo en la sociedad actual.

Hay, además de esas pendientes por donde se va al Liberalismo, lo que podríamos llamar causas permanentes de él en la actual sociedad; y en éstas hemos de buscar los motivos por que se hace tan difícil su extirpacion.

Son en primer lugar causas permanentes del Liberalismo las mismas que hemos antes señalado como pendientes ó resbaladeros que llevan á él. Dice la filosofía: *Per quæ res gignitur, per eadem et servatur et augetur:* «Las cosas comunmente se conservan y aumentan por las mismas causas por las que nacieron.» Pero además de ellas podemos aquí todavía señalar alguna que ofrece carácter especial.

1.ª La corrupcion de costumbres. La Masonería lo ha decretado, y á la letra se cumple su programa infernal. Espectáculos, libros, cuadros, costumbres públicas y privadas, todo se procura saturar de obscenidad y lascivia; el resultado es infalible: de una generacion inmunda, por necesidad saldrá una generacion revolucionaria. Así se nota el empeño que tiene el Liberalismo en dar rienda suelta á todo exceso de inmoralidad. Sabe bien lo que ésta le sirve. Es su natural apóstol y propagandista.

2.ª El periodismo. Es incalculable la influencia que ejercen sin cesar tantas publicaciones periódicas como esparce cada dia el Liberalismo por todas partes. Ellas hacen ¡mentira parece! que (quiera ó no) haya de vivir el ciudadano de hoy dentro de una atmósfera liberal. El comercio, las artes, la literatura, la ciencia, la política, las noticias nacionales y extranjeras, todo se da casi por conductos liberales, todo de consiguiente toma, por necesidad, color ó resabio liberal. Y se encuentra uno, sin advertirlo, pensando y hablando y

obrando á lo liberal; tal es la maléfica influencia de este envenenado ambiente que se respira. El pobre pueblo lo traga con más facilidad que nadie, por su natural buena fe. Lo traga en verso, en prosa, en grabado, en serio, en broma, en la plaza, en el taller, en el campo, en todas partes. Este magisterio liberal se ha apoderado de él y no le deja ni un instante. Y se hace más funesta su accion por la especial condicion del discípulo, como dirémos ahora.

3.ª La ignorancia casi general en materias de Religion. El Liberalismo, al rodear por todas partes al pueblo de embusteros maestros, ha cuidado muy bien de incomunicarle con el único que le podia hacer notar el embuste. Este es la Iglesia. Todo el empeño del Liberalismo cien años há, es paralizar á la Iglesia, que enmudezca, que no tenga á lo más sino carácter oficial, que no logre contacto con el pueblo. A eso obedeció (confesado por los liberales) la destruccion de los conventos y monasterios; á eso las trabas puestas á la enseñanza católica; á eso el tenaz empeño en desprestigiar y ridiculizar al clero. La Iglesia se ve rodeada de lazos artificiosamente discurridos para que en nada moleste la marcha avasalladora del Liberalismo. Los Concordatos, tal como se cumplen hoy dia en casi todas las naciones, son otras tantas argollas para apretar su garganta y entorpecer sus movimientos. Entre el clero y el pueblo se ha puesto y se procura poner más y más cada dia un abismo de odios, preocupaciones y calumnias. Así que una parte de nuestro pueblo, cristiano por el bautismo, sabe tan poco de su religion como de la de Mahoma ó de Confucio. Se procura además evitarle todo roce necesario con la parroquia, dándole registro civil, matrimonio civil, sepultura civil, etc., á fin de que acabe de romper todo lazo con la Iglesia. Es un programa separatista completo, en cuya unidad de principios, medios y fines se ve bien clara la mano de Satanás.

Cabe aún apuntar otras causas, pero ni la extension de este trabajo lo permite, ni todas se podrian decir aquí.

XXXIII.

Cuáles son los medios más eficaces y oportunos que cabe aplicar á pueblos señoreados por el Liberalismo.

Indicarémos algunos.

1.° La organizacion de todos los buenos católicos. Sean pocos, sean muchos los católicos en una localidad, conózcanse, trátense, júntense. Hoy no debe haber ciudad ó villa católica sin su núcleo de gente de accion. Esto atrae á los indecisos, da valor á los vacilantes, contrapesa la influencia del *qué dirán*, hace á cada uno fuerte con la fuerza de todos. Aunque no seais más que una docena de corazones firmes, fundad una Academia de Juventud católica, una Conferencia, siquiera una Cofradía. Poneos luego en contacto con la Sociedad análoga del pueblo vecino ó de la capital; apoyaos de esta suerte en toda la comarca, Asociaciones con Asociaciones, formando como la famosa *testudo* que formaban los legionarios romanos juntando sus escudos, y esto os hará invencibles. Así unidos, por pocos que seais, levantad en alto la bandera de una doctrina sana, pura, intransigente, sin embozos ni atenuacion, sin pacto ni avenencia alguna con los enemigos. Tiene la firme intransigencia su aspecto noble, simpático y caballeresco. Es grato ver á un hombre azotado como un peñasco por todas las olas y todos los vientos, y que se está fijo, inmoble, sin retroceder. Buen ejemplo sobre todo; éste constante. Predicad con toda vuestra conducta, y predicad en todas partes con ella. Ya veréis cómo os será fácil, primero imponer respeto, luego admiracion, después simpatía. No os faltarán prosélitos. ¡Oh, si comprendiesen todos los católicos sanos el brillante apostolado seglar que de esta manera pueden ejercer en sus respectivas poblaciones! Asidos al párroco, adheridos como

la hiedra al muro parroquial, firmes como su viejo campanario, pueden desafiar toda tempestad y hacer rostro á toda borrasca.

2.° Los periódicos buenos. Escoged entre los periódicos buenos el mejor y que más se adapte á las necesidades é inteligencia de los que os rodean. Leedlo, pero no os contenteis con eso, dadlo á leer, explicadlo y comentadlo, haced de él vuestra base de operaciones. Haceos corresponsal de su Administracion, cuidad de hacer las suscriciones y pedidos, facilitadles á los pobres menestrales y labriegos esta operacion, la más enojosa de todas. Dadlo á los jóvenes que empiezan sus carreras, proponédselo por lo bello de sus formas literarias, por su académico estilo, por su gracejo y donaire. Empezarán por gustar de la salsa, y acabarán por comer lo que con ella viene guisado. Así obra la impiedad, y así hemos de obrar nosotros. Un periódico sano es de necesidad en el presente siglo. Dígase lo que se quiera de sus defectos, nunca igualarán éstos á sus ventajas y beneficios. Conviene, además, favorecer la circulacion de todo otro impreso de análogo carácter, el folleto de circunstancias, el discurso notable, la enérgica Pastoral, etc., etc.

3.° La escuela católica. Donde el maestro oficial sea buen católico y de confianza, apóyesele con todas las fuerzas; donde nó, procúrese hablar claro para desautorizarle. Es en este caso la peor plaga de la localidad. Conviene que conozca todo el mundo por diablo al que es diablo, á fin de que no se le entregue incautamente lo principal, que es la educacion. Cuando así sea, búsquese modo de plantear escuela contra escuela, bandera contra bandera; si hay medio, búsquese de religiosos; si no le hay, póngase á esta buena obra cualquier íntegro seglar. Dése gratuita la escuela y á horas convenientes para todos; de mañana, de tarde, de noche; los dias festivos atráigase á los niños regalándolos y acariciándolos. Y dígaseles francamente que la otra escuela del maestro malo es la escuela de Satanás. Un revolucionario célebre, Danton, gritaba sin cesar: «¡Audacia! ¡Audacia!» Nuestro grito de siempre ha de ser: ¡Franqueza! ¡Franqueza! ¡Luz! ¡Luz! Nada como esto para ahuyentar á los avechuchos del infierno, que sólo pueden seducir á favor de la oscuridad.

XXXIV.

De una señal clarísima por la que se conocerá fácilmente cuáles cosas proceden de espíritu sanamente católico y cuáles de espíritu resabiado ó radicalmente liberal.

Vamos ahora á otra cosa, á propósito de la última palabra que acabamos de escribir. La oscuridad es el gran auxiliar de la maldad: *Qui male agit odit lucem,* ha dicho el Señor. De ahí el empeño constante de la herejía en envolverse entre nebulosidades. No hay gran dificultad en descubrir al enemigo que se presenta con la visera levantada, ni la hay en reconocer por liberales á los que empiezan de buenas á primeras á declarar que lo son. Mas esta franqueza no conviene ordinariamente á la secta. Así, pues, hay que adivinar al enemigo tras el disfraz, y éste es muchas veces hábil y cauteloso en gran manera. Añádase, además, que muy á menudo no es lince el ojo que lo ha de reconocer; se hace preciso, pues, un *criterio* fácil, llano, popular, para distinguir á cada momento lo que es obra católica de lo que es infernal añagaza del Liberalismo.

Sucede frecuentemente que se anuncia un proyecto, se da el grito de una empresa, se funda una institucion, y el fiel católico no acierta á distinguir por de pronto á qué tendencia obedece aquel movimiento, y si, de consiguiente, conviene asociarse á él ó más bien oponérsele con todas las fuerzas, máxime cuando el infierno harta maña se da en tomar muchas veces alguno ó algunos de los colores más atractivos de nuestra bandera, y en emplear hasta, en ocasiones, nuestro usual idioma. En tales casos, ¡cuántos hacen el juego á Satanás, creyendo emplearse buenamente en una obra católica! Pero se dirá: «Tiene cada cual la voz de la Iglesia, que le puede dar en esto perfecta seguridad.» Está

bien. Mas la autoridad de la Iglesia no puede consultarse á cada momento ni para cada caso particular. La Iglesia suele dejar sábiamente establecidos los principios y reglas generales de conducta; la aplicacion á los mil y un casos concretos de cada dia la deja ella al criterio prudencial de cada fiel. Y los casos de esta naturaleza se presentan cada dia, y hay que resolverlos instantáneamente, sobre la marcha. El periódico que sale, la asociacion que se establece, la pública fiesta á que se convida, la suscricion para la que se pide, todo esto puede ser de Dios y puede ser del diablo, y lo peor es que puede ser del diablo presentándose, como hemos dicho, con toda la mística gravedad y compostura de las cosas de Dios. ¿Cómo guiarse, pues, en tales laberintos?

Hé aqui un par de reglitas de carácter muy práctico que nos parece pueden servir á todo cristiano para que en tan vidriosa materia ponga bien asentado el pié.

1.° Observar cuidadosamente qué clase de personas promueven el asunto. Es la primera regla de prudencia y de sentido comun. Se funda en aquella máxima del Salvador: *No puede un mal árbol dar buenos frutos*. Es evidente que personas liberales han de dar de sí por lo comun escritos, obras, empresas y trabajos liberales ó informados de espíritu liberal, ó por lo menos lamentablemente resabiados de él. Véase, pues, cuáles son los antecedentes de aquella ó aquellas personas que organizan ó promueven la obra de que se trata. Si son tales que no os merezcan completa confianza sus doctrinas, mirad con prevencion todas sus empresas. No las reprobeis inmediatamente, pues hay un axioma de teología que dice que no todas las obras de los infieles son pecados, y lo mismo puede decirse de las de los liberales. Pero no las deis inmediatamente por buenas. Recelad de ellas, miradlas con prevencion, sujetadlas á más detenido exámen, aguardad sus resultados.

2.° Examinar qué clase de personas lo alaban. Es todavía regla más segura que la anterior. Hay en el mundo actual dos corrientes, pública y perfectamente deslindadas. La corriente católica y la corriente masónica ó liberal. La primera la forman, ó mejor, la reflejan los periódicos católicos. La segunda la reflejan y materialmente la forman cada dia los

periódicos revolucionarios. La primera busca su inspiracion en Roma. A la segunda la inspira la Masonería. ¿Se anuncia un libro? ¿Se publican las bases de un proyecto? Mirad si lo aprueba y recomienda y toma por su cuenta la corriente liberal. En este caso tal obra ó proyecto están juzgados: son cosa suya. Porque es evidente que el Liberalismo, ó el diablo que le inspira, reconocen inmediatamente cuál cosa les puede dañar y cuál favorecer, y no han de ser tan necios que ayuden á lo que les es contrario ó se opongan á lo que les favorece. Tienen los partidos y sectas un instinto ó intuicion particular *(olfactus mentis,* que dijo un filósofo), el cual les revela *à priori* lo que han de mirar como suyo y lo que como enemigo. Desconfiad, pues, de todo lo que alaban y ponderan los liberales. Es claro que le han visto á la cosa ó su orígen ó sus medios ó su fin favorables al Liberalismo. No suele equivocarse en esto el claro instinto de la secta. Más fácil es que se equivoque un periódico católico, alabando y recomendando por buena una cosa que en sí tal vez no lo sea mucho, que no un periódico liberal alabando por suya una obra de las varias sobre que se entable discusion. Más fiamos, á la verdad, del olfato de nuestros enemigos que del de nuestros propios hermanos. Al bueno, ciertos escrúpulos de caridad y de natural costumbre de pensar bien le ciegan á veces hasta el punto de que vea por lo menos sanas intenciones donde, por desgracia, no las hay. No así los malos. Estos disparan desde luego bala rasa contra lo que no se aviene con su modo de pensar, y tocan incansables el bombo de todos los reclamos en favor de lo que por un lado ú otro ayuda á su maléfica propaganda. Desconfiad, pues, de cuanto os alaben por bueno vuestros enemigos.

Hemos recogido de un periódico los siguientes versitos que, si literariamente podrian ser mejores, no pueden ser, en cambio, más verdaderos.

Dicen así, hablando del Liberalismo:

¿Dice que sí? Pues mentira.
¿Dice que nó? Pues verdad.
Lo que él llama iniquidad,
Tú como virtud lo mira:

Al que persiga con ira,
Tenle tú por hombre honrado:
Mas evita con cuidado
A cualquiera que él alabe;
Si esto haces, cuanto cabe
Ya le tienes estudiado.

Se nos figura que con estas dos reglas de sentido comun, que más bien podríamos llamar de buen sentido cristiano, hay bastante, si no para dar fallo decisivo á toda cuestion, al menos para no tropezar fácilmente en las escabrosidades de este tan accidentado terreno en que andamos y luchamos los católicos de hoy. No se le olvide sobre todo al católico de nuestro siglo, que la tierra que pisa está minada por todas partes por las sectas secretas, que son las que dan voz y tono á la polémica anticatólica, y á las que inconscientemente se sirve muchísimas veces áun por los mismos que más detestan su trabajo infernal. La lucha de hoy es principalmente subterránea y contra un enemigo invisible, que rara vez se presenta con su verdadera divisa. Hay, pues, que olerle, más que verle; hay que adivinarle con el instinto, más que señalarle con el dedo. Buen olfato, pues, y sentido práctico son necesarios, más que sutiles cavilaciones y laboriosas teorías. El anteojo que les recomendamos á nuestros amigos no nos ha engañado á nosotros jamás.

XXXV.

Cuáles son los periódicos buenos y cuáles los malos, qué se ha de juzgar de lo bueno que tenga un periódico malo, y, al revés, de lo malo en que puede incurrir un periódico bueno.

Dado que la corriente, buena ó mala, que aplaude ó condena una cosa, ha de servirle al católico sencillo de comun y familiar criterio de verdad, para vivir al menos receloso y prevenido; y dado que los periódicos suelen ser el medio en que más y mejor se transparenta esta corriente, y á los que, por tanto, hay que acudir en más de una ocasion, puede preguntarse aquí: ¿Cuáles han de ser para un católico de hoy los periódicos que le inspiren verdadera confianza? Ó mejor: ¿Cuáles deben inspirarles poquísima, y cuáles ninguna?

Primeramente, es claro *(per se patet)* que ninguna confianza deben inspirarnos tocante á Liberalismo los periódicos que se honran (ó se deshonran) con llamarse á sí propios y portarse como liberales. ¡Cómo hemos de fiarnos de ellos, si son precisamente los enemigos contra quienes hemos á todas horas de prevenirnos, y á quienes hemos de andar constantemente hostilizando! Queda, pues, fuera de toda discusion esta parte de la consulta. Lo que se llama liberal, hoy dia, ciertamente lo es; y siéndolo, es nuestro formal enemigo y de la Iglesia de Dios. No se tenga en cuenta, pues, su recomendacion ó aplauso, más que para mirar como sospechoso cuanto en Religion recomiende y aplauda.

Hay una clase, empero, de periódicos, no tan descarada y pronunciada, que gusta de vivir en la ambigüedad de indefinidos colores y de indecisas tintas. Que se llama á todas horas católica, y á ratos abomina y detesta el Liberalismo,

cuanto á la palabra por lo menos. Es la comunmente conocida por católico-liberal. De esa hay que fiar menos aún, y no dejarse sorprender por sus mojigaterías y pietismos. Es seguro que en todo caso apurado predominará en ella la tendencia liberal sobre la católica, aunque entre ambas se proponga fraternalmente vivir. Así se ha visto siempre y así debe lógicamente suceder. La corriente liberal es más fácil de seguir, y en prosélitos es más numerosa, y es al amor propio más simpática. La católica es más áspera en apariencia, tiene menos secuaces y amigos, exige navegar siempre contra el natural corrompido impulso de las ideas y pasiones. En un corazon ambiguo y vacilante, como son los tales, es, pues, regular que ésta sucumba y aquélla prevalezca. No hay que fiar, pues, en casos difíciles, de la prensa católico-liberal. Más aún. Tiene el inconveniente de que su fallo no nos sirve tanto como el de la otra para formularnos prueba contradictoria, por la sencilla razon de que este su fallo no es absoluto y radical en nada, y si por lo regular acomodaticio.

La prensa buena es la prensa íntegramente buena, es decir, la que defiende lo bueno en sus principios buenos y en sus aplicaciones buenas. La más opuesta á lo reconocidamente malo, *opposita per diametrum,* como dice san Ignacio en el libro de oro de sus *Ejercicios.* La que está al lado opuesto de las fronteras del error, la que mira siempre frente á frente al enemigo; nó la que á ratos vivaquea con él, ó no se opone más que á determinadas evoluciones suyas. La que es enemiga de lo malo *en todo,* ya que lo malo es malo en todo, áun en aquello bueno que por casualidad puede consigo traer alguna vez.

Y vamos á hacer una observacion para explicar esta nuestra última frase, que á muchos parecerá atrevida.

Suelen á veces periódicos malos tener algo bueno. ¿Qué ha de pensarse de esto bueno que tienen alguna vez los periódicos malos? Ha de pensarse que no les hace dejar de ser malos, si es mala su intrínseca naturaleza ó doctrina. Antes esto bueno puede, y suele ser, añagaza satánica para que se les recomiende, ó por lo menos se les disimule, lo malo esencial que traen en sí. No le quitan á un sér malo su natu-

ral maldad ciertas cualidades accidentalmente buenas. No son buenos un ladron ó asesino, por más que recen cualquier dia un *Ave María* ó le den á un pobre una limosna. Malos son á pesar de estas obras buenas, porque es malo el conjunto esencial de sus actos, es mala la tendencia ordinaria de ellos. Y si de lo bueno que hacen se sirven para más autorizar su maldad, viene á hacerse malo por su fin, hasta aquello mismo que en sí seria ordinariamente bueno.

Al revés, sucede que periódicos buenos incurren alguna vez en tal ó cual error de doctrina, ó en algun extravío de pasion, y hacen efectivamente algo que no se les puede aprobar. ¿Han de llamarse por esto malos? ¿Han de reprobarse como tales? Nó, por análoga, aunque inversa razon. Lo malo en ellos es accidental; lo bueno es lo sustancial y ordinario. Un pecado ó algunos no hacen malvado á un hombre, sobre todo si protesta no quererlos, con el arrepentimiento ó la enmienda. No es malo más que el que á sabiendas y habitualmente lo es, y protesta querer serlo. Angeles no lo son los periodistas católicos ni mucho menos, sino hombres frágiles y miserables y pecadores. Querer, pues, se les condene por tal ó cual error, ó por tal ó cual indiscrecion ó destemplanza, es tener de lo bueno y de lo virtuoso un concepto farisáico y jansenístico, reñido con todos los principios de sana moral. Si se ha de juzgar de esta suerte, ¿qué institucion habrá buena y digna de estima en la Iglesia de Dios?

Resúmen: Hay periódicos buenos y hay periódicos malos. Con éstos deben sumarse los ambiguos ó indefinidos. No le hacen bueno al malo algunas cosas buenas que tenga, ni le hacen malo al bueno algunos defectos y áun pecados en que incurra. Si sobre estos principios juzga y falla lealmente el buen católico, rara vez se equivocará.

XXXVI.

Si es alguna vez recomendable la union entre católicos y liberales para un fin comun, y con qué condiciones.

Otra cuestion se ha agitado muchísimo en nuestros dias, y es la relativa á la union entre católicos y liberales menos avanzados, para el fin comun de contener á la revolucion más radical y desencadenada. Sueño dorado ó candorosa ilusion de algunos; de otros, empero, pérfida asechanza con que sólo pretendieron (y hanlo logrado en parte) desunirnos y paralizarnos. ¿Qué hemos de pensar, pues, de tales conatos unionistas los que deseamos, sobre todo otro interés, el de nuestra santa Religion?

En tesis general hemos de pensar que no son buenas ni recomendables tales uniones. Dedúcese rectamente de los principios hasta aquí sentados. El Liberalismo es en su esencia, por moderado y mojigato que se presente en la forma, oposicion directa y radical al Catolicismo. Los liberales son, pues, enemigos natos de los católicos, y sólo en algun concepto accidental pueden tener intereses *verdaderamente* comunes.

Pueden, sin embargo, darse de esto algunos rarísimos casos. Puede, en efecto, suceder que contra una de las fracciones más avanzadas del Liberalismo sea útil en un caso dado la union de fuerzas íntegramente católicas con las de otro grupo más moderado del propio campo liberal. Cuando realmente así convenga, deben tenerse en cuenta las siguientes bases para la union:

1.ª No partir del principio de una neutralidad ó conciliacion entre lo que son principios ó intereses esencialmente opuestos, cuales son los católicos y los liberales. Esta neutralidad ó conciliacion está condenada por el *Syllabus*, y es

de consiguiente base falsa; tal union es traicion, es abandono del campo católico por parte de los encargados de defenderlo. No se diga, pues: «Prescindamos de diferencias de doctrina y de apreciacion.» Nunca se haga esta vil abdicacion de principios. Dígase ante todo: «A pesar de la radical y esencial oposicion de principios y apreciaciones, etc.» Háblese así y óbrese así para evitar confusion de conceptos, escándalo de incautos y alardes del enemigo.

2.ª Mucho menos se conceda al grupo liberal la honra de capitanearnos con su bandera. Nó, conserve cada cual su propia divisa, ó véngase por aquellos momentos á la nuestra quien con nosotros quiera luchar contra un comun enemigo. Más claro; únanse ellos á nosotros; nunca nosotros á ellos. A ellos, abigarrados siempre en su insignia, no les será tan difícil aceptar nuestro color; á nosotros, que lo queremos todo puro y sin mezcla, ha de sernos más intolerable tal barajamiento de divisas.

3.ª Nunca se crea con esto dejar establecidas bases para una accion constante y normal. No pueden serlo más que para una accion fortuita y pasajera. Una accion constante y normal no puede establecerse más que con elementos homogéneos y que engranen entre sí como ruedas perfectamente combinadas. Para entenderse durante mucho tiempo personas radicalmente opuestas en su conviccion, fueran necesarios contínuos actos de heroica virtud por parte de todos. Y el heroísmo no es cualidad comun ni de todos los dias. Es exponer, pues, una obra á lamentable fracaso, edificarla sobre base de encontradas opiniones, por más que en algun punto accidental concuerden ellas entre sí. Para un acto transitorio de defensa comun ó de comun arremetida, puede muy bien intentarse esta coalicion de fuerzas, y puede ser laudable y de verdaderos resultados, siempre que no se echen en olvido las otras condiciones ó reglas que hemos puesto como de imprescindible necesidad.

A no ser con estas condiciones, no sólo no creemos favorable la union de católicos y liberales para empresa alguna, sino que la estimamos altamente perjudicial. En vez de multiplicar las fuerzas, como sucede cuando la suma es de cantidades homogéneas, paralizará y anulará el vigor de aque-

llas mismas que aisladas hubieran podido hacer algo en defensa de la verdad. Es cierto que hay un proverbio que dice: «¡Ay del que va solo!» Pero tambien hay otro enseñado por la experiencia y en nada opuesto á éste, que dice: «Vale más soledad que ruin compañia.» Creemos que es santo Tomás quien dice en no recordamos qué punto: *Bona est unio, sed potior est unitas:* «Excelente cosa es la union, pero mejor es la unidad.» Si se debe, pues, sacrificar la unidad verdadera en aras de una ficticia y forzada union, nada se gana en el cambio, antes se pierde muchísimo, á nuestro pobre entender.

Además de estas consideraciones, que podrian creerse meras divagaciones teóricas, la experiencia acreditó ya de sobras lo que sale por lo regular de tales conatos de union. El resultado suele ser siempre mayor exacerbacion de luchas y rencores. No hay ejemplo de una coalicion de éstas que haya servido para edificar ó consolidar.

XXXVII.

Prosigue la misma materia.

Y sin embargo, es este, como hemos dicho antes, el sueño dorado, la eterna ilusion de muchos de nuestros hermanos. Creen éstos que lo que le importa principalmente á la verdad es que sean *muchos* sus defensores y amigos. Número paréceles sinónimo de fuerza: para ellos sumar, aunque sean cantidades heterogéneas, es siempre multiplicar la accion; así como restar, es siempre disminuirla. Vamos á esclarecer un poco más este punto, y á emitir algunas últimas observaciones sobre esta ya agotada materia.

La verdadera fuerza y poder de todas las cosas, así en lo físico como en lo moral, está más en la intensidad de ellas que en su extension. Mayor volúmen de igual intensa materia es claro que da mayor fuerza; mas no por el aumento de

volúmen, sino por el aumento ó suma mayor de intensidades. Es regla, pues, de buena mecánica procurar aumento en la extension y número de las fuerzas, mas á condicion de que con esto resulten verdaderamente aumentadas las intensidades. Contentarse con el aumento, sin detenerse á examinar el valor de lo aumentado, es no solamente acumular fuerzas ficticias, si que exponerse, como hemos indicado, á que con ellas salgan paralizadas en su accion hasta las verdaderas, si algunas hubiere.

Es lo que pasa en nuestro caso, y que nos costará poquísimo demostrar.

La verdad tiene una fuerza propia suya que comunica á sus amigos y defensores. No son éstos los que se la dan á ella; es ella quien á ellos se la presta. Mas á condicion de que sea ella realmente la defendida. Donde el defensor, só capa de defender mejor la verdad, empieza por mutilarla y encogerla ó atenuarla á su antojo, no es ya tal verdad lo que defiende, sino una invencion suya, criatura humana de más ó menos buen parecer, pero que nada tiene que ver con aquella otra hija del cielo.

Esto sucede hoy dia á muchos hermanos nuestros, víctimas (algunos inconscientes) del maldito resabio liberal. Creen con cierta buena fe defender y propagar el Catolicismo; pero á fuerza de acomodarlo á su estrechez de miras y á su poquedad de ánimo, para hacerlo (dicen) más aceptable al enemigo á quien desean convencer, no reparan que no defienden ya el Catolicismo, sino una cierta cosa particular suya, que ellos llaman buenamente así, como pudieran llamarla con otro nombre. Pobres ilusos que, al empezar el combate, y para mejor ganarse al enemigo, han empezado por mojar la pólvora y por quitarle el filo y la punta á la espada, sin advertir que espada sin punta y sin filo no es espada sino hierro viejo, y que la pólvora con agua no lanzará el proyectil. Sus periódicos, libros y discursos, barnizados de catolicismo, pero sin el espíritu y vida de él, son en el combate de la propaganda lo que la espada de Bernardo y la carabina de Ambrosio, que tan famosas ha hecho por ahí el modismo popular para representar toda clase de armas que ni pinchan ni cortan.

¡Ah! nó, nó, amigos mios: preferible es á un ejército de esos una sola compañía, un solo peloton de bien armados soldados que sepan bien lo qué defienden y contra quién lo defienden y con qué verdaderas armas lo deben defender. Dénos Dios de esos, que son los que han hecho siempre y han de hacer en adelante algo por la gloria de su Nombre, y quédese el diablo con los otros, que como verdadero deshecho se los regalamos.

Lo cual sube de punto si se considera que no sólo es inútil para el buen combate cristiano tal hez de falsos auxiliares, sino que es embarazosa y casi siempre favorable al enemigo. Asociacion católica que debe andar con esos lastres, lleva en si lo suficiente para que no pueda hacer con libertad movimiento alguno. Ellos matarán á la postre con su inercia toda viril energía, ellos apocarán á los más magnánimos y reblandecerán á los más vigorosos; ellos tendrán en zozobra al corazon fiel, temeroso siempre, y con razon, de tales huéspedes, que son bajo cierto punto de vista amigos de sus enemigos. Y, ¿no será triste que, en vez de tener tal asociacion un solo enemigo franco y bien definido á quien combatir, haya de gastar parte de su propio caudal de fuerzas en combatir, ó por lo menos en tener á raya á enemigos intestinos que destrozan ó perturban por lo menos su propio seno? Bien lo ha dicho *La Civiltà cattolica* en unos famosos artículos.

«Sin esa precaucion, dice, correrían peligro ciertísimo no solamente de convertirse tales asociaciones (las católicas) en campo de escandalosas discordias, mas tambien de degenerar en breve de los sanos principios, con grave ruina propia y gravísimo daño de la Religion.»

Por lo cual concluirémos nosotros este capítulo trasladando aquí aquellas otras tan terminantes y decisivas palabras del mismo periódico, que para todo espíritu católico deben ser de grandísima, por no decir de inapelable, autoridad. Son las siguientes:

«Con sabio acuerdo las asociaciones católicas de ninguna cosa anduvieron tan solicitas como de excluir de su seno, no sólo á todo aquel que profesase abiertamente las máximas del Liberalismo, sí que á aquellos que, forjándose la ilusion de poder conciliar el Liberalismo con el Catolicismo, son conocidos con el nombre de católicos liberales.»

XXXVIII.

Si es ó no es indispensable acudir cada vez al fallo concreto de la Iglesia y de sus Pastores para saber si un escrito ó persona deben repudiarse y combatirse como liberales.

Todo lo que acabais de exponer, dirá álguien al llegar aquí, topa, en la práctica, con una dificultad gravísima. Habeis hablado de personas y de escritos liberales, y nos habeis recomendado con gran ahinco huyésemos, como de la peste, de ellos y hasta de su más lejano resabio. ¿Quién, empero, se atreverá, por sí solo, á calificar á tal persona ó escrito de liberal, no mediando antes fallo decisivo de la Iglesia docente que así lo declare?»

Hé aquí un escrúpulo, ó mejor, una tontería, que han puesto muy en boga, de algunos años acá, los liberales y los resabiados de Liberalismo. Teoría nueva en la Iglesia de Dios, y que hemos visto con asombro prohijada por quienes nunca hubiéramos imaginado pudiesen caer en tales aberraciones. Teoría, además, tan cómoda para el diablo y sus secuaces, que en cuanto un buen católico les ataca ó desenmascara, al punto se les ve acudir á ella y refugiarse en sus trincheras, preguntando con aires de magistral autoridad: «¿Y quién sois vos para calificarme á mí ó á mi periódico de liberales? ¿Quién os ha hecho maestro en Israel para declarar quién es buen católico y quién nó? ¿Es á vos á quien se ha de pedir *patente de catolicismo?*» Esta última frase, sobre todo, ha hecho fortuna, como se dice, y no hay católico resabiado de liberal que no la saque, como último recurso, en los casos graves y apurados. Veamos, pues, qué hay sobre eso, y si es sana teología la que exponen los católico-liberales sobre el particular. Planteemos antes limpia y escueta la cuestion. Es la siguiente:

Para calificar á una persona ó á un escrito de liberales, ¿debe aguardarse siempre el fallo concreto de la Iglesia docente sobre tal persona ó escrito?

Respondemos resueltamente que de ninguna manera. De ser cierta esta paradoja liberal, fuera ella indudablemente el medio más eficaz para que en la práctica quedasen sin efecto las condenaciones todas de la Iglesia, en lo referente así á escritos como á personas.

La Iglesia es la única que posee el supremo magisterio doctrinal de derecho y de hecho, *juris et facti*, siendo su suprema autoridad, personificada en el Papa, la única que definitivamente y sin apelacion puede calificar doctrinas en abstracto, y declarar que tales doctrinas las contiene ó enseña en concreto el libro de tal ó cual persona. Infalibilidad no por ficcion legal, como la que se atribuye á todos los tribunales supremos de la tierra, sino real y efectiva, como emanada de la continua asistencia del Espíritu Santo, y garantida por la promesa solemne del Salvador. Infalibilidad que se ejerce sobre el dogma y sobre el hecho dogmático, y que tiene por tanto toda la extension necesaria para dejar perfectamente resuelta, en última instancia, cualquiera cuestion.

Ahora bien. Esto se refiere al fallo último y decisivo, al fallo solemne y autorizado, al fallo irreformable é inapelable, al fallo que hemos llamado en última instancia. Mas no excluye para luz y guia de los fieles otros fallos menos autorizados, pero si tambien muy respetables, que no se pueden despreciar y que pueden hasta obligar en conciencia al fiel cristiano. Son los siguientes, y suplicamos al lector se fije bien en su gradacion:

1.° El de los Obispos en sus diócesis. Cada Obispo es juez en su diócesis para el exámen de las doctrinas y calificacion de ellas, y declaracion de cuáles libros las contienen y cuáles no. Su fallo no es infalible, pero es respetabilísimo y obliga en conciencia, cuando no se halla en evidente contradiccion con otra doctrina préviamente definida, ó cuando no le desautoriza otro fallo superior.

2.° El de los Párrocos en sus feligresías. Este magisterio está subordinado al anterior, pero goza en su más reducida

esfera de análogas atribuciones. El Párroco es pastor, y puede y debe, en calidad de tal, discernir los pastos saludables de los venenosos. No es infalible su declaracion, pero debe tenerse por digna de respeto, segun las condiciones dichas en el párrafo anterior.

3.° El de los directores de conciencias. Apoyados en sus luces y conocimientos, pueden y deben los confesores decir á sus dirigidos lo que les parezca, acerca tal doctrina ó libro sobre que se les pregunta; apreciar segun las reglas de moral y filosofía si tal lectura ó compañía puede ser peligrosa ó nociva para su confesado, y hasta pueden con verdadera autoridad intimarle se aparte de ellas. Tiene, pues, tambien un cierto fallo sobre doctrinas y personas el confesor.

4.° El de los simples teólogos consultados por el fiel seglar. *Peritis in arte credendum,* dice la filosofía; «se ha de creer á cada cual en lo que pertenece á su profesion ó carrera.» No se entiende que goce en ella el tal de verdadera infalibilidad, pero sí que tiene una cierta especial competencia para resolver los asuntos con ellas relacionados. Ahora bien. Al teólogo graduado le da la Iglesia un cierto derecho oficial para explicar á los fieles la ciencia sagrada y sus aplicaciones. En uso de este derecho escriben de teología los autores, y califican y fallan segun su leal saber y entender. Es, pues, cierto que gozan de una cierta autoridad científica para fallar en asuntos de doctrina, y para declarar qué libros la contienen ó qué personas la profesan. Así simples teólogos censuran y califican, por mandato del Prelado, los libros que se dan á la imprenta, y garantizan con su firma su ortodoxia. No son infalibles, pero le sirven al fiel de norma primera en lo casero y usual de cada dia, y deben éstos atenerse á su fallo hasta que lo anule otro superior.

5.° El de la simple razon humana debidamente ilustrada. Sí, señor; hasta eso es *lugar teológico,* como se dice en teología; es decir, hasta eso es criterio científico en materia de religion. La fe domina á la razon; ésta debe estarle en todo subordinada. Pero es falso que la razon nada pueda por sí sola, es falso que la luz inferior encendida por Dios en el entendimiento humano no alumbre nada, aunque no alumbre tanto como la luz superior. Se le permite, pues, y

áun se le manda al fiel discurrir sobre lo que cree, y sacar de ello consecuencias, y hacer aplicaciones, y deducir paralelismos y analogías. Así puede el simple fiel desconfiar ya á primera vista de una doctrina nueva que se le presente, segun sea mayor ó menor el desacuerdo en que la vea con otra definida. Y puede, si este desacuerdo es evidente, combatirla como mala, y llamar malo al libro que la sostenga. Lo que no puede es definirla *ex cathedra;* pero tenerla para sí como perversa, y como tal señalarla á los otros para su gobierno, y dar la voz de alarma y disparar los primeros tiros, eso puede hacerlo el fiel seglar; eso lo ha hecho siempre y se lo ha aplaudido siempre la Iglesia. Lo cual no es hacerse pastor del rebaño, ni siquiera humilde zagal de él: es simplemente servirle de perro para avisar con sus ladridos. *Oportet adlatrare canes,* recordó á propósito de esto muy oportunamente un gran Obispo español, digno de los mejores siglos de nuestra historia.

¿Por ventura no lo entienden así los más celosos Prelados, cuando, en repetidas ocasiones, exhortan á sus fieles á abstenerse de los malos periódicos ó de los malos libros sin indicarles cuáles sean éstos, persuadidos como están de que les bastará su natural criterio ilustrado por la fe para distinguirlos, aplicando las doctrinas ya conocidas sobre la materia? Y el mismo *Índice* ¿contiene acaso los títulos de todos los libros prohibidos? ¿No figuran al frente de él, con el carácter de *Reglas generales del Índice,* ciertos principios á los que debe atenerse un buen católico para considerar como malos muchos impresos que el *Índice* no designa, pero que, sobre las reglas dadas, quiere que juzgue y falle por sí propio cada uno de los lectores?

Pero vengamos á una consideracion más general. ¿De qué serviria la regla de fe y costumbres, si á cada caso particular no pudiese hacer inmediata aplicacion de ella el simple fiel, sino que debiese andar de continuo consultando al Papa ó al Pastor diocesano? Así como la regla general de costumbres es la ley, y sin embargo tiene cada uno dentro de sí una conciencia *(dictamen practicum)* en virtud de la cual hace las aplicaciones concretas de dicha regla general, sin perjuicio de ser corregido, si en eso se extravia; así en

la regla general de lo que se ha de creer, que es la autoridad infalible de la Iglesia, consiente ésta, y ha de consentir, que haga cada cual con su particular criterio las aplicaciones concretas, sin perjuicio de corregirle, y obligarle á retractacion si en eso yerra. Es frustrar la superior regla de fe, es hacerla absurda é imposible exigir su concreta é inmediata aplicacion por la autoridad primera, á cada caso de cada hora y de cada minuto.

Hay aquí un cierto jansenismo feroz y satánico, como el que habia en los discípulos del malhadado Obispo de Iprés al exigir para la recepcion de los santos Sacramentos disposiciones tales, que los hacian moralmente imposibles para los hombres, á cuyo provecho están destinados. El rigorismo ordenancista que aquí se invoca es tan absurdo como el rigorismo ascético que se predicaba en Port-Royal, y seria aún de peores y más desastrosos resultados. Y sino, obsérvese un fenómeno. Los más rigoristas en eso son los más empedernidos sectarios de la escuela liberal. ¿Cómo se explica esa aparente contradiccion? Explícase muy claramente, recordando que nada convendria tanto al Liberalismo, como esa legal mordaza puesta á la boca y á la pluma de sus más resueltos adversarios. Seria á la verdad gran triunfo para él lograr que, só pretexto de que nadie puede hablar con voz autoritativa en la Iglesia, más que el Papa y los Obispos, enmudeciesen de repente los De Maistre, los Valdegamas, los Veuillot, los Villoslada, los Aparisi, los Tejado, los Orti y Lara, los Nocedal, de que siempre, por la divina misericordia, ha habido y habrá gloriosos ejemplares en la sociedad cristiana. Eso quisiera él, y que fuese la Iglesia misma quien le hiciese ese servicio de desarmar á sus más ilustres campeones.

XXXIX.

¿Y qué me decís de la horrible secta del «Laicismo,» que desde hace poco, al decir de algunas gentes, causa tan graves estragos en nuestro país?

Esta es la ocasion de hablar del *Laicismo,* de esa *espantosa secta,* como se la ha llamado, que ha tenido el singular privilegio de excitar la pública atencion en estos últimos tiempos, en que apenas ninguna otra cuestion teológica ha merecido este honor. Gran monstruo habrá debido de ser el de que aquí se trata, cuando con tan general rebato se han creido en el caso de embestir contra él hasta los menos aficionados á polémica religiosa, hasta los menos inclinados á velar por la honra de la Iglesia. El *Laicismo* ha sido una herejía singular de estos últimos tiempos, que ha tenido contra sí la saña de todos los que aborrecen á Jesucristo. ¡Habrá rareza como esta! En cambio, haberse levantado un hombre, sea seglar, sea eclesiástico, contra el *Laicismo,* ha sido al punto título de gloria y motivo de ruidoso aplauso y palmoteo en el campo francmason. Hé aquí un hecho que nadie puede desmentir, porque ha pasado á la vista de todos. ¿No podria ser este un dato suficiente para dejar completamente resuelto desde el primer momento tan pavoroso problema?

Mas ¿qué es el *Laicismo?* Sus fieros contradictores se han tomado más bien la pena de anatematizarlo desde sus respectivas cátedras, más ó menos autorizadas, que de definirlo. Nosotros, que andamos años há en tratos públicos y privados con él, ensayarémos sacarlos de este apuro y darles, para que tengan alguna base en sus invectivas, una definicion.

De *Laicismo* se han calificado tres cosas:

1.ª La pretendida exageracion de la iniciativa seglar en la calificacion de personas y de doctrinas.

2.ª La pretendida exageracion de la iniciativa seglar en la direccion y organizacion de obras católicas.

3.ª La pretendida falta de sumision de ciertos seglares á la autoridad episcopal.

Hé aquí los tres puntos del enconado proceso que contra los laicistas se ha entablado de dos ó tres años acá. Excusado es decir que esos tres puntos que damos aquí claramente deslindados por primera vez, nunca los ha deslindado en sus fogosas peroratas el ampuloso fiscal que ha llevado principalmente la voz contra nosotros. Eso de concretar cargos y precisar conceptos no debe de entrar en las leyes de su polémica, por todo extremo original. Mucho vociferar á grito herido: «¡Cisma! ¡cisma! ¡secta! ¡secta! ¡rebeldía! ¡rebeldía!» mucho ponderar los fueros y prerogativas de la autoridad episcopal, mucho probar con autoridades y cánones verdades que nadie niega sobre esta autoridad; pero nada de acercarse (ni de lejos) al verdadero punto del debate; nada de probar gravísimas acusaciones, olvidando que, acusacion que no se prueba, deja de ser acusacion y pasa á ser desvergonzada calumnia. ¡Oh, qué lujo de erudicion, qué profundidad de teología, qué sutileza de derecho canónico, qué énfasis de retórica escolar se ha malgastado en probar que eran los peores enemigos de la causa católica sus más firmes defensores; que eran los autores y fautores del *Laicismo*, precisamente los de continuo apostrofados de *Clericalismo;* que tendian á emanciparse del santo magisterio episcopal los que han sido en todos tiempos los más adictos y dóciles al cayado de sus Pastores, en lo que pertenece á su jurisdiccion!

Esta última frase (en lo que pertenece á su jurisdiccion) la tienen en lamentable y tal vez calculado olvido los fieros impugnadores del mal llamado *Laicismo*, y con tanto traer y llevar por arriba y por abajo la Encíclica *Cum multa*, diríase no han acertado aún á ver en ella ese paréntesis, que da de lo más sustancioso de ella la debida y natural explicacion. En efecto; todas las acusaciones de rebeldía dirigidas contra ciertas asociaciones y periódicos, estarian muy en su lugar siempre que se probase (como efectivamente nunca se ha probado ni se probará) que tales asociaciones y periódicos, al resistirse con varonil firmeza á formar parte de la malhadada *union*

católico-liberal que se les quiso canónicamente imponer, resistieron á su natural jefe religioso *en algo que era de su jurisdiccion*. El colosal talento de los descubridores é impugnadores del *Laicismo* podia bien ocuparse en eso, que seria tarea digna de su laboriosidad, y que por cierto habian de tardar en ver concluida. Mas ¿qué hacer? No les ha dado por ahí á los antilaicistas, ni debe haber para ellos señalado en su manualito de Lógica aquel vicio llamado *mutatio elenchi*, que es el que de continuo les hace cantar *extra chorum*, por no emplear otro modismo, si más gráfico, menos limpio y oloroso, que tiene entre los suyos el enérgico idioma catalan.

Es por de pronto un *Laicismo* singular éste que en España, y en Cataluña sobre todo, anda al frente de todas las obras católicas vulgarmente llamadas ultramontanas; que á la voz del Papa levanta romerias; que para secundar al Papa cubre adhesiones con millares de firmas; que para socorrer al Papa manda de continuo á Roma limosnas y más limosnas; que está siempre al lado de sus Prelados en cuanto éstos ordenen para combatir á la impiedad; que funda y paga y sostiene escuelas católicas contra las llamadas laicas y protestantes; que forma en una palabra, en la academia, en el templo, en la prensa, el grupo más ardientemente batallador en defensa de los derechos de la fe y de la Santa Sede. Es un *Laicismo* raro y fenomenal éste, del cual son amigos é inspiradores los sacerdotes más ejemplares, y focos las casas religiosas más observantes; que ha recibido en pocos años él solo más bendiciones expresas de Su Santidad que cualquier otro grupo en medio siglo de fecha; que lleva sobre sí el certificado más auténtico de ser cosa de Cristo en la animadversion y rabia con que le miran y tratan todos los enemigos más declarados del nombre cristiano. ¿No es verdad que es este un *Laicismo* que en todo se parece al más puro Catolicismo?

Resúmen: que no hay tal *Laicismo* ni cosa que lo parezca. Hay, sí, un puñado de católicos seglares que valen por un ejército, y que incomodan de veras á la secta católico-liberal, que tiene por eso muy legitima y justificada razon para odiarlos.

Y hay además:

1.° Que el católico seglar ha podido siempre, y puede y debe con más justo motivo hoy dia, dadas las presentes circunstancias, tomar parte muy activa en la controversia religiosa, exponiendo doctrinas, calificando libros y personas, desenmascarando fachas de sospechosa catadura, tirando derecho á los blancos que de antemano le señala la Iglesia. Entre los cuales el blanco preferente debe ser en nuestros dias el error contemporáneo del Liberalismo, y su hijuela y cómplice y encubridor el *catolicismo liberal*, contra los cuales cien veces ha dicho el Papa que era muy recomendable guerreasen sin cesar todos los buenos católicos, áun los seglares.

2.° Que el fiel seglar ha podido en todos tiempos, y puede hoy emprender, organizar, dirigir y llevar á cabo toda suerte de obras católicas, con sujecion á los trámites que para eso prescribe el Derecho canónico, y sin otra limitacion que ta que éste señala. De lo cual nos dan ejemplo grandes Santos que, siendo simples seglares, han creado en la Iglesia de Dios magníficas instituciones de todo género, y hasta verdaderas Ordenes religiosas, como fué san Francisco de Asis, que, ¡pásmense los antilaicistas! nunca llegó á ser sacerdote, ni era subdiácono, sino un pobre seglar, cuando puso los cimientos de la suya. Con mucha mayor razon se puede, pues, fundar un periódico, una academia, un círculo ó un casino propagandista, sin más que atenerse á las reglas generales que para eso establece, nó el criterio de un hombre, sea el que fuere, sino la sabia legislacion canónica, de quien son súbditos todos y á quien deben ser todos obedientes, desde el Príncipe más alto de la Iglesia hasta el más oscuro seglar.

3.° Que tratándose de cuestiones libres no hay rebeldía ni desobediencia en que quiera resolverlas cada periódico ó asociacion ó individuo segun su criterio particular. Siendo muy de notar, aunque nada extraño, que en eso tengamos los católicos que dar lecciones á los liberales de cuáles sean los fueros de la verdadera libertad cristiana, y de cuán distinta es la noble sumision de la fe, del bajo y rastrero servilismo. Las opiniones *libres* ni el confesor puede imponerlas á su confesado, aunque las crea más provechosas ó seguras, ni el Párroco á su feligrés, ni el Prelado á sus diocesanos, y seria muy conveniente que sobre eso diesen nuestros ilus-

trados contradictores un repaso al Bouix, ó por lo menos al P. Larraga. Por lo mismo no hay crímen, ni hay pecado, ni hay siquiera falta venial (y mucho menos herejía, cisma ó cualquiera otra majaderia) en ciertas resistencias. Son resistencias que la Iglesia autoriza y que por tanto nadie puede condenar. Eso sin prejuzgar si tales resistencias son algunas veces no sólo licitas, sí que recomendables; y no sólo recomendables, sí que obligatorias en conciencia. Como seria, si de buena ó mala fe, con rectas ó no rectas intenciones, se pretendiese llevar á un súbdito á que suscribiese fórmulas, ó adoptase actitudes, ó aceptase connivencias abiertamente favorables al error, y deseadas y urdidas y aplaudidas por los enemigos de Jesucristo. En tal caso el deber del buen católico es la resistencia á todo trance, y antes morir que condescender.

Hé aquí lo que hay sobre la tan debatida cuestion del *Laicismo,* que mirada á buena luz y con mediano conocimiento de la materia, ni siquiera llega á ser cuestion. De ser cierta la teología que sobre eso han sentado los padres graves del catolicismo liberal, poco le quedaria que hacer al diablo para ser dueño del campo, porque en rigor, todo se lo daríamos ya hecho con nuestras propias manos. Para hacer imposible en la práctica todo movimiento católico seglar, no hay mejor recurso que exigirle tales condiciones por las que resulte moralmente impracticable. En una palabra, lo hemos dicho ya: Jansenismo puro es éste, al que por fortuna le ha caído ya el disfraz.

XL.

Si es más conveniente defender en abstracto las doctrinas católicas contra el Liberalismo, ó defenderlas por medio de una agrupacion ó partido que las personifique.

¿Es más conveniente defender en abstracto las doctrinas católicas contra el Liberalismo, ó defenderlas formando un partido que las personifique?

Esta cuestion se ha propuesto mil veces, aunque nunca seguramente con la franqueza con que nos atrevemos nosotros á proponerla aquí. De la confusion de ideas que hay sobre esto, áun entre muchos que son indudablemente verdaderos católicos, han nacido tantas proyectadas y siempre fracasadas fórmulas de *union*, fuera ó con abstraccion de la cuestion política, fórmulas en algunos, sin duda bien intencionadas, aunque en otros hayan sido máscara de astutas y pérfidas maniobras.

Volvemos, pues, á preguntar con toda sinceridad y llaneza: ¿Conviene más defender las ideas antiliberales *en abstracto*, ó defenderlas *en concreto*, ó sea personificadas en un partido franca y resueltamente antiliberal?

Una buena parte de nuestros hermanos, los que pretenden (aunque no lo consiguen) aparecer neutrales en política, dicen que sí conviene. Nosotros sostenemos decididamente que nó. Es decir, creemos que es mejor, y que es lo único práctico y viable y eficaz, atacar al Liberalismo y defender y oponerle las ideas antiliberales, no en abstracto, sino en concreto, esto es, no solamente por medio de la palabra hablada ó escrita, sino por medio de un partido de accion, perfectamente antiliberal.

Vamos á probarlo.

¿De qué se trata aquí? Trátase de defender ideas prácticas y de práctica aplicacion á la vida pública y social, y á las relaciones entre los modernos Estados y la Iglesia de Dios. Ahora bien, tratándose de buscar, ante todo, resultados inmediatamente prácticos, son los más conducentes á este fin los procedimientos más prácticos. Y lo más práctico aquí es, no la defensa simplemente abstracta y teórica de las doctrinas, sino ayudar y favorecer á los que en el terreno práctico procuran plantearlas, y combatir, desautorizar y aniquilar, si se pudiese, á los que en el mismo terreno práctico se oponen á su realizacion.

Cansados estamos de idealismos místicos y poéticos, que á nada conducen más que á una vaga admiracion de la verdad, si á tanto llegan. A la Iglesia, como á Dios, se le ha de servir *spiritu et veritate,* «en espíritu y en verdad;» *cogitatione, verbo et opere,* «con pensamiento, palabra y obra.» El problema actual, en que anda revuelto el mundo, es *brutalmente* práctico en toda la propiedad del adverbio subrayado. Más que con razones, pues, se ha de resolver con obras, que obras son amores y nó buenas razones, dice el refran. No es principalmente la cháchara liberal lo que ha trastornado al mundo, sino el trabajo eficaz y práctico de los sectarios del Liberalismo. Con la mano más que con la lengua se ha destronado á Dios y al Evangelio de su social soberanía de diez y ocho siglos; con la mano más que con la lengua se los ha de volver á colocar en su trono. Las ideas, hemos dicho ya más arriba, no se sostienen en el aire, ni hacen camino por sí solas, ni por sí solas poducen en el mundo general conflagracion. Son pólvora que no se inflama si no hay quien, aplicando la mecha, la ponga en combustion. Las herejías puramente teóricas y doctrinales han dado poco que hacer á la Iglesia de Dios: más le ha servido al error el brazo que blande la espada, que la pluma que escribe falsos silogismos. Nada hubiera sido el Arrianismo sin el apoyo de los emperadores arrianos; nada el Protestantismo sin el favor de los príncipes alemanes deseosos de sacudir el yugo de Carlos V; nada el Anglicanismo sin el de los lores ingleses cebados por Enrique VIII con los bienes de los Cabildos y monasterios. Urge, pues, oponer á la pluma, la pluma; á la lengua, la lengua;

pero principalmente al trabajo, el trabajo; á la accion, la accion; al partido, el partido; á la política, la política; á la espada (en ocasiones dadas), la espada.

Así se han hecho siempre las cosas en el mundo, y así se harán hasta la fin de él. Prodigios no los suele obrar Dios para la defensa de la fe, más que en los principios de ella. Arraigada ésta en un pueblo, quiere que sea defendida humanamente y al modo humano la que en el mundo y al modo humano ha descendido á vivir.

Lo que se llama, pues, un partido católico, sea cualquiera el otro apellido que se le dé, es hoy dia una necesidad. Tanto significa como haz de fuerzas católicas, núcleo de buenos católicos, union de trabajos católicos, para obrar en el terreno humano en favor de la Iglesia, allí donde la Iglesia jerárquica no puede muchas veces descender. Que se procure una política católica, una legalidad católica, un gobierno católico, por medios dignos y católicos, ¿quién lo puede reprobar? ¿No bendijo la Iglesia en la Edad media la espada de los cruzados, y en la moderna la bayoneta de los zuavos pontificios? ¿No les dió su pendon? ¿No fué ella la que les prendió al pecho la divisa? Si san Bernardo no se contentó con escribir sobre eso patéticas homilías, sino que reclutó soldados y los lanzó á las costas de Palestina, ¿qué inconveniente hay en que un partido católico se lance hoy dia á la cruzada que permitan las circunstancias, la de los periódicos, la de los círculos, la de los votos, la de la pública manifestacion, mientras aguarda la hora histórica en que disponga Dios enviar á favor de su pueblo cautivo la espada de un nuevo Constantino ó de un segundo Carlomagno?

Extraño será no le parezcan blasfemias estas verdades á la secta liberal. Pues, por lo mismo nos han de parecer á nosotros las máximas más sólidas y las más oportunas hoy dia.

XLI.

Si es exageracion no reconocer como partido perfectamente católico más que á un partido que sea radicalmente antiliberal.

Nos convence lo que acabais de decir (exclamará alguno de los nuestros, de los nuestros, sí, pero aprensivo y miedoso en demasía por todo lo que suene á política y á partido); mas ¿cuál ha de ser este partido á que se afilie el buen católico para defender, como decís, concreta y prácticamente su fe contra la opresion del Liberalismo? El espíritu de partido puede aquí alucinaros y hacer que, áun á pesar vuestro, os inflame más el deseo de favorecer por medio de la Religion una determinada causa política, que no el de favorecer por medio de la política á la Religion.»

Parécenos, amigo lector, que estampamos aquí la dificultad en toda su fuerza y tal como se la oye proponer por multitud de personas. Afortunadamente nos costará poquísimo desvanecerla, por más que en ella se encuentren como atascados y atarugados muchos de nuestros hermanos.

Afirmamos, pues, sin temor de que nadie pueda lógicamente contradecirnos, que, para combatir al Liberalismo, lo más procedente y lógico es trabajar en mancomunidad de miras y esfuerzos con el partido más radicalmente antiliberal.

—¡Hombre! ¡Eso es verdad de Pero Grullo!

—Pero es verdad. Y ¿quién tiene la culpa si á ciertas gentes hay que presentarles las más sólidas verdades de la filosofía en forma de vulgares perogrulladas? Nó, no es espíritu de partido, sino espíritu de verdad, afirmar que no puede eficazmente oponerse al Liberalismo más que un partido verdaderamente católico, y afirmar en seguida que no es partido radicalmente católico más que un partido radicalmente antiliberal.

Esto escuece naturalmente á ciertos paladares estragados por salsas mestizas, pero es incontestable. El Catolicismo y el Liberalismo son sistemas de doctrinas y de procedimientos esencialmente opuestos, como creemos haber demostrado en estos nuestros artículos; forzoso se hace, pues, reconocer, aunque cueste y amargue, que no se es íntegramente católico sino en cuanto se es íntegramente antiliberal. Estas ideas dan una ecuacion rigurosamente matemática. Los hombres y los partidos (salvo en ellos error de buena fe) en tanto son católicos en sus doctrinas, en cuanto no profesan idea alguna anticatólica, y es clarísimo que profesarán doctrina anticatólica siempre y cuando conscientemente profesen en todo ó en parte alguna doctrina liberal. Decir, pues, tal partido liberal ó tal persona conscientemente liberal no son católicos, es fórmula tan exacta como decir: Tal cosa blanca no es negra, ó tal otra colorada no es azul. Es simplemente enunciar de un sujeto lo que lógicamente resulta de aplicarle el principio de contradiccion: *Nequit idem simul esse et non esse:* «No puede algo ser y juntamente dejar de ser.» Venga, pues, acá el más pintado liberal y díganos si hay en el mundo teorema de matemáticas que concluya mejor que éste: No hay más partido perfectamente católico que un partido que sea radicalmente antiliberal.

No es, pues, partido católico, repetimos, ni aceptable en buena tesis para católicos, más que el que profese y sostenga y practique ideas resueltamente antiliberales. Cualquier otro, por respetable que sea, por conservador que se presente, por órden material que proporcione al país, por beneficios y ventajas que *accidentalmente* ofrezca á la misma Religion, no es partido católico desde el momento en que se presenta basado en principios liberales, ú organizado con espíritu liberal, ó dirigido á fines liberales. Y decimos así, refiriéndonos á lo que más arriba hemos indicado, esto es, que hay liberales que del Liberalismo aceptan los principios tan sólo, sin querer las aplicaciones; al paso que hay otros que aceptan las aplicaciones sin querer admitir (por lo menos descaradamente) los principios. Repetimos, pues, que un partido liberal no es católico, ya sea liberal en cuanto á sus principios, ya lo sea en cuanto á sus aplicaciones, como lo blanco no es negro,

como lo cuadrado no es circular, como el valle no es montaña, como la oscuridad no es luz.

El periodismo revolucionario, que ha traído al mundo para confusion de él una filosofía y una literatura suyas especiales, ha inventado tambien un modo de discurrir especialmente suyo. Que es, nó discurrir como antiguamente se solia, sacando de principios consecuencias, sino discurrir como se usa en las plazuelas y en los corros de comadres, moverse por impresion, vociferar á diestro y á siniestro pomposas palabrotadas *(sesquipedalia verba)*, y aturdir y marear al entendimiento propio y al ajeno con desatado turbion de prosa volcánica, en vez de alumbrarle y dirigirle con la clara y serena lumbre de bien seguida argumentacion. Es seguro, por lo mismo, que se escandalizará de que neguemos el dictado de católicos á tantos partidos representados en la vida pública por hombres que, vela en mano, concurren á nuestras procesiones; y representados en la prensa por tantos órganos que cantan endechas allá por Semana Santa al Mártir del Gólgota (estilo progresista puro) ó villancicos en Noche-Buena al Niño de Belen, y que se creen con esto solo tan representantes de una política católica, como pudieran el gran Cisneros ó nuestra ínclita primera Isabel. Y sin embargo... escandalícense ó no, les dirémos que tan católicos son ellos, como fueron éstos luteranos ó francmasones. Cada cosa es lo que es, y nada más. Todas las apariencias buenas no harán sea bueno lo que en su esencial naturaleza es malo. Y hable en católico y hágalo todo en apariencia como católico el liberal, liberal será y no católico. Todo lo más será liberal vergonzante, que de los católicos anda remedando idioma, traje, formas y buen parecer.

XLII.

Dase de paso una explicacion muy clara y sencilla de un lema, por muchos mal comprendido, de la «Revista popular.»

Cómo dejais, pues, dirá alguno, tan mal parado el lema para muchos dogmático, y que tanto ha resonado por ahí: «Nada, ni un pensamiento, para la política.—Todo, hasta el último aliento, para la Religion?»

El tal lema, amigos mios, queda muy en su lugar y caracteriza perfectamente, sin menoscabo de las doctrinas hasta aquí expuestas, á la publicacion de Propaganda popular que lo escribe cada semana al frente de sus columnas.

Su explicacion es obvia, y nace del mismo carácter de la Propaganda popular, y del sentido meramente popular que en ella tienen determinadas expresiones.

Vamos á verlo rápidamente.

Política y Religion, en su sentido más elevado y metafísico, no son ideas opuestas ni áun separadas; al revés, la primera se contiene en la segunda, como la parte se contiene en el todo, ó como la rama se contiene en el árbol, para valernos de más vulgar comparacion. La política, ó sea el arte de gobernar á los pueblos, no es más, en su parte moral (única de que aquí se trata), que la aplicacion de los grandes principios de la Religion al ordenamiento de la sociedad por los debidos medios á su debido fin.

En este concepto es Religion ó parte de ella la política, como lo es el arte de regir un monasterio ó la ley que preside á la vida conyugal, ó el deber mutuo de los padres y de los hijos, y por lo mismo sería absurdo decir: «Nada quiero con la política, porque todo lo quiero para la Religion,» ya que precisamente la política es una parte muy

importante de la Religion, porque es ó debe ser sencillamente una aplicacion en grande escala de los principios y de las reglas que dicta para las cosas humanas la Religion, que en su inmensa esfera las abarca todas.

Mas el pueblo no es metafísico; ni en los escritos de Propaganda popular se da á las palabras la acepcion rígida que se les da en las escuelas.

Hablando en metafísico, no seria entendido el propagandista en los círculos y corrillos donde busca su público especial. Tiene, pues, necesidad de dar á ciertas palabras el sentido que les da el pueblo llano, con quien se ha de entender.

¿Y qué entiende el pueblo por política? Entiende el pueblo por política el Rey tal ó cual ó el Presidente de la república, cuyo busto ve en las monedas y en el papel sellado; el Ministerio de tal ó cual matiz que cayó ó que acaba de subir; los diputados que andan á la greña formando la mayoría ó la minoría; el gobernador civil y el alcalde que le mangonean el tinglado de las elecciones; las contribuciones que hay que pagar; los soldados y empleados que hay que mantener, etc. Eso para el pueblo es la política, y toda la política, y no hay para él esfera más alta y trascendental.

Decir, pues, al pueblo: «No vamos á hablarte de política,» es decirle que por el periódico que se le ofrece no sabrá si hay república ó monarquía; si trae el cetro y la corona más ó menos democratizados este ó aquel príncipe de vulgar estirpe ó de dinastía Real; si le manda ó le cobra ó le paga fulano ó zutano en nombre del Ministerio avanzado ó del conservador; si le han nombrado á Pérez alcalde en lugar de Fernández, ó si le han hecho estanquero al vecino de enfrente en vez del de la esquina. Y con esto sabe el pueblo que el tal periódico no le hablará de política (que para él no hay otra que ésta), y sí solamente de Religion.

Dijo, pues, bien, y sigue diciendo bien á nuestro humilde juicio, la publicacion que estampó por primera vez y sigue estampando como programa suyo aquella divisa: *Nada, ni un pensamiento,* etc. Y lo entendieron así todos los que comprendieron el espíritu de la publicacion desde el primer momento; y no necesitaron para entenderlo de argucias y cavi-

losidades. Y la misma publicacion se encargó de declararlo, si mal no recordamos, en su primer artículo, donde después de ratificarse en este lema para exponerlo en igual sentido en que le hemos expuesto hoy, decia: «Nada con las *pasajeras* divisiones que turban hoy á los hijos de nuestra patria. Mande Rey ó mande Roque; entronícese, si quiere, la república unitaria ó la federal, en lo que no moleste á nuestros derechos católicos ó no mortifique nuestras creencias, se lo prometemos á fuer de honrados, no le harémos la oposicion. Lo inmutable (nótese bien), lo eterno, lo superior á *las miserables intriguillas de partido*, eso defendemos y á eso tenemos consagrada toda nuestra existencia.» Y luego, para más clarearse y para dejar bien definido hasta para los más tontos el verdadero sentido de su frase *nada para la política*, continuaba así: «Líbrenos Dios, sin embargo, de intentar la más leve censura contra los periódicos sanos, que defendiendo la misma sagrada causa que nosotros, aspiran á la realizacion de un ideal político tal vez más favorable á la suerte del atribulado Catolicismo en nuestra patria y en Europa. Sabe Dios cuánto les amamos, y cuánto les admiramos, y cuánto les aplaudimos. Merecen bien de la Religion y de las sanas costumbres; son los maestros de nuestra inexperta juventud; á su sombra benéfica se ha formado una generacion católica decidida y brillantemente batalladora, que está compensando nuestras aflicciones con abundantes consuelos. *Son nuestros modelos, y aunque de muy lejos, seguirémos su huella bendita y el rastro de luz que van dejando en nuestra historia contemporánea.*»

Así escribia la *Revista popular* en 1.° de Enero del año 1871.

Tranquilícense, pues, los escrupulosos. Ni lo nuestro de hoy contradice á aquello, ni aquello debe modificarse en modo alguno para ponerse en armonía con esto. Al unísono vibran ambas Propagandas. La que dice allí *nada para la política*, y la que aconseja aquí la defensa práctica de la Religion contra el Liberalismo en el terreno político y por medio de un partido político, no son más que dos voces hermanas; tan hermanas, que podrian llamarse gemelas; tan gemelas, como nacidas de una sola alma y de un solo corazon.

XLIII.

Una observacion muy práctica y muy digna de tenerse en cuenta sobre el carácter aparentemente distinto que ofrece el Liberalismo en distintos países y en diferentes períodos históricos de un mismo país.

El Liberalismo es, como hemos dicho, herejía práctica tanto como herejía doctrinal, y aquel principal carácter suyo explica muchísimos de los fenómenos que ofrece este maldito error, en su actual desarrollo en la sociedad moderna. De los cuales el primero es la aparente variedad con que se presenta en cada una de las naciones infestadas de él, lo que (á muchos de buena fe y á otros con dañado intento) autoriza al parecer para esparcir la falsa idea de que no hay uno solo, sino muchos Liberalismos. Toma en efecto el Liberalismo, merced á aquel su carácter práctico, una cierta forma distinta en cada region, y con ser uno su concepto intrínseco y esencial (que es la emancipacion social de la ley cristiana, ó sea el naturalismo político), son variadísimos los aspectos con que se ofrece al estudio del observador. Compréndese la razon de esto perfectamente. Una proposicion herética es la misma y lo mismo suena y lo mismo significa en Madrid que en Londres, en Roma que en París ó en San Petersburgo. Mas, una doctrina que más bien ha procurado siempre traducirse en hechos y en instituciones que en tesis francamente formuladas, por fuerza ha de tomar mucho del clima regional, del temperamento fisiológico, de los antecedentes históricos, de los intereses de actualidad, del estado de las ideas y de otras mil concomitancias y circunstancias. Por fuerza ha de tomar, repetimos, de todo eso, distintos visos y exteriores caracteres que la hagan apa-

recer múltiple, cuando en realidad es una y simplicísima. Así, por ejemplo, á quien no hubiese estudiado más que al Liberalismo francés, petulante, descarado, ebrio de volterianos rencores contra todo lo que de lejos tuviese sabor cristiano, habia de hacérsele difícil á principios de este siglo comprender al Liberalismo español, mojigato, semimístico, arrullado y casi bautizado en su malhadada cuna de Cádiz con la invocacion de la santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Era muy fácil, pues, al observador superficial ocurrirle al momento la idea de que el Liberalismo manso español nada tenia que ver con el desatentado y francamente satánico que profesaban por aquella misma época nuestros vecinos. Y sin embargo, ojos perspicaces veían ya entonces lo que ahora ha enseñado hasta á los más topos la experiencia de medio siglo. Que el Liberalismo de cirio en mano y cruz en rostro, el Liberalismo que en la primera época constitucional tuvo por padres y por padrinos á sesudos magistrados, á graves sacerdotes y áun á elevadas dignidades eclesiásticas; el Liberalismo que mandaba leer los artículos de su Constitucion en el púlpito de nuestras parroquias, y celebraba con repiques de campanas y solemnes *Te Deum* las infernales victorias del masonismo sobre la fé de la antigua España, era igualmente perverso y satánico, en su concepto esencial, que el que colocaba sobre los altares de París á la diosa Razon, y ordenaba por decreto oficial la abolicion del culto católico en toda la Francia. Era sencillamente que el Liberalismo se presentaba en Francia, como descaradamente podia presentarse allí, dado el estado social de la nacion francesa; al propio tiempo que se introducia mañosamente y prosperaba en España, como únicamente aquí podia crecer y prosperar, dado nuestro estado social, es decir, disfrazado con máscara de católico, y disculpado, ó mejor protegido, y casi traido de la mano y casi autorizado con sello oficial por muchos de los mismos católicos.

Este contraste no puede ya presentarse tan extremado hoy dia, tales y tan continuos han sido los desengaños á cuya clarísima luz se ha estudiado la cuestion, y tal es la que principalmente han derramado sobre ella las repetidas declaraciones de la Iglesia; sin embargo, no es raro oir á mu-

chos algo todavía de eso, creyendo ó aparentando creer que se puede ser liberal en alguna manera acá, y que no se puede ser liberal, por ejemplo, en Francia ó en Italia, donde el problema se presenta planteado en distintos términos. Achaque propio de quienes miran más á los accidentes del asunto que á su verdadero fondo sustancial.

Todo esto convenia deslindar, y así hemos procurado hacerlo en estos artículos, porque el diablo se parapeta y abroquela tras esos distingos y confusiones, que es un primor. Esto, además, nos obliga á señalar aquí algunos puntos de vista, desde los cuales se verá muy claro lo que en ocasiones se ofrece muy turbio y dudoso á no pocos sobre el particular.

1.° El Liberalismo es uno, como es una la raza humana: á pesar de lo cual se diversifica en las diferentes naciones y climas, como la raza humana ofrece tipos diversificados en cada region geográfica. Y así como de Adan proceden el negro y el blanco y el amarillo, y de una misma estirpe y raiz son el fogoso francés, y el flemático aleman, y el positivista inglés, y el español y el italiano soñadores é idealistas; así son de un mismo tronco y de igual madera el liberal que en unos puntos ruge y blasfema como un demonio, y el que reza en otros y se golpea el pecho como un anacoreta; el que escribe en *El Amigo del pueblo* las diatribas venenosas de Marat, como el que con formas urbanas y de salon seculariza la sociedad, ó defiende y abona á sus secularizadores como *La Época* ó *El Imparcial*.

2.° El Liberalismo, además de la forma especial que presenta en cada nacion, dada la idiosincracia (esta palabra vale un Perú) de la misma, presenta formas especiales segun su grado mayor ó menor de desarrollo en cada país. Es una como tisis maligna que tiene diferentes períodos, que se señala en cada uno de ellos con síntomas propios y especiales. Tal nacion, como Francia, se halla en el último grado de esta tisis, roidas ya hasta sus más interiores vísceras por la putrefaccion: tal otra, como España, tiene sana aún una buena parte, una grandísima parte de su organismo. Conviene, pues, no juzgar enteramente sano á un individuo sólo porque esté relativamente menos enfermo que su ve-

cino; ni dejar de llamar peste é infeccion á lo que realmente lo es, aunque no aparezca todavía con los asquerosos hedores de la descomposicion y de la gangrena. Tisis es ésta como aquélla, y gangrena será ésta al fin como aquélla llegó á ser, si no se extirpa con oportunos cauterios. Ni se haga la ilusion el pobre tísico de que está bueno, sólo porque no se anda ya pudriendo en vida como otros más adelantados en su enfermedad, ni crea á falsos doctores que le dicen no es de temer su mal, y que todo son exageraciones y alarmas de pesimistas intransigentes.

3.° Diferente grado de enfermedad exige diferente tratamiento y medicacion. Esto es evidente *per se*, y no necesita nos entretengamos en demostrarlo. Sin embargo, en la Propaganda católica dà lugar su olvido á frecuentes tropiezos. Sucede muy á menudo que reglas muy sábias y muy discretas, señaladas por grandes escritores católicos en algun país contra el Liberalismo, se invocan en otro como poderosos argumentos en favor del propio Liberalismo, y contra la conducta que señalan en el último los más autorizados propagandistas y defensores de la buena causa. Hace poco vimos aducida, como condenatoria de la línea de conducta de los más firmes católicos españoles, una cita del famoso cardenal Manning, lustre de la Iglesia católica en Inglaterra y que en nada sueña menos que en ser liberal ó amigo de liberales ingleses ó españoles. ¿Qué hay aquí? Hay sencillamente lo que acabamos de señalar: *Distingue tempora*, dice un apotegma jurídico, *et concordabis jura*. En vez de esto dígase: *Distingue loca*, y aplíquese al caso. Vamos á un ejemplo: La prescripcion facultativa dictada para un enfermo de tisis en tercer grado, perjudicará tal vez si se aplica á un enfermo de tisis en el primero; y la receta ordenada para éste producirá tal vez la muerte instantánea de aquél. Así remedios muy oportunamente prescritos contra el Liberalismo en una nacion, serán contraproducentes aplicados al estado de otra. Más claro y sin alegorías: soluciones que en Inglaterra aceptarán y pedirán y bendecirán aquellos católicos como inmensa ventaja, deben ser combatidas á todo trance en España como desastrosa calamidad; convenciones que ha hecho la Sede Apostólica con ciertos Gobiernos, y que han sido

para ella verdaderas victorias, pueden ser aquí vergonzosas derrotas para la fe; palabras, de consiguiente, con que en un punto ha combatido muy bien al Liberalismo un gran periodista ó un sabio Prelado, pueden ser en otro armas espantosas con que el Liberalismo contrareste los esfuerzos de los más decididos campeones del Catolicismo. Y ahora nos ocurre una observacion que tenemos todos aquí al ojo. Los más decididos fautores del catolicismo liberal en nuestra patria, ¿no habeis visto como casi siempre, hasta hace muy poco, han ido recogiendo principalmente sus testimonios y autoridades de la prensa y del Episcopado belga ó francés?

4.° Los antecedentes históricos y el estado social presente de cada nacion son los que principalmente deben determinar el carácter de la propaganda antiliberal en ella, como determinan en ella el carácter especial del Liberalismo. Así la Propaganda antiliberal en España debe ser ante todo y sobre todo española, nó francesa, ni belga, ni alemana, ni italiana, ni inglesa. En nuestras tradiciones propias, en nuestros hábitos propios, en nuestros escritores propios, en nuestro genio nacional propio, ha de buscarse el punto de partida para la restauracion propia, y las armas para emprenderla ó acelerarla. El buen médico lo primero que procura es poner sus remedios en armonía con el temperamento hereditario de su enfermo. Aquí, belicosos que hemos sido siempre, es muy natural que sea algo belicosa siempre nuestra actitud: aquí, amamantados en los recuerdos de una lucha popular de siete siglos en defensa de la fe, no debe echársele jamás en rostro al pueblo católico el enorme pecado de haberse levantado en armas alguna vez para defender su Religion vilipendiada; aquí en España *(país de eterna cruzada,* como ha dicho con acento de noble envidia el ilustre P. Faber), la espada del que defiende en buena lid á su Dios y la pluma del que le predica con el libro, han sido siempre hermanas, nunca enemigas; aquí, desde san Hermenegildo hasta la guerra de la Independencia y más acá, la defensa armada de la fe católica es un hecho poco menos que canonizado. Y lo mismo decimos del estilo algo recio empleado en las polémicas; lo mismo de la poca consi-

deracion otorgada al adversario; lo mismo de la santa intransigencia, que no admite del error ni siquiera las afinidades más remotas. Al modo español; como nuestros padres y abuelos; como nuestros Santos y Mártires; de esta suerte deseamos siga defendiendo el pueblo la santa Religion, nó como tal vez aconseja ó exige el estado menos viril de otras nacionalidades.

XLIV.

Y ¿qué hay sobre la «tesis» y sobre la «hipótesis» en la cuestion del Liberalismo, de que tanto se ha hablado tambien en nuestros últimos tiempos?

Fuera este el lugar más oportuno para aclarar algo lo de la *tesis* y de la *hipótesis*, que tanto ha sonado en estos tiempos, y que es una cierta barbacana ó trinchera en que ha querido parapetarse últimamente el moribundo Catolicismo liberal. Mas este opúsculo va haciéndose ya largo en demasía, y así nos vemos precisados á decir sobre esto pocas, muy pocas palabras.

¿Qué es la *tesis?* Es el deber sencillo y absoluto en que está toda sociedad ó Estado de vivir conforme á la ley de Dios segun la revelacion de su Hijo Jesucristo, confiada al ministerio de su Iglesia.

¿Qué es la *hipótesis?* Es el caso hipotético de una nacion ó Estado donde, por razones de imposibilidad moral ó material, no puede plantearse francamente la *tesis* ó el reinado exclusivo de Dios, siendo preciso que entonces se contenten los católicos con lo que aquella situacion hipotética pueda dar de sí: teniéndose por muy dichosos si logran siquiera evitar la persecucion material ó vivir en igualdad de condiciones con los enemigos de su fe, ú obtener sobre ellos la más insignificante suma de privilegios civiles.

La *tesis* se refiere, pues, al carácter absoluto de la verdad:

la *hipótesis* se refiere á las condiciones más ó menos duras á que la verdad ha de sujetarse algunas veces en la práctica, dadas las condiciones *hipotéticas* de cada nacion.

Nuestra cuestion ahora es la siguiente: ¿Está España en tales condiciones hipotéticas que hagan aceptables *como mal necesario* la dura opresion en que vive entre nosotros la verdad católica, y el abominable derecho de ciudadanía que se concede al error? La tantas veces intentada secularizacion del matrimonio y de los cementerios; la horrible licencia de corrupcion y de blasfemia concedida á la prensa; el racionalismo científico impuesto á la juventud por medio de la enseñanza oficial; estas y otras libertades de perdicion que constituyen el cuerpo y alma del Liberalismo, ¿vienen de tal modo exigidas por nuestro estado social, que le sea imposible ya de todo punto al gobernante prescindir de ellas? ¿El Liberalismo es aquí un mal menor que tengamos que aguantar los católicos como remedio para precaver mayores males; ó es, al revés, un gravísimo mal que no nos ha librado de ninguno y que amenaza, en cambio, con traernos muy más pavoroso y desdichadísimo porvenir?

Recórranse una á una todas las reformas (de Religion hablamos) que de sesenta años acá han ido transformando la organizacion católica de nuestra patria en organizacion atea; ¿cuál de estas reformas ha sido imperiosamente demandada por una verdadera necesidad social? ¿Cuál de ellas no ha sido introducida violentamente como una cuña en el corazon católico de nuestro pueblo, para que en él fuése penetrando poco á poco, á fuerza de martillar sobre ella con decretos y más decretos la maza feroz del Liberalismo? Creacion oficial han sido aquí todas las llamadas exigencias de la época; oficialmente se ha implantado aquí la Revolucion; oficialmente y con el presupuesto se la ha mantenido; acampada como un ejército invasor vive sobre nuestro suelo, y á costa de él su burocracia, que es la única que explota sus beneficios. Aquí menos que en otra nacion alguna ha brotado espontáneamente el árbol revolucionario, aquí menos que en otro pueblo alguno ha logrado siquiera echar raíces. Después de más de medio siglo de imposiciones oficiales, todavía es aquí postizo todo lo liberal; un pronunciamiento lo trajo,

otro pronunciamiento lo podria barrer, sin que en nada se alterase el fondo de nuestra nacionalidad.

No hay evolucion alguna del Liberalismo que no la haya verificado, más que el pueblo, una insurreccion militar; las mismas elecciones que se pregonan como el acto más sagrado é inviolable de los pueblos *libres*, no es un secreto para nadie que nos las da siempre hechas á su imágen y semejanza el ministro de la Gobernacion. ¿Qué más? El mismo criterio liberal por excelencia, el de las mayorías, si lealmente se escuchase su fallo, resolveria la cuestion en favor de la organizacion católica del pais y en contra de su organizacion liberal ó racionalista. En efecto. La última estadística de la poblacion da el siguiente cuadro de las sectas heterodoxas en nuestra patria.

Repárese que los datos no son sospechosos, porque son de orígen oficial. Hay en España, segun el último censo:

Israelitas.	402
Protestantes de varias sectas. . .	6,654
Librepensadores declarados. . . .	452
Indiferentes.	358
Espiritistas.	258
Racionalistas.	236
Deístas.	147
Ateos.	104
Sectarios de la moral universal. . .	19
Id. de la moral natural. . .	16
Id. de la conciencia. . . .	3
Id. de la especulativa. . . .	1
Positivistas.	9
Materialistas.	3
Mahometanos.	271
Budhistas.	208
Paganos (!)..	16
Creyentes de Confucio.	4
Sin profesion determinada. . . .	7,982

Dígasenos ahora; para contentar á esos grupos y grupitos de sectarios, á alguno de los cuales costaria gran trabajo definir y precisar el símbolo de su estrafalaria secta, ¿está puesto en razon que se sacrifique el modo de ser religioso y social de diez y ocho millones de españoles, que por ser católicos tienen derecho á vivir católicamente y á que católicamente les trate el Estado, al que sirven con su sangre y con su dinero? ¿No hay aquí la más irritante opresion de la mayoría por una minoría audaz y de todo punto indigna de influir tan decisivamente en los destinos de la patria? ¿Qué razones de hipótesis se pueden, pues, invocar aquí para la implantacion del Liberalismo, ó sea del ateísmo legal en nuestra sociedad?

Resumamos.

La *tesis* católica es el derecho que tienen Dios y el Evangelio á reinar exclusivamente en la esfera social, y el deber que tienen todos los órdenes de la esfera social de estar sujetos á Dios y al Evangelio.

La *tesis* revolucionaria es el falso derecho que pretende tener la sociedad á vivir por sí sola y sin sujecion alguna á Dios, á su fe, y en completa emancipacion de todo poder que no proceda de ella misma.

Y la *hipótesis*, que entre estas dos tesis nos vienen predicando los católico-liberales, no es más que una mutilacion de aquellos absolutos derechos de Dios en aras de una falsa concordia entre Él y su enemigo. Para lo cual ¡repárese cuán artera es la Revolucion! se procura de todos modos dar á entender y persuadirse que se halla ya la nacion española en condiciones tales, que no le permiten buscar para sus desgarros otro género de remiendo y compostura que esa especie de conciliacion ó transaccion entre los pretendidos derechos del Estado rebelde y los verdaderos derechos de Dios, su único Rey y Señor. Y mientras se predica que España se halla ya en esta desdichada *hipótesis*, lo cual es falso y no pasa de un mal deseo, lo que se procura por todos medios es que pase esta *hipótesis* deseada á ser efectiva realidad, y que un dia ú otro llegue á ser verdaderamente imposible la *tesis* católica, y llegue á ser inevitable abismo, donde á una naufraguen nuestra nacionalidad y nuestra fe, la *tesis* franca-

mente revolucionaria. ¡Gran responsabilidad alcanzará ante Dios y ante la patria á los que de palabra ó de hecho, por directa conmision ó por simple omision, se hayan hecho cómplices de esta horrible celada, por la cual con falsas excusas de mal menor y de hipotéticas circunstancias, no se logra otra cosa que anular los esfuerzos de los que sostienen ser aún posible para España la íntegra soberanía social de Dios, y ayudar á los que pretenden llegue á ser un dia absoluta en ella la soberanía social del demonio!

EPÍLOGO Y CONCLUSION.

Basta ya. No ha dictado la pasion de partido estas sencillas reflexiones, ni las ha inspirado móvil alguno de humano rencor. Hacemos ante Dios esta protesta, como la haríamos al morir, puestos ya en la antesala de su tremendo tribunal.

Hemos procurado ser más lógicos que elocuentes. Si bien se considera, se verá que hemos sacado nuestras deducciones, áun las más duras, unas de otras, y todas de un sólido principio comun, nó con la tortuosidad del sofisma, sino con el leal raciocinio en línea recta, que ni á derecha ni á izquierda se tuerce por amor ó por temor. Lo que se nos ha enseñado cierto y seguro por la Iglesia en los libros de Teología dogmática y moral, eso hemos sencillamente procurado trasladar á nuestros lectores.

Lanzamos á los cuatro vientos estas humildes hojas; llévelas donde quiera el soplo de Dios. Si algun bien pueden hacer, háganlo por su cuenta, y sírvale eso de descargo de sus muchos pecados al bien intencionado autor.

Una palabra más, y es la última y quizá la más importante. Con argumentos y réplicas se obliga tal vez á enmudecer al adversario, y no es poco esto en algunas ocasiones. Pero con esto solo no se alcanza muchas veces su conversion. Para esto suelen valer tanto ó más las fervorosas oraciones que los más bien hilados raciocinios. Más victorias ha logrado para la Iglesia de Dios el gemido del corazon de sus hijos, que la pluma de sus controversistas y la espada de sus capitanes. Sea, pues, aquélla el arma principal de nuestros combates, sin descuidar las demás. Por el ruego cayeron los muros de Jericó, más que al empuje de guerreras máquinas; ni venciera Josué al feroz Amalech si no estuviera

Moisés, alzadas sus manos, en ardiente oracion durante la batalla. Oren, pues, todos los buenos, y oren sin descansar. Y sea de consiguiente el verdadero epílogo de estos artículos lo que viene á resumir todo el objeto de ellos. *Ecclesiæ tuæ, quæsumus Domine, preces placatus admitte, ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura Tibi serviat libertate.*

EL APOSTOLADO SEGLAR

Ó SEA

MANUAL DEL PROPAGANDISTA CATÓLICO EN NUESTROS DIAS.

INTRODUCCION.

In his omnis homo miles.
(Tertul.).

Propaganda católica; hé aquí una frase que anda hoy en boca de todos, que se oye siempre en los discursos sobre Religion, que se lee cada dia en nuestras revistas y diarios, que forma el espíritu y como el pensamiento unánime de la mayor parte de nuestras asociaciones. Tiene significacion muy clara y determinada. De lo contrario ¿cómo se entenderian entre sí tan fácilmente los católicos de todo el mundo que la pronuncian ó escriben? Ofrece, empero, á la vez cierta vaguedad é indecision, debidas sin duda á lo múltiple de sus formas y á lo ilimitado de sus vastos horizontes. Es, pues, frase hoy dia universal; de todos conocida y en igual sentido apreciada; moneda corriente que damos y recibimos á todas horas áun en la misma familiar conversacion. Y sin embargo ¡véase lo que son las cosas! no sabemos exista tratado alguno, chico ó grande, especialmente destinado á desenvolver este tema por demás fecundo y de infinitas aplicaciones. No sabemos que entre el número ¡sin número, gracias á Dios! de Propagandistas católicos que consuelan con sus incesantes trabajos á la Iglesia en sus actuales dias de lucha y persecucion, haya habido uno solo que se haya entretenido en formular clara y distintamente las ideas capitales que deben ser-

vir de norma y luz en esta materia. Diríase tal vez que en el deshecho combate religioso que constituye el carácter especial de nuestro desventurado siglo, los soldados de la causa de Dios, que lo son todos los verdaderos creyentes, más han procurado esgrimir, cada cual como mejor supo, sus armas respectivas, que entretenerse en dictar reglas para el caso ó en escribir sutiles tratados de esta nueva estrategia. Y, no obstante, es lo cierto que no son por lo comun los mejores en tiempo de guerra los soldados improvisados, aunque tal vez hayan salido de ellos en casos dados excelentes capitanes. Lo ordinario y normal es que se forme el buen soldado por medio de una buena educacion militar; que á la natural bizarría y á los valerosos impulsos del corazon se añadan los cálculos de la razon fria, los datos recogidos en la experiencia, las reglas del arte, en una palabra.

¡Quién tan dichoso fuera que pudiese escribir un tratado de esos que satisfaciese á las infinitas necesidades del soldado de la fe cristiana en estos tiempos! ¡Quién tal honra lograra, que mereciese con razon y justicia ser llamado el Vegecio escritor *De re militari* en lo que atañe á estos gloriosos combates! No aspiramos ciertamente á tanto; con ser regulares discípulos de este arte nos contentaríamos, tan lejos andamos de presumir de maestros. Mas ¿por qué no ha de sernos lícito, y áun laudable como obra de caridad, emitir algunas consideraciones enderezadas á que se estudie y se trate por quien mejor que nosotros pueda, lo necesario para componer más tarde un completo Manual teórico que llene perfectamente en nuestra sociedad cristiana tan lamentable vacío?

In his hominis homo miles. Estas palabras hemos tomado por lema y divisa de nuestro humilde ensayo. Palabras enérgicas de Tertuliano, que dan por decirlo así la fórmula más comprensiva de cuanto pueda ocurrírsenos al desarrollar el tema que iniciamos. Ellas indican que la Propaganda católica es una milicia, como que se trata por medio de ella de una formal ofensiva y defensiva; ofensiva contra el error, que bajo formas mil pugna por entronizarse y reinar en la sociedad cristiana; defensiva en pro de los intereses de la verdad, sin cesar combatidos con toda suerte de fieras arremetidas y de traidoras asechanzas. Milicia en la cual como amigo ó como enemigo se encuentra forzosa-

mente comprometido todo hombre que nace á la luz de este mundo, y con mucha más razon todo hombre que renace á la luz sobrenatural de la fe por medio del santo Bautismo; puesto que, queramos ó no queramos, como no se dan en el individuo dotado de razon y libre albedrío actos morales indiferentes, es fuerza que con ellos ó sirvamos á Dios guerreando de esta suerte contra el infierno, ó sirvamos al infierno poniéndonos así en lucha más ó menos directa y desenmascarada contra Dios. Con lo cual consuena asimismo aquel *qui non est mecum contra me est,* que debiera hacer estremecer de pavor y vergüenza á los apáticos é indefinidos.

Ahora bien. Nuestros amigos tomarán lo que quieran de estas observaciones, reflexiones y mal hilvanados consejillos que en esta obrilla les darémos, siempre con la mejor intencion del mundo, ya que no con la autoridad y prestigio que pudiera pluma más competente. Tal vez álguien no dé importancia á estos puntos ó se la dé muy escasa; nosotros en cambio les damos tanta, que ninguna de las materias que hemos tratado nos ha preocupado tan vivamente como esta que hoy emprendemos. Se nos viene figurando años há que hay de eso suma necesidad, y con lo poco que se nos alcanza de pronósticos de mal tiempo, antójasenos que esta necesidad va á dejarse sentir dentro muy poco con más extraordinaria gravedad y urgencia en nuestra infeliz España. Percíbese tiempo há entre nosotros sordo rumor como de espantosa borrasca que vuelve á echársenos encima, tras falsa y falsísima tregua que tal vez sólo para engañarnos y adormecernos nos ha concedido el astuto enemigo. Y cuando tal hora de ruídos se venga, sentiránse con deseos de hacer algo por Dios y por su Iglesia mil corazones generosos, y gran obra será, parécenos, la del que con anticipacion haya aventurado algunas ideas sobre lo que debe ser la *Instruccion del recluta* deseoso de echarse al campo por la causa de su fe.

Y, entre tanto, á nosotros bástanos entender que con ese poquito, con todo y ser tan poquito, se puede todavía dar alguna gloria á Dios y suscitarle algun nuevo soldado á su combatida bandera.

Sabadell, fiesta de la Epifanía, 1885.

EL APOSTOLADO SEGLAR

Ó SEA

MANUAL DEL PROPAGANDISTA CATÓLICO EN NUESTROS DIAS.

I.

Qué se entiende por Propaganda católica en el sentido que vulgarmente se da hoy dia á esta palabra.

EBIENDO versar este trabajo, todo él, sobre el mejor modo de ejercitarse el cristiano seglar de nuestros dias en la Propaganda católica, natural parece dediquemos el primer capitulo á dejar firme y sólidamente definido este concepto fundamental.

Es hijo de nuestros tiempos el vocablo *Propaganda católica*, y pertenece exclusivamente al idioma moderno. En ninguno de nuestros antiguos escritores se halla siquiera una sola vez. Lo han puesto en circulacion las necesidades religiosas del dia, como expresion de la mayor y más apremiante de todas ellas; y apenas lanzado al público, se apresuró á aceptarlo todo el mundo como frase de valor entendido, de la cual es apenas necesaria la explicacion. Tal sucede con

ciertas ideas que por la especial condicion de los tiempos germinan, por decirlo así, espontánea y simultáneamente en el fondo de todos los corazones. La primera vez que se anuncian con palabra adecuada, son al instante comprendidas y se hacen de dominio general. Es la señal más notoria de que no fué la voluntad ó el ingenio de un hombre quien las dió á luz, sino que vinieron traidas por la natural corriente de los sucesos y por un providencial designio de Dios.

Tal ha sucedido en nuestros dias con la palabra *Propaganda católica*. No sabemos quien primero la empleó, pero si que en un momento fué popular en todo el mundo cristiano. En Europa como en Asia, Africa y América, en los folletos de controversia como en los diarios y revistas, en los reglamentos y programas de las Asociaciones católicas como en las exhortaciones de los Prelados, la encontramos generalizada, y siempre sin dificultad ni equívoco comprendida. Nadie que sepamos ha intentado hasta hora precisar su definicion, lo cual no ha sido obstáculo para que la tuviese por todos clara y distintamente concebida, aunque no concretamente formulada. Vamos á ensayar la redaccion de esta fórmula, para que nos sirva á la vez de punto de partida y de objetivo en esta nuestra tarea.

Creemos, pues, *salvo meliori*, que puede definirse la Propaganda católica diciendo que es «el trabajo individual ó colectivo de todo fiel católico para la propagacion, defensa, aumento y esplendor de su fe, aparte de lo que constituye la funcion jerárquica y oficial de la Iglesia docente, pero siempre bajo direccion y autoridad de esta misma Iglesia.»

Analicemos uno por uno los miembros de esta definicion para su debida inteligencia.

La Propaganda católica es en primer lugar un *trabajo*. Se comprende bajo esta palabra genérica todo ejercicio de la actividad humana en lo que sea conducente para los fines de la Religion: la investigacion científica del sabio; el canto del poeta; la música del compositor; la estatua, el cuadro, el grabado, el diseño arquitectónico del artista; la buena palabra que se suelta intencionadamente en la conversacion; el rasgo ejemplar con que se procura la edificacion del prójimo; el dinero que se gana ó se ahorra para una piadosa empre-

sa; el libro ú hoja que se regala ó se distribuye; el farol ó la colgadura que se saca al público en dia de festejo cristiano; la vela que se lleva al altar; el Rosario que se reza en el hogar ó en el taller ó que se canta en la calle; la oracion secreta que se eleva á Dios desde el fondo del corazon; la señal de la cruz que se hace al empezar el viaje ó al salir de casa, etc., etc. ¿Quién puede enumerar aquí las suertes mil de buenas acciones que pueden practicarse con fin de Propaganda católica? Siempre, pues, que actual ó habitualmente se hagan con este fin, pertenecen á ella y revisten, por mínimas é insignificantes que sean al parecer á los ojos de los hombres, toda su sublimidad y grandeza á los de Dios.

Decimos que este trabajo puede ser *individual* ó *colectivo*, segun lo practique cada fiel por su cuenta y razon, ó bien formando parte de un grupo debidamente organizado y legítimamente presidido y dirigido, lo cual se llama «asociacion.»

Añadimos las palabras «de todo fiel católico,» porque claro está que tratándose de obra católica no podria llamarse tal la que procediese de un individuo apartado del Catolicismo, bien sea por la infidelidad, que es la carencia del Bautismo; bien por la herejía, que es la negacion formal de una verdad de fe; bien por el cisma, que es la disgregacion de una parte del cuerpo de la Iglesia pór desobediencia pública al Romano Pontífice. Expresan además estas palabras la universalidad del ejército de la Propaganda católica, al cual pueden afiliarse y del cual pueden ser excelentes soldados el letrado como el labrador, la dama como la criada, el magistrado como el militar, el anciano como el niño ó la niña de las escuelas. Es el combate general de la fe, al rededor de cuya bandera son llamados para defenderla cuantos la hayan jurado por el Bautismo y se conserven adictos á ella, sin distincion de edad, sexo, estado, condicion ó categoría. Desde Tomás de Aquino que escribe su inmortal *Suma*, hasta la última viejezuela mendiga que reza su *Ave María* por el Papa, las filas de la Propaganda católica abarcan toda la escala social.

Decimos seguidamente «para la propagacion, defensa, aumento y esplendor de la fe,» y en esto viene especificado lo que podríamos llamar el objeto material de la Propaganda

católica. Su objeto formal y eminente es la gloria de Dios y el bien de las almas. Pero á esto se va, procurando la *propagacion* de la fe, que consiste en darla á conocer á los que no la conocen; trabajando en la *defensa* de ella, que consiste en vindicarla de los ataques de todo género que se la dirigen; contribuyendo á su *aumento,* esto es, á avivarla y hacerla crecer en obras fecundas, allí donde está ya establecida; y finalmente buscando su *esplendor,* que consiste en que goce áun humanamente de toda la consideracion, prestigio, dignidad y belleza que tanto ayudan para que consiga los fines divinos que se propone. De lo cual se deduce que el campo de la Propaganda católica es vastísimo y comprende conversion de gentiles y herejes, reforma de costumbres, acrecentamiento de fervor, confusion de enemigos, brillo del culto católico, realce de sus festividades, difusion de sus letras y artes, ya que todos estos son caminos, directos unos, indirectos otros, por los cuales se puede procurar la gloria de Dios y el bien de las almas. La vida católica es infinitamente múltiple en sus manifestaciones, como en frase del Apóstol es multiforme la gracia divina que las produce. A imitacion, pues, de aquel personaje de Terencio que decia: «Hombre soy; nada de lo humano tengo por ajeno de mí;» debe decir el católico: «Católico soy; ninguno de los intereses católicos puede serme indiferente;» por más que, como dirémos, no á todos sea dado abarcarlo todo, sino que cada cual debe en este campo labrar la parte á que le llame cierta especial vocacion de Dios. Porque, evidente es que ni el artesano ha de perorar en las academias, ni la jornalera de fábrica meterse á escritora; que no todas las ruedas son iguales en un reloj, ni dan iguales sonidos todas las flautas en un órgano, sino que de la desigualdad ordenada resulta en aquél el movimiento regular y en éste la perfecta armonía.

Añade después la definicion estas palabras: «Aparte de lo que constituye la funcion jerárquica y oficial de la Iglesia docente,» lo cual no todos comprenderán sin una explicacion. Vamos á darla. Hay en la Iglesia de Dios una parte encargada de desempeñar en ella el ministerio público y oficial, cuyos actos principales son: el régimen y enseñanza pastoral, la celebracion del Sacrificio y la administracion de los

Sacramentos. Constituyen estos actos y sus anejos el oficio especial de la jerarquía católica, que consta del Papa, cabeza de ella, de los Obispos, de los Presbíteros y de los ministros. Toda intrusion en este ejercicio público y oficial le está vedada al seglar, sea cual fuere su saber, posicion social ó fortuna. Ni el rey puede ejercerla sobre sus súbditos, ni el padre sobre sus hijos. Es funcion esencialmente jerárquica, y por lo mismo esencialmente reservada. Por lo mismo no se la da el nombre de *Propaganda católica* en el sentido en que ordinariamente se usa hoy esta palabra. Está expresa la iniciativa y cooperacion del pueblo fiel en todo aquello que no es funcion peculiar y exclusiva del sacerdote. *Plebs* ó pueblo significa en el idioma litúrgico todo lo que no pertenece á la clase sacerdotal. Lo que ésta ejerce es un ministerio oficial; lo que el pueblo practica en su ayuda es un servicio oficioso. Esta distincion es importantísima y fundamental para apreciar exactamente el verdadero concepto de la Propaganda católica y de todo el presente trabajo. Y no lo es menos para defenderla de una multitud de acusaciones que contra las obras de Propaganda católica y seglar lanzan á cada paso sus enemigos.

«Pero siempre (termina la definicion) bajo la direccion y autoridad de la misma santa Iglesia.» Estas palabras no son menos importantes que las anteriores, y constituyen su necesario complemento. No puede llamarse católica obra alguna, ni de veras serlo, sino con esta condicion. La Iglesia es un ejército, y todo en ella anda sujeto á imprescindible ordenanza. No se le prohibe al fiel seglar la iniciativa propia en lo que no es de carácter exclusivamente sacerdotal; pero áun en estos casos no debe dar un paso sin contar con la autoridad jerárquica, única que puede con toda seguridad dirigirle en lo que es de su jurisdiccion. Ni por muy sabio, ni por muy santo, ni por muy poderoso, ni por muy acreditado que se halle un católico en sus servicios á la verdad, debe considerarse jamás eximido de esta rigurosa tutela. Si una línea escribe, si una fiesta organiza, si reglamenta una institucion, si lanza el grito de una nueva empresa, debe ser siempre con el refrendo de quien (en lo relativo á dicha su jurisdiccion) tiene autoridad de Dios para decirle: ¡Adelante!

ó para decirle: ¡Alto! segun creyere conveniente. Sin esto seria muy fundada la acusacion de *Laicismo* que tantas veces se ha dirigido contra las obras de Propaganda católica. Además de que por su propia esencia dejarian de ser ellas lo que han de ser para merecer ese honroso dictado.

Hémonos entretenido en explanar minuciosamente los términos todos de esta definicion: primero, para dejarla plena y sólidamente justificada como piedra angular sobre la cual vamos á levantar nuestro modesto edificio; segundo, porque en ella se contienen como en gérmen todas las ideas que en el decurso de este tratadito procurarémos desenvolver, y que por lo mismo no hemos hecho aquí más que dejar indicadas.

II.

Cuál séa la importancia de ésta materia, principalmente en nuéstros tiempos.

Por la definicion dada y someramente expuesta en el capítulo anterior, puédese ya empezar á comprender cuál sea la importancia de la Propaganda católica en general, y cuál su especial utilidad en los tiempos presentes. Así es ella hoy dia entre los católicos corriente y popular. Diriase que cierto como soplo de Dios la ha derramado con eficacia sobre todos los corazones, para de repente alentarlos, fortalecerlos y dirigirlos á toda suerte de gloriosas empresas. Hay en los pueblos cristianos un cierto instinto superior que en épocas dadas mueve á todos á dirigir á un objeto cualquiera su esfuerzo comun, sin que apenas se dén cuenta ellos mismos del por qué y del para qué se mueven en tal ó cual direccion ó sentido. Este carácter general de ciertos movimientos, su espontaneidad, ese algo que en ellos notamos de vago é irreflexivo, y que á veces hasta podria parecer inconsciente, son la señal más segura de que nó á cálculos humanos, nó á artificiosos manejos se deben tales tendencias; sino á una co-

mo secreta corriente de la gracia de Dios, que por su propio impulso inclina en determinada direccion los entendimientos y corazones. Es como la tenue brisa, que casi sin rumor atraviesa una densa arboleda, y cuyo paso se conoce tan sólo por la suave ondulacion que imprime en el verde follaje. Así ondulan hoy todos los corazones católicos en este sentido. Es que hácia él los mueve invisible pero eficacísimamente el soplo secreto de Dios. Es, pues, ésta una razon *à priori* que debiera bastar ella sola para convencernos de la importancia especial que tiene en nuestros dias el ejercicio de la Propaganda católica.

¿Quién empero habrá que pueda desconocerla, aunque sea no fijando la atencion más que en lo que á todas horas está delante de nuestros ojos? ¿Qué nos dice cada dia la voz del supremo Jerarca? ¿Qué las pastorales de los Prelados diocesanos? ¿Qué los gemidos de la Iglesia universal? Que el mundo está ardiendo todo él en guerra contra la verdad. Que pueblos y Gobiernos parecen haberse declarado á una contra el Señor y contra su Cristo. Que es éste un *rebato general* contra la Iglesia, contra la cual anda hoy todo el infierno y todos los amigos de él en recia y desaforada batalla, más recia y desaforada porque va tal vez á ser la última y decisiva. Nunca en frente de sí tan vasto ejército ni bajo de sus piés tan tremenda conspiracion los habia tenido la Iglesia, desde que en su primera edad se la vió luchar sola é inerme contra todo el poder pagano, á quien arrebató después de tres siglos de horrores la posesion del mundo. Desde entonces no hubo ya para ella más que luchas parciales. Hoy empero la rebelion vuelve á ser general. Parece haberse ideado por su enemigo Satanás el plan de una reconquista en forma: los más avanzados y francos lo dicen ya sin embarazo ni rubor: se aspira nada menos que á la descristianizacion del mundo, al destronamiento de Cristo y á la reivindicacion del género humano para la libertad del mal. Es un nuevo paganismo que pretende nada menos que un desquite de la derrota que sufrió el antiguo hace diez y seis siglos, cuando para siempre lo hundió Dios y lo derrocó de su asiento oficial por medio de la espada de Constantino. Y ante esta general embestida que sufren por todos lados la verdad y el

bien personificados en nuestra Iglesia santa, ¿habrá quien no vea y no sienta la suprema utilidad (necesidad diríamos mejor) de una general defensiva? Sí, que cuando ejércitos poderosos invaden el suelo de la patria, no es sólo el ejército permanente y regular el que viene obligado á la defensa de ella. Hasta el ciudadano letrado, hasta el pacífico labrador, hasta el tranquilo artesano, hasta la débil mujer, hasta el piadoso sacerdote dejan entonces sus libros, campos, herramientas, hogares y altar para lanzarse al combate. Y quien no sirve para blandir el arma á campo raso, sirve para dispararla al amparo de la fortificacion; quien no sabe batirse, ayuda por lo menos á los que se baten; quien otro auxilio no puede prestar, restaña la sangre de los heridos y sepulta los muertos. Y de igual suerte en deshecho temporal, en medio del mar, no sólo acuden á la maniobra para salvar el buque los marineros encargados de ejecutarla en tiempos normales, sino que áun los viajeros más ajenos á este rudo oficio ayudan á él con recoger velas, echar anclas y dar sin descanso á la bomba. Así nos figuramos hoy dia á la Iglesia de Dios. Campamento real de Cristo por todas partes atacado, y que todos están por lo mismo llamados á defender; nave sacudida por espantoso temporal, y á cuya salvacion quiere el Piloto divino contribuya cada uno con sus esfuerzos y segun la medida de ellos.

Es por otra parte cada dia mayor la corrupcion de costumbres, arma poderosísima de que se vale el enemigo para oscurecer en los pueblos la verdad, y efecto á su vez de este general oscurecimiento. Avanza, avanza lentamente, pero sin cesar, esa hedionda marea; amenazando convertir al mundo en pestífero cenagal de toda inmundicia. Poca es, nada es la eficacia de un hombre ni de mil hombres para detener esa avasalladora riada: pero decid, ¿no es cierto que muchos náufragos de ella pueden verse libres si los que, gracias á Dios, estamos aún en la orilla, les tendemos una mano compasiva? Ved cuántos niños sin educacion. ¿No ha de ser obra muy meritoria proporcionársela sana y honrada? Ved cuántos pobres sin consuelo. ¿No puede cada uno de nosotros traer arrimado alguno ó algunos de ellos al calor de nuestro corazon? Mirad con qué profusion inundan el mal

libro y el mal periódico nuestros campos y poblados. ¿No dice esto la necesidad de que se contrareste su maléfica influencia con el libro bueno ó con el periódico moralizador?

Aquella tan conocida meditacion de *Las dos banderas*, que puso el glorioso san Ignacio de Loyola en el profundo libro de sus *Ejercicios espirituales*, tal vez en ningun siglo tuvo más exacta aplicacion que en el actual. Se ven, se palpan los dos cuerpos de ejército que al mando de sus respectivos capitanes y bajo sus tan distintas enseñas aspiran á la conquista del hombre y del mundo. Del hombre y del mundo decimos, porque ese campo de batalla, de que es teatro el género humano en masa, empieza por traerlo cada cual en su propio corazon. Y así como no hay quien pueda permanecer indiferente ante los encontrados choques que se dan dentro de su propio corazon estos poderosos rivales, la gracia de Dios y la instigacion diabólica; así nadie hay que pueda estar neutral cuando esta lucha, saliéndose fuera del recinto interior de nosotros mismos, se traba en calles y plazas, en el aparentemente sosegado campo de la ciencia, en el más agitado de la educacion ó en el siempre revuelto de la política. Ahora bien. ¿Quién osará negar que estas dos banderas están hoy una en frente de otra con tanto más ahinco combatiéndose, cuanto más radical va mostrándose su mutua oposicion y más estrechas vienen haciéndose las distancias que las separan? Escuchad las voces que de entrambos campos se dejan oir. Nunca habló tan claro y desembozado la del infierno: nunca desde que cayó Luzbel de su trono de gloria habíase atrevido el infame á escribir en su estandarte: ¡Guerra á Dios! Y hoy se ha atrevido; hoy se ha escrito este lema infernal, y todos le hemos podido leer, y quizá no todos con el estremecimiento de horror y de santa cólera que debia levantar en pechos hidalgos y cristianos. Escuchad por otra parte las voces con que reclama auxilio la acongojada, bien que nunca rendida, Iglesia de Cristo; cómo habla su Pastor supremo, cómo alza el grito para despertar á los dormidos y conmover á los descuidados. Nunca como hoy se habian dirigido á sus pueblos los Romanos Pontífices, ni tan á menudo, ni con tanta insistencia sobre un mismo tema, ni con tal energía de expresion. Y no sólo á los obispos y sacerdo-

tes, es decir, no sólo á las tropas del ejército regular y de línea, sino á todos, á las Asociaciones, á los pueblos que van allá en romería, á los periódicos que imploran su bendicion. Sordo es quien una vez ú otra no ha oído como dirigida á sí propio esta campana de somaten que un dia y otro dia no cesa de tañer, como en los pueblos se tañe sólo en los casos de suprema y urgentísima necesidad.

III.

Cuán excelente en sí y cuán honroso sea para el fiel cristiano este ejercicio de la Propaganda católica.

De lo dicho se puede ya fácilmente colegir cuán excelente y honroso ejercicio sea éste de la Propaganda católica. Una sola palabra lo expresará bastantemente. Constituye un propio y verdadero apostolado. Es un servicio directo é inmediato que se presta á la gloria de Dios, á la mayor extension del reinado de su unigénito Jesucristo, y á la salvacion de las almas por Éste redimidas á costa de su Sangre preciosísima. Es, pues, la Propaganda católica, milicia muy superior y muy más esclarecida que la material con que se defienden y dilatan los principados de la tierra, tanto cuanto es más excelsa la realeza de nuestro Soberano que reina en los cielos. Y si á sus valerosos soldados galardonan los monarcas temporales con tales mercedes que les constituyen nobles en su reino, y les dan en él autoridad y títulos que les hacen en cierta manera copartícipes de su soberanía, ¿cuál será la estima en que tenga nuestro generosísimo Rey á los que por puro amor á su bandera hayan emprendido y sostenido estas espirituales campañas?

Honra el mundo con universal aplauso á los descubridores de útiles inventos y á los que han consagrado su existencia á popularizarlos y adaptarlos al servicio de la multitud. Tales hombres son llamados genios bienhechores de la huma-

nidad, y su nombre se perpetúa en mármoles y bronces, y su familia es objeto de toda suerte de privilegios y distinciones. Muy más esclarecida gloria le espera ante Dios al buen católico, cuyo ingenio y actividad se hayan desplegado en la Propaganda eficaz de la verdad y del bien entre sus hermanos. Haber desvanecido una preocupacion funesta, haber desenmascarado un error, haber organizado un centro cualquiera de buenas acciones y de edificantes ejemplos, haber preservado de la infeccion del mal á tales ó cuales corazones, haber ideado trazas con que hacer resplandecer más fúlgida la divina luz entre los hombres, son invenciones más importantes y de más trascendental resultado para el bien general que la de la imprenta, ó la de las Américas, ó la de la vacuna. Poco importa no lo estime así la vulgar opinion de las gentes, más propensa á admirar los falsos resplandores del oropel y del vidrio pintado que los verdaderos del oro y de las piedras preciosas. La sana y razonable filosofía tiene en poco los lauros y palmas que se conceden por el mundo á ciertos ídolos que alza hoy sobre glorioso pedestal, para mañana hundirlos ignominiosamente en el polvo. Las modestas conquistas de la verdad y del bien por medio de sus oscuros Propagandistas pasan desapercibidas muy á menudo, casi siempre, al mundo frívolo y superficial, porque no buscan la exhibicion y el ruido; no deja empero de seguirlas paso á paso el ojo vigilante de Dios, á quien nada se esconde, ni una gota de sudor que por Él se derrame, ni un latido del corazon, ni el más oculto deseo. No se dan, es verdad, por esos méritos cruces ni veneras, ni se alcanzan altos puestos, ni se legan á la familia blasonados escudos. Pero se atesoran, sí, valiosos méritos para la eternidad, y hay prometido en la gloria escogido asiento.

Gran empresa nos parece la conversion del mundo de la noche de sus errores gentílicos á la clara luz de la fe cristiana, é inmensa la dicha de aquellos varones privilegiados á quienes deputó el Hijo de Dios para tan alto ministerio. Pablo perorando ante el Areopago; Pedro estableciendo en Roma, capital del mundo, la Silla de su pontificado; Santiago sembrando en nuestra España la primera semilla de la fe; Tomás llevándola al corazon de la India, y los restantes ilus-

trando cada cual con ella la porcion respectiva del globo conocido que le cupo en suerte, y todos fecundándola con sus sudores, oraciones y finalmente con su sangre, se nos aparecen en la historia de la Iglesia como grandiosas figuras, colocadas por la mano de Dios en el vestíbulo ó primera entrada de ella, muestra de lo que puede el hombre, pobre y miserable pecador, cuando á tan alta mision le lanza la mano de la Providencia. El mundo pagano hecho cristiano les debe á ellos, después de Dios, su bautismo y conversion. Bien canta de ellos la Iglesia en su Oficio: «En gran manera han sido honrados, oh Dios, estos tus amigos: en gran manera ha sido realzado su carácter de príncipes sobre la tierra.»

Análoga es la gloria del Propagandista católico celoso y activo en el cumplimiento de esta su esclarecida mision. Si se dice en filosofía que la conservacion de una cosa equivale á una continuada creacion de la misma, no parece menos glorioso el apostolado que se ocupa en el sostenimiento de la fe en los pueblos é individuos, que el que se ocupó un dia en dársela por vez primera. Además de que, segun anda hoy ella decaida en muchos corazones, ¿no es verdad que el trabajo del Propagandista católico en varios puntos más es de verdadera reconstruccion del edificio que de mera restauracion ó apuntalamiento de él? Considerad, pues, cuán noble empresa sea volver á Dios esos corazones que le ha quitado su enemigo, reconquistar para la Iglesia esas almas que por el error ó por la indiferencia habian vuelto á ser paganas ó poco menos. Ved cómo han de estimarse el trabajo y las trazas de aquél por quien tal ó cual poblacion ó familia han cambiado de aspecto en sus ideas ó costumbres; de aquél por quien ha sido detenido en su marcha Satanás, y sostenida con mano firme la inmortal enseña de Jesucristo. Si una sola alma preservada ó libertada fuese el botin de vuestros combates, ¿cuál no seria con esto solo vuestro lauro de gloria delante de Dios? Pues ¿qué si se considera que un buen Propagandista puede con su accion, ayudada de la gracia, salvar, nó una alma sola, sino una familia, un pueblo, y que el fruto de sus tareas no se limitará tal vez á la generacion y á la localidad que las contemplen, sino que este foco irradiará en el porvenir y á gran distancia con bellos resplandores?

Sensible es después de todo esto que sean tan pocos, relativamente hablando, los cristianos dedicados á este nobilísimo ejercicio de la Propaganda católica. En ningun otro ramo de obras buenas es más exacta la denominacion de *servicio de Dios* que se da comunmente á todas ellas. Se le sirve á Dios trabajando mucho por la propia salvacion, mortificando el cuerpo, ocupando en pias meditaciones el entendimiento, frecuentando Sacramentos y jubileos, atesorando perdones é indulgencias. Mas al fin este servicio individual, precioso como es, cíñese á la santificacion propia de aquella persona que lo practica, y no pasa de ahí. Mas el que no descuidando en modo alguno, antes procurando con ahinco la propia perfeccion, extiende además sus miras á propagar el conocimiento de Dios y de su ley entre los demás, multiplica en sí mismo de un modo maravilloso sus méritos, en proporcion de los muchos que por su celosa mediacion han los demás atesorado. Y como de Saulo antes de su conversion dice un santo Padre, que apedreaba á san Estéban con las manos de todos sus apedreadores, puesto que de todos se hacia cómplice con guardarles los vestidos, así el buen Propagandista católico hácese propias en cierto sentido las buenas obras de cuantos por su instruccion ó ejemplo las hicieren, y ora con todos los que enseñó á orar, y reza con todos los que indujo á rezar, y da limosna al pobre ó al Papa con todos los que persuadió á darla, y anda, por decirlo así, con los piés de todos, y con las manos de todos trabaja, y á la recompensa de todos adquiere un verdadero derecho.

IV.

De los consuelos que trae para el fiel cristiano el recto ejercicio de la Propaganda católica.

No se recomienda menos el ejercicio de la Propaganda católica por los consuelos con que hace sabrosas sus fatigas á los verdaderos soldados de ella; y es punto ese sobre el cual queremos llamar de un modo particular la atencion.

Porque, en efecto, ¿quién duda que este ejercicio es por muchos conceptos dulcísimo y consolador? Véngase acá cualquiera que tenga fe, que con esos hablamos de este asunto y con nadie más. ¿Hay obra alguna en que más se participe de la obra suprema del Salvador del mundo y de su especialísimo carácter de tal y de sus infinitos merecimientos? El Unigénito encarnado fué llamado Jesús ó Salvador, ya que por salvar al hombre hízose tal, y padeció y murió derramando toda su sangre. Ahora bien. ¿Te parece poco, hermano mio, poder en alguna manera hacerte participante de este divino carácter y de este Nombre sobre todo nombre?

Pero desmenucemos algo esta idea, que es de inefable suavidad.

Primaria y esencialmente sólo á Cristo es debido el título de Salvador, pues no hay otro por el cual puedan los hombres ser salvos; mas tambien es cierto que por participacion pueden ser honrados con él los instrumentos que fielmente y con buena voluntad le sirvan para esta obra gloriosísima. Así afirmamos, y con razon, que el médico nos curó, cuando es cierto que no á él sino á la medicina debimos primariamente tal beneficio. Mas al médico se lo debemos tambien agradecer y remunerar, pues aquel remedio con que quiso Dios fuésemos sanos, la mano bondadosa y entendida del médico fué quien nos lo aplicó. Así, aunque sea Cristo quien salve las almas, y á quien esencialmente (y en este sentido,

exclusivamente) se deba el título de Salvador, salvadores de almas pueden tambien ser llamados con El los que á las almas enfermas ayudan en su necesidad, facilitándoles el uso de los remedios por El instituídos. Salvadores son de un individuo ó de una familia los que con su enseñanza ó ejemplo mostraron á los tales el camino de salvacion, ó los alentaron en él, ó los condujeron á término dichoso.

Socio, pues, y auxiliar del mismo Hijo de Dios en la mayor de sus obras se hace el fiel cristiano que dedica á la Propaganda católica sus fuerzas, talento ó influencia. Y no sé ciertamente que se pueda encontrar, en los tesoros de la piedad cristiana, concepto más consolador y que más le ayude al fiel cristiano á ensanchar el oprimido corazon. Débiles somos y pecadores, y muy á cada paso tropezamos, caemos, y cualquiera que otra cosa dijese, ó miserablemente se engañaria á sí propio, ó trataria de engañar. Grande es por este concepto nuestra deuda, y temerosísima con justa razon la cuenta que por ella habrémos de dar. Pues bien. ¿Qué idea más tranquilizadora para este caso y ante tan tremenda perspectiva, que la de que hayamos trabajado algo en este mundo por los intereses de nuestro Dios, el cual por este lado resulta en cierta manera nuestro deudor, ya que con palabra formal se ha comprometido á no dejar sin especial recompensa cualquier friolera que en su nombre se hiciese? Sí, por estas obras de Propaganda católica ¡oh palabra de inefable consuelo! viene en algun modo á hacerse Dios deudor del hombre, así como por sus culpas lo es siempre el hombre de Su Divina Majestad. Truécanse aquí por misericordiosísimo artificio las suertes; cámbianse en el registro celestial las partidas del Debe y del Haber: el pecador, agobiado por la gravedad de su enorme pasivo, puede por este medio adquirir ante Dios títulos tales que le constituyan su verdadero acreedor. Que en cuanto á que tales obras hechas segun Dios cubran muy fácilmente todo nuestro déficit, muy claro lo dice el apóstol san Jaime en los dos últimos versículos de su Epístola. «Hermanos mios, dice, si alguno se desviare de la verdad y otro le redujere á ella, debe saber que quien hace se convierta el pecador de su extravío, salvará de la muerte su alma y cubrirá la muchedumbre de sus propios pecados.» Y en cuanto

á lo de granjear con tales obras merecimientos que le traigan muy obligado á Dios, no sólo á perdonar, sino áun á dar encima crecida recompensa, ¿quién no recuerda aquel dulcísimo texto en que aseguró Cristo no dejaria de darla áun por un vaso de agua fresca dado al prójimo á su intencion?

Muy consolado, pues, y muy gozoso puede andar en sus trabajos el buen soldado de la Propaganda católica. Sí, que como fielmente los cumpla, no perderá su galardon. Con rostro sereno puede ver acercarse la muerte y el juicio y la final sentencia, sin que le induzcan á desesperacion las deudas de su vida pecadora. Tiene con que saldarlas en el supremo Tribunal. Y si haber confesado á Cristo ante los hombres, es prenda segura y ciertísima para el cristiano de que le reconocerá por suyo el mismo Cristo ante el Padre celestial, ¿cuánto más haberle predicado? ¿cuánto más haberle ganado amigos ó discípulos? ¿cuánto más haberle cautivado inteligencias y corazones? ¿cuánto más haberle defendido, y haber padecido por Él?

Este, este es indudablemente el rasgo principal del carácter de predestinado, que, segun el Apóstol, consiste en la semejanza con Cristo Dios, tipo y primogénito de los elegidos. De todos los rasgos de su divina fisonomía éste es sin duda el más acentuado, el del celo por la gloria del Padre celestial y por la salvacion de las almas. Quien aliente, pues, en sí ese celo, que es el fundamento de la Propaganda católica, tenga cierto (cuanto es dable adquirir moral certeza en este punto) que lleva en su rostro el aire de familia de los escogidos del Señor. Acá dicen los mundanos que una buena cara es la mejor carta de recomendacion. Ante Dios lo es de eficacia decisiva observar en la cara del alma el parecido de su Hijo divino. Por falta de él oirán los réprobos aquel terrible «No os conozco,» que ha de ser su eterna confusion. Quien, pues, como buen Propagandista católico se haya adquirido esta semblanza divina, ¿cómo no ha de esperar presentarse muy regocijado y seguro en los estrados del soberano Juez?

Tales consuelos son los que al buen Propagandista católico le hacen alentada la vida y sosegada la muerte y sonriente la perspectiva de la eternidad. Son gajes del divino amor

que compensan todos los sinsabores. Con ellos se puede muy bien sufrir del mundo vejacion é injurias, arrostrar humillaciones y desprecios. El Apóstol de las gentes, sublime modelo después de su Maestro de la firme confianza y espíritu animoso que deben caracterizar al soldado de la fe, decia con singular desenfado: «Bien sé de quien me he fiado, y estoy cierto de que es poderoso para conservarme lo que voy ganando hasta el último dia. *(II Timoth.* I, 12).»

Quien eso sepa y eso crea y eso á menudo traiga á la memoria, ¿cómo no ha de sentir, en cada uno de los trabajos que por Dios sostenga, las dulzuras de la mayor consolacion?

V.

De lo que es simpático y noble para todos los corazones este ejercicio.

A los dichos motivos de órden superior que deben hacerle á todo fiel cristiano digna de especial estimacion la práctica de la Propaganda católica, vamos hoy á añadir uno que si bien de órden meramente natural y humano (y por esto lo colocamos en último lugar), podrá todavía ayudar con la divina gracia á los demás, y contribuir al objeto especial de este opúsculo. Nos referimos á lo que tiene de simpático para todo corazon hidalgo y caballeroso la defensa de la Religion, hoy dia tan villanamente oprimida. Argumento que no dudamos ha de encontrar eco muy grato en pechos españoles, de suyo pundonorosos y de levantados sentimientos.

Figuraos para eso que os encontrais en mitad de la calle con desvalida mujer, á quien maltrata y befa, porque sí, una turba de pícaros sin respeto alguno á su inocencia y debilidad. Imaginad que á la vista de atropello tan brutal se le enciende la sangre á un generoso hijo del pueblo que acierta á pasar, chispéanle de noble indignacion los ojos, y encarándose con los atropelladores y arremetiendo á ellos, pónelos

en precipitada fuga, libra de sus manos á la afligida doncella, á la que levanta del suelo y acompaña á su casa hasta dejarla fuera de todo riesgo y en completa seguridad. Quien eso viera ¿no prorumpiria en entusiasta aplauso al noble y resuelto protector? ¿no le diera gustoso un estrecho abrazo ó apreton? ¿no deseara saber su nombre para que sonase como merecedor de toda loa en los periódicos? ¿no envidiara la satisfaccion que forzosamente deberia de sentir en su alma después de tan generosa hazaña?

¿Cómo nó, si, áun leyéndolo solamente, sentimos palpitarnos el corazon y subírsenos al rostro el fuego del entusiasmo?

Pues bien: ó no tenemos fe, ó no tenemos ojos en la cara, ó no tenemos, amigos mios, de católicos y de españoles una sola gota de sangre en las venas, si análogos sentimientos no levanta en nosotros hoy dia la Propaganda católica.

O no tenemos fe; es decir, ó no creemos que es nuestra Madre la Iglesia católica, que por sí propia no se puede defender y que á gritos nos llama pidiéndonos urgente socorro:

O no tenemos ojos en la cara; es decir, ó no vemos la muchedumbre innumerable de pérfidos enemigos que á esta mujer befan y maltratan; no presenciamos el asqueroso atropello de que es víctima cada dia, el lodo de las calles que se arroja sin cesar á su rostro venerable, la continua bofetada que se aplica á sus mejillas, el salivazo inmundo con que á todas horas se la escupe y deshonra:

O no tenemos gota de sangre española en las venas, si aquello creyendo y esto último presenciando, nos mantenemos frios y apáticos é indiferentes, sin lanzarnos á la defensa de tan noble víctima. Nó, que nunca fué así la sangre española, nunca dejó de encenderse ante el espectáculo de una injusta opresion, nunca circuló por las venas sosegada y acompasada en presencia de tamañas iniquidades.

Escojan ahora nuestros amigos el que menos les avergüence de estos tres extremos. O no son católicos, repito, si no creen que la Iglesia y el Papa han de ser para ellos más estimados y defendidos que cualquier padre ó madre natural; ó son ciegos absolutamente si no llaman su atencion las vejaciones infames de que está siendo blanco en nuestros dias la

Iglesia de Dios; ó no son hijos legítimos de la hidalga familia española, si ante todo esto no se sienten abrasar en fuego de indignacion. Bastardos son si al momento de un modo ú otro, en una ú otra forma, en mayor ó menor escala, no se lanzan aguerridos al santo combate de la Propaganda católica.

¡Válgame Dios, amigos mios! Pasais por este mundo, y veis en realidad á cada instante los inicuos atropellos que en parábola os he procurado arriba describir. ¡Mirad, hijos, cómo la befan é insultan y escarnecen á vuestra Madre! ¡Mirad cómo la han robado y despojado sin compasion! ¡Mirad cómo desnuda y saqueada la apostrofan aún de ladrona y usurpadora los propios despojadores! ¡Mirad si hay vocablo alguno de taberna, apodo alguno de burdel, que contra ella no se haya lanzado! El sarcasmo oficial de arriba y el sarcasmo callejero de abajo; el puntapié con bota de charol y el puntapié con enlodada alpargata; el puñetazo con guante y el puñetazo sin él; todo, todo viene recibiéndolo en su noble rostro hace ya más de cincuenta años la infeliz. ¿Y no tiene hijos en España esta mujer? ¿Y no tiene hermanos en España esta doncella? ¿Y no encuentra defensores esta hermosísima dama? ¿Es que ha cesado acaso de ser tierra de caballeros nuestro nobilísimo país?

¡Ah! sí, sí que los tiene; harto los conoce ella, y harto les estima y agradece sus servicios. Vedlos en lucha formal por ella muchos años há. Son los soldados de la Iglesia, son las huestes de la Propaganda católica. Pocos son, á la verdad, en proporcion del número innumerable de los enemigos, pero esto acrecienta su valer y hace muy más heroicos sus merecimientos. Dinero han dado y dan por ella; talentos, salud, actividad, la sangre, la vida; hasta la vida, sí, que España es tal vez la única nacion del globo donde en el siglo XIX la defensa material de la fe ha tenido valerosísimos mártires. Dispersos ó asociados, con frac ó con blusa, en uno y otro sexo, en temprana y en madura edad, con una sola palabra en los labios y un solo anhelo en el alma, fijos los ojos en una sola inmortal bandera, aleteando el corazon por una sola inmortal recompensa, pelean sin descanso, en desigual batalla de uno contra mil, rio arriba siempre de la ac-

tual avasalladora corriente. Vedlos en compacta haz; no han transigido ni transigirán con ninguno de los aspectos del moderno error tantas veces por la Iglesia condenado; trátanle como lo que es, como herejía; viven del odio á ella y á todas sus cosas, como en el siglo cuarto hubieran odiado de muerte al Arrianismo, ó al Pelagianismo en el quinto, ó al Luteranismo en el décimosexto, ó al Jansenismo un siglo después. A cada uno de los enfermos ó resabiados de esta maldita peste dícenle interiormente con aquel gran Padre de la Iglesia á un discípulo de Marcion: «Te conozco, primogénito de Satanás.» Y sufren, es claro, hostilidad, no sólo de los que abiertamente los combaten, sino principalmente de otros mil que por su santa locura, que es la locura de la fe, no cesan de apostrofarlos con los apodos de ¡ilusos! ¡fanáticos! ¡exagerados! ¡perturbadores! ¡rebeldes á la autoridad! ¡Gran Dios! Pues ¿cuándo no fueron así tratados los hijos de la cruz? ¿qué ha de ser el apostolado de hoy sino una locura, como lo fué en los primeros siglos? ¿qué ha de ser sino una sublime exageracion? ¿qué ha de ser sino una cosa que á todos los hombres de prudencia carnal parezca desatino? ¿qué ha de ser sino un fanatismo? ¿No ha dicho valientemente el Conde de Maistre que donde no hay verdadero fanatismo no hay verdadero amor?

VI.

Quiénes vienen llamados al ejercicio nobilísimo de la Propaganda católica.

En los anteriores capítulos hemos visto la importancia general de la Propaganda católica, y con qué interés debe mirarla y apreciarla todo buen seglar de nuestros dias. En éste, dando un paso más, nos entramos decididamente en el lleno de nuestro asunto, empezando por dilucidar la presente cuestion. ¿Quiénes vienen llamados al ejercicio de la Propa-

ganda católica? A lo cual respondemos sentando la siguiente tesis que vamos luego á demostrar; esto es: «que al ejercicio de la Propaganda católica viene llamado y en consecuencia obligado todo fiel cristiano como á un deber general de su profesion.»

No pocos, lo confesamos, arrugarán el entrecejo al leer el carácter absoluto y categórico que hemos dado á la fórmula anterior. Algo fuerte se les hará esa especie de servicio militar obligatorio que venimos á predicarles, y mucho más se espantarán cuando les digamos que de él no se concede exencion alguna por edad ó defecto físico, ni se otorga de él sustitucion personal ni redencion por dinero. Es milicia, y milicia forzosa, y en ella se encuentra alistado todo cristiano desde su nacimiento á la vida espiritual, y de ella no sale licenciado más que con la muerte.

Un solo sencillísimo raciocinio bastará para probarlo. Escuchad.

—¿A qué queda comprometido el cristiano por el Bautismo?

—A seguir y á profesar la ley cristiana.

—Y esto ¿qué significa?

—Significa creer todo lo que ella enseña y practicar todo lo que ella manda, y creerlo y practicarlo como se debe.

—¿Y cómo se debe?

—Débese creer y practicar con todo el corazon y con toda el alma. Explícito está el sagrado Texto: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.*

—Bien: pero ¿qué se saca de ahí para nuestro objeto?

—Sácase que no ama como debe á Dios ni observa como debe su ley, el que no mira estas cosas como las de mayor interés é importancia entre todas las que tienen importancia ó interés en el mundo. Sácase que no cumple como cristiano el que no mira las cosas de su fe como el más ardiente político las de su política, como el más activo comerciante las de su negocio, como el más resuelto militar las de su campaña, como el más aplicado literato las de sus estudios. Sácase que no es buen católico el que no siente por las cosas é intereses del Catolicismo todo el ardor, todo el apasiona-

miento (sic) que siente por las cosas que más de cerca tocan á su honra ó utilidad. Sácase por fin que no es buen hijo de la Iglesia el que no siente ó no muestra por ella una virtud sin la cual todo entusiasmo es fuego fatuo, todo amor agua de borrajas, todo interés pura hipocresía. Esta virtud es la del celo.

Celo significa amar de veras, y de veras mostrarlo con obras de veras.

Celo significa que salga á los labios el calor del corazon, y que se pinte en el rostro, y que dé animacion á la mirada, y que ponga abrasadas, candentes y enrojecidas con el fuego de esa fragua todas nuestras acciones.

Celo es vivir por lo que se ama, moverse y padecer por ello, arrostrar por ello compromisos y sacrificios, no escasear por ello sudores ni fatigas, dar por ello, si necesario fuere, hasta la vida. Vuélvase á meditar la fuerza de aquellas palabras: *Ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua.*

Si en un grado ú otro no se tiene este celo, no se tiene en grado alguno el verdadero amor, base de la profesion cristiana: de consiguiente, si no se tiene en un grado ú otro este celo, no se merece en modo alguno el dictado de verdadero católico.

Ahora bien. ¿Qué son las obras de la Propaganda católica? Son pura y sencillamente la práctica del celo aplicado á la gloria de Dios, á la defensa de la Iglesia y al bien de las almas. Es Propaganda católica cuanto se haga por estos fines, desde la más ligera oracion ó insignificante buen ejemplo que apenas nadie ve, hasta la fundacion de la más insigne Orden religiosa, ú otro suceso de gran bulto, que ocupan larga página en la historia. Todo por menudo que sea sirve de algo en esta lucha universal; por eso está llamado á tomar parte en ella todo aquél que puede hacer algo. Y como no hay nadie que algo no pueda hacer, de ahí que no hay nadie que no tenga para eso llamamiento de Dios. Y como no hay llamamiento de Dios al que no se venga obligado de parte de la criatura, de ahí se sigue por indeclinable consecuencia, que al ejercicio y trabajos de la Propaganda católica en una esfera ú otra estamos obligados los cristianos todos sin excepcion.

Sí, lectores mios: sin excepcion, y pesad bien esta palabra, que es realmente abrumadora. Han de trabajar por Dios y por su fe y por su Iglesia y por su prójimo, no sólo los eclesiásticos, sino áun los seglares: y de éstos, no sólo los dedicados á ciencias y letras, sí que los ocupados en artes ó negocios: y no sólo los hombres, sí que las mujeres: y no solamente los ricos y desocupados, sino áun los jornaleros y mendigos. Es el combate general de la fe, en que cada cual tiene su fila, y en ella un puesto que ocupar.

Examinando más tarde los trabajos á que puede extenderse la Propaganda católica, verémos claramente como en realidad los hay acomodados á todas las clases y condiciones de la grey cristiana. Basta por hoy sobre esto una ligerísima indicacion.

¿Que nada puedes hacer por Dios y por la fe? Vamos á verlo. ¿No puedes siquiera darle á tu vecino el ejemplo de una conducta cristiana? Es claro que puedes. Hazte cargo, pues, de que has hecho tal vez por la causa de Dios obra mejor y más eficaz, que si hubieses escrito el más caluroso artículo en un periódico.

¿Que no sabes hablar en público como D. Fulano? Está bien y no te duela. ¡Ojalá fuesen menos los públicos habladores! Pero ¿bien sabrás hablar en particular con tus amigos ó con tu mujer? Digo, á no ser que seas mudo. Pues bien. ¿Te parece poco el provecho que se le puede hacer al prójimo y á la Iglesia por medio de la sana conversacion? ¿Dónde se conversa hoy cristianamente? En pocas partes. ¿Por qué no ha de ser, pues, en tu círculo, en tu hogar, en tu fábrica, donde des tú una muestra de lo que es conversar con Dios, segun Dios y para servicio de Dios?

¡A qué número sin número no podríamos elevar tales consideraciones! Con decir que no hay obra alguna chica ni grande, con la cual no se pueda hacer algun servicio á la verdad, está dicho todo. ¿No veis como con todo se la puede ofender y realmente se la ofende? Pues, ¿cómo no os ocurre procurar que con todo se la sirva? El genio del hombre crea cada dia nuevos inventos y produce cada momento nuevas maravillas. Ved nuestro siglo realmente admirable bajo este aspecto. ¿No os entristece considerar que de todos estos prodigios,

una hora después de hallados, se sirve ya el hombre para guerrear contra su supremo Autor? ¡Ah! ¿Por qué no es igual la actividad de los hijos de la fe, para enderezarlos y aprovecharlos en beneficio de ella? Extended ahora igual consideracion á todo lo que constituye la múltiple y variada urdimbre de la vida humana con todos sus pensamientos y afectos, palabras y obras, dinero, influencia, etc. Salga quien quiera, por oscuro que sea su nombre y por mezquina que sea su condicion. Salga y atrévase á decir: Yo nada puedo hacer por la causa de Dios. ¿Cómo se atreverá á decirlo sin que al momento se levante una voz en su corazon acusándole la mentira?

Vuelvo, pues, á lo vivo de mi argumentacion. Si algo puedes, algo debes á Dios. Es así que algo puede todo cristiano, pues áun el mísero enfermo del hospital puede dar ejemplo de paciencia al infeliz de la cama vecina. Luego es cierto que al ejercicio de la Propaganda católica, en una forma ú otra, viene llamado y en consecuencia obligado todo fiel por verdadero deber de su profesion cristiana. Que era lo que se debia demostrar.

VII.

De los que pueden y deben con especialísima razon ser honrados con el dictado de Propagandistas, y de las circunstancias especiales que deben adornar al que desee serlo, y en primer lugar de la sana y ejemplar conducta.

Vimos en el capítulo anterior que todo cristiano está llamado por su bautismo al ejercicio de la Propaganda católica, y parécenos haberlo completamente demostrado. ¿Por qué, pues, se ha hablado aquí tantas veces del oficio de Propagandista católico, como de un cierto órden especial de trabajos, distintos de los demás que son comunes á todo fiel?

La respuesta es obvia. Porque áun cuando todo cristiano viene llamado y en consecuencia obligado á ayudar con sus actos á la defensa y aumento de su fe, hay no obstante quienes toman esta defensa y este aumento como objeto especialísimo de especialísimas tareas suyas, y éstos son los que por excelencia se llaman Propagandistas. Como todos estamos obligados á la penitencia, pero no se llaman penitentes más que los especialmente dedicados al ejercicio de ella: y todos amamos una vez ú otra la soledad, y no obstante no se llaman solitarios más que los especialmente consagrados á vivir en esta forma: y todos tenemos Religion, gracias á Dios, y sin embargo no se llaman religiosos más que los especialmente atados con el vínculo voluntario de una especial regla religiosa. Así todo fiel, chico ó grande, puede y debe hacer algo por la Propaganda católica, y no obstante no distinguirémos con el título de Propagandistas más que á los que de un modo especial tengan empleados sus esfuerzos en esta nobilísima ocupacion.

Ya no se extrañará, pues, que para este oficio especial, desde el momento en que así lo consideramos, se exijan condiciones especiales en la persona que deba desempeñarlo, y esas vamos á estudiar ahora detenidamente. Y discurriendo sobre las circunstancias ó condiciones peculiares que deben adornar al buen propagandista, empezarémos, como es lógico y natural, por la primera de todas, y sin la que fueran las otras de ningun valor. Esta es la sana y ejemplar conducta del que pretende dedicarse con fruto á este oficio.

Vaya, que no serán necesarios muchos ni muy sutiles argumentos para dejar patente una verdad, que es de evidencia práctica y de mero sentido comun.

Para convencer á un hombre de la verdad de una proposicion científica cualquiera, no se necesita que sea cristiano ni siquiera honrado el que la propone y demuestra. No así, empero, tratándose de las verdades y deberes de la Religion. Estas son de una naturaleza tal, que para imponerse al entendimiento y al corazon necesitan del prestigio moral del que las predica, casi tanto como el de la intrínseca fuerza de las razones con que se predican. Que existió Jesucristo, y que Éste presentó todas los caracteres de Hijo de Dios, son

problemas históricos de un órden científico, que en este terreno admiten una demostracion igual al A + B de las más claras matemáticas. Sin embargo, si se me presenta á demostrármelos un profesor que con su conducta corrompida escandaliza al público, oigo su demostracion, hasta la admiro, pero después de ella me encojo de hombros y me quedo sin ninguna clase de adhesion moral á la verdad histórica que se me acaba de demostrar. Es fenómeno éste que tal vez no se ha estudiado bastante todavia, y que sin embargo abre ancho campo á elevadas consideraciones. Para producir en el alma el efecto que se desea en órden á la fe, no basta ayudar al primer agente de ella, que es la gracia de Dios, con las razones de la humana ciencia; sino que es más poderoso que ésta al ascendiente moral, la fuerza del buen ejemplo, la eficacia que añade á las palabras el carácter autorizado del que las dice. Sin esto se tendrán entendimientos vencidos quizá, pero no convencidos, y mucho menos corazones movidos y persuadidos. En Religion se nos han de allanar muchas resistencias propias para que admitamos la verdad, porque la verdad religiosa no es verdad puramente intelectual como la metafísica ó la matemática, sino que es juntamente verdad moral, es decir, verdad que trae en pos de sí preceptos, verdad que pone en aprieto la libertad y en tortura el apetito, verdad que aspira á señorearnos y á encadenarnos por completo con el yugo de estrechos é imperiosos deberes. Esta verdad encuentra, pues, en nosotros resistencias brutales y groseras que nacen nó precisamente de nuestro entendimiento, sinó más frecuentemente de nuestro corazon, y áun quizá de más bajo orígen. Cuando se nos propone, pues, una verdad de éstas, buscamos luego cómo resistirla: si entonces, pues, se nos presenta desautorizada por el mal ejemplo del que nos la predica, sentimos secreto placer en encontrarla en contradiccion con las obras de él, y nos gozamos en mirarla cómo sospechosa y de poca ó ninguna confianza. Erramos en esto, porque la verdad de la enseñanza no depende de la bondad del predicador, pero nos parece que este error nuestro queda muy excusado, y de consiguiente muy justificada nuestra resistencia.

Este fenómeno moral pasa y ha pasado siempre: se obser-

va en las clases cultas como en las ignorantes. Pero se presenta de un modo particular en el pueblo sencillo, con el cual ha de ejercer por lo comun su oficio el Propagandista católico. El pueblo necesita más que nadie del ascendiente personal del que le adoctrína, por lo mismo que es menos capaz de entender y apreciar el tejido sutil de los raciocinios científicos. Y mucho más cuando se trata de mover y persuadir, que entonces ¡ah! todos somos pueblo cuando de eso se trata. Aquella reglita del viejo Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi,* es más aplicable aún á los catequistas y Propagandistas que á los poetas y oradores. No nos mueve sino aquel á quien vemos ya movido, no nos calienta y enfervoriza sino aquel á quien sentimos caliente y fervoroso, no nos fuerza á andar derechos sino aquel á quien miramos andar muy derecho y sin tropiezos. Somos así todos y no de otra manera.

¿Cómo se atreverá, pues, á emprender trabajo alguno en favor de su Religion el que en su conducta no procura presentarse como exacto cumplidor de ella? El que con sus obras la está todo el dia contradiciendo y deshonrando, ¿cómo podrá ofrecerla creíble y respetable á los demás? Tendrán hasta cierto punto razon en mirar como despreciable al apostolado, desde el momento en que á sí propio se hace despreciable el apóstol. Al más concluyente argumento responderá con un *nego consequentiam* cualquier patan, si ve que el mismo que lo presenta, lo refuta con sus malos ejemplos. Empiece, pues, por hacerse buen cristiano el que aspire á ser con el favor de Dios buen Propagandista, y no confie llegar á ser esto último, si no empieza por aquello que es lo fundamental. Antes que escriba, hable ó promueva, hágase espejo práctico de aquello para cuyo triunfo va á escribir, hablar ó promover. ¿Quiere que reine en los otros la Religion? Empiece por alcanzar que reine en su propia persona. Sin esto hablará en balde, escribirá en balde, promoverá en balde cualquier género de obras y empresas.

¿En balde, hemos dicho? Tal vez hemos dicho poco. Tal vez producirá efecto contrario al que desea; tal vez dará ocasion á risas y escarnios de su fe con el mismo empeño que muestre en defenderla; tal vez alejará de ella á muchos co-

razones en lugar de atraerlos y acercarlos. No sólo tirará al aire y no al blanco debido, sino que áun con sus tiros desacertados herirá al propio ejército amigo.

Soldado que con actos de indisciplina deshonra su bandera, no le quiere capitan alguno, por mucho valor que observe en él. La fidelidad á la Ordenanza y la observancia de la disciplina ayudan para la victoria tanto como el esfuerzo de los más animosos corazones.

Además de que, y sea ésta la reflexion final, de algo sirven los buenos libros, de algo las bien intencionadas peroratas, de algo las públicas manifestaciones, pero de mucho, de muchísimo más que todo eso sirven los buenos ejemplos. Diera yo todo lo que se habla y se escribe en el dia de hoy á trueque de un cinco por ciento de buenas acciones, que siempre me han parecido de muchísima mayor elocuencia y eficacia que las mejores palabras. Hablar y escribir bien, cosa buena es: pero obrar bien, eso es lo óptimo é inmejorable. *Facere et docere* quiso el Salvador, y ésta debe ser la divisa de todos los discípulos suyos. Practicar y enseñar; practicar primero, y enseñar después. Porque hay tantos por desgracia que tomando como se dice el rábano por las hojas, invierten los términos y descuidan lo que ante todas cosas debieran procurar; por eso son tan pocos los que en el presente combate de la fe merezcan el dictado y la consideracion de verdaderos soldados suyos. Empiece, pues, por aquí el Propagandista católico: éste sea su abecé; sin lo cual haga cuanto quiera, esté cierto de que no ha empezado aún.

VIII.

De la segunda condicion que debe tener el Propagandista católico, que es la competente instruccion.

Después de la sana y ejemplar conducta, que se le exige como primera condicion al Propagandista católico, sigue inmediatamente otra que es tambien esencial. Es la de una regular y competente instruccion.

Clara está y fuera de toda duda la necesidad de este segundo requisito en quien desee ser de alguna utilidad á la causa de la fe. Puede, es cierto, Dios nuestro Señor comunicar de repente dones de sobrenatural inteligencia al más rudo de los mortales, y ponerle instantáneamente en condiciones aptas para librar con cualquiera de sus enemigos las más recias batallas y alcanzar las más gloriosas victorias. Esto puede, es verdad; pero los milagros no son ley ordinaria de la Providencia, que si tal fuesen ya no serian milagros. Lo regular y normal en los combates es que se derrote á los enemigos con armas de buen filo y de precisa punteria, aunque alguna vez milagrosamente las haya ganado David con una honda y una piedra, y Sanson arremetiendo con una quijada. Así en la Propaganda y defensa de la Religion, pueden alguna vez mujeres sin letras ó rústicos labriegos confundir, por justo juicio de Dios, con una palabra sola, la altiva sabiduría de grandes oradores y filósofos; empero lo comun es que á la ciencia mala se la conteste con la ciencia buena, que el elocuente sofisma sea rebatido por la elocuente verdad, que al disparatado filosofar de los impíos se oponga la sana y sólida y maciza filosofía de los verdaderos creyentes. Le es, pues, indispensable al cristiano que quiera hacer algo por su fe una regular y competente instruccion.

Regular decimos y competente, porque no á todos se exige en igual grado. Los grandes controversistas católicos que

han de confundir á los famosos heresiarcas, necesitan tesoros de erudicion y ciencia de que puede muy bien prescindir el soldado de más humilde fila. Evidente es, pues, que no todo Propagandista católico ha de saber de su Religion como san Agustin ó santo Tomás, ó ni áun como Balmes ó Donoso Cortés; pero es indudable que el Propagandista católico, si no viene obligado á ser sabio, viene obligado, por lo menos, á no ser ignorante. Necesita, pues, una suma de conocimientos acomodada al carácter y amplitud de los trabajos á que se consagra: mayor suma si la esfera de éstos es mayor, suma más reducida, si ésta es más reducida; pero de todos modos suma siempre proporcionada.

Competente, hemos dicho; y con esto significamos que la instruccion del Propagandista católico ha de ser relacionada con el carácter especial de sus trabajos, es decir, ha de ser instruccion religiosa y de las materias más especialmente ligadas con la Religion. De suerte que no será buen Propagandista católico el seglar, si es solamente buen abogado, excelente médico ó experto químico: porque aún cuando conozca muy bien todo lo relativo á estas profesiones, ignorará sin embargo, si otra cosa no sabe, lo especial y esencial de su profesion de Propagandista.

¿Qué debe, pues, saberse para esta nobilísima profesion?

Primeramente lo que tiene obligacion de saber todo fiel cristiano: el Catecismo. Parecerá que no exigimos gran cosa al pedir que un Propagandista católico sepa bien su Catecismo; mas á tiempos hemos llegado en que ¡ojalá no fuera esto exigencia formidable para una multitud de personas que se llaman y se creen cristianas! Saber el Catecismo, esta es, sí, la primera necesidad: saberlo bien, no decorarlo tan sólo como los chiquitines de la escuela, sino como sabe cada cual las cosas que pertenecen á su profesion ó industria material; como sabe las reglas de su oficio el zapatero, como entiende los principios de su arte el pintor, como conoce la más zafia criada los variados recursos del arte de cocina. Así, así se es buen cristiano, y no de otro modo; como así y no de otro modo se es buen cocinero, artista ó maestro de obra prima. ¡Vergüenza da tener que insistir en tan palmarias verdades! No es posible, pues, ser buen Propagandista si no se empieza

por tener lo que es condicion primaria de todo buen cristiano después de su bautismo; ni será apto para hacerse defensor y predicador de su fe el que tenga de sonrojarse con el feo pecado de no conocerla bien, ni áun para su uso.

Mas no le basta al Propagandista este vulgar conocimiento de la Religion, que obliga á todos los fieles. Debe conocerla más á fondo: debe estar al corriente de cómo se la combate y de cómo se responde á los que la combaten; debe tener muy hojeados los libros de sus más expertos defensores dentro la esfera de su peculiar capacidad. Y para alcanzar todo esto debe leer, debe estudiar, debe informarse, debe ser curioso en preguntar á quien sepa más que él, debe procurar por todos modos allegarse un caudal de conocimientos útiles de que pueda echar mano á cualquier hora, para desvanecer dudas, resolver dificultades, devolver tiro por tiro, confundir blasfemias. Debe sobre todo leer con atencion los periódicos de más sano color (nó los de ambigua ó no bien pronunciada bandera): siguiendo con atencion las fases todas de esa diaria apologética popular, en que vienen tan al vivo reflejados todos los accidentes y peripecias del actual combate de la fe. Debe recoger cuidadosamente las armas que le proporcionan los folletistas católicos á propósito de cada cuestion que se presenta, haciéndose cargo muy luego del pro y del contra de ella, á fin de que pueda sobre ella formarse un criterio propio y personal. Y si con alientos se siente para manejar armas de más peso, fórmese una regular librería de los doce ó veinte autores de más nota que ha producido en nuestro siglo la ciencia católica, y aprenda de memoria sus puntos más importantes y decisivos, y pertréchese bien con ellos y láncese con ellos á pelear. Hemos conocido á un buen menestral que dejó patitiesos más de una vez á incrédulos de carrera, con sólo un regular conocimiento de las obras de Balmes, que nuestro hombre habia leido con mucha atencion. El libro solo de las *Contestaciones* de Segur ha hecho hablar como sabios á más de cuatro pobres trabajadores.

Ni se crea que es necesario inmenso estudio para esa polémica franca y familiar, que es la más usual del Propagandista católico. Nada de eso. Una atenta lectura de las obritas dedicadas á este objeto suele muchas veces bastar.

Primeramente, porque ya no suele ser muy sabio el enemigo con quien tiene que habérselas nuestro guerrillero. ¡Válganos Dios! ¡Si ya apenas se dicen contra nuestra fe más que necias vulgaridades y estúpidas majaderías! En segundo lugar, porque el estudio de la Religion abre y desarrolla de tal suerte las facultades del alma, de quien se ha dicho que era ya naturalmente cristiana, que cuando dicho estudio se ha practicado durante algun tiempo, el mismo natural ingenio suministra razones y argumentos, halla analogías, improvisa respuestas, descubre puntos de vista, con que sin advertirlo se encuentra filósofo quien menos lo pensó. De lo cual tambien nos ha dado repetidos ejemplos la experiencia. Porque la fe bien conocida es ya por sí sola elevadísima filosofía, y tiene resplandores muy vivos, y alumbra con ellos como faro central todos los problemas humanos que se levantan á su rededor. De ella se dice con verdad en los Libros santos que *da sabiduría á los pequeñuelos*.

Mucho se pregona hoy la palabra ilustracion, que ha llegado á ser la moda, ó mejor la eterna manía del presente siglo. Para hablar, pues, como hoy se estila, ilustracion es lo que queremos para el Propagandista católico, ilustracion y nada más. Sea ilustrado con claro conocimiento de su fe; ilustrado en lo que principalmente se refiere á ella. Todas las humanas ciencias tienen un lado especial por el cual se rozan con la que es centro de todas, la ciencia religiosa. Exigir la posesion de ellas á la generalidad de los soldados de la Propaganda católica seria hacer imposible esta tarea, de puro querer hacerla perfecta. Pero pedir que se esté enterado de las principales relaciones que tiene la Religion con los demás conocimientos humanos, no nos parece mucho pedir, y en estos tiempos de Enciclopedia puede fácilmente conseguirse. Ved (y concluyamos) lo que acontece con la política. De tal manera se ha desarrollado la malhadada aficion á ella, que casi todo el mundo tiene el mal gusto de hacer del político, siquiera un rato cada dia. Y en fuerza de esta aficion son muchos, muchísimos los que sin ser sabios han llegado á ilustrarse tanto en esta materia, que cualquiera cuestion os la tratan y resuelven en un dos por tres como verdaderos

maestros. Conocen los nombres é historia de los personajes; están en el intringulis del juego de los partidos; clasifican y califican y pronostican con aplomo sin igual los públicos sucesos; tienen conviccion arraigada sobre varios y sutiles puntos de derecho público, y esta conviccion saben exponerla y defenderla y propagarla con discrecion y valentía. ¿Cómo se han hecho así de repente políticos todos esos? ¿Quereis saberlo? Empezaron á aficionarse á eso, leyeron con atencion su periódico, terciaron en conversaciones, y han acabado por lo que veis.

No quisiera, á fe, para el Propagándista católico la petulante erudicion de café que ostentan la mayor parte de nuestros políticos á la violeta. Pero sí quisiera que en el estudio de la Religion, para ser muy ilustrados en ella, les imitasen el procedimiento. Que leyesen, que estudiasen, que trabasen sobre ella sana y frecuente conversacion, que consultasen, y que fuesen tomando aficion á estas materias y haciéndose en ellas conviccion propia. Las amarian cuanto más las harian suyas, y las tratarian y defenderian como se tratan y defienden todas las cosas á que se tiene verdadero amor. ¿Por qué ha de haber tantos que sepan perorar en favor ó en contra de los planes del Gobierno, y ha de haber tan pocos que entiendan de la defensa de Jesucristo y de su soberana ley?

IX.

Del espíritu de fe, que debe ser otra de las principales virtudes del Propagandista católico.

La más señalada entre las cualidades que han de caracterizar al buen Propagandista católico, si quiere de veras serlo, es indudablemente la que se conoce con el nombre de *espíritu de fe*.

Se entiende por espíritu de fe lo que podriamos llamar cierta influencia viva, eficaz y perseverante de la virtud de

la fe en todas nuestras acciones; la fe vivificándolas y animándolas y encendiéndolas y dirigiéndolas todas; el hábito constante de nunca obrar ni dejar de obrar sino por un motivo relacionado con los intereses de la gloria de Dios ó de nuestras almas. Está como formulada esta virtud en aquellas palabras del Apóstol: «Ya sea que comais, ya sea que bebais ó hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios.»

Si bien se mira, el espíritu de fe es la condicion esencial de todas las obras para que sean cristianamente buenas. Sin ella nada son en el órden sobrenatural ó cristiano los mayores actos de abnegacion que se lleven á cabo; con ella son excelentísimas hasta las obras más vulgares y triviales, hasta las que apenas advierte el mismo que las ejecuta, hasta la menor palabra que se suelta ó que con determinado fin se calla, hasta el más desconocido deseo que se esconde en los últimos senos del corazon, hasta la materialidad de los actos más ordinarios de la existencia física, hasta el comer, hasta el dormir, hasta el respirar. Tener espíritu de fe es para las acciones todas, en cuanto á su sér moral, lo que el espíritu de vida para las acciones todas del sér fisiológico. Así como el alma está en nuestro cuerpo compenetrándolo todo y vivificándolo todo y haciendo sentir en todo él su accion, así en los órganos más nobles, cuales son el cerebro y el corazon, como en las partes en apariencias más viles, cuales son las uñas ó el pelo; así como todo el hombre es hombre por su alma, y sin su alma deja al punto de ser hombre, y á su alma debe el vigor de todas sus operaciones y su incorrupcion y su crecimiento; de igual suerte el espíritu de fe (que en este sentido llega á identificarse con la gracia santificante) es la interior alma del sér sobrenatural; por ella se vive y se medra y se merece en este órden divino de operaciones; ella las hace provechosas para el tiempo y para la eternidad, fecundas acá en verdaderos resultados prácticos de apostolado, fecundas allá en divinas recompensas.

Ahora bien. ¿Cómo se obtiene el espíritu de fe? En primer lugar, empezando por tener fe, es decir, por creer fiel y exactamente é íntegramente cuanto enseña la Iglesia católica, apostólica, romana; amando todo lo que ella ama; con-

denando todo lo que ella condena; sintiendo como ella siente; teniendo por los hombres y por las cosas y por las ideas, áun fuera de la órbita estricta de lo dogmático, sus mismas preferencias y simpatías, sus mismos recelos y prevenciones. Porque claro está que no se tendrá espíritu de fe, si no se tiene la sustancia de la fe misma, esto es, el acto de creer, que viene á ser su base y fundamento.

Pero se puede tener fe, y es muy comun tenerla, sin tener aún lo que recomendamos aquí como espíritu de fe. Este se obtiene cuando no solamente se cree, sí que se hace de este creer el *primum movens* y la razon inmediata de todo nuestro pensar, hablar, callar y obrar ó dejar de obrar. Esto se consigue cuando, por una viva reflexion de la inteligencia y por una resuelta determinacion de la voluntad, nos proponemos hacer de los motivos religiosos el único ó por lo menos principalísimo resorte de todos nuestros procedimientos, no queriendo cosa alguna sino en cuanto los favorece, y no desdeñando cosa alguna sino en cuanto les es indiferente, y no aborreciendo cosa alguna sino en cuanto les es contraria. Todas las cosas de este mundo, áun las que parecen más indiferentes al movimiento religioso, pueden tener uno ó varios lados por los que están en relacion con la fe, y con los cuales la ayudan ó contrarian. Pues bien. Se tiene espíritu de fe cuando á todas las cosas se mira principalmente por el lado segun el cual contrarian ó favorecen á esta fe: siendo ésta la razon decisiva en nosotros para quererlas ó aborrecerlas, para secundarlas ó combatirlas. Espíritu de fe es juzgar siempre de todo con esta principal piedra de toque, haciendo de ella el regulador de nuestras simpatías ó antipatías en órden á todo lo que vemos pasar ante nuestros ojos.

Expuesta la doctrina, vengamos á los ejemplos, que este es el fuerte de nuestra retórica popular. Uno solo nos bastará.

No es tan abstracto y tan del otro mundo eso del espíritu de fe, como sin duda ha empezado á figurárselo alguno de nuestros lectores. Ni es solamente virtud allá de místicos y contemplativos. Antes es cosa muy casera y usual, y que (vamos al decir) se nos mete todos los días entre piés, y la traemos casi cada momento entre manos. Sólo que da la maldita casualidad de que es el espíritu de fe mundano y

terreno ó, como diria el Apóstol, animal. Mas, si para esas cosas tenemos espíritu de fe, lógico será deducir que lo podemos tener tambien para otras, sólo con cambiar la aplicacion de él; sólo con dar, por decirlo asi, blanco más alto á nuestra puntería.

En efecto. ¿Qué es lo que le hace á aquel hombre tan activo y emprendedor? Vedle: es un comerciante. Tiene espíritu de fe en su negocio y en nada más. Los intereses comerciales lo son todo para él, y á ellos lo subordina todo, y segun ellos todo lo mide y avalora. Las peripecias mil de la política, la caida de los tronos, las grandes catástrofes sociales, las guerras y epidemias, los cambios de clima ó de estacion, todo lo reduce él á un solo criterio, todo lo mira él bajo un solo aspecto. ¿Favorecerá ó no favorecerá esto al ramo especial de sus operaciones mercantiles? ¿Hará subir ó bajar todo esto unos céntimos el precio de sus granos, vinos ó manufacturas? Para él no es más el mundo que una lonja ó bazar, y los hombres no representan en él otro papel que el de compradores y vendedores. Comiendo y descansando, en familia y en el casino y en el teatro, no es otro su pensamiento, ni es otra su conversacion. ¡Qué sacrificios le cuesta! ¡Qué fatigas y sudores! ¡Qué desazones y desabrimientos! Si se casa, pone la intencion principal en que se aporte la novia buen dote ó buenas relaciones para el desarrollo de su comercio. Tiene hijos, y lo primero que le ocurre es que han de ser un dia los que le secunden en él, y para eso los educa y los enseña. ¡Ah! Este hombre, decimos, es un buen comerciante, es un verdadero comerciante, porque todo él es comerciante. Ha hecho del comercio su único ideal, su pensamiento único, el sér de toda su vida, y todo lo mira por este lado, que es para él único y exclusivo. ¡Ojalá no lo sea tanto que le llegue á hacer perder de vista hasta los más graves, los más importantes negocios de su eterna salvacion!

Lo que del comerciante hemos aquí ligeramente reseñado, repítalo cada cual por su cuenta aplicándolo al militar, que no vive ni muere más que por sus grados y condecoraciones; al literato y al artista, que no sueñan más que en fama, en lauros académicos, ó en ver agotada luego la edicion ó vendido el cuadro; al estudioso investigador, que no come ni

duerme ni tiene paz hasta dar alcance al codiciado invento; á la hermosa casquivana, cuyos únicos desvelos son los triunfos del gran mundo, dar la ley del buen tono y de la moda, brillar, sobresalir, eclipsar. Ved si todos éstos no tienen profundo y arraigadísimo espíritu de fe en el especial objeto, elevado ó frívolo, á que han consagrado su vida. Espíritu de fe, de ardiente fe, de tenaz é inquebrantable fe, que frecuentemente los hace héroes de ella y hasta alguna vez mártires.

¡Y decid luego que es cosa rara el espíritu de fe, cuando tan á cada paso nos asombran ejemplos de ella! Decid más bien que no se sabe ó que no se quiere hacer por Dios y por la verdad lo que tan fácil y comunmente se hace por el mundo y por sus mentiras. De esta fe viva, de este espíritu de fe ha dicho el Salvador, que quien lo tuviese como un grano de mostaza trasladaria, con sólo querer, de un punto á otro las montañas. ¡Magnífica ponderacion que expresa todo el valor y eficacia del espíritu de fe! Sí, tambien en lo humano acontece algo de eso. Mirad qué montañas conmueve y traslada la humana ambicion, qué montañas vence el talento, qué montañas traspone la codicia, qué montañas rinde cualquier enérgica pasion. La fe en el dinero, en el saber, en la política, humillan y aplanan cada dia esas montañas. ¡Ah! ¡Qué montañas no arrollaríamos en el campo de la Propaganda católica si tuviésemos un grano, un átomo tan sólo de esta enérgica celestial dinamita que se llama espíritu de fe!

X.

Del sumo horror á la herejía que debe caracterizar al buen Propagandista.

El espíritu de fe, de que hablábamos en el capítulo anterior, trae consigo otra virtud muy importante y de la que no puede en modo alguno carecer el buen Propagandista católico. Es el sumo horror á la herejía. Virtud rara en nuestros

tiempos, en que tanto privan las ideas de falsa tolerancia en mal hora importadas por el moderno racionalismo; virtud que por lo mismo es necesario predicar hoy más que nunca, dando claramente á conocer como en ella, y no en la tolerancia revolucionaria, se contiene el espíritu y quinta esencia de la verdadera caridad.

Se debe tener odio sumo á la herejía, por lo mismo que se debe tener amor sumo á la verdad. A nadie escandalice la palabra odio que hemos empleado, porque es la propia que en este caso debe emplearse, y la estrictamente cristiana. No sabe odiar de veras sino quien de veras sabe amar. Amor y odio bien dirigidos no son en el fondo dos afecciones distintas, aunque á primera vista lo parezcan; son dos aspectos distintos de una sola nobilísima pasion. Si á nosotros mismos nos examinamos, verémos que no nos es posible querer con mediano ardor un objeto físico, moral ó intelectual, sin que al momento y simultáneamente sintamos viva repulsion contra aquello que directa ó indirectamente tiende á destruir ese objeto que ardientemente queremos. El santo amor á Dios se confunde con el odio no menos santo al pecado: el nobilísimo amor á la patria es en el fondo un conjunto de odios varoniles á todo lo que tienda á oprimirla ó envilecerla: amad á una madre, á una esposa ó á un hermano ó simplemente á un amigo, y será imposible no sintais en vuestro corazon ira y coraje contra los que persigan ó maltraten ó de cualquier modo ofendan á la madre, á la esposa, al hermano ó al amigo.

¿Por qué, pues, ¡válgame el cielo! se quiere que únicamente en asuntos de Religion amemos sin odiar? ¿Sabeis por qué? Porque únicamente en cosas de Religion se hace gala por algunos de un amor tan extravagante y platónico que nada tiene de verdadero amor. Creen muchos amar á la Religion, sólo porque no sienten contra ella la aversion propia de los enemigos declarados; creen que eso es amor, cuando no es más que indiferencia, ó á lo más tributo de ceremoniosa cortesía. ¡Ah! ¡si fuese amor, si fuese verdadero amor! Andaria entonces acompañado de su natural é inseparable correlativo, que es el odio. ¿No sienten ese odio? desengáñense y sean filósofos siquiera esta vez. Es que no tienen el verdadero amor.

Vamos á verlo en la historia.

Decidle á un martir: «Está bien: adora á Jesucristo y reconócele por único verdadero Dios. Mas no llames demonios á los ídolos; no los escupas, no arrojes á sus falsos ministros denuestos que te van á costar la vida.» «¡Imposible! (os dirá el héroe). Si amo ardientemente á mi Señor Jesucristo, ¿cómo quereis que me contenga ante el vano simulacro que le usurpa su adoracion?»

Preguntad á un español de nuestros siglos de reconquista: «¿Por qué hablar así del moro y del judío? ¿No son hombres como tú? ¿No son tus prójimos y hermanos?—¡Ah! sí (os dirá), prójimos son, hermanos son; pero son la raza enemiga de mi raza; son la nacionalidad opresora de mi nacionalidad. Las injurias privadas puedo y debo perdonarlas, pero el oprobio de mi patria y de mi fe me está gritando contra sus eternos verdugos odio y guerra sin cuartel.»

Nuestros mayores de los siglos XVI y XVII eran caballeros, galantes, generosos, pródigos de su bolsa, de su sangre y de su vida en favor de cualquier desvalido que solicitase su proteccion. De puro caballeresco que era entonces nuestro carácter nacional, se le ha acusado de quijotismo por quienes nunca acertaron á comprenderlo. Léase nuestro antiguo teatro, hojéense nuestras novelas, estúdiese todo nuestro estado social en aquellos siglos. Magnanimidad y nobleza de corazon como aquélla no la ha tenido otra época del mundo. Sin embargo, lo digo sin rebozo: aquellos españoles parecen crueles, mirados á la luz de las ideas de hoy. Daban su vida por su honra y por su fe sin reparo alguno; pero tambien sin reparo alguno la quitaban ó la veían quitar. ¿Adivinais el secreto de esta aparente contradiccion? No es tal contradiccion, es perfecta identidad de sentimientos sólo al parecer encontrados. Eran crueles en exigir la vida ajena, como eran pródigos en dar la suya propia, porque el odio á una cosa era igual en ellos al amor que tenian á su contraria. Porque el amor á su patria y á su honra y á su fe tocaba los límites de un culto sublime, por eso el odio á lo que manchase su fe, su honra ó su patria era sublimemente cruel en aquellos varoniles corazones templados al fuego de tan heroicos sentimientos. Exageraciones habia tal vez, por esto no siempre

BIBLIOTECA

eran irreprensibles sus actos: mas ¡quién pudiese dar algo de aquel fiero temple de hierro á los miserables corazones de hoy!

Aun en nuestro mismo siglo, España ha ofrecido al mundo ejemplos heroicos de eso, porque España ha sido la última en sucumbir al influjo degradante de la Revolucion. En nuestra guerra de la Independencia, los nombres de francés y de afrancesado eran nombres de maldicion y de horror para la mayor parte de los hijos de este suelo. El francés y el afrancesado eran odiados por nuestros buenos padres y madres, con odio de que no hay ejemplo en ningun pueblo moderno; y cuanto más sanos y de más buenas entrañas y más piadosos eran nuestros padres y madres, tanto al francés y al afrancesado les odiaban más y mejor. ¡Qué mucho si en el francés y en el afrancesado no veian ellos al hombre, sino al enemigo de su Dios, de su patria y de su rey! Y ¡qué mucho si odiaban con todo el amor que tenian á su rey, á su patria y á su Dios! Odiaban con este amor: la frase parece absurda; no obstante es de gráfica exactitud. El mucho amor era en ellos lo que odiaba y nada más.

Pues bien: hé aquí la medida del horror y odio que debe tener el Propagandista católico á la herejía. Debe odiar á ésta como debe amar á la verdad. Es herejía (generalmente hablando) toda doctrina opuesta á la doctrina católica. Donde se vea, pues, oposicion á esta doctrina ó divergencia de ella, allí entra de lleno para el católico la obligacion de detestar y aborrecer.

Mas repárese bien. No debe ser éste un odio en abstracto, digámoslo así, ó puramente ideal. Nó, sino odio formal, concreto, como se tiene por todos los hombres á las demás cosas que detestan éstos y aborrecen. Odio á las doctrinas falsas; odio á los libros que las enseñan; odio á los periódicos que las propalan; odio á los lugares que las cobijan; odio á los centros de donde se desparraman; odio á las leyes que no las reprimen; odio á las instituciones que las autorizan. Y el odio debe por igual razon extenderse á todos los antecedentes y consiguientes y á todas las afinidades del error, como exactamente nos sucede con el amor, segun aquello del viejo proverbio: «Quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su

can.» Porque sin perjuicio de la caridad, que nos manda procurar la conversion de los enemigos de la fe y tenderles una mano bondadosa cuando nos la pidan ó la necesiten para salir de su mal estado, la misma caridad nos obliga á combatirlos en todos terrenos mientras son portaestandartes de la herejía ó fautores de ella, no perdonando medio para desautorizarlos y quitarles toda influencia para con nuestros hermanos, hasta anularlos si es posible, ó por lo menos hasta lograr que no les haga caso el pueblo fiel. Pues aunque sean, como son, nuestros prójimos, tambien lo son los demás á quienes ellos pretenden engañar y á quienes nosotros hemos de preservar del engaño. Y en todo caso, prójimo por prójimo, ¿quién hay que lo sea tanto como la verdad, que es la primogénita de Dios? Ella debe ser, pues, la privilegiada en el derecho á nuestra caridad.

Que no lo comprende así nuestro siglo, harto lo vemos y palpamos por desgracia. Mas ésta es precisamente poderosísima razon para que nosotros lo veamos muy de otra manera.

La fe de muchos católicos de hoy (que en eso no lo son) no es tal fe, es simplemente humana conviccion. Y áun ni á eso llega, porque áun las solas humanas convicciones dan al hombre una entereza que los tales no suelen tener. No son, pues, ni humanas convicciones las suyas; quédanse tal vez en la categoría de flojas y vacilantes opiniones. ¡Infelices tocados de la lepra general! ¡Creen, pero sin atreverse á decir que sea falso lo que en oposicion á ellos creen sus enemigos! Y el hombre que á boca llena no puede decir que lo que cree su enemigo en Religion es mentira, es evidente que no tiene la seguridad completa de que lo suyo sea verdad. Por donde no es buen católico el que no cree que son malas y perversas doctrinas todas las que se predican contra el Catolicismo; ni es buen católico el que como malas y perversas no las detesta y odia; ni es buen católico el que este odio y horror no procura mostrar en todo el conjunto de sus pensamientos, palabras y obras en materia de Religion. Porque no reconoce la verdad, si en lo opuesto á ella no reconoce la mentira; ni siente amor alguno á la primera, si juntamente con él no experimenta el odio santo que debe á la segunda.

Un pensamiento para concluir. Dios es sumo amor. Y porque es sumo amor, Dios es (no se escandalicen mis lectores) odio sumo. Infinitamente odia, porque infinitamente ama. Por eso es eterno el cielo, porque es obra de su infinito amor en favor de sus criaturas fieles; por eso es eterno el infierno, porque es obra de su odio infinito al pecado y al que muere en él.

Amad, pues, hasta donde ama Dios, en cuanto quepa en la pequeñez vuestra; y en consecuencia aborreced como El aborrece y todo lo que Él aborrece. Sereis con eso dignos soldados de su Nombre y de su fe, verdaderos Propagandistas católicos.

XI.

De una de las principales aplicaciones de ese espíritu de fe, que debe ser la sana y bien comprendida intransigencia.

Lo que se anatematiza y aborrece tanto hoy dia por el Liberalismo y sus afines con el feo nombre de intransigencia, es nada menos que la aplicacion práctica y concreta del espíritu de fe y del odio á la herejía, que hemos venido predicando en los capitulos anteriores como virtudes fundamentales del Propagandista católico. Debe ser, pues, solidísima y excelentísima virtud suya la intransigencia, y vamos, con el favor de Dios, á dejarlo evidenciado á nuestros lectores.

¿Qué es intransigencia? ¿Qué es ser intransigente? Aunque parezca perogrullada, podemos decir que ser intransigente significa no transigir. Ahora bien. No transigir es querer para la verdad todo el derecho suyo, y no admitir ningun derecho ni sombra de él para el error; es profesar la verdad toda sin mutilacion ni atenuaciones; es detestar del error hasta los más ligeros resabios, y negarse con él hasta á las más insignificantes complacencias. ¿Es esto malo ó es bue-

no? Paréceme que con esta sola pregunta puede resolverse ya toda la cuestion.

Si bien lo examinamos, lo que se llama intransigencia no es más que una cualidad que si se llamase con otros nombres y se aplicase á distintos objetos que á los de Religion, no dejaria de ser tenida por todos como nobilísima y muy recomendable. Es el caso tan frecuente de una cosa que se condena en nosotros sólo por ser de nosotros y porque la ponemos al servicio de la Religion; al paso que se aplaude siempre y cuando no aparece directamente empleada en tan elevado objeto.

Un mártir de cualquier época es siempre un testarudo intransigente, como que da su sangre y su vida por no transigir con lo que cree opuesto á su fe. Cosa gloriosísima es el martirio; ¿quién diria, no obstante, que se le pudiese llamar tambien con el tan odioso nombre de intransigencia?

En la defensa de la patria se llamaria la intransigencia *noble entereza* y nada más. Guzman el Bueno, dejando matar á su hijo antes que entregar al moro la ciudad confiada a su honor, no es más si bien se mira que un fiero y ridículo intransigente. Es verdad que en su tiempo lo eran casi todos los españoles.

En la terminología de los partidos políticos, hoy tan en boga, hay un vocablo de que todos hacen continuo alarde, aunque por lo regular más á menudo lo hagan del vocablo que de la cosa misma por él significada. Es el vocablo *consecuencia*. Miradlo bien: todos quieren ser consecuentes. Y para mutuamente denostarse y avergonzarse los hombres del dia sólo se echan en cara el mote de inconsecuentes. Y sin embargo, ¿quién lo diria? ser consecuente es simplemente ser intransigente.

¿Qué sacamos de ahí? Sacamos que así como dice el refran que *debajo de una mala capa puede haber un buen bebedor*, así bajo el disfraz de tan ruin y abominable palabrota puede que se esconda alguna importantísima virtud. Y ¿cómo si se esconde? Precisamente porque la han olido y rastreado ahí, la están ladrando sin cesar con tan incansable fiereza los mastines y podencos de la Revolucion. Que harto entienden ellos, husmeando con su diabólico instinto, cuál

es de todas las cosas nuestras la que más le conviene apostrofar. ¡Así conociéramos nosotros siempre, por este soldato, cuáles son las que con mayor y más perseverante firmeza nos conviene sostener!

Mas, definamos al fin, ¿qué es intransigencia?

Lo dicho. La intransigencia es la rígida y estricta consecuencia en la verdad católica y en la divina ley. Vaya ahora un poco de lógica estudiantil. Consecuencia recta es la que rectamente se deriva de un antecedente. Intransigencia, pues, es sostenerse en esta linea recta que forma el consiguiente derivándose de su antecedente. Así como al revés: toda transaccion es un falso silogismo por medio del cual de antecedente blanco, por ejemplo, se pretende sacar consecuencia negra, ó por lo menos consecuencia gris. ¡Cuánto sofista, polilla y zizaña del campo católico, anda hoy hilvanando entimemas y silogismos por este tenor!

Más claro aún y para salirnos de reminiscencias escolásticas que no todos nuestros lectores pueden entender. Intransigencia es, ¿sabeis qué? Es la verdad y la franqueza y la constancia del *sí* ó del *nó*. Un *sí* ó un *nó*, con verdad pensados, con franqueza declarados y con tenaz perseverancia sostenidos, hé aquí la esencia del bravo intransigente. No un *sí* que parezca un *nó*, ó un *nó* que mirado á cierta luz pueda tomarse por un *sí*; que este es el equilibrio de los transigentes y componedores; sino un *sí* que de veras lo sea, y un *nó* que no sea de burlas. Ahí está todo, y no hay más que pedir. Dadme un hombre que diga claro y entero *sí* á todo lo que debe decirlo, y que eche un claro y redondo *nó* á todo lo que debe echarlo; que lo diga siempre y en todas partes, en presencia de amigos y de enemigos; que lo diga cuando pueda favorecerle como cuando pueda perjudicarle; que lo diga gustando al prójimo ó disgustándole, sin otros respetos ó consideraciones que los debidos á la verdad, en nada opuestos á los de la verdadera y legítima caridad, dadme un hombre así, y el mundo que en cualquier otra materia le llamará héroe, en Propaganda católica le llamará con el apodo de intransigente. ¡Qué importa! Pese á los apodos y á los apodistas, cada cada cosa es lo que es, y no lo que miente el apodo, que en esto ni llega á mentir.

Vamos aún más al caso:

Hay en el siglo actual un programa completo de cuestiones religiosas y sociales, en que todos los sanos católicos invariablemente disentimos de los liberales ó racionalistas. Programa completo de cuestiones, en cada una de las cuales donde nosotros decimos *sí*, ellos dicen invariablemente *nó*; donde nosotros decimos *nó*, ellos dicen invariablemente *sí*. Pues bien: primera regla concreta de la intransigencia católica para el buen Propagandista: que su *sí* sea en todas estas cuestiones un verdadero *sí*, que su *nó* sea en todas ellas un verdadero *nó*. Segunda regla: que su *sí* sea siempre tan absoluto y firme, como es el *nó* de su contrario; y su *nó* tan resuelto y sin neblinas ni celajes, como el *sí* racionalista al que ha de contestar. Meditad algo sobre estos principios y su aplicacion: ¿no es verdad que no os va pareciendo ya tan fuera del caso la santa virtud de la intransigencia?

Mas hora es ya de concluir este punto, y lo haremos con un breve resúmen. Ser intransigente es admitir de lleno, no á medias, toda la verdad; y de lleno, no á medias, declararse por ella. Ser intransigente es no renunciar á partecilla alguna de esta verdad, no menoscabarla con rebuscadas atenuaciones, no contrapesarla con artificiosos equilibrios. Ser intransigente es aceptar no sólo la verdad, sino todas sus consecuencias teóricas y prácticas (sobre todo las prácticas, entended bien), arrostrándolas todas por duras que le sean al amor propio ó al respeto ajeno; proclamándolas todas por odiosidad que acarreen ó por sacrificios que impongan. Ser intransigente es padecer por la verdad si el profesarla exige padecimientos propios; es mortificar ó herir con ella si con ella es preciso que otros salgan heridos ó mortificados. Es en suma quererla como á Dios, más que á todas las cosas; y aborrecer lo que á ella se oponga, como se deben aborrecer todas las cosas que se oponen á Dios. Su fundamento, si bien lo miramos, estriba todo en el primero de los preceptos de la divina Ley.

¡Qué bellas frases ha publicado á propósito de esto un periódico de los sanos, y cómo concuerdan con las ideas que sobre lo mismo acabo de desarrollar! Oid, oid, cómo se expresa un moderno apologista francés. Ved cuán admirable-

mente ha retratado la intransigencia católica y su reverso la falsa caridad:

«El que ama la verdad (dice) detesta el error. Esta detestacion del error es la piedra de toque en que se reconoce el amor á la verdad. Si no amais la verdad, podeis hasta cierto punto decir que la amais, y hasta hacerlo creer, pero estad seguros que en este caso os faltará el horror á lo falso, y este signo demostrará que no amais la verdad.

«Cuando un hombre que amaba la verdad deja de amarla, no empieza por declarar su defeccion, comienza por detestar menos al error. Esto le vende.

«Las complacencias secretas forman una de las partes más ignoradas de la historia del mundo.

«Cuando un hombre pierde el amor á la doctrina, buena ó mala, que profesaba, ordinariamente conserva el símbolo externo de esa doctrina; sólo pierde la aversion á las doctrinas contrarias á aquélla.

«Para medir la amistad de Pablo á Pedro no pregunteis sólo cómo se porta Pablo con Pedro: preguntad cómo trata Pablo á los enemigos de Pedro, cómo se duele de la injusticia que se comete contra Pedro. Aquí está el secreto.

«¡Tratad de figuraros un Santo que no tenga horror al pecado! La sola idea de tal Santo es ridícula. Y, sin embargo, así es como el mundo se figura hoy al cristiano que se ha de canonizar. El santo verdadero tiene caridad; pero es una caridad terrible, que arde y que devora; una caridad que detesta el mal, porque *quiere* la curacion.

«El santo que el mundo se figura deberia tener una caridad melosa, que bendijera á cualquiera y á cualquier cosa, en cualquiera ocasion. El santo que el mundo se figura sonreiria al error, al pecado, á todos y á todo. Ni tendria indignacion, ni profundidad, ni elevacion, ni mirada penetrante para sondear los abismos. Seria benigno, benévolo, dulzachon para el enfermo é indulgente con la enfermedad. Si quereis ser un santo así, el mundo os amará y dirá que de esta manera haceis amar el Cristianismo.

«El mundo, que tiene diabólico instinto, no pide nunca que se abandone la cosa que sostenemos; pide sólo que se pacte con la cosa contraria. Y entonces declara que le haceis

amar la Religion, es decir, que le sois agradable, puesto que dejais de ser una reprension para él.»

Son pinceladas maestras, tan brillantes como llenas de profunda verdad. Esto es la intransigencia.

XII.

De la verdadera caridad que debe animar en todos sus actos al Propagandista católico.

Íntimamente relacionado con las materias que en los últimos capítulos hemos venido tratando anda por ahí el tema de la caridad. Palabra santa, concepto sublime que á todas horas se invoca contra nosotros, como si la fineza de la caridad fuese incompatible con la firmeza de la fe; ó como si nosotros tuviésemos en menos la primera, ante la inflexibilidad y severa intransigencia de la segunda. Vamos hoy á sosegar estos escrúpulos, si en alguno lo son; ó á rasgar estos disfraces, si en algun otro lo fuesen, como por más seguro tenemos.

El tan conocido apotegma *In omnibus charitas* lo teníamos muy conocido años há, antes de que empezasen á echárnoslo continuamente en rostro los enemigos de la fe católica, y en consecuencia de todas las virtudes, y consiguientemente de la misma caridad. Otra sentencia sabemos todavía de más alto origen, de más irrecusable autoridad, que viene á decir lo mismo y áun lo formula de un modo más categórico. Es la de san Pablo: *Omnia vestra in charitate fiant:* «Haced todas vuestras cosas segun ley de caridad. *(I Corint.* XVI, 14).» Texto que si bien suele entenderse, segun los intérpretes, del principio sobrenatural de amor de Dios que debe animar todas las obras cristianas, no excluye sin embargo el sentido de amor para con nuestros prójimos que queremos admitirle aquí.

Pero ¿en qué consiste la caridad? Estamos por decir que ninguno de los conceptos de la Religion sufre tan á menudo la falsificacion naturalista como el de que aquí tratamos. Caridad es para muchos no más que una cierta blandura y suavidad de carácter, y el fin único de ella parece ser darle gusto al prójimo en todas las cosas, y en ninguna hacerle contradiccion. Es la caridad para los tales una como espiritual cortesía dedicada á suavizar asperezas, templar rigores, ocultar ó disimular deformidades, hacer ameno y simpático el trato social, cubrir de miel y almibar todas las obras divinas, y humanas, formar del mundo pecador una como mística Arcadia en que no se oyen más que églogas é idilios, en que todo son deliquios de amor fraternal, corrientes de atraccion y simpatía, todo blando, tierno, mantecoso, sentimental, arrullador. Este ideal racionalista de la caridad es falso por su base, porque es contrario absolutamente á la realidad. Después del pecado original, el estado natural del hombre sobre la tierra es el estado de guerra. Guerra ha de llevar el cristiano consigo mismo para ser bueno; guerra con sus hermanos para que no le hagan malo á él, ó para salvar de la seduccion á su prójimo. La contradiccion, la antítesis, son la ley de la existencia humana desde el paraíso acá. No es, pues, caridad, sino falsa paz la que aquí se pregona; falsa paz del hombre consigo mismo, falsa paz del hombre con sus semejantes.

¿Qué es, pues, caridad? Acudamos á quien lo sabe, que es el Catecismo, código de la más fundamental filosofía. «Caridad, dice, es virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos por amor de Dios.» Esta definicion nos dice que caridad es amor. Pero amor sobrenatural, es decir, amor cristiano, amor que reconozca por motivo la ley de Dios, y por fin la gloria de Dios, y por medios los únicamente prescritos para la consecucion de este fin por el mismo Dios.

Ahora bien. Este amor ¿quién lo duda? no siempre es agasajo, no siempre es caricia. Algunas veces, muchísimas veces, las más de las veces es dureza y severidad. No hay amor en la tierra como el de un buen padre, y sin embargo el amor de un buen padre es de tal naturaleza que muy fre-

cuentemente aflige y hace derramar lágrimas á sus hijos. *Amare est velle bonum,* dice la filosofía. Si para el bien de un hijo es preciso someterle á sujecion y castigo, ¿quién duda que se le ama, y mucho, cuando se le hace llorar y patear por no consentirle un extravío? Como se ama mucho al enfermo á quien con el bisturí se saja las carnes ó se amputa un miembro, y fuera no amarle dejar de hacerle esta dolorosa operacion que él resiste con gritos y llantos; así en el órden moral es obra de amor verdadero ó sea de verdadera caridad disgustarle al prójimo cuando para el divino servicio, ó para su bien ó para el bien comun, se le debe disgustar, herirle cuando se le debe herir.

Mi vecino es un mal hombre, y no se contenta con serlo, sino que con palabras y obras induce á que lo sean otros incautos que fian en su aparente honradez. Mi deber de caridad no es ayudar al tal lobo á conservar sus funestas apariencias de oveja, sino al revés, mi deber de caridad es decirles á las ovejas bonachonas que se entregan á él: «Mirad, éste es lobo que os quiere perder.» Y puedo y debo en interés de la verdad y para la salvacion de mis hermanos desmentir sus máximas, aunque rabie él; descubrir sus trampas, aunque eso le avergüence y sonroje; hacer públicas sus hipocresías, aunque así caiga su reputacion; delatarle como embaucador al tribunal de las gentes honradas, ya que hoy por desdicha apenas hay otro tribunal para tales excesos. Puedo y debo desautorizarle con mis escritos, ponerle en ridículo con mis sátiras, hacerle aborrecible con mis invectivas, anularle, hundirle en el concepto público con mi Propaganda. Y todo eso aunque ponga el grito en el cielo ó en el infierno el infeliz; aunque sufra, aunque se queje de mi falta de caridad, aunque queden menoscabados sus intereses, aunque por mi tenaz contradiccion llegase á enfermar, aunque de puro irritado perdiese la vida. Sí, señor; y en todo esto que yo ocasionase, nó por odio al hombre, sino en justa defensa de la verdad por él atacada, y de mis hermanos por él seducidos, no habria falta alguna contra la caridad, sino acto de excelentísima caridad. Y si fuese yo vejado por esta mi conducta, seria yo mártir de la caridad. Faltaria á ella si por humano respeto, ó por consideracion de amistad, ó por

lástima al impostor, ó por no perjudicarle en su fama ó intereses me callase debiendo hablar, ó hablase manso debiendo vociferar recio, ó atenuase los cargos debiendo presentarlos en todo su horror y crudeza. Ni Dios, ni la verdad, ni el prójimo me agradecerían esta indigna caridad, indigna del hombre leal, indigna del buen cristiano.

De consiguiente, si para lograr el fin último de la verdadera caridad, que consiste en el servicio *verdadero* de Dios y en el provecho *verdadero* de mis hermanos, conviene que me muestre duro con ellos, esta dureza es caridad; si conviene para aterrarlos la acerada invectiva de que tantos ejemplos nos han dejado los santos Padres, esta acerada invectiva es caridad; si conviene la sátira mordaz que despelleja como un azote, sátira á latigazos que tantas veces emplearon estos mismos santos Padres, esta sátira que cruje y despelleja como un látigo es caridad. Si conviene revelar flaquezas, es caridad revelarlas; si conviene sacar á la vergüenza ocultas fechorías, es caridad hacer enmudecer al hereje con ellas; si conviene herir y derribar altivas reputaciones, es caridad revolcarlas en el polvo; si conviene lastimar honras é intereses, es caridad no respetar honras ni intereses. En este *si conviene* cristianamente entendido, y segun lo que se llama en teología moral *moderamen inculpatæ tutelæ*, está el secreto regulador de la verdadera y sólida caridad.

Dura parece esta doctrina, pero aparte de que diez y nueve siglos há la enseña y practica el Catolicismo, áun en lo humano no se la encuentra sino muy lícita y natural. Honroso es en buena guerra hacer todo el daño posible al enemigo, y por todos los medios posibles destruírle ó por lo menos imposibilitarle: y se hace esto con mucha honra y sin falta alguna de la conciencia. Así cuando lo exige una guerra justa se talan los campos, se incendian las casas, se arrebatan los bienes. Y el brazo que hiere y que tales destrozos causa puede muy bien ser el brazo de un hombre de gran caridad, puede ser el de un santo como san Fernando de Castilla, ó como san Luis de Francia, ó como san Estéban de Hungría, o como san Canuto de Dinamarca, ó como san Eduardo de Inglaterra, ó como otros ciento y mil que guerreros fueron, y blandiendo espada y acaudillando ejércitos se ganaron la corona celestial.

¡Válgales Barrabás por caritativos á no pocos católicos de hoy! Su caridad es tan manca que empieza por dejar abandonados y sacrificados á su sentimental humanitarismo los supremos intereses de la verdad. Bien se ve no les inspira esta bastarda caridad la ley del Evangelio, sino el naturalismo revolucionario. Créense tal vez ser caritativos, cuando no son más que filántropos y sensibleristas á lo Rousseau. Tan héroes de la caridad fueron el insigne san Vicente de Paul y nuestro beato Pedro Claver, cuando por amor á sus hermanos se encerraron el primero en las galeras de los presidiarios franceses y el segundo en los buques negreros de los pobres esclavos africanos, como san Bernardo llamando á fiera cruzada contra los sarracenos á todos los pueblos de Occidente, ó san Pedro de Arbués muriendo por sostener contra los judíos su duro oficio de inquisidor en nuestro reino de Aragon.

La blandura y el halago excelentes son cuando es su hora: la amenaza y el vapuleo no lo son menos cuando llega la suya. Del pan y del palo dice nuestro venerable Granada que ha de hacer uso el buen pastor: bálsamo y cauterio emplea alternativamente el buen cirujano, pócima sabrosa y azucarada receta á veces el sabio médico, y otras veces desabrida y amarga al paladar.

Esa literatura dulzona y acaramelada que se quiere únicamente empleemos para la defensa de la verdad, es muchas veces contraproducente, porque enerva y abate en vez de estimular y encender. Estudiando la controversia católica en las obras de los Padres y Doctores del Catolicismo, que es donde principalmente debemos estudiarla, hallamos empleados en ella todos los tonos y todas las figuras de la oratoria clásica y de la popular, desde el apóstrofe y la imprecacion que hacen estremecer los nervios del auditorio, hasta la ironía y el sarcasmo que á costa del enemigo le hacen desternillarse á puras carcajadas.

No os asusteis, pues, ni os encojais miserablemente acobardados, cuando en el ardor de vuestras luchas por la fe os echen en cara vuestros enemigos que faltais á la caridad, si otros motivos no dais para este reproche. Eso quisiera el enemigo: espadas que no hiriesen, cañones sin bala que no derribasen sus altaneros castillos. Que hiera la espada de la

verdad, que hiera sin consideracion todo lo que deba herir. Ocasiones tendréis en que podais ser mansos y pacientes como ovejas; sedlo para sufrir las injurias que se hagan á vuestro amor propio; sedlo cuando sea vuestro interés personal el único que se ventile en el combate. Entonces es la ocasion de ofrecer la mejilla á quien os abofetee; nó cuando el abofeteado sea Dios, nó cuando sea la Iglesia ó sean vuestros hermanos. Los falsos caritativos suelen serlo al revés: cuando de la honra divina se trata, mansos y resignados; impacientes y coléricos cuando se toca á su susceptible amor propio. Por esto son duros y acerbos con nosotros, tanto como son galantes y templados con nuestros enemigos, que son los de la fe. Nó, nó. Lucha es la nuestra y lucha de buena ley. Sed, pues, en ella fieros como leones, astutos como raposas, incansables en vuestro generoso ladrido como perros que olfatean el lobo en torno del combatido redil. Desconfiad de quien en medio de ese rudo pelear, que no es más que el *bonum certamen fidei* de todos los siglos, os aconseje temperamentos y transacciones, os recomiende consideracion y respeto al enemigo. Al rendido que se pase á vuestra bandera dadle estrecho abrazo de hermano, que éste de veras lo es: mas al que contra vuestra santa fe se mantenga hostil y embravecido, guerra sin descanso, guerra sin cuartel. Esta es la práctica más alta y encumbrada de la teologal virtud de la caridad. Así pelearon los Santos y así vencieron. Así se luchó desde los Apóstoles hasta hoy en el Catolicismo. No queremos aprender nueva estrategia, sobre todo si es la que nos recomiendan nuestros enemigos, que por esto solo debe sernos sospechosa de esconder oculta traicion.

XIII.

Confírmase esta doctrina con una cita de gravísima autoridad.

La doctrina teológico-moral que hemos sentado en el capítulo precedente parecerá acerba á ciertos oidos. Muchos de nuestros lectores exclamarán al llegar aquí, escandalizados como los discípulos de Cristo al oir á su divino Maestro en cierta ocasion: *Durus est hic sermo, et quis potest eum audire?* «Duro es este lenguaje, y ¿quién tendrá calma para escucharlo?» Mas no se alarmen, por Dios, y vayan acostumbrándose á la verdad *y áun á la acerbidad* de la doctrina católica pura, que católica es y no de otra fuente alguna la que aquí les damos.

A propósito de lo cual en nuestro opúsculo *El Liberalismo es pecado* hallarán autorizadas estas nuestras reglas de cristiana polémica con el ejemplo y autoridad de toda la tradicion católica desde Jesucristo hasta nuestros dias, y las verán confirmadas además por un artículo de *La Civiltà cattolica*, cuyo criterio teológico es de algun mayor peso que el nuestro (y áun que el de nuestros adversarios) para resolver esta clase de cuestiones. A aquellas páginas volvemos, pues, á llamar al cristiano lector.

Últimamente, empero, hemos tenido la suerte de vernos confirmados en la misma doctrina por aquel sabio periódico en otro artículo muy reciente, cuyos párrafos más sustanciosos no podemos menos de reproducir. Refútase en dicho artículo el libro de un tal Stoppani, católico-liberal por la traza, y muy parecido á los católico-liberales de acá. Dicen, pues, del tal Stoppani los graves teólogos de *La Civiltà cattolica* de esta manera:

«La séptima de las máximas que inculca el Sr. Stoppani se compendia en la palabra *tolerancia*, y abraza múltiples

avisos acerca el modo de portarse el apologista al contender con los doctos «creyentes ó incrédulos, que manifiestan un parecer contrario ó diverso del suyo.» No podia faltar ni era de presumir faltase aquí la conocida recomendacion de san Pablo: *Super omnia autem hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. ¡Caridad con todos! repite este señor. ¡Cabal! ¿Y la tenia Jesucristo con los fariseos en el acto mismo en que los llamaba raza de víboras, sepulcros blanqueados, hipócritas? ¿el Apóstol de la caridad la tenia con Marcion al apellidarle primogénito del diablo? ¿la tenian los santos Padres cuando no escaseaban palabras durísimas al increpar á los propagandistas de errores? ¿hemos de creer la tienen tambien algunos que menudean la ironía, las insinuaciones evidentemente malignas y las censuras injustas contra escritores de escuelas diversas, no obstante de que son los predicadores más asiduos de la caridad?

«Pudiéndose, pues, adunar la caridad con procedimientos acerbos tal vez y que se quiere llamar *intolerantes*, el alegar el precepto de la caridad nada prueba en favor de quienes quisieran completamente y para siempre destruírlo. En efecto, aunque en general sean recomendables las maneras corteses al tratar con secuaces de opiniones distintas de la nuestra, no puede darse absolutamente la misma regla respecto á aquellos que difunden la impiedad y la inmoralidad, escudados por lo comun en una tintura de falsa ciencia, y que han perdido todo derecho á nuestro respeto. Quien discuta verbal y personalmente con ellos, bueno es que observe las conveniencias, sin las cuales la controversia degeneraria en disputa callejera; pero quien habla ó escribe para católicos con objeto de contrarestar aquel impío apostolado, podrá muy bien, dentro de los límites de la verdad y del decoro, CUBRIRLOS DE LA IGNOMINIA QUE MERECEN, DESPOJÁNDOLES ASÍ DE AQUELLA AUTORIDAD DE LA QUE DESGRACIADAMENTE ABUSAN CON LAMENTABLE EFICACIA. La compasion que inspira su infeliz condicion de extraviados, puede muy bien prevalecer en algun escritor de índole mansísima; pero esto no impide que otros apologistas muestren loablemente contra ellos aquella execracion que siempre fué lícito abrigar contra los públicos corruptores y seductores.

«No se deja un momento de inculcar sin distincion alguna la tranquila y serena defensa de la verdad, como si sólo hubiese errores inocentes y de poca monta, y no engaños culpables y perniciosos; como si los afectos humanos no estuviesen bien empleados más que en la defensa de intereses personales y materiales; como si Cristo y los santos Padres no nos hubiesen dado igualmente ejemplos de celo unas veces compasivo y otras irritado, y de éste con mucha mayor frecuencia que de aquél al tratarse de los seductores del pueblo.

«Una apología meramente didáctica puede acomodarse mejor á la índole de algunos fieles, y estará además exenta de los defectos á que se expone (aunque no de necesidad) la apología severa y vigorosa; sin embargo, no deja de tener sus escollos y peligros. Es sumamente fácil, por ejemplo, que el apologista tolerante prodigue alabanzas, cumplimientos ó expresiones benévolas á este ó aquel maestro de incredulidad de quien rebate los errores, como si en nada le ofendiese la cualidad de enemigo que ha tomado aquél contra nuestra santa Religion, ni la de seductor con ruína de las almas redimidas por Jesucristo. Puede suceder tambien que semejante apologista, con la imparcialidad de que hace gala al sostener verdades tan caras á nuestra fe, parezca rebajar las cuestiones religiosas al nivel de meras cuestiones académicas. Cualquiera comprende desde luego que tal procedimiento conduce ciertamente á alimentar en el pueblo cristiano cierto espíritu de indiferencia que causa no menos estragos que el mismo error. Estas observaciones son tanto más necesarias cuanto más se abusa del equívoco nombre de tolerancia y de caridad para condenar las expresiones de un justo celo, dejando medio desarmada la apología católica, y embarazándola con trabas que de ningun modo le convienen en su lucha con enemigos que no reconocen freno alguno, y que emplean sin reparo la mentira, el insulto, la calumnia y los más ruines manejos. Para decirlo de una vez, uno y otro método, usados con discrecion y observando las reglas comunes á todos los cristianos, son buenos para el apologista, á quien empero no puede racionalmente imponerse cualquiera de ellos con preferencia á su opuesto. (*La Civiltà cattolica*, 15 Noviembre de 1884).»

Parécenos que con esto tienen bastante para convencerse ó siquiera para respetar nuestra conviccion en este punto los enemigos de la intolerancia católica, si proceden con alguna buena fe. Dudamos se pueda oponer objecion alguna á ese raciocinio claro, sereno, sosegado, de la primera de las Revistas religiosas del orbe católico.

XIV.

Adúcese á este mismo objeto otra preciosísima cita de un antiguo autor español.

Es este el P. Fr. Jerónimo de San José, el cual en su célebre obra *Genio de la historia* (edicion de Barcelona, 1886, pág. 225), trata este mismo punto y en igual sentido lo desarrolla y resuelve. Dice así:

«La segunda parte de la duda propuesta al principio de este capítulo en órden al brio y energía en el modo y estilo de responder y controvertir, es no menos dificultosa de entender. Porque nadie ignora la obligacion que el escritor cristiano y cuerdo tiene de contenerse en los límites de la modestia en tales ocasiones: pues así la vida y doctrina de Cristo, Señor y ejemplo nuestro, como el dictámen de la razon, enseñan á templar el estilo y suavizar el modo de hablar en las respuestas. Pero tampoco hay duda que tal vez es necesario responder con brio y aun con acedia, para defensa de la verdad y mayor gloria de Dios. Cuándo se deba usar del uno ó el otro modo, se deja á la prudencia y á la ocurrencia de los casos. Diria yo que cuando no se pretende más que aclarar la verdad para enseñar al ignorante, y reducir al errado, basta y áun aprovecha más la suavidad en el modo y estilo; pero cuando demás de esto se pretende castigar al insolente y atemorizar al atrevido que la impugna y la niega con pertinacia, se puede y debe usar de brio y acedia en las palabras, fulminando en cada una de ellas un rayo, para que así, á

costa suya, se restituya á las cosas la verdad, cuando no se puede redimir de otra manera. Razon tenemos, autoridad y ejemplo para todo. El airarse en algun caso, claro está que es lícito. Porque la ira de suyo no es mala, y puede ser justa y buena, cuando es para debida venganza. Y entonces será tal, cuando el airarse es en ocasion que conviene, con quien conviene y como conviene: circunstancias que justifican la ira, y de pasion la hacen virtud. Las cosas que piden este brio son muchas; pero entre ellas particularmente la doctrina, que sin algo de ira no aprovecha, como tambien sin ella ni los Tribunales prevalecen, ni los delitos se castigan, ni la República consiste. Autoriza este sentimiento no sólo la doctrina de los Santos, pero la del mismo Dios, y su ejemplo divino en la Escritura sagrada. El *airaos, y no pequeis*, del Salmista, lo enseña: el *sol no se ponga sobre vuestra ira*, del Apóstol, lo supone: el *tardo á la ira*, de Santiago, lo insinúa: el *no seas veloz para airarte*, del Sabio, lo admite: el *no os aireis sin causa* (segun el Evangelio hebreo) no lo condena con ella. La doctrina de los Padres y Doctores lo aprueba: el ejemplo de Cristo, Pedro y Pablo, Moisen, Finees, Elías, Eliseo, y otros muchos Santos, lo excusa. Y finalmente, la ira justa del mismo Dios (de quien escribió Lactancio un libro) lo acredita. Porque si bien no cabe en la sustancia de aquel supremo cielo la impresion de estos bajos accidentes; sin airarse Dios muestra efectos, que procedieran en nosotros de ira, calificando por sus acciones esta pasion, tan necesaria á la virtud y á la verdad.

«Dirá alguno, que no se condena la ira, sino el agrio, y acedia de ella. Pero, aunque á esto queda respondido en la doctrina y ejemplos propuestos, todavía para mayor declaracion y abundancia añadirémos otros. *Hipócritas, y generacion de víboras: sepulcros blanqueados, llenos de hediondez, é hijos del diablo*, llamó Cristo (mansedumbre infinita) á los fariseos. *Incrédulos y sin entendimiento*, á sus Apóstoles, y á Pedro, *Satanás*. Moisés á todo un pueblo, *necio, é insipiente;* y el Apóstol á Ananías, príncipe de los sacerdotes, *pared enjabelgada;* no ignorando, sino ironizando después, cuando dijo que no sabia quién fuese el exprobrado, hiriéndole entonces más con la irrision. Todas las cuales palabras harto agrias son,

acedia tienen, y con todo eso salieron de bocas llenas de dulzura y de suavísima caridad. Pues ¿qué, si hubiésemos de revolver las Historias y vidas de Santos? ¿Un san Lorenzo y san Vicente, primos, y en el valor y libertad contra el tirano, muy hermanos? ¿Una Cecilia y una Inés? y á este modo pudiéramos vaciar aquí todo el Martirologio ó calendario de los Santos. Ni esto es lícito sólo con un tirano, ó con un infiel. Fieles eran los Gálatas, á quienes llamó el Apóstol *insensatos:* y mucho más fiel Pedro, á quien públicamente reprendió Pablo; y deja escrito en sus Epístolas que era reprensible. Tambien eran fieles los Reyes de Israel y Judá, á quienes los Profetas decian palabras mayores; y á Jeremías le hace Dios ciudad guarnecida, columna de hierro y muro de bronce contra los príncipes y sacerdotes de su pueblo, donde (como dice san Jerónimo) entran nuestros presbíteros y obispos, que no por la dignidad han de usurparse licencia contra todos, ni librarse de justa reprension, y de que hallen á su tiempo columna de hierro y muro de bronce donde estrellarse, si se encuentran; ayudando el Señor al varon santo, aunque se le oponga la mayor potencia del mundo.

«Ni es esta doctrina contra la que nos enseña la paciencia: virtud que ha de estar arraigada en el ánimo del que se aira justamente; ni contra la caridad, ni humildad, con quienes se aviene muy bien la verdad, y ésta con la ira. Porque como el beso sencillo de paz (dice Agustino) le admite la hermosísima y modestísima caridad; asi el diente perverso de malicia, ó le evita la humildad castísima y cautísima ó la verdad solidísima le quebranta. Confieso con Bernardo que es gran virtud la paciencia; pero en semejantes ocasiones el uso de ella ni es grande, ni virtud: antes alguna vez es más loable la impaciencia. En sospecha de herejía no quiere Jerónimo que haya paciencia, porque los que ignoran la inocencia del calumniado no atribuyan su silencio á confesion, y la disimulacion se juzgue por conciencia: como ni tampoco Bernardo admite sufrimiento para dejarse tiranizar de ocupaciones. Y de semejante paciencia parece (segun este Santo) burló el Apóstol cuando escribió á los de Corinto, diciendo: Que de buena gana sufrian á los necios, siendo ellos sabios, y toleraban que cualquiera los redujese á miserable servi-

dumbre, que se los tragase vivos, se apoderase de ellos, se engriese contra ellos, ó les diese de bofetadas. Esta, si bien se mira (dice Bernardo), no es alabanza, sino irrision y burla que hace el Apóstol de tan indigno y vil sufrimiento. Porque á la verdad, como es prudencia grande sufrir en la ocasion grandes injurias, así es necedad y locura tolerar sin provecho ni una sola infamia.

«Probado habemos como hay ocasiones en que no sólo es lícita, sino tambien loable y necesaria la ira, el brio y el ardor del corazon, sin el cual ninguna cosa grande se acaba. Pero, si alguna le ha forzosamente menester, sin duda es la disputa; cuyo conflicto, cuanto pide de sosiego en el afecto, tanto quiere de más brio en el discurso, y mucho más en el decir. Es esta una como pelea y brega de los ingenios, para la cual es necesario armarse con eficacia y energía. Porque como son otros los instrumentos que se usan en tiempo de paz, y otros los que en tiempo de guerra; diferentes los que ha menester el labrador para cultivar los campos, de los que el soldado para vencer al enemigo; así el letrado y docto tiene necesidad de más briosa y ardiente elocuencia para redargüir una opinion y defender una verdad, que para enseñarla y persuadirla á quien sin resistencia la abraza. Así se armaron para semejantes ocasiones los Santos más humildes y modestos que conocemos en la Iglesia; un Basilio, un Jerónimo, un Agustino, un Bernardo, un Tomás y un Buenaventura y otros muchos: los unos, en defensa de la Iglesia; los otros, de su opinion; los otros, de su estado religioso; sin que por esto incurriese alguno de ellos en nota de menos modestia y humildad. Porque como es justo no dar ocasion á lenguas maldicientes, para que no se pierdan, tambien lo es y necesario, cuando injustamente se desmandan, no sólo no tolerarlas, pero reprimirlas tal vez, para que con el desdoro de los que padecen calumnia, no pierdan los que con su doctrina aprovechan. Todavía en este caso apelará alguno á modestia; pero yo, con san Jerónimo, á la humildad y á la justicia apelo. A la tuya pertenece (le dice el gran Agustino) si me reparo de una cuchillada con sola una pluma, reprehender al que acusa, no al que responde. Y si alguno tiene por soberbia el responder, advierta que mucho más lo es el acu-

sar. Esto puede excusarse muchas veces, aquello omitirse menos: y en algunas, ni la acedia, ni la aspereza de la respuesta: porque imputada la calumnia, no sólo el callar, pero el responder con menos brio, daña: pues igualmente se reputa á confesion el silencio que la respuesta floja. ¡Oh que herís! ¡que descubrís y desdorais al contrario! debeis callar y sufrir por no manchar su fama, descubriendo su ignorancia ó su malicia. Suya es la culpa, y él se descubrió y publicó su mengua, cuando inconsideradamente se arrojó á la calumnia. Veo yo la espada atravesada por mi cuerpo (por el cuerpo de mi república digo), herido de muerte el corazon (su crédito de ella), los miembros (sus hijos) blancos y puros antes con la hermosura y candidez de la buena fama, manchados ya, y afeados con la sangre de las heridas que tú le estás dando; y padeciendo yo esta horrible injusticia, me dices tú: no apliques la mano á la herida; ¿por qué no parezca ser yo el que te herí? Gentil dislate; injusticia sobre injusticia. Responderse há al necio conforme á su necedad: esto es, con reprehension y aspereza tal vez, para que otra no se arroje, y mire lo que dice. Que cuando esto no hace, el más docto es ignorante, y él mismo se gradúa de necio: y así no es mucho pase por las leyes de tal, y le comprenda la indignacion del sabio. Estos son los motivos que algunos historiadores han tenido para ni dejar la ocasion que se les ofrecia, de controvertir algunos puntos tocantes á su asunto, ni de tratarlos con el valor y brio que pedian ellos.»

Hasta aquí el referido piadosísimo y doctísimo escritor. Parécenos no han de recusar tampoco esta grave autoridad nuestros adversarios, ni creerán que fuimos allá dos siglos atrás á sobornar al buen Padre descalzo para que escribiera lo que tanto ajusta á nuestro modo de pensar.

XV.

De la amabilidad, dulzura y buen trato que deben juntamente ser virtudes (en nada opuestas á la anterior) del Propagandista.

Tras la lectura de los últimos artículos que hemos dedicado á esta materia no faltará quien sospeche que el tipo del buen Propagandista católico, que bien ó mal estamos delineando, ha de salir al fin un monstruo de odiosidad y de aspereza, ceñudo, huraño, iracundo, más propio para crear enemigos á la buena causa que para conciliarle buenas y firmes voluntades. Y que el tal diseño nuestro es más á propósito para retraer de la defensa de la fe á los corazones generosos, que para atraerlos y animarlos á tan loable ejercicio.

¡Ah! nó. ¡Ah, nó, por cierto! ¡Cuán poco nos conoce y cuán poco conoce la hermosa bandera con que convidamos, el que tan feamente nos juzgue! Óigasenos sobre esto con un poco de calma y serenidad, y bien puede que al fin se convenzan hasta lo más tenazmente prevenidos.

Que las palabras intransigencia, horror á la herejía, odio á la falsa caridad, suenan á cosa dura y por lo mismo antipática á la muelle generacion de hoy, no tratarémos de negarlo. Ciertas cosas han de ser por necesidad así, y querer ofrecerlas suaves y azucaradas es darlas falsificadas ó por lo menos con notable avería. Sin embargo, eso mismo que es en sí de una dureza y austeridad que espanta á los afeminados caracteres del siglo en que vivimos, puede tener gran compensacion en otras cualidades del que lo ha de poner al servicio de Dios y de la fe cristiana. Estas cualidades que debe tener el Propagandista católico para templar en algo la aspereza y austeridad de su oficio, deben ser una suma amabilidad en su trato social, y una hermosa y gallarda dignidad en el mismo ejercicio de aquellos sus más acerbos deberes. ¿Cómo?

Procurando que sus palabras y maneras, sus costumbres y acciones, sean todo lo posible simpáticas y atractivas á los mismos á quienes tiene necesidad de vivir combatiendo, y esforzándose en que los mismos que sienten el poder de su brazo para desarmarlos, vean al mismo tiempo la hidalguía de su corazon cuando sea oportuno favorecerlos.

¿Qué misterio es este, exclama no sé dónde el profundo conde de Maistre, que el militar, cuyo oficio es el más duro, pues no es otro que destruir y matar, sea á la vez en todos los siglos y en todos los pueblos el tipo más simpático y caballeresco? Vedle: la espada que le cuelga al cinto es de acero lo mismo que el puñal, y como él hiende y traspasa; sin embargo, hasta las damas miran con simpático interés el brillo de la hoja toledana que ciñe el bizarro oficial, al mismo tiempo que los más impávidos ven con horror y estremecimiento la otra que esconde bajo su capa el asesino. ¿Qué hay aquí? Hay que el mismo instrumento de horrores y carnicerías es noble y simpático cuando significa la defensa de la fe, de la patria y del verdadero honor, tanto como es vil y degradante cuando recuerda el atropello y la alevosía.

Ahora bien. Soldado es el Propagandista católico de buena ley; soldado es, pero no asesino y bandolero. Hiere y machaca cuando su deber le manda herir ó machacar; pero es con la espada noble del valeroso militar, no con el cobarde puñal de los criminales. Caballero de Cristo es, no menguado alquilon ó *condottiere* de las humanas pasiones. Arda en sus ojos la santa indignacion contra lo que odia y odiar debe; pero en sus labios dibújese á la par la bella sonrisa del que mucho ama, porque (como dijimos) sus odios no deben ser más que una forma de su mismo intenso amor. Terco le llamará el mundo, pero ¡cuán bella no es tambien una frente terca que no se doblega ante el halago ni ante la amenaza, sobre todo cuando á su rededor no mira más que frentes postergadas y envilecidas por el miedo ó por la adulacion! No preste su brazo á todos los abrazos, ni su corazon á todas las amistades: porque ha de saber que hay abrazos que deshonran y amistades que el código del honor llama traiciones. Pero esta que la bajeza del siglo llamará en nuestro héroe desatencion ó descortesía, ¡cuán parecida no es á lo que

otros siglos más dignos llamaron siempre entereza y magnanimidad!

¡Ah! Bien sabe Dios cómo quisiéramos nosotros al Propagandista de la verdad. Intolerante como ella misma; pero como ella misma sereno, radiante de luz, floreciente de divinas sonrisas. Sí, no olviden esta prevencion nuestros amigos. Sin abdicar ninguno de los eternos derechos de la fe, sin entrar en pacto ó transaccion implícita ó explícita con sus enemigos, sin aceptar ni de lejos la falsa caridad moderna, que no es en el fondo más que impía tolerancia racionalista; procuren, sin embargo, hacerse cuan amables, cuan simpáticos puedan á sus propios adversarios. ¿Quién es capaz de enumerar aquí las mil y una ocasiones en que se puede dar muestra de esta amabilidad? Poned cuanto podais rostro alegre á todo el mundo, que nada hay que desacredite tan pronto una causa como el ceño y malhumor habituales de quien la predica ó defiende. Si os encontrais en una calle con un amigo y con un adversario, sea para éste vuestro más pronto y afectuoso saludo, porque al otro le teneis ganado ya, y á éste le habeis áun de ganar. Adelantaos á él en esta demostracion de social y cristiana cortesía: así le obligais á que, ó se muestre él descortés, ú os pague con la misma moneda. Un acto de estos puede ser principio de una relacion, y ésta de un cambio de ideas en nuestro enemigo. Un afectuoso saludo no cuesta un céntimo, pero puede conquistar un alma. Hay la preocupacion muy comun de que los corazones se rinden con argumentos, cuando lo usual es que no se rindan sino con el afecto de otro corazon. No negueis el vuestro, ¡oh apóstol cristiano! al mismo á quien teneis deber de sonrojar y combatir. La mano misma que causa con la espada profundas heridas durante la batalla, si es generosa vierte sobre ellas el bálsamo después de la victoria, y estrecha con dulzura la del propio contradictor.

Haced favores á cuantos podais, pero tened á gran dicha poder hacerlos á quien disienta de vuestras ideas. ¡Oh qué seguro camino es para apoderarse de todo el hombre el hacerle esclavo de un beneficio! Ni se lo escatimeis, ni regateeis, ni se lo vendais caro de súplicas, ni deis á comprender que el hacerlo os cuesta un esfuerzo. *Hilarem datorem diligit*

Deus: Gusta Dios del que da con alegre y abierto corazon, y tambien gusta de eso el hombre. Mostrad más bien que os honrais con hacer un favor, que no que pretendeis con él que os tengan por alguna cosa. No exijais el agradecimiento: ya se vendrá él por su propia voluntad.

Amad del hombre á quien querais ganar para Dios, no sólo su persona, sino todas las cosas que le son más allegadas. Hablad bien de su profesion, enteraos con placer de su familia, acariciad á sus niños. ¡Oh! los niños, ¡qué admirables auxiliares son para la Propaganda! Hay soberbios castillos de error y de odio á la verdad, que han sucumbido ante esas demostraciones de afectuoso interés, habiendo resistido á las más vehementes embestidas de la polémica. Polémica ha de haber, ¿quién lo duda? ¿cómo de otra manera se desvaneceria ante los incautos el eterno sofisma de la impiedad? Pero la polémica es casi siempre de suyo envenenada y envenenadora del amor propio. Y el amor propio herido es el muro de más altura y espesor que levantarse pueda entre el corazon del hombre y el conocimiento de la verdad. Importa, pues, que á las buenas razones y á la intransigente profesion de la fe acompañen la abnegacion y el amor que nos abran por sí solos (con el auxilio de la gracia) brecha en el campo enemigo, no los arranques del orgullo lastimado que hagan imposible todo acceso á la fortaleza que se quiere rendir.

En suma, hagamos simpática la verdad no desfigurándola, no partiéndola á medias con el error, no cediendo el más mínimo de sus imprescriptibles derechos,—quédese eso para la muy menguada escuela equilibrista que aborrecemos más, mil veces más que la impiamente radical;—sino con la alegría del semblante, la magnanimidad del corazon, la buena disposicion para el olvido de la injuria, la mano extendida á todas horas para dispensar beneficios. Amemos como á hombres y como á hermanos á los mismos á quienes hemos de odiar y combatir y perseguir como á enemigos. Nada que huela á transaccion, nada que parezca aficion al bando componedor y conciliadoresco. Firme y radical nuestra actitud, inmutable la divisa: «Para la verdad todo, para el error nada;» pero esas armas sepámoslas tambien cubrir de galas y

flores cuando lo demande la ocasion: nada perderán de su temple y filo, aunque se presente gallardamente enguantada y con arreos de caballero la mano que las ha de blandir. No busquemos hacer amables nuestras personas á costa de la verdad sacrificándola á ella para que nos miren con buenos ojos sus enemigos: esa es traicion de viles y cobardes. Busquemos, sí, hacernos amables á todo el mundo á pesar de la crudeza de nuestros principios, para que se refleje en ellos la simpatía con que nos mire el mismo enemigo. El mundo suele pagarse muy mucho de ciertas naderías que son pura forma, y que el hombre superficial se siente tentado á mirar con desprecio ó compasion. Pero el verdadero filósofo debe considerar que, aunque en sí nada sean, son mucho en concepto de la generalidad, y debe juzgarlas á tenor de este comun concepto y servirse de ellas el Propagandista, en lo que no ofendan á Dios, como de moneda corriente para el logro de su hermosa y honrosa Propaganda.

XVI.

De la tenacidad y perseverancia.

Tenaz perseverancia, tal debe ser el fondo del carácter del buen soldado de la verdad. *Labore et constantia* fué la divisa de un héroe antiguo: esa quisiéramos llevase como escrita en su escudo todo Propagandista católico. *Labor*, es decir, el ejercicio eficaz de todas sus facultades en direccion á este sublime fin: *Constantia*, es decir, tenacidad superior á todos los contratiempos, sin veleidades ni desfallecimientos, hasta haber gastado en tan honrosa demanda todo el calor del corazon, todo el aliento de la vida.

Comunmente no está el mal de los tiempos nuestros, si bien se mira, en que dejen de emprenderse cosas muy altas y muy buenas en provecho de la verdad, sino en que falta á sus promovedores ese enérgico teson, que es la nota más ca-

racterística del verdadero heroísmo. Diríase que todo se nos va hoy en generosos arranques y en fogosas arremetidas. Después de lo cual entra inmediatamente el prurito de variar, máscara mal disimulada de la flojedad y del cansancio. No en emprender simultánea ó sucesivamente muchas cosas, sino en llevar á cabo una siquiera con firme intrepidez, está el toque de la cuestion. *Non multa, sed multum,* dice otro proverbio de la docta antigüedad. *Semper in idem,* dice otro que expresa la misma idea.

Asombra lo que puede, así en el bien como en el mal, un carácter tenaz y perseverante. Una buena parte de lo que se llama *genio,* dice un autor, no es más que esta cualidad de la perseverancia. Las grandes empresas no han de parecerse á fugaz llamarada que un momento abrasa é ilumina, y otro momento después está convertida en frias cenizas, sino más bien al fuego lento, de menos rápida, pero de más segura y eficaz accion. El paso tardo y aplomado del mulo y del buey es casi siempre preferible, cuando se trata de vencer grandes resistencias, á los trotes y lozanías del caballo. Y cuenta que si á algun género de empresas deben con especialidad aplicarse estas consideraciones, á ninguna con más razon que á las de que aquí tratamos. Por su índole propia son difíciles de vencer los obstáculos que encuentra entre los hombres la Propaganda de la verdad, ya que no hay victoria alguna de ella que no presuponga otra del hombre sobre sí mismo y sobre sus más poderosas inclinaciones, lo cual claro está que no ha de lograrse sin tenaz y porfiada resistencia. Es más costoso vencer voluntades y avasallar inteligencias y desencastillar preocupaciones, que romper á cañonazos muros y barbacanas del más grueso espesor, ó asaltar á la bayoneta reductos y trincheras. Abrir paso á la fe al través de las densas nubes y espesa polvareda que levantan contra ella las pasiones, no es obra de un dia ni juego de niños, como dice á otro propósito el discreto autor de la *Imitacion de Cristo.* Importa, pues, no sólo emprender con energía, sí que ahincar firmemente en lo emprendido. Una gota de agua llega á horadar la piedra, dice otro refran latino; y esto, no cayendo sobre ella una vez ni dos, sino indefinidamente, y tal vez por larguísimo transcurso de años.

Son achaque de nuestro siglo esa frivolidad é impaciencia con que se quisiera de golpe y porrazo, como se dice, verles el fin á las empresas más arduas. Procure hacerse superior á esa manía el buen Propagandista. Hay un cierto egoísmo en no conformarse en que vean otras generaciones el resultado ó la terminacion de lo que nosotros no habrémos podido más que iniciar. Nadie considera que de muchos árboles no comeríamos hoy el sabroso fruto, si nuestros abuelos no los hubiesen plantado sin tener absolutamente la menor esperanza de participar de él. Los antiguos arquitectos de nuestras catedrales ponian en ellas la primera piedra, sabiendo que ni ellos, ni sus hijos, ni sus nietos habian quizá de ver cerradas las grandiosas bóvedas. Trabajaban por Dios, no por el afan pueril de gozarse ellos en su empresa. Hoy, al abrir la primera zanja de un edificio, redactamos ya el programa de festejos de su conclusion, y no daríamos un céntimo para una construccion de la que no pudiesen aprovecharse más que nuestros descendientes. No se nos peguen, por Dios, en nuestras obras de Propaganda católica ese egoísmo y frivolidad, que son los enemigos jurados de todo tenaz y sostenido empeño. Obreros incansables de una obra que no lo es de un dia ni de un año, sino de la eternidad, contentémonos con haber dado en ella antes de morir algunas puntadas: que ni nosotros dimos á fe las primeras, ni hemos de dar las últimas. Otros nos precedieron, y otros nos sucederán. En este campo no suele, el que sembró, ver con sus propios ojos la cosecha. Es ilusion generosa la de que nosotros, nosotros mismos, hemos de conducir á término lo que tal vez se nos ha encargado empujar con todas nuestras fuerzas para que adelante sólo algunos pocos pasos y no más. Ilusion generosa, hemos dicho, y quizá no tan generosa, porque es hija las más veces de sutil amor propio y de poco desinteresado amor á Dios.

Mas esto nos lleva por la mano á tratar de otra cualidad del Propagandista católico, que es el desinterés y abnegacion total de sí mismo con que debe ejercer este su noble oficio. De este punto nos ocuparémos en el próximo capítulo.

XVII.

De la abnegacion ó desinterés.

La virtud que en el capítulo anterior recomendábamos al Propagandista de la verdad, no es posible en realidad si no se le pone como raíz y fundamento la de que vamos á tratar en el presente capítulo. Tal es la que llamarémos con el nombre de abnegacion ó desinterés.

Desinteresado debe ser en su oficio el Propagandista católico, so pena de que no lleve este título más que en apariencia ó de que lo convierta en verdadera profanacion. Desinterés significa, que sea el puro deseo de la gloria de Dios y de la defensa de la verdad el que anime é inspire al buen soldado de esta generosa milicia. No se trata ya de que no busque en ella grosera ganancia material haciendo de ella vil objeto de granjería ó mercantilismo, sino de que de tal suerte prescinda en este asunto de toda mira personal, que ni áun el afan de ser tenido en algo, ó de adquirir humana estimacion, ó de proporcionarse cierto vano renombre venga á oscurecer y á enturbiar aquel su ideal purísimo. Servir, en una palabra, á Dios y á la verdad, sólo por Dios y por la verdad, sin tener en cuenta otra mira alguna (como no sea la de la propia salvacion), hé aquí lo que expresamos con la palabra desinterés, única que hace en todas las causas verdaderos héroes.

En la humana milicia no se hila tan delgado, á fe, y no quisiéramos que esto les indujese á nuestros amigos á formarse ideas equivocadas sobre este punto. A los príncipes terrenos se les puede y se les suele servir en sus empresas, procurando en ellas, además de este público servicio, el medro personal y el adelantamiento de la propia fortuna. Por esto el ejercicio de las armas ó de la magistratura son además de un ministerio una carrera, por medio de la cual se adquie-

ren pingües sueldos, ó se asciende á ventajosos puestos, ó se alcanzan preciadas mercedes con que se elevan y se ennoblecen los individuos y sus familias. Ni es mengua para un buen servidor de un rey, estar á sueldo de éste, y pretender ascensos y áun entrar en reñidas competencias para sobreponerse á cualquier rival. Antes los que así logran sobresalir y hacerse un puesto en la sociedad son por ésta misma loados y aplaudidos, y se les considera como de gran corazon y de subidos alientos, tanto como suelen ser murmurados de pusilánimes y apocados los que no obran de esta suerte.

No así, lectores mios, no así en la nobilísima profesion de soldado de Dios, en las obras de su Propaganda. Esta no es ni debe llamarse carrera, y erraria absolutamente el camino quien la juzgase así. No la emprenda, por favor, quien un instante siquiera haya caído en la tentacion de aprovecharse de ella para otra cosa que para el cielo. Indigno se haria de las bendiciones de Dios, torciendo en miserable negocio de su persona esta sublime aspiracion. Y si fuésemos á examinar la secreta razon de la esterilidad de muchos trabajos católicos, ¿quién duda que la hallaríamos tal vez en este vicio interior que corroe y falsea quizá una buena parte de ellos? Componeis libros ó redactais periódicos, y lo haceis tan guapamente. Está bien. Pero si en esto buscais principalmente el vano renombre de letrado y escritor, decid, ¿no es razon que castigue Dios con vergonzoso sello de impotencia vuestros trabajos, ya que en ellos no os habeis propuesto en el fondo servirle vos á El, sino ¡oh ignominia! que El os sirviese de pedestal y arrimo á vos? Y si organizais academias y pronunciais peroratas y promoveis ruidosas empresas, escondiendo bajo el velo de vuestra elocuencia ó de vuestra actividad organizadora el prurito pueril de que suene más que el de los otros vuestro nombre en las gacetillas, de que os ganeis en la ciudad cierto prestigio y consideracion, de que logreis hacer visible sobre todas las demás vuestra vanidosa personilla, responded, ¿no será muy justo que se complazca Dios en humillaros como á rival que se quiso alzar con la gloria que á El solo es debida, en vez de alentaros y protegeros como se protege á un leal y generoso servidor?

Además de que no solamente ve Dios esa interior miseria

del falso soldado que no le sirve á El, sino que más bien quiere poner á Dios y las cosas de Dios á su propio servicio; suélenlo ver tambien los hombres, que, por suerte ó por desdicha, en eso de adivinarle á nuestro hermano (y áun suponerle á veces sin fundamento) bastardas intenciones, todos somos linces por regla general. ¿Y qué confianza mereceréis á vuestro hermano, y qué respeto á vuestro enemigo, si tras la bella apariencia de religiosidad y celo se os descubren, aunque no sea más que por las roturas y descosidos que hartos hay siempre, mezquinas ambiciones, vil codicia, femenil vanidad, en una palabra, el *yo* ridículo y miserable, sublimado y endiosado como ídolo en el altar de vuestro corazon, donde sólo hacíais gala de adorar y servir al único verdadero Dios y á sus nobilísimos intereses? No solamente nada haréis, por muchos que presuman ser vuestros esfuerzos, sino que haréis muchísimo contra lo que hicisteis profesion de defender y servir. Sí, se os tendrá y con razon por logrero y mercader, por soldado pesetero á quien no conduce á un campo más bien que á otro la firme conviccion ó el estímulo del honor, sino el cebo de mayor ganancia. Hablaréis y no seréis escuchado; escribiréis y se os leerá con la sonrisa del desden; llamaréis á importantes obras y os quedaréis aislado. Y cubriréis de vergüenza la bandera que en vuestras manos tengais levantada, y por muy santa y pura que ella sea, como cierto lo es, la harán antipática y fea vuestras ignominiosas hipocresías.

Aun de la natural satisfaccion é interior consuelo que producen en corazones bien puestos las obras de Dios felizmente llevadas á cabo, áun de esa interior complacencia espiritual ha de saber privarse el buen soldado de la fe, si tanto sacrificio le exige alguna vez la austeridad de esta en ocasiones dura milicia. Este es el ideal purísimo y perfectísimo á que debe dirigir sus anhelos el Propagandista católico; este es el fuego de verdadera caridad en que debe templar su alma si quiere hacerla digna de su alta mision. No le ha de bastar ya reprimir los estímulos de la codicia ó de la vanagloria ó del aura popular, sirena tan falaz como dulcemente arrulladora á los oidos humanos, particularmente en la edad juvenil, á la que preferentemente en estos capítulos nos dirigimos. Poco es todo esto, y á lauros mayores quisiéramos levantar el co-

razon de nuestro recluta de los ejércitos de Dios. Quisiéramosle que en las obras de su real servicio se resignase, por amor de quien tanto le amó, hasta á privarse de lo dulce y sabroso que lícitamente pudiera apetecer en este su heroico ejercicio; paladeando al revés con fruicion lo áspero y amargo que en él encuentre, si por acaso permitiere Dios sea probada de esta suerte su lealtad. Que sufra verse contrariado por los mismos en quienes debió hallar apoyo; recibir desaires de quien pudo darle favor; ver desconocidas y calumniadas sus más rectas intenciones. Grande será entonces su mérito para con el divino Jefe, inmenso su galardon. Su apostolado revestirá ante los divinos ojos toda la importancia de un verdadero martirio. Este es el grado máximo de la virtud del desinterés, cuyas notas principales hemos tratado de presentar aquí. Su más apropiado nombre es entonces abnegacion, y es de todas las cualidades del buen Propagandista la que más le hará parecido á su inmortal modelo, al divino Redentor.

XVIII.

De la prudente desconfianza en las propias fuerzas, y del abandono y seguridad en las de Dios.

Si es verdaderamente desinteresado en sus obras el Propagandista católico, claro está que lo que principalmente procurará ha de ser no dar importancia alguna á que éstas sean suyas, despojándolas absolutamente de todo carácter de propia personalidad, y mirándolas únicamente como realmente son, como cosa de Dios, y juntamente teniéndose á sí propio por lo que él realmente es, á saber, por ruin y miserable instrumento y nada más. Así que, de la virtud del desinterés bien comprendida nacerá en él otra virtud no menos importante, que es la de una prudente desconfianza en sus propias

fuerzas, y un absoluto abandono y muy cierta seguridad en las de Dios.

Es achaque de débiles presumir por lo regular muchísimo de sí propios, y por ser el hombre tan débil, como á sí propio ha de reconocerse, es vicio comun en él esta presuncion. Poco somos, nada somos, y sin embargo nadie hay que no crea ser algo, ser mucho y poder mucho en todo asunto á que consagre su actividad. Gran error es sobre todo creerlo así en lo que atañe á la Propaganda católica. En este más que en otro cualquier negocio es poquísimo lo que de sí pone el hombre, y lo es todo lo que pone Dios.

Es esta una como siembra y cultivo de buenas ideas, y pasa aquí como en la otra material sementera. Mucho parece que trabaja en su campo el labrador, y sin embargo, bien mirada la cosa, lo hacen casi todo para el resultado de sus laboreos el jugo de la tierra, la lluvia del cielo y el calor del sol. La accion del hombre limítase (podríamos decir) á arrojar á la buena de Dios su semilla, y dejarla como abandonada á la influencia de dichos agentes naturales. Por donde se ha dicho muy bien que el labrador más que nadie ha de creer y vivir confiado en la Providencia, ya que poco puede por sí, y al cuidado de ella ha de fiar en su mayor parte el éxito feliz de sus operaciones.

A eso podríamos comparar el trabajo del Propagandista católico, y no seria tan mal traída la comparacion, pues nos la da indicada san Pablo cuando nos dice que en tales obras «nada es el que planta ó el que riega, sino Dios que hace crecer.» Y si la atmósfera enervadora de naturalismo, que sin cesar estamos hoy dia respirando, no nos tuviese tan acostumbrados á no tener en cuenta para nada el órden superior, claramente veríamos que una obra sobrenatural, como necesariamente debe estimarse la Propaganda católica, no puede ser eficazmente promovida y dar sus debidos resultados, sino iniciada, conducida y llevada á cabo por los medios sobrenaturales, únicos que son á tal fin proporcionados. De suerte que ni la mucha actividad personal, ni las grandes letras, ni la fogosa elocuencia, ni otro alguno de los medios meramente humanos pueden ser *de sí* los factores acomodados de tal empresa, si no les comunica nuevo sér, nueva alma, nueva

vida, y de consiguiente toda eficacia verdadera y real, la gracia de Dios.

Poderosísimo alarde de estas verdades parece haber hecho en todas sus empresas la mano de Dios, como si contra el orgullo humano hubiese querido dejar en todos tiempos bien sentada la única fuerza suya en abierto contraste con la pequeñez y nativa impotencia del hombre. De pobres y rudos pescadores se sirvió para la conversion del mundo al Cristianismo; con flacas y débiles doncelluelas confundió más de una vez la arrogancia de los más fieros tiranos. No desdeñó Dios la humana sabiduría, antes la utilizó mil veces en servicio de la verdad, pero quiso en cierto modo humillarla haciéndola antes discípula, y después mero auxiliar de oscuros obreros evangélicos que, siendo nada á los ojos del mundo, todo lo debian á la fuerza y luz sobrenaturales.

Valga, pues, lo que valiere por sus naturales talentos el Propagandista de la verdad, si algo quiere hacer en pro de ésta, empiece por desconfiar absolutamente de sí propio y por contar únicamente con los auxilios de Dios. Cuanto crezca en él este sentimiento humilde de propia desconfianza, tanto se sentirá más animoso con la seguridad del divino apoyo, que son estos como dos platos de una bien afinada balanza, que no baja un pelo la una sin que suba la otra en igual proporcion. Así como la vana y estúpida presuncion de sí propio ha de conducirle forzosamente al desprecio de Dios; que muy lógico es que le tenga en sumo desprecio quien, por tenerse en mucho, está convencido de que para nada le ha de necesitar.

Y todavía de otra cosa servirá este prudente sentimiento de desconfianza propia, acompañado y como contrapesado por el otro de absoluta y ciertísima confianza en Dios. Hay en ciertos mecanismos un regulador que estimula el movimiento cuando éste languidece, y lo modera y enfrena cuando se precipita con exagerada velocidad. El lector va á entendernos perfectamente. Por lo comun en nuestras obras andamos oscilando de continuo entre el desfallecimiento que producen en nosotros ciertas dificultades, y el orgullo ó extremada satisfaccion que puede producir su resultado feliz. Ambos extremos son igualmente reprensibles, y sólo en un exacto

equilibrio, que nos aleje así del uno como del otro, está el secreto de todo buen obrar. Pues bien. Aquí de nuestro resorte regulador. Cuando andemos flojos y desmayados por el cansancio de la contradiccion y por la poquedad de nuestras fuerzas, acojámonos al pensamiento de que no son éstas las que han de sacar á flote el barco de nuestros trabajos, y sí solamente las de Dios, y que todo el infierno reunido no es capaz, si Aquél no lo permite, de hacérnoslo naufragar. «Si Dios está por nosotros, dijo el Apóstol, ¿quién ha de poder contra nosotros?» Y cuando al revés empiece á inflarnos necia vanidad, y á traernos desvanecidos y mareados cualquier próspero suceso á que creamos haber contribuído mucho con nuestro valer, ¡ah! recurramos inmediatamente á la consideracion de que nada ó poco más que nada tenemos allí, y que es ridículo engalanarnos con lauros y palmas que no hemos ganado nosotros, sino que nos ha regalado generosamente el único verdadero vencedor. Y repitamos con el ya referido Apóstol: «Ni un pensamiento podemos considerar nuestro, como debido á nosotros mismos, sino que toda nuestra suficiencia y poder nos viene de Dios.»

Véase, pues, si son ó no muy prácticas estas virtudes que tratamos de exponer aquí como fundamentales en el ejercicio de la Propaganda católica. Tan prácticas son y tan fundamentales, que sin ellas es imposible levantar obra alguna de mediana solidez. Mas para adquirirlas y conservarlas y fomentarlas en sí propio y en los demás ha de menester otra el Propagandista católico, á la que dedicarémos todo el próximo capítulo, poniendo con él punto final á esta primera parte de nuestro trabajo.

XIX.

Del espíritu de oracion.

La última condicion que vamos á exigir del Propagandista católico, para el desempeño acertado de su nobilísimo oficio, es (ya lo habrán adivinado por los indicios nuestros lectores) el espíritu de oracion. Sí, el Propagandista católico debe ser ante todo y sobre todo hombre de oracion, de mucha y constante oracion. No se lance al combate sin esta pieza que es la principal de su armadura, la que le hará verdaderamente invencible é invulnerable, sin la cual es hombre al agua, como se suele decir.

Salió á pelear el jovencito David con el feroz y agigantado Goliat, terror y oprobio del pueblo de Israel. Presentóse el buen muchacho con su báculo de pastor y su honda y zurron, y teniendo en éste cinco piedras que acababa de recoger en el inmediato torrente. El filisteo venia, en cambio, armado de todas sus armas, lanza en mano, espada al cinto; capacete de bronce cubria su cabeza, loriga su pecho, y recio escudo colgaba de su nervudo brazo. Vió al adalid del pueblo de Dios con aquel tan ligero y poco militar arreo, y burlóse de él y díjole: «¿Piensas, acaso, que soy un perro para venir contra mí con un palo?» Mas respondióle David: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo; pero yo salgo contra tí en nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de las legiones de Israel.» Y cierto que con este auxilio pudieron más la honda y piedra de David que todas las armas ofensivas y defensivas del aguerrido filisteo. No fué victoria del arte militar, fué victoria del auxilio de Dios por medio de la oracion.

¿Y qué otro poder del mundo sostendria al soldado de la verdad en esta su fatigosa milicia, si no fuese este de la oracion? ¿Cómo de otro modo podria hacerse superior al des-

aliento que, humanamente hablando, debe experimentar quien hoy dia todo, ó casi todo, lo halla contra sí, y nada, casi nada, en favor de sus generosos propósitos? La oposicion formidable del enemigo exterior; las desconfianzas y perturbaciones de la lucha intestina; el aire mismo que hoy se respira muelle, enervador, saturado de miasmas de herejía, más peligrosos tal vez, por más disimulados, que la misma herejía clara y concretamente formulada; lo oscuro del porvenir; la casi absoluta soledad de la Iglesia en el mundo oficial (no en el popular); las defecciones casi continuas de quienes, ó por temor ó por halago ó por humanos respetos, doblan la rodilla ó al menos inclinan condescendientes la cabeza ante el moderno Baal; ¿qué motivos tan poderosos para que se sienta conmovido y arredrado y tentado de desesperacion el católico más firme en medio de sus cotidianos combates?

Pues bien. A todo esto hará frente si es hombre de oracion; si no lo es, á mucho menos que eso sucumbirá. La oracion, entendiendo con esta palabra no solamente la súplica constante á Dios, sino la atenta reflexion sobre las verdades de la fe cristiana, templará su espíritu, vigorizará su carácter, le tendrá siempre como elevado, algunos palmos por lo menos, sobre esa esfera miserable de las humanas pasiones en que lo escabroso del terreno hace á cada paso tropezar, y lo denso de los vapores mefíticos marea y asfixia. La vida interior, el trato con Dios, le darán el hábito de ver y hallar y sentir á Este en todas las cosas, le comunicarán santa audacia cuando sea preciso presentarse audaz, y prudente moderacion cuando mejor convenga esta virtud. En los cursos de esta espiritual escuela aprenderá cosas mil que no suelen ni pueden enseñar los libros ni los hombres, y ahondará extraordinariamente en lo que por éstos lleva ya conocido. La oracion es fuerza y es luz. Como fuerza, nos dice la historia sus prodigios, haciendo héroes de flacas mujeres y de niños y ancianos; como luz, la encontramos en la misma transformando en doctores del pueblo cristiano á hombres sin letras ni ciencias á quienes el mundo en sus principios despreció, á quienes los sabios después no se cansaron de admirar. ¿Cómo podria, pues, el Propagandista católico mirar con indiferencia esa mina de inagotables recursos que la divina bondad tiene siempre á su disposicion?

¡Cuán otras se ven á la luz de la fe las cien y una cuestiones que traen constantemente agitado al mundo, y que en nuestros mismos dias le revuelven y nos revuelven, con tanta y tan cruel fatiga de los que estamos en medio de su torbellino! La luz clara de la fe es la que enseña á descubrir el lado religioso que tienen casi todos los asuntos, áun los que más humanos parecen y más ajenos á la Religion; ella, más que la habilidad natural ó los profundos estudios, comunica cierto seguro instinto de rectitud que en ocasiones sirve más que las ingeniosas abstracciones del filósofo y las sutiles cavilaciones del diplomático; ella, en sus grandes crisis históricas, guia á las naciones creyentes. Y mientras en sus abstrusas teorías se desvanecen y vacilan y naufragan los sabios, por ella el pueblo sencillo, que reza y ora y gime al pié de los altares, adivina á los más intrincados problemas su adecuada solucion. España sabe por experiencia de más de una vez lo que puede y lo que vale ese buen sentido religioso, ese claro instinto de la fe, que nunca la ha engañado. Asi, en nuestra gran crisis de principios del siglo, discutian y deliberaban nuestros sabios en Cádiz, y nos perdian; en cambio, nuestro buen pueblo invocaba á los Patronos de sus santuarios, y se echaba al campo... y nos salvaba.

Ahora bien. Este luminoso instinto de fe, *sapientam præstans parvulis,* no se consigue sino por la humilde oracion. Para confusion suya suele negarlo Dios á los presuntuosos y envanecidos con sus luces, tanto como para su consuelo acostumbra darlo á manos llenas á los rendidos y fervorosos que se lo van á pedir. Orad, orad ante todas cosas: orad, y sabréis; orad, y seréis fuertes; orad, y seréis hábiles; orad, y venceréis. Dios no ha condenado con eso el uso de los recursos humanos apropiados á cada caso: buscadlos, aprendedlos, poseedlos, blandidlos como armas poderosísimas que en vuestras manos teneis para servicio de la verdad; pero su secreta virtud, su decisiva influencia, el corte verdadero de sus filos, la acertada punteria de sus tiros, de solo Dios depende, y Dios no lo suele dar sino al que cuenta ante todas cosas con El. Orad, orad, que con esto seréis todo, y sin esto seréis nada. Este debe ser el abecé del Propagandista católico, éste su primer ejercicio de instrucion, éste su catecismo.

XX.

De las reglas más comunes para la Propaganda, y en primer lugar del espíritu de asociacion.

Vistas en nuestra primera parte las cualidades que deben caracterizar al buen soldado de este ejército, podemos ya desde ahora entrar en el exámen de las reglas más comunes á que debe atenerse. La primera de las cuales es, á nuestro humilde juicio, procurar no hallarse solo en esta su espiritual milicia, sino buscarse compañeros, juntarse á quienes piensen y sientan y deseen obrar como él; asociarse, en una palabra. Porque la asociacion, que en todos los ramos de la humana actividad es de tan prodigiosos resultados, es tambien la forma más adecuada y natural de la Propaganda católica, y la primera de las bases materiales sobre la que ésta debe estribar.

Dad una ojeada sobre el mundo moderno. Todas las maravillas del progreso material que veis en él, y que ojalá fuesen todas santas como son maravillosas, débense al poder de la asociacion. Esos ferrocarriles, esos túneles gigantescos, esas líneas de vapores que surcan los mares, esas Exposiciones con que tan á menudo nos deslumbra la industria, esas gigantescas empresas de canalizacion ó de perforacion ó de cualquier otra clase que sean, no hay capital particular en el mundo que pueda realizarlas. El soberano más rico desmayara ante su enorme coste. Sin embargo, las vemos facilísimamente realizadas, tal vez en más breve plazo del que se necesitó para concebirlas. Las ha realizado el poder de la asociacion. Se han asociado para llevarlas á cabo los grandes capitales, y áun los pequeños han acudido á auxiliar el proyecto. Y el millon del uno, y el millar del otro, y los cientos de aquél, y los ahorros escasos del otro, han formado *juntos* la palanca poderosísima que ha levantado tan asombrosos monumentos. Cada individuo que ha tomado *una accion* si-

quiera de una de estas empresas, puede gloriarse de ser su verdadero autor.

La actividad humana, dedicada hoy casi exclusivamente á trabajos humanos, encontró este secreto, y ya veis cómo lo utilizó. La actividad cristiana, dedicada á trabajos cristianos bajo el nombre de Propaganda católica, debe aprender aquí y formarse en esta escuela. Cada soldado de la fe, trabajando solo y por su cuenta, es un simple individuo, débil, desalentado quizá, y de todos modos facilísimo de ser vencido ó por lo menos paralizado. Empero varios de esos soldados, unidos, compactos, organizados, son ya cosa muy distinta. Hácese entonces cada uno fuerte con la fuerza de todos los demás.

Primera necesidad, pues, del Propagandista católico: asociarse. Primera ley y base de toda buena Propaganda: la asociacion.

Supongamos que, en una localidad cualquiera, está de tal suerte paralizada la vida católica, que no hay allí movimiento alguno, ninguna energía tiene aquel cuerpo, ningun latido da aquel corazon. La vida oficial cristiana (la parroquia) es lánguida; sus obras más bien parecen hijas de hábito rutinario que de firmes convicciones; el pobre Párroco llora casi solo ante su altar la mortal indiferencia de aquel vecindario. Mas supongamos que un dia, alguno de dichos vecinos recuerda que como hijo de la Iglesia ha de hacer algo por ella, y toma consigo la generosa resolucion de despertar á la vida y á las obras cristianas aquellos corazones dormidos. Conforme á lo que hemos indicado ¿qué es lo que primeramente deberá hacer? Dar una mirada á su rededor, y ver si en alguno de sus amigos observa favorable disposicion para secundarle en su empresa. Háblale, manifiéstale su propósito, tratan ambos de establecer (bajo la direccion conveniente) una accion comun, empiezan por tener *juntos* un periódico católico; por concurrir *juntos* á una fiesta católica, á una romería, por ejemplo; por habérselas *juntos* con el espiritista ó protestante que se presenta á la feria con su infame mercancía; por adquirir *juntos* una porcion de librejos ú hojitas que distribuir en cualquier favorable ocasion, etc. Hé aquí inaugurada en aquel pueblo la Propaganda católica. Aquellos dos

amigos forman ya una asociacion propagandista. Es asociacion elemental todavía, rudimentaria, en gérmen tan sólo, si quereis. Pero es verdadera asociacion, como la que cubre con sus ramificaciones todo el suelo de una vasta provincia. Obra de Dios y del celo y del tiempo será su total desarrollo. Lo principal, lo indispensable, se ha hecho ya. Aquellos dos individuos son ya algo más que dos individuos como antes, son ya un grupo. Sus fuerzas se han multiplicado con la mutua excitacion del ejemplo. El uno le sugiere al otro ideas y proyectos; que nada obra tanto en esto como el contacto y la comunicacion. Cada uno de ellos por sí solo no se atrevia quizá á citar en público el nombre de Dios; los dos juntos no se acobardan ahora porque se les señale con el dedo como sus más resueltos servidores. Se les empieza á admirar y á amar por unos, como á temer y á odiar por otros. Se habla de ellos en el hogar como de buenos mozos á quienes todas las madres buenas quisieran tener por hijos, al paso que se les murmura en el cafetin ó casino como *jesuitas de cuenta* que algo darán que sentir. El milagro está hecho. Ya en pro ya en contra se habla en aquel pueblo de Religion y de obras religiosas. Mucho vale el que de ellas se hable, aunque sea para combatirlas y mofarlas. Es el revulsivo que ha empezado á arrancar ayes á aquel cuerpo que parecia cadáver; se ha despertado la vida allí. Es el milagro de dos fuerzas *asociadas,* que antes en su aislamiento no llamaban para nada la atencion. A los pocos años, no son dos los jóvenes asociados, son varias docenas, y sus obras de Propaganda católica se citan en toda la comarca como verdaderas campañas que han llegado á modificar el aspecto general de la parroquia. Han creado escuelas, han celebrado públicas academias, han realizado ruidosas romerías, han dado á los Institutos religiosos numerosas vocaciones en los dos sexos. Ya no está desierta la iglesia, ya no reza solitario el pobre Cura. Con poco se empezó la siembra del buen ejemplo, y hoy brilla espléndida la cosecha convidando á alabar á Dios.

¿Es novela lo que describimos? Nó; es relato histórico, y tal como aquí pintamos ha pasado ante nuestros ojos en un pueblo muy conocido, á poca, muy poca distancia de esta capital.

XXI.

De dos bases fundamentales sobre que debe fundarse toda buena asociacion de Propaganda.

Buscarse, entenderse, agruparse los buenos y fervorosos de cada localidad para una accion comun en defensa de la Iglesia oprimida y para la difusion de las buenas doctrinas, hé aquí lo que en nuestro capítulo anterior hemos llamado espíritu de asociacion, base esencial y forma privilegiada de la Propaganda católica. Mas esa agrupacion no ha de ser simple aglomeracion, para que llene perfectamente los fines que se desean. Ha de ser union, y para serlo de veras ha de estar fundada en la unidad: axioma de sentido comun, que con todo y ser tan trivial y rudimentario, más de una vez se ha perdido lastimosamente de vista. Union basada en la unidad; no en la unidad aparente que dan esas fórmulas vagas y elásticas con las cuales establecen los partidos sus efímeras anchas-bases: sino unidad verdadera y real, que esté en el más íntimo sentir y pensar y querer de los coligados, más que en la exterior pantalla de sus programas y reglamentos. Unidad fundada en la profesion clara é íntegra de la verdad, y en el odio cordial y sincero al error y á todas sus formas y en todos sus grados. Union así no necesitará para sostenerse de componendas ni de transacciones, ni habrá menester continuas habilidades y rasgos heroicos de abnegacion para mantener su instable equilibrio; vivirá, al revés, por su propia fuerza, como cuerpo á quien una sola alma alienta y una sola homogénea sangre da vigor. Mas, dejemos este punto sobre el cual está hablando con harta mayor fuerza la experiencia de todos los dias. Atengámonos á lo que nos dice ésta, que en todo suele ser la más abonada maestra.

En cuanto salga la asociacion del estado embrionario de dos ó tres individuos en que la hemos considerado, necesita,

como de otra condicion indispensable para existir, de la organizacion. Ley primera de ella después de la unidad (que excluye todo dualismo manifiesto ó disimulado) es la sujecion á la debida cabeza, que es en la Iglesia universal el soberano Pontífice, en la diócesis el Prelado ordinario, y en la localidad el Párroco ó encargado parroquial. La iniciativa ¿quién lo duda? puede partir de simples fieles seglares y áun de pobres mujeres, que de todo tenemos admirables ejemplos en la historia eclesiástica; mas la sancion canónica, el sello oficial de obra perfectamente cristiana, sólo puede darlo el Superior jerárquico, bajo cuya dependencia ha de vivir y desarrollarse. Ya en otra ocasion lo hemos dicho, y no nos duele repetirlo hasta la saciedad. La acusacion de laicismo seria muy verdadera y fundada contra quien no diese la importancia debida á esta prescripcion. Los Reglamentos, si se hacen, debe aprobarlos la Autoridad; los actos públicos que se tengan debe intervenirlos por sí ó por delegado la Autoridad; la marcha general de las obras debe dirigirla la Autoridad. El Catolicismo es esencialmente autoritario, y es esencialmente opuesto á él todo lo que huele á libre obrar, como todo lo que suena á libre hablar ó á libre pensar. Por esto han empezado bajo la bendicion del Papa y han sido presididas por venerables Prelados todas nuestras romerías; por esto tienen consiliarios las Academias de Juventud católica; por esto obedecen á una censura que vela sobre ellos (en lo que pertenece á la jurisdiccion canónica) todos los periodistas y autores católicos.

Sobre estos dos principios fundamentales de organizacion, union en la idea y sujecion á la autoridad, edifique cuanto quiera el fiel cristiano que sienta arder en su pecho la llama del celo propagandista, y esté cierto de que edificará bien y sólidamente y con próspero resultado. El campo es vastísimo, y cuanto más se recorre, más se ven ensancharse sus grandiosos horizontes. Las obras son varias, como lo son las necesidades que las reclaman, como lo son los medios que puede inventar la industria cristiana para acudir á ellas, como lo son las aptitudes de los individuos ó el carácter de cada pueblo para prestarse á ese ejercicio. Hay quienes sienten especial vocacion para un ramo determinado de trabajos, quienes para otro enteramente distinto. El *alius quidem sic,*

alius vero sic, es en esto como en todo la ley de la gracia, á la que llama san Pablo multiforme, por su inagotable variedad. En un pueblo convendrá ir de frente contra el enemigo por medio de la cruda y desenvuelta polémica, como si se lanzase animoso reto; en otro será preciso insinuarse cautelosamente y de soslayo por medio de las suaves influencias de la caridad. En un punto será bueno echar al campo toda la fuerza por medio de ruidosos actos de manifestacion popular, como son festejos y romerías; en otro será más oportuno no moverse del interior del templo y ceñirse á los actos de piedad más usuales en él. Aquí la forma culta y literaria es la mejor; vengan, pues, academias, certámenes y juegos florales: allí es de más efecto la predicacion callejera sin tantos perfiles y atildamientos. Cada comarca y áun cada tiempo ofrece razones distintas para proceder de distinta manera; por eso es tan difícil dar en esta materia más que los principios fundamentales y alguno que otro punto de vista general.

Sucede aquí como sucede con la lucha popular ó de guerrillas, á la cual desde el principio hemos comparado la Propaganda católica. Las grandes obras de táctica no se escriben para las partidas irregulares, sino para la tropa de línea. Y nosotros que no escribimos para el ejército permanente de la Iglesia, sino para el paisanaje armado, que tal conceptuamos al apostolado seglar, visto está que no podemos hacer más que lo que cabe en una especie de *Manual del guerrillero,* sin otra pretension.

Así que, concretándonos á este concepto, proseguirémos nuestra tarea, y darémos en el próximo capítulo otra observacion que nos parece muy oportuna, antes de entrar en el exámen de cada clase de obras en particular.

XXII.

Que nada debe considerarse pequeño é insignificante en el ejercicio de la Propaganda.

Norma inviolable que debe tener á todas horas el Propagandista católico, sean cuales fueren los trabajos á que resuelva consagrar su actividad, ha de ser la máxima general que le vamos á dar en este capítulo. Es la siguiente. Que nada considere pequeño ó insignificante en su oficio; que todo es grande en él, aunque tal vez no lo parezca á la humana prudencia, y que su resolucion antes de emprender obra alguna ha de ser precisamente dar en ella grande, grandísima importancia á las al parecer más insignificantes menudencias. Nada hará de mediano bulto á los ojos de Dios si no tiene la mira puesta en no dejar desaprovechada ninguna de esas importantísimas frioleras.

Raras son las ocasiones que se ofrecen de hacer algo ruidoso y sonado en defensa ó fomento de la verdad. Pasa en esto como en la práctica de la virtud. Pocos casos se dan, por ejemplo, de dejarse cortar la cabeza por Cristo. En cambio se nos presentan cada dia los de tener que sufrir por El alguna sonrisa burlona ó algun dicharacho mordaz ó alguna ligera incomodidad material. Malamente entenderia, pues, la virtud el que soñase tan sólo deber emplearla en los actos más heroicos, que podríamos llamar de gran espectáculo. Nó, nó, lo práctico es mostrarla en lo comun y casero y usual, es decir, en el combate de cada dia y de cada hora y de cada minuto. Combate oscuro si se quiere, pero de no menores resultados que el que pudiese tener por escenario el anfiteatro de Neron ó los estrados sangrientos de Diocleciano. Asimismo en la Propaganda católica. Los actos más importantes de ella son á veces los ignorados y oscuros de la vida comun, los que no suenan en los periódicos, los que hasta muchas veces desco-

noce la vecindad, los que llega á practicar tal vez su propio autor sin darse cuenta apenas de que algo valgan. Las cosas pequeñas constituyen y dan eficacia á las empresas más grandes, y quien así no lo entienda y así no lo practique será todo lo que quiera menos un Propagandista católico de verdad.

¿Y cuáles son esas menudencias ó frioleras sobre las que queremos llamar la atencion?

¿Cuáles? Es imposible citarlas, pues por menudas é impalpables se escapan al anteojo así que se las quiere sujetar á él. Son como las casi imperceptibles rayitas ó toques que forman los claros y oscuros, los perfiles y el sombreado de una hermosa pintura, que nada son al parecer, y no obstante sin ellos desapareceria por completo el cuadro. Son una suma importancia dada á la menor palabra en el trato familiar ó cortesano, pues no hay palabra en él, por frívola que parezca ó de poca sustancia, con la cual no se pueda acercar un alma á Dios, ó al revés alejarla miserablemente de él. Son un propósito continuo y cada dia renovado de hacer valer en pró de los derechos de la verdad y contra la influencia maléfica del error todos los actos de la vida, áun los que más ajenos parecen á este apostolado, como las operaciones comerciales, la influencia personal del buen decir y áun de un exterior apuesto y de una gallarda figura, que esas suelen ser para todo buenas cartas de recomendacion. Son saber sacar partido de las mil y una coyunturas que ofrecen las relaciones sociales para alentar un espíritu encogido, disipar una duda ó una prevencion, imponer á un insolente, contener á un extraviado, todo lo cual se logra á veces con un giro especial dado á la conversacion, con un favor oportunamente prestado, con un rasgo de valor ó serenidad mostrado á tiempo, etc., etc. Y así por este tenor.

Para lo cual basta considerar en nosotros mismos cuáles son las razones que en el decurso de nuestra vida han influído para que diésemos á nuestros actos tal ó cual direccion, y se verá cuán pequeñas causas han producido tal vez los más trascendentales resultados. Como asimismo vemos en la historia, que toda su grandiosa máquina se mueve por resortes tan insignificantes al parecer, que nadie se daria cuenta de ellos si no

viese *à posteriori* como á ellos se deben quizás la caída de los imperios, el predominio de un pueblo sobre otro, ó la suerte de toda una nacion. Agentes microscópicos han determinado las más espantosas catástrofes ó las han impedido; ¿y por qué no han de ser tales agentes de igual fuerza y poder en esotra lucha moral de la verdad contra el error en que andamos todos empeñados?

Jactábase un fiero conquistador del poder y número de sus elefantes, en quienes más que en otro recurso confiaba para el éxito de una gran batalla. Y Dios, para burlar al orgulloso, disponia que le venciesen en ella, no otros de esos mismos poderosos animales, sino ¿quién lo habia de decir? despreciables mosquitos. Aparecieron, en efecto, en lo más recio de la lid; y molestando con sus picaduras á los elefantes en lo más delicado de sus trompas, hicieron que se enfureciesen los tales, y revolviendo sobre sus propias filas las desbaratasen y deshiciesen, convirtiéndose en enemigos los más feroces de aquellos mismos á quienes debian ayudar.

Lo cual además es muy para consolar y alentar á los débiles y pequeñuelos, que en este mundo somos los más. Porque si sólo las hazañas épicas tuviesen importancia y trascendencia en el combate de Dios, no habria para qué llamar á él más que á quien fuese reconocido como de la madera de los héroes que admiramos y cantamos en los poemas. Pero ¡ca! si el heroismo es aquí de un género tan singular que está al alcance de todos, como que es el heroismo de la buena y leal voluntad, y de firme é incansable paciencia. ¡Si á posta eligió Dios *infirma mundi,* lo que conceptúa de poco valer el mundo; *et ignobilia et contemptibilia,* y lo vil y lo despreciable de él; *et stulta,* lo que él juzgue necio y tonto. ¿Y para qué? Para confundir y avergonzar *sapientes,* á los sabios; *fortia,* á los poderosos; y todo en definitiva *ut non glorietur omnis caro,* para que no se jacte el poder del hombre de haber hecho él las obras de Dios. ¡Ah! ¡qué palabra para aliento de la humana pequeñez, así como para humillacion de la humana soberbia!

Resumamos, pues. En no desaprovechar uno solo de los medios pequeñísimos que al más pequeño haya dado Dios, está todo el toque de la verdadera Propaganda católica. Y

estos medios pequeñísimos, ¿á quién, por pequeño que sea, no se los ha dado Su Divina Majestad? Lo que se sigue de ahí, como consecuencia natural, es que debe cada uno estudiarse y examinarse y hacer prueba de sí, para conocerlos y saber al fin de qué armas se compone su pobre ó rico arsenal. Y con lo que encuentre en él proponerse no desperdiciar un tiro, más que sea de perdigon, que un perdigon solo bastará para derribar á un gigante tamaño como Goliat, si dirige la puntería el dedo invisible de Dios, que de antiguo goza fama de buen apuntador.

XXIII.

Del medio más general de Propaganda, que es el buen ejemplo.

Cuanto hasta aquí llevamos expuesto sobre la Propaganda católica tuvo cierto carácter de teoría general: ahora nos proponemos entrar en el exámen de cada una de las formas de esta Propaganda, es decir, de cada uno de los medios principales con que, á nuestro pobre parecer, puede cada fiel cristiano tomar parte en el gran combate de la fe, al presente más empeñado que nunca, y del que con frase de uno de los himnos sagrados podemos tambien decir: *Mors et vita duello conflixere mirando*. Vamos, sí, á ver desde ahora con qué medios puede el más ínfimo soldado de esta lid hacer pesar su influencia en la balanza de ella; medios no todos para todos, claro está; sino unos para unos, otros para otros, y sólo un cierto número para la generalidad. Por éstos empezarémos, procediendo de lo más comun á lo más particular, con un órden y clasificacion que permitan á cada cual incluirse á sí propio en la casilla ó grado que segun su condicion le corresponda.

Empezando, pues, por el medio más general de Propaganda católica, y que todos sin excepcion podemos, y áun debemos, emplear, dirémos que es éste el del buen ejemplo.

Sí, lectores mios, ser bueno, y serlo en todo, y serlo en

público; sin recatarlo por falsa modestia ó por humano respeto; sin ostentarlo por vanidad; mostrándolo, empero, á los ojos de todos con naturalidad, con sencillez, como modo de hacer brillar nuestra luz delante de los hombres, para que viendo nuestras buenas obras las imiten y dén gloria con ellas al Padre celestial: hé aquí la primera de las armas del combate católico, arma fácil, arma para todos manejable, arma que ningun aprendizaje requiere, arma de tiro seguro, que nunca falla, y con la cual juzgamos que ha de volver á su eje el mundo, hoy todo él desquiciado, si de un modo ú otro ha de haber misericordia para él.

Y en tanto es así, amigos mios, que de buena gana diera yo todos los otros medios por este solo, como lograse hacerlo de uso general; diera todas las academias científicas, todos los libros sabios, todos los periódicos ortodoxos, todo, absolutamente todo, á un módico tanto por ciento de buenos ejemplos. Y aunque sólo lograse diez buenos ejemplos por cada cien artículos de periódico, ó cinco por cada centenar de obras apologéticas, ó una docena por cada millar de sesiones científicas y literarias, no rehusaria el trato, antes lo aceptaria por muy ventajoso.

Un buen ejemplo, ¡oh! un buen ejemplo tiene más elocuencia que los más vivos discursos, más fuerza de convicción que los más bien hilados silogismos, más autoridad que los fallos de las más doctas academias. La mitad de los hombres y la mitad por lo menos de la otra mitad (y áun me quedo corto tal vez) muévense á obrar en tal ó cual sentido, no por lo que oyen decir, sino por lo que ven hacer. Triste verdad, pero no menos cierta, aunque triste. Aun en lo que muchas veces pensamos realizar por nuestra propia iniciativa, no somos, nó, iniciadores, sino copistas. ¿Y por qué pensais que son malos, y llegan hasta malvados, una porcion de seres que ninguno reconoce con malicia nativa para llegar á tales extremos? Pues lo son casi todos ellos por pura imitacion. Porque blasfeman otros, blasfeman ellos, que si no, les pareceria cosa muy fea eso del blafemar; porque ven despreciar la Iglesia, ellos la desprecian, que harto saben no les ha hecho ningun mal y hasta quizá en secreto la aman. Es prestada una gran parte de la impiedad que hoy gallea por

calles y plazas; es prestada, porque ha logrado imponerse como moda, y muchos la siguen por esta sola razon. ¡Válgame Dios! ¡Si examinándolo bien y á fondo, tal vez encontraríamos que aún son menos las convicciones (verdaderas convicciones) impías, que las convicciones religiosas!

Pues bien. A esta masa embrutecida (esta es la palabra) por el yugo aplastador de los malos ejemplos, sólo hay un medio de levantarla, y es confundirla, avergonzarla, sonrojarla, hacerla entrar en sí, hiriéndole los ojos con el resplandor de los ejemplos buenos. Al que haya vivido siempre en un recinto oscuro ó de poca luz, el primer rayo de sol que le hiere la vista le incomoda y mortifica, y el mortificado hace por no verlo: poco después le alegra el alma, y se la encanta y enamora. Así sucede con el resplandor de los buenos ejemplos ofrecido de repente á la vista de los que no están acostumbrados á él. Primero les mortifica y quizá hasta los irrita; despues los admira y les cautiva el corazon.

Todavía recuerdo sonriendo la impresion que le produjo á un caballero conocido mio, poco cristiano por desgracia, el buen ejemplo de una Comunion general en que tomaban parte gran número de socios de una de nuestras academias católicas. Mi hombre no cesaba de mirarme á cada momento, olvidando en su asombro hasta la reverencia debida al templo del Señor. Creyendo hasta entonces que las Comuniones generales nunca eran aquí más que actos de mujeres, como tal vez allá en su villa, empezó por notar con extrañeza que hubiese tantos hombres en la iglesia. Creció su asombro cuando reparó que tales hombres se acercaban á la santa Mesa para comulgar, y comulgaban ni más ni menos que las mujeres, sí, señor, ni más ni menos que ellas. Su primera frase de extrañeza fué al salir:

—¡Pues, señor mio, cuántos hombres habia tambien!

—¡Vaya! le contesté yo, ¿y acaso les está prohibido á los hombres recibir en público la sagrada Comunion?

—¡Toma! prosiguió, ¡casi todos jóvenes! ¡y tendrán novia, de fijo!

—¿Cómo nó, amigo mio? como no han de ser Curas, es claro que la tendrán, y tan buena seguramente como ellos, respondíale yo. Ya ve V. qué guapos y qué elegantes. Todos, ó casi todos, son del Comercio y de la Universidad.

—Pues vea V., andaba diciéndome, aquel de los bigotazos negros que tan fervoroso leía en su devocionario, más que de beato tenia cara de militar.

—¿Y por qué, repúsele yo, no podria tenerla de uno y de otro, es decir, de militar y de beato (digo de cristiano), sin cometer con eso ninguna falta mortal ni venial? ¿Qué más da? ¿O cree V. que sólo las mujeres y los seminaristas han de tener fe y devocion?

De suerte que á mi ilustrado forastero le hirió más en lo vivo aquella para él extraña Comunion general, y muy en particular los atusados bigotes de algunos de los piadosos comulgantes, que si le hubiesen echado cincuenta sermones ó dádole á leer veinte tomos en folio de los mejores apologistas de nuestra santa fe. Y tengo para mí que más de una vez recordó con impresion profunda lo que viera aquel dia, y le fué quizá aquel espectáculo materia de sérias reflexiones sobre el estado de su propia alma, que no poco le pudieron aprovechar. ¿Y cómo no, si más que un libro y más que un predicador le hablaba cada uno de aquellos edificantes cristianos que vió comulgar como cualquier mujer piadosa de su pueblo (que era lo que él no podia acabar de comprender), sin que por eso dejase de ver que eran hombres, y hombres jóvenes y apuestos, que no menos que él podian brillar una hora después, sin perjuicio de la modestia cristiana, en la más culta sociedad?

A la vista de un cuadro de estos, la primera reflexion que le asalta al cristiano miedoso y vacilante y esclavo del *qué dirán* (que éstos son los más), es la que asaltaba al jóven Agustin cuando en el tiempo de sus devaneos oía decir lo que hacian ó habian hecho ciertos Santos á su edad. «Tú,—le decia el corazon, dándole en él sendos porrazos la concienciencia,—tú no podrias por ventura hacer lo que éstos y éstas pudieron? *Et tu non poteris quod isti et istæ?* Y el alma que llega á sentir en sí este secreto reproche del buen ejemplo ajeno, es alma salvada, si ya no ha hecho propósito formal y decidido de hacerse el sordo á todas las voces de Dios.

Gran cosa es, pues, el ejemplo, y porque es gran cosa queremos todavía decir algo más de él, como del primer medio de Propaganda, en otro capítulo.

XXIV.

¿Cuánto y dónde debe procurar dar buenos ejemplos el Propagandista católico?

Una sola respuesta darémos á esta pregunta. Debe hacer uso del buen ejemplo siempre, en todas partes, y por todos los medios que á la mano estén.

Siempre. Es decir, no un rato cada dia como el que se dedica al rezo; no unas cuantas horas de él como las que se consagran al trabajo; no algunos dias solamente como los que emplean ciertas almas buenas en retiro espiritual. Nó, el buen ejemplo no es de los deberes que ocupan un rato ó una hora ó unos dias, sino de los que obligan, como dicen los moralistas, *semper et pro semper*. Siempre y en todos momentos. El buen ejemplo es simplemente la vida cristiana en accion, delante de nuestros hermanos. Ahora bien, como somos siempre cristianos, sin que dejemos un solo momento de serlo, así debemos tener siempre en accion nuestra vida de tales, sin que podamos desprendernos de ella á nuestro antojo, como nos vestimos un traje ó nos vestimos otro, segun la ocasion. A solas debemos llevar vida cristiana; en la intimidad del hogar doméstico debe ser nuestra vida íntima, cristiana; en el trato social deben ser nuestras relaciones, cristianas; en los cargos públicos que desempeñemos debe ser nuestra manera de desempeñarlos, cristiana; en nuestros negocios ha de ser la índole de ellos, cristiana; hasta en nuestras diversiones debe ser nuestra manera de divertirnos, cristiana. ¡Qué conducta tan irregular y extraña la de algunos católicos de quienes en ocasiones nadie conoceria cuál es su religion, ó si tienen ó no tienen alguna! ¿Han olvidado que así como es indeleble el carácter bautismal, que ni en el infierno lo pierde el condenado, distinguiéndose áun en aquella horrible mansion el bautizado del que no lo fué, así

debe ser indeleble en la vida exterior ese otro carácter de la pública profesion cristiana, que ni un momento solo se debe ocultar ó disimular? Si así lo entendiésemos, como así es, llevaríamos siempre al cinto esa arma vibrante del buen ejemplo, mejor dicho la llevaríamos siempre en nuestra mano, blandiéndola á diestra y siniestra, causándole áun con su solo brillo espantos y terrores de muerte á la impiedad; á la impiedad, que sólo es atrevida comunmente porque no encuentra frente de sí más que vergonzantes y cobardes. En nuestra sociedad los más son todavía cristianos; ¿porqué, pues, acaba de perder del todo nuestra sociedad la fisonomía cristiana, sino porque muchos de nosotros hemos al parecer convenido en no ser cristianos más que en el templo, ó á lo más en el abrigado recinto de nuestro doméstico hogar, y áun esto cuando no pueden sorprendernos y avergonzarnos ojos profanos? Tememos ¡ah! se nos sorprenda en el ejercicio de una obra piadosa, como si se nos cogiese en flagrante delito. ¿Y de cuántos delitos, verdaderos delitos, quizá nos avergonzamos menos que de una verdadera obra de Religion? ¿Y qué cuenta tan rigurosa no pedirá Dios al que pudiendo y debiendo, como todos debemos y podemos, llevar muy alta la divisa de su ley entre los hombres, para honrarla á ella y para atraerlos á ellos, la ha escondido vergonzosamente el muy miserable, por temor á un chiste, á una sonrisa, ó á cosa más frívola aún? ¡Ah! Es un crímen, es un crímen este del que se hacen responsables y por el que merecerán terrible sentencia muchos creídos hombres de bien. Piérdese el mundo, corrómpense las costumbres, aparece por do quier triunfante y vanagloriosa de sus triunfos la impiedad; viven fascinados, arrastrados por su hechizo la mayor parte de los espíritus, y hay un católico, hay cien católicos, hay millares de católicos que, con sólo mostrarse abierta y públicamente tales en todas partes, podrian detener la infernal invasion ó aminorar por lo menos en gran parte su estrago... ¡y no lo hacen! ¿Qué crímen seria el de quien viese arder la finca de su vecino y teniendo agua á mano rehusase levantarse para apagarlo? ¿Qué iniquidad la del que presenciase como va cuestas abajo en una espantosa pendiente un infortunado que empezó á resbalar por ella y al

que alargándole la mano puede salvar, y no obstante no quiere alargársela? ¿Qué infamia la del que, viendo entrar enemigos en casa del amigo para robarle y asesinarle, no quisiese dar un grito para ahuyentarlos, sabiendo que con este grito los puede ahuyentar? No de otra manera se me presenta, en la espantosa crisis social que estamos atravesando, la conducta del que á todas horas no pone en vigor esta práctica tan saludable y tan fácil del buen ejemplo. No hay duda que, segun todas las reglas morales, es esta una verdadera y odiosa complicidad. *Non obstans,* el que no se opone, dicen los moralistas, es á veces tan autor del crímen como el que realmente con su mano lo perpetró. Y dígasenos francamente; si es gran culpa la de los que corrompen el mundo, ¿no será mucha tambien y muchísima la de los que no se oponen, siquiera con su ejemplo, á la general corrupcion?

Con esto que decimos del *cuándo* queda tambien contestado el *dónde* de la pregunta. Si se han de dar siempre buenos ejemplos, claro es que se han de dar en todas partes, porque ambos adverbios, bien que con relacion distinta al tiempo y al espacio, vienen á significar lo mismo. Sí, en todas partes debe mostrarse el hombre cristiano y en todas partes dar y ostentar y pregonar ejemplos de tal. Y si hay algun lugar donde aparezca inconveniente ó incongruente el buen ejemplo cristiano, señal cierta de que aquel lugar debe ser juzgado sospechoso, si no ya abiertamente anticristiano. Y dígasenos francamente, ¿puede concurrir tranquilamente el católico á un lugar en donde sabe que es considerada como vil y abochornadora la profesion de su fe? ¿No se hace solidario con esto solo del menosprecio y befa con que allí se la mira? Supongamos que hay un sitio en el mundo donde es aborrecida é infamada la condicion de ciudadano español. ¿Será buen español el que ponga los piés en aquel recinto, como no sea para denostar públicamente, áun con obras si conviene, á los infamadores de su raza y de su pabellon? Es indudable que nó. Tengamos, pues, el honor cristiano tan susceptible y quisquilloso por lo menos como tenemos el honor nacional, so pena de que se nos pueda avergonzar como malos católicos, con igual razon con que en otro caso se nos miraria justamente como perversísimos patricios y sin ningun sentimiento de delicadeza ó de pundonor.

¿*Cómo* debe hacerse uso del arma del buen ejemplo? Esta tercera parte de la pregunta tiene ya más trascendencia, y por tanto reservarémosla para el capítulo siguiente.

XXV.

¿Cómo y en qué formas debe ó puede emplear el Propagandista esta arma del buen ejemplo?

Hénos aquí en el caso ya de formular para eso algunas reglas prácticas, que no dudamos añadirán á esta materia abundante luz.

En primer lugar, parécenos que se deben buscar por el Propagandista católico las ocasiones de dar buen ejemplo, no aguardando que se presenten ellas sin ser buscadas. El buen capitan en su anhelo de batir al enemigo no siempre espera el ser provocado ú obligado á batalla; pídela él y marcha algunas veces al encuentro ó en persecucion del enemigo, áun cuando éste manifieste rehuirla. Dar buen ejemplo cuando nos constriñe imperiosamente á darlo el aprieto en que nos pone el deber, no es ser soldado voluntario de la verdad; es más bien dejar simplemente de ser apóstata. Obrará, pues, por regla general muy noblemente el buen cristiano anhelando y buscando lances en que pueda dar buena muestra de su fe y de su piedad. Es esto no limitarse á una mera defensiva, sino tomar francamente la ofensiva contra el respeto humano y sus necias consideraciones; es asegurarse anticipadamente grandes y gloriosísimas victorias.

Suele de vez en cuando el enemigo infernal, que sabe de trampas más que los más expertos diplomáticos, paralizar á los corazones resueltos y generosos con el siguiente ardid. Póneles delante la gran alabanza humana que les va á merecer tal ó cual noble accion que ellos se proponen practicar para edificacion de sus hermanos. En seguida les recuerda que un cristiano nada debe hacer para granjearse alabanza

humana. Y les saca por consecuencia el malvado sofista, que han de renunciar por motivos de humildad á aquella su pública obra de bien. Hemos tratado innumerables almas buenísimas, víctimas frecuentemente de este grosero paralogismo. Una sola palabra bastará para refutarlo. Arguye así el diablo: «Esta accion va á granjearte gran copia de alabanzas. Es así que tú no debes buscártelas. Luego no has de practicar esta accion.» Falso silogismo al cual se ha de contestar concediendo las premisas, pero negando redondamente la consecuencia. Dígase, pues, á sí mismo y dígale al diablo de esta manera el buen cristiano: «Esta accion va á proporcionarme alabanzas. Perfectamente. Pero yo no busco las alabanzas que ella me proporcione, sino la cosa misma, sin poner para nada el ojo en tales alabanzas. Tanto es así, que obraría yo del mismo modo si en vez de granjearme alabanzas esta accion, me acarrease vituperios, que es más fácil aún. De consiguiente practico la obra, sin mirar más que la obra misma y la gloria que ha de dar á Dios, y el provecho que ha de provenir de ella á mis hermanos. En cuanto á la segunda proposicion, es cierto que el cristiano no debe buscarse alabanzas; ciertísimo. Pero nó que no deba practicar cosas que las merezcan. Al revés, las obras que merecen alabanzas, esto es, las obras buenas, esas son las que debe siempre practicar.» Y esto es claro. Así como el buen ejemplo público debe estar á prueba de insultos, debe estar tambien, por decirlo así, á prueba de aplausos. Con el miedo al insulto, busca el demonio amedrentar á las almas tibias; con el miedo al aplauso, propónese detener á las almas fervorosas. En nada de eso debe ser crcído, porque en todo eso no hace más que trabajar por su negocio el padre de la mentira. Débesele contestar como contestó un Santo acometido de esta tentacion en una de sus más sublimes obras: «Atrás, maldito; que ni por darte gusto la he emprendido, ni por darte gusto la he de abandonar.»

Más vulgar es el medio de apocar los espíritus por la amenaza y el vano *qué dirán;* pero de esto se ha tratado ya tantas veces, que bien podemos pasarlo por alto en la presente ocasion.

En esto del buen ejemplo tiene lugar, más que en otro

asunto cualquiera, aquello que más arriba hemos dicho sobre dar gran importancia á las cosas pequeñas. Porque las ocasiones de hacer algo al parecer insignificante, son cotidianas; y las de hacer algo muy ruidoso y sonado no son en cambio sino muy escasas: y por esto el que desee poner en práctica la Propaganda católica por medio del buen ejemplo, ha de tener gran interés en no desperdiciar frioleras y menudencias. De éstas más que de heroicos y brillantes rasgos viene á componerse por lo comun el apostolado del buen ejemplo. Tambien sobre esto hemos dicho algo anteriormente en cierto librillo que anda por ahi con el título de *Nimiedades católicas,* y por esto no harémos en ello especial hincapié. Sólo á vuela pluma recordarémos que hay un modo de vestir edificante, como hay otro escandaloso: un ornato de la casa católico, como hay otro gentil: unas formas de trato social cristianas, como hay otras paganas. Y que en seguir lo cristiano en todas esas cosas y en abominar lo mundano en todas ellas, hay gran cosecha de buenos ejemplos con que ejercitar la Propaganda católica. Asimismo, descubrirse al pasar delante del templo; saludar al sacerdote, no por ser amigo ó conocido, sino por respeto á su hábito y ministerio; aguardar á pié firme el paso del santo Viático, y ante él doblar ambas rodillas, descubrir la cabeza y rezar breve oracion; guardar en el templo la compostura, no del artista embelesado con la arquitectura ó con la música, ó del calavera tonto ocupado en mirar el rostro á las mujeres, sino del piadoso y creyente cristiano que lee en su libro ó reza ó medita; hacer la señal de la cruz al salir de casa ó al emprender un viaje, bien sea en tren ó en tramvía; asistir á las procesiones, no para honrar al caballero pendonista, sino para rendir homenaje á Cristo ó á su Madre ó á un Santo; dar limosna al Papa acompañándola con nombre y apellidos, como franca profesion de fe, en vez de dar la peseta y esconder la cara, como hacen todavía algunos vergonzantes; prestar la firma á toda manifestacion ó protesta que se haga contra la impiedad por cualquiera de sus fechorías; éstas y otras mil y mil frioleras que no nos ocurren ahora, pero que á cada paso nos encontramos entre piés, son bellas y oportunísimas ocasiones de Propaganda católica, y son de admirable ejemplo para

quien las ve y de grandísimo mérito para quien las ejecuta, y han sido y serán siempre causa de no pocas mudanzas de vida para muchos que necesitan ó confundirse por su mal proceder ó alentarse en el buen camino.

Otra reglita y vamos á concluir. El buen ejemplo ha de obrar comunmente en el corazon de nuestros prójimos, como ciertos remedios en algunos enfermos á quienes se ha de dar la medicina sin que ellos mismos adviertan que se les da. Nos explicarémos. Hacer conocer al prójimo que con tal ó cual obra se le pretende dar un buen ejemplo, es con esto solo sublevar su amor propio y levantar en su corazon formidable barrera para que no se deje convencer. Es como decirle al adversario á quien se quisiese herir: «Ponte en guardia, que te voy á dar una estocada.» Nó, lo más natural es, á quien se quiere vencer, procurar pillarle descuidado. Débese, pues, dar al prójimo la leccion del buen ejemplo sin hacerle notar que se la damos, sin que al parecer á nosotros mismos nos hagamos caso alguno; con sencillez de corazon, con naturalidad, sin estudiado aparato, con lo cual ni alarmamos al amor propio del adversario para que se nos resista, como antes hemos dicho, ni ponemos en peligro nuestra humildad, que es joya que andando en estas obras podemos muy fácilmente dejar deslustrada.

XXVI.

De la pública manifestacion en concepto de grande exhibicion de buenos ejemplos.

Afortunadamente empieza á comprenderse hoy por los católicos verdaderos lo que vale esta arma poderosísima del buen ejemplo, y de algunos años acá hay regular empeño en que se dén al público frecuentes actos de piedad y Religion. En eso hemos ganado algo indudablemente sobre la generacion que nos precedió, y aunque resta todavía mucho y mu-

chísimo que hacer en este sentido, podemos muy bien felicitarnos por lo hasta hoy alcanzado. La vida pública católica se va haciendo de moda, gracias á Dios, que no todo han de ser modas á gusto del diablo, malhayan las modas de él. Cada romería que se verifica, cada protesta colectiva que se lanza al rostro del enemigo, cada mensaje que se manda cubierto de firmas, cada suma que se recauda para santo y católico fin, es una Propaganda de buenos ejemplos que tarde ó temprano ha de dar sus frutos. Frutos en el mismo que tales obras practica, por lo que le acostumbran á la profesion franca y desenvuelta de su fe, por lo que endurecen ante el baldon y sarcasmo de los enemigos: frutos en estos mismos enemigos, porque les puede hacer discurrir el espectáculo de tantos que se honran con lo que ellos desprecian, y públicamente practican lo que ellos anhelan borrar de la faz de la tierra. ¡Hay todavía catolicismo para rato! grita cada uno de tales actos, así denodadamente practicados. ¡No son cuatro ó seis solamente los católicos en cada localidad, ni son solamente mujeres, ni son por lo visto cobardes y encogidos: son muchos y son firmes, y no dan por nada ni por nadie su brazo á torcer! Hemos sido y somos entusiastas amigos de las peregrinaciones modernas, tales por lo menos como hasta el dia se han practicado en nuestro país, porque en todas hemos visto ese deseo de pasear muy alta la divisa de Cristo, y de cantar muy sin miedo las alabanzas de Cristo, y de practicar con santo descaro todas las obras buenas de Cristo. Y quisiéramos se generalizase este procedimiento, y acabasen de soltar de una vez sus míseras preocupaciones los que todavía no lo miran con buenos ojos, apresurando el feliz momento en que no haya en el mundo, como no hay en la eternidad, más que dos campos bien definidos: el de los que sin rodeos ni embozos maldicen francamente á Dios, y el de los que á toda voz y ante todo el mundo le sirven y glorifican.

Tenemos noticia de una sociedad de jóvenes expresamente creada en Francia para esa Propaganda del buen ejemplo, y vamos á dar idea de ella aquí, para fin y remate de nuestras reflexiones sobre esta materia.

Sabido es en que han venido á parar, por desgracia, mu-

chas de las fiestas patronales que celebran durante el año los pueblos y comarcas en sus parroquias y santuarios. Lo que en su principio fueron fiestas religiosas han venido á ser comunmente fiestas absolutamente profanas, no conservando apenas de lo religioso más que la advocacion de la Vírgen ó del Santo á quien se dedican, lo cual hace más odioso el contraste. El festejo profano introducido como parte accidental de la solemnidad en tiempos en que hasta lo profano podia por su moralidad admitirse al lado y en celebridad de las solemnidades cristianas, ha venido á hacerse hoy objeto único de tales zambras y jolgorios, de suerte que la mayor parte de dichas fiestas patronales suelen ser en el dia verdaderas profanaciones paganas del Santo ó Santa que les sirven de mero reclamo. Mucho lujo, mucho bailoteo, mucho juego prohibido, mucha orgía, mucho espectáculo corruptor, y hasta alguna vez en poblaciones que presumen de ilustradas, certámenes literarios de que salen más ó menos directamente vulneradas la fe y las sanas costumbres. Entre tanto el Santo ó Santa suelen quedarse muy solos y muy arrinconados en su parroquia ó ermita, los actos del culto poco concurridos, la iglesia tal vez más solitaria que otros dias. ¿Es esto ó nó lo que pasa en nuestro país?

Esto pasa tambien en Francia, y un grupo de jóvenes fervorosos fundó especial Asociacion para ponerle el correctivo y protesta del buen ejemplo. Esta sociedad acude en corporacion á todas las fiestas patronales de su comarca, y lo primero que hace es presentarse al Cura párroco ofreciéndole su cooperacion en los actos religiosos de aquel dia. Por la mañana recibe de sus manos la sagrada Comunion; más tarde asiste á los divinos Oficios y hasta toma parte en ellos si lo necesita la pobreza de la iglesia; en la procesion figura con hacha ó blandon encendido, acompañando por calles y plazas la imágen ó reliquias del santo Patron. Los jóvenes de la referida Sociedad procuran ofrecer á los ojos del vecindario el ejemplo de lo que todo él debiera hacer en tal dia; alentando á los que lo hacen, si algunos hay, y avergonzando á los que eso descuidan, que son comunmente la mayor parte. De esta suerte ve el mundo que no todos han falsificado la fiesta religiosa volviéndola fiesta pagana; que hay todavía

jóvenes que van á fiesta mayor para algo que no es comer y bailar y escandalizar con ruínes calaveradas; que no todos los cristianos han vuelto todavia la espalda á Cristo para hacerse cortesanos de su enemigo Satanás. Y es indecible lo que puede un dia y otro dia el espectáculo de la verdadera piedad de tal suerte noblemente y altivamente practicada, realzada con todos los atractivos de la edad juvenil, y á veces con todo el ascendiente de una posicion ó carrera de las que dan lustre y prestigio social.

Algo de eso podria hacerse en nuestro país, que bastante lo necesita, y algo de eso se ha ensayado ya en una poblacion muy cercana á esta capital por un fervoroso grupo de jóvenes á que otra vez hemos hecho referencia. Y siempre dió resultado. Y la idea de contraponer la *fiesta mayor* cristiana y piadosa á la fiesta profana y paganizada, ha causado gratas impresiones en cuantos han presenciado su realizacion.

Animense á hacer algo en este sentido nuestras Academias de Juventud católica.

XXVII.

De la conversacion, como otro medio muy general de Propaganda católica.

La conversacion, esa cosa tan frívola y baladí, que las más de las veces derramamos sin pararnos siquiera en ella; esa cosa que pasa por tipo de lo más vano é insustancial que puede darse, pues para calificar algo en este sentido decimos: «¡Oh! eso es pura conversacion,» la conversacion, si, señor, hasta eso puede ser elemento singularísimo de Propaganda católica. Y nótese que no decimos la discusion, no la peroracion, no la controversia, nó; nada por ahora de eso, sino la frívola y vulgar y familiar conversacion. Para que se vea cuánta es la amplitud de nuestro campo de operaciones, donde hasta tal friolera puede llegar á valer y á tener importancia.

La buena conversacion no es más que una forma del buen ejemplo de que nos hemos ocupado poco há; mas tiene ciertas condiciones propias que merecen capítulo especial.

Por de pronto la conversacion es cosa indispensable y de la que no nos es dado prescindir en manera alguna. Es el lazo social por excelencia. No hay, pues, quien pueda sustraerse al uso de esa arma á primera vista endeble pero en realidad poderosísima. Las gentes se dividen, pues, no en gentes que conversan y en gentes que no conversan, sino pura y sencillamente en gentes que conversan bien y gentes que conversan mal.

Hay sobre esto una preocupacion que conviene ante todo dejar desvanecida. Conversacion buena llaman muchas personas á toda conversacion que no es mala. Lo cual no es verdad ciertamente en el sentido en que aquí hablamos. Nó, la conversacion, verdadero elemento de Propaganda para el bien, necesita algo más que no ser mala; es preciso que tenga ciertas cualidades positivas que la hagan fecunda para el elevado objeto de que tratamos aquí.

En tres clases pueden dividirse las conversaciones que llenan los ocios de nuestra sociedad; pues todo otro hablar, como hemos dicho ya, no entra en la categoría vulgar de conversacion:

La conversacion esencialmente perversa.

La conversacion simplemente vana.

La conversacion positivamente buena.

La conversacion esencialmente perversa suele serlo principalmente por tres motivos: ó por mancharse en ella la pureza, ó por desgarrarse en ella la caridad, ó por vilipendiarse en ella la Religion. Obscenidad, murmuracion, irreligion, hé aquí los tres temas, como tres cabezas de hidra, que malean hoy dia nuestro familiar trato social. A eso se reduce todo el conversar de ciertas familias y de ciertos círculos. La conversacion de cualquiera de estos tres géneros, y más frecuentemente la entremezclada de los tres géneros juntos, es el polo opuesto de la conversacion buena que como elemento de Propaganda tratamos ahora de presentar. Es esta conversacion el elemento tal vez principal y privilegiadísimo de la Propaganda del mal. Hay gentes, por corrupcion de su co-

razon, inconscientemente entregadas á ese infame conversar: hay otras, empero, que lo emplean calculadamente y con satánico refinamiento de malicia. De ellas quisiéramos aprendiesen á su vez para el servicio de la verdad y del bien los católicos Propagandistas, ya que por desgracia ciertas cosas y ciertas armas, mejor que nosotros mismos, nos las pueden enseñar nuestros propios enemigos.

La conversacion simplemente vana es menos mala que la anterior, ¡claro está! pero tiene de más funesto el ser más general. Es plaga universal del género humano la de los sempiternos habladores sin qué ni para qué. Hablar por hablar es achaque de todos los siglos, pero lo es especialmente del nuestro, que no se ha retratado muy mal, que digamos, al calificarse epigramáticamente á sí propio de parlamentario. Nadie diria sino que es órgano tan vil la lengua, y que es dón tan bajo el preciosísimo de la palabra, segun lo que se abusa de ellos y se los arrastra por todos los suelos. No solamente las mujeres, de muy antiguo y con injusta preferencia acusadas de este vicio, sino los hombres, los mismos hombres graves y barbudos y cejijuntos padecen el defecto comun de la vana habladuría. En casinos, en wagones de ferrocarril, en visitas, en todas partes da lástima oir cuánto se habla y de qué se habla y cómo se habla. De pensar y de discurrir creyérase que saben prescindir perfectamente muchísimos racionales, pero de hablar, nó. Conversacion sin otro fin concreto y determinado que el de echar palabras al aire; sin otra norma ni plan que el giro vago é incierto que da al asunto el último chiste ó bufonada; sin otro fruto que el dejar aturrullada la cabeza del que escucha, y seco y ronco el garguero del hablador... ¡oh! ¡cuánto se ve de eso en sociedad, áun en lo que se llama la culta y pulcra y buena sociedad! ¡Y eso que el termómetro moral de un pueblo, más que en otra cosa alguna, suele tener su indicador en la conversacion! Claro está, pues, que tampoco á ese conversar nos referimos cuando pretendemos hablar de la buena conversacion.

La conversacion positivamente buena es la que lo es, como todas las cosas buenas, por su fin, por sus medios y por sus circunstancias. Esta es la única que sirve al bien, así como de las otras dos clases, la una no le sirve absolutamente, y

la otra absolutamente se le opone. Esta es la única que puede y debe servirle como arma, en muchos casos eficacísima, al buen Propagandista católico.

XXVIII.

De las condiciones de la buena conversacion.

La buena conversacion (buena no sólo en el sentido de que no sea mala, sino en el de que procure tener un efecto práctico para la Propaganda del bien) debe tener tres condiciones: fin bueno, medios buenos, circunstancias ú oportunidad buenas.

Buen fin. El buen cristiano debe procurar en todas sus cosas servir á Dios; ¿y por qué habria de estar exceptuada de este deber de divino servicio la familiar conversacion? A este fin deben dirigirse desde la primera hora del dia todas las conversaciones, como todos los actos de él; y debe procurarse de vez en cuando examinar si ha habido en esto culpable extravío. El modo de precaverse es renovar mentalmente tal intencion muy á menudo, y sobre todo cuando de propósito vamos á entablar con tal ó cual persona larga y sostenida conversacion. Debiera en este caso decirse á sí propio cada cual: ¿Qué bien puedo sacar para mí ó para mi prójimo de esa conversacion en que estamos ó en que vamos á entrar? Y muy luego le ocurrirán un sin fin de provechos á que sin grande esfuerzo y con poquísima habilidad de su parte puede aspirar. Por ejemplo, sin necia pretension de que nos tengan por santos ni áun por muy buenos, podemos en la conversacion mostrarnos amigos de las cosas santas y buenas, hablando con mucho respeto y veneracion de ellas, elogiando á las personas que las practican, manifestando deseo de hacer por ellas cuanto podamos dentro de nuestra insuficiencia y pequeñez. Sin hacernos enojosos predicadores, sin hablar á todas horas como hablan los devocionarios, pode-

mos santificar nuestra conversacion mezcando en ella el santo nombre de Dios, que si es muy malo tomarlo en vano, tal vez es peor esquivarlo por vergüenza como cosa de mal gusto ó que da á la conversacion demasiado sabor de piedad. Lo mismo decimos de lo relativo á las prácticas y ceremonias católicas. Conocemos personas muy capaces de guardar la santa Cuaresma desde Ceniza á Pascua, sin faltar un dia, y muy fervorosas en acudir donde puedan ganarse indulgencias y jubileos; mas sacar en sociedad conversacion sobre eso ó citarlo siquiera, no lo podrian hacer los infelices sin que les saliesen al rostro todos los colores del arco iris. Vergüenza tienen aquellos católicos, ¿y de qué? De que se les oiga hablar de cosas católicas. ¡Miren Vds. si es caso de admiracion! En todo esto se puede buscar y lograrse el nobilísimo fin de edificar al prójimo, de alentarle si anda decaído, de rectificar algun erróneo concepto en que pueda estar, de hacerle perder el pícaro miedo á las cosas de Dios, ó de levantarle remordimientos en la conciencia si en ideas ó en costumbres se ha apartado de él. ¿Qué más? Un sistema de conversaciones, así hábilmente emprendido, podria llegar á ser un verdadero apostolado familiar de inculcables consecuencias. De un personaje de gran fama de virtud en nuestro país, dicen los que le trataron de cerca, que en sus mil y y mil relaciones oficiales y familiares empleaba constantemente este apostolado de la santa conversacion. A los cinco minutos de estar en visita con él, nos decia uno de sus biógrafos, tenia ya al interlocutor, por profano que fuese, metido en plática espiritual. Y de otro varon apostólico, á quien hemos admirado muy de cerca, solíamos decir los que le conocíamos, que tantas almas quizá ganaba para Dios en el sofá de su recibidor como en el púlpito de su iglesia; tal era siempre lo intencionado de su familiar conversacion, con ser ésta muy jovial y cortesana. Pues ¿por qué en mayor ó menor escala no podrian hacer esto mismo cuantos deseen hacer algo por Dios? Ocasiones no faltan, ya que conversaciones las tenemos todo el dia; mision especial de Dios ó licencias del Prelado para ese linaje de casera predicacion no se necesitan. Empiécese poniendo la mira en un fin, háblese siempre con un fin, sea éste el que debemos tener en todas

nuestras cosas como cristianos, y ya queda andada en este camino la mitad.

Fin bueno, hemos dicho; y después hemos añadido, medios buenos. No se puede ir á un buen fin por toda clase de medios, sino que á fin bueno hemos de dirigirnos con medios aptos y lícitos, que de tal fin no desdigan. Débense, pues, huir la exageracion, que es una cierta clase de mentira; la alabanza propia ó de los actos que nos tocan de cerca, que esto envilece al panegirista y á la cosa panegirizada, aunque sea en sí buena; la depresion ó menosprecio de los actos ajenos, cuando no son en sí abiertamente vituperables, aunque adolezcan de cierta imperfeccion; la agria invectiva ó la mordaz censura cuando no se trata de corifeos declarados de la impiedad á quienes sea preciso desautorizar y confundir; la ligereza y frivolidad de ciertas frases y chascarrillos indecorosos que se avienen muy mal con lo grave de las materias religiosas, que pueden ser tratadas en estilo alegre, pero nunca con formas viles y chocarreras. Medios de buena conversacion son, en suma, todos los medios decentes y decorosos, sin que hayan de ser por necesidad ascéticos y eclesiásticos, dado el carácter seglar de la Propaganda que aquí recomendamos.

Fin bueno, medios buenos, dijimos; y por último circunstancias buenas. Las circunstancias influyen más de lo que comunmente se nos figura en la eficacia de nuestros trabajos; no será, pues, buen soldado de la verdad el que no sepa medir segun ellas la oportunidad de su Propaganda. Lo cual tiene especial aplicacion á este medio de conversar del que estamos aquí tratando. Una palabra dicha á tiempo y sazon, ó intempestivamente dicha, puede variar infinitamente de resultados. No siempre está nuestro prójimo de humor para escucharnos, y sobre todo para escuchar ciertas cosas. Querer entrar en la plaza á ciertas horas, no sólo es gastar las fuerzas en un ataque infructuoso, es además ser ocasion de que se agrave y centuplique la resistencia. Hay que buscar la brecha al muro, y la juntura de las piezas á la armadura, si se quiere meter por allí la cuña de la verdad. No queremos aquí justificar al feo *oportunismo*, que no es más que la máscara de la cobardía y un continuo sistema de vergonzo-

sas capitulaciones y retiradas, ante el conflicto de cada momento. Nó, el oportunismo es la falsificacion de la ley de la oportunidad; condenado está por aquel severo *oportune et importune* de san Pablo; es disfraz del traidor ó del apocado que nada quiere sino evitar las batallas á pretexto de asegurarlas. Nada de eso. Queremos únicamente que no se luche sin ton ni son; que no se dispare al aire malgastando la pólvora; que se pegue de firme cuando y como y donde se debe pegar; que se calle cuando sea arma de mejores resultados el prudente silencio; que se hable y vocifere cuando sea la hora de aturdir con la gritería al enemigo. La misma gracia de Dios, que tan poderosa es para abatir los más levantados castillos de presuncion y de pecado, gózase al parecer en aprovechar para esta su divina obra las coyunturas y oportunidades; y si derriba á unos de repente y de un solo golpe, como hizo con san Pablo, en cambio vence á otros con artificios y calculados rodeos, como hizo con san Agustin.

Con estos tres consejos á la vista se puede hacer del arma de la conversacion familiar un uso que dé por resultado verdaderos triunfos. Hablar con el ojo puesto en Dios, hé aquí el fin: hablar como exige el decoro y nobleza de la causa de Dios, hé aquí los medios: hablar cuando y donde más oportuno parezca romper el silencio por Dios, hé aquí la conveniencia de las circunstancias.

XXIX.

De las polémicas religiosas en la familiar conversacion.

A veces la conversacion familiar, sin dejar de ser tal, toca y entra por su animacion y calor en la esfera de la polémica y de la controversia. Sucede esto cuando por parte de una persona hostil á nuestras creencias ó miserablemente preocupada sobre algun punto de ellas, se manifiesta oposicion á lo que

decimos tocante á la Religion. Se dan, pues, casos frecuentes en que conversar no debe ser solamente exponer nuestros pensamientos, sino que debe ser verdadera defensa de ellos ó valeroso ataque contra un adversario. Es este un nuevo aspecto de la cuestion, que conviene analizar.

Tambien aquí han de establecerse diferencias, y vamos, en cuanto es posible, á señalarlas y deslindarlas.

Hay lances, en efecto, en que le conviene al católico tomar sobre eso la ofensiva; otros en que es prudente aguardar la del enemigo para debidamente contestar; otros, por fin, en que es lo mejor no contestar en modo alguno, por ruda que sea la provocacion.

Conviene lanzarse sobre el adversario con una resuelta ofensiva cuando el caso sobre que se traba cuestion es tan grave, su conocimento de él tan claro, y la disposicion de los circunstantes tan favorable á la verdad, que con toda probabilidad puede esperarse completa victoria. Este caso se da pocas veces; por lo mismo debe ser muy sobrio en estas arremetidas el buen Propagandista católico, sobre todo si es seglar, y mucho más si no tiene carrera facultativa de las relacionadas con los estudios religiosos. Vale mil veces más callarse, que comprometer el honor de la bandera con temerarias salidas. El que sin hallarse suficientemente pertrechado acomete al incrédulo, expónese no solamente al propio deshonor, que eso fuera muy poco, sino principalmente á que se tome por debilidad de la causa que defiende lo que no es más que debilidad de su defensor, y á que se crea que no tiene la Religion en su abono otras razones que aquellas muy escasas y menguadas que puede aprontar para el caso aquel su indocto, aunque bien intencionado, apologista. Debe tener presente el Propagandista católico que no basta el valor para las grandes hazañas; que áun los héroes más héroes nunca descuidaron ejercitarse en el manejo de las armas con que habian de embestir, ni dejaron de cubrirse de hierro para resistir á su vez la embestida. Lances como el de David, venciendo al Goliat acorazado, con sola su honda de pastor, no son reglas ordinarias, sino prodigios; y con los prodigios del cielo no se debe contar para el uso comun, so pena de que se diga que tentamos á Dios. No suele bendecir Dios los esfuer-

zos temerarios, sino cuando son directamente inspirados por Él con evidentes señales de su voluntad, en cual caso claro está que dejan de ser temerarios. ¡Qué pena nos han dado frecuentemente no pocos católicos, á quienes hemos visto en viajes y visitas enfrascarse muy de buena fe en polémicas sobre Religion, sin tener los más vulgares conocimientos para tan delicado empeño! Lo cual, como se comprende, no debe tomarse en sentido absoluto, sino en sentido relativo; es decir, habida razon de las fuerzas del adversario con quien se combate, y de la más ó menos favorable disposicion del auditorio que rodea á los contendientes. Pues es evidente que á ciertos infelices jayanes de la incredulidad se les puede tapar la boca con muy medianas razones, cuando á otros más listos y aguerridos no se les puede confundir sino con un buen arsenal de escogida doctrina. Discrecion será, pues, medir las fuerzas del enemigo antes de aventurar las propias, y esta es la primera regla de una táctica prudente y racional.

Mas sucede á menudo que no espera la incredulidad ser atacada, sino que se convierte ella con sin igual descaro en agresora contra nuestras más preciosas creencias. El caso es aquí ya más ordinario, y pone en más angosto callejon al católico de buena sangre. ¿Cómo callarse, en efecto, ante una de esas provocaciones?

Sin embargo, ante ellas tambien unas veces conviene hablar, y otras veces en cambio conviene callar. Un cierto instinto de prudencia debe hacernos adivinar cuando sea mejor uno ú otro de estos procedimientos, habida razon (como antes hemos dicho) del contrincante que nos haya deparado la suerte, de las condiciones nuestras para resistir á la agresion, y del estado de los ánimos en los circunstantes para sacar ó no provecho de la polémica. Vamos á precisar sobre eso alguna observacion que ayude al buen sentido de cada cual.

Débese callar siempre, cuando la agresion es de aquellas que por su índole no merecen los honores de la respuesta. Así cuando el adversario empieza su diatriba con violentas blasfemias, con insultos personales, con obscenidades ó chascarrillos ofensivos al pudor, etc., no se ha de dirigir la palabra ni la mirada á tales sapos hediondos; se les desvia el rostro en señal de asco y nada más. Y los circunstantes, ó son

decentes, ó no lo son. Si no lo son y simpatizan con él, merecen igual tratamiento por parte nuestra: si lo son, aplaudirán vuestro prudente desvío, y dejarán que hable y blasfeme solo y á sus anchas el inmundo provocador, que no es digno de otro castigo.

Por el contrario, débese hablar algo cuando la agresion viene con las formas cultas y moderadas que suelen usar en todas sus cosas las personas de buena educacion. Callarse entonces, fuera á los ojos de todo el mundo vergonzosa retirada, perjudicial más que para nuestra honra propia, que poco vale, para la de la verdad. Débese, pues, decir algo entonces; pero ¿que se debe decir?

Si se tienen á mano razones con que deshacer la objecion, ó datos con que rectificar un falso concepto, deben presentarse con buenas formas, sin alardes de saber, sin anticipada presuncion de victorias, antes con sencillez y calma, procurando que resplandezca la verdad y sobre todo la conviccion de ella en nuestros raciocinios, evitando todo lo posible interesar en el debate el amor propio del contradictor ó de los oyentes, haciendo de consiguiente cuanto quepa para quitar á la polémica todo carácter personal y de disputa, que es en lo que suelen parar al fin tales conversaciones calurosas, si no procura mantenerla en su esfera tranquila y sosegada la sangre fria del defensor de la verdad. Con este proceder se podrá ó no dejar convencido al adversario, pero se dejará siempre en buen lugar la buena causa, y tal vez se habrán empezado á cuartear los muros de aquel castillo, para que cedan otro dia á empuje más eficaz.

Mas si tan desprovistos de armas estuviésemos para bajar á la arena á que se nos convida, ó si tan desproporcionadas las juzgásemos con las de nuestro contrario, entonces, por más que nos pese, no aceptemos el combate, renunciemos á la defensa, callémonos. Mas no de cualquier modo. No rindiéndonos como vencidos, sino retirándonos como prudentes que, al esquivar la batalla, no plegan por eso la bandera ni se entregan á discrecion. Queremos decir que, áun cuando no creamos conveniente entrar en una cuestion religiosa, no por eso hemos de hacer vergonzosa abdicacion de nuestras ideas sobre ella. Al revés. Hemos de declarar noblemente

que pensamos muy de otra manera que el desdichado que nos impugna; hemos de procurar que ni por una sonrisa, ni por un movimiento de cabeza, ni por otra señal cualquiera de aquiescencia, pueda creerse que abundamos en su opinion ó que participamos de alguna de sus impías apreciaciones. No fué el pecado de san Pedro dejar de defender con elocuentes razones á su Maestro cuando le veía acusado por los fariseos en casa de Caifás. Su gran pecado fué haber rehusado aparecer discípulo suyo, dando á comprender con esto que lo consideraba cosa de desdoro para su persona. Así no os pedirá Dios cuenta de si habeis sido más ó menos elocuentes, más ó menos persuasivos en la defensa de su fe y de su ley, pero sí os la pedirá muy séria si ante los impugnadores de ellas os habeis avergonzado de profesarla y os habeis un rato siquiera asociado á los vilipendios de que eran objeto.

Y basta ya de un asunto que por desgracia es en nuestros tiempos de suma oportunidad.

XXX.

De la beneficencia como arma de Propaganda católica.

¡La beneficencia! ¡Oh, cuán poderoso medio es éste para la Propaganda! ¡Cuán cierta llave para abrir corazones! ¡Cuán eficaz recomendacion para ganar voluntades y penetrar por ese camino en las inteligencias!

Digamos algo ahora sobre este particular.

Sábese por experiencia que el medio más seguro de rendir á todo el hombre es apoderarse de su corazon, y que en éste de ningun modo se entra mejor que con el dulce soborno del afecto discreta y delicadamente mostrado. Querer mucho á una persona y mostrárselo con verdaderas obras, es por lo regular hacerse dueño de ella y, áun sin advertirlo ella, tomarse de ella completa posesion. Aquel refran español, «dádivas quebrantan peñas,» lo dice con gráfica exacti-

tud, y nosotros mismos lo sentimos, y en nuestros prójimos lo vemos y palpamos todos los dias.

Dar es, pues, argumento poderosísimo para convencer y persuadir; dar es por lo menos allanar las primeras dificultades; dar es hacerse por de pronto partidarios dentro la misma plaza que se trata de rendir; dar es empezar por poner de nuestra parte, ó sea de parte de la verdad, lo más poderoso que suele haber en el hombre, que es su propio interés.

Hé aquí la razon del secreto poder que tiene para la Propaganda católica la beneficencia, bajo cual aspecto queremos especialmente proponerla aquí.

Empecemos antes por desvanecer una preocupacion. No se envilece ni degrada á la caridad haciéndola servir de instrumento para las santas conquistas de la verdad. Es este un soborno, como lo hemos llamado, no sólo lícito, sí que muy noble y muy honroso. Débese socorrer al hombre porque es hermano nuestro y porque así lo manda Dios, Padre comun, que con sábia Providencia ha puesto en el mundo el engranaje de pobres y ricos, para que las necesidades de aquéllos tuviesen su natural compensacion en la cristiana generosidad de éstos. Mas socorrer al pobre no es solamente darle el pan que ha de llevar á la boca, ó la ropa que ha de cubrir su desnudez, ó la medicina que ha de aliviar sus dolencias. Nó; socorrer al pobre sólo en las necesidades de su vida animal, fuera suponer que no tiene más necesidades que las animales, cuando en realidad tiene tambien las de su espíritu, que son indudablemente dignas de mayor consideracion. Por donde, así como hay dos órdenes de necesidades, así hay dos clases de obras para remediarlas, que se conocen en el Catecismo con los nombres de obras de misericordia corporales y obras de misericordia espirituales. ¿Qué desórden hay, pues, ó qué bajeza, en que así como el cuerpo debe estar subordinado al espíritu y servir de instrumento á éste, así las obras de misericordia corporales estén subordinadas á las espirituales, y se enderecen aquéllas á éstas que han de ser su debido y natural complemento? ¿Qué vileza ó que rebajamiento le resulta para el pié ó para la boca, de que después de haber servido para las materiales funciones de andar y de hablar, sirvan para que con ese andar y ese hablar se logren

otros más elevados objetos, cuales son, por ejemplo, el acudir á la Iglesia ó el cantar las alabanzas de Dios? Nó, sino que, al revés, aquel fin primero material de los órganos puramente materiales resulta más ennoblecido y dignificado cuanto á su vez viene á servir de medio para otro fin superior y de mayor trascendencia. Así pasa en nuestro caso. Dar de comer al pobre para satisfacer su hambre, hermosa cosa es; pero si este pan que mata su hambre viene juntamente á serle ocasion de recibir un buen consejo ó una sana instruccion que mejore sus costumbres y dirija su espíritu á Dios, es obra todavía más hermosa. Y no ha quedado envilecida ó degradada aquella primera obra de caridad corporal por haber servido de peldaño ó instrumento para la segunda espiritual, sino muy más realzada y ennoblecida. En ella hasta lo material viene á quedar de esta manera espiritualizado; y lo humano, divinizado; y lo terreno convertido en celeste y sobrenatural.

Esto hemos querido anticipar, porque tal nos tiene á veces ofuscados y extraviados el maldito naturalismo del siglo, que hasta á católicos prácticos, pero poco entendidos, les hemos oido la idea de que la caridad debe ser *desinteresada* (!), esto es, de que debe hacerse sin pretender con ella otro objeto que consolar ó socorrer al pobre en su estrictamente material necesidad, y que añadirle á esa virtud fines ulteriores es rebajarla á la categoría de maniobra más ó menos hábil para atraer, ó de astucia más ó menos noble para seducir. Naturalismo, naturalismo puro, y de consiguiente grosero y groserísimo materialismo. Que una secta haga servir su limosna para reclutar prosélitos al error, es una indignidad, es una infamia, es hacer á la santa caridad apóstol traidor, que con falso abrazo entregue al diablo aquella alma á la que afecta halagar. Mas que la buena caridad la utilice el buen cristiano para abrir paso en el corazon del pobre á la luz de la verdad; que el pan del cuerpo se lo dé juntamente con el otro sublime pan de la inteligencia y del corazon; que del natural ascendiente que cobra muy luego el hombre generoso sobre su favorecido se sirva aquél para dar la mano á éste, y para mejorarle y elevarle, y dirigirle y purificarle, y volverle, en una palabra, para el bien muy otro de lo que al principio

fué; ¡oh! esto es amar de veras, esto es amar, no como bestia, sino como hombre y como cristiano; esto es amar en el prójimo, no sólo la carne y huesos que se ven, sino su alma principalmente, que es en él lo más digno de ser amado; esto es amar, no para una hora ó para veinte años que pasan, sino amar para la vida de la eternidad. Esto es amar como ama Dios, y como manda amar Dios; teniendo por principio el motivo de la ley de Dios, y por fin su gloria y el conducir las almas á Dios. Y este es el verdadero carácter de la caridad cristiana que esencialmente la distingue de lo que con el nombre de filantropía la quiere parodiar. Esta es la caridad, no Judas de la verdad como la pérfida filantropía sectaria, sino precursor y apóstol de la misma en los corazones, para prevenirlos á favor de ella, para en ella introducirlos y sostenerlos y fortificarlos. Todo lo cual constituye el apostolado sublime de esta nobilísima virtud, como tendrémos ocasion de exponerlo en los capítulos sucesivos.

XXXI.

De la caridad en ó̧u primer oficio de apóstol, cual ó̧ prevenir en favor de la verdad.

Tres buenos oficios de apóstol hemos indicado, que puede y suele ejercer la caridad bien hecha, en el corazon del que la recibe; por todo lo cual se la debe reputar como uno de los medios más excelentes de Propaganda católica. Y son los siguientes. Primero, prevenir en favor de la verdad el corazon del pobre. Segundo, hacerse en el mismo como introductor de ella. Tercero, confirmarle y asegurarle en la misma, cuando por suerte la hubiere ya recobrado, ó no la hubiere llegado aún á perder.

Es indudable, por desgracia, lo que pueden en el corazon humano las prevenciones para que no halle en él la verdad el acogimiento que debe. Más de la mitad de las veces se da

á ésta con la puerta en los ojos, sin escuchar siquiera su primera palabra, sólo por la negra prevencion que contra ella se abriga. Para muchas pobres gentes, del pueblo sobre todo, hablar de máximas cristianas y de virtudes cristianas, ¡qué odioso espantajo levanta todo eso en su imaginacion! ¡Ya se ve! Acostumbrados á oir y á leer de la Iglesia, y del Catolicismo, y de sus hombres, y de sus cosas, toda clase de horrendas descripciones, no se les presenta á los infelices la más leve indicacion en este sentido sin que imaginen al punto tras ella todo un mundo de reaccion, de feroces tiranías, de malhumoradas y opresoras intransigencias. Así que la verdad empieza por serles antipática y repugnante, áun muy antes de que les sea conocida. Y no la escucharán, sea cualquiera la elocuencia y sólido discurso con que ella les hable, porque en su interior han principiado ya por acostumbrarse á no ver en ella más que un fiero enemigo. Esto explica gran parte de la ineficacia del apostolado de la predicacion en nuestras grandes poblaciones, donde tanto y tan bien se predica. Si oyeran y vieran de cerca las masas engañadas al predicador de la verdad, creerian en él muchas veces y seguirian su voz. La Revolucion, para prevenir este efecto, ha procurado ante todo hacerles aborrecible el sacerdote. «Ese, ese es tu enemigo, se dice á todas horas al oido del pobre; ese es el apoyo de tus tiranos; ese el explotador de tu clase; ese el vampiro, el verdugo, el cáncer roedor de tu felicidad.» Y el infeliz obrero ó labriego ó menestral creen esto, y para no tener que rehusar la enseñanza, empiezan por aborrecer al que se la pudiera dar; por no beber el agua, principian por jurar alejamiento perpetuo del caño por donde mana. Así se concibe que en ocasiones dadas, en horas de súbito é impensado desengaño, se les escapen á tales víctimas esas ó parecidas palabras, que hemos tenido el consuelo de oir más de una vez: «¡Ah! ¡si hubiese conocido antes lo que es un sacerdote!» O bien estas otras: «¡Ay! ¡si todos los sacerdotes fuesen como éste que nos acaba de predicar!» Es que en un momento se le rasgó la venda á aquel infeliz á quien la Revolucion procuró tener bien cegado con ella, quizá desde sus primeros años. Es este el rayo de luz que por particular disposicion de la Providencia divina ha disipado en un instante

espesas nieblas, en que por mucho tiempo vivió aquel desgraciado.

Es, pues, asegurar en gran parte la victoria de la verdad sobre la inteligencia, que el apóstol de aquélla empiece por hacerse simpático, muy simpático, al corazon del extraviado á quien desea convencer ó persuadir. Que se le ame aún antes de oirle, como antes de oirle se le odia comunmente. Que la prevencion, pues ha de haberla, se tenga en su favor, así como muy de ordinario se le tiene en contra. Hé aquí la gran ventaja de que la verdad, al llamar á la puerta de un incrédulo ó de un indiferente, se le presente desde luego con carta de recomendacion de bienhechora y amiga, antes de que haya de mostrar, como por necesidad tendrá que mostrar, después sus fueros de exigente y apremiante soberana.

Habrán podido observar nuestros lectores en sí mismos y en sus prójimos cuán poderosa es en pro ó en contra de una cosa cualquiera lo que se llama la primera impresion de ella. Tal impresion, sólo por ser la primera suele ser regularmente la decisiva. Rara vez modificamos el modo de apreciar un asunto que en primera instancia hemos fallado ya. El primer juicio formado adquiere desde luego para nosotros como un cierto derecho de posesion, y se han menester muy más poderosas razones para destruirlo, de las que fueron menester en su principio para acreditarlo. Somos así, y hay que tomarnos como somos y no de otra manera, y sacar partido del hombre, nó considerándolo como debiera ser, sino como realmente es.

Ahora bien. Ganarse en el alma de nuestros hermanos la primera impresion favorable, es casi siempre ganarse en su invisible tribunal la sentencia definitiva. ¿Pensais haberle convencido á vuestro prójimo con aquella sarta de poderosas razones que desplegásteis con tan buena dialéctica ante su consideracion? ¡Inocente! Seguramente no fué eso lo que os rindió la plaza, sino más bien aquella afable sonrisa ó aquel tierno apreton de manos con que le saludásteis al verle por primera vez. Y cuando luego empezásteis á trabar alegre conversacion con él, preguntándole con interés por su familia, ó enterándoos con complaciente curiosidad de las menudencias de su oficio, ¡oh! entonces os acabábais de meter á dentro,

muy adentro, en aquel antes cerrado baluarte. Y cuando, por fin, comprendiendo que habia allí escasez y sufrimientos, generosamente echábais mano al portamonedas, y con todas las delicadezas necesarias para no humillar al favorecido, poníaisle en la suya aquellos veinte reales, que al pobre le cayeron como bendicion de Dios sobre su dolorido hogar, ¿quién puede comprender de qué nueva fuerza quedaron desde este momento revestidas vuestras más insignificantes palabras, qué poderosa autoridad moral adquirió toda vuestra doctrina, con qué extraña auréola de respeto, de amor, de íntima confianza apareció rodeada á las ojos de aquel desgraciado toda vuestra persona?

Buen despeja-vias es, pues, la obra de caridad para la santa obra de la verdad; buen paje de hacha para alumbrar sus ocultos senderos en el corazon del hombre; buen aposentador para prevenir en él su definitivo alojamiento. Los que andais en el ministerio continuo de enderezar para el bien los caminos de vuestros hermanos, no emprendais la tarea sin abriros el primer paso con esta llave maestra de la santa caridad.

XXXII.

De la caridad en su segundo y en su tercer oficio de apóstol, cuales son convencer de la verdad y confirmar en ella.

Vamos á dar un paso más en esta misma materia, y á manifestar que la limosna bien hecha no es solamente eficaz recomendacion para abrirnos el corazon del pobre, sino que es al mismo tiempo argumento muy poderoso para convencerle de la verdad en que le queremos adoctrinar, y para en ella confirmarle y asegurarle, si por suerte no hubiese aún perdido sus creencias.

Bastará para eso una consideracion. La divina verdad de la Religion cristiana y de sus dogmas y misterios nunca la

vemos más clara y, por decirlo así, más palpable que cuando se nos presenta encarnada en obras de alguna importancia. Los hechos suelen ser en favor de cualquier doctrina los argumentos de mayor importancia, y aunque no siempre hayan de considerarse como el único criterio para discernirla, y ni aún como el principal, todavía son ellos los que mayor fuerza añaden á las razones, mayor peso á la autoridad, más agudos filos y punta á la espada de la dialéctica. Dar buenas y sólidas razones, y en seguida apoyarlas con buenas y sólidas obras de virtud práctica y material y tangible, hé aquí el procedimiento apologético superior á toda ponderacion, hé aquí la retórica popular de mes ciertos y seguros resultados. Por esto habréis observado que nadie convence más y mejor que los Santos: esos suelen ser en la historia los grandes oradores, los grandes controversistas. Ante la rapidez y abundancia de sus conquistas quédanse tamañitos y poco menos que anulados los más famosos profesores de las universidades y los más doctos autores de libros gordos. El verdadero triunfo sobre los corazones en materia de Religion y moral suele ser más de quien bien obra que de quien bien habla, y el verdadero ideal del Propagandista católico, el tipo por decirlo así de este apostolado ha de ser, ó mucho nos equivocamos, discurrir y hablar muy bien, pero obrar mejor aún que lo que se discurre y habla.

Vamos, pues, ahora á nuestro caso. Suponed un Propagandista católico, fuerte en razones y diestro en presentarlas, y suponed al mismo tiempo que, dado á obras de misericordia y caridad, socio por ejemplo de San Vicente de Paul ó de la Caridad cristiana, ú obrando individualmente y por su cuenta en cualquiera de los ramos que abarca la pública y particular beneficencia, sabe acompañar sus limosnas y actos de caritativa abnegacion con las correspondientes exhortaciones é instrucciones, dando así á la vez teoría y práctica de aquello que predica, presentando juntamente á su hermano ignorante ó indiferente ó incrédulo la luz que alumbra el entendimiento, el calor que enciende el corazon, y el ejemplo que vivamente impresiona y conmueve la voluntad; suponed que el pobre incrédulo ó indiferente tiene ocasion de estudiar en aquel seglar que se le ofrece delante la realizacion

práctica de aquellas elevadas doctrinas que á él de puro elevadas se le figuraron al principio imposibles é irrealizables; suponed que un dia y otro dia hiere sus ojos tal espectáculo de desinterés, de humildad, de cristiana llaneza, tan distinto por fortuna del que suelen dar para los engañados hijos del pueblo los que pomposamente se llaman en nombre de la Revolucion sus apóstoles y redentores; decidme: ¿hay hombre, por pocos que sean su buena fe y natural buen sentido, que no se sienta luego movido, vencido, subyugado por el ascendiente de la verdad rodeada y como colocada dentro del marco de oro de tan nobles acciones? ¿qué libro se la puede presentar más bien descrita? ¿qué fogoso orador más viva y palpitante?

¡Ah! ¡Si fuese oida de todos como quisiéramos esta voz; si de todos fuese, como deseáramos, constantemente seguida y observada! ¡Con cuán hermosas y ricas cosechas floreceria de continuo el campo, de suyo feraz, de la Propaganda católica! Odio eterno al error, invectiva sañuda y desapiadada contra sus malhadados corifeos; mas á las víctimas, tal vez más desgraciadas que culpables, de la alucinacion, de las preocupaciones, de la astuta asechanza sectaria, amor, amor y siempre amor, que á quien anda de buena fe nada le mueve como el amor, nada le ilumina como el amor, nada como el mucho amor le rinde y avasalla. El brazo armado y sin piedad contra los venenosos seductores, hijos de Belial y ministros de la sinagoga de Satanás; pero el mismo brazo abierto para los seducidos y engañados para apretarlos en estrecho ósculo contra nuestro corazon, que al fin no han dejado de ser nuestros hermanos. Por esto es necesaria la Propaganda del libro, es indispensable la del periódico, es urgente la de la pública manifestacion; pero la gran Propaganda, la esencial, la que no tiene rival en la nobleza de su sér, en la seguridad del procedimiento y en la fecundidad del resultado, es la Propaganda de las buenas acciones, y en particular de las acciones de caridad. Aquí rara vez se yerra la puntería, aquí rara vez se desvia el golpe, que va derecho al corazon. Amor es tambien luz, pero es esencialmente calor, y más á menudo desfallecen y caen en el error por falta de calor las almas que por

falta de conocimiento. Buenas son, pues, é indispensables para la Propaganda católica, Academias donde se lea y se perore, Centros donde se enseñe, Círculos donde se dé expansion al ánimo con honesto pasatiempo; pero lo principal, lo granado y sólido de la Propaganda son las Asociaciones de donde salen á rios sobre el corazon agostado y marchito del pobre pueblo las obras de caridad. La caridad que da pan y vestido, la caridad que prodiga consuelos, la caridad que infunde aliento, la caridad que reconcilia, la caridad que purifica y eleva, esa es la gran precursora, introductora y aposentadora de la verdad en las inteligencias, porque para apoderarse de ellas en nombre de Dios, ha principiado por apoderarse del primer reducto del fuerte, que es el corazon.

Mucha caridad, pues; muchas Asociaciones benéficas; mucho dinero corriendo del bolson del católico rico á la casucha ó desvan del incrédulo pobre; mucho amor del corazon de un hermano al corazon del otro hermano, y la Propaganda católica y todas las obras de ella ya veréis como florecerán.

XXXIII.

Confírmase lo anterior con algunos ejemplos.

Lo que en los anteriores capítulos hemos dicho, sobre la eficacia poderosísima de la caridad para el apostolado de la verdad, tiene en su apoyo el testimonio constante de la experiencia. Apenas hay Asociacion benéfica ó casa de asilo que no pueda citar frecuentes casos de esta naturaleza. Recientemente hemos recogido de autorizado testigo presencial dos que nos place relatar aquí á nuestros lectores, porque parecen dispuestos expresamente por Dios para confirmacion de nuestras doctrinas sobre este punto.

En una de esas casas que el Catolicismo ha alzado modernamente para consuelo y refugio de la desvalida vejez, y que se conocen con el simpático nombre de casas de *Hermanitas*

de los pobres, muy cerca del lugar donde estas líneas escribimos, habia poco há entre los acogidos un anciano á quien peripecias mil de la incierta fortuna habian llevado á aquel asilo después de haber ocupado en el mundo muy ventajosa posicion. Hombre instruído y de maneras distinguidas, era sin embargo perfectamente incrédulo, y odiaba á la Religion y á sus ministros con todo el fanatismo de que suele llenar á tales corazones la impiedad. En vano habian agotado al parecer todos los recursos de la persuasion y de las exhortaciones las angelicales Hermanitas y el digno capellan: nuestro viejo incrédulo se resistia tenazmente á todo, y decaidas sus fuerzas, era de temer para el infeliz una próxima muerte de condenado. Idearon entonces las angelicales Hermanas un verdadero sitio en regla para vencer la dureza de aquel corazon; sitio de obras de cariño y de delicadísima caridad. Presentósele un dia una, y le dijo muy sonriente y afectuosa: «Amigo mio, D. Fulano de Tal, si V. nos permite le cortarémos las uñas, que le deben de causar alguna incomodidad. —Bien,» respondió él con visible malhumor: y permitió se las cortasen. El dia después se le acercó otra y le propuso alegremente: «Señor mio, ¿no le gustaria á V. le arreglásemos y cortásemos algo el pelo?—Como V. guste, Hermana,» respondió el viejo algo más blando ya, y se dejó peinar como un niño. Otro dia se presenta una tercera, y con todo el mimo de una madre para con un hijo suyo, que madres son más que hermanas de sus pobres asilados las tales Religiosas, va y le pregunta: «¿Acaso le gustaria á V. que le lavásemos los piés?» Consintiólo tambien el pobre impío, y empezaron tres Hermanitas á prestarle este obsequio con la mayor amabilidad. Pero su corazon no pudo ya resistir al repetido embate de tales muestras de cristiano afecto, y en medio del lavatorio interrumpiólas conmovido y lloroso el anciano y exclamó: «Hermanitas, por Dios: tráiganme Vds. el sacerdote, quiérome confesar.» La plaza estaba rendida. La obstinacion del vicio ó de la incredulidad la habian vencido las dulces Hermanas con la tenacidad de su obstinado cariño. El pobre se confesó, y murió poco después con evidentes señales de cristiana y preciosísima muerte.

Otro caso vamos á referir en que el procedimiento fué algo

diferente en la forma, pero inspirado por igual criterio y con un resultado tambien igual. Es de la misma casa de Hermanitas de los pobres, y respondemos tambien de su autenticidad. Un francés, gran personaje revolucionario allá en sus mocedades, como que habia pertenecido á la Asamblea de su país en las filas más avanzadas, hombre tambien de instruccion, pero tambien enemigo jurado de curas y de crucifijos, hallábase cubierto de llagas en la enfermería de dicho asilo, y curábaselas cada dia una Hermanita con su proverbial paciencia y solicitud, alentando de paso al paciente con piadosas reflexiones. Pero la respuesta del enfermo eran horribles blasfemias, negando que hubiese Dios, que existiese vida futura, etc. Uno de los dias en que más desaforadamente se las habia sobre este tema el desdichado, irguióse de repente la Hermana, suspendió la operacion de curarle, y le dijo con resolucion: «Pues, señor, si no hay Dios á quien amar, ni cielo que esperar, que os sirva quien quiera, pues tampoco hay motivo alguno para que yo me sacrifique por nadie ni por vos.» Y se fué y se alejó, y lo dejó entregado á la consideracion de estas palabras. Como no era tonto el enfermo, conoció al instante el poderoso argumento que encerraban, vió cierto que no eran posibles tales obras de caridad sino inspiradas por la gracia de Dios y las esperanzas del cielo, y llamando á la Hermana le dijo: «Mándeme, Hermana, un sacerdote: quiero hacer mi confesion.—Cuidado, amigo mio, le dijo la Hermana: no la hagais solamente por complacerme á mí: eso fuera una vana ceremonia, un sacrilegio.—Nó, nó, repuso él; yo no creía, pero creo. Las palabras que habeis dicho han iluminado mi razon. En efecto; la naturaleza se resiste al espectáculo de un viejo repugnante como yo, y claro está que sólo Dios puede daros fuerza para hacer lo que haceis por mí. Quiero yo tambien servir á Dios, para que me dé paciencia.» A los tres dias el antiguo revolucionario de la Asamblea francesa moria como cualquier rancio cristiano español.

Libros se podrian escribir llenos de relatos de esta clase, si la heroica caridad á que tales actos se deben no fuese tan humilde, que apenas les da importancia ni cuida de anotarlos. Casi no hay persona medianamente ejercitada en obras

de beneficencia que no pueda referir alguno en que tuvo más ó menos intervencion. Considere, pues, todo esto el Propagandista católico, y vea cuánto conviene no dejar olvidadas y enmohecidas las armas de este valioso arsenal.

XXXIV.

De un objeto que debe serlo privilegiadísimo del buen Propagandista: los niños. De su primera necesidad: la falta de educacion.

¿Y no hemos de hablar algo aquí de los niños? ¿Y no hemos de dedicar siquiera unos breves parrafillos á esa hermosa porcion del género humano, tan digna de los cuidados del Propagandista católico?

«¿Y qué hay que decir de los niños?» me pregunta mohino y malhumorado un buen lector de esos que nunca quisieran fijarse en *pequeñeces*, de esos que sólo encuentran jugo y sustancia en los grandes problemas de la ciencia social.

¿Qué hay que decir? ¡Pues digo, es friolera lo que pudiera discurrirse y disertarse sobre la materia! No yo precisamente, que no sé de ella la mitad, ni la mitad de la mitad, ni áun la centésima parte, de lo que daria el asunto á quien cazara más largo. Pero digo, sí, que esta cuestion, con todo y versar sobre seres tan pequeños y olvidados del mundo, es una de las más grandes en que podrian ocuparse los talentos privilegiados, y una de las que más graves consecuencias pueden traer en bien ó en mal de la Religion y de la sociedad, segun como se la resuelva. Digo, que un número sin número de sabios que se han ocupado en profundas investigaciones sobre el curso de los astros, ó sobre los misterios de la política, ó sobre las peripecias del arte militar, hubieran hecho, sin duda, un uso más provechoso y más práctico de sus conocimientos, aplicándolos al estudio, al mejoramiento, á la perfeccion de estos mocositos de ocho, diez ó

doce años, que travesean por nuestras calles, sin merecer una mirada siquiera de nuestros encopetados filósofos.

Dos peligros corre la pobre niñez en nuestros dias: ó el peligro de carecer completamente de educacion, ó el peligro, mayor aún, de recibir una educacion falsificada. Es decir, ó el peligro de la ignorancia, mal gravísimo que ojalá se pudiese extirpar del género humano; ó el peligro de la falsa ciencia, mal incomparablemente más grave y contra el cual nunca combatirémos bastante. La Propaganda en favor de los niños ha de remediar ambos males, si ha de ser Propaganda verdaderamente católica.

Dad una ojeada á esos grandes centros de poblacion en que el bienestar es poco menos que general, en que abundan los buenos jornales, en que se viste con elegancia y se come con esplendidez, en que hay espectáculos y toda suerte de diversion áun para las clases más ínfimas. La civilizacion parece haber llegado en ellas á su apogeo. La industria ha derramado allí todos sus dones. ¿Quién no dirá que es esta una sociedad á quien nada le falta? Levantad, sin embargo, una punta del hermoso velo que os presenta al exterior tantas magnificencias. La primera llaga que observaréis en ese cuerpo, dotado al parecer de tanta vida y robustez, es la llaga asquerosa de la ignorancia. Y no de una ignorancia cualquiera, sino ignorancia de lo más vulgar y trivial, de lo más indispensable, de lo más fundamental, de lo más preciso y rigurosamente necesario, si el hombre ha de ser algo más que una bestia con dos piés. Abundan los infelices que á los quince años de edad no tienen idea alguna de Religion ni práctica alguna de culto, ni conocen el nombre de Dios, ni han oído hablar de Jesucristo, ni han abierto una vez siquiera sus labios para el rezo, ni su corazon á las esperanzas ó á los temores de una vida futura. La respuesta de aquel pobre minero inglés que contestó á uno que le preguntaba si sabia algo de Jesucristo: «No conozco á ese caballero, porque nunca he trabajado en sus minas,» esta respuesta la darian parecida algunos seres desgraciados á quienes hemos tenido la desgracia de encontrar aquí en nuestra patria, en el corazon de España, en ese centro de luces y de cultura que se llama la capital del Principado. Y además de estos infelices

¡cuántos y cuántos presentan ignorancia menos monstruosa, es verdad, pero no por esto menos deplorable! De veinte niños de diez años que componian aquí una clase de cierta escuela dominical, seis no sabian el *Padre nuestro,* ocho ignoraban el *Credo,* pocos decoraban perfectamente los mandamientos del *Decálogo*. Las doctrinas parroquiales de preparacion para el cumplimiento pascual ofrecen cada año en Cuaresma sobrados ejemplos de esta triste verdad. Aun las niñas, más dóciles que los niños por lo regular, y más atentas á cosas de Religion, ignoran á veces en edad muy crecida lo más rudimentario de ella, y tienen de Dios, de María, de su propia alma, de la vida futura, de los santos Sacramentos, del Papa, de la Misa y de muchos otros puntos, ideas tan extravagantes, que le hacen asomar al catequista la risa á los labios á pesar de la profunda compasion que inspiran. La codicia de los padres ha atado muy temprano aquellas pobres criaturas á la rueda de una máquina, y esa es toda su educacion y todo su ideal. Aguardar con impaciencia tener algunos años más de edad y algunos palmos más de estatura para duplicar su jornal, sacudir la tutela de los padres, y campar por su respeto. Trabajar las doce horas del dia esperando la noche para tender los miembros cansados, y contar los dias que median hasta la próxima fiesta, para dejar en ella los andrajos del taller, y vestirse y peinarse y bailar, pues á todo esto se reduce para muchos obreros la santificacion de la fiesta. Preciso es confesar que semejante estado social tiene bien poco de envidiable, y, no obstante, ese es el de muchas importantes poblaciones.

Sin quererlo he indicado ya la causa principal de tanta ignorancia y degradacion. Es la codicia. Es la codicia vil, y digo codicia, porque no puede suponerse *necesidad* donde por otra parte reinan el lujo y las superfluidades; es la codicia la que en temprana edad arranca al niño y á la niña de los brazos de la madre y de la férula del maestro para embrutecerlos en la atmósfera de los talleres. Es la codicia la que vende por un jornal aquellas almas tiernas, y es la codicia á su vez la que las compra y las explota. Poco le importa á aquel padre el embrutecimiento de su hijo con tal que entren el sábado algunos reales más en casa; poco le importa á aquel indus-

trial el embrutecimiento de aquel trabajador con tal que entren cada año algunas piezas más de género en su almacen. A nadie libro aquí de grave responsabilidad; ni á los ricos, ni á los pobres.

Y ante esta espantosa miseria del alma, mil veces más dolorosa que la de los cuerpos; ante esta hambre de las inteligencias, más desastrosa que la carestía de pan, ¿qué vale la opulencia de una poblacion, su fama de culta, la grandeza de sus edificios, el lujo de sus teatros, la frondosidad de sus paseos y alamedas, la amenidad de sus campiñas pobladas de quintas y casas de recreo, si abriga en su seno tales ignominias? ¿qué valen esos obreros que visten el domingo de lana y de seda, y asisten al teatro, y aplauden la ópera nueva ó silban al mal cantante, si su espíritu no ve más allá del *panem et circenses,* comer y divertirse, de los antiguos romanos prostituidos? Así crece la mala semilla que el genio del mal derrama abundantemente sobre un terreno tan bien preparado para sus fines: así son presa los pueblos del primer embaucador que los halaga para corromperlos, y los corrompe para subyugarlos. Así dejan de ser pueblos los pueblos, para convertirse ó en fieras cuando se rebelan, ó en viles rebaños cuando se someten. Porque sucede tambien que un pueblo así ignorante no sabe lo que es la obediencia noble y altiva del buen ciudadano: sólo entiende por libertad los furores de la anarquía, ó por órden las bajezas de la esclavitud.

Y si estas son las consecuencias de la falta de educacion religiosa de los niños, ¿cuáles serán las consecuencias de una educacion falsificada?

XXXV.

Del segundo peligro de la niñez en nuestros dias: la educacion falsificada.

No es el mayor peligro del hombre la ignorancia; peor es la falsa ciencia, como es indudablemente mayor mal sentirse envenenado que andar escaso de alimentos.

Pues bien. La niñez de nuestros dias, que será la generacion viril y activa de mañana, se halla expuesta más aún que á la ignorancia degradante, de que hablamos en el capítulo último, á los desastrosos efectos de una educacion envenenada. Libre la enseñanza desde que la ley lo ha declarado todo libre menos la verdad, se ha quitado á la Iglesia, depositaria de ella, la intervencion eficaz que desde los tiempos de Cristo venia ejerciendo en las escuelas; y éstas, de consiguiente, pueden ser en cuanto á Religion lo que quiera que sean el maestro: si protestante, protestantes; si espiritista, espiritistas; si judío, judías; si ateo, ateas. El Estado, que ha excluido á Dios de su legislacion, no se mete en tales frioleras. Al Estado, por lo visto, tratándose de asuntos religiosos, sólo le toca demoler de vez en cuando algun templo para dar jornal al pueblo soberano; incautar algun convento de pobres monjas para contentar á algun Epulon que codicie el solar; encausar á algun Obispo que caiga en la tentacion de hablar alto y claro; desamortizar todo lo que se pueda, y otras hazañas así. Para esto debe de serle lícito al Estado moderno intervenir en cosas de Religion. Pero recomendar la enseñanza pública de ella, obligar á que le enseñe bien y lealmente el maestro, como se le obliga á enseñar bien y lealmente la higiene doméstica ó el cálculo decimal... ¡horror! ¡Dónde iríamos á parar con tan reaccionarias medidas! ¿Pedís el restablecimiento de la Inquisicion? ¿Queréis volver al fanatismo?

Así andan las cosas en nuestra patria desventurada, y si la impiedad no se aprovecha tanto como pudiera de las ventajas legales que se le dan, débese todavía á la fe profunda de nuestro buen pueblo, que en muchos lugares se impone áun á despecho de la ley, y mantiene á raya á los que quieren hacer de las suyas amparados por ella. Pero, al fin, es lo cierto que en muchos puntos prevalece la impiedad, y la escuela ya apenas es cristiana. Y lo es tambien que en no pocas, aunque por humanos respetos no se haya suspendido la enseñanza *material* del catecismo católico, se enseñan en cambio máximas que tienden á desvirtuarlo y á hacerlo pasar á los ojos de los discípulos como una asignatura enojosa, resto de la supersticion de las madres, ó como una curiosa mitología de la cual no se puede prescindir, como no se puede prescindir de otras vejeces igualmente ridículas. Escuelas hay en que se desprestigia la piedad y la devocion, pintándolas á los inocentes muchachos con los negros colores del fanatismo; se siembran dudas en sus tiernos corazones sobre la existencia de las penas y premios de la otra vida; se hace burla sangrienta del Papa y de los sacerdotes. En otras se inculca bajo el nombre de Religion un vago sentimiento pseudo-religioso, que sin imponer deberes, ni recordar preceptos, ni exigir sacrificios, se contenta con reconocerle á la creacion un supremo Autor, del cual se puede prescindir en la práctica, como El, se dice, que prescinde de nosotros. En muchas se enseñan bajo el nombre de moral universal unos deberes fundados en la sola naturaleza, unas virtudes meramente cívicas, una honradez con la que se pueden canonizar todos los vicios, como no sean de los que llevan á presidio. Y aunque, gracias á Dios, hay pocas escuelas descaradamente ateas, como las primeras que he citado; hay, gracias al diablo, muchas y muchísimas de esas otras, no sólo en las ciudades, sino en las villas y aldeas, sin que se aperciban los padres del daño atroz que á sus hijos se causa, y sin que pueda remediarlo el párroco, que no tiene medios de oponerse legalmente á la introduccion de tal contrabando. Y la niñez, acostumbrada á ver en el maestro un *non plus ultra*, un prodigio de sabiduría, cree como oráculos infalibles los absurdos que le vienen por un conducto á su modo de ver

tan autorizado. Y de esta niñez así enseñada salen, con la ayuda de las pasiones en la edad juvenil, los semi-sabios de café, que levantan en la aldea su cátedra frente á la del párroco; los gacetilleros de periódicos revolucionarios, que manchan con su baba inmunda los objetos más respetables; los apóstoles de club, que predican contra á la propiedad para hacerse propietarios; los mil y un amigos del pueblo, en una palabra, que como ponzoñosas sabandijas bullen y se revuelven en el cieno inmundo de nuestras revoluciones.

La ignorancia y la falsa ciencia caminan entonces á la par, y ejercen de comun acuerdo su maléfica influencia. Reparadlo; en los tristes dias de conmocion social, la falsa ciencia es la que seduce, la ignorancia es la seducida; los falsos sabios son los que acaudillan, los ignorantes los que se prestan á servirles de miserable instrumento. Satanás ha logrado de esta suerte su infernal objeto: de los unos ha sacado partido privándoles del conocimiento de la verdad; de los otros dándosela falsificada.

Hé aquí la segunda razon porque la enseñanza católica de los niños debe ser en nuestros dias una de las atenciones preferentes del Propagandista católico.

XXXVI.

De lo que puede hacer á favor de ambas urgentísimas necesidades el Propagandista católico.

¿Qué ha de hacer, pues, en el dia de hoy el Propagandista católico en favor de los niños? Claramente se desprende de los capítulos que llevo dedicados á exponer sus más apremiantes necesidades. Dar buena instruccion á los ignorantes. Corregir la maleada instruccion de los mal instruídos.

¿Cómo? Aquí entra la parte difícil del problema. Cuesta poco, me diréis, conocer la enfermedad y señalar el remedio; más difícil es aplicarlo, y más difícil aún aplicarlo con resul-

tado. Reconozco, lectores mios, lo fundado al parecer de vuestro desaliento. Doy, empero, una ojeada hácia atrás, y examino los antecedentes de la Iglesia católica, á la cual nos gloriamos de pertenecer, y no veo en ellos sino motivos de confianza.

La era en que va entrando el Catolicismo en sus relaciones con el Estado civil en la cuestion de la enseñanza, no es nueva por fortuna. Cuando por primera vez se presentó al mundo encontró tambien escuelas impías, y una juventud y una niñez impíamente educadas. Más tarde, cuando le hubo dado la paz el emperador Constantino, cerrado ya el período de las persecuciones á sangre y á fuego, brotó del infierno un monstruo á quien parecen haber escogido por modelo muchos de los que hoy dia nos vejan y tiranizan. Este monstruo coronado era tambien emperador, y habia sido católico, y apóstata después, dióse á emplear contra el Catolicismo, más que el hierro y el fuego, la táctica infernal de una enseñanza perversa. Hizo excluir de las escuelas del Imperio el catecismo cristiano; mandó se explicasen de nuevo á los niños los errores del paganismo, á fin de que los hijos de la fe se viesen en la dura alternativa, ó de permanecer en la ignorancia, ó de envenenarse con la falsa ciencia.

Conoció la Iglesia católica el nuevo género de persecucion que contra ella se empleaba, y aceptando el reto, dióse prisa á contestar al ataque. Y los medios con que contestó y con que venció fueron análogos á aquellos con que se la combatia. Se le atacaba con la escuela exclusivamente pagana. Pues bien. Contestó ella con la escuela exclusivamente católica.

Al desaparecer de la escena el imperio romano, empujado por las invasiones de los bárbaros, no fué ya la enseñanza pagana la que puso en grave riesgo á la niñez católica, sino la ignorancia brutal de los nuevos vencedores. Densas tinieblas cubrieron el mundo; el guerrero bárbaro gloriábase de no saber leer, y la Iglesia al imponerle su fe raras veces lograba hacerle un hombre regularmente instruido en ella. La Iglesia ante este nuevo peligro no se olvidó del único medio con que podia conjurarlo: la escuela católica. Y la fundó en sus catedrales y monasterios, y la sostuvo y la amplió para

el pobre pueblo, más aún que para los grandes, con todo linaje de estímulos, privilegios y recompensas. Y á la escuela católica debióse entonces la conservacion del saber entre las clases populares.

Renacen hoy por nuestra desdicha y por nuestra vergüenza nuevo paganismo y nueva barbarie. La enseñanza separada de la Religion va á ser dentro poco algo más que pagana, atea; y las clases populares, privadas del más vulgar conocimiento de sus deberes, van á ser poco menos bárbaras que los bárbaros de la Edad media. Para aquéllos la única escuela era el campo de batalla, y la única ciencia la de la guerra, y los únicos libros el hacha, la lanza y la porra. Para los nuestros la única escuela es muchas veces la fábrica, la única ciencia la industrial, los únicos libros el telar ó la selfactina. Y como lo mismo da que el alma humana se asfixie y se ahogue en el polvo de los combates que en el humo del carbon de piedra, así lo mismo es degradante la barbarie guerrera que la barbarie fabril. Contra el nuevo paganismo, pues, de la ciencia atea, y contra la nueva barbarie del exclusivismo industrial, recomienda hoy tambien la Iglesia su remedio de siempre: la escuela católica.

La escuela católica, sí, levantándose hoy frente á frente de la escuela oficial atea, como en los tiempos de Juliano se levantaba frente á frente de la escuela oficial pagana. La escuela católica recogiendo cada noche y cada domingo á los hijos del taller, como en la Edad media recogia á los hijos de la guerra; levantándose al lado de la parroquia y frente de la fábrica, como entonces se levantó al lado de la catedral y del monasterio, y frente al castillo. La escuela católica llevando la delantera á las demás en todo lo útil y sano y verdaderamente progresivo, derramando la luz y la ciencia en todos los ramos, desde la más vulgar instruccion agrícola hasta el más elevado cálculo astronómico, pero informándolo todo, vivificándolo todo con el espíritu del Catolicismo, y enderezándolo todo á la defensa de la fe y al mejoramiento de las costumbres. Reinarémos como siempre sobre el mundo, porque somos la verdad; pero á condicion de asegurarnos este reinado enseñando siempre la verdad al mundo y en particular á los niños y en particular

á los pobres, y para eso la escuela católica y siempre la escuela católica. No nos cansarémos de repetirlo.

Dios, que asiste constantemente á su Iglesia y la envia diferentes impulsos segun sus diferentes necesidades, ha suscitado ya en el corazon de los católicos de nuestros tiempos este apostolado de la escuela católica. Y el impulso de Dios. crece y crece, y se deja sentir más y más cada dia.

XXXVII.

De las escuelas nocturnas y dominicales.

¿Cómo hemos de corresponder, pues, á este impulso superior, y coadyuvar á esta grande obra los católicos españoles?

El Apostolado de la escuela católica presenta dos aspectos, á cual más importantes. Puede referirse, en primer lugar, á la instruccion superior desde la segunda enseñanza hasta el complemento de cada una de las carreras literarias. Bajo este punto de vista se trabaja ya en la creacion de Institutos y Universidades católicas, en los cuales las familias que deseen para sus hijos enseñanza rigurosamente cristiana, tengan la seguridad de encontrarla limpia, íntegra y de toda confianza. España tiene ya alguno de estos establecimientos que compite con los del Estado, y áun los aventaja en brillo, solidez y excelente disciplina. Grande y de magníficos resultados será este plan si se prosigue desarrollándolo con actividad, y sin desmayar por las contradicciones. Al menos se sabrá con seguridad que hay puntos en que la jurisprudencia, la medicina, las ciencias abstractas, y, en una palabra, todos los ramos del humano saber, se tratan bajo el punto de vista católico, subordinándolos á la fe y á la moral, reglas supremas y absolutas con quienes nunca puede ponerse en pugna la verdadera ciencia. Empero no nos referimos á esto.

El Apostolado de la escuela católica debe ejercerse aún con

más interés por medio de la primera enseñanza. De dos modos puede darse por el Propagandista católico esta enseñanza. O en escuelas dominicales, ó en escuelas nocturnas todos los dias. Lo primero es lo menos que puede hacerse, y es lo más fácil; lo segundo es lo más ventajoso, aunque ofrece algunas dificultades.

Nada más sencillo que la organizacion de una escuela dominical. Es cuestion no de talentos ni de capitales. Es pura y simplemente obra de buena voluntad. Un local capaz para cincuenta niños, una imágen de María ó un Crucifijo, para santificarlo; unas pocas estampitas con que recompensar la asistencia, héos ahí los primeros elementos de una buena escuela. Tres personas de buena voluntad bastan para dirigir el número citado de alumnos. He observado que los niños acuden siempre que se les llama, sobre todo si se les da, ó simplemente si se les acaricia. De consiguiente, no faltarán. Dividanse en tres grupos, segun el estado de sus conocimientos. Fórmese en círculo, ó en cuadro, cada grupo; colóquese en medio de él el catequista. A él y á ellos se les pasará volando la hora destinada para la instruccion. Amenícese ésta cambiando frecuentemente el estilo, interrumpiendo el diálogo con interesantes narraciones, y éstas con oportunos comentarios. La niñez es amiga del cuento. ¿Quereis poner atenta una porcion de revoltosos que andan riñendo entre sí, ó jugueteando, ó paseando por la bóveda sus traviesos ojuelos? ¿Quereis que os amen, os escuchen, os devoren con su mirada? Pues contad, referid con todos sus pormenores un caso histórico, la vida de un Santo, un ejemplo de las Escrituras. Haced que la máxima ó comentario brote espontáneamente del suceso referido, y no temais se les olvide jamás. Vuestros discípulos hallarán corta la hora, llegarán á pediros que continueis, y si en aquellos momentos sabeis dejar como en suspenso su curiosidad, teneis asegurada la atencion para la próxima conferencia. No dejeis de rezar, y de hacerlo con fe y piedad al principio y fin de vuestra hora de clase. Dad siempre, aunque sea poco; pero nunca os despidais sin dar. Os lo aseguro. Dios os pagará con abundantes consuelos el sacrificio que le haréis de vuestra comodidad, y los niños os lo pagarán con mil muestras de agradecimiento.

Las escuelas dominicales dirigidas con celo y laboriosidad, sin vana ostentacion, sin pretender que figuren en los cuadros estadísticos muchos centenares de niños, sino que los que se reunan salgan perfectamente instruídos; armonizando la enseñanza de la Religion con la práctica de ella, es decir, imponiendo á los niños el uso de frecuentes Confesiones y Comuniones, y la asistencia á los actos del culto; inspirándoles el horror á la blasfemia, al juego prohibido, á las deshonestidades; las escuelas dominicales así dirigidas, y profusamente extendidas en los grandes centros de poblacion, serian una arma poderosísima, un excelente auxiliar de la parroquia, un remedio eficaz contra la indolencia de los padres descuidados é indiferentes.

Y sin embargo, ¡no todas las personas piadosas comprenden el mérito de esta buena obra! Dad esa limosna de instruccion los que amais á Dios y á vuestro prójimo, dadla por amor de entrambos, pues más caridad es alimentar las almas que los cuerpos. ¡Y hay tantas almas hambrientas! ¡Hay tantos corazones desfallecidos!

Nada ó muy poco diré de las escuelas nocturnas. En éstas la instruccion es más asidua, y, por lo mismo, puede ser más variada. La parte catequística debe entrar en ellas al parecer sólo accidentalmente, pero en realidad de un modo principal. Debe darse mucha importancia á la lectura, á la caligrafía, á la aritmética, á la geografía, en una palabra, á todas esas nociones de que el pueblo puede fácilmente comprender la utilidad. Y á vueltas de estas cosas alguna plática sobre Religion en forma de conferencia, ó de objeciones, una ó dos veces cada semana; y la misma aritmética y geografía y todo lo demás, sazonado, envuelto en máximas, ejemplos y comparaciones católicas, con lo cual y con la amabilidad de carácter del profesor, les entrará como por encanto el Catolicismo, áun á los corazones más prevenidos. Hacemos esta indicacion; porque la escuela nocturna suele destinarse á niños ya mayorcitos y casi adultos. Ejercítese en ellos la Propaganda eficacísima del librito y de la hoja suelta, haya de eso frecuentes distribuciones en la escuela; algo quedará siempre de esta semilla esparcida como al acaso.

La escuela diaria nocturna requiere alguna mayor habili-

dad y algunos mayores fondos, pero en cambio ¡cuán seguro es el resultado! Una buena escuela de éstas puede en brevísimo tiempo formar para Dios y para la sociedad un núcleo de jóvenes católicos, robándolos á la impiedad y á las sectas antisociales. Y si á ella pudiere agregarse una escogidita biblioteca popular (de cuya institucion me ocuparé más adelante), ¡oh! entonces, no lo duden mis amigos, la cosecha de Dios veránla crecer lozana y abundante, y sin comparacion les parecerá esta obra buena superior á casi todas las demás á que puede dedicarse el cristiano amigo de Dios y de sus semejantes.

XXXVIII.

De otra clase muy digna de los cuidados del Propagandista católico, cual es la obrera.

Nó, no podemos apartar los ojos del trabajador, ya que tampoco aparta de él los suyos la impiedad para hacerlo, primero su cómplice y después su víctima. No podemos dejar de hablar aquí de esta clase obrera, que, dadas las condiciones especiales de nuestra situacion, es hoy un poder formidable, un poder que nuestros enemigos quieren utilizar para el mal y que por lo mismo nosotros hemos de procurar aprovechar para el bien. Sí, porque ciego es quien no lo ve. La Revolucion, enemiga del Catolicismo, quiere tener á su disposicion soldados y literatos, empleados y magistratura; pero lo que principalmente quiere tener á su disposicion es el obrero. Años há que la propaganda infernal no tiene apenas otro objeto que éste: descatolizar, descristianizar al obrero. La impiedad seria reina del mundo el dia en que fuesen del todo suyas esas falanjes numerosísimas de hijos del pueblo que pueblan nuestras fábricas y talleres. A conseguirlo se dirigen todos sus esfuerzos.

Y lo doloroso es tener que confesar que en gran parte lo

ha conseguido. Gracias á varias causas funestas que no hemos de enumerar aquí, y sobre las cuales hemos hablado bastante alto y bastante claro en el folleto *La Chimenea y el campanario*, la situacion del obrero español, particularmente en las provincias más industriales, tocante á Religion y costumbres, es deplorable. Sí, lectores mios, es deplorable, y no hay que disimularlo. No quiero señalar la parte de responsabilidad que cabe á cada cual en esta ruína de las buenas costumbres obreras que todos lamentamos. No importa tanto saber por qué caminos hemos venido á este sensible extremo, cuanto buscar á todo trance el camino de salir de él. Lo cierto es que las pobres clases trabajadoras andan hoy en su generalidad completamente fuera de su natural sendero; ciegas y desatentadas, sordas á la voz amiga de la Religion que las llama, déjanse conducir, ó mejor, extraviar y despeñar, por mentirosos apóstoles de ideas nuevas, á quienes parece haber confiado el infierno tan desastrosa mision. Y los efectos los vemos ya, los palpamos. Un descarado ateísmo en las creencias, un cínico materialismo en las costumbres, los lazos de familia relajados, una brutalidad asquerosa ocultándose bajo la cubierta exterior de un lenguaje más culto y de un traje más fino; hé aquí las cualidades que hacen de muchos de nuestros obreros seres á menudo muy criminales y casi siempre muy desventurados. El sacerdote es para estos infelices objeto de horror ó de sangrienta rechifla; el amo siempre un tirano; la esposa una esclava; los hijos carga insoportable; la sociedad un enemigo. Falta Dios en medio de estas masas ebrias de goces materiales y cada dia más sedientas de ellos. Falta Dios, y faltando Dios, ¿quién ha de llenar este inmenso vacío, sino el demonio su enemigo?

Urge una restauracion, hay que reconstruir sobre los cimientos indestructibles de la fe este edificio que, minado con tanta insistencia por los enemigos, amenaza desastrosa ruína.

Mas ¿en qué debe consistir esa restauracion? ¿Qué puntos principales debe abarcar esa Propaganda católico-fabril?

Hélos ahí.

Rectificar conceptos equivocados; desvanecer ridículas preocupaciones; despertar las sanas creencias si están como

aletargadas, ó infundirlas de nuevo si por desgracia hubiesen desaparecido del todo; corregir las costumbres; crear hábitos de sobriedad, respeto y amor en vez del libertinaje, del desprecio y del odio, héos ahí á qué llamo una restauracion; héos ahí la restauracion que necesita una parte de nuestro pueblo trabajador.

Tres corrientes pestíferas y envenenadas circulan hoy entre el pueblo de las fábricas, de los talleres y de los campos; y producen en él tres horribles gangrenas.

Una corriente de falsa ilustracion.

Una corriente de falsa fraternidad.

Una corriente de falso bienestar.

Harto sabemos dónde están los antros subterráneos en que se elaboran estos productos; harto sabemos de dónde parten los hilos conductores de tal electricidad. En los infernales conciliábulos en donde se ha jurado guerra á Dios y á su Cristo y á su Iglesia, se ha contado con el trabajador como con un dócil aliado; se ha procurado formar en torno suyo esta atmósfera de falsa *ilustracion*, de falsa *fraternidad* y de falso *bienestar*, palabras que le seducen y le enamoran; y no son pocos por desgracia los que, á sabiendas ó sin saberlo, militan ya en esta horrible cruzada. ¿Quereis que os exponga sencilla y llanamente el significado de aquellas tres palabras? Voy á hacerlo.

Falsa ilustracion. En nombre de ella se empieza por inculcarle al trabajador el desprecio del sacerdote y de su enseñanza. El catecismo católico es una antigualla pasada de moda. Ya no creen en Dios más que los tontos, ni van á Misa y á comulgar más que los imbéciles. Toda práctica religiosa es una supersticion, toda blasfemia un acto de soberana independencia. La sumision es servilismo, la paciencia una abyeccion. Todo es mejor que el Catolicismo; el Protestantismo con sus vaguedades, el Espiritismo con su falta completa de sentido comun, el Ateísmo con sus horribles desconsuelos.

Falsa fraternidad. Los hombres son hermanos, pero el rico es siempre un tirano á quien hay que derribar. La union de los pobres entre sí no la hace el amor, sino el odio comun contra el que ha logrado salirse del nivel comun con sus su-

dores, ó con su ingenio, ó con su buena suerte. Todos los medios son lícitos, como sirvan para que alcance el resultado apetecido esta fraternidad de envidias y rencores. ¿Conviene la huelga? decrétese la huelga; ¿hay necesidad de la amenaza? intímese la amenaza; ¿llegó la hora del incendio? manos á la obra y venga el petróleo, ó la dinamita, que es sistema aún más expeditivo.

Falso bienestar. El hombre ha nacido para gozar y para gozar en la tierra. El goce es el cielo del trabajador; la miseria su único infierno. La felicidad es tener dinero y espectáculos y burdeles. Las dulzuras tranquilas del hogar, los consuelos de la familia, las santas expansiones del amor conyugal y paternal, no valen una hora de zambra en el café ó en el garito entre cuatro amigos y amigas de confianza. Al fin si el hombre es pura materia, la materia es quien ha de solazarse con satisfacciones dignas de ella.

Así le hablan al pobre trabajador sus nuevos apóstoles, y así le engañan. No que siempre le presenten tan descarnada la fealdad de sus doctrinas; el diablo es gran talento, y sabe de eso como cien retóricos. Pero al fin, de un modo ó de otro, por el rodeo ó por el atajo, á las claras ó á las turbias, viénese siempre á parar en lo mismo, es decir, en que para ser lo que debe un trabajador en nuestros tiempos, para poder presentarse erguida la frente entre sus camaradas, para no ser tenido en menos, ni ser recibido con sonrisas de desprecio ó de afectada compasion, hay que irse por el camino de aquella falsa ilustracion que enseña á despreciar á la Iglesia, de aquella falsa fraternidad que enseña á mofarse de la autoridad, de aquel falso bienestar que consiste en procurarse cada dia los goces más groseros.

Amigos mios, trabajadores, vosotros que tan de cerca veis lo que está pasando en vuestra clase, ¿es ó no es esto la pura verdad? ¿Pasa ó no pasa?

Hé aquí, pues, por qué á esta triple perversion, de las ideas por la falsa ilustracion, de los sentimientos por la falsa fraternidad, de las costumbres por el falso bienestar, hay que oponer la restauracion del obrero por medio de la ilustracion católica, es decir, de la fe; de la fraternidad católica, es decir, de la caridad; del bienestar católico, es decir, de la resigna-

cion y de la esperanza. Programa completo de apostolado cristiano que responde de lleno al programa infernal que vienen poniendo en planta nuestros enemigos.

No sé si han planteado la cuestion en estos términos los ilustres fundadores de los *Círculos católicos obreros* en Francia y en nuestra patria. En el próximo capítulo haré ver el modo fácil y llano con que, mediante esta nueva institucion, pueden realizarse aquellas tres partes del programa, mediante la eficaz cooperacion de los indicados *Círculos*.

XXXIX.

Qué remedios cabe aplicar á esas tres llagas principales del obrero de nuestros dias. De los Círculos católicos.

Tres puntos acabo de fijar, como principales á mi ver, para la restauracion de la clase obrera:

La de sus ideas por medio de la verdadera ilustracion: la fe católica.

La de sus sentimientos por medio de la verdadera fraternidad: la caridad católica.

La de sus costumbres por medio del verdadero bienestar: la práctica de la moral católica.

Los *Círculos católicos obreros* pueden realizar cumplidamente este hermoso apostolado. El *Círculo* en una Asociacion de trabajadores con el fin de ilustrarse, animarse y corregirse mútuamente, segun las doctrinas, espíritu y prácticas del Catolicismo. El *Círculo* tiene carácter de academia para lo primero, y de congregacion para lo demás. Su organizacion es muy sencilla. Adquirido un local que tenga piezas acomodadas para las prácticas de Religion, para la instruccion y para el recreo, los individuos asociados, bajo la direccion de persona competente y siempre en union con el Cura párroco, propónense agrupar allí á todos aquellos á quienes no aver-

güence el Nombre de Cristo, procurando al mismo tiempo realizar cada uno por su parte nuevas conquistas entre aquellos de sus hermanos que han perdido la fe, ó se han entibiado en ella. De suerte, empero, que la vacilacion ó el descreimiento cesen en el asociado, al momento de poner al pié en los umbrales del *Círculo*. El *Círculo* ha de ser un foco de poderosa atraccion y de buenos ejemplos; nadie, pues, podrá pertenecer á él, que no haga antes profesion de su fe y promesa solemne de no faltar á ella. La Junta directiva del *Círculo* ha de ser en este punto inflexible. Doce hombres enteros de creencias y de costumbres, tendrán más influencia en una localidad que cuatrocientos de creencias amortiguadas y de conducta dudosa.

Las primeras piezas que ha de poseer el *Círculo* ha de ser un *Oratorio* en donde practicar sus actos religiosos, y una *Escuela* en donde recibir la instruccion y darla. Las dependencias destinadas á diversion honesta serán muy provechosas, pero no son esenciales.

He hablado de *Oratorio,* y en un *Círculo* bien organizado no me contentaria con menos. Toda obra católica que no lleva el sello de la *piedad* es obra muerta, es árbol sin savia, es farol sin luz. La sola Propaganda por medios humanos, es decir, la que da la principal importancia á la discusion, á públicas conferencias, á difusion de buenos libros, etc., es y será siempre estéril. Será el esfuerzo del hombre, y el esfuerzo del hombre es impotente para producir las obras de Dios. Ha de haber, pues, *Oratorio,* y no solamente como dependencia de lujo que se enseñe á los visitantes y se recomiende por el buen gusto de la ornamentacion, sino *Oratorio* donde se *ore;* ¿me entiendes, amigo? donde se rece, donde se comulgue, donde se oiga la palabra de Dios, donde se temple como en una fragua el corazon, para hacerlo incontrastable á los embates del mundo. *Oratorio* que sea como una sucursal de la parroquia, como un eco de ella y su auxiliar en todo.

La *Escuela* es tambien indispensable. En ella, aparte de clases gratuítas diarias de lectura y escritura que pueden abrirse para los asociados que lo necesiten, pueden darse á menudo conferencias populares sobre los puntos de Religion

más atacados, sobre las nociones históricas más frecuentemente adulteradas por la impiedad, sobre economía política y doméstica en armonía con el Catolicismo, etc. Allí han de encontrarse todos los dias las mejores *Revistas* que en el mundo se publiquen en defensa de nuestra fe; allí ha de tener á mano el trabajador todo libro ó folleto que salga á luz en sentido católico y que por cualquier estilo pueda interesarle. En menos palabras. El *Círculo* ha de llegar á ser un verdadero foco de ilustracion y de moralizacion popular, un perpetuo antagonista de club, un semillero de familias sanas, honradas y cristianas.

Más de cuatro honrados trabajadores que me leen, sienten en este momento latir apresuradamente su corazon con el deseo vivísimo de que sea pronto una realidad en su ciudad ó en su villa tan halagüeña descripcion. ¡Animo, amigos mios! Doce hombres de buena voluntad bastais para formar el núcleo de una de estas instituciones; no seríais católicos ni seríais españoles si os arredráseis ante las dificultades que á vuestro plan pudieran oponerse. Agrupaos, agrupaos; la union es la fuerza, no sólo la fuerza física, que esa aquí no la habeis menester, sino la fuerza moral, que esa es la que se necesita. Fuerza moral que os haga respetables á los ojos de los malvados, quienes se verán forzados á admirar en silencio la energía de vuestra fe y la firmeza y robustez de vuestras convicciones católicas.

No desmayeis aunque vuestra obra no ofrezca por de pronto la grandiosidad y la esplendidez de las obras del mundo. Ya sé que vuestro *Círculo* no será tan concurrido como los casinos en que no se visa con gran escrúpulo el pasaporte de los pretendientes. Es natural que allá donde se exige severa moralidad y ajustadas creencias, donde nunca se transige en lo que toca á la fe y al deber, no vuelen desaladas esas turbas de ancha conciencia y poco delicadas que llenan nuestros cafés y nuestros clubs. Es natural que vuestra casa sea menos simpática á ciertos ojos; vuestras conversaciones menos agradables á ciertos paladares. No se os exige que seais muchos, sino que seais buenos. ¿No sabeis que un poco, muy poco, de levadura, basta para sazonar toda la masa? Así nos lo ha dicho el Salvador: y ¿quién sabe si será vuestro *Círculo*, en medio

de una gran poblacion, esa poca levadura que llegue con el tiempo á dar á toda ella el buen olor y el buen sabor de Cristo? ¡Adelante, modestos hijos del jornal! ¡Sed vosotros los apóstoles de la regeneracion de vuestros hermanos descaminados! Poca cosa puede con ellos el sacerdote, porque ni á él acuden, ni éste puede mezclarse en sus corrillos. Poca cosa puede el libro bueno, si nadie hay que lo ponga en sus manos. Vosotros, vosotros podeis y debeis ser el puente que enlace con la Religion y con el sacerdocio á esta clase que parece haber roto con ellos todas las comunicaciones. Vosotros, cuya palabra franca, si no elocuente; sincera, si no cultivada; será oída con interés y aprovechada, tal vez, con grandes resultados. A vosotros toca realizar la hermosa idea de la salvacion del obrero por medio del obrero, y ser como el hilo conductor por donde les baje del Corazon de Cristo á tantos corazones desolados la fe, la luz, el amor y la esperanza.

¡Que veamos muy luego nuestras bellas comarcas fabriles sembradas de *Círculos católicos de obreros*, como las hemos visto hasta hoy infestadas por tantos centros de impía y venenosa propaganda! ¡Quiéralo Dios! Pero me parece que Dios lo querrá, si lo quisiéremos nosotros.

XL.

De la Propaganda por medio de la prensa, y de lo mucho y muy bueno que en este ramo puede hacerse.

Lugar es éste el más oportuno para ocuparnos de la Propaganda por medio de la prensa, y especialmente por medio de las publicaciones ligeras, que deben ser hoy su forma más corriente y usual.

El siglo XIX, hemos dicho en otra parte, no es siglo tan pensador como álguien ha creído poder decir en alabanza

suya; es sí un siglo lector. Se lee más hoy en un año que en otras épocas en ciento. Hemos dicho poco, se lee; se devora la lectura, y por esto tan á menudo se indigesta. Pero el hecho público é innegable es que se lee, y se lee sin descanso. La prensa no cesa de dar á la voracidad de los pueblos libro tras libro, hoja tras hoja, periódico tras periódico. La prensa es, pues, la reina del siglo, y desde su trono de papel dirige la opinion alguna vez, y más de mil veces miserablemente la extravía.

La extravía, hemos dicho, sí, porque el infierno envia tambien su inspiracion á la prensa, y la prensa secunda la inspiracion del infierno con una docilidad espantosa. Dad una ojeada sobre el teatro de nuestras luchas, y veréis la dolorosa complicidad de la prensa en la obra del mal. Excusamos entrar en pormenores que todo el mundo tiene ante los ojos.

Ya, pues, que la prensa se ha hecho con tanta facilidad aliada del infierno para corromper, ¿seria difícil hacerla á su vez aliada de Dios para salvar? Nó. La invencion de Gutenberg, indiferente de suyo, inauguróse en el siglo XV imprimiendo las sagradas Escrituras; ¿qué inconveniente habria en usar de ella en grande escala para la verdad, ya que tan en grande se ha abusado de ella para el error? Ninguno. Es cuestion de actividad de parte de los hijos de la Iglesia. Apoderémenos de esta arma poderosa, de este ariete formidable; volvámoslo de cara al enemigo; manejémoslo con intrepidez y constancia; veamos de apagar sus fuegos con nuestros fuegos, y de atajar su inundacion, con nuestra inundacion, y es asunto concluído. Hagámoslo, y tendrémos en la prensa el grande apóstol del siglo XIX.

Consideremos, pues, como un deber el trabajar todos poco ó mucho en este campo. Dedicados á la defensa y Propaganda de la verdad, no perdamos ocasion de recomendar un buen libro, de hacer circular un sano periódico, de recoger una hoja inmunda, de mandar reimprimir á costa nuestra un artículo importante, etc., etc. Pongamos á contribucion nuestras relaciones y amistades para que nos sirvan en tan laudable deseo: ejecutémoslo en nuestras visitas, en nuestro taller, en nuestro despacho, y hasta en medio de la frivolidad de nues-

tras diversiones. Sumemos cada mes lo que hemos hecho para robar víctimas á la impiedad y conquistar discípulos al Catolicismo, y nos regocijarémos en el Señor del fruto de nuestros trabajos, ó si hubiesen sido infructuosos, nos consolarémos pensando que en el tribunal de Dios no se examinará ni se recompensará tanto el fruto conseguido como el trabajo empleado para conseguirlo. Trabajarémos mucho, muchísimo, y nos parecerá que nada hacemos, porque tendrémos en cuenta únicamente lo mucho, muchísimo, que resta que hacer.

¡Cuán diferente es en esto nuestra conducta ordinaria! Si echamos cinco reales en el cepillo de una obra piadosa, si asistimos una que otra vez á tal ó cual reunion ó junta de beneficencia, parécenos que hemos llenado ya una gran mision, y que podemos descansar sobre nuestros laureles. Cuando Dios nos muestre en su dia para confundirnos lo mucho que han trabajado los impíos para el triunfo de la impiedad, ¡cuántos y cuántos católicos que se creen ahora muy católicos y muy ejemplares bajarán confundidos la frente ante aquel tremendo *serve piger, criado perezoso,* con que les sentenciará el supremo Juez!

Mas ¿y los fondos para eso? dirá alguno. Mucho puede y debe hacerse, es verdad; pero ese mucho cuesta mucho. Pregunto ahora, ¿de dónde saldrán estas misas?

XLI.

Dase cumplida respuesta á la pregunta con que termina el capítulo anterior.

Efectivamente teneis razon, querido amigo; el dinero es el nervio de la guerra, y de consiguiente un elemento indispensable para la buena Propaganda. Hay que repartir y hay que comprar lo que se reparta, porque desgraciadamente los adelantos del siglo no han podido hacer aún que los impresores

impriman de balde. Es necesario, pues, contar con fondos. Vamos, pues, á tratar de esta empalagosa cuestion.

Supongo que perteneceis á una de estas tres clases: ó á la rica, ó á la pobre, ó á la mediana.

¿Sois rico? Pues en este caso tendréis un regular presupuesto de gastos, ¿no es verdad? Y en él figurarán primero vuestras más indispensables atenciones, la manutencion, el vestido, etc. Seguirá luego otra seccion menos importante, y es la de las comodidades, la casa de campo, el coche, los muebles de lujo, etc.; ó habrá finalmente otra menos importante aún, y es la de vuestros placeres. Y cuidado que no voy á hablar más que de los bien vistos, el teatro, las reuniones de familia, las partidas de caza, etc. Pues bien. ¿Habria inconveniente alguno, sufririan menoscabo vuestras rentas, decaeria vuestra posicion social, si entre estas partidas, unas de necesidad, otras de conveniencia, y otras de puro placer, introdujéseis una partida en favor de la Proganda de buenos libros? Vamos, que no os haríais pobre por eso. Miles de duros gasta en un año una familia opulenta en frivolidades que todos sabemos. No entro hoy á disputaros, amigo mio, el teatro, el casino, la quinta, la caza, las frecuentes *soirées*. Nó, pero si de lo que gastais en todo eso dedicáseis un tres por ciento á la difusion de buenos impresos, sin gozar menos ni ostentar menos fausto, circularian sin duda entre todas las clases de la sociedad muchos buenos libros que hoy duermen empolvados en los estantes del librero. Y en pos de estos buenos libros circularian una porcion de buenas máximas, y tras ellas algunas buenas obras; pues todo esto anda ensortijado como una cadena. ¿Os parece ahora tan difícil encontrar dinero para este benéfico apostolado? No seais avaro, amigo mio; dentro de algunos años, al dejar esta vida, se os dará muy poco dejar á la parte de fuera de la sepultura mil duros menos; en cambio os será muy ventajoso encontraros de la parrte de allá, en la eternidad, con algunas buenas acciones más.

Pero supongo que no sois opulento, sino que sois hombre de mediana posicion que vivís de vuestro oficio, sin sentir escasez, pero sin que podais derramar pródigamente vuestro dinero. No os alarmeis; la Propaganda no es empresa que

exija grandes capitales. Se han abaratado tanto las publicaciones, se ha reducido tanto su tamaño, que con poco dinero es muy fácil comprar mucho para vuestro uso y áun para regalar. Además, la Propaganda de buenos libros mejor puede hacerse con los de poco tamaño que con los voluminosos. Hay hojas católicas que se expenden á cinco reales, y á cuatro y á tres y á dos el centenar, y un centenar de hojas puede ilustrar y despreocupar á un centenar de familias, y todo eso os cuesta cinco ó cuatro ó tres ó dos miserables reales. Y luego, ¿habeis olvidado que no se trata de vuestro solo esfuerzo? ¿No sabeis que la suma de treinta y cuatro cuartos forma una peseta y que cinco pesetas forman un duro? Quiero decir que vuestro real unido al real de vuestro amigo, y éstos á los de los demás amigos que se os unan, pueden llegar á formar una suma cuyos resultados sean prodigiosos. Por eso se os convida siempre á asociaros. No mireis lo que podeis vos solo. Mirad lo que podrán muchos que piensen y obren y contribuyan como vos. Y ante Dios no valdrá menos vuestro real que el duro ó la onza del poderoso.

Finalmente, ¿sois pobre? ¿No podeis ofrecer vuestro dinero porque no lo teneis? Ofreced vuestra cooperacion moral y material: es decir, ayudad á la Propaganda facilitando la distribucion y circulacion que costean los demás; introduciendo la obra piadosa en casa de vuestro vecino, donde vos tendréis más fácil entrada, por lo mismo que sois pobre como él; ofreciéndoos para repartir cuando os lo permitan vuestros quehaceres, y ayudando tambien con vuestros dos cuartos si los teneis en el bolsillo. Si nó, no os desconsoleis. Dad lo que recibiéreis de los demás; sed caño ó acueducto, ya que no podeis ser depósito ó manantial. Más pueden hacer en esta materia los pobres que los ricos, pues aquellos ven más de cerca las necesidades. ¿Os parece ahora tan difícil contribuir á esta benéfica Propaganda?

XLII.

Cuán industrioso debe ser en este particular el celo del Propagandista católico.

¿Cómo enumerar aquí los mil y mil ardides que puede inspirar á un cristiano celoso el deseo de extender la verdad y de hacer bien á sus hermanos? ¡Con qué habilidad se puede desacreditar en el concepto de un amigo un periódico perverso que le tiene seducido! ¡Cuán fácilmente se puede dejar, al descuido con cuidado, una obra de severa moral católica en el tocador de una dama distraída, ó en el pupitre de un jóven disoluto! ¡Con cuánta destreza puede arrancarse de manos de un estudiante la novela inmoral, tal vez sin decirle que lo sea, quitándosela como cosa de mal gusto, indigna de su talento, etc., etc.!

¿Teneis fábrica ó comercio? Sin que para nada se vea vuestra mano, sois dueño de hacer circular entre vuestros trabajadores ó dependientes una porcion de obritas ú hojas provechosas sobre temas de actualidad. Conocí á un atareado comerciante que fué reducido á pensamientos muy serios sobre su alma, gracias á la lectura de un libro de la *Imitacion*, magníficamente encuadernado y con soberbias láminas, que un compañero suyo de escritorio tenia algunas veces la delicada precaucion de dejarse abandonado en el lugar de sus negocios. El lujo de la encuadernacion hubo de picarle la curiosidad al distraído; acabaron de movérsela las láminas riquísimas; quiso saber lo que diria el texto; leyó un par de capítulos, y la gracia obró por medio de ellos en su corazon. ¡Cuántos amigos podrian hacer por sus amigos esta hermosa obra de caridad de un modo semejante!

¿Sois párroco ó encargado de una iglesia ó simplemente de una funcion? En los dias en que ha acudido á vuestro templo gran concurrencia atraída por la fama de un buen

predicador ó de una excelente pieza de música, ó por otro motivo cualquiera, ¿por qué no haceis que termine el acto con un buen reparto de hojas ú obritas de Propaganda, de poco coste, de mucha claridad, de asuntos del dia, aunque expresamente debiéseis hacerlas componer é imprimir á vuestra costa? Los protestantes ejercian su asquerosa propaganda en la Exposicion de París, haciendo que allí funcionase una imprenta, y gratis se diesen allí libros heréticos á los viajeros de las cuatro partes del mundo.

¿Vais al hospital á visitar los enfermos? Nunca vayais sin algun librito en vuestra faltriquera. Dad uno á los más impacientes, leédselo vos mismo, aunque no sea más que una página; un buen libro es un excelente amigo para las horas de fastidio, y muchos acogidos en el hospital han sacado gran provecho de este regalito de sus visitantes. Lo mismo digo de los presos.

Los niños, ¡oh! los niños son excelentes Propagandistas. Si teneis escuela dominical, ó si intervenís en alguna, ó si la visitais, ó si conoceis al que cuida de ella, si deseais hacer á la escuela una buena limosna, enviad á ella libritos ó impresos. El niño los recibirá con júbilo, aunque no los entienda, y los llevará á su casa, donde si él no los lee, los leerá un padre ó un tio, ó unos hermanos imbuidos en falsas máximas del club ó de malos periódicos. La buena doctrina, la verdadera despreocupacion entrarán en aquella casa por conducto del niño y con el impreso que le habeis regalado.

No seais escaso en derramar por todas partes el papel católico. Repartidlo con profusion, servíos de él hasta para vuestros envoltorios; gran parte de él se perderá sin provecho, lo sé; pero si de mil páginas esparcidas, una sola mueve un corazon ó alumbra una inteligencia, daos por satisfecho, y tened por bien empleado vuestro trabajo y vuestro dinero. De cien mil tiros que dispara un ejército en batalla, sólo unos pocos hieren al enemigo... No por esto empero se deja de disparar, y de disparar sin descanso.

Reproducid en impresiones abundantes y económicas los artículos más notables que sobre la cuestion del dia publique la prensa *verdaderamente* católica. Llevadlos siempre en abundancia en vuestra faltriquera, y al suscitarse sobre aquel

punto la conversacion, decid con llaneza: «Pues señor, precisamente ahí traigo un artículo en que se trata la cuestion de un modo que no deja lugar á réplica;» y dais á leer el artículo y destruís tal vez una preocupacion, y tal vez salvais una conciencia.

Sed inflexible, implacable, en destruir todo lo impío, herético ú obsceno que alcancen vuestras manos. No lo guardeis por vanas consideraciones. Destruídlo al momento. Se os pasa la primera entrega de una obra inmoral... rehusadla. Y si el repartidor se obstina en manchar con ella vuestro hogar echándola debajo de vuestra puerta, rasgad sin contemplaciones la entrega inmoral... Nadie tiene derecho á introducirse sin permiso en vuestra familia; estais en el caso de legítima defensa contra una agresion brutal.

Puede ser que vivais lejos de la capital, y que la distancia impida á muchos de vuestros compatricios la adquisicion de obras buenas, sean de piedad, sean de instruccion, sean de recreo. Haceos como el procurador de estas gentes sencillas. Vos que teneis tal vez mayor actividad y relaciones fáciles con los libreros de la ciudad, prestaos á esta santa obra de hacer venir de allí á vuestra poblacion todos los libros que se os pidan al precio de la ciudad, aunque tengais que cargar con el de los portes. Dios os pagará un dia el tanto por ciento de comision. Haréis con esto una provechosísima Propaganda. Procurad del mismo modo cuidaros de las suscriciones á periódicos y revistas católicas, á las cuales muchos no se suscriben por pereza de dirigirse á la Administracion. Haceos vos su procurador para facilitárselo; que se sepa que prestais tales favores. La gente acudirá á vos, os molestará tal vez un poco; Dios empero os recompensará, y el Catolicismo os lo agradecerá muy mucho.

No pretendo con esto haber indicado todos los medios, ni áun la mitad, de que pueda servirse el celo para contribuir á la benéfica Propaganda por medio de la prensa. Las circunstancias de tiempo, lugar y personas os ofrecerán mil coyunturas y ocasiones que podréis á cada momento aprovechar. Sed celoso de veras... No tardaréis en ser verdaderamente ingenioso.

XLIII.

De las Bibliotecas parroquiales.

La fundacion de Bibliotecas parroquiales católicas debe ser el objeto de los principales esfuerzos del Apostolado por medio de la prensa. El Estado procura establecer por todas partes sus llamadas *Bibliotecas populares*, que pueden ser focos de verdadera impiedad, dados los principios de la legislacion atea ó libre-cultista que nos rige. El pueblo católico debe hacer lo posible para contrarestar la peligrosa influencia de tales establecimientos; deber suyo es, de consiguiente, oponer á la Biblioteca libre la Biblioteca pura y exclusivamente católica.

Conviene que la Biblioteca venga á ser una como dependencia de la parroquia, bajo la direccion del Cura párroco ó de un delegado suyo, y agregada ó inmediata por lo menos á la iglesia parroquial. Redúcese á una pieza más ó menos capaz en la cual vayan depositándose bajo inventario toda clase de libros útiles y de sana doctrina, abriéndose esta pieza una vez cada semana á lo menos, en una hora previamente anunciada, y colocándose en ella un encargado, quien bajo registro preste, por un plazo que se habrá de fijar, los libros á quien desearc leerlos. Para el buen éxito de esta Obra deben tenerse presentes las siguientes reflexiones:

1.ª Las obras que se depositen en la Biblioteca han de ser acomodadas á la generalidad de los habitantes de la parroquia en que aquélla se establece. Ridículo seria amontonar obras de profunda filosofía ó de minuciosa erudicion en una aldea de sencillos labradores. Cada poblacion tiene sus necesidades distintas. Muy distinto es el gusto y muy distintas son las necesidades morales de una villa industrial, de las de un villorrio de labriegos. Más breve. La Biblioteca debe guardar armonía con las circunstancias del lugar.

2.ª Debe guardarla tambien con las circunstancias de tiempo. Hay estudios religiosos que han perdido su oportunidad por haber pasado ya de moda los errores que refutaban. Las hermosas obras escritas en el siglo pasado para confundir á los que atacaban á la Religion en nombre de las ciencias naturales, apenas tienen interés ahora que aquellas dificultades yacen pulverizadas y olvidadas. Hoy la lucha se ha trasladado al campo de la historia y del derecho público. Las ciencias sociales tienen hoy la palabra en pro y en contra de la Religion. Hay, pues, que dar la preferencia á las obras que tratan de eso. En cuanto cunda un error ó se ataque una institucion, debe proveerse la Biblioteca de las obras convenientes para responder á aquel ataque ó desvanecer aquel error. Así es convenientísimo hoy dia todo lo que se ocupe en sentido católico del Espiritismo, del matrimonio civil, de la libertad de cultos, de la enseñanza laica; importa pelear con las armas del dia, y no responder á los tiros de Remington y de cañon rayado con las ballestas de la Edad media, ó con los arcabuces del siglo pasado.

3.ª Dése gran importancia al volúmen y al estilo de los libros. Sea el volúmen pequeño. Más fácilmente se leen diez tomos en octavo que un tomo en folio, aunque éste contenga tal vez menos letra que aquéllos. En cuanto al estilo, recuérdese que el pueblo aborrece la forma rigurosamente didáctica. Las formas más populares son la narracion, el diálogo y las cartas.

4.ª El local de la Biblioteca sea claro y ventilado, que convide y atraiga por su solo aspecto. Sea muy inmediato á la iglesia parroquial, y téngase abierto todas las fiestas antes y después de la Misa mayor, á fin de que los concurrentes á ella aprovechen la oportunidad para proveerse de libros. Anúnciese por medio de un cartelito en la puerta cada nuevo libro que se reciba, sobre todo si es de circunstancias: este reclamo excitará la curiosidad y abrirá el apetito.

5.ª La persona encargada de la Biblioteca durante las dos horas semanales de despacho, debiera ser una persona caracterizada del lugar ó villa, que inspirase confianza por su honradez é ilustracion, y atrajese y convidase con su amabilidad y buen trato. Creo convendrá sea un seglar, más bien

que un eclesiástico. Reciba con benevolencia á todos; llame, ponga de manifiesto su mercancía; explique el asunto de los libros y lo mejor de cada uno; aconseje lo que conviene al estado ó condicion de cada cual; disipe las dudas, desvanezca las desconfianzas. Préstese á cuanto pueda conducir al fomento de la Propaganda del bien. Encárguese de renovar la suscricion á los periódicos buenos, de comprar un devocionario á la muchacha que se lo pide para la Misa, ó una historia amena al otro que la desearia para un regalo, etc., etc. Sea como el corresponsal de todas las librerías católicas de la provincia, y haga todo esto desinteresadamente, sin aguardar más recompensa que la de Dios. Para este cargo debiera designarse al seglar más celoso y más ilustrado en aquella poblacion ó parroquia. Nadie se avergüence de desempeñarlo.

6.ª Los libros pueden reunirse, ó comprándolos con los fondos que para esto destine la parroquia, ó por suscricion entre los vecinos piadosos y acaudalados, ó bien pidiéndolos prestados á muchos que los tendrán tal vez en sus casas arrinconados y polvorientos. Además, una Biblioteca no se funda en un dia. Celo, constancia y buena direccion, más que cuantiosos capitales, bastan para que cada parroquia pueda poseerla de algunos centenares de volúmenes en dos ó tres años.

7.ª Los libros deben prestarse solamente por un plazo fijo y determinado que no pueda pasar de quince dias ó un mes, á fin de evitar el monopolio ó aprovechamiento exclusivo de tal ó cual libro por una sola persona. El plazo puede señalarse segun el tamaño de la obra. Un folleto de circunstancias deberá devolverse dentro la semana. Un libro de 500 páginas en cuarto podrá tenerse fuera de la Biblioteca un mes. Devuélvase dentro el plazo señalado, y si otro no pidió para sí aquel libro, prorróguese al primer demandante el plazo anterior si manifiesta necesitarlo. Pero si otro quedaba aguardando tal libro, déjelo el que lo ha tenido ya un mes, y cédalo al segundo. En esto debe ser inflexible el bibliotecario.

Una Biblioteca así organizada y administrada puede dar y dará indudablemente provechosísimos resultados. La buena doctrina irá infiltrándose insensiblemente en el hogar y en el corazon de los lectores. Leyendo se aumentará la aficion á

leer, y luego los vecinos no se contentarán ya con haber leído una vez el libro, sino que querrán tenerlo propio en sus casas. La Biblioteca parroquial será madre de una porcion de bibliotecas domésticas que irán naciendo á su imágen y semejanza.

XLIV.

De la mision especial del Periodismo en la Propaganda católica.

Mucho mal se ha dicho del Periodismo, no tanto empero como merece esta moderna y tan encomiada y casi divinizada institucion. Periodistas somos, que no lo podemos ni queremos negar, y sin embargo no nos pesaria dejasen de publicarse todos los periódicos, el nuestro inclusive. Ni como cristianos que somos, gracias á Dios, ni como filósofos, ni como literatos, que por desdicha no somos, podemos simpatizar en manera alguna con esa invencion digna de nuestro siglo, que es á su vez muy digno de ella, y con la cual no salen favorecidas ni las públicas, ni las domésticas, ni las privadas costumbres, ni enaltecida la verdadera ciencia, ni ilustradas las artes y letras, ni siquiera mejorado el idioma. Cuando se estudien un dia á buena luz todas las causas y concausas de nuestra actual decadencia en los ramos indicados, no dejará de comprenderse entre ellas por el severo fiscal al malhadado Periodismo.

Sin embargo, el periódico es hoy dia una necesidad, y aunque la tesis nos obligue á pedir á Dios su desaparicion completa, la dura hipótesis, no obstante, nos fuerza no solamente á aceptarlo, si que á trabajar por medio de él y á eficazmente recomendarlo. ¡Contradiccion! exclamará alguno al llegar aquí. Al que esto nos eche en rostro, le dirémos únicamente que tambien fuera de desear no hubiese en el mundo espadas, fusiles y otros chismes de matar; y sin

embargo hemos de recomendar mil veces el fusil y la espada, y los usamos con mucha honra, como uno de los artículos de primera necesidad. Que, pues, los malos usan tales armas para molestarnos, preciso es que hasta los más buenos y pacíficos se hagan con ellas para resistirles, sin perjuicio de abominar y maldecir en su fuero interno esta ley de la necesidad, que les obliga á hacer del bravo y del maton sin sentir simpatía alguna por tal oficio.

Hé aquí explicada la situacion del Propagandista católico con respecto al Periodismo. Periódicos al servicio del bien ha de haber, dado que los hay, ¡y tantos por desgracia! al servicio del mal. Hágase, pues, periodista el buen católico, cuando para esto se sienta con la vocacion debida y crea emplearse realmente con eso en trabajo de gran mérito para su alma, de gran bien para sus hermanos y de gran gloria para Dios. Tome parte con su buen fusil ó humilde escopeta en ese tiroteo continuo de avanzadas, mientras otros más dichosos baten al enemigo con máquinas guerreras de mayor alcance y potencia. Procure hacer oir sin descanso, cada semana ó cada dia, alta y firme su voz, sin doblegarse por la amenaza, ni enmollecerse por el halago, á fin de que vivan alerta los descuidados, despierten los dormidos, no se duerman los dispiertos, no se introduzcan en el aprisco los lobos, no cese, en una palabra, dia y noche sobre la brecha la resistencia al sitiador.

Un periódico bien pensado y bien escrito es á la vez bandera para los buenos, lazo de union entre ellos, núcleo para la accion, resorte para hacerla eficaz y contundente sobre el enemigo. De cuantos elementos humanos tiene el Propagandista seglar, és el de mayor efecto. La palabra es poderosísima; y de la prensa en general, pero muy especialmente de la periódica, ha dicho un sabio escritor, que es la palabra elevada á su mayor potencia. Tiene más rápida accion y más fácil y más universal difusion que el libro, á la par que efecto más duradero y carácter más permanente que el discurso.

Por esto no debe estar sin buen periódico cualquier localidad de mediana importancia, y debe procurar su creacion á costa de cualquier sacrificio el buen Propagandista. Donde sea fácil redactarlo con verdaderos trabajos originales, há-

gase así. Donde esto no se pueda, llénese la hoja diaria ó semanal con recortes de otros periódicos sanos, pues sabido es que gran parte de lo que distribuye por esos mundos la prensa periódica, es obra más de la tijera que de la pluma. ¿Y qué importa eso, cuando el director no busca su satisfaccion personal de literato, sino la mayor difusion de la verdad y el mayor bien de sus hermanos? Una serie de periódicos escalonados de la pequeña localidad á la mediana, y de ésta á la capital de la comarca ó de la provincia: unidos todos con quien en más alta esfera domine como desde mejor observatorio las ideas y los acontecimientos; puede llegar á constituir en toda la nacion una verdadera red, como la que constituyen los nervios en el organismo humano, por cuyo medio se hagan sentir en todo el cuerpo social vivas y rápidas las impresiones que se deseen, y circulen á la vez por todo él corrientes de ideas que muevan en determinado sentido inteligencias y corazones, y áun tal vez piés y brazos y manos, cuando así convenga para mayor servicio de Dios. Como la piedra arrojada á la superficie tranquila de un estanque produce en sus aguas suave ondulacion, que del centro se transmite hasta las más lejanas orillas; así en una nacion dotada convenientemente de multitud de periódicos sanos, se transmiten del centro á las extremidades todas las ondulaciones de la buena Propaganda con pasmosa facilidad y con incomparables resultados. Sobre todo cuando la prensa sana, hábilmente dirigida por quienes han recibido del cielo las convenientes dotes de inteligencia y de corazon, procura vivir y hablar y obrar santamente federada, y con tácito ó expreso concierto para trabajar con perfecta unidad de accion y de apreciaciones.

¡Ah! No miren con desden nuestros hermanos este ramo de Propaganda que con tanta preferencia miran nuestros enemigos. Un periódico es hoy dia una necesidad, y suele tenerlo malo el que afecta desprecio por los mejores. Que no todos pueden ser en este mundo periodistas, evidente cosa es; pero lo es tambien que muchos pueden trabajar en un buen periódico sin escribir materialmente en él. Colaboradores son los que sostienen la modesta hoja diaria ó semanal con donativos ó subvenciones; los que pagan por ella la

precisa suscricion; los que les mandan sus noticias y anuncios; los que la fomentan y recomiendan; los que la administran y distribuyen y convidan á leer. A todos éstos dará Dios en su dia premio de verdaderos colaboradores, como por igual razon exigirá tremenda responsabilidad á los que tales oficios hubieren prestado á la prensa mala.

XLV.

De la Propaganda por medio del culto y de los ejercicios piadosos.

Es indecible cuánto pueden servirle al buen Propagandista el culto y los ejercicios de piedad para la Propaganda religiosa. Consideremos para esto que el culto público ha sido instituido en la Iglesia no solamente para honrar á Dios, que este es su primer objeto, sino tambien para que sirva como elemento de instruccion y moralizacion para el pueblo cristiano. El culto, esto es, las fiestas, las ceremonias que para su celebracion prescribe la sagrada liturgia, la pompa con que las adorna y embellece la piedad, los templos radiantes de iluminacion, ó resonando con alegre ó patética armonía, la elocuencia desplegando desde el púlpito sobre la muchedumbre conmovida sus variados recursos, las campanas regocijando al vecindario ó difundiendo entre él lúgubres y melancólicos sentimientos, la procesion desbordándose del recinto sagrado por calles y plazas y por arrabales y campiñas, todo eso discretamente organizado, con vivo espíritu de fe dirigido, y realizado siempre con sujecion á lo que prescriben las leyes de la Iglesia, es de un efecto sin igual en una poblacion ó comarca, es de inmensos é imponderables resultados. Todo eso tiene una voz y un lenguaje que les llega al corazon hasta á los más empedernidos. Es como un catecismo viviente y animado que les entra por los ojos, hasta á aquellos que no lo sabrian leer en las páginas de un libro.

La alegría, el entusiasmo y la devocion son por fortuna contagiosos, con una suerte de feliz contagio, como lo son los sentimientos opuestos. La vibracion de unos pocos corazones en que palpita vivo y ardiente el espíritu de fervor, se comunica y transmite de un modo misterioso áun á los que querrian tal vez permanecer más indiferentes.

¿Quién no ha visto mil veces este fenómeno, principalmente en pueblos como el nuestro en que, bien que entibiada, no está empero extinguida la llama de la fe? ¿Cuántas de esas que podríamos llamar resurrecciones de espíritu católico, hemos presenciado estos últimos años en poblaciones de las cuales nadie hubiera podido presumir habian de sacudir tan fácilmente el antiguo letargo? Y sin embargo, ha bastado la iniciativa de un celoso sacerdote ó de un oscuro seglar, y á veces de una pobre mujer, para que con la celebracion de uno de esos actos se revelase bajo las cenizas el escondido tesoro de antiguas creencias, que parecian apagadas, cuando no estaban sino amortecidas.

Y hé aquí precisamente uno de los puntos en que es más fácil ejercer con fruto el oficio de Propagandista. Son muchos los que no pueden escribir un libro ni un artículo, pero pueden en cambio organizar un mes de María ó un Rosario de la Aurora. Sobre todo cuando para esas empresas casi siempre sólo se necesita alzar la primera voz y ofrecer el primer buen ejemplo. Dados éstos, no tardan en agruparse por sí mismos en torno del celoso iniciador los más numerosos y entusiastas elementos. Pensad que hay innumerables almas fervorosas, pero tímidas, que sólo necesitan quien haga ondear ante sus ojos la bandera para sacudir sus temores y lanzarse enardecidas en su seguimiento. Son como pólvora que sólo espera, para inflamarse, la mano del artillero que le aplique la mecha. Un ejemplo tan reciente como glorioso tenemos por ahí, y bien lo podemos aquí aducir. ¿Quién habia de sospechar veinte y cinco años atrás que fuese posible en Cataluña el espectáculo de nuestras espléndidas romerías? Sin embargo, los valiosos elementos de ella entre nosotros estaban, y en su corazon ardia el deseo, tal vez vago é indefinido, de hacer algo sonado y ruidoso para testimonio de su fe y confusion de los enemigos de ella. Y bastó que un ce-

loso cuanto malogrado Propagandista lanzase al aire el grito de una de esas expediciones á Montserrat, y ofreciese de eso el primer ensayo práctico, para que se diese por inaugurada esta serie de brillantes campañas, que mucho deben de valer ante Dios cuando con tanto enojo ha mostrado mirarlas el infierno. Y tras esta bandera han seguido otras cien, y tras aquellos primeros soldados otros millares de soldados; y en la misma forma que aquel rey de los santuarios catalanes han sido después visitados repetidas veces, y siempre con gran gloria para Dios, casi todos los de nuestra tierra.

Lo mismo está sucediendo con los Rosarios de la Aurora, de cuya práctica en muchas de nuestras ciudades apenas tenía ya idea alguna la actual generacion. Y vemos hoy reflorecer en todas partes esta poética alborada á la Madre de Dios, desde que á un buen católico, para secundar el llamamiento del Papa, le ocurrió que era muy posible y hasta muy fácil practicarla en nuestros dias. ¡Cuántas cosas siguen reputándose hoy dia como imposibles ó poco hacederas, por no haber sencillamente quien se tome la molestia de proponer y emprender su restauracion!

Los ejemplos que hemos citado valgan por mil y aplíquense á todos los actos de culto y de piedad, que son innumerables. Las devociones tan simpáticas como populares del mes de Marzo, del mes de Mayo y del mes de Junio; los triduos de preparacion para la gran solemnidad nacional de la Inmaculada; la devocion de los primeros viernes de mes; el de Octubre consagrado al Rosario y los ya citados rezos de la Aurora; los públicos desagravios por Carnaval; la santificacion de muchas fiestas patronales, hoy miserablemente profanizadas; el nuevo lustre y brillo añadido á las procesiones del Corpus por la asistencia á ellas de las Asociaciones propagandistas, ¡qué vasto campo abierto á la iniciativa del católico seglar! Campo es este podríamos decir casi nuevo, tan poco es lo que se ha trabajado en él. Campo, sin embargo, donde es tan sencillo y al alcance de todos el cultivo, como asegurada siempre ante Dios y ante los hombres la cosecha.

XLVI.

De las Romerías como medio especialísimo de Propaganda en nuestros tiempos.

Años atrás, y no muchos, á nadie hubiera ocurrido proponer esta forma de culto á la piedad de nuestros pueblos. La palabra Romería, y, lo que es más doloroso, la cosa misma por ella significada, habian llegado casi á perder, en el idioma vulgar y hasta en algunos diccionarios, su natural y primitiva significacion. Romería (*aplech* en catalan) habia venido á significar una reunion popular enteramente mundana, bien que se tuviese con pretexto y al rededor de una ermita ó santuario. El programa de uno de tales *aplechs* ó romerías ya se sabia. Mucha zambra y bailoteo constituían lo principal, y el resto llenábanlo comilonas y borracheras, con su correspondiente salsa de cantos y bromas de subido color, y alguna que otra vez sangrientos episodios de palos y cuchilladas. Eso eran casi todas las llamadas romerías en nuestro país. La idea religiosa que les diera santo y nobilísimo orígen, habia quedado reducida á mero pretexto de mundanos y nada edificantes jolgorios. ¿No lo vemos por ventura, ó mejor no lo deploramos aún en alguna de nuestras fiestas patronales, en las que todavía se da el espectáculo de esta lamentable falsificacion? ¿Hay quien ignore lo que es la Romería de san Isidro en Madrid?

En buen hora el pueblo cristiano, el que verdaderamente lo es y verdaderamente quiere mostrarse tal en todas partes, tomó por su cuenta restituir esta palabra y esta cosa á su natural y genuino sentido. Entonces aparecieron selladas con el propio y castizo espíritu de Cristo nuestras actuales Romerías. Bastó (como decíamos poco há) dar un grito, levantar una enseña y mostrar de eso un primer buen ejemplo, para que inmediatamente fuese comprendido el alcance

y trascendencia de esta hermosísima restauracion. ¡Qué brillante página ha escrito con eso Cataluña en los anales del hoy por tantos títulos desventurado pueblo español! ¡Cuán presto fué seguida en todas partes la consigna que les dieron á todos sus hermanos de la Península los fervorosos hijos del Principado!

Por vez primera, después de largos años de apocado quietismo, se daba el grandioso espectáculo de que cientos y cientos, miles y miles de hombres y mujeres de todo sexo y condicion se echasen á la calle y al campo, para practicar en medio del campo y de la calle lo que muchos se avergonzaban antes de practicar en el templo ó en el retiro del hogar; esto es, rezar, comulgar y vitorear á Jesucristo nuestro Señor. Por vez primera veíanse desfilar por nuestros valles y montañas, desafiando asperezas del terreno y rigores de la estacion, y con más serenidad aún bravatas y groserías y atropellos de los impíos, á muchedumbres inmensas que asombraban por su número é imponian por su actitud. Por vez primera se oyó en torno de nuestros pintorescos santuarios un bullicio que no era el de las mundanas locuras, sino el de la rogativa cristiana en todo su fervor, el de la manifestacion católica en toda su pureza, el de los más entusiastas loores á Dios, á su Madre, á sus Santos, al Papa y á todo cuanto el buen cristiano tiene obligacion de honrar y confesar.

¡Ah! ¡Cuán bello fué á los ojos de la fe este espectáculo! ¡Cuán odioso en cambio á los de la incredulidad y del fanatismo sectario!

Bien claro se vió en la zozobra que causaron entre los enemigos de la Iglesia estos piadosos alardes. Ellos, los partidarios del libre y absoluto derecho de manifestacion, empezaron á desatarse contra esas pacíficas manifestaciones: ellos, los apóstoles del librepensamiento, no podian avenirse á que fuesen tantos y tantos los que mostraban pensar de diferente manera que las logias y los clubs: ellos, los eternos panegiristas de la inviolabilidad del ciudadano, no dudaron atropellar hasta con violentos atentados las inermes personas de quienes, al amparo de la ley y bajo la salvaguardia del derecho comun, no hacian más que satisfacer un piadoso anhelo de su corazon y ejercitar un sagrado derecho de su con-

ciencia. De suerte que por esto mismo vino á comprender inmediatamente todo el mundo, cuán grande era y cuán fecunda en resultados prometia ser la campaña que entonces se inauguraba. El propio infierno acababa de darnos con sus rencores la verdadera medida de su importancia, porque ni el infierno, ni las sectas que son sus sucursales en la tierra, suelen tomarse la molestia de perseguir lo que saben no les ha de perjudicar. La primera consagracion de nuestras católicas y recien restauradas Romerías se la dió la Iglesia, como es natural, por medio de sus legítimas autoridades; la segunda, empero, se la dieron, tal vez más ostensiblemente, sus propios enemigos.

Veamos, pues, ahora, ¿cómo y con qué espíritu deben practicarse tales Romerías?

XLVII.

Del espíritu que ha de animar á toda Romería para que sea lo que debe ser.

El espíritu que debe animar á las presentes Romerías debe ser en general el que debe animar á todos los actos del culto católico, que á este género pertenecen ya aquéllas después de la sancion que repetidas veces han recibido de la santa Iglesia de Dios. Es ocioso, pues, encarecer que á la Romería debe concurrirse con el mismo espíritu de devocion interior y con la misma exterior compostura con que se concurre á los demás actos religiosos dentro del templo. Por hacerse éste fuera de él nada debe desmerecer, á los ojos del buen católico, en santidad y reverencia; antes por lo mismo que á la luz del sol y en presencia de buenos y de malos se realiza, debe el fiel cristiano practicarlo con mayor respeto, teniendo en cuenta la parte principal que en él se da á la edificacion mutua de los congregados y el buen ejemplo de los meros espectadores. Lleve, pues, todo en las Romerías el

sello de la fe, y difunda todo en ellas el buen olor de Cristo, y dejen ellas en todas partes por donde pasen perfecto rastro de piedad. La misma natural alegría y bulliciosa actividad de tales concursos debe andar templada con los santos reflejos de la austeridad y de la penitencia. Los alborozos de los santos nunca son descompuestos y libres como los de los mundanos. El regocijo que proviene del espíritu de Dios es sereno, noble, digno, elevado; nó arrebatado, destemplado, alborotador, como el que inspiran las humanas pasiones. Teniendo en cuenta sobre todo que á los expedicionarios de una peregrinacion los ve todo el mundo, y que el mundo, tan indulgente para con los suyos, es exigente, es ridículamente escrupuloso para todo lo nuestro, hasta el punto de aparentar farisaicos escándalos por frioleras que ningun inconveniente ofrecerían en sí mismas, miradas á la luz de la más sana moral. Y no olvidemos que, para combatir y desautorizar tales obras de firme é intransigente catolicismo, se unen por desgracia al mundo y á los enemigos de Dios personas que por ningun concepto debieran verse sumadas jamás con tales elementos. Pues esta es la tristísima condicion de los revueltos y confusos tiempos presentes, ayudar á los sectarios en su obra infernal muchos de los que con más ahinco les debieran combatir en todos terrenos.

Aparte de esas reglas generales á que todo acto católico debe invariablemente atenerse, dos son los rasgos que principalmente han caracterizado y deben seguir caracterizando siempre á nuestras católicas Romerías. Primero, el espíritu de fervorosa rogativa: segundo, el de valerosa manifestacion.

Se va á ellas á rogar por graves y urgentes y angustiosísimas necesidades.

Se va á ellas á confesar la fe ante innumerables y poderosos y rabiosísimos enemigos.

Esta debe ser la fisonomía característica de tales obras; este el lema, el santo y seña, la *tessera* de tales campañas. Rogar y manifestarse.

Cuanto á lo primero, nada tenemos casi que añadir á lo que todo fiel católico tiene ya muy sabido. Que la Iglesia gime aherrojada; que no hay ya apenas en el mundo actual libertad más que para lo malo; que pavorosos cataclismos se

dibujan en un no lejano porvenir; que cada dia se señala por nuevos atropellos; que el Papa, vigía divino, desde su supremo observatorio no deja de indicar la proximidad de tremendos y más devastadores ciclones. Que en tales crisis el recurso supremo es la oracion, y que (sin descuidar los demás medios humanos que estén al alcance de cada uno) este de la rogativa debe considerarse hoy y siempre como el primario y el esencial.

Cuanto á lo segundo, recordarémos tan sólo que es hacer mucho y muchísimo en defensa de la fe oprimida el solo acto de presentarse en público á confesarla; así como es una suerte de persecucion contra ella el cobarde recelo en manifestarse su fiel discípulo. Por esto el católico de hoy debe ponerse en fila en todas partes donde haya ocasion de mostrarse tal; y la resonancia que tengan esos actos públicos en la prensa de todo el país, en las calles y plazas, en los clubs y Parlamentos, debe estimarla como gloriosa predicacion de su fe y como un cierto homenaje á la bandera de su soberano Rey y Señor, que muchos quisieran ver cobardemente rendida á media asta, ya que no pueden lograr verla completamente arrollada. ¡Ah! ¡Gran cosa es hacer rugir de furor á los impíos y hacer enrojecer de vergüenza á los cobardes! ¡Gran cosa es que nos tengan en algo, y por eso nos teman y nos odien y nos apostrofen los que sólo quisieran poder encontrar en nosotros motivos para despreciarnos!

XLVIII.

De los Centenarios religiosos, y cómo puede y debe promoverlos el buen Propagandista.

Los Centenarios, que tan en boga andan hoy dia, si son anticatólicos poco interés nos han de inspirar. Cargue con ellos el diablo, que éste será en tal caso su verdadero autor. Mas si pretenden ser católicos, es preciso que lo sean de ve-

ras y á gusto nuestro, es decir, á gusto de Dios y no á gusto del infierno y de los amigotes de él.

Más claro, y hé aquí nuestra tesis compendiosamente formulada:

1.° Es preciso, para ser católicos tales Centenarios, que sean conmemoracion ó glorificacion de personajes ó sucesos puramente católicos.

2.° Es preciso que se haga tal conmemoracion ó glorificacion por fines y con medios pura y exclusivamente católicos.

3.° Es preciso que dirijan y organicen y presidan y constituyan tales cosas católicas quienes únicamente las han de dirigir, presidir, organizar y constituir, es decir, elementos pura y exclusivamente católicos.

Lo primero que se necesita para que de verdad pueda llamarse *nuestro* un Centenario, es que sean nuestros el acontecimiento ó personaje que con él se trate de celebrar. No habrá quien ponga en duda esta proposicion, que por lo mismo seria ocioso discutir aquí. Tanto más cuando hasta hoy la Revolucion en España no nos ha presentado, que sepamos, héroe alguno ó suceso propiamente suyos con que entusiasmarnos; al revés, lo que hizo fué pedírnoslos prestados á nosotros. La razon es clara. La Revolucion es de ayer, y apenas tiene pasado, ó lo tiene muy sucio y de pésimo olor. Sus jefes y progenitores no son materia celebrable ni festejable para quien tenga vergüenza en el rostro ó sentimiento de dignidad en el corazon. Así que cuando ella necesita hecho histórico, ó personaje célebre para reclamo de fiestas y festejos, ha de apechugar forzosamente con un católico de los rancios, porque en los campos gloriosísimos de nuestra historia desde cien años para allá no se encuentra otra cosecha que ésta, gracias á Dios.

A bien que lo más frecuente es acudir en casos tales á una falsificacion. Aquí de los hábiles. Vimoslo en lo de Calderon y en lo de san Francisco de Asis y de santa Teresa. El héroe podrá ser tan católico rancio como el gran poeta de los Autos sacramentales y de la Inquisicion, ó de tan eminentes virtudes como estos que venera la Iglesia con el culto de sus altares; la Revolucion no se para en barras, y en un dos por

tres nos da descatolizados y hechos á su imágen y semejanza los tipos más claramente definidos como contrarios suyos. ¿No vimos acaso en muchos periódicos españoles loado al gran Calderon de la Barca, ni más ni menos que si hubiese sido impío francmason? ¿No leimos en uno de sus apologistas el disparatado y graciosísimo concepto de que Calderon, á vivir en nuestro siglo, hubiera sido librepensador, y que por tanto merecia ser celebrado por la impiedad, no por lo que fué, sino por lo que á juicio de ésta hubiera debido ser? ¿Y no hay en el dia un egregio Castelar que, en un libro suyo, pinta á san Francisco de Asis como otra de las avanzadas de la moderna democracia igualitaria y comunista, sólo porque prescribió en su Regla el voto absoluto de pobreza y el desprendimiento de toda propiedad? ¿Y no anda por ventura entre nosotros quien se esfuerza en presentar á la gran Teresa de Jesús como una apasionada Safo gentil, monstruo de erotismo y lubricidad, más aún que modelo de santidad y clásica literatura?

Dedúcese de esto, que no basta sean católicos el suceso ó personaje que se quiere celebrar para que resulte católica su fiesta, como ni basta aún que sean santos y sacrosantos para que su celebracion pueda dejar de ser soberanamente impía. Es necesario además que el Centenario no sirva para bastardear ó falsificar la época ó el personaje histórico celebrados, sino para presentarlos á los pueblos en su verdadero perfil y color. Sin lo cual, cuanto más augusto sea el nombre que sirva de lema á tales fiestas, más escandalosa será la profanacion que con él se cometa, más dañosos los resultados que con él se infieran á la pública moralidad y á la sana ilustracion de los pueblos.

O nada entendemos en achaque de Centenarios, ó una fiesta de esta clase ha de tener por objeto, además del culto religioso al héroe si es santo, ó del pio sufragio por su alma si no está considerado como tal, hacer revivir en la imaginacion del pueblo aquel hombre ó aquel suceso con toda la viveza y naturalidad que se necesitan para que se saquen de su contemplacion las enseñanzas, que siempre proporcionan los grandes hombres y los grandes hechos. Figúrasenos que se trata como de quitarle el polvo y telerañas á un hermoso

cuadro antiguo, lavándolo, restaurándolo, sacándolo de la oscuridad del archivo donde sólo los eruditos le conocian y admiraban, á la luz de la plaza pública donde puedan contemplarlo y saborearse con él hasta los menos inteligentes. De suerte que durante algunos dias aquel héroe ó aquella época vuelvan á ser familiares á todos, como en los dias de su vida natural; y podamos en cierto modo codearnos con Calderon ó con la monjita de Avila ó con el Penitente de Asis, como lo hicieron sus contemporáneos; viéndolos en su verdadera fisonomía, conociendo al dedillo los más característicos pormenores de su existencia, formándonos exacta idea de las circunstancias de lugar y tiempo en que aparecieron, circunstancias que son como el fondo ó perspectiva del cuadro con respecto á la figura principal. A eso han de ayudar los libros que se publiquen; á eso los actos literarios que se celebren; á eso los cuadros, grabados y esculturas y monumentos que se hagan; á eso las mojigangas y alegorías que se echen á la calle; á eso las procesiones cívicas, exposiciones retrospectivas y demás que constituyan el programa. No se ha de procurar solamente satisfaccion de frívola curiosidad; nó mero pueril deleite de los ojos ó del oido; ni se ha de dar preferencia á la mira más ruin de todas, aunque sea la más frecuente, cual es la de sacarles buenos cuartos á los forasteros que concurran á la solemnidad. Reclamo de fondistas y empresarios han sido muy á menudo tales jolgorios pseudo-religiosos en la mayor parte de nuestras ciudades, sin ningun elevado ideal, sin ningun plan de educacion popular, sin pizca alguna de desinteresado entusiasmo en pro del personaje ó suceso en cuyo obsequio diz se convocaba á las gentes. ¿Quién no lo ha visto con asco años há, quién no lo ha visto con verdadera indignacion en ferias y fiestas, para cuyo grosero (y confesado) objeto de material especulacion se ha hecho servir hasta el nombre mismo de la Madre de Dios?

XLIX.

Prosigue la misma importantísima materia.

Pero no se requiere solamente que sean nuestros los personajes ó sucesos que en un Centenario se celebran, para que á este Centenario podamos llamarlo los católicos cosa nuestra, es decir, pura y verdaderamente católica. Requiérese además que sea católica la manera de celebrarlos. De suerte que ni venga falsificado el objeto al cual dedicamos nuestros obsequios, ni vengan falsificados estos mismos obsequios que le dediquemos.

Desgraciadamente, de esto podemos como de lo otro quejarnos no sin razon los católicos de hoy. La manera de celebrar á los Santos, ha dicho uno de nuestros hermanos del periodismo religioso, ha de ser santa. Verdad que parece chavacana y trivial á fuerza de ser profundamente verdadera. Lo cual no significa que se deba reducir todo festejo á actos de iglesia, sin que se dé una buena parte á la expansion del corazon y al deleite honesto de los sentidos; sino que quiere decir que á la ley de la Iglesia, es decir, á la de la más extricta y severa moralidad debe ajustarse todo; sin que por concepto alguno se consideren tolerables, bajo pretexto de popular desahogo, cosas que en cualquier tiempo del año reputa la sana moral como perniciosas.

Asco nos causan, aún más que vergüenza é indignacion, esos zurcidores y mangoneadores de programas oficiales que tan á menudo vemos en nuestro siglo y en nuestro país, ocupados en la sublime tarea de organizar ferias y fiestas en honor del primer Santo á quien se proponen festejar. Como el primer sublime ideal de tales fiestas no es la gloria de Dios, ni la de su Siervo, ni áun la de la patria de éste, sino la de que el bombo de carteles y periódicos y el atractivo de los viajes á mitad del precio atraigan sobre una ciudad millares

de forasteros, que se dejen allí tantos ó cuantos miles de duros en que se ha cotizado el resultado final de la funcion, ahí es nada lo que estruja su ingenio el diestro explotador para confeccionar su famoso programa. A Dios y á sus Santos, á la Iglesia y á sus ceremonias pone á contribucion, para que le presten su nombre y sus pompas y galas para reclamo de su mercantilismo. Todo lo convierte nuestro organizador en espectáculo, hasta el santísimo y augustísimo Sacramento del altar en lo que se llama una Misa de campaña, que, segun el modo con que el público espectador la acostumbra oir, no diria cualquiera sino que es Misa de comedia. Las campanas y los cañones, el orador sagrado en el púlpito y el disertador racionalista en la academia, los sacerdotes con sus ornamentos y las bailarinas con sus piruetas, el culto de Dios y el del diablo, todo aparece armónicamente combinado, ó, como diria un hegeliano, resuelto en altísima síntesis, cual es... la de que se llenen todas las fondas, rebosen todos los teatros, se agoten las existencias de todas las tiendas. Consecuencia final. ¿Para quién se han dispuesto tales fiestas? ¿Qué santo ó qué héroe se ha festejado con ellas? ¿A qué imágen, ó mejor, á qué ídolo se ha levantado tan ostentoso altar? ¿A Calderon? ¿A Teresa de Jesús? Nó, hombre, nó, al becerro de oro y al puerco de Epicuro y á nadie más. Venus y Mercurio han sido los verdaderos amos de la fiesta, como fueron sus inspiradores.

Para tales farsas y embelecos é impías profanaciones se suele solicitar el concurso de los católicos, á título de patriotismo y de otras palabras gordas de este tenor; y los católicos somos tan bobos, que se lo solemos prestar. Hora es ya de que advirtamos la explotacion que se hace de nuestro nombre, de nuestras creencias, de nuestra cooperacion y hasta de nuestro dinero para fines innobles y vergonzosos. Fiestas queremos, pero tales que no resulten en desdoro de lo mismo que con ellas se aparenta celebrar. El acto bueno debe serlo por tres conceptos: por su objeto, por su fin y por sus circunstancias. Si en una sola de estas condiciones flaquea una obra, ya no es buena, ya no es de Dios, es de su enemigo. Vanamente creerémos honrados á los heroes del Catolicismo dando suelta en nombre de ellos á todo linaje de groseras

concupiscencias. La ancha base que para tales actos se empieza por plantear y sobre la que se confeccionan todos los programas de festejos al uso moderno, no es solamente ancha base, sino que es principalmente ancha manga, ancha moral, ancha conciencia, es decir, pura inmoralidad.

L.

De la propaganda por medio de los públicos regocijos.

De lo que en los últimos capítulos hemos dicho, podria tal vez deducir alguno de nuestros lectores que son muy austeras nuestras ideas de Propaganda, y que vivimos muy prevenidos contra toda suerte de públicos festejos y regocijos. Nada menos que eso. Al revés. Hasta eso, dirémos ahora, hasta eso puede ser arma de Propaganda católica.

Alumbrar balcones, colgar fachadas, levantar arcos y enramadas, plantar mástiles y gallardetes, lanzar al aire cohetes y música; dar, en una palabra, fisonomía y exterior aspecto de júbilo á nuestras calles y plazas cuando hay cristianos motivos para que lo tengan y públicamente lo manifiesten nuestros corazones, ¿quién duda que está muy puesto en razon y nada reñido, sino antes muy acomodado, á los más puros sentimientos de catolicismo?

Por desdicha no son muy frecuentes hoy dia los sucesos públicos que tales manifestaciones de entusiasmo merezcan levantar en el pueblo cristiano. Pero cuando alguno de ellos por fortuna se presente, ó cuando tenga lugar alguna fecha conmemorativa de gloriosos recuerdos, no olvide esta recomendacion nuestra el Propagandista católico, y procure entonces que en su programa tenga cabida esta parte de alegría callejera y popular. No encierre sus alborozos en el recinto del templo: haga que en tal dia sean como antesala ó ampliacion de aquel hogar espiritual todos los barrios de su pueblo, villa ó ciudad. Sea, como hemos dicho, escrupuloso y remirado en meditar qué clase de festejos proponga ú or-

ganice ó autorice, que algo hay de eso á veces donde, bajo pretexto de festejar á Cristo ó á sus Santos, colea insidiosamente el rabo de Satanás. Mas tomada en cuenta esta primera y fundamental é indispensable salvedad, sea en lo demás libre y desembarazada su accion, y deje enhorabuena que proponga planes á cual más ruidosos la popular inventiva; pues, salvada la moral, nada de cuanto aquí se haga ofenderá á su Madre la Iglesia, que, como todas las madres, gusta muchísimo de las alegrías de sus hijos. Muchos corazones frios ó soñolientos se encenderán y despertarán tal vez con ese exterior movimiento, y llamados por él acudirán al templo atraídos por ese nuevo predicador. El hombre, dígase lo que se quiera, es niño toda la vida; déjase mover y agitar y mejorar muchas veces por lo que le entra por los sentidos, camino tambien para el corazon. Y entenderlo así, ya en lo civil, ya en lo político, ya en lo religioso, es verdadera filosofía, y no entenderlo así es desconocer por completo el humano corazon.

Adviértase, empero, que no pretendemos canonizar aquí, ni mucho menos, la precitada flamante novedad de Ferias y Fiestas que de algunos años acá se nos ha introducido. Queremos, como nuestros mayores, públicos y populares regocijos al servicio verdadero de la Religion y de sus solemnidades; no como los profanadores de hoy quieren la Religion y sus Santos mero pretexto de populares festejos, con mal disimulado ó francamente confesado fin de groseras ganancias. Que el alborozo popular tenga por leal objetivo la gloria de Dios, no el mostrador de los tenderos, ó la caja de los fondistas, ó la taquilla de los teatros. Obliganos á repetir esta advertencia el deplorable abuso que se hace hoy de las cosas santas para reclamo de humanos intereses, que, por respetables que sean, nunca deben exigir tales servicios de la Religion. Nuestros lectores comprenderán perfectamente que lo que aquí proponemos al tratar de públicos regocijos, es perfectamente al revés de lo que el siglo practica. Media vuelta á la derecha, decia aquel cabo instructor de quintos, es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que es lo contrario.

Y perdónesenos haber insistido de nuevo sobre estos puntos, en gracia de lo que anda extraviada hoy sobre ellos la conciencia de muchos católicos.

LI.

De cómo la misma frivolidad social puede alguna vez utilizarla para sus santos fines el Propagandista católico.

Más aún que del anterior capítulo van á reirse del presente algunos de mis lectores. Puede empero que se rian menos cuando lo acaben de leer.

En verdad que es frívolo el siglo actual, y muy frecuentemente se paga de monadas y naderías. Sobre esto es excusada toda ponderacion. Pero ¿quién duda que áun esas sus aficiones vanas se las puede, cuando no tocan en la raya de lo vedado, poner en alguna manera al servicio de la verdad? Vayan ejemplos, que esos más que las razones ilustrarán tan divertida materia.

Canta el pueblo, que en todas partes es gran cantor, y canta por lo comun lo que al paso le sale, que no suele ser lo más santo. ¿No hará, pues, una buena obra el poeta que dicte coplas y el profesor que las ponga en música callejera, procurando ambos popularizar las de buena índole y de limpios conceptos, aunque no sean siempre ascéticas y espirituales, como por supuesto no siempre lo han de ser? Eso han hecho, en poblacion no muy distante de la en que escribimos, unos amigos nuestros, y con tan sencillo medio han realizado en ella un gran bien.

La moda ha introducido que no se pudiesen vender hoy cajetillas de fósforos sin sus correspondientes versos ó monigotes. El diablo procuró como siempre ampararse de la novedad, y no es poco el veneno de impiedad y de lujuria que por tal medio se ha puesto en circulacion. Ha sido, pues, ocurrencia de buenos y católicos Propagandistas idear y expender cajetillas de fósforos con figuras de Santos, emblemas religiosos, retratos de personajes católicos, máximas

y consejos de piedad. Y no hay duda que se ha hecho gran bien con eso, y mucho más se podria hacer si entendidos fabricantes diesen todo el desarrollo que se podria dar á esa idea, hoy todavía en embrion.

Sabido es que necesitamos cada año Almanaque. El progreso de los tiempos ha hecho que no nos contentemos con tenerlo de un pliego de mal papel, sin más que el indispensable juicio del año, santoral y fiestas movibles, y crecientes y menguantes de la luna. Nó, señor. Hoy queremos que el Almanaque traiga versos y prosa, y anécdotas y chistes, y dichos de hombres célebres y noticia de nuevos inventos, y crónicas y estadísticas, y qué sé yo cuántas cosas más. Sin contar lo que se llama ilustraciones, es decir: vistas, paisajes, retratos, caricaturas, etc., etc. Y últimamente hemos inventado los Almanaques de pared ó americanos, y ahi es nada la variedad de tipos que presenta la tal familia, grandullones, chiquirrititos, ovalados, cuadrados, octogonales, con figuras de ángeles, de fieras ó de demonios, con cromos de mil tintas y colores, que ya no sabe la fantasía del dibujante qué idear, ni acierta el bobo comprador á cuál dirigir la mano para satisfacer su capricho. Pues bien: edita la mayor parte de esos libros y cachivaches el mismísimo Lucifer, que anda en ellos empapelado. ¿No será, pues, grande obra de Propaganda discurrir y publicar Almanaques de libro y de pared con versos católicos, con prosa católica, con chistes, y charadas, y cuentos, y anécdotas, y cromos, y grabados con los que en nada se ofenda al más delicado catolicismo?

Hace calor en verano, y para refrescarse y para espantar las moscas es mueble muy socorrido el abanico de caña y de carton, á dos cuartos pieza. Mas este abanico es de ley que traiga en sus dos caras figuras y versos, y á veces ni unos ni otros suelen ser, que digamos, de gran confianza. Escribir buenos versos y trazar monigotes no escandalosos para abanicos de dos cuartos, y darlos luego á los editores de tal mercancía, y áun hacerse empresario de ella, podrá no ser obra de arte que se premie en las academias de la tierra, pero será de fijo obra de Propaganda católica que no quedará sin recompensa ante Dios.

Y así por este tenor id discurriendo cuantas frivolidades

querais entre las muchas de nuestro siglo, que las tiene innumerables, y veréis que no hay una de ellas con la que no se pueda prestar algun servicio chico ó grande á la verdad. A este órden de trabajos pertenece la composicion y difusion de novelitas y piezas dramáticas de fondo religioso y moral y áun ascético, aunque sus formas sean las que usa el siglo para desarrollo de asuntos menos edificantes. Un conocido autor ha dado recientemente á la estampa *Lecturas recreativas,* que son verdadero modelo en este ramo; otro (en eso muy discreto) publicó años atrás sus renombradas *Fábulas ascéticas,* que no necesitamos recomendar.

Pertenece tambien á esta Propaganda la publicacion de periódicos satíricos, juiciosamente pensados y redactados como se debe, en lo cual, dadas estas condiciones, nunca hemos sabido ver pecado grave ni leve, sino sencillamente un buen servicio prestado á la causa de Dios. Como tambien creemos muy conducente á lo mismo la celebracion de veladas literario-musicales y áun humorísticas en que se aunen la instruccion y el honesto pasatiempo, como lo practican sin desdoro alguno en sus salones muchas Asociaciones católicas. Como tampoco sabemos reprobar el que tengan estas Sociedades en sus respectivos centros piezas para café y juego honesto, siempre con sujecion á Reglamentos propios de una Sociedad católica. Que ni tales Asociaciones profesan vida de cartujos, ni de la edad juvenil, áun dentro de la ley cristiana, es lógico exigir la gravedad de la edad madura.

Lo cual abona tambien el uso de las formas ligeras y festivas y decorosamente chistosas en la apologética cristiana, especialmente en la popular, sin que nos arredre la acusacion malévola de que eso es predicar el Evangelio con cascabeles. Todos sabemos cuán desganado anda por su desdicha el mundo actual, y cuánto ayudan ciertas salsas picantes para que se resuelvan siquiera á probar el alimento los más desganados.

LII.

De una grave dificultad que suele oponerse por ahí contra este ejercicio de la Propaganda católica, cual es la supuesta intrusion de los seglares en cosas eclesiásticas.

La gran dificultad, la famosísima dificultad, la dificultad-monstruo que por muchos se suele oponer á las obras de Propaganda católica, es la de que sean éstas iniciadas, organizadas y dirigidas por seglares.

De esto ha nacido en nuestros mismos dias la feroz herejía del *Laicismo,* que tantos estragos ha hecho, al decir de algunos, en la Iglesia de Dios. Aquí suenan á cada paso las palabras de ingerencia, intrusion, usurpacion, rebeldía y otras no menos espantosas, con que se procura levantar cisco y polvareda, para enturbiar nociones y verdades claras como la misma evidencia.

Bien entendido que los particularmente afanosos en propalar tales acusaciones contra los firmes defensores de la Iglesia, suelen ser por rara casualidad ó los más enconados enemigos de ésta, ó los más allegados y arrimados por trato y por ideas á dichos sus enemigos, ó por lo menos los más tibios y menos dispuestos á hacer sacrificio alguno por la causa de Dios. Lo cual estando como está á la vista de todas las gentes, deja por de pronto muy desvirtuada la objecion, y podria áun dejarnos relevados enteramente de la molestia de combatirla.

No son intrusos, nó, en modo alguno, ni violan fuero alguno de la eclesiástica jerarquía, los bravos seglares consagrados á las obras de Propaganda que hemos recomendado hasta aquí. Caben en su esfera de actividad todas las que no exigen para su ejercicio órden sagrado, y no se probará por

nadie que se hallen las tales incluídas en él ó prohibidas por regla alguna del Derecho canónico. En cambio es facilísimo aducir textos á millares que prueban la conveniencia de la cooperacion seglar en el combate cristiano. No nos detendrémos aquí en reproducirlos, bastándonos para el caso las siguientes sencillísimas reflexiones:

1.ª Las obras de misericordia, así espirituales como corporales, están aconsejadas á todo fiel cristiano, y muchas veces mandadas por ley de caridad, y de consiguiente siempre permitidas. Ahora bien; la práctica de la Propaganda católica en todos sus ramos, puede casi siempre reducirse á la práctica de dichas obras de misericordia, especialmente de las espirituales. Véase, en efecto, lo que es enseñar al ignorante, dar buen consejo á quien lo ha menester, corregir el que va errado, consolar y ayudar al afligido, etc., etc., y dígasenos después, si no es verdad que á esto se reducen por lo general en su mayor parte las obras de Propaganda. ¿Será acaso que las haga cambiar de naturaleza su condicion de colectivas ó corporativamente organizadas? No lo creemos así ni juzgamos se sientan con valor para proferir este absurdo nuestros adversarios.

2.ª Las obras de Propaganda católica, aunque hayan recibido modernamente esta denominacion, no son nuevas en la Iglesia de Dios, sino antiguas como ella misma. Escribir apologías en defensa de la fe y de sus ministros, allegar recursos para los pobres y para las instituciones católicas, congregarse los fieles para manifestarse en público con actos de buen ejemplo, fundar escuelas y hospitales, levantar iglesias y monasterios, acometer cualesquiera otras empresas de este género, fué siempre obra de buenos cristianos, no solamente de eclesiásticos, sino de seglares y áun de mujeres. Las primeras apologías de la fe contra los tiranos perseguidores fueron obra de plumas laicas, como la de san Justino y la de san Arístides, que son de las más importantes. Tertuliano escribió la suya famosísima en estado de matrimonio. Arnobio escribió la suya siendo simple seglar. Lactancio fué mero profesor de retórica, y Minuicio Félix simple abogado, y ninguno de ellos sacerdote. El gran Boecio y su mujer Elpidia no hay que decir que fueron seglares, lo mismo que Casio-

doro, san Juan Damasceno, Mario Mercator y otros varios de aquella edad. San Jerónimo y san Agustin escribieron muchos de sus tratados teológicos antes de ser ordenados *in sacris*. ¿De dónde han sacado, pues, ciertos novadores que sea cosa ajena al estado laico la defensa ó explicacion de las verdades de la fe?

3.ª Ni se limitó á eso la actividad seglar en los siglos más florecientes de la Iglesia. De muchos fundadores de Ordenes religiosas consta que eran simples seglares al fundarlas, como de san Benito, patriarca de los monjes occidentales; de san Francisco de Asis, jefe ilustre de las tres ramas innumerables y gloriosísimas de la Orden seráfica, amen de su venerable Orden Tercera; de san Juan de Dios, fundador de los benéficos asilos que llevan su nombre; y de otros mil que hicieron por cierto muchísimo más y emprendieron tarea más delicada que la de organizar romerías, fundar academias y redactar periódicos. Y para todo aquello nunca pareció obstáculo su condicion laical, como para esotro parece serlo á muchos preocupados del dia liberales ó liberalizantes.

4.ª Nadie más seglar y laico que las mujeres, que hasta tienen incapacidad esencial para llegar á ocupar jamás grado alguno en la eclesiástica jerarquía, y sin embargo, mujeres han sido fundadoras y organizadoras y escritoras en la Iglesia de Dios, y para no movernos de casa en busca de ejemplos, y para presentarlos de todo en una sola pieza, bástanos citar el nombre esclarecido de santa Teresa de Jesús, sobre cuya frente permite la Iglesia coloquen los fieles nada menos que la borla de los doctores en sagrada Teología. Que es ciertamente un caso flagrante de *Laicismo*, con el aditamento de mujeril, en que tal vez no se ha fijado aún bastante por nuestros anti-laicistas la atencion.

5.ª Finalmente, el Papa ha dado el fallo supremo y definitivo á este litigio desde el momento en que ha dicho en su Encíclica *Humanum genus* contra la Masonería, que para ayuda de la combatida Iglesia de Dios convenia emplear el auxilio eficaz de aquellos seglares *(virorum laicorum)* que reuniesen al amor de la Iglesia y de la patria, cristiana probidad y sana doctrina. Que fué en términos claros dejar poco menos que canonizado el tan aborrecido y maldecido *Laicismo*.

LIII.

Supuesta desautorizacion de las cosas de la Iglesia por andar en manos de seglares.

Tambien es ésta otra ocurrencia que no se les suele caer de la boca á muchos liberales, ó miserablemente resabiados de Liberalismo, al tratar de las obras de Propaganda católica. Segun ellos, sufre menoscabo el prestigio de las cosas santas por andar, dicen ellos, manoseadas por los seglares. Extraño es á fe y singularísimo este celo de la honra divina, que ve con mejores ojos la indiferencia para con la verdad, que la oficiosa actividad para servirla y procurar sus aumentos. Raro es el criterio de esos extravagantes celadores, y por de pronto no está conforme con el de la Iglesia y con la más autorizada tradicion de ella, segun lo que en el capítulo anterior acabamos de ver.

A nosotros nos han parecido siempre estos escrúpulos casos graves de farisaismo. Sí, farisaismo y nada más, como el que reprendia al Salvador la buena obra de curar á un enfermo en dia de sábado, por supuesto desacato á la legal observancia de él. Ó como el falso respeto que dos siglos atrás predicaban los jansenistas debia tenerse al santísimo Sacramento, por cual respeto juzgaban indignas de su recepcion á casi todas las almas. De la misma manera es curioso ese celo que, por evitar el desprestigio de una causa santa, procura tener alejados de ella á sus más resueltos y animosos defensores. Pues que, si el contacto humano ha de envilecer á la Religion, que al fin no ha bajado del cielo más que para los hombres y para ser servida por ellos, ¿no valdria igual razon para tener apartados de su servicio á los mismos sacerdotes, que hombres son y con mil defectos y miserias?

Pero, dígannos por Dios esos extraños celadores de la honra divina: ¿qué desdoro es para nuestra santa fe el que se

juzguen honrados con trabajar en su defensa los mismos hombres del mundo? Cuando el Hijo de Dios bajó del cielo á la tierra para predicarla por primera vez, ¿de quiénes quiso inmediatamente servirse y ayudarse para esta su predicacion sino de seglares? Que seglares fueron aquellos doce Apóstoles y aquellos setenta y dos discípulos que, como primeros cooperadores suyos, se eligió el divino Redentor; y no dejaron de ser seglares hasta su ordenacion, que no recibieron los primeros hasta la noche de la Cena, y esos otros hasta más tarde. Y siendo seglares le acompañaron tres años por los lugares y aldeas de Palestina, y siendo seglares fueron por Él enviados á anunciarle anticipadamente en los puntos donde Él queria ir después; y siendo seglares ejercian á par de Él todos los ministerios para los que no era indispensable sacerdotal ordenacion. ¿Y hubo jamás quien se atreviese á motejar al divino Jesús de que no atendia al lustre de su naciente Iglesia, permitiéndola manosear por tan desautorizados auxiliares como eran los pescadores Pedro y Andrés ó el publicano Mateo? Vamos, que nada han de poder los enemigos del apostolado seglar contra esa reflexion sacada de las augustas páginas de nuestros santos Evangelios. El primer ejemplo de *Laicismo* lo dió para enseñanza de todos los siglos venideros, y para escándalo de pasados y presentes jansenistas, el propio Hijo de Dios.

No desdora, pues, ni desprestigia á nuestra santa fe el que sean muchos los valerosos seglares que á par del elemento jerárquico acudan á sostenerla: lo que la desdora alguna vez es la indiferencia y desamor de muchos católicos, que con todo y llamarse hijos de la Iglesia parecen no serlo, segun lo apartados que desean mostrarse siempre de ella y de todas sus cosas. Ese desdoro hemos de combatir con todas nuestras fuerzas; ese hemos de llorar y anatematizar; para ese hemos de guardar nuestros recelos é invectivas. Vengan, vengan á rodear el Arca santa huestes mil de Israel, para auxiliarla y defenderla, quienes con su voz, quienes con sus plumas, quienes con su dinero, quienes con sus espadas. Agradecerá ella en nombre de Cristo todos esos servicios como otros tantos homenajes prestados á su divina verdad. Y lejos de creerse por ellos desprestigiada, se honrará con ellos,

como se honra con los muchos que, merced á tales obras, muestra colocados en los altares y ciñendo corona inmortal.

Oid cómo acaba de hablar á propósito de eso un gran Obispo español, el de Plasencia:

«Consuela ver á esos fervorosos seglares de celo industrioso, y *que juntan en uno el amor de la Religion y de la patria con la probidad y el saber,* segun se expresa el Sumo Pontífice reinante Leon XIII en su memorable Encíclica *Humanum genus;* cómo se unen estrechamente á los pastores y al clero para *pelear las guerras del Señor;* sin que les seduzcan promesas, ni intimiden amenazas. Seglares de temple heroico que, *tamquam canes latrantes,* no guardan silencio jamás, cuando es necesario denunciar los errores contra la Religion y las doctrinas de la Iglesia, cuando se trata de hacer patentes los ultrajes, atropellos, conculcacion de derechos de los ministros del Señor, y siempre que es oportuno combatir y luchar con todos los adversarios de Dios, sean ocultos ó manifiestos. Ellos sostienen, sin dobleces indignas, sin tímidas y cobardes transacciones, todas las verdades y derechos de la Religion. Ellos rechazan los honores, la fortuna, los bienes presentes que, como Satanás á Jesucristo en el desierto, se les ofrecen y se otorgarian de hecho á su apostasía; y prefieren, como Moisés en Egipto, ser atribulados con el pueblo de Dios y la Iglesia católica, antes que gozar de los favores de sus enemigos, haciéndole traicion, volviéndole la espalda.»

LIV.

Excusas que suelen alegarse para no entrar en el ejercicio de la Propaganda. Primera: «No quiero comprometerme.»

Sutiles pretextos ofrece el demonio á los católicos tibios para que no tomen en este ejercicio de la Propaganda católica la parte que muchos de ellos pudieran y debieran. Vamos á enumerarlos aquí y á sacarlos como á pública vergüenza.

Es el primero el de los cobardes: «No quiero, dicen ellos, comprometerme.» Tan ruin excusa la han oido mil veces mis amigos de no pocos católicos invitados á trabajar por la fe, y es de todas la que más generalmente se da, aunque eso no impide sea la más miserable.

¿Qué quieres decir, católico infeliz, con ese «no quiero comprometerme?» ¿Qué compromisos temes? ¿Qué conflictos rehuyes? ¿El de parecer tal vez discípulo de Cristo? Pues para eso no basta rehuir el compromiso de Propagandista, es preciso rehuir el de cristiano. Y en esos compromisos y en otros te pone el santo Bautismo, del cual no te presumo aún con harta desvergüenza para renegar. Mas esos conflictos y esos compromisos ¿en qué consisten? ¿Qué Nerones y Dioclecianos te amenazan con garfios ú hogueras? ¿Qué terribles edictos de proscripcion se han fijado ahí en las esquinas de la ciudad? ¿Qué destierros y cárceles se decretan contra el buen soldado de Cristo? ¡Ah! nó, que de mucho menos se trata: del apodo con que pueden tal vez llamarte los amigotes del café; de la sonrisa con que te mirará tal vez el despreocupado vecino; de la gacetilla ó de la caricatura con que puede ser se ocupen de tu persona los periodicuchos de la localidad. ¡Ah! ¡Estos son los potros, estos los garfios, estos los circos y leones que amedrentan á más de un cristiano de nuestros dias! ¡Rubor causa ocuparse de eso y tener que habérselas con héroes de este jaez!

¡Compromisos! Bien sabemos que es la prueba del compromiso la más dura á que pueden verse sujetos muchos cristianos de hoy. Lo cual no da ciertamente idea muy elevada de nuestra virilidad. La palabra «compromisos» debe traducirse casi siempre por la menos blanda y pudorosa «respetos humanos.» Y es extraño ciertamente que en un siglo en que tanto se alardean los vocablos de independencia y libertad, sea una gran parte del género humano víctima de tan vergonzosas esclavitudes. Pues ¿hay cosa más vil que sonrojarse un hombre con barbas ó sin ellas, de lo que en su interior piensa y ama y quiere como lo mejor? ¿Hay linaje alguno de servilismo más abyecto que ese, hay prostitucion del espíritu más degradante, hay pequeñez y encogimiento de corazon más vergonzosa?

¡Compromisos! ¿Y habeis reparado los que contraen cada dia los falsos ilustrados del mundo para combatiros á la Iglesia y á vos? ¿Ignorais los juramentos horribles con que se atan; las espantosas amenazas con que se obligan; los riesgos continuos á que se exponen; las frecuentes ruinas de salud, hacienda y vida ante las que no vacilan? ¿Y habríais vos de ser menos buen cristiano que ellos perversos sectarios? ¿Habria de ser con menos abnegacion y sacrificios servido por los nuestros Cristo, de lo que lo es por los suyos su enemigo Luzbel?

Recordad, por fin, si hasta aquí no os habeis sonrojado aún ante tales ejemplos: recordad, digo, cuántos y cuán fieros compromisos arrostró por vos Cristo nuestro Rey y Señor; cómo no le arredró hacerse niño, y hacerse pobre, y ser tenido por criminal, y ser acusado, y sentenciado en públicos tribunales, y sufrir todas las afrentas y amarguras de la cruz. Recios compromisos fueron esos en que se puso por vos y por haceros su hijo; ¿y habríais vos de retroceder ante el sencillo compromiso de reconocerle por Padre?

Hé aquí lo que en realidad significa y da de sí la frase «no quiero comprometerme,» de que tan frecuente uso se hace hoy dia, entre católicos apáticos y remolones, para disimular su falta de vigor. Tambien en las Páginas sagradas tiene ella un precedente de tristísima memoria. Es la negacion de Cristo por Pedro en casa de Caifás.

LV.

Segunda excusa: «No tengo tiempo para esas cosas.»

Me cargan, pero soberanamente, esos hombres ocupados que nunca tienen tiempo para cosa alguna, aunque ¡oh rareza! casi nunca suelen tener cosa alguna que hacer. Pero no está aún aquí lo más curioso del lance, sino en que las cosas para las cuales nunca tienen tiempo esos ocupadísimos personajes, suelen ser siempre las cosas de Dios. Véseles holgar horas y horas en el casino; malgastarlas en ociosa y tal vez dañina conversacion; dormitarlas entre las perezosas sábanas ó en la muelle butaca; echarlas á perder en frívolas visitas ó en necias y tal vez corrompidas lecturas. Y sin embargo, oídles, ¡no tienen tiempo! Hasta tal vez se fastidian, se aburren y de puro fastidiados y aburridos maldicen la vida y hablan de pegarse un tiro. ¡Y no tienen tiempo!

No hay, pues, para qué disimular, porque bien claro lo vemos, que si la anterior excusa lo fué de cobardía, ésta lo es de pereza y de nada más.

A propósito de la cual sólo podemos decirte, ocupadísimo amigo, que nosotros tenemos un secreto admirable, admirabilísimo para tener siempre tiempo á mano, áun en las épocas en que más anda escasa esta primera materia. Es el siguiente, y te lo cedemos en perfecta propiedad. El modo seguro de tener siempre tiempo para las cosas útiles, es no perder jamás un minuto de él en cosas inútiles ú ociosas. Es probado remedio, y no engañó jamás.

Ahora, pues, si deseas consagrarte á los trabajos de Propaganda católica, empieza por dar de mano, no á tus obligaciones de profesion ó estado, que á esas claro está no debes renunciar, sino á las otras mil bagatelas y superfluidades entre vanas y dañinas que encarece como exigencias sociales el mundo de hoy, y que no son en suma otra cosa que muy

decentes y muy bien vistas maneras de perder miserablemente el tiempo. Excusa visitas, evita frívolas compañías, huye los sitios de diversion, aborrece la novela y el teatro, sacude á hora regular el sueño y la pereza, no duermas ni huelgues más que cuando sea hora verdadera de holgar y de dormir. Así ejercen en el mundo sus profesiones todos los hombres laboriosos; así debes ejercer la tuya, activo soldado de la verdad. Y es seguro que de esta suerte nunca llegue á faltarte tiempo para las más grandes empresas. Porque has de saber que en todos los siglos los que han hecho más grandes cosas han sido siempre los que han tenido menos tiempo para hacerlas. En cambio los hombres desocupados, de quienes parece debiera esperarse todo, suelen ser siempre de una perfecta inutilidad.

LVI.

Tercera excusa: «Harto hace cada uno con procurar su propia salvacion.»

Cierto, amigo mio; y por eso te recomiendo yo esos trabajos, como el medio más eficaz para asegurar la tuya. Tendria visos de razon esta tu vana excusa si te llamase yo como te llama el mundo á distracciones, pasatiempos y vanidades. Entonces tal vez me aplaudirias, pues dirias que no todo ha de ser en esta vida para los asuntos del alma y de la eternidad. Ahora, al revés, me sales con ese cuento de la propia salvacion, precisamente cuando no te exhorto más que á labrar la tuya, ayudando de paso á la de los demás. Es, pues, esta tu razon mera excusa ó preocupacion de falso devoto, y no sé qué otro nombre se le pueda dar.

Segun ella, mal aconsejado cristiano, no trabajaron por su salvacion, antes la descuidaron tontamente, los más grandes Santos que han brillado por sus obras apostólicas en la Iglesia de Dios. ¡Sutil y famosísimo descubrimiento! Los incan-

sables apóstoles, los celosos fundadores, los controversistas ilustres, los abnegados misioneros, la solícita Hermana de la caridad, todos esos que con tan diversas armas pelean siglos há en defensa de Dios y por el bien de sus hermanos, habrán sido segun esta máxima ni más ni menos que unos pobres descuidados, á quienes habrá podido echar en cara el divino Juez la fea culpa de haberlo sido en el negocio de su propia salvacion. ¡Lucidos se habrán quedado con sus heroicas conquistas de millones de almas hombres, por ejemplo, como san Francisco Javier, ó doctores como santo Tomás de Aquino! ¡A fe que si hubieses debido darles consejo tú con esta tu extraña moral, aún se estarian sin convertir la India ó sin escribir las páginas de la inmortal *Suma!*

Bromas á parte, y persuádete, amigo mio, de que ese tu modo de ver no es más que oculta tentacion y lazo del enemigo. Por muchos caminos se va al cielo, y todos los buenos conducen allá al que sigue fielmente su peculiar vocacion de Dios. Mas entre todas las vocaciones es indudable que la de ganar almas á Cristo y corazones á su Iglesia, es una de las más aseguradas y que más visible llevan, por decirlo así, el sello de la predestinacion. Pues si la nota característica de predestinado es, segun san Pablo, la semejanza con Cristo-Dios, tipo y primogénito de los elegidos, como arriba hemos indicado, ¿cómo no hará mucho por su propia salvacion el cristiano que á su divino Maestro hubiere procurado asemejarse en esta su obra de glorificar al Padre y de salvar las almas?

Cree, pues, firmemente, amigo mio, nó á esa tu necia preocupacion, sino á la verdad de la doctrina que te enseño. Esto es, que puedes dedicarte á los trabajos de Propaganda católica, no solamente sin riesgo de que se menoscaben por ello tus medros espirituales, sino al revés, con muy cierta seguridad de salir así muy aventajado en ellos. No debe descuidarse, claro está, el cultivo del alma propia. Mas este mismo cultivo se hará indudablemente mucho más fácil al que lo junte discretamente con esas obras de apostolado Propagandista. Dios, que se pica de generoso con los que se portan generosamente con El, no dejará de llover sus gracias con mayor largueza sobre el campo de aquel animoso siervo

suyo, que más se ha entregado á la ayuda del cultivo del campo de su hermano.

Y bástete esta sola consideracion para tranquilizar tu espíritu, si realmente ha podido con eso meterte en escrúpulos la mano artera de Satanás. Y si no fuesen sugestiones de éste (que no de todo tiene siempre la culpa el diablo), sino que fuesen embozados pretextos de flojedad y pocos alientos, sírvate ella al menos para llenarte de confusion y taparte la boca.

LVII.

Cuarta excusa: «Soy hombre sin letras, y nada sé de esas cuestiones del dia.»

Si la anterior fué la excusa ó preocupacion de los falsamente devotos, suele la presente serlo de los falsamente modestos.

¿Con qué eres, amigo mio, hombre sin letras? Cabalmente es oficio el de que tratamos, que más que con letras se ejerce con firme y decidida voluntad. No que estorben ellas ó dejen de ayudar muchísimo. Sabido es cuánto pedia hombres letrados á Dios aquella magnánima celadora de los intereses divinos santa Teresa de Jesús. Mas tambien sirven algo, y áun mucho, para el caso, los hombres sin letras, como tengan las otras condiciones que más arriba nos hemos entretenido en referir. Casos mil tenemos en las historias, y ejemplos mil nos encontramos cada dia por ahí.

Dando esto por sentado, contestemos ahora directamente á la objecion. Eres hombre, dices, sin letras, y nada sabes de las cuestiones del dia. Precisamente por eso aconsejaba yo más arriba al Propagandista católico, que procurase ilustrarse y conocer de esas cuestiones del dia siquiera lo necesario para desempeñar en ellas un regular papel.

Desgraciadamente, muy á menudo hay que lamentar que sean muchos los católicos que desconocen esas cuestiones

del dia, ó lo que es lo mismo, las actuales cuestiones católicas. Y por cierto nos ha dado siempre gran pena ver el indiferentismo de que hacen alarde para con ellas muchos católicos, por otra parte bien intencionados y hasta fervorosos. ¿Qué cosa interesará á un buen católico, si no le interesan estas cosas de su Religion? Y si algo le interesan, ¿cómo no procura enterarse algo de ellas? ¿Puede concebirse esa voluntaria ignorancia tocante á intereses que tan de cerca nos pertenecen! ¿Es así como miramos la honra de nuestra persona ó el patrimonio de nuestra familia?

Confesemos, pues, amigo mio, que esa excusa tuya, lejos de abonar y justificar tu desvio de los trabajos de Propaganda, no hace sino poner en mayor evidencia la necesidad que tienes de ocuparte en ellos. No debes rehuir la Propaganda bajo pretexto de escasa ilustracion religiosa, sino que, al revés, para adquirirte esa ilustracion religiosa debes aficionarte desde hoy á los trabajos de Propaganda. Tratando y mezclándote en ellos, y andando con quien de eso sepa, vendrás á quedar en poco tiempo regularmente enterado. Y cuando le hayas tomado el gusto á la materia, te comerás, como dice el refran, las manos tras ella.

LVIII.

Quinta excusa: «No quiero ser como tantos que figuran en obras católicas, y no obstante se saben de ellos mil picardías.»

Está bien: procura, pues, ser de aquellos de quienes tales picardías no se saben, y quedamos en paz.

Tambien es fuerte cosa esa de que basten para desacreditar una profesion, de suyo noble, algunas miserias de alguno de los que en ella se ocupan, y que en cambio no sean suficientes para dejarla acreditada los actos heroicos y generosos de otros muchos. ¡Es esta, por cierto, rara muestra de imparcialidad!

Pero yo te conjuro, amigo mio, á que me digas resueltamente y sin vacilar: ¿por qué trabajos ó por qué profesion ó por qué ramo industrial, artístico ó científico quieres decidirte en este mundo, si han de ser valedera razon para que los detestes los defectos y miserias de los hombres dedicados á su ejercicio? De ser cierto ese modo de discurrir, y á generalizarse un tantico en la sociedad humana, ni tendria soldados la milicia, porque ésta ha tenido cobardes y traidores; ni tendria jurisconsultos la magistratura, porque ésta tuvo alguna vez venales y falsarios; ni tendria sacerdotes la Iglesia, porque no pocos ha habido, por desdicha, apóstatas y sacrílegos. Vergonzoso oficio seria el de mercader, porque ¡cuántos hay dados á fraudes y estafas! ni seria honrosa la agricultura, porque es cierto que no todos los que pertenecen á ella tienen las virtudes de san Isidro Labrador. ¿Te ries? Haces bien en reirte, pero sea de tu extravagante manera de discurrir, pues eso es lo que resulta de la necia excusa que me has dado y te estoy refutando.

Aparte de que no serán tantas seguramente, como dicen por ahí ciertos hombres con malvada fruicion, las picardías de los hombres dedicados á obras religiosas. Aquí la pasion abulta desmesuradamente los objetos, como sucede en todo lo que se mira con anteojos apasionados. Santos, es verdad, no lo son todos los Propagandistas católicos, y es muy de lamentar no lo sean, siquiera para tapar la boca á tanto jansenista predicador de perfeccion evangélica. Hombres son y pecadores, y tienen rarezas, genialidades, defectos y hasta pecados de qué acusarse más de una vez. Pero los tenian tambien los Apóstoles, lo cual no les impidió ser llamados por el divino Maestro á las más grandiosas obras de Propaganda que se han emprendido en todos los siglos. Y eran los fariseos los que los murmuraban, como acabas tú de hacer; y era el Salvador mansísimo quien los defendia.

En nuestros dias es muy comun esa excusa, hija de falso celo, y contra ella debe vivir prevenido á todas horas el buen católico seglar. Los mundanos, cubiertos tal vez desde la punta del pié á la coronilla de la cabeza de vicio y de iniquidad, han dado en la manía de exigir de los defensores de la buena causa una limpieza tal, que bien pudiera llamarse

sobrehumana. ¡Hipócritas de falsos escrúpulos! Lo que quisieran ellos fuera imposibilitar toda obra católica, bajo pretexto de quererla siempre perfectísima. Dios y la Iglesia, á quien servimos, agradecen los trabajos de sus hijos, aunque sean éstos imperfectos y pecadores. Y sin perjuicio de dirigirlos cada dia á mayor santidad, tiene á gran gloria el Catolicismo ser defendido áun por aquellos que no pertenecen al número de sus Santos.

LIX.

Sexta excusa: «No he de ser yo quien consiga poner remedio á tantos males.»

Es esta la excusa de los desconfiados, que no son pocos ¡válgame Dios!

Presuncion temeraria y nada cristiana seria de tu parte, amigo mio, creer que has de ser tú quien pongas remedio á los males del mundo actual. Haces bien en no dar lugar á esa tentacion de orgullo. Pero advierte que no se te exige seas tú un nuevo salvador del género humano, sino sencillamente que junto con muchos otros arrimes tu hombro á la faena, y sobre todo, juntamente con nuestro Señor Jesucristo, cuya divina virtud y gracia son aquí la palanca principal. Razon tendrias, pues, en desconfiar, si debieses contar con tus solas fuerzas; pero no tienes razon alguna, chica ni grande, desde el momento en que se te suma con aquel otro elemento principal. Eres una de tantas ruedas inferiores del mecanismo, nó su primer motor. De tí se quiere valer Dios para que le ayudes en la propagacion de su fe y en la salvacion de las almas, no porque absolutamente te necesite, sino para honrarte y darte ocasion de merecer, haciéndote instrumento y cooperador suyo en las obras magníficas de su gracia.

Y tan generosamente se porta Dios en eso contigo, y tan

desinteresado amo se muestra con los trabajadores de esta su viña, que ofrece darles en su dia el prometido jornal, sea cual fuere ¡áun que ninguno sea! el fruto material y visible de sus sudores. Por donde, aunque no consigas tú, como dices, poner remedio á los males del mundo, como en ello hayas trabajado con regular ahinco no perderás ciertamente tu galardon.

Quiero, no obstante, hacerte observar que no se trata aquí de la conquista de todo el mundo ni mucho menos. No te han confiado á tí ni á nadie la labranza de todo el campo: basta que te encargues de un surco solamente de él. Quiero decir, que no se te llama á ejercer tu accion en todo un reino; ni siquiera tal vez en toda una provincia; acaso ni en una comarca; puede que ni en una entera localidad; quizá únicamente en un barrio ó calle, quizá tan sólo en una agrupacion ó familia. Y una alma sola que ganes para la verdad y el bien, una sola preocupacion que desvanezcas, ó un solo abuso que destruyas, son precio suficiente de toda una vida de Propaganda.

Advierte, además, que no eres tú solo el llamado á tal combate. De muchas fuerzas individuales se compone un grande ejército, y no lograria éste la victoria si no pusiese cada soldado de su parte su accion individual, con todo y ser tan desproporcionada al resultado general que se pretende. Tu esfuerzo, pues, por débil que sea, unido al de tu hermano y al de cien hermanos, y al de millares de hermanos, animados y como fundidos todos por identidad de espíritu y de fin, ayudados sobre todo y vivificados por la gracia de Dios, que es en esta suma el sumando de mayor importancia, harán prodigios y maravillas.

Deja, pues, esos temores, ó foméntalos únicamente cuando te dirijan á esperar con mayor firmeza el auxilio de Dios. De todas las desconfianzas, éstas son las únicas permitidas al buen cristiano.

Desconfianzas confiadas, como las podríamos muy bien llamar, y por tanto, en definitiva, provechosísimas.

LX.

Séptima excusa: «Bueno; pero es lo cierto que tambien me puedo salvar sin meterme en tantos enredos.»

Hé aquí la excusa más ruin y miserable de todas: la de los regatones y cicateros, la de los que siempre temen hacer demasiado por Dios, la de los que quieren llevar en todo tan ajustadas sus cuentas con Él, que ni un céntimo le paguen que no sea por título de rigurosa justicia y mediante amenaza de ejecucion ó apremio. ¡Pobres infelices, que de tal suerte tratan á lo mercader los negocios de su divina Majestad!

Sí, amigo mio, sí; es cierto que tambien sin emplearte en trabajos como los que te recomiendo, te puedes salvar: es cierto, es cierto. Pero escucha bien, y no pierdas sílaba de lo que voy á decirte aquí, que son cosas muy sérias. Quieres pagar á Dios lo estrictamente justo, ni un céntimo menos, pero tampoco ni un céntimo más. Pero de este más y de este menos ¿quién es el que va á sacarte la cuenta exacta y sin error ú omision? Sabes perfectamente lo que Dios exige de tí. «¡Los diez mandamientos de su divina ley y los cinco de su Iglesia!» te oigo refunfuñar malhumorado. Ahora bien: supongo que los observas puntualmente y sin faltar un tilde, que no es poco suponer: supongo que dentro de ese cumplimiento de los divinos y eclesiásticos preceptos no se incluye mucho y muchísimo lo de la Propaganda católica, como más arriba te he indicado ya: supongo, por fin, que se contenta Dios nuestro Señor con tener criados tan avaros de sus servicios que así se los regatean y miden y pesan con tan vil tacañería. Mas díme, si estás tan cierto de lo que debes al Señor por razon de sus preceptos, ¿estás igualmente seguro de lo que le debes por razon de tus pecados? Los atrasos, amigo mio, los atrasos, los intereses por créditos no satisfechos, eso, eso es lo que echa á perder las casas tal vez

más pujantes y florecientes. ¿Y crees tú que ante el divino Juez no se te presentará muy crecida esa cuenta de intereses por devengar? Atrévete á decir que no tienes alguno, atrévete á asegurar que vas á encontrar allí tus créditos perfectamente saldados.

Esta consideracion, aparte de lo que se debe á Dios por ser quien es y por la inmensidad de los beneficios que nos ha dispensado; esta consideracion, digo, hacia tan generosos á los Santos en no regatear obras á Dios, sino en allegarlas y recogerlas en abundancia para con eso compensar de algun modo sus inmensas deudas. «Amar sin medida á Dios, exclamaba san Bernardo, esta es la única medida con que Dios debe ser amado.» Éste, éste comprendia juntamente con la firmeza del verdadero amor la ley de su propio interés. Éste, éste queria entrar con pié seguro en el tenebroso abismo de la eternidad.

Nunca sabrás, amigo mio, si has hecho poco por tu Dios y por tu alma: no pienses nunca, pues, haber hecho demasiado. No te limites á la esfera de los preceptos bajo pena de pecado mortal, si no quieres lamentablemente hallarte á la hora menos pensada con un pié ó con ambos piés fuera de ese encogido sendero que te has marcado. ¿Que nada más debes á Dios? ¿Y El acaso débete alguna cosa á tí? ¿Y te parece que andarás tú muy sobrado ó siquiera abastado de gracias y auxilios, si Dios se limita á darte únicamente los que de justicia te debe? ¡Ay de tí si te toma Dios el dicho y te paga con la misma moneda!

LXI.

Una palabra á la mujer.

¿Y creías tú, apreciabilísima lectora, que podíamos habernos olvidado de tí en esta obrita, tratando de cosa en que sueles tener parte tan principal como es la Propaganda católica? ¿Pensaste acaso que podíamos no dedicar exclusiva-

mente para tí una página siquiera, entre tantas como hemos dedicado á materia que te es por todos conceptos tan simpática?

Sabido es que en todas partes eres aún, gracias á Dios, el alma de la familia. El marido podrá ser el brazo, la cabeza, si se quiere, pero el alma eres tú, dicho sea sin ánimo de adularte. A tu dulce influencia se rinde á menudo lo que no se rinde á la voz misma de la Religion: á más de un marido, por ejemplo, y á más de un hijo mayor obligas en Cuaresma á cumplir con la parroquia; más de un domingo oyeron Misa por tu importunidad; más de cien veces no dejó de rezarse el Rosario junto al hogar en invierno, ó al dintel de la puerta en verano, porque tú no diste paz ni sosiego hasta que se rezó. ¿Quién recuerda á los distraidos de casa los dias de vigilia ó de abstinencia? ¿quién cuida que se cumplan puntualmente los votos, tal vez olvidados pasada la necesidad urgente que los reclamó? ¿quién guarda y enciende cuidadosa la vela del monumento, y coloca en las ventanas la palma y el laurel benditos que preservan de la tempestad? Tienes en la vivienda del hijo del pueblo un verdadero ministerio: si por desgracia eres mala, eres lo peor del mundo, una harpía; si felizmente eres buena, eres en cierto modo un sacerdote doméstico. ¡Elevada mision! ¡Sublime destino!

En tu juventud perfumas el hogar con el aroma de tus ejemplos piadosos: la niña cristiana embellece la casa del labrador, del artesano y del obrero; la rodea de cierto respeto y veneracion pública, que resaltan más y más en medio de la pobreza y de las ocupaciones humildes. Esposa y madre, te son deudores de sus primeros pensamientos sobre Dios y sobre la otra vida una porcion de seres á quienes crias á la vez para la tierra y para el cielo. Las primeras semillas que han de producir en aquellas almas tiernas los generosos arranques de la juventud, las sólidas resoluciones, la inquebrantable constancia y la actividad enérgica de la edad viril, tú eres quien las deposita en sus corazones, y quien los riega, y quien los ve crecer con ansiedad y recelo, arrancando solicita cualquier otra raiz que pudiera afear la hermosura de aquel bello jardin! Tu mirada perspicaz descubre en la inquietud del adolescente sus primeros extravios,

que suelen ser á la vez sus primeros desengaños; tu palabra viva excita el remordimiento saludable y produce mil veces el retorno al bien en aquella edad de tan fáciles seducciones. Si la espina se ha clavado ya muy honda, ¿á quién se descubre con más confianza que á tí? ¿Cuántos hijos ha reconducido á Dios y al confesor la insinuacion delicada de la madre? Por miras muy elevadas, ¿no ha colocado tambien Dios en el centro de esa gran familia que formamos todos los hombres, á otra Mujer que es Madre de todos ellos? ¡Cuán hermosa semejanza puede tener tu mision en la familia, con la grandiosa mision de la Vírgen María para con todo el linaje humano! Orar, guiar, interceder, ¿no es este un suavísimo programa que realiza ella, y en el cual tienes no poco que meditar y que aprender?

Los hombres, ha dicho quien podia saberlo muy bien, hacen las leyes, pero las mujeres hacen las costumbres. Y ¿quién tiene más importancia en el mundo, el autor de las leyes ó el de las costumbres? Las leyes sin las costumbres son papel mojado: por esto el Propagandista, que no pretende formar leyes, sino costumbres, ha de buscar siempre y en todas partes tu cooperacion, sabiendo que eres la mejor confeccionadora de tal género, y la mejor maestra en tal escuela.

¡Hijas! ¡esposas! ¡madres! á esa gran obra os invito, y de sus resultados no respondo yo, sino Dios. Ayudad á la Propaganda, que á todas viene á ayudaros. ¡Dichosa ella si en vuestro modesto hogar puede derramar con vuestra ayuda una gota sola de consuelo, depositar un grano solo de buena semilla, desvanecer un átomo solo de preocupacion!

Los tiempos de revolucion son crueles para el corazon de la mujer, pero muy especialmente para el de las pobres madres de familia. Aparte del sinnúmero de calamidades materiales que traen consigo, la calamidad más deplorable, aunque sea tal vez la menos deplorada, es la ruina de tantos y tan hermosos corazones que son arrastrados por la espantosa corriente. El quebranto de los públicos intereses, la decadencia de las fortunas privadas, la profanacion de los altares, el incendio que devora los pueblos y las mieses, la sangre misma que riega nuestras campiñas, son espectáculo menos

desastroso y desconsolador, si bien se considera, que el vértigo que se apodera de las inteligencias, y la devastacion moral que el sofisma y el mal ejemplo producen en las costumbres. ¡Desgraciadas madres, cuyos hijos saludan los albores de la juventud en tan críticos períodos de la historia! ¡Ver convertirse á aquel sér dócil, sumiso, creyente, quizá fervoroso, en altanero, procaz, blasfemador, vilipendiador de todo lo respetable! ¡Ver aparecer de repente la sonrisa amarga de la duda en aquellos labios que hasta entonces sólo conocieron las de la inocencia! ¡Ver dibujarse el primer rasgo de Lucifer en aquella frente hasta entonces angelical! Comprendo que todas las madres sean por instinto reaccionarias. Comprendo que la impiedad se esfuerce lo primero en apartar á sus infelices adeptos del hogar doméstico, y que vean en él un enemigo jurado de las agitaciones de la plaza pública. Comprendo que un periódico demagogo haya escrito en sus infernales columnas estas palabras, que todavía me espantaron cuando las lei, á pesar de que no me era desconocida la idea: «La primera tiranía de que hay que emancipar al ciudadano del porvenir es la tiranía de la madre. El hogar doméstico es el baluarte de todos los despotismos.» ¡Ah! ¡Cuántas madres que leen estas líneas están quizá rompiendo en llanto ahora mismo, y me dicen con voz entrecortada: «¡Sí, sí, teneis razon, eso nos pasa! ¡cuánta razon teneis!»

Pues bien, ¡madres católicas! ¡madres españolas! Nó para vano alarde de sentimentalismo, nó para lograr haceros saltar una lágrima, recompensa para mi más preciosa que todos los aplausos, me he atrevido hoy á sacar al público vuestras secretas amarguras. Nó; más alto es mi objeto. Oíd bien lo que voy á deciros, porque aunque sólo una vez me he dirigido especialmente á vosotras en esta obrita, he pensado en vosotras constantemente al escribir cada uno de sus capítulos. Pues bien: si algun derecho tengo á ser escuchado, escuchad y grabad en vuestro corazon estas palabras que voy á deciros.

Madres católicas, madres españolas; sois una potencia formidable, una influencia poderosísima en la sociedad. Vuestros propios enemigos lo confiesan. Poned, pues, esta in-

fluencia poderosísima al servicio del bien y de la Religion; no tengais ociosa esta arma que el cielo ha colocado en vuestras manos para hacerla quizá instrumento de sus más gloriosas victorias. Amais y sois amadas. Hé aquí la fórmula, el secreto de vuestro poder. No os contenteis, pues, con estériles gemidos ó con impotentes declamaciones. Vuestro es el corazon de vuestros hijos, y pues sois dueñas del corazon, sois dueñas de todo el hombre. Emplead, emplead la fuerza mágica de vuestra voz, las mil y mil delicadezas de vuestro ascendiente, el seductor encanto de vuestras caricias, el poder irresistible de vuestras lágrimas para volver á Dios y á su Iglesia esos corazones que la impiedad ha robado á vosotras y al cielo. Orad sobre todo, que la oracion de la madre es la que indudablemente tiene mejor acogida en la audiencia celestial después de la oracion de la Iglesia, que es madre de todos, y de la oracion de María, que es Madre nuestra y de Dios. Orad y hablad; orad y prodigad sonrisas; orad y dirigid amenazas; orad y suplicad con llanto; ¿qué hijo resistirá al doble poder de lo más humanamente irresistible, que es la sonrisa, la amenaza y el llanto maternal, cuando todo esto va acompañado de lo más divinamente poderoso, que es la oracion?

Los momentos son preciosos. La agitacion social ha llegado en Europa á su colmo, y empieza á entrar tiempo há en un período de visible decadencia. A la época de las embriagadoras ilusiones va sucediendo la de los desengaños. Pero el desengaño sin la vuelta á la fe es la desesperacion. Salvad de ese último abismo á vuestros hijos desengañados, retornándolos á la fe y abriendo otra vez ante sus ojos los purísimos y dilatados horizontes de la esperanza. Después de Dios la suerte de la sociedad está quizá en vuestras manos.

¿Qué dia tendrá toda su plenitud y desarrollo ese dulcísimo apostolado de las madres cristianas? Rogamos entre tanto á todas las madres que nos leyeren, procuren su difusion y le hagan objeto preferente de sus oraciones.

LXII.

Reflexiones generales. Conclusion.

Hemos llegado, amigo lector, al fin de nuestra tarea, aunque no poco sino muchísimo le queda todavía por decir en ella á quien deseare escribir algo más que un sencillo opúsculo popular. Cada uno de sus diversos puntos de vista ofrece al atento observador tales y tan extendidos horizontes, que bien diera por sí solo materia para volúmen mayor que el que acabas de traer entre manos. Vamos, pues, á despedirnos en este postrer capítulo, como caminantes que después de haber andado juntos en entretenida conversacion regular jornada, ven llegado no sin pena el momento de separarse y mutuamente darse el último *á Dios*.

Sea, amigo mio, tu resolucion formal tras la lectura de estos sencillos capítulos la de mirar en adelante con mayor interés los trabajos todos de Propaganda católica; la de emprenderlos en una ú otra forma si hasta hoy los miraste con descuido; la de empeñarte más y más en ellos si por fortuna ya estuvieses en los mismos iniciado. ¡Gran cosa es ser soldado de la verdad, en tiempos sobre todo en que anda la verdad tan fieramente combatida! Esta última indicacion más que otra alguna ha de servir para espolear tu generoso corazon, y no permitirle vergonzoso quietismo cuando están puestos en riesgo tan supremos intereses. ¡Dormir cuando se arde por sus cuatro lados la casa y cuando á miles y á millares de manos satánicas están atizando el espantoso incendio! ¡Dormir cuando á voz en grito pide auxilio la acongojada Iglesia de Dios, ante el general rebato de sus enemigos que creen ¡insensatos! llegada la hora de hundirla para siempre! Nó, que no fuera esto cristiano ni fuera español. No es hora de dormir, sino de velar, al cinto las armas, atento el ojo, resuelto el brazo, para emprender y sostener la honrosa lid.

No desmayes, amigo mio, si contra tu varonil é hidalga resolucion se levanta ó iracundo ó mofador el clamoreo de los malvados. Mira como título de honra sufrir como sufre la verdad, y sufrirlo de los mismos que la tienen á ella por blanco de continuos vilipendios. No la lisonja del enemigo acredita de leal al soldado, sino su desapoderado rencor. Haber recibido de los verdugos de la Iglesia algun insulto es la mejor recomendacion para el buen hijo de ella.

¡Larga de esperar se va haciendo á tu impaciencia y afan la prometida victoria! Mas, no te desazones por eso. No trabajamos para el tiempo que pasa, sino para la eternidad que no ha de pasar jamás. Y áun mirando á lo presente, nunca hemos visto que cayese en suelo estéril la semilla de la Propaganda católica. Nunca se han derramado en balde sobre esos surcos los sudores del celoso Propagandista. Quiso alguna vez Dios que no los viese con sus propios ojos este su activo operario, como casi nunca saborea el labriego por sí mismo los frutos de ciertos árboles que plantó. Mas no se diga por esto que carece de resultados la obra, y mucho menos de mérito. Germinan las ideas unas de otras, y las buenas acciones unas de otras, y unos de otros los rasgos de abnegacion y los heroicos sacrificios. Sólo en el cielo se formará completa la hermosa estadística de lo que ganó un alma para otra alma, y todas para su Dios y Señor. Sólo en el cielo se sacará cabal esa cuenta, porque sólo en el cielo es donde se ha de premiar.

Allá te cito, pues, y para allá te emplazo. Y ciertamente para dentro muy pocos años, que no son muchos los que puede alcanzar esta nuestra miserable vida. Razon de más para que procuremos sacarla muy aprovechada. No debe ser otro que el cielo el ideal de tus gloriosos trabajos, ni á más bajo sueldo que ese has de querer pelear en tan hermosa milicia.

Concédanoslo el Señor.

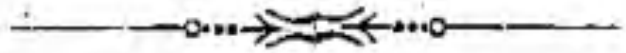
MASONISMO Y CATOLICISMO.

PARALELOS

ENTRE LA DOCTRINA DE LAS LOGIAS

Y LA DE

NUESTRA SANTA IGLESIA, CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA, ÚNICA VERDADERA.



INTRODUCCION.

A la primera impresion de asombro causada en el mundo por la gravísima Encíclica *Humanum genus* de Su Santidad contra la Masonería, que conocen todos nuestros lectores, sucedió en todo él ardoroso y encendido debate sobre los puntos principales de este documento, el más trascendental quizás de cuantos en el presente siglo se han dirigido á los católicos desde la suprema Cátedra del Vaticano. No es tal documento de los que pueden más ó menos ser ahogados por la secta ó con la confusion de los dicterios y baladronadas, ó con la miserable conspiracion del silencio. Nó, esta voz soberana se impuso desde luego á todos los acontecimientos del dia, porque ella es aún hoy el mayor y más solemne acontecimiento: sobrepujó todos los clamores de la prensa y del club, porque era demasiado alto su orígen y demasiado poderoso su ascendiente moral para que nada ni nadie lograse dominarla. Aún hoy tienen que hablar y escribir de eso, quieran no quieran, todos los que tengan lengua para hablar y pluma para escribir: buenos y malos, católicos y racionalistas. Porque la Encíclica halló en todas partes eco adverso ó favorable, de todas partes se la está aún recibiendo con absoluta sumision ó con descarada rebeldía, en ninguna con desden ó indiferencia.

De eso hemos de hablar, pues, tambien nosotros; que pues tenemos, y á mucha honra, un puesto, aunque humilde, en el

moderno combate, no podemos, ni debemos, ni sabríamos rehuirlo en la presente ocasion.

El primer efecto, decíamos, que produjo en el mundo la palabra pontificia, fué admiracion, asombro, hondo estupor. ¿Cómo? se decian no pocos; ¿á eso se atreve aún el Pontificado? Puesto el pié en el estribo, como tal vez podria decirse, para escapar fugitivo de Roma el oprimido Pastor, ¿osa así encararse tan resueltamente con los poderes del dia, todos, con rara excepcion, comprendidos en los anatemas que lanza contra la secta masónica? ¿No espera algo de Inglaterra y de Prusia? ¿Cómo lanza, pues, ese guante atrevido á los masones coronados de Prusia é Inglaterra? ¿No dicen se hallará luego en el caso de pedir á cualquiera de ellos un asilo donde mantener un último resto de independencia? ¿Cómo, pues, se cierra todas esas puertas con esa inoportuna declaracion de guerra á todo el mundo oficial?

Realmente hay que confesar que á mucho se expuso el Papa con ese sonoro bofeton aplicado por su suprema autoridad á las mejillas de todos los democráticos ó aristocráticos revolucionarios de los tiempos presentes. ¿A mucho se expone? luego á mucho se atreve. ¿A mucho se atreve? luego para mucho se siente aún con brios ese, segun dicen, agonizante poder. Es que respira fuerte, muy fuerte, amigos mios, y da que hacer aún á los vivos más vivos ese moribundo que nunca acaba de morir. Ved lo que pasa hoy. Para mostrar al mundo que para nada cuenta con él para su auxilio, y que nada teme de él en su daño, quema, por decirlo así, sus naves ese insigne caudillo de las armas espirituales, y nuevo Hernan Cortés, aborda impávido las escabrosas costas de la Revolucion; métese á la ofensiva, á sangre y fuego, en lo más adentro de sus fortificados baluartes; busca cuerpo á cuerpo al monstruo para herirle en el centro del corazon. Y le ha herido ¡vive Dios! con certera estocada, y aquí la tenemos á la fiera revolviéndose en desesperadas convulsiones, chorreando inmunda sangre, anunciando con horrendo bramido el furor de su iniciada derrota.

Eso por lo que mira á la Revolucion fiera. Mas para nosotros es de indudable certeza que la peor y definitiva herida mortal quien más directamente la recibió con la Encíclica es la Revolucion mansa, ó sea el llamado catolicismo liberal. El *Syllabus*

fué en sentencia de muerte. La Encíclica *Humanum genus* es su ejecucion y su entierro.

Andaban predicando á todas horas esos señores revolucionarios á medias, que son los peores de todos por lo mismo que no lo quieren parecer, que andaba extraviada la sanísima estrategia de los más firmes católicos en provocar contra el enemigo de hoy los rudos combates que todos sabemos. Por miedo á no sabemos qué conflictos de cada dia querian que nada ó muy poco se hablase de esas cosas, y siempre por lo menos en estilo que pudiese ¡raro empeño! vencer al enemigo sin irritarle ó siquiera mortificarle; que se combatiesen enhorabuena las sectas de otros tiempos, pero nunca, eso nó, la secta de hoy, como si en nuestros combates católicos debiésemos atenernos á aquello de *á moro muerto gran lanzada,* que es ciertamente muy pacífico modo de combatir y que cuesta pocos disgustos; que por fin se guardase en todo la ley, no de la oportunidad, que esa es gran ley, sino la del oportunismo, que es su falsificacion y vil parodia. Y hé aquí que en medio de todo eso truena súbito desde su Sinaí la voz del Papa: sanciona con esta Encíclica, que será en adelante la expresion más completa del Decálogo antirevolucionario, toda la Propaganda que durante los últimos años han venido sosteniendo con tan dolorosos sinsabores los adalides más firmes de la intransigencia católica; provoca contra toda apariencia de oportunidad, es decir, contra toda ley de oportunismo, la cuestion más candente de todas, en el momento más crítico de todos, contra las personas y cosas más autorizadas; dejando resuelta y sentada una vez más una verdad hoy por muchos desconocida, á pesar de ser de simple buen sentido; esto es, la de que nunca es mejor tiempo de combatir que cuando hay enemigos que presenten ó acepten el combate.

La Encíclica *Humanum genus* con sólo decir: «Aquí estoy,» logró, pues, dos grandes victorias para la buena causa de la verdad. A la Revolucion fiera le dió la medida de su valor y de su fuerza. A la Revolucion mansa una vez más la desmintió y desenmascaró. Y á todos los católicos nos ha dado con esto á la vez un gran consuelo y una gran leccion. El consuelo de saber que combatíamos bien, muy bien, cuando hablábamos tiempo há como habla hoy el Papa: la leccion de que prosigamos combatiendo desde hoy más con nuevo entusiasmo y valor, y siempre de esta manera.

Vamos en este opúsculo á escribir un sencillo comentario popular á este gravísimo documento del Soberano Pontífice. Conocer al enemigo es tener ya muchísimo adelantado para vencerle. Demos, pues, á conocer al mundo de hoy, engañado quizá más que perverso, las doctrinas de esa secta infernal cuya organizacion material es lo de menos, pero cuya propaganda continua en el órden de las doctrinas es seguramente su peligro mayor.

Con esto creemos sencillamente cumplir un deber. Estimen tambien nuestros lectores como deber suyo contribuir en lo que puedan al desarrollo de estas ideas y á su difusion, particularmente entre la clase humilde y menos ilustrada, más expuesta por lo mismo á las seducciones de la secta infernal.

Sabadell, Mes del sagrado Corazon.—1885.

MASONISMO Y CATOLICISMO.

I.

¿A qué esa nueva condenacion que de la Masonería y de sus doctrinas acaba de publicar en la Encíclica «Humanum genus» el Romano Pontífice?—Si son iguales Masonismo y Masonería.

L objeto de la Encíclica *Humanum genus* es la condenacion de la Masonería. Ya repetidas veces reprobada y anatematizada por el oráculo de Roma en anteriores Pontificados esta secta infernal, lo primero que ocurre aquí preguntar á propósito de esto es lo siguiente: ¿A qué esa nueva condenacion de ella, si habia ya sobre la misma fallo oficial de la Iglesia, fallo tan autorizado como el presente, fallo, por consiguiente, de igual fuerza y obligacion para los verdaderos católicos? ¿A qué hablarnos ahora el Papa otra vez de eso, y á que tanto ponderarlo los ultramontanos como última novedad?

Vamos á responder, segun nuestro pobre entender, á tales dudas, y ellas mismas nos darán pié para estudiar y alcanzar

cumplidamente la especial importancia que sobre todos los demás de igual índole reviste el referido Documento.

La Masonería estaba ciertamente condenada ya con este mismo nombre desde larga fecha, y nuestro mismo Santísimo Padre hace constar dichas condenaciones de sus gloriosos Predecesores. Así que, pecado era pertenecer á la Masonería, y secta maldita era ésta ya, como ahora, desde que por vez primera la declaró satánica y anticristiana el Maestro universal. Lo que no habian hecho los anteriores Documentos pontificios era tan ámpliamente definirla, retratarla, fotografiarla en sí y en sus obras, como acaba de hacer el actual Vicario de Jesucristo. Y en esto estriba lo más grave y trascendental de la presente Enciclica. Es pésima la Masonería, es crimen ser mason, lo sabiamos ya y lo predicábamos todos los católicos. Empero, ¿qué es ser mason, qué doctrinas son las esencialmente masónicas, hasta qué punto está envenenada de Masonismo la actual sociedad? Eso es lo que ignoraban muchos, áun entre los buenos; eso es lo que no pocos, áun sanos católicos, no querian acabar de comprender; eso lo que para muchos era tan sólo enojosa manía y fastidiosísimo tema convencional de fanáticos é intransigentes. De suerte que el principal alcance de la palabra pontificia ha sido esta vez, después de condenar nuevamente á la secta, desenmascararla; después de reprobarla, retratarla; con llamar la atencion del mundo sobre la Masonería, llamársela sobre el Masonismo. Comprendiéndolo de esta manera, después de prolijo y atento estudio de la palabra de Leon XIII, hemos rotulado los presentes capítulos, no Masonería y Catolicismo, que parece habia de ser fórmula más concreta, sino *Masonismo* y *Catolicismo*, que es más comprensiva de todo el concepto masónico. Porque á nuestro humilde sentir, el sentido principal y más exacto y apropiado de la Enciclica está aquí.

Alguien tal vez se reirá de esta nuestra distincion, calificándola de sobradamente abstracta y metafísica, cuando no de arbitraria y pueril. Vamos á demostrarle á ese, que no es sino muy práctica y material y de aplicacion indispensable é inmediata.

Es la Masonería una sociedad ó secta, hasta nuestros dias casi absolutamente secreta, hoy pública y oficial y callejera,

poco menos que cualquier legal institucion. Tiene su organizacion, doctrinas, procedimientos, iniciaciones, juntas, etc. Son masones los que á ella se han afiliado y de ella no se han desprendido por abjuracion formal. Esto es en abreviatura lo que se llama Masonería. Por ahora nos basta dar de ella ese concepto fundamental.

Pero eso es la Masonería y son los masones, empero no es aún el Masonismo. El Masonismo es algo más, es mucho más. Y éste el blanco principal y más extenso á que se dirigen, como se puede ver, los tiros certeros de la Encíclica *Humanum genus*. El Masonismo es la doctrina masónica que suelen tener y profesar y practicar, y realmente tienen y profesan y practican, muchos que *materialmente* no pueden ser llamados masones porque no están materialmente inscritos en los registros de la Masonería. El Masonismo es la influencia masónica en las leyes, en la diplomacia, en las lecturas, en las diversiones, en la beneficencia, en la enseñanza y en todas las esferas de la vida social. De todo lo cual se puede ser cómplice y fautor y reo sin estar precisamente afiliado á las logias ni vestir el ceremonioso mandil. Más claro y acudiendo á nuestro recurso más comun y popular, que es el de las comparaciones. La luz que llaman *difusa* los físicos y que es la que alumbra de dia al mundo y áun los lugares de él en que no dan los rayos del sol, no es ciertamente el sol mismo, no es el disco solar. Es luz solar, empero, aunque no sea el disco del sol, y de éste recibe toda su belleza, esplendor y benéficos influjos. Así en el caso presente. El Masonismo viene é ser el resplandor, la irradiacion *difusa* de ese negro foco de perversidad anticristiana que se llama la Masonería. Llega mucho más allá de lo que alcanza ésta: envenena y corrompe y mata masónicamente hasta á no pocos que ignoran existan masones y masonerías, y hasta á muchos que se figuran tal vez aborrecer todo eso. Efecto de ese Masonismo, ó Masonería *difusa*, para nosotros mucho peor que la Masonería en su sentido concreto y material, es el horrible poder que tienen hoy las logias en el mundo, y que ciertamente no lo tendrian si sólo debiesen contar con el esfuerzo de sus materiales afiliados, y no les ayudasen y sirviesen con la proteccion más eficaz muchos y muchísimos masones incons-

cientes, es decir, católicos impregnados, á su pesar alguna vez, otras por culpa suya, del más refinado Masonismo.

Ya nos parece no encuentran tan aérea y metafísica nuestra distincion algunos de los que al principio quizá se rieron de ella. Ya se nos figura que empiezan á columbrar á dónde vamos con este modo de plantear la cuestion, desde cual punto de mira son inmensos, inmensísimos los horizontes que se dilatan á nuestra vista. Ya verán como, tomando una á una las palabras del Papa, especialmente aquella tan enérgica que encarga *desenmascarar* á la Masonería, ponemos, con el divino favor, el dedo en la llaga, y encontramos en el admirable Documento de Roma el diagnóstico de toda la enfermedad social presente. Cuya primera raiz ó generador es la Masonería, cuyo efecto general y de más trascendentales resultados es lo que hemos llamado Masonismo, cuya denominacion vulgar y usual, aunque sancionada tambien como técnica por Roma en otros Documentos, es ¿por qué no hemos de decirlo nosotros tambien? la de Liberalismo.

Verémoslo, Dios mediante, en los subsiguientes capítulos. La indicada distincion marca ya de antemano la division natural de nuestro trabajillo. Primeramente dirémos de la Masonería *materialiter*, ó sea de la secta en concreto, y esto sólo por via de composicion de lugar. En segundo lugar, y como objeto principalísimo, dirémos de la Masonería *formaliter*, ó sea del Masonismo y de las obras é influencias masónicas en general.

El Papa ha abierto la brecha; por ella hemos de pasar sin miedo ni humanos respetos todos los que nos gloriamos de obedecer á tan seguro Capitan.

II.

De la existencia en el mundo actual de ese horrible foco de anticristianismo que se llama la Masonería.

Lo primero que hace la Encíclica *Humanum genus*, tocante á la Masonería, es afirmar su existencia.

Y no parezca de poca monta esta afirmacion para que deje de señalársela aquí como importantísima. La estrategia de los sectarios, al sentirse heridos por la condenacion apostólica, ha sido siempre la misma. Primeramente asegurar en tono de burla que no hay tal error ó secta, contra quien se dispare el anatema, y que tal herejía es sólo un mito que se ha forjado el Papa en su imaginacion. Después viene siempre lo de distinguir entre un concepto bueno y un concepto malo de la doctrina reprobada, pretendiendo que en tal sentido tiene razon de ser la condenacion, pero nó en tal ó cual otro, que es siempre precisamente el que la necesita más. El Arrianismo y el Pelagianismo, que fueron en los primeros siglos las herejías más formidables, y el Jansenismo y el Liberalismo, que han sido las peores de los últimos tiempos, brillaron entre todas por la habilidad con que supieron mantenerse parapetadas largo plazo tras esas diabólicas trincheras. Contra esas tortuosidades serpentinas, que más que otro rasgo alguno acreditan la perfidia de su raza, ha opuesto siempre la Iglesia la infalibilidad de sus enseñanzas, no sólo en lo que toca á las doctrinas especulativamente ó ideológicamente consideradas, sí que en lo relativo á su existencia práctica en el órden de los hechos, bien se hallen consignadas en un libro, bien encarnadas en una secta ó institucion. De suerte que la autoridad decisiva del magisterio pontificio versa no solamente sobre el dogma y enseñanzas opuestas á él, sino tambien sobre el *hecho dogmático*, es decir, sobre lo que podría-

mos llamar su realizacion práctica en la esfera social. No es, pues, ocioso que el Papa empiece su gravísimo Documento afirmando la existencia de la Masonería.

Y por poco que se conozca el mundo miserable en que vivimos hoy dia, mundo que á pesar de sus fastidiosas pretensiones de culto y de ilustrado es tan necio á veces y tan niño como el de otros siglos, y en no pocas cosas mucho más crédulo y fácil de engañar; por poco, repito, que se conozca el mundo infeliz con quien tratamos, se verá luego que lo primero que convenia era esa solemne y autorizadísima afirmacion. Aún no hace un año hablábamos nosotros con persona de hábitos largos y que pica de ilustrada, y que realmente en algo lo es, y con asombro oimos de sus labios la magistral sentencia de que la Masonería era un fantasma, y que éramos poco menos que niños de teta que tienen miedo al bú los que á todas horas andábamos ocupándonos en ella. Y son muchos, ó han sido muchos hasta hoy, los que han creído que realmente eso de la Masonería era un recurso de efecto inventado por oradores y periodistas ultramontanos y nada más. Sin reparar que este empeño en que no parezca que hay Masonería es precisamente el primero de los ardides masónicos, y el que la secta emplea con más ahinco y seguramente con más próspero resultado. A todos éstos debió caerles como bomba en medio de sus inocentes ó pérfidas negaciones la gravísima palabra del Papa, que les asegura con todo el lleno de su infalible autoridad que hay Masonería, sí, que la hay.

Es cierto, pues, y comprobado, no sólo ya por el testimonio de los hechos, que hasta hoy sólo los ciegos de conveniencia han podido no ver, sino mucho más formalmente por la Autoridad divina de la Iglesia, que existe una secta llamada Masonería ó Francmasonería. Es este un hecho real, viviente, palpitante, contemporáneo, como los demás que en el mundo externo llaman nuestra atencion. Existe una vasta asociacion ó liga, subterránea hasta hace poco, casi pública y casi oficial hoy dia, que cuenta por millares los centros subalternos en cada nacion, llamados *logias*, y á millones los adeptos ó afiliados; juramentados, á través de la diferencia de nacionalidad y áun de política, bajo una bandera comun de odio á

Cristo y á su santa Iglesia. Como existe á la luz del sol una sociedad visible, organizada, con jefes reconocidos y aceptados, con division de jerarquías, que se llama Cristianismo, porque es como la personificacion de las doctrinas y preceptos de Cristo, su inmortal Fundador; así existe, nacida y desarrollada á favor de las sombras, otra sociedad tambien organizada, dividida en jerarquías, sometida á tremendas y misteriosas jefaturas, que por ser una como personificacion de todos los rencores contra Cristo puede muy bien llamarse el anticristianismo organizado, ó mejor el Anticristo, y que sólo por razones de estratégica conveniencia no se llama así, sino con el nombre de Masonería ó Francmasonería. Y tal sociedad, formidabilísima iglesia satánica, en oposicion directa y en combate perpetuo con la Iglesia divina, se halla extendida como su eterna rival por todo el mundo conocido, y á par de ella procura extender cada dia su inconmensurable frontera. Y es su afan establecer en todas las regiones y por todos los medios un reino universal de Satanás en frente del reino universal de Cristo, á quien ha dado el Padre por herencia todos los siglos y todas las gentes, bien que, por fines de superior y no del todo incomprensible providencia, haya permitido sea contrastado este reino divino por ese antagonismo infernal hasta la hora de su completo vencimiento en el universal Juicio. Existe dicha infernal sociedad, y obra y maquina y escribe y perora y legisla y gobierna y batalla y conquista y está en ella la clave de la mayor parte de los acontecimientos modernos. Obra suya es este mundo oficial establecido en todas partes ó directamente contra Dios, ó vergonzosamente prescindiendo de Dios, ó hipócritamente queriendo reparta Dios con sus enemigos su esencial soberanía. De sus centros sale inspirado, como de horribles cenáculos de Luzbel, casi todo lo que hoy se predica y se enseña á los pueblos en discordancia con la santa Iglesia católica, apostólica, romana. Mundo, demonio y carne tenian ya desde Adan máximas y procedimientos y aficiones en oposicion á la verdad: la Masonería ha venido modernamente á dar á todas esas fuerzas individuales y, por decirlo así, sueltas y desligadas, una siniestra unidad de principio, de fin y de procedimientos, cuya perfeccion y tino sólo se comprende y se

explica reconociendo que son diabólicas. Que el diablo, malo es, pero tiene angélica inteligencia, pues esa, como enseña la Teología, no se la destruyeron ni su pecado ni su castigo.

De cuál sea la material extension, y por ende la espantosa influencia de esa iglesia anticristiana, ayer subterránea, hoy, más que á flor de tierra, preponderante y entronizada, darán idea los siguientes datos estadísticos que, con respeto á Europa, tomamos de un periódico autorizado y que creemos exactos:

Inglaterra.—La Gran Logia de Inglaterra, cuya sede está en Londres, data de 1717; tiene á sus órdenes la cifra formidable de 2,019 logias. Otra potencia de «rito antiguo y aceptado» para Inglaterra y el país de Gales, lleva el título de «Supremo Consejo, del grado 33.» Fué establecida en 1845, y cuenta 88 capítulos.

Escocia.—La Gran Logia de Escocia, cuya sede está en Edimburgo, fué fundada en 1738, y tiene á sus órdenes 891 logias. El Supremo Consejo del grado 33 del rito escocés antiguo y aceptado cuenta con 10 capítulos.

Irlanda.—La Gran Logia de Irlanda, cuya sede está en Dublin, tiene á sus órdenes la enorme suma de 1,014 logias.

Dinamarca.—La Gran Logia de Dinamarca, cuya sede está en Copenhague, fué fundada en 1747, y tiene á su órden 10 logias.

Suecia y Noruega.—La Gran Logia de estos reinos, cuya sede está en Stockolmo, fué fundada en 1754, y tiene á su órden 33 logias.

Bélgica.—El Gran Oriente de Bélgica se estableció en Bruselas en 1832, y dispone de 24 logias.

Holanda.—El Gran Oriente de los Países Bajos reside en La Haya; fué fundado en 1756, y dispone de 79 logias, que en 1884 reunian 2,185 asociados.

Alemania.—La Alemania del Norte posee 8 poderes masónicos y 5 logias independientes, con un total de 42,496 masones activos.

La Gran Logia nacional, Logia-Matriz, se halla en Berlin y fué fundada en 1774. Cuenta con 113 logias, que reunen 13,095 afiliados. La Gran Logia regional de Alemania, cuya sede está tambien en Berlin, data de 1774 y cuenta 107 lo-

gias, con un total de 8,762 asociados. La Gran Logia real de York, cuya sede está tambien en Berlin, fué fundada en 1798 y cuenta con 61 logias y 4,774 miembros. La Gran Logia de Hamburgo, cuya sede está en Hamburgo, fué fundada en 1740, y cuenta con 31 logias y 2,629 afiliados. La Gran Logia ecléctica de Francfort, fué fundada en 18 de Marzo de 1783, y cuenta con 12 logias y 1,396 miembros. La Gran Logia de Baviera, el Sol, fué fundada en 21 de Enero de 1741, y cuenta con 24 logias y 1,701 miembros. La Gran Logia regional de Sajonia, cuya sede está en Dresde, fué fundada en 1811, y cuenta con 18 logias y 3,000 miembros. La Gran Logia de la Union masónica, cuya sede está en Darmstadt, fué fundada en 1846, y cuenta con 9 logias y 896 miembros.

Francia.—El Gran Oriente de Francia reside en París, fué fundado en 1736 y tiene bajo su obediencia 66 talleres en París, 13 en los departamentos de Sena, 208 en los otros departamentos, 14 en Argel, 11 en las colonias y 28 en las diversas naciones extranjeras. Además del Gran Oriente existen en París:

1.° El Supremo Consejo del rito Escocés antiguo, acreditado para Francia y sus dependencias.

2.° El órden masónico oriental del Misraim ó de Egipto.

3.° La gran logia simbólica escocesa de Francia.

Luxemburgo.—El Consejo Supremo del gran ducado de Luxemburgo, fué establecido en 1844, y cuenta 2 logias.

Hungría.—El Gran Oriente de Hungría reside en Pesth, fué fundado en 1871, y cuenta con 15 logias. La gran logia de Hungría, fundada en 1870, cuenta con 24 logias y 783 miembros.

Italia.—El Gran Oriente de Italia, Supremo Consejo, fué fundado en 1861, y cuenta con 150 talleres.

España.—El Gran Oriente nacional de España, gran logia española, reside en Madrid; fué fundado el 15 de Enero de 1726 por lord Warton, y tiene á sus órdenes 182 logias. Además existe un Supremo Consejo de la Masonería española fundado en 1868, y cuenta con 216 logias y 33 capítulos.

Portugal.—El Gran Oriente lusitano de Lisboa y Supremo Consejo de la Masonería portuguesa, fundados en 1805, se fusionaron en 1869, y cuentan con 114 logias.

Suiza.—La gran logia de Berna, fundada en 1844, cuenta con 74 logias.

Resúmen de esta tenebrosa estadística es que existen en Europa (en Europa solamente) cinco mil cuatrocientos ochenta y seis logias, ó sean parroquias de esta infernal iglesia, debiéndose hacer constar que no las tienen menos en las demás regiones del mundo conocido, especialmente la América, donde la corrupcion masónica está infiltrada de un modo particular.

III.

Si es realmente tan influyente y de tanto valer como se supone en el mundo actual la Masonería.

Después de afirmar la existencia de la Masonería, contra los que en un concepto ú otro traten de hacer pasar como mito fantástico esta tenebrosa conjuracion contra Dios, pasa el Papa á consignar sobre ella otras dos afirmaciones importantísimas. Primera, la de su formidable influencia social hoy dia. Segunda, la del carácter maléfico y absolutamente anticristiano de esta influencia social. Dos verdades, que desde luego se obstinan en oscurecer y paliar los encubridores de la infernal secta, ya que no les sea posible por lo menos negar su material existencia.

«En el espacio de siglo y medio, dice el Papa, la secta de los fracmasones ha logrado increíbles progresos. Empleando á la vez la audacia y la astucia ha invadido todos los grados de la jerarquía social, y comienza tener en el seno de los Estados modernos un poder que casi equivale á la soberanía. De esta rápida y formidable extension han resultado por necesidad para la Iglesia, para la autoridad de los príncipes y para la salud pública los males que nuestros Predecesores habian con mucha anticipacion previsto. A punto se ha llegado en que hay motivo de concebir para lo venidero los más

serios temores, no ciertamente en lo que concierne á la Iglesia, cuyos sólidos fundamentos no se han de quebrantar por los esfuerzos de los hombres, sino con relacion á la seguridad de los Estados, en cuyo seno se han hecho poderosísimas, bien esta secta de los fracmasones, bien otras asociaciones similares cooperatrices suyas y satélites.»

Por entero hemos trasladado aquí este párrafo, porque en medio de su austera sobriedad es de los más graves de tan importante Documento. Oficialmente sabemos por él que la Francmasonería no es una asociacion de poco más ó menos, una liga de malhechores vulgares, un hato de perdidos, como vulgarmente se dice, sino que tiene invadidos *todos los grados de la jerarquía social*. Ciertamente lo sabíamos ya, pero hoy oficialmente se nos advierte. De modo *que todos los grados de la jerarquía social* están podridos de esta lepra: no precisamente tales ó cuales capas sociales en que es más comun al parecer la disposicion para toda clase de fechorías, no ya los grupos más avanzados de la moderna demagogia, los que forman la vanguardia y descubiertas de ella, los que sin rebozo alguno anuncian su horrible deseo de borrar de la tierra el nombre de Dios y abolir bajo el rasero nivelador de su odio toda distincion jerárquica y todo concepto de autoridad. Nó. La Masonería (y por ende mucho más el Masonismo) es una enfermedad, una cierta filoxera, que tiene invadidos *todos los grados de la jerarquía social, omnes reipublicæ ordines*, como dice textualmente Su Santidad. Y eso no como ligera infeccion, no como leve achaque ó resabio de poca trascendencia, sino en términos que *comienza á tener en el seno de los Estados modernos un poder que casi equivale á la soberanía. Ut prope dominari in civitatibus videatur*, como clásicamente dice el hermoso texto original.

¡Santos cielos! ¡Y nosotros que tan frecuentemente nos hemos visto aturrullados y casi excomulgados por delito de pesimismo, cuando alguna vez con más ó menos reservas nos hemos atrevido á expresar este concepto que nos merecia todo el conjunto de la actual sociedad! ¡Nosotros, los exagerados y fanáticos, que hemos creido siempre que por lo alto y por lo bajo, por lo ancho y por lo largo, eran Masonismo puro, heterodoxia pura, formal herejía contra Dios

y su Cristo y su Iglesia y sus más adictos hijos, los constituyentes principales de ese organismo moderno, adrede traído al mundo y adrede patrocinado por todos los hijos de Belial para guerrear contra Dios nuestro Señor! Es verdad que nos hemos quedado cortos ante la soberana afirmacion del Vicario de Cristo, que nos asegura están invadidas de esa malignidad todas las esferas del órden social existente, *omnes reipublicæ ordines*. Grabémoslo en la memoria y no permitamos se nos borre de ella jamás. Sepamos entre quién vivimos, sepamos con quién andamos, pensemos con quién á todas horas hemos de combatir. Con universal contagio que tiene invadidas *todas las esferas ó grados del órden social*, con enemigo que nos roza y con nosotros se codea por todas partes, con perniciosa atmósfera que se nos cuela y nos ataca y nos envenena por todos lados. Que nos combate descaradamente en la plaza pública y desde los puestos oficiales, donde su poder equivale casi á soberanía: que se esconde cautelosa tal vez en nuestro propio doméstico hogar, si no somos vigilantes celosos de él; que nos acecha quizá, como áspid entre flores, entre las mismas obras de piedad; que maquina contra nosotros por medio de lazos mil que sólo los muy avisados (y sólo los santamente intransigentes) pueden prevenir y burlar.

Solemnes palabras éstas y que encierran un gran principio de conducta, una gran regla práctica para la vida del católico de hoy. Ellas vienen á erigir como principal norma de prudencia en nuestro actual modo de vivir y de luchar, principalmente con los poderes públicos, lo que nos permitirémos apellidar, un criterio de desconfianza. Sí, sin vacilar volvemos á escribirlo, no á la ligera, sino después de sosegada meditacion. A las virtudes fundamentales que en todo tiempo ha debido mirar como propias el buen soldado de la verdad, ha de agregar hoy ésta que es la característica de la época: una sábia y prudente desconfianza de cuanto le rodea. Es evidente. Porque cuanto le rodea está infecto, está contagiado, está invadido de este virus masónico que trae envenenados todos los grados ó esferas del órden social.

Falta de caridad se hubiera llamado, algun tiempo atrás, este franco consejo por algunos desdichados que tal vez ig-

noran que esta misma palabra «caridad» es la que años há solemos mirar nosotros con más recelosa desconfianza. No lo dirán ya ahora, porque no está fundado en apreciacion nuestra, sino en informes del Papa, ese criterio desconfiado y pesimista que les predicamos aquí. Tanto más cuanto esa misma secta diabólica no encontró máscara más á propósito para cubrir su rostro, que la de la santa práctica de la caridad, pretendiendo pasar nada menos que por mera asociacion caritativa.

IV.

Pero ¿no se dice por ahí por quien puede saberlo que la Masonería es una mera asociacion de beneficencia?

Naturalmente; lo que desea sobre todo la secta masónica, donde puede conseguirlo, es, como hemos dicho, que se niegue ó ponga en duda su propia existencia. En eso obra conforme á sus instintos de secta secreta. Donde, empero, desconfia de lograrlo, conténtase con que no se la conozca, al menos, como realmente es. Para esto lo primero que necesita es cómodo y simpático disfraz en que envolverse, y ninguno se presta más para el caso que el de la caridad. Disfraz cómodo hemos dicho, porque nada más fácil que llamarse caritativa una asociacion, y áun nada más fácil que parecerlo, como luego vamos á ver. Disfraz simpático además, como que simpáticos son siempre la generosidad y largueza, provengan de quien provengan, como muy luego verémos tambien. De ahí el empeño de la Masonería en aparecer benéfica y filantrópica, con lo cual consigue dos fines: primero, el de ocultar á los inocentes su verdadero carácter; segundo, el de atraerse con ese aspecto de buena obra á los que no miran el fondo de las cosas y se fijan en sola su exterior envoltura. El Papa en su Encíclica hácese cargo tambien de este

satánico ardid. ¿Es, de consiguiente, ó no es la Masonería una asociacion de beneficencia?

Sí y nó; y vamos á dar la explicacion de esta extraña y al parecer contradictoria respuesta.

Sí, es en cierto modo asociacion de beneficencia, porque para adquirir adeptos en gran número y para conservarlos unidos con cierta solidaridad al través de las diferencias de nacionalidad y de raza, no halló medio mejor que el de una proteccion mutua universal, por la que el afiliado se encuentre en todo lugar ayudado por sus coafiliados, en sus necesidades, en sus relaciones, en su carrera, etc. Así en varios puntos y en determinados ramos del servicio público ser mason es la mejor de las recomendaciones para lograr ser bien colocado. Se ha dado recientemente el caso de un jóven aprovechadísimo, pretendiendo una plaza de cierto órden á la que podia con muy buenos títulos aspirar, y al que sencillamente se respondió por quien era consultado sobre dichas sus pretensiones: «No tiene V., amiguito, más que pasarse á casa D. Fulano de Tal y dar su nombre á la logia.» El jóven era católico firme, y declaró que no acudiria á un recurso tan contrario á su conciencia. «Vaya, no sea V. niño, le dijo el encopetado señoron; allí encontrará V. continuados nombres de personajes que son tan católicos como V. y no se hacen tan del escrupuloso. Hoy no se medra casi más que por este camino.» Y en efecto debe de ser así en la generalidad de los casos, y salva siempre tal cual honrosísima excepcion. Lo cual perfectamente se comprende que casi no puede ser de otro modo. Siendo esencialmente masónico todo el concepto del Estado moderno, y siendo masones los principales representantes de él, y habiéndose de tal suerte constituido y organizado hoy la cosa pública, que casi todo depende en ella de la influencia del Estado, que es el mayor grado de absolutismo que cabe imaginar, síguese por consecuencia inflexible, que todo ó casi todo pende hoy en las carreras públicas de la influencia directa ó indirecta de la Masonería. Y seria muy necia la Masonería si no aprovechara en bien y servicio propios este colosal poder que tiene en los modernos Estados. Y malvada lo es la Masonería, pero necia no, como no es necio, sino extremadamente sabio, aunque muy malvado, Luzbel su oculto inspirador.

De ahí que en la provision de empleos y cargos públicos ande frecuentemente la mano eficaz de la Masonería para elevar á quien ella quiere, y hacer no sobresalga aquel á quien ella no consienta sobresalir. Lo cual explica muy llanamente lo fenomenal de ciertos encumbramientos y de ciertas depresiones. En los grados de la jerarquía militar ayuda al mérito personal, y puede muy bien suplirlo si conviene. En actos de oposicion literaria y en confeccion de ternas no es inverosímil haga inclinar muy á menudo la balanza y la conciencia. En el comercio y en la navegacion proporciona relaciones que son el capital de más importancia para el mercader: en operaciones de guerra abre plazas cerradas, facilita planos y confidencias, y sin á veces disparar más que proyectiles de oro gana estupendas victorias. En el campo de las letras improvisa *éxitos* fabulosos á dramas y novelas y tratados científicos que sin ella no saldrian de la oscuridad, así como ahoga en la maléfica conspiracion del silencio la obra del ingenio más elevado, si no se somete á aceptar el odioso refrendo de la secta. Por medio de recursos mil que ofrecen hoy el periodismo y la asociacion, puede llegar la Masonería en puntos dados á monopolizar de tal suerte las funciones sociales y la misma opinion pública, que llegue á ser imposible á quien no se rinda á ella hacerse lugar alguno en la vida social. Con lo cual viene á cumplirse perfectamente lo que está profetizado en el Apocalipsis del reinado de aquella Bestia simbólica, que significa (segun todos los expositores) el poder anticristiano de los últimos tiempos. «La cual, dice, logrará que nadie pueda comprar ó vender sino aquel que lleve encima la marca ó sello de la Bestia ó la cifra de su nombre.» A realizar eso en la vida moderna tiende sin cesar la Masonería, y ¿quién duda que en gran parte lo va logrando ya?

Así por una trabazon ó encadenamiento de intereses individuales, convergentes todos á un interés general de secta, conviértese ésta en Asociacion de socorros mutuos para sus afiliados. Y á la vez que la ayuda este lazo para atraerlos y retenerlos, le sirve además para cubrir con honrado pabellon el contrabando de su propaganda. Aquí, pues, de nuestra pregunta, ó mejor, del sí y del nó de nuestra respuesta. Es

Asociacion maléficamente benéfica la Masonería, por cuanto procura con el auxilio mutuo de sus asociados extenderse y ejercer su pavoroso influjo en la máquina social de que es hoy el más poderoso resorte. No es Asociacion benéfica, si por tal se entiende, como entenderse debe, una Asociacion dedicada al ejercicio de la caridad por fines puramente caritativos y propiamente tales, así en favor del cuerpo como del alma del favorecido, y sin limitar su auxilio al círculo de los afiliados ó que se quiere lo vengan á ser.

V.

En que se confirma, con una observacion muy al caso, lo dicho en el capítulo anterior.

Que no es la Masonería tal Asociacion de beneficencia y caridad que aseguran sus afiliados y encubridores, lo demuestra y convence un argumento solo, ante el cual son ociosos todos los demás y al que es imposible pueda contestar satisfactoriamente cualquier mason.

Es el siguiente.

La Masonería goza por nuestros pecados de gran preponderancia é influjo en el mundo moderno oficial y extraoficial. En muchos puntos, ha dicho el Papa, su oculto poder equivale casi á la soberanía. Más en crudo lo dirémos nosotros. En muchos puntos la influencia masónica ha llegado á sustituir completamente á la antigua influencia social de que en tiempos mejores gozaba el Catolicismo. Sí, y no se ufanen de este triunfo los masones. En no pocas esferas de nuestra sociedad tiene hoy el Masonismo la plenitud de influencia y de accion que en otros siglos tuvo la Iglesia católica.

Mas aquí entra ahora de lleno nuestra argumentacion.

Cuando en sus tiempos de preponderancia social dominó al mundo la influencia católica, llenólo todo de insignes monumentos de su espíritu verdaderamente humanitario y ca-

ritativo. No nos salgan aquí con sus acostumbradas palabrotadas de tinieblas y oscurantismo nuestros adversarios. Escrito está en la historia, y todas sus retóricas no lo borrarán de ella. Dueña del mundo para su bien la Iglesia, no hubo al momento necesidad á que no atendiese, lágrima que no enjugase, amargura que no suavizase, angustia física ó moral sobre la que no extendiese su manto maternal. Los grandiosos acueductos, las regaladas termas, los anchurosos circos, los soberbios arcos de triunfo, pudo tenerlos más espléndidos, aunque amasados frecuentemente con sangre, el paganismo: los hospitales, casas de huérfanos, asilos de peregrinos, institutos de redencion de cautivos, no los fundó, ni los sostiene, ni los sirve nadie sino el Catolicismo. Ni un palmo de tierra hay en que haya dominado el Catolicismo, donde no se ostenten claras é irrefragables las pruebas de esta verdad. Las asociaciones mil que para eso ha inspirado, las Ordenes religiosas que con tal objeto ha establecido, las gracias espirituales con que todo eso ha alentado, los héroes de pública beneficencia que ha canonizado, á la vista están y llenan nuestros gloriosos anales. Aún hoy mismo, pobre, despreciada, perseguida, saqueada en todas las naciones del globo, la santa Iglesia de Dios halla en el fondo sin límites de su inmensa caridad recursos mil con que seguir socorriendo y consolando al género humano. Sus Institutos antiguos se mantienen en todo su vigor; otros nuevos brotan cada dia al impulso de la fe que arde viva en su seno. Aún no hace medio siglo fundó las *Hermanitas de los pobres*, y estas angelicales criaturas tienen ya asilos de ancianos en todo el globo. Aún no hace tanto ocurrióle al hombre de Dios D. Bosco fundar sus *Talleres salesianos*, y más de cien mil niños obreros tienen hoy ocupados en ellos y robados á la propaganda socialista el celo del incansable fundador. De estos dias es el anuncio de las *Hermanitas del obrero* fundadas en Grenoble, y que tendrán luego su casa-convento entre el humo de carbon de piedra de nuestras fábricas, para desinfectarlas del otro humo del infierno que tan frecuentemente asfixia en ellas el alma del pobre trabajador. Esto hace y mil otras cosas ha hecho y mil otras cosas hará aún en favor de sus propios enemigos y perseguidores la vilipendiada, la empobrecida, la por todos lados acosada Iglesia de Dios.

¿Qué hace en cambio en favor de los pobres y desvalidos la prepotente y entronizada Masonería? ¿Qué obras funda? ¿Qué institutos crea? ¿Qué Hermanos y Hermanas lanza á la muerte en los horribles dias de epidemia? ¿Qué desvalidos mantiene? ¿Qué niños recoge? ¿Qué mujeres perdidas rehabilita? ¿Qué ancianos consuela? ¿Qué enfermos asiste? ¿Qué muertos sepulta? ¿Dónde están sus vastos hospicios, sus deliciosas casas de asilo, sus huerfanatos y casas de leprosos, sus talleres de artes y oficios, sus casas de arrepentidas? En vano los buscamos en la moderna estadística, porque no constan en casilla alguna, áun de los cuadros oficiales que sus mismos Gobiernos nos dan.

¿Con qué nada ha hecho la Masonería? ¡Ah! sí, mucho ha hecho, ó mejor, mucho ha deshecho. Con el mayor furor se ha empleado años y años en demoler satánicamente todo lo nuestro. Por medio de las leyes de desamortizacion, que son leyes *suyas,* ha robado todo lo que la piedad de muchos siglos habia acumulado en manos de la Iglesia en favor de los pobres. Por medio de las leyes anticongregacionistas, que tambien son *suyas,* ha robado en Francia del lecho del moribundo hasta las Hermanas de la Caridad. Por medio de otros mil ardides y procedimientos *suyos* ha procurado en todas partes paralizar nuestra accion, menoscabar nuestra influencia, aislar al pobre del sacerdote, secuestrarle por medio de los *solidarios,* que son tambien cosa *suya,* hasta de las manos de Dios en el supremo instante de la muerte, y de los honores de la tumba cristiana después de su fallecimiento!!!

¡Ah! ¡así, así es benéfica y filantrópica y humanitaria la Masonería! Díganlo las lujosas quintas que ha alzado sobre el solar de los viejos monasterios para regalo de improvisados señorones; dígalo aquel soberbio landó tirado por gallardo tronco en que pasea su respetable persona aquel filantrópico mason que se hizo rico con los bienes de las casas de beneficencia; díganlo aquellos demagogos convertidos en opulentos propietarios por medio de las subastas de bienes del hospital. ¡Dúdese, después de esto, si es ó no asociacion benéfica la Masonería, que tan bien ha sabido beneficiar en provecho propio y de sus paniaguados los bienes de los pobres y de la Religion!

VI.

De la Masonería bajo su aspecto doctrinal, ó sea del Masonismo, objeto preferente de este opúsculo.

Después de los breves capítulos que hemos dedicado á dar una ligera idea de lo que es la secta masónica bajo su aspecto material, parécenos llegada ya la oportunidad de tratar de ella bajo su aspecto formal ó de doctrinas, que éste es el verdadero objeto de nuestro actual trabajo, no habiendo sido lo anterior más que un cierto prólogo ó preliminar de él. Porque es evidente, como ya al abordar esta materia insinuábamos, que para nosotros y para todo católico que vea claras las cosas como las ve el Papa, lo verdaderamente grave de este asunto no es la agrupacion de tantos ó cuantos hombres que, con sendos mandiles y bandas y estrellas, tienen el gusto de formar en dias dados una cierta mojiganga más ó menos estética y entretenida. Cuántos sean estos hombres, cuál su organizacion y jerarquía, qué fiestas y ceremonias sean las suyas, es un estudio que ni en cien libros puede hacerse, y que hoy ha perdido gran parte de su interés desde que la Masonería ha dejado de tener en su favor la sombra ó media luz del arcano en que se envolvia. Nuestros lectores pueden, pues, hacerse buenamente con cualquiera de los autores en que eso se explica.

Menos tratado es el asunto que á nosotros nos llama preferentemente la atencion. Masonismo es algo más que Masonería; *latius patet,* como se diria en las escuelas. Es un concepto más general, más amplio, más comprensivo. Masonismo es la doctrina de la Masonería, es su espíritu, es su influencia, es esa cierta atmósfera que irradia en torno de sí y con la cual ha llegado casi á inficionar completamente al mundo y á hacer cómplices suyos hasta á muchos que no son masones. Masonismo es un conjunto de principios, máximas, teo-

rias, procedimientos, aplicaciones, que han llegado á formar como un cierto carril por donde anda hoy encarrilado el mundo moderno, descarrilado ya completamente en su parte oficial de las vias antiguas suyas que eran las de Dios y de la Iglesia católica. Masonismo es esa cierta cosa que á un cristiano firme, y que lo quiera ser en todos los terrenos, lo hace parecer hoy dia como una monstruosidad ó un fenómeno raro ó una singularidad exótica que disuena de todo lo que le rodea. Masonismo, en fin, es casi todo lo que encuentran natural y corriente los hombres del mundo de hoy, y hasta ¡oh dolor! muchos católicos, obligados en conciencia á discurrir segun otros criterios. Y lo encuentran natural y corriente, porque se han formado (muchos tal vez sin pensarlo) un criterio masónico en vez del criterio católico, y masónicamente ven, y masónicamente aprecian, y masónicamente juzgan, y masónicamente fallan y masónicamente obran; y todo eso sin ser masones, y creyendo tal vez aborrecer muy cordialmente á la Masonería. Que este, este es el más horrible carácter de la época actual; el desconocimiento completo en que viven de su verdadera posicion muchos católicos á su modo, en quien tiene la Revolucion sus más eficaces y poderosos auxiliares.

Y este, este es el triunfo verdaderamente satánico que se propone acabar de lograr la Masonería, y que (digámoslo con franqueza) en gran parte ha conseguido ya. Haber borrado del mundo social la imágen de Cristo que la predicacion cristiana le habia impreso, y haberle dado en su lugar la de Luzbel, sin que el mundo al parecer haya llegado á notar este cambio. Haber sustituido, como alma de la sociedad, el Catolicismo por el Masonismo, sin que á primera vista notasen los incautos la diferencia de espíritu que anima al organismo social de hoy en contraste con el de otros siglos.

Hé aquí por qué damos tanta importancia al Masonismo sobre la Masonería. Esta fué el andamio para demoler el antiguo edificio cuyo coronamiento era la cruz, y para edificar el nuevo, que no quiere ostentar el signo cristiano. El andamio carece de importancia, construído el edificio: por eso, casi logrado ya el objeto social de la Masonería, empieza ésta á prescindir del ceremonioso aparato en que hasta hoy habia

vivido, y que ya no necesita para realizar su infernal mision. Hasta no extrañaríamos que, adelantando más las cosas, se lleguen un dia á declarar disueltas por sí mismas todas las logias. ¿A qué, en efecto, éstas, cuando todo el mundo oficial no sea ya más que una inmensa logia? Por eso se tiene razon hasta cierto punto cuando se dice que la Masonería tiene hoy menos valor é importancia que hace un siglo. Es lo natural. Entronizado en todas partes el Masonismo, va cesando la Masonería en su papel de apóstol, que ya carece de su principal interés.

El Masonismo lo es hoy casi todo. Contra él, en medio de ese campo de ruínas que ha amontonado, sólo queda en pié el Catolicismo. Masonismo y Catolicismo son, pues, los verdaderos elementos esencialmente contrapuestos en la feroz lucha de hoy, por lo cual en estas dos palabras hemos sintetizado todo el plan del presente estudio. Vamos á ver, pues, guiados por el Papa, qué cosa sea el Masonismo, y en qué aplicaciones prácticas más comunes se refleja su inspiracion satánica sobre la actual sociedad, y cuáles sean sus puntos principales de disentimiento en órden á la doctrina católica.

VII.

Concepto intrínseco de la Masonería bajo su aspecto doctrinal; ó sea esencial concepto de toda la enseñanza masónica.

La Masonería, más que sociedad de adeptos es símbolo de doctrinas que esos adeptos procuran á todo trance prevalezcan en la esfera social. A estas doctrinas masónicas, y á las influencias mil encaminadas á hacerlas prevalecer, y á la multiforme aplicacion que de ellas se hace á la vida pública, y áun hoy hasta á la privada, llamamos Masonismo.

¿Cuál es, pues, preguntarémos ahora, el concepto intrínseco y fundamental del Masonismo?

Y nos responde el Papa en su sapientísima Encíclica *Humanum genus* con estas palabras que precisan y definen claramente toda la cuestion. «Tratan, dice, los francmasones, y todos sus esfuerzos tienden al objeto de destruir de raíz toda disciplina religiosa y social que ha nacido de las instituciones cristianas, y de sustituírla con otra nueva adaptada á sus ideas, y cuyos principios y leyes fundamentales están sacados del Naturalismo.»

El Masonismo, pues, definido está: es el Naturalismo.

¿Y qué es el Naturalismo?

Lo dice la palabra misma y trae en su propia etimología su más clara definicion. El Naturalismo es la negacion, ó por lo menos la exclusion del órden sobrenatural cristiano.

Es, pues, el Naturalismo el perfecto y completo anticristianismo.

Entremos aquí en alguna explicacion.

Todo el órden cristiano está fundado en el dogma de la primera caída del hombre y en el subsiguiente de su rehabilitacion por el Unigénito de Dios, Encarnado. El hombre natural es, pues, el hombre de pecado, que ningun medio tiene ni para ser debidamente bueno en la tierra ni para alcanzar su último fin después de esta vida. El hombre para ser debidamente bueno y lograr su último fin debe ser, no el hombre natural que cayó, sino el hombre sobrenaturalizado á quien levantó y sostiene con su gracia Jesucristo. Más claro: no le basta hoy al hombre ser el hombre de la creacion, debe ser además el hombre de la redencion. El sér de hombre no le es suficiente para su debido complemento: necesita además el sér de cristiano. Sobre estos principios de eterna verdad, presentidos un dia por la misma humana filosofía, aunque no puestos en claro más que por la divina Revelacion, está fundado el Catolicismo, y de ellos saca lógicamente éste todas sus conclusiones.

El Naturalismo parte de principios radicalmente opuestos. Segun él no cayó el hombre ni necesitó de consiguiente rehabilitacion. Si hubo, pues, Dios Criador, que de esto no anda aún bien asegurado el Naturalismo, sabe en cambio muy de buena tinta que no hubo Redentor. Jesucristo, pues, fué puro hombre, y la Iglesia es puro embeleco. El sér racio-

nal es perfecto y nada necesita de más arriba para el logro de todos sus fines, incluso el último fin, que por de pronto el Naturalismo ignora cuál sea. El hombre, pues, todo lo tiene en sus propios medios y todo lo puede con ellos solos: sabe todo lo que necesita, porque está entera su razon; practica cuanto le conviene, porque no está enferma su voluntad; vence cuántas resistencias oponga á su ley moral el apetito ó la pasion, porque está completamente sano su libre albedrío. Y como se basta para todo á sí propio el hombre, así se basta á sí propia para todo la sociedad, que tambien en su razon está perfectamente ilustrada y omnisciente; en su voluntad, perfectamente sana y no inclinada al mal; en su libre albedrío, no supeditada á suerte alguna de malas inclinaciones y corrompidos instintos. Huelga, pues, del todo ese órden sobrenatural que predica el Catolicismo como indispensable auxiliar de la naturaleza enferma y decaída; huelga Jesucristo como Autor y Conservador y Consumador de este órden sobrenatural; huelga esa especial organizacion del sobrenaturalismo que se llama Iglesia católica; y en último resultado huelga hasta esa suprema entidad misteriosa que se llama Dios, y que es ya la última negacion lógica del Naturalismo.

Hé aquí en ligero esbozo delineado este sistema anticristiano, cuyos fundamentales absurdos cuesta poco señalar ya á la primera ojeada. Aun prescindiendo de lo que enseña la Revelacion de Cristo Dios apoyada en todos sus poderosos motivos de credibilidad, el concepto que del hombre y de la sociedad empieza por sentar el Naturalismo es un concepto evidentemente falso. El hombre, dice, es perfecto; la sociedad, dice, es perfecta; todo lo tienen ellos en sí y nada necesitan superior á sí. Error grosero contra el cual deponen la propia experiencia y el buen sentido de todos los siglos. El hombre es flaco, es ciego, es miserable, es de suyo mal inclinado; su libre albedrío está de continuo contrastado por perversos instintos á los que sin la gracia no se resiste. Necesita, pues, luz *superior* para conocer, fuerza *superior* para obrar, ayuda *superior* para no ser de continuo vencido. No es un sér perfecto, es una miserable ruina de algo que tuvo un dia su perfeccion y que después necesitó costosísimo remiendo. Nace

llorando, sólo puede ser bueno luchando y venciéndose, y hasta para bien morir necesita quien le ayude á saberlo hacer. ¿Y la sociedad? La sociedad, conjunto de hombres, es, como toda suma, igual en naturaleza á las cosas sumadas. Imperfecta, ruín, mal inclinada, sólo logrando vivir merced á la represion y al freno, que son de suyo señal de muy poca perfeccion.

Hé aquí, pues, como fundado sobre esas mentirosas bases, el Naturalismo es pura mentira todo él. Y, sin embargo, el Naturalismo ó sea Masonismo es el gran sistema (teórico ó práctico) de las gentes de hoy.

VIII.

Aclárase más el concepto intrínseco y fundamental del Masonismo, y su oposicion esencial al Catolicismo.

El Masonismo es el Naturalismo, y el Naturalismo es, como vimos en el capítulo precedente, la negacion de la caída original del hombre, de su rehabilitacion por Cristo Dios, y consiguientemente de los derechos de Este (individuales y sociales) sobre su criatura redimida. El Masonismo no es, pues, el ateísmo crudo, como se figuran algunos, aunque por consecuencia lógica haya de parar en él: ni es la demagogia, ni es el socialismo, aunque indefectiblemente por sus pendientes haya de llegar la sociedad á estos extremos. Nada de esto. El Masonismo procura mantenerse en la esfera de un conservadurismo honrado y sensato á su manera. Quiere los fundamentos sociales, quiere órden, quiere equidad, quiere mutuo respeto de las clases y de los intereses; sólo que todo esto lo quiere sin Jesucristo, sin el Cristianismo, fuera completamente de la atmósfera cristiana. Problema difícil y más que difícil insoluble, porque después de la Revelacion cristiana se ha hecho imposible no ser de ella, sin caer en lo hondo

de la más horrible anarquía individual y social. Que no están hoy las cosas como estaban antes de la venida de Jesucristo. Sociedad ó individuos que no han sido cristianos pueden muy bien permanecer en un cierto estado de natural honradez de que vemos en la historia algunos (aunque raros) ejemplos. Mas, sociedad ó individuos que han conocido á Cristo, y que después han renegado de El, no paran, por justo castigo del cielo y por inflexible ley de la lógica, sino en los profundos abismos del satanismo más repugnante. Tambien eso enseña la historia y muestra cada dia la experiencia. Y la razon es obvia. No habiendo conocido á Cristo, ni teniendo idea de su Revelacion, puédese ser no-cristiano, que grave mal es, pero no el peor de todos. Conocidos Cristo y su Revelacion, y apostatando de El y de ella, no cabe ya ser más que anticristiano decidido. Lo cual es tan diverso como lo es el carecer sencillamente de una cosa, ó el ponerse en estado de franca y declarada guerra contra ella.

Esta es hoy la situacion de la Masonería, ó mejor, del Masonismo. Su objetivo es la organizacion de un órden social sin Cristo; mas por necesidad se ve en el caso de organizar un órden social contra Cristo. Quisiera simplemente una sociedad no-cristiana, como la de ciertos pueblos de la antigüedad; mas por lo mismo le resulta una sociedad anti-cristiana ó satánica. Más claro. Naturalismo un dia pudo ser mera ausencia más ó menos culpable del Sobrenaturalismo: hoy dia Naturalismo por la fuerza de las cosas no puede ser más que Anticristianismo.

El Papa recorre en su famosa Encíclica *Humanum genus* las diversas esferas del órden social en que más clara deja ver su influencia naturalista ó anticristiana el Masonismo hoy dominante. Siguiendo su sábia huella creemos poder reducirla, para instruccion de aquellos que no hayan jamás discurrido sobre estas materias, á los puntos siguientes:

Religion.
Estado.
Familia.
Propiedad.
Educacion.
Enseñanza científica.

Beneficencia.
Literatura y artes.
Diversiones.

Que son otros tantos problemas en que aparecen hoy dia francamente contrapuestos el criterio masónico y el criterio cristiano, y cuya mera indicacion señala un programa de estudios digno de llenar libros, más que ligeros capítulos de un folleto popular. Sea, empero, lo que fuere de esto, creemos que haciendo notar en cada uno de estos puntos como el *sí* masónico es siempre en ellos el *nó* cristiano y viceversa, se les esclarecerán á muchos de nuestros lectores las dudas que pudieren á caso tener aún sobre lo general y preponderante del Masonismo en nuestros dias, y verán cuán cierto es aquello que les deciamos poco há, esto es, que masónicamente piensan y masónicamente hablan y masónicamente fallan y masónicamente obran muchísimas personas que juzgan tal vez de buena fe aborrecer cordialmente al Masonismo y á la Masonería. Que es observacion que nunca nos cansarémos de repetir, y que alguna otra vez tendrán que sufrirnos con bondad y paciencia nuestros pacientísimos y bondadosísimos lectores. Porque, no lo duden, en eso, en eso último está todo el secreto de nuestros males de hoy y del formidable poder que sobre nosotros ejerce la opresora Masonería.

IX.

De cuál sea la oposicion radical entre el Masonismo y el Catolicismo en el modo de apreciar el concepto de la Religion.

Vamos desde ahora á recorrer uno por uno los principales puntos en los cuales se manifiestan esencialmente contradictorias la solucion católica y la solucion masónica; modo el más práctico de que vean hasta los menos versados en estos estudios cuán hondo abismo separa al Masonismo del Catoli-

cismo, y además cuán formalmente masónicas son muchas de las ideas que tan sin escrúpulo profesan hoy dia áun algunos que no quieren pasar por menos que por honrados cristianos.

El primer problema que se presenta al humano entendimiento es el de la Religion, ó mejor, éste es problema que los encierra todos. Mas nosotros queremos únicamente hablar aqui de la Religion bajo el aspecto que tiene de obligatoria para el hombre asi que por él es conocida; y dicho se está que hablando de Religion no nos referimos más que á la católica, apostólica, romana, única verdadera.

Ahora bien. El *sí* y el *nó* contradictorios del criterio masónico y del criterio católico empiezan ya ahí. El Masonismo sostiene que la Religion es un asunto puramente individual é interno de cada uno; que el hombre es libre de servir y adorar á Dios del modo que mejor le parezca, y que nadie puede ser obligado ó cohibido por otro en el ejercicio de tales ó cuales actos religiosos. Sobre esto basa el Masonismo su teoría de la libertad absoluta de cultos, que es para él el primero de los llamados derechos del hombre y el más sagrado é inviolable. Por lo cual todas las legislaciones modernas, inspiradas en el criterio masónico, lo primero que han consignado al frente de todos los articulos es este derecho fundamental, que se ha apellidado con el muy sonoro y pomposo lema de libertad de conciencia.

El Catolicismo sostiene contra eso, que no hay tal libertad de conciencia; que la Revelacion de Cristo Dios es obligatoria así para individuos como para naciones; que el carecer de fe ó profesar opiniones contra ella no es un derecho del hombre libre, sino una desgracia del hombre flaco y miserable. Que por tanto, si ha de haber siempre caridad y compasion para el que inocentemente yerra, ha de haber en cambio siempre severidad para el que sistemáticamente propala el error. Que en las sociedades cristianas que como tales quieren vivir y gobernarse, son de consiguiente penables los ataques contra la fe, como lo son los ataques contra cualquier otra institucion fundamental de aquella sociedad. Y que por lo mismo en ellas no se puede erigir en base de legislacion la libertad de conciencia, sino á lo más consignar *el hecho* de

una cierta tolerancia más ó menos lata, allí, ¡adviértase bien, por Dios! allí donde por antecedentes y concomitancias históricas se halla ya establecido y radicado *el hecho* de una diversidad más ó menos extensa de opiniones en materia de Religion. Pero que este *hecho*, cuando realmente exista, nunca puede sancionarse como un *derecho*, y menos buscarse exprofeso como un adelanto, sino que muy al revés debe procurar curarse y extinguirse, como cualquier otra calamidad social.

La Religion segun el Catolicismo no es relacion *libre* entre el hombre y Dios, relacion que pueda cada cual arreglarse y legalizarse á su antojo. De lo contrario seria preciso suponer perfectamente legítimas y gratas á Dios todas las impurezas é inmundicias y prostituciones con que se honraba á Venus y á Adonis en los templos de Chipre; todas las crueldades de los sacrificios humanos con que festejaban á Teutates los primitivos Galos; los horribles festines de carne de prisionero con que obsequiaban á su falso dios los Iroqueses; la muerte dada á los padres ancianos, como prescribia á los Masagetas una absurda piedad filial; el sacrificio de la viuda en la hoguera del marido, como exigen los funerales de la India, ó las espantosas carnicerías con que solemniza sus fiestas el sanguinario monarca de Dahomey. Si es lícito y justo cualquier modo de honrar á la Divinidad que se le antoje al hombre, lícitas y justas y gratas al cielo deben reputarse tales monstruosidades; ni es más punible un hombre por entregarse á ellas, de lo que lo es otro por predicar su falsa Biblia, ú otro por ponderar y practicar las maravillas y trampantojos de la mediumnidad. Y el Masonismo, ó ha de admitir como lógicos todos esos absurdos, ó ha de convenir con lo siguiente, que es lo exacto y racional: esto es, que no hay otro modo legítimo de honrar á Dios que aquel con el cual Éste quiere ser honrado. Y que habiéndose dignado el Eterno Padre enviar á su Unigénito al mundo para mostrar con su ejemplo y doctrina este modo único con que quiere se le sirva y honre, es rebeldía contra Dios y contra su Cristo abonar otros medios que no sean éste, ó enseñar que es *libre* el hombre para colocar su criterio religioso, sea el que fuere, frente á frente del criterio revelado por el Hijo de Dios. Particular-

mente después de haber Éste sellado su Evangelio con estas terminantes palabras, tan resueltas y decisivas que cortan de raíz toda pretension de humana libertad en este punto: «Quien (estas cosas) creyere y fuere bautizado, será salvo: quien no las creyere se condenará: *Qui crediderit et baptizatus fuerit salvus erit, qui vero non crediderit condemnabitur*.

Vean, pues, de quién se hacen eco tantos pobres ilusos que sostienen hoy dia la absurda y falaz teoría masónica de que la Religion es un asunto libre y puramente interno de cada cual, y de que cada uno es dueño de servir y honrar á Dios á su manera. Prescindiendo de que los que de tales modos libres pretenden servir y honrar á Dios, suelen por de contado no servir ni honrar á Dios de modo alguno y áun no acordarse poco ni mucho de que exista Dios.

Si se pretende que de los actos puramente internos y no manifestados por medio alguno externo no puede juzgar más que Dios, entonces se dice verdad, pero verdad de Pero Grullo: porque si dichos actos son puramente internos y de ningun modo exteriorizados, son absolutamente ocultos, y entonces claro está que no caen ni pueden caer bajo jurisdiccion alguna que no sea la directa del mismo Dios, único que ve las cosas ocultas. Por esto y en este sentido se dice que de los actos puramente internos ni la misma Iglesia puede juzgar. Mas esto no quiere decir que sean libres tales actos. Puede juzgarlos y los juzga terriblemente Dios, y puede legislarlos y los legisla severamente la Iglesia, aunque no pueda por sí propia juzgarlos sino cuando el mismo fiel los declara confesándose ante su misericordioso tribunal.

X.

De otro punto en que radicalmente se opone el Masonismo al Catolicismo, cual es el modo de considerar el Estado civil.

Si andan radicalmente opuestos el Masonismo y el Catolicismo en su modo de apreciar la relacion directa del hombre con Dios, que constituye el problema religioso, igualmente se oponen entre sí al formular el concepto del Estado civil, que es otro punto tambien trascendentalísimo.

El Estado para el Masonismo es independiente, soberano, sin otra sujecion ni freno que sus propias leyes, que no pueden emanar de otro poder que no sea él. El Estado, masónicamente hablando, es fuente de todo lo que constituye la vida social, es origen de la autoridad, autor del derecho, institutor de la familia, base de la propiedad, director único de la enseñanza. En una palabra, es un cierto dios. El Estado, segun la paradoja histórica de Rousseau, origen de todos los delirios liberales modernos, es como la suma de las voluntades de todos, y por tanto en su omnipotente entidad representa el derecho libérrimo de todos, y muestra cuál es la libre voluntad de sus componentes por medio del sufragio. Y aquello que la mayoría de los sufragios declara bueno, bueno es; lo que define como verdadero, aquello es lo verdadero; sin que en cielos ó tierra quepa norma superior á ésta, ni ulterior apelacion. De lo cual resulta, en la práctica, trocada esta independencia absoluta del Estado en la más odiosa y degradante servidumbre de todos los que dependen de él. El dios-Estado con tales atribuciones condecorado, es un déspota horrible que con brutalidad sin igual dicta sus caprichosas leyes y las impone *porque sí,* sin otra fuerza ni prestigio que el que le dan el látigo ó el sable que blande sobre la multitud embrutecida. De donde, por reaccion natural de la humana dignidad,

síguese en el pueblo una constante rebeldía contra ese linaje de autoridad humana endiosada, brotando entonces espontáneamente de los labios de todos aquella famosa exclamacion de un poeta :

¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

Porque, en efecto, si el que ha de mandarme y juzgarme en esta vida no me manda y juzga en virtud de un principio superior á mí y á él, ¿en virtud de qué derecho me manda ó me juzga este hombre, como no sea solamente por el hecho brutal de que es más fuerte que yo?

Tal es el fundamento de la teoría masónica sobre los derechos del Estado y los deberes del ciudadano. Veamos ahora la enseñanza católica.

Enseña el Catolicismo que el hombre ha sido criado por Dios para vivir en sociedad, y para mediante ella alcanzar su eterno fin. La organizacion social no es, pues, producto de un pacto ó convencion entre los asociados, como mintió Rousseau, sino de un querer de Dios que ha creado al hombre así y no de otra manera. La sociedad es, pues, de derecho divino por su fin y por su principio. Siéndolo ella, lo son sus bases fundamentales, la primera de las cuales es la autoridad. Así que, es de derecho divino toda legítima autoridad. Los que se burlan del derecho divino suponen mentirosamente que el Catolicismo no lo reconoce más que como auréola sagrada de los reyes. Nada más falso. Para la Iglesia es de derecho divino toda autoridad legítima, así la Real, como la aristocrática, como la popular, como la mixta. Para la Iglesia, quien legítimamente manda, nunca manda en nombre propio ni en nombre del pueblo; siempre manda en nombre de Dios, único que puede autorizar que mande un hombre sobre otro hombre su igual. Derívase de esto, y segun esta divina enseñanza, que el que manda, sea quien fuere, no es más, en esta su prerogativa de mandar, que un ministro ó representante de Dios, *minister Dei in bonum*, como dice san Pablo, «ministro de Dios para el bien;» de lo cual resulta que el que manda nunca puede hacerlo legítimamente segun su humor ó antojo, sino segun leyes de recta natural razon y

de divina Revelacion, previamente constituidas. De lo cual se saca tambien que el gobernante ha de ser el primer súbdito de las leyes que está encargado de aplicar, puesto que en rigor tales leyes no las hace él, sino que las promulga y manda observar como meras aplicaciones prácticas de otra ley más elevada, de la que se reconoce él el más obligado vasallo. Lo cual al paso que ennoblece el carácter de la autoridad, que adquiere de esta suerte ciertos visos de divina, ennoblece además la obediencia, pues resulta en definitiva que ésta no se presta á caprichos de hombre, sino á ordenacion emanada de Dios. Y hasta tal punto enseña la Iglesia estas verdades de Derecho público cristiano, que permite que si un gobernante manda, no segun la ley de Dios, sino por su antojo ó capricho, se le llame tirano; y quiere que si manda en oposicion á dicha ley de Dios no se le deba en modo alguno obediencia. Con lo cual sábiamente deja garantidos la enseñanza católica á la vez los fueros de la autoridad y los fueros de la libertad, resolviendo con esto solo el complicado problema de las relaciones entre el súbdito y el gobernante, problema que las constituciones masónicas modernas tantos años há trabajan vanamente en resolver, logrando tan sólo traerlo cada dia más enredado.

Masónicamente discurren, pues, y masónicamente hablan, y no católicamente, los que ante toda arbitrariedad del Estado gubernamental dicen que se debe doblar la cerviz áun con daño de los fueros de la conciencia cristiana; los que propalan el necio pricipio de la soberanía nacional y la otra necia majadería de que todos los poderes emanan de la nacion, y la otra estupidísima de que el rey y el Parlamento lo pueden todo menos hacer de un hombre una mujer. Masónicamente discurren y masónicamente hablan los que en ocasiones dadas ante una ley cualquier inicua ó vejatoria creen salir del paso diciendo: «Es ley del Estado,» como si después de esto ya nada restase por averiguar.

Ya sabemos que contra esta teoría absorbente del Estado-dios se ha ideado modernamente un cierto contrapeso en la teoría de los derechos individuales del ciudadano, imprescriptibles é ilegislables. Mas como la base de estos supuestos derechos individuales no sea otra que el puro racionalismo,

sin más ley ó norma superior que el mismo hombre que los ha de ejercer, síguese de ahí el mismo inconveniente en inverso sentido, ya que de admitirse esta flamante teoría no se sustituiria el despotismo gubernamental más que con la anarquía popular, que es en último término el despotismo de las turbas, que siempre pára al fin en la opresion de los menos y de los más dignos, por los más en número y los más desenfrenados.

¡Todo por no admitir en la sociedad civil un moderador divino, una ley superior á lo humano, un principio sobrenatural! ¡todo por querer únicamente montar la sociedad sobre el Naturalismo, anhelo infernal de la Masonería!

XI.

De lo que difieren el Masonismo y el Catolicismo con respecto á la constitucion de la Familia.

No es menos evidente la oposicion de doctrinas que con respecto á la constitucion de la Familia profesan el Masonismo y el Catolicismo: ni podia ser de otra manera, dado que, siendo la Familia el elemento social por excelencia, á él más que á ningun otro debia aplicarse por la Iglesia el criterio sobrenatural, y por la Masonería el criterio naturalista ó secularizador.

Enseña la Masoneria que el acto por el cual se constituye la Familia, que es el matrimonio, nada tiene absolutamente que ver con Dios ni con la Religion. El hombre, dice, se junta á la mujer, porque á eso llama á ambos su comun naturaleza, sin que ninguna ley divina deba regular las condiciones de esta union. Mas como esto es muy groseramente animalesco para que lo acepte sin protesta el género humano, que al fin aún se reconoce superior en alguna cosa á los perros y á los mulos, la Masoneria ha inventado para colorear esas uniones sin Dios una cierta sancion falsa, lo más

posiblemente imitada de la verdadera, y la ha condecorado con el nombre de matrimonio civil. Atribúyese así el Estado en lugar de Dios el derecho de sancionar la union legal de los dos sexos, y de prescribirle determinadas condiciones.

El absurdo está tan á la vista, que no hay apenas necesidad más que de exponerlo para que el más míope lo eche de ver. Quitada del matrimonio su sancion divina y sobrenatural, quédale no más que esta humana. La cual, por muy respetable que se la suponga, no pasará nunca de ser humana, proceda del rey, proceda del Parlamento, ó proceda de ambos á la vez. No puede, pues, la ley humana dar á ese contrato del matrimonio fuerza mayor que la que da á los demás contratos civiles que ella autoriza y legisla. Ahora bien. En los demás contratos á nadie puede la ley obligar más allá de lo que cada uno de los contratantes quiere obligarse, y áun puede cada uno de ellos añadir al contrato las condiciones, restricciones ó limitaciones que de comun acuerdo estipule con la otra parte contratante. Queda, pues, el matrimonio reducido á las condiciones de todo contrato, ó mejor de simple *trato*, como ha dicho no sin gracia un ingenioso escritor. Y el tal trato, al que las partes tratantes son dueñas de añadir ó de quitar las condiciones que á ellos dicte su libre voluntad, es por consiguiente ni más ni menos que la anulacion completa de la ley conyugal, la verdadera abolicion del matrimonio.

Ni opongan á eso los masonizantes que precisamente para la conservacion de ese vínculo ha establecido la ley, que no tenga efectos civiles ninguna union como no venga sancionada con todos los requisitos legales del llamado matrimonio civil. Inútil reparo. En primer lugar, es un capricho despótico de la ley ó del Estado querer intervenir, en nombre del hombre solo, en un contrato como éste, dictándole leyes tan absolutas, cuando todos los demás contratos los deja á la libre y soberana voluntad de los contratantes. La lógica puede más en el hombre que el articulado de la ley, y cuando este articulado es ilógico é inconsecuente, por sí propio se desautoriza la ley, en el concepto de aquellos mismos que han de acatarla. Así en este caso la ley mandará, por ejemplo, muy oportunamente que ningun hombre se case más

que con una mujer, y que tal enlace sea perpetuo, y que además no pueda verificarse dentro tales y cuales grados de parentesco. Mas como no mandará esto en virtud de ningun principio superior y de órden divino, sino porque así le ha parecido bien al legislador monárquico ó democrático, es decir, por mero juicio del hombre, dirá al punto un ciudadano cualquiera, tan hombre como aquel que ha dictado la tal ley: «Vamos á ver, ¿por qué si dos mujeres se avienen á vivir á la vez en honrado matrimonio conmigo, no han de poder? Y si una mujer ó varias mujeres tratan conmigo este enlace, y si convenimos los tres en que no sea válido más que por una temporada, reservándonos el derecho de ratificarlo ó no ratificarlo cada año ó cada quinquenio ó cada mes ó cada minuto, ¿por qué no hemos de poder? Y si tal enlace lo queremos entre primos, ó entre sobrinos y tios, ó entre verdaderos hermanos, ¿por qué no hemos de poder? ¿Qué derechos ajenos se dañan aquí? ¿Qué ley universal se perturba? ¿No hubieron de conocerse en el principio del mundo por necesidad los enlaces entre los más próximos parientes? ¿No fué ley general de varios pueblos la poligamia? Y, sobre todo, para poder esas cosas, ¿no basta que las quieran, sin perjuicio de tercero, los propios interesados? Si se arroja por inútil á Dios del contrato conyugal, ¿por qué se ha de meter en él la vara del alcalde ó la del juez? Si el matrimonio es mera funcion humana, les basta al hombre y á la mujer su respectivo derecho humano para salirse con él adelante.» Así puede argüir á la ley masónica cualquier ciudadano, y la ley masónica nada puede responder á esa argumentacion, que es de mero sentido comun.

Mas aunque la ley humana tuviese de sí bastante fuerza moral y suficiente derecho para dar conveniente sancion á un acto tan grave como es el de que aquí se trata, sabido es que hoy dia la ley humana, precisamente porque se ha privado ella misma de su fundamento en la ley de Dios, no está segura ella misma de lo que mañana prescribirá en oposicion tal vez á lo que actualmente acaba de prescribir. Nos explicarémos. La votacion de un Parlamento ha dicho hoy que son legítimamente casados un hombre y una mujer con sólo formalizar su declaracion ante el alcalde ó juez. De suerte

que eso es hoy matrimonio, porque una votacion parlamentaria lo ha resuelto así. De consiguiente, eso no será matrimonio mañana, si mañana otra votacion parlamentaria lo ordena de otra manera. Luego la formalidad sacratísima del vínculo conyugal, base de la familia, penderá siempre de que tantos diputados contra una minoría de tantos otros, resuelvan que se considere de esta ó de aquella manera constituido. Y podrá decretar que no sea individual el enlace del hombre y de la mujer, sino que sea polígámico ó poliándrico, y será ley si lo decretan de esta suerte. Y pueden votar que sea temporal y no perpetuo el contrato, y será ley si así lo votan. Y podrán resolver que esté á voluntad de los dos cónyuges el divorcio ó de uno solo, como acaban de resolver los revolucionarios de Francia, y será ley en cuanto lo resuelvan. Y nada podrá oponerles, dado el criterio racionalista ó masónico, la más escrupulosa jurisprudencia. Véase, pues, si es ó no cierto que la llamada institucion del matrimonio civil entraña en sí radicalmente la anulacion de todo verdadero matrimonio, y es sólo una máscara pasajera para que no vea el pueblo incauto á dónde se le quiere conducir.

¿Hay necesidad aquí de contraponer á la vil enseñanza masónica sobre el matrimonio la enseñanza que da sobre él la Iglesia católica? Nó, que harto la conocen todos nuestros lectores. La Iglesia enseña que es divina la institucion matrimonial, ya en el Cristianismo, ya fuera de él. Fuera de él, antes de su aparicion y en los países que no ha alumbrado aún su divina luz, cásanse el hombre y la mujer, no por derecho que les dé el Estado, ni por trámites que les marque la ley civil, sino por aquel principio de órden superior que fué establecido por Dios en el mundo cuando dijo: «Dejará el hombre á su padre y á su madre y se juntará á su mujer, y serán dos en una carne.» Así en la ley natural es la voluntad sola de los contrayentes ante Dios la que hace el matrimonio, y es á lo más la autoridad del padre de familias la que lo bendice y sanciona. En los cultos positivos, áun en los más extraviados, es la Religion quien siempre se presenta á autorizarlo. Dentro del Cristianismo el matrimonio recibe consagracion aún más elevada. Cristo lo eleva á la dignidad de Sacramento, y lo declara símbolo de la union misteriosa

que hay entre Él y su Iglesia. Y por ser Sacramento deja en manos de ésta determinar su reglamentacion y circunstancias, así como garantirle su unidad y su perpetuidad, sustrayendo esas sus leyes al vario capricho de los hombres y al vaiven de las leyes humanas, no menos caprichosas frecuentemente que los hombres sus autores.

Digasenos ahora si el Masonismo y el Catolicismo no se oponen radicalmente en esta su respectiva apreciacion del matrimonio; digasenos además cuál de los dos provee mejor á los fines sublimes de él, á la honra de la mujer y á los propios fueros de la dignidad humana.

XII.

Del modo radicalmente opuesto con que consideran el Masonismo y el Catolicismo los derechos de la patria potestad.

Aún enseña monstruosidades peores que éstas el Masonismo con relacion á la Familia, y no sólo las enseña, sí que las practica. Consecuencia de su modo de organizar únicamente á lo civil esa fundamental institucion, y del absurdo principio que se establece de que la Familia es creacion de la ley civil, y que de ésta recibe todo su sér y naturaleza, da un paso más el Masonismo, y afirma que todos los derechos que nacen del matrimonio, segun él creacion puramente del Estado, están únicamente al Estado subordinados. De donde resulta que el primero y principal de todos estos derechos familiares, que es el que se conoce con el nombre de *patria potestad,* no lo tienen los padres sino de una supuesta concesion de la ley civil, y en la forma y hasta donde á ésta plazca autorizarlos. De donde nace tambien el derecho que se arroga el Estado masónico sobre la educacion, que orgullosamente pregona con el lema de educacion obligatoria, uno de los puntos culminantes del programa que para el

mundo del porvenir tiene anunciado la Masonería. Porque el padre y la madre, segun esa horrible manera de discurrir, no ejercen al tener hijos una funcion natural (*officium naturæ*, que dijo un filósofo), sino una funcion social, y en este concepto no tienen hijos el padre y la madre sino por cuenta del Estado, que es como su poderdante, y los hijos antes son del Estado que de sus propios padres, y antes el Estado que sus padres tiene sobre ellos jurisdiccion. Despotismo horrible, grosero, que convierte las familias en meras crias para uso de ese feroz tirano, dueño del vasto criadero: despotismo brutal y antihumano que no obstante se proclamó como nuevo dogma de regeneracion humana en la Revolucion francesa, y que desde entonces ha sido más ó menos disimuladamente el pié forzado de todas las legislaciones inspiradas por la Masonería.

Y, sin embargo, esto es falso, es monstruosamente falso, es contra todo derecho positivo y natural. La Familia no es creacion del Estado: antes más bien pudiera decirse que el Estado es creacion ó ampliacion de la Familia, pues no se concibe Estado sin prévias familias agrupadas ó ampliadas para constituírlo. No le vienen, pues, á la Familia sus derechos, de otorgacion alguna del Estado: ni es el Estado quien le confiere al padre su patria potestad, sino que á lo más se la reconoce y regulariza en su ejercicio. Es mentira, pues, y groserísima mentira, que los hijos sean antes del Estado que de sus padres, ó que para el Estado los dén esos al mundo, y que de ellos pueda disponer el Estado á su libre voluntad y antojo. Y es mentira por consiguiente el principio en que se funda la llamada educacion obligatoria; ni puede el Estado obligar al padre á educar al hijo de tal ó cual manera, ó impedirle que lo eduque á su gusto y sin otra norma y sujecion que la que le impone su conciencia á tenor de otra más alta ley. Es, pues, tiranía antinatural, antihumana, antisocial y antireligiosa la que se pretende imponer á los pueblos con ese modo de considerar la institucion doméstica, así en su principio como en sus derechos esenciales.

No lo entiende así la Iglesia, nó; antes ella, la acusada de opresora de todas las libertades, es en eso como en todo la más celosa de los fueros de la verdadera libertad. Enseña que

los padres tienen hijos, que les vienen de Dios que les hizo padres, y que los tienen únicamente para el fin nobilísimo de procurarle nuevos servidores á Dios y nuevos herederos á su reino; con lo cual dicho se está que los tienen tambien para que sean acá buenos y honrados ciudadanos. Reconoce la Iglesia en el padre y en la madre el derecho y el deber de educar para este soberano fin á su hijo; pero es tan celosa de los fueros de la libertad natural, que si un padre y madre no pertenecen por el Bautismo á su jurisdiccion, se considera ella misma inhibida de intervenir en la educacion del hijo hasta que se halle éste en edad de obrar y fallar por propia conciencia. Así está severamente prohibido bautizar á los hijos de los infieles contra la voluntad de sus padres; no así cuando uno por lo menos de estos padres es súbdito de la Iglesia por el Bautismo. Y considera la Iglesia como un atentado contra el derecho natural la educacion de un hijo menor en la misma Religion cristiana contra la expresa voluntad de su padre y madre no bautizados. Y más tarde, cuando el hijo es mayor de edad, no le admite la Iglesia al estado religioso sin el permiso de los padres mientras éstos necesitan de él para su subsistencia; y sólo en caso de que sea del todo irracional ó infundada la negativa, por no existir aquella necesidad, y supuesta siempre la mayor edad del pretendiente, le admite la Iglesia á la referida profesion. Que tan delicada anda ella en respetar todos los derechos naturales; mucho más, infinitamente más que el Naturalismo, que no es sino la falsificacion del verdadero derecho natural, como el Liberalismo es la falsificacion de la verdadera libertad, y el Racionalismo es la falsificacion de todo lo verdaderamente razonable.

Sin embargo ¡oh ceguedad! las legislaciones inspiradas en este principio cristiano son llamadas tiránicas y depresivas de la dignidad humana, violadoras de los derechos de la naturaleza, profanadoras del doméstico hogar. Y las que, al revés, inspira en aquel otro su grosero materialismo pagano la secta masónica, son las libres, las nobles, las patrióticas, las que elevan al ciudadano. Y pensar que por ese camino se va rectamente á aquel ignominioso y abyecto modo de ser de la Familia, segun el cual los hijos no son más que *cosas*

de la nacion, carne de cañon para el supremo gobernante, si éste la da por empresas militares con que endiosar su nombre; carne de oficinas si, al revés, no es el espíritu militar sino el oficinesco y burocrático el que domina en aquella nacion. A eso nos conduce á pasos agigantados la Masonería, á medida que va logrando su infernal anhelo de arrancarnos de la Iglesia. Emancipa al hombre, es verdad, pero del seno y de los brazos de la Madre tiernísima, para entregarlo atado de piés y manos á la jurisdiccion del cabo de vara, único pontífice digno de regir con esa clase de cetro tan abyecta sociedad.

XIII.

De cuán esencialmente contradictorios son los criterios con que discurren sobre la Propiedad el Masonismo y el Catolicismo.

La Propiedad es otra de las instituciones fundamentales de la sociedad, que ha sufrido la demoledora accion del Masonismo. Es consiguiente que así fuese. Destruída ó en gran parte averiada la nocion de la Familia, tarde ó temprano debia sufrir suerte análoga la de la Propiedad, que es tan semejante á ella. Así el concepto masónico de la Propiedad, al igual de lo que hemos visto en el matrimonio, viene á ser ni más ni menos que la anulacion de ella. El Masonismo considera la Propiedad, no como un derecho natural del hombre, anterior á su condicion de ciudadano, sino como una creacion del Derecho civil, y por tanto subordinada en todo á las disposiciones arbitrarias del dios-Estado. Así hemos visto al Estado, por puros motivos de conveniencia propia, declarar nula la Propiedad sagrada y comunal, que se funda en iguales títulos que la seglar y privada; y en cuanto á ésta de tal modo legislar sobre ella y cargarla con tales gabelas, así en su uso como en su transmision, que el propietario ha

venido á ser poco más que administrador de su finca ó una especie de arrendatario privilegiado de ella. Todo lo cual dimana del falseamiento de esa nocion delicadísima, que después de la del matrimonio es la más delicada. El Estado masónicamente constituido viene (aunque claramente no lo diga) á considerarse dueño absoluto de todos los bienes de los ciudadanos, como se considera tal de todos sus hijos. En este concepto anula el derecho sacratísimo de Propiedad en quien se le antoja, como hizo con el de la Iglesia y comunes por medio de la desamortizacion; imposibilita el libérrimo uso de ella que es su esencia, por medio de las leyes de desvinculacion; despoja de ella por fútiles motivos al ciudadano contra su voluntad, como se ve en muchos de los casos hoy tan latamente concedidos de expropiacion forzoza; sin contar esa especie de barato que, como hemos indicado, se cobra sobre las herencias y contratos de transmision. Así el Estado masónico, sin profesar abiertamente el socialismo, lo cual (la palabra, no la cosa) se deja sólo para demagogos de plazuela ó de club; sin profesar, digo, abiertamente el socialismo, es en su espíritu y en sus fines y en no pocos de sus procedimientos perfectamente socialista. Hasta el punto de que si el socialismo crudo y sin tapujos llegase un dia á prevalecer en el órden práctico y material, nada tendria que inventar para implantar sus horripilantes teorías; bastaríale generalizar los principios que le viene anticipadamente estableciendo años há el criterio masónico y liberal, y hacerlos extensivos á todas sus lógicas consecuencias y aplicaciones.

De todo eso es antítesis perfecta la doctrina del Catolicismo sobre la Propiedad. El Catolicismo reconoce la Propiedad como derecho natural é inherente á la personalidad humana. Segun el Catolicismo, el hombre es propietario por naturaleza, como por naturaleza es social, como por naturaleza es hombre; es decir, por expresa voluntad de Dios. Y anteriormente á las legislaciones civiles era ya propietario el hombre, y nadie podia despojarle, por ejemplo, de la res que habia cazado ó del fruto del árbol que habia plantado ó del artefacto que con sus manos se labró. No pueden, pues, las legislaciones civiles despojar arbitrariamente á nadie de su Propiedad; no pueden hacer más que garantirla y regularizar

su ejercicio, para que use de ella el ciudadano sin perjuicio de los demás. Pero no pueden rasgar sus títulos sagrados é inviolables, como ha hecho en nuestro siglo por tan inicuas leyes, que no son, moral y jurídicamente consideradas, más que actos de legal bandolerismo. Y á esta nocion respetabilísima de la Propiedad que no la hace, como igualmente á la autoridad y á la familia, creacion del hombre sino institucion de Dios; á esta nocion de la Propiedad de derecho divino, en oposicion á la otra falseada que pudiéramos llamar Propiedad de derecho humano, ha añadido la sancion del séptimo mandamiento, que no tanto es prohibicion del hurto, como nueva consagracion del derecho de Propiedad. Mandamiento que prohibe el hurto y la rapiña, no solamente á los particulares, sino á los Estados ó gobernantes, y á tenor del cual maldice en el Antiguo Testamento la memoria de aquella reina Jezabel que usurpó la humilde viña del pobrecito Naboth, y nos muestra en la historia de sus obispos la grandiosa figura de san Juan Crisóstomo encarándose nada menos que con la emperatriz Eudoxia, exigiéndole la restitucion de unos escudos á una infeliz viuda, á quien tan alta majestad se los habia defraudado. Así entiende la Iglesia el derecho de Propiedad y así entiende el séptimo mandamiento.

La Propiedad de derecho humano ó de mera institucion civil, como la entiende y practica el Masonismo, no hay que indicar aquí que está expuesta áun para su seguridad legal á iguales riesgos que los que no há mucho hacíamos notar en el matrimonio. Si la Propiedad es mera creacion del derecho positivo humano, está sujeta como éste á las variaciones y vicisitudes que puedan provenir de un cambio de legislacion. Y como ésta cambiará en cuanto cambie el poder legislativo, cuando por alguno de los altibajos de la Revolucion (nada improbables hoy dia) se llegue á imponer al país una Cámara legislativa compuesta de elementos socialistas que reunan en ella mayoría parlamentaria, puede tal Cámara votar sencillamente la abolicion de la Propiedad, ó su reorganizacion segun el ideal del colectivismo, ó simplemente su reparto á tanto por barba, que es el modo como entiende más ordinariamente el pueblo la teoría socialista. Puede votar eso una Cámara legalmente constituída, y nadie se lo podrá legal-

mente impedir ni reprochar; y no hay jurisprudencia en el mundo, dados los principios masónicos, que pueda tachar de absurda esta votacion, antes debe reconocerla perfectamente lógica. Y sobre todo, si tal Cámara socialista recuerda en los considerandos ó preámbulo de su futura ley, que tal abolicion de la Propiedad no es cosa nueva, sino que años há se ha puesto ya en práctica contra la Iglesia con el nombre de desamortizacion, y que en virtud de ella figuran como propietarios muchos de los que así se llaman hoy dia, dígame aquí el más pintado jurisconsulto, ¿qué réplica se le puede oponer, dentro de las teorías masónicas, á dicha ley? Podrán llamarla un atentado los infelices despojados por ella, pero el pueblo y la ciencia y el buen sentido no deberán llamarla más que una legalidad.

Esta es la consecuencia de arrojar la idea de Dios de las instituciones humanas. No hay institucion humana que no quede en el aire si se le quita su fundamento divino, porque el órden sobrenatural es la condicion indispensable del mismo órden natural. Algun tiempo pueden en apariencia vivir sin Dios las cosas del hombre, pero sin Él á corto plazo languidecen y mueren. Como el árbol á quien secretamente se ha cortado su raíz principal, al primer dia no aparecen marchitas sus ramas, mas á los pocos dias indefectiblemente se le secan y mueren por falta del necesario jugo. Advirtiendo, además, que tales cosas humanas, ni siquiera al dejar de ser divinas, pueden quedarse en simplemente humanas, como arriba indicámos, sino que pasan á ser francamente satánicas. Que el hombre no puede vivir emancipado y sin un dueño ú otro, como sueña en su insensata vanidad. Si arroja de su trono á Dios, ese trono un instante vacío no tarda en ocuparlo inmediatamente el demonio.

XIV.

Cuál es el concepto masónico y cuál el católico sobre la pública Educacion.

Siguiendo el programa que nos hemos impuesto para hacer resaltar las divergencias esenciales de doctrina que separan al Masonismo del Catolicismo, tócanos ahora hablar de la Educacion, que es otro de los puntos en que más radical es la mutua oposicion de ambos criterios.

El Masonismo y el Catolicismo hállanse á la vez ante un niño, y convienen en que este niño, además de alimento material que nutra su cuerpo, necesita de alimento moral que nutra su espíritu. Convienen ambos en que es precisa la Educacion. El Catolicismo ve en el niño un sér criado por Dios á su imágen y semejanza, pero sér averiado, maleado por un vicio original que ha hecho aparecer en él multitud de gérmenes que conviene neutralizar, y de aviesas inclinaciones que es necesario corregir. Es un campo donde, si bellas flores y sanos frutos han de cosecharse, debe preceder siembra de buenas semillas, riego á su tiempo, limpia constante de malas hierbas, esmerado cultivo en una palabra. De no cuidarse así este campo, no quedará yermo y sin frutos, sino que los tendrá abundantes y ponzoñosos en todo género de perversion y maldad. Y tal cultivo, ora blando, ora severo, ora que aliente, ora que reprima, ora que abata, ora que eleve, es lo que entiende el Catolicismo por educacion. Y para que tal cultivo sea eficaz, lo primero que impone al niño es la nocion de la ley moral que debe acatar, y la sancion eterna de esta ley que debe esperar ó temer, segun la cumpla fielmente ó la quebrante. Y como no puede darse ley sin legislador, ni sancion legal sin juez que la aplique, empieza por infundir en el ánimo del niño la idea de Dios, que es el oculto Legislador por cuya autoridad tiene fuerza la ley, y el Juez por cuyo castigo

ó recompensa debe la ley ser obedecida. Y así con los demás consejos y máximas y ejemplos y auxilios de su divino organismo que es la Iglesia, cree el Catolicismo tener el mejor y más perfecto y más lógicamente montado sistema de educacion, único que le permite desde tierna edad enfrenar al niño y hacerse dueño hasta de sus más recónditos afectos y sentimientos. Tal es la educacion católica, basada enteramente en el órden sobrenatural.

El Masonismo procede de opuesta manera, segun su criterio groseramente naturalista. El Masonismo toma al niño y empieza por errar en el concepto fundamental de él. Míralo, no como sér maleado por el pecado original, sino como sér perfecto y en el pleno dominio de sí mismo y en toda la integridad de su perfeccion moral. Ocurre aquí preguntar: Si es perfecto este niño y nada hay vicioso ó deforme en él, ¿qué tiene que hacer en él la educacion? Nada absolutamente: donde no hay gérmenes aviesos y malas tendencias que contrastar, lo que procede es que crezca segun toda su frondosidad natural el árbol humano, sin que vaya el bueno del podador á cercenar excrecencia alguna de él. Instruírle convendrá, pues, nó educarle: que aprenda letras y guarismos y Geografía y Física y Química é Historia y Música y Gimnástica, pero que no se ocupe el maestro en la formacion del corazon: éste tiene ya en sí todo lo que necesita para su cabal desarrollo. Siguiendo este procedimiento (muy lógico desde que se parta de la negacion del pecado original), inútil es hablarle al niño de Dios ó de Religion ó de cuanto con esto se relacione: hé aquí lógicamente justificada la que se llama enseñanza *laica,* novedad que la Masonería se esfuerza en introducir hace algunos años en nuestro país.

¿Ven claramente ahora nuestros lectores en qué consiste la diferencia esencial entre el concepto masónico y el concepto católico tocante á la Educacion?

No se necesita más para que sobre cada uno de ellos dé su fallo imparcial el simple buen sentido. El hombre no nace perfecto, como quiere suponer la Masonería. El hombre nace y crece, nó para un pacífico desarrollo, sino para un duro é incesante combate consigo mismo y con casi todo lo que le rodea. La obra de la Educacion es, pues, enseñarle á luchar

para facilitarle el vencer. ¿Y qué armas le da para esos combates, y qué lecciones le ofrece para esas batallas la educacion laica ó sin Dios? Ninguna por cierto. Al revés, empieza por envalentonar en él todos los malos instintos, que son los principales enemigos que ha de combatir, halagándolos con la idea de una independencia total que no consienta la idea siquiera de sujecion ó enfrenamiento. Todas las válvulas por las que puede arrojarse impetuosa y embravecida la pasion se las deja abiertas ó lamentablemente descuidadas: los resortes poderosísimos que sólo la Religion posee para comprimirlas y regularizar su ejercicio, los califica de necias supersticiones. El niño así imbuido, fuerza es que resulte, si es de sangre viva, una fiera; si es de temperamento muelle, un cerdo de Epicuro; nunca un hombre capaz de llevar sobre su frente, no ya solamente la nobleza de cristiano, pero ni la dignidad de racional.

XV.

Qué piensa el Masonismo sobre la Enseñanza oficial y qué el Catolicismo.

Si difieren esencialmente el Catolicismo y el Masonismo en precisar y regular lo que se entiende vulgarmente por educacion, júzguese cuál será el abismo que á los dos criterios ha de separar en lo relativo á la cuestion de la Enseñanza. Aquí, empero, se da la ventaja de que es más franca y al descubierto esa mutua oposicion de los dos sistemas; aquí de nada sirve el embozo, para que no se conozca ya desde el primer momento cuáles son los enemigos contra quienes ha de vivir prevenido el firme católico de hoy.

El Catolicismo enseña que toda Enseñanza ha de darse subordinada al dogma, en lo que tenga relacion más ó menos directa con él. La razon es clara. Lo que se llama *la ciencia*, áun en su concepto más digno y elevado; no es ordinaria-

mente la verdad cierta sino la verdad presunta, ó sea la verdad que se tiene por tal, no faltando ejemplos muy frecuentes de teorías las más autorizadas y por nadie puestas en duda, que ha pasado poco después á la categoría de solemnísimas paradojas. Dada la esencial falibilidad del humano entendimiento, este debe ser el concepto que se tenga de la verdad filosófica ó científica, y no cabe otro. No así la verdad religiosa en la parte de ella formalmente dogmática y definida. Esta es la verdad cierta, fija, objetiva, independiente del descubrimiento de mañana ó del próximo siglo, una, inmutable, indefectible, eterna como Dios. Es, pues, norma rigurosamente científica, que la verdad meramente presunta é hipotética se subordine á la verdad fija y absoluta; que ésta sea piedra de toque para aquilatar la realidad de aquélla; que lo que se conoce cierto *à priori* sea base y norte para la averiguacion y confirmacion ó refutacion de lo que se va conociendo después. Hé aquí por qué el Catolicismo exige que todo órden de humanos conocimientos parta de la indiscutibilidad de sus enseñanzas dogmáticas, y guarde fiel y escrupuloso ajuste con ellas, sin permitirse el menor desvío á título de libertad. Y sólo así se enseña católicamente, y católicamente se aprende. Lo cual ¡gracias sean dadas á Dios! no ata en modo alguno ni coarta los legítimos vuelos de la humana inteligencia, antes la ayuda dándole seguros puntos de partida; como de eso hay por fortuna sobrada experiencia en los remontados ingenios que ha tenido en todos tiempos el Catolicismo, que por cierto no han encontrado chicos los horizontes de su investigacion porque les haya exigido él esta precisa subordinacion á sus infalibles verdades. Antes al revés, en amplitud de miras, en elevacion de ideales, en fecundidad de descubrimientos, en holgura de raciocinio y de observacion experimental, bien pudieron competir en todos los siglos los hijos de la fe con los sectarios del llamado librepensamiento; y bien pueden hoy dia, ciertos de que les dejarán aquéllos á éstos á centenares de leguas de distancia.

La Enseñanza masónicamente organizada se declara en todo y por todo librepensadora. Así es por desgracia la que se da hoy en casi todos los centros oficiales del mundo, áun en nuestra España. Segun declaraciones gravísimas que con

asombro acabamos de oir de funcionarios que después de todo querrán pasar aún por católicos, los límites del profesor deben reducirse á una cierta prudencia en no herir lo que la legalidad reputa por inviolable, lo cual á la hora presente casi ya no sabemos qué significa, tan vagos y elásticos se han puesto en la práctica los límites de esa inviolabilidad. La ciencia ó lo que por tal se proclame, es, pues, libre para permitirse toda clase de desahogos y libertades, inclusa la de enseñar que el hombre no es más que un orangutan perfeccionado, ó que Dios es un mero fantasma de la supersticion popular. Masónicamente hablando esos son los derechos de la ciencia, esos los fueros de la Enseñanza. Y á quien así adoctrine la juventud, más que les añada luego principios de moral calcados en los ideales del amor libre ó en los siniestros programas de la liquidacion social, nadie se lo puede lógicamente reprochar ni impedir.

Es verdad que el Masonismo doctrinario y manso no tolera tales aplicaciones del criterio librepensador, mas esto sólo muestra que el Masonismo, además de falso, es inconsecuente áun con su propia falsedad, lo cual es doblemente inicuo y vergonzoso. Porque si no se admite para la ciencia el veto ó freno del dogma católico, ¿para qué se ha de admitir el freno ó veto gubernamental? Si la Iglesia no tiene derecho para exigir en nombre de Dios el respeto á ciertas verdades suyas, ¿qué derecho puede tener el ministro del ramo para que le respeten como inviolables ciertos principios ó instituciones sociales? O es libre en sus vuelos y en sus tumbos la humana inteligencia, hasta para despeñarse donde ella quiera, ó no lo es. Si lo es, lo es enteramente. Déjesela, pues, andar en cueros vivos y sin uniforme de empleado oficial.

Más claro. Dada cierta lealtad en el principio masónico, si en el Masonismo cupiera lealtad, lo único consecuente á sus pricipios seria la proclamacion franca de la libertad profesional, sin los refrendos de la Universidad. Mas esto no conviene á la secta, que sabe de cierto que en este terreno de la libre competencia seria vencida por la Enseñanza católica. A la secta le conviene el monopolio oficial, la Enseñanza con el refrendo racionalista del Estado, que se constituye de esta suerte su único legal depositario y dispensador. Así se ha

creado el ídolo del Estado-docente, que ningun otro siglo conoció jamás, á semejanza de lo que hemos visto al tratar de la propiedad, del matrimonio y de la patria potestad. Resultado: más odiosa sujecion del ciudadano bajo el poder de una cien veces y mil veces más oprobiosa tiranía, que la que falsamente se ha querido suponer oprimia á la Enseñanza antigua sometida al noble magisterio de la Iglesia de Dios.

XVI.

Prosigue esta misma importantísima materia.

La tiranía masónica del Estado-docente, de que en el último capítulo hablamos, resulta más irritante por más injustificada cuando recae en una nacion unánimemente católica ó poco menos, como por fortuna lo es todavía, á pesar del estrago revolucionario, nuestra España. Sucede entonces que á la violacion brutal de los derechos de la verdad religiosa se añade la violacion no menos impía de los derechos del ciudadano, á pesar de pregonarse á todas horas tan celoso tutor y salvaguardia de los mismos el Estado masónico ó liberal.

Sí, porque, ¿quién puede negar que los padres de familia católicos, áun los que prácticamente dejan algo que desear en punto á catolicismo, desean todos para sus hijos Enseñanza católica? Y ¿quién puede desconocer que esos padres de familia constituyen aún hoy la mayoría, la casi totalidad de la masa contribuyente? Sin embargo, párense nuestros lectores en el horror de lo que acontece; párense en ello, porque de puro usual que se ha hecho en nuestros dias esta infamia, ya quizá no les llama la atencion. Ellos pagan la Enseñanza oficial, ellos dan su dinero á los catedráticos, ellos sostienen las Universidades é Institutos y Escuelas normales y primarias. Ellos sostienen todo eso con sus contribuciones primero, y luego con sus matrículas cuando á tales establecimientos llevan sus hijos. Parece, pues, que pagándolo

ellos, ya que lo pagan, y que por cierto muy caro se les vende, debieran por lo menos obtenerlo conforme á su deseo y voluntad. Pues no hay tal. El Estado vende su Enseñanza, la vende cara, la vende con privilegio exclusivo, no permitiendo sea válida la que en otro establecimiento se dé; y sin embargo se arroga el derecho de no darla ni siquiera á gusto del comprador y del consumidor, que es lo que se estima obligatorio en todo contrato de compra-venta, sino que la da contra el gusto y contra los intereses de dicho su consumidor y comprador, violando así con este su despotismo profesoral á la vez los fueros de la bolsa, de la dignidad y de la conciencia. El Estado-docente, convertido en mercachifle de asignaturas, las da á trueque de buen dinero, falsificadas y envenenadas; y no se avergüenza de practicar él, el dios-Estado, lo que castiga cada dia en cualquier adulterador de los artículos de comer y beber. Y el padre, el pobre padre ha de pagar con su oro el envenenamiento moral de su hijo, y ha de consentir en el riesgo por lo menos de tal envenenamiento si ha de darle carrera, porque el Estado masónico ha cortado todos los caños del agua de la ciencia, obligando á los ciudadanos á que no puedan beber más que de la suya mefítica y envenenada, para adquirirse un diploma facultativo ó profesional. Es tiranía semejante á la que usaban en los postreros tiempos de la persecucion contra el Cristianismo los emperadores romanos, cuando colocaban ídolos en los puestos de vender artículos de primera necesidad en el mercado público, y exigian la adoracion del ídolo antes de hacerse cada ciudadano con la carne, el vino ó el pan que diariamente necesitaba. Que es puntualmente lo que de los tiempos del Anticristo tiene anunciado en profecía el Apocalipsis de san Juan, cuando dice que vendrá tiempo en que nadie podrá comprar ó vender si no admite sobre sí el sello ó refrendo de la Bestia, que puede muy bien significar la Revolucion.

Así acontece ya en la Enseñanza oficial dispensada únicamente por mano y bajo el refrendo de la Masonería. Nadie podrá ser abogado, médico, ingeniero ó cosa así que no haya pasado por los laminadores de esta máquina oficial que ó le masonice por completo, ó por lo menos le borre y apague

todo el vigor y virilidad de su conviccion cristiana. El Estado masónico quiere las conciencias, que proclama libres, como la moneda; esto es, que no circule sino con la marca de su cuño ó troquel. Que la Iglesia exija esto para los *suyos,* que al fin *suyos* son y quieren serlo, eso se llama despótica opresion y cadena del pensamiento. Que el Estado masónico haga lo propio con las inteligencias que por otra parte proclama libres y emancipadas, eso es noble, generoso, liberal; con el aditamento de que aquí el que ha de verse oprimido por tan inicuo procedimiento se ve obligado para mayor vergüenza á ponerse y pagarse él mismo la ignominiosa argolla.

Así pasa hoy en el mundo, y así pasa en Europa, y así pasa ¡oh padres católicos! á los hijos de esta católica nacion. Gritos de alarma dan cada dia el Episcopado y la prensa sana, denunciando discursos y libros de texto que el católico paga con su dinero para que la Masonería robe con ellos la fe de sus almas. No se diga que exageran unos y otros, pues no llegan á decir sobre esto ni la mitad de la mitad de lo que hay. La red masónica está en este ramo tan hábilmente tramada como universalmnete extendida por toda la nacion. O en la escuela primaria, ó en el Instituto, ó en la Universidad, apenas hay alma que no vea peligrar su fe en alguna de sus infinitas mallas. Eso no hablando más que de la enseñanza oficial; que si fuéramos á examinar la que se da en toda esa multitud de ateneos, círculos, academias y bibliotecas populares, que casi todas son (á excepcion de las francamente católicas) puras sucursales del Masonismo, ya ven nuestros amigos cuánto nos pudiéramos alargar.

En suma, que el diablo con toga de catedrático reina hoy en el mundo y es causa de su estrago principal. ¿No dice esto ya con suficiente elocuencia que en este terreno es donde han de procurar librarle presto, muy presto, la principal batalla todos los buenos católicos?

XVII.

Cuán diferentemente enseñan sobre Beneficencia el Masonismo y el Catolicismo.

Tambien en eso como en todo anda el criterio francamente masónico en directa oposicion al criterio francamente cristiano. Sólo que aquí es el trabajo del enemigo mucho más artero, y la confusion por él introducida en el campo social, mucho mayor. Aquí lleva el demonio de la Masonería el embozo hasta los ojos, por decirlo así; lo cual es causa de que lo tomen bonachonamente como ángel de la verdadera caridad áun muchas personas que en otras materias son bastante listas para comprender desde luego su infernal artificio. Aquí es frecuente tomar por suaves reflejos de luz celestial lo que no son sino siniestras llamaradas del fuego de los abismos. Aquí la falsificacion es todo lo posiblemente ingeniosa, hasta el punto de que el oropel y el estaño circulen á veces en el mercado de la vida social con iguales derechos y aceptacion de moneda legítima que el oro y la plata más depurados.

La causa de esto, si bien lo consideramos, es lo delicado de la materia sobre que se ejerce dicha falsificacion ó adulteracion. En otros ramos necesita el enemigo sustituir un vicio á una virtud, y para eso dar á aquél los colores y apariencia de ésta, lo cual, como se ve, es dificillo. Aquí con menos basta. El sentimiento natural de compasion que nos inspiran las aflicciones y necesidades de nuestros semejantes es de suyo materia simpática y hasta de bello aspecto para seducir á cualquier incauto, áun después de habérsele quitado la auréola del sobrenaturalismo. Aquí el naturalismo presenta algo de noble y elevado que le permite tomar ciertos falsos visos de divino, áun cuando mayores esfuerzos hace para prescindir de Dios y aún para hostilizarle. Es, pues, este un

campo de operaciones el más abonado para la seduccion, y la ejerce en él la Masonería de tres maneras:

1.ª Desvia la consideracion del hombre de las necesidades primarias de su hermano, cuales son las de su alma, para hacérsela fijar tan sólo en las de su cuerpo, que por ser más tangibles y más visibles aparecen más apremiantes.

2.ª A semejanza de este objetivo falsificado ó por lo menos mutilado, propónele igualmente una serie de estímulos meramente humanos, cuales son, ó la mera satisfaccion de un femenil sentimentalismo, ó la más grosera aún del amor propio y de la vanidad y respeto humano.

3.ª Consiguientemente al carácter meramente terreno de tales estímulos, sugiérele medios de ejercer la caridad, meramente terrenos, subordinados á moralidad meramente terrena y por tanto nada escrupulosa.

Hé aquí los tres puntos de vista que á nuestro humilde sentir caracterizan la Beneficencia masónica, vulgarmente llamada filantropía, y la constituyen en oposicion directa á la Beneficencia cristiana, única que puede adornarse con el santo título de caridad. Caridad que, al revés de lo que en su disfrazado enemigo hemos visto, se distingue por las condiciones siguientes:

1.ª El hombre completo, todo el hombre, es decir, su cuerpo y su alma, es su objetivo; pero el fin supremo del alma es su norte superior.

2.ª El amor de Dios y el sentimiento del deber son su principal estímulo, y en consecuencia en todos sus actos incluye motivo sobrenatural.

3.ª Sus procedimientos son en todo ajustados á la divina ley, y por lo mismo en nada ni en un ápice reñidos con los dictámenes de la moralidad más estricta.

Estos tres puntos de vista, el masónico y el católico, acerca la Beneficencia, irémos desarrollándolos y contraponiéndolos y avalorándolos en los próximos capítulos, que, como pueden entrever ya nuestros lectores, son de un carácter práctico incontestable y hoy dia de suma oportunidad.

XVIII.

Examínase el primero de los tres puntos señalados.

Al tratar del socorro de las necesidades del prójimo difieren ya de buenas á primeras el Masonismo y el Catolicismo en el modo radical de apreciar estas necesidades. Para el Masonismo, que es el Naturalismo, no tiene el hombre más necesidades que las de su vida natural; éstas son las superiores en él, ó mejor dicho, éstas son en él las únicas. Todo el fin del hombre, segun el naturalismo masónico, está en sí mismo, y no sale de la esfera de esta su vida material y terrestre. Son, pues, únicas necesidades atendibles en el hombre las que se refieren á su cuerpo y á lo más á su inteligencia, en lo que tiene relacion con las verdades de la humana filosofía. De aquí infiere con muy recta lógica, aunque sobre muy falsa base, el Naturalismo, que el sufrimiento, ya físico, ya moral, es para la criatura humana el mal por esencia, ya que mirándolo únicamente con relacion al bienestar terreno, no puede concebirse de otra manera. De ahí que toda Beneficencia masónica ó influída por el Masonismo tenga por único objetivo librar al hombre de este su sufrimiento ó aliviárselo por lo menos, sin pasar absolutamente más allá, pues no existen otros horizontes para su menguado anteojo. Cree, pues, buenamente el falso caritativo que ha hecho mucho, ó mejor que lo ha hecho todo, cuando ha acallado el hambre del indigente con un pedazo de pan ó ha cubierto la desnudez de sus carnes con mediano abrigo, ó ha remediado algun tanto sus dolencias con el tratamiento médico ó quirúrgico que prescribe la facultad. Y cuando esto no logra se reconoce de todo punto impotente para otra cosa más alta, y en rigor no puede exigirse más del que no ve en el hombre sino su exterior envoltura.

El Catolicismo tiene del sér humano concepto muy supe-

rior, y por tanto toma el asunto de muy distinta manera. Ve en él su cuerpo y ve en él su alma, y por tanto distingue en él dos órdenes de necesidades y de aflicciones, y prescribe por tanto para él dos clases de obras de Benficenecia, que en su Catecismo llama con palabra tiernisima «obras de misericordia corporales y obras de misericordia espirituales.» Y como reconoce la supremacía del alma sobre el cuerpo, así reconoce muy lógicamente que las obras corporales son de categoría inferior á las espirituales, y deben estar subordinadas á éstas, bien que pueden casi elevarse á su rango si se les pone un fin espiritual, además del motivo superior de fe que á todas debe animar. Y discurre de esta manera y discurre muy bien. El fin supremo del hombre y el más noble y el único importante, porque es definitivo, es el de su alma inmortal, que ha de salvar y que puede perder: luego toda obra de beneficencia, sea cualquiera la miseria ó afliccion que con ella se trate de remediar, ha de poner principalmente la mira en este fin último del hombre, y considerarse principalmente como medio para dicho nobilísimo fin. El pan que se da, pues, al hambriento, y el vestido con que se cubre al desnudo, y la visita y la medicina con que se alivia al enfermo, tienen por fin inmediato y por decirlo así tangible, acallar su hambre, abrigar su desnudez ó remediar su achaque; mas deben tener por fin último y superior el mejorar su alma y enderezarla á la consecucion de los bienes propios de ella, que son la verdad y la gracia de Dios, y en postrer término la eterna bienaventuranza. Lo cual ciertamente no hace que valga menos ó que se dé con menos espontaneidad y largueza aquel auxilio material que se da; hace sí que se dé de un modo más digno del hombre y de su nobilísima condicion; hace que se dé nó como se daria á un perro ó á un caballo á quienes quisiésemos únicamente salvar la vida, sino como debe darse á un sér racional para quien se desea tras el presente pasajero consuelo el goce de la suprema felicidad.

Esto por lo que toca á las necesidades que pueden ser en algun modo socorridas, y á los dolores que en algo pueden ser aliviados.

Mas cuando la necesidad es de tal suerte que ningun humano recurso la puede satisfacer, y la espina del dolor es tan

honda que ninguna mano de hombre la puede arrancar, ¡ah! entonces, entonces es cuando clarísimamente se echa de ver lo vano y deficiente y estéril de la beneficencia puramente humana, y lo sublime y fecundo y poderosísimo de la verdadera caridad. Entonces es cuando la luz de la fe desenvuelve á los ojos del atribulado toda su filosofía sobre el dolor, enseñándole, en primer lugar, que es transitorio y que de consiguiente no tiene el carácter de mal absoluto y cerrado á toda esperanza: en segundo lugar, que es meritorio y que puede ser y ha de ser (debidamente sufrido) principio y semilla de dicha sin fin: en tercer lugar que es satisfactorio, es decir, que sirve admirablemente en el plan de Dios para que expiemos y purguemos y paguemos acá en la vida deudas tal vez gravísimas que tenemos pendientes con Su Divina Majestad. Todo lo cual de tal suerte modifica y eleva y en cierto modo transforma el padecimiento á los ojos del buen cristiano, que le hace mirar la afliccion no sólo ya como tolerable, sino muchas veces (y lo vemos en ciertas almas justas) como deseable y apetecible. Transformacion maravillosa, predominio completo del hombre-espíritu sobre el hombre-materia, realizado por la fe y la gracia de Dios, por medio de la eficacia de la verdadera caridad, que es únicamente la sobrenatural y cristiana.

Véase, pues, qué distancia inmensa, infinita, separa de buenas á primeras el concepto católico de la caridad del concepto naturalista ó masónico de la misma. Mas esto, sólo por efecto del distinto modo que tienen ambos de considerar al hombre y su último fin. Verémoslo más claro aún en los próximos capítulos.

XIX.

Examínase el segundo de los referidos puntos.

Esencialmente contrapuesto el Masonismo al Catolicismo en la manera de apreciar el objeto material de la Beneficencia, que es el hombre, no lo está menos en la apreciacion del motivo formal y regla de ella, que debe y puede únicamente ser el amor de Dios. Veamos ahora este segundo aspecto de la cuestion, que no es menos interesante.

El motivo formal de la Beneficencia masónica ó naturalista se reduce al amor del hombre por el hombre mismo, sin consideracion á otra idea superior, por lo cual muy acertadamente se llama tal sentimiento *filantropía,* voz griega que significa amor á la humanidad. La palabra es sonora y retumbante, no lo podemos negar; y tal vez debe á esta su altisonancia musical el efecto que produce en ciertas imaginaciones. Mas deteniéndonos un poco en examinar su valor ideológico, puede que la encontremos tan hueca y deficiente como aparece pomposa, que tal suele ser por lo comun el escaso meollo intelectual de las grandes palabrotadas.

Amar al hombre sólo por el hombre está expuesto á dos inconvenientes gravísimos, y bien podemos desafiar á todos los filántropos y humanitaristas pasados y presentes á que nos los resuelvan dentro de su menguado sistema. En primer lugar danse casos (y son los más frecuentes) en que el hombre es de sí muy poco amable, ya se considere física, ya moralmente: y en estos casos si no he de amar al hombre más que por lo que vale el hombre, háganme ustedes el favor de decirme cómo me las compongo yo para fundar en algo el amor que á tales seres poco simpáticos debo tener. En segundo lugar, danse otros casos, tambien bastante numerosos, en que el hombre resulta demasiado amable, y en casos tales si no hay otra ley de amor al hombre que el hombre

mismo, ¡oh! entonces peor que peor: diganme entonces ustedes qué trámites y límites ha de reconocer este sentimiento para no parar en desordenado.

Permítasenos desgranar algo más detenidamente cada uno de estos conceptos.

El hombre, hemos dicho, es frecuentemente un sér muy poco amable. A la vista de todos están los ejemplos, y fuera ocioso después de ellos entretenerse en largas demostraciones. Físicamente considerado el pobre suele ser repugnante: la miseria casi siempre es asquerosa, y la enfermedad las más de las veces huele muy mal. Los pobres simpáticos y bonitos no suelen hallarse más que en los dramas y en las novelas: en la vida real la casa del infeliz no atrae, sino que repele. Se hacen precisos un esfuerzo y una violencia contra los naturales impulsos de la sensualidad y de la impresionabilidad, para acercarse al lecho del tísico ó al cuartucho ó desvan del pordiosero. Apelamos al testimonio de las personas más abnegadas y más solícitas en la práctica de la caridad. Los que son firmes en eso, lo son por vencerse á sí propios en este natural combate, y en esto consiste precisamente lo más meritorio de su virtud. Lo cual tiene especial aplicacion cuando se considera en el pobre no su deformidad física, sino, lo que á veces es más sucio, su deformidad moral. Hay pobres buenos en efecto y de nobilísimo y agradecido corazon; pero los hay malos y perversos por desgracia, y viles y ruínes y que no saben pagar los beneficios que reciben sino con negras ingratitudes. Y no obstante, éstos han de ser amados tambien, y han de serlo por el verdadero caritativo mucho más que los otros, por cuanto no se les ha de auxiliar solamente en su necesidad física, sino corregirlos en su deformidad moral. Y aunque revuelva el estómago acercarse á una de esas envilecidas criaturas, hay que acercarse á ellas, y hay que estrechar aquella mano que á veces puede traer consigo hasta la deshonra, y hay que apretar al corazon propio aquel otro tal vez pestilente y corrompido corazon. Digaseme, pues, ahora: cuando ni física ni moralmente es amable el hombre, sino que física y moralmente es antipático y despreciable y aborrecible y tal vez condenable, si no debe amarse al hombre más que por lo que merece el hombre,

¿cómo puede amarse á un hombre de este tenor? Discúrralo cuanto quiera el Naturalismo, no encontrará motivo suficiente para que se haga bien á esas criaturas, si no se les hace por lo que vale tal buena obra á los ojos de Dios nuestro Señor.

Veamos ahora el viceversa de este asunto.

Danse miserias en que el necesitado no es por desgracia poco simpático, sino que por desgracia lo es demasiado. Pongamos el caso no raro de que es una mujer en determinadas condiciones de humano atractivo la que necesita el auxilio de un hombre, ó un hombre en los brios de su mocedad el que necesita ser socorrido por la mano blanda y frágil de una mujer. Si la Beneficencia ha de ser puramente humana, como dice el Naturalismo, ¿quién regula aquí los naturales impulsos del corazon? Y cuenta que no hablamos aquí sino de este loco de más nobles instintos, pero loco al fin. ¿Quién los contiene, quién los enfrena si se extravian? Si en aquel primer caso se necesita del motivo de fe como de estimulante divino, ¿no es cierto que en este segundo se necesita del motivo de fe como de divino moderador? ¿Qué hombre discreto enviaria nuestras jóvenes y angelicales *Hermanas de la caridad* á la viciada atmósfera de los campamentos militares, que tan poco se parecen á un claustro, si no fuese con este divino salvoconducto? ¿Y qué propagandista católico ó qué jóven sacerdote atravesaria impunemente para su alma la zona de ciertos focos de hediondez sin esta salvaguardia? ¿Y cómo en ambos casos podria practicarse, no ya con verdadero fruto, sino sencillamente sin gravísimos riesgos, la nobilísima pero delicadísima y fragilísima virtud de la caridad?

Creemos haber dicho bastante para que se nos comprenda y para que aparezca claramente que, si para algo se necesita no solamente creer sino pensar mucho en Dios, es para ser verdaderamente caritativo. Así con profunda filosofía lo ha enseñado siempre la Religion, y con certera y nunca desmentida experiencia se lo ha confirmado la práctica. Amar al hombre por sólo el hombre, y amarle bien, es fórmula más fácil de ser escrita en los libros masónicos y de ser ampulosamente desarrollada en los alegres banquetes de las lo-

gias, que de ser planteada en la clínica de los hospitales y en las zahurdas del arrabal de los grandes centros de poblacion. Amaral hombre por sólo el hombre y amarle bien, son dos conceptos en la práctica irrealizables. Y la prueba evidente de ello está en que nunca en la práctica se ven realizados. El hombre rara vez siente por sólo el hombre más que desden sumo, cuando no profunda aversion, en los casos en que no siente por él arrebato puramente sensual y pasion grosera.

Y la razon es muy clara. El hombre por sólo el hombre no es en el fondo ni es lógico que sea más que el hombre por su propio interés. Sin la idea de Dios ¿quién, en efecto, es únicamente prójimo mio sino yo mismo? El egoísmo es, pues, la consecuencia indeclinable del principio naturalista. Ahora bien: este egoísmo humano suele tener dos formas brutales á cual más: la del desprecio, cuando mi hermano me es indiferente ó repulsivo; la del grosero apetito, cuando mi hermano excita mi pasion. Y para ambos achaques carece, como hemos visto, de remedio la filantropía naturalista.

Y sin embargo, grita y alborota y hace de las suyas esta falsa caridad. ¿Cómo, pues, se provee de estímulos para sus obras? ¿Cómo y con qué plomo y nivel las regula y ordena? Eso verémos con más extension de la que pudiéramos aquí, en el próximo capítulo, y por ello acabarémos de conocer aún más al vivo las esenciales diferencias que distinguen á la verdadera de la falsa beneficencia, á la católica de la masónica, á la de Dios de la del diablo, su mona y su parodia.

XX.

Se declara el tercero de los puntos sobredichos, que es hoy el más práctico.

Estableciendo la Beneficencia sin el amor de Dios por estímulo, y sin la ley de Dios por regulador, claro está que tiene que buscar el Masonismo dichos estímulos y reguladores en otra parte. Aquí de su ingenio. Estamos de lleno en el exámen del cuadro que ofrece ante nuestros ojos la llamada filantropía ó caridad natural.

Cuesta al hombre desprenderse de lo suyo para dárselo sin más ni más á otro hombre. Para que se resuelva, pues, á este costoso sacrificio, hay que ofrecerle una compensacion. El Catolicismo se la ofrece de presente con la ventaja del mérito, y de futuro con la perspectiva del premio. Los que excluyen á Dios de la Beneficencia no pueden reconocer en ella este mérito sobrenatural ni este galardon prometido. Han de buscarle, pues, al hombre compensaciones en la presente vida, y se las ofrecen del modo siguiente:

En primer lugar, excitando la sensibilidad natural, que en todo hombre, áun en el más depravado, no puede menos de conmoverse algun tanto á la vista de las aflicciones ajenas. Este recurso es de todos los meramente humanos el más noble, pero es tan débil por sí solo que únicamente produce algun acto en favor del necesitado cuando no son precisos para prestárselo graves sacrificios; que entonces entre ver sufrir á su hermano é imponerse el hombre á sí propio algun sufrimiento, claro está que optará por lo primero si no le mueve y obliga razon de órden superior.

Segundo, lisonjeando la vanidad con el aplauso público, haciendo que sepa todo el mundo que el tal caballero ó señora son hidalgos y generosos, y han obrado tales ó cuales

actos de abnegacion en pro de sus hermanos, lo cual deja de ser acto de caridad para pasar á ser alarde de amor propio.

Tercero, amenazando con el ridículo del respeto humano á quien no suelte de buen ó mal grado los cuartos que se le piden, cuartos que se dan al fin murmurando y á regañadientes, no con afecto de fraternal compasion al necesitado, sino tal vez maldiciéndole por el aprieto en que nos pone con su exigencia. Y de eso estamos hartos de ver ejemplos, desde las suscriciones oficiales ó sean donativos voluntario-forzosos que por el Gobierno se imponen con motivo de públicas calamidades, hasta las Comisiones que en forma más ó menos autoritativa recorren á veces los barrios con idéntico objeto.

Cuarto, cuando ni eso es suficiente, es decir, cuando el rico no se resuelve á socorrer al pobre por estímulo de su sensibilidad natural, ó por impulso de la vanidad, ó bajo la presion del respeto humano, no se desalienta por eso el Masonismo: conoce muy perfectamente los resortes todos del hombre-bestia *(animalis homo)*, y no dejará de recorrerlos en toda su extension. Apela entonces á su frivolidad, y á cambio de la limosna que quiere sacar de su bolsa, ya que no puede decirse se la saque de su corazon, ofrécele lo más tentador porque es lo más grosero: goces. Y para esto abre como público mercado de sensualidad para cotizar en él á tenor de todos los gustos las obras benéficas: dando por ellas gorgoritos á quien se pague de eso; piruetas más ó menos acancanadas á quien tenga menos fino el paladar; sonrisas y favores de mujeres á quien hasta eso necesite para aflojar la bolsa. Vese entonces lo que nadie acertara á creer si no lo viésemos con nuestros propios ojos. Las grandes calamidades nacionales, los grandes lutos de la patria, parecen producir en las almas igual efecto que los más gloriosos triunfos de ella, pues se traducen igualmente al exterior por regocijos y diversiones: hasta tal punto la falsificacion de la caridad ha llevado el trastrueque á los más ingénitos sentimientos del hombre; de tal suerte ha venido éste á desnaturalizarse y á caer en lo antinatural, á fuerza de querer huir del sobrenaturalismo cristiano.

Observen nuestros lectores la escala descendente de esos

estímulos naturalistas á que se ha debido acudir para suplir el estímulo sobrenatural. Primero, las emociones ó impresionabilidad de los nervios: segundo, el afan del aplauso: tercero, el miedo al ridículo y á la censura: cuarto, el apetito de goces. De suerte que por no querer tener la caridad hija del cielo y con los perfumes del templo, se acaba por ir á buscarla en las pasiones más bajas del hombre y casi casi entre las basuras de la prostitucion.

Con lo cual se ve bien claro cuán poca nobleza primero, y luego cuán poca consistencia ha de tener una beneficencia de este jaez. Limosna por tales medios procurada es lógico desde luego que se quede en simple limosna material. El que por tales estímulos da, da á lo más un duro ó una peseta, no da un rasgo del corazon con que alentar al pobre, elevarle á su igual, mirarle y tenerle y abrazarle y consolarle como á hermano. Mucho menos irá á venerarle y servirle, como á imágen de Dios. Se da de esta manera como se echa un mendrugo á un perro para que se largue de delante, ó como se paga al Gobierno la papeleta de contribucion. Caridad de esta clase es además caridad fugaz, caridad de llamarada, fuego fatuo de un momento, ó cohete artificial que no dura más que el rato de la fiesta para que se dispara. Unos pocos instantes, bajo la primera impresion de una gran catástrofe, bajo las exigencias do la opinion pública excitada, se hace algo, se recoge alguna cantidad; luego después vuelven á recobrar sus antiguos derechos el nativo egoísmo y la habitual indiferencia. Nada de obras que exijan perseverancia, nada de empresas que necesiten paciencia. No se fundan así las instituciones que viven siglos, como por ejemplo los hospitales y asilos en que se gasta una vida y una fortuna, sino que se hace todo postizo, baladí, interino, al dia.

¡Qué mucho si á nada de esto ha presidido la idea de Dios y de la eternidad!

XXI.

Prosigue el mismo asunto.

Si la beneficencia sin Dios ha de ser necesariamente, por falta de adecuado estímulo, débil, inconsistente, poco dispuesta á todo lo que sean verdaderos sacrificios, no es menos cierto que por falta de regla y moderador ha de ser indispensablemente poco escrupulosa, nada escrupulosa en sus medios y procedimientos.

¿Qué se propone la beneficencia sin Dios? A lo más sacar de un apuro *material* al necesitado. No teniendo, pues, á Dios como primer motivo, ni como último fin, ni como regulador de los medios para llegar á éste, lógico es que estimará buenos y conducentes todos los procedimientos con tal que le proporcionen un puñado de oro con que salir airosamente del lance. No cabe suponer que por meras razones de humana decencia deje de emplearlos; sobre todo cuando se sabe ya que este criterio de la humana decencia es muy laxo en todas las cuestiones de moral que se ofrecen á su consulta, y lo es mucho más cuando cierta mayor laxitud se puede paliar y aparentemente cohonestar con el pretexto de que se tolera para la obra buena de socorrer apremiantes necesidades.

Alguno de nuestros lectores habrá encontrado tal vez pícante en demasía lo que decíamos hace poco, de que cierta caridad moderna no vacila tal vez en buscar sus recursos áun entre las mismas basuras de la prostitucion. Muy lejos estábamos, cuando eso escribíamos, de pensar que á la mano habíamos de tener de ello dato fehaciente poco después. Nos lo proporciona el mismo diablo, que á veces resulta para nuestros trabajos excelente colaborador: el mismo diablo, digo, por medio de uno de sus más autorizados representantes en la prensa de esta ciudad. Del cual órgano diabólico

tomamos el siguiente suelto, que parece expresamente redactado para dejarnos en buen lugar. Dice así: «Los dos sucesos más curiosos de actualidad han sido una fiesta de caridad en París y un proceso en Alemania. La fiesta de caridad consistió en un concurso de natacion, en que tomaron parte señoras de verdad, es decir, no sospechosas. Se celebró de noche, en el Gimnasio Náutico. Las señoras nadaron públicamente y en competencia. Excusamos decir el público que acudiria á novedad tan exquisita. La caridad lo excusa todo, segun la moderna doctrina, y ya no nos atrevemos á pensar á lo que pueden atreverse con el tiempo las damas francesas, siempre escudadas por la caridad.»

¿Qué tal? Así es como paso á paso la mera caridad humana estima lícitos y honrados para su fin una porcion de resortes que no podria utilizar en manera alguna al adoptarlos si debiese contar con el severo refrendo de la ley de Dios. Pero, áun descontando eso que no es para olvidado, la práctica de la caridad sin Dios está sujeta todavía á otra clase de inconvenientes que no por ser de órden más rastrero y vil deja de tener aquí oportunidad muy especial. Tales son los que resultan de la defraudacion y malversacion de fondos con que manos poco limpias procuran torcer en provecho propio lo que para necesidades ajenas va destinado. De cual lepra está tan contagiada hoy toda suerte de caridad laica ó civil, que en recientes calamidades hemos podido ver con nuestros propios ojos, hasta á personas nada afectas al llamado clericalismo, volar á poner en manos del Prelado y del Párroco sus donativos, tan seguros de que por este camino llegarian éstos á su verdadero destino, como inciertos de que consiguiesen arribar á él por otros conductos. Sí, el triunfo de la caridad católica sobre su rival y enemiga y falsificadora la caridad masónica ó civil lo hemos podido ver todos patente, espléndido é indisputable con motivo de los últimos terremotos. El buen sentido natural se ha sobrepuesto irreflexivamente en esta ocasion en la mayor parte de los corazones á los prejuicios de secta. Todo el mundo ha comprendido que el hilo mejor conductor de la caridad desde el corazon del que puede socorrer al corazon del que necesita ser socorrido, y por tanto del bolsillo repleto del primero al bolsillo vacío

del segundo, es el hilo de la creencia religiosa, y que todo otro modo de pedir caridad y todo otro modo de aplicarla y distribuírla será tan del dia y tan liberal como se quiera... pero no da resultado. Y que en definitiva se necesita creer en Dios y hablar de Dios y pensar en Dios y temer á Dios para dar mucho por el prójimo, y para dar de suerte que salga el prójimo verdaderamente favorecido.

Otro triunfo de igual índole han dado en la vecina nacion á la caridad verdadera sobre la caridad masónica las epidemias del año pasado. De aquellos asilos y hospitales arrojó la Masonería á los enfermeros y enfermeras pertenecientes á Institutos religiosos, y puso en su lugar dependientes laicos de muy acendrado republicanismo y los más apartados de todo resabio clerical. Y vino la hora tremenda, la hora, no de cobrar buenos sueldos, sino la de exponer por la salud del prójimo la propia vida... y aquellos valientes abandonaron casi todos vergonzosamente el puesto, probando que tales soldados no sirven más que para tiempos de paz. Y la Masonería, la Masonería misma, prepotente en la mayor parte de los Municipios y Consejos provinciales, tuvo que pasar por la humillacion de volver á llamar á los religiosos y religiosas que habia arrancado del lecho de los invadidos. Y religiosos y religiosas volaron de nuevo llamados por sus propios enemigos, no á jactarse de una victoria tan gloriosa, no á echarles en rostro su presente inconsecuencia y su antigua iniquidad, sino sencillamente á morir por sus hermanos, como realmente no pocos murieron.

¡Qué lecciones! ¡Ahí las tiene prácticamente el mundo actual, y no pueden dársele por cierto más incontestables! ¡Ahí las tiene al alcance de sus ojos y de sus manos, para que vea y palpe lo que puede y sabe tan fácilmente hacer la caridad inspirada por Dios, dirigida á Dios y regulada por Dios, y lo que no puede ni sabe hacer en modo alguno, por más que lo intente, la caridad obstinada en prescindir de El!

XXII.

Cómo andan radicalmente opuestos el Catolicismo y el Masonismo en el modo de apreciar el Arte.

El Arte fué otro de los puntos en que nos propusimos indicar ligeramente la diversa apreciacion é influencia del Masonismo y del Catolicismo, y vamos á decir algo ahora de esta materia, bien que no con la extension que deseáramos, para no darla á la serie de los presentes capítulos, que la han tenido ya más que regular.

El Arte en sus diversas manifestaciones, como expresion del sentimiento de la belleza ingénito en el hombre, podria llamarse de todos los conceptos humanos el menos humano, ó siquiera el menos terrestre, tan ideal es y tan sublimado y tan allegado á lo divino y celestial. Todos los pueblos, así gentiles como cristianos, han reconocido en el Arte verdadero y en el verdadero artista un *quid divinum* que da á tales obras un carácter que esencialmente las distingue de todas las demás que elabora el ingenio científico ó la hábil industria mécanica. El Arte y el artista viven y alientan y se espacian en region muy más alta y pura que la que rodea al comun de los mortales; ciérnense en horizontes iluminados por lumbre de mayor claridad que la que se goza en las esferas ordinarias de la vida: á lo humano pertenecen, pero son, como hemos dicho, lo menos rastrero del hombre, por ellos es (en el órden natural) por donde muestra más cierta el hombre su estirpe divina, y la chispa de fuego del cielo escondida dentro su frágil vaso de barro por la mano del Criador.

Razon de más para que en este punto procurase el enemigo de El y de la humana criatura manchar el honor de ambos, oscureciendo con los negros vapores del abismo ó con las siniestras llamaradas de él la pura y serena luz del cielo,

que el Arte y el artista tienen la mision de hacer reflejar con sus obras sobre los áridos valles de la tierra. El Naturalismo ó Masonismo tienen aquí un objeto bien fácil de comprender: hacer que únicamente mire abajo lo que el Criador infundió en el hombre para que únicamente mirase arriba; predicar y enaltecer un Arte que sea la expresion de las concupiscencias que embrutecen y bestializan al hombre, en vez de predicarle y proponerle un Arte que sea la expresion de los elevados impulsos que le ennoblecen y dignifican. La materia en cierto modo espiritualizada: esa era, por decirlo así, la fórmula del Arte cristiano. El espíritu en cuanto es posible reducido á viles satisfacciones de carne: hé aquí la divisa del Arte naturalista. Cantar, pintar, esculpir, de suerte que fuesen el verso, el canto, la estatua, el lienzo ó el monumento otras tantas alas con que el hombre se elevase sobre su actual condicion de desterrado á goces superiores, á sentimientos superiores, y en consecuencia á superior norma de ideas y de conducta: ese era el apostolado divino del Arte, que en algunos artistas llegó á ser una como verdadera religion. Cantar, pintar, esculpir, para que resulten más lisonjeras para el sentido las inmundicias de la materia; para que goce más el hombre con lo que le envilece y ensucia; para que se pegue con más ahinco al lodo, y olvide y hasta detestc con más ciega obstinacion el cielo: ese es el satánico apostolado del Arte impío y enemigo de Dios.

Por estos rasgos se conocerá fácilmente á qué impulsos obedece, y qué fuego, si del cielo ó del infierno, refleja en su frente la mayor parte de lo que se cultiva y expende como *Arte* en nuestros miserables tiempos. Por lo que aleja al hombre de Dios y le abate al cieno gran parte del Arte moderno, se echa de ver muy clara su procedencia y su espíritu, que, pues no son de Dios, han de ser precisamente de su enemigo. Y la Masonería, que es este enemigo universal de Dios, organizado y condensado y constituído, por decirlo así, en vasta conjura de fuerzas enemigas de Dios, es la que pregona y extiende y fomenta ese Arte vil y envilecedor que bestializa al hombre, en contraposicion al Arte inspirado por la fe cristiana que tiende constantemente á divinizarle. Música, literatura, pintura y escultura son en sus manos y en

las de los ingenios que ella desdichadamente inspira, otras tantas encendidas fraguas de grosera sensualidad y de brutal concupiscencia, que después de haber secado con su fiebre el corazon, le dejan endurecido y encallecido para nunca percibir otra más elevada dulzura. Con emociones de carne y de nervios se sustituyen en el alma el goce sereno y purísimo y arrobador que en ella produce la verdadera belleza. En vez del éxtasis intelectual artístico se busca entonces y se consigue la embriaguez y la excitacion nerviosa, que no son sino su falsificacion y su parodia.

Digasenos: ¿no es este en gran parte el carácter del Arte en nuestros dias? ¿No son estos sus visibles y deplorabilísimos efectos?

XXIII.

Como se ve muy clara la aplicacion de esta doctrina en las diversiones modernas.

Tocamos ya al fin de estas nuestras sencillísimas indicaciones, mera apuntacion de ideas, cada una de las cuales necesitaria para su cabal desarrollo mucho mayor espacio del que á todas juntas hemos podido consagrar.

La aplicacion más comun y práctica de lo que sobre el Arte influido por la perversion masónica exponíamos en el capítulo anterior, vémosla muy clara en las públicas diversiones, y en la novela, ramo especial de literatura que puede y debe tambien incluirse en el ramo de ellas. Sí, las diversiones públicas y la novela moderna son en su generalidad hoy dia Masonismo puro, es decir, producto de la influencia masónica y apóstol y conducto á la vez de ella.

Tenemos la prueba á la vista, y sólo hemos de recordar para comprenderla principios ya anteriormente sentados. El Masonismo no es más que el Naturalismo. Y las modernas diversiones y la moderna amena literatura se esfuerzan años

há en no ser más que naturalistas. Resultan, pues, radical y perfectamente masónicas y masonizantes, efecto á la vez y concausa poderosísima de esa horrenda conspiracion de todos los elementos sociales contra el reinado sobrenatural de Dios nuestro Señor sobre la humana criatura y la humana sociedad.

Que es el Naturalismo, y ciertamente el más abyecto, el inspirador de cuanto hoy escribe el hombre ó canta ó expone para solaz de sus hermanos, basta no ser ciego ó miope para verlo en cada cartel de teatros ó en cada prospecto de novelas, de las que se dan á la pública circulacion ó se fijan en las esquinas. Ya no se idealiza lo material, como se entendió siempre ser uno de los objetos primordiales del arte, sino que se materializa lo ideal, y se enloda y se empuerca asquerosamente para que resulte digno y apetitoso manjar del hombre-bestia. Una gran parte, casi toda, de los espectáculos y literatura del dia son inmundos lodazales que sólo no excitan náuseas á todos los estómagos porque, al compás de aquéllos, han contraído éstos la misma grosera enfermedad, la de ser puramente carnales y animalescos. No es solamente la crítica católica quien lo pondera y execra: los mismos doctores del racionalismo contemporáneo en frecuentes intervalos de lucidez y buen sentido lo reconocen y lamentan y anatematizan. Zola en la novela, Echegaray en el arte dramático, Sara Bernard en la exhibicion plástica de éste, son tres tipos que pueden muy bien personificar tres escuelas, que mejor debieran llamarse tres innobles prostituciones. Y reinan hoy y privan casi exclusivamente, y como de la Masonería ha dicho el Papa, ejercen sobre el gusto un poder social que casi puede llamarse soberanía. Eso y casi nada más se lee, eso y casi nada más se oye y se contempla y se aplaude con furor: todo otro pasto artístico é intelectual les resulta soso y desabrido á los paladares habituados á esas salsas de grosero estimulante.

Y hé aquí precisamente un campo donde puede gloriarse la Masonería de reinar áun sobre muchos de sus al parecer más resueltos enemigos. Hiela el alma considerar cuán sin número son las familias católicas, genuinamente católicas, que por este medio de la novela y del espectáculo masónicos

respiran y beben y tragan cada dia ó cada noche en grandes dosis el veneno del más sutil y refinado Masonismo. En lo que leen y en lo que ven no se les enseña más que el odio al órden sobrenatural cristiano, ó por lo menos la culta y *sensata* abstraccion de él. Van formando, pues, insensiblemente sus sentimientos, ideas, aficiones y hábitos segun esos moldes naturalistas; con tal criterio se acostumbran á pensar, á sentir, á juzgar y á fallar; y hállanse á la postre en su fuero interno perfectísimos masones de grado superior, aunque nunca en su vida hayan visto triángulos ni usado mandiles ni asistido á cualquiera de los ritos *oficiales* de la secta. ¿Qué importa empero no haber participado del ritual extrínseco de ésta, si se vive perfectamente identificado con su espíritu, hecho prosélito de sus máximas y costumbres, y muchas veces, sin advertirlo siquiera, caluroso y eficacísimo propagandista de ellas? Antes aquí es mayor el daño y de más eficacia la accion, cuánto es más velada ésta y procede de personas de quienes menos se recela el recibirla. Así andan las cosas hoy dia, y eso explica el inmenso predominio del Masonismo científico, literario, artístico y de costumbres en la sociedad actual. Hemos convenido inocentemente en que no son masones más que los que han pasado por las pruebas grotescas de la iniciacion, cuando la realidad es que la secta fia más en el prestigio y en la influencia de los que nunca se han sometido á tales ceremonias. ¿A qué ritos simbólicos? ¿A qué misteriosas logias? ¿A qué tenebrosos clubs? ¡Si todo se lo dan hecho á la Masonería, mejor de lo que ella quisiera, muchísimos de los miserables católicos de hoy! Por esto, como al principio dijimos, y este es el verdadero concepto de nuestro presente trabajo, más grave peligro es en el siglo actual el Masonismo que la Masonería. Nos place repetirlo. Podria muy bien enflaquecerse ésta y áun desaparecer del cuadro de las instituciones, quedando y áun reinando aquél con absoluto y casi exclusivo predominio, como hoy por desdicha nuestra empieza ya á suceder.

EPÍLOGO.

Este fué el plan de nuestras reflexiones, y por esto nos detenemos aquí, sin extendernos á otras mil que asoman en estos momentos á la punta de nuestra pluma, y que nos harian en esta materia interminables. Parécenos queda bien probado nuestro tema, ó sea la incompatibilidad radical y absoluta entre el Masonismo y el Catolicismo, para lo cual hemos ido examinando sucesivamente la opuesta solucion que dan ambos á todos y á cada uno de los problemas filosófico-sociales planteados hoy dia en Europa. Resta únicamente oir sobre esto la voz más competente de todas, después de la del soberano Maestro que desde Roma nos ha hablado con tanta precision y claridad en su famosa Encíclica *Humanum genus*. Resta que nos lo diga con mayor autoridad que nadie la propia Masonería, á fin de que se decidan á creerlo hasta aquellos católicos, más ciegos ó más tercos, á quienes no haya podido aún convencer la palabra del universal oráculo del Vaticano, y que necesitan para salir de su extraño ambigüismo el fallo para ellos quizá más autorizado del mismo diablo, oráculo de las logias.

Sí, éste ha hablado tambien, y ha dado fe de la verdad de las afirmaciones pontificias, para vergüenza de tantos llamados católicos obstinados en tenerlas por exageracion y pesimismo. Sí, es la mano oficial de la Masonería la que ha escrito y publicado en uno de sus *Boletines* más respetables *(Bulletin Maçonique de la grand Loge Symbolique Ecossaise)* las siguientes frases de horrible exactitud. Vean en ellas todos nuestros lectores la síntesis y la confirmacion á la vez de cuanto hemos escrito nosotros sobre este asunto:

«LA FRANCMASONERÍA (dice) NO PUEDE MENOS DE AGRADECER AL PONTIFICADO SU ÚLTIMA ENCÍCLICA. LEON XIII, CON UNA AUTORIDAD INCONTESTABLE Y GRAN LUJO DE PRUEBAS, ACABA DE

DEMOSTRAR UNA VEZ MÁS QUE EXISTE UN ABISMO INFRANQUEABLE ENTRE LA IGLESIA DE QUE ES REPRESENTANTE Y LA REVOLUCION DE QUE LA FRANCMASONERÍA ES EL BRAZO DERECHO. BUENO ES QUE LOS QUE VACILAN DEJEN DE ALIMENTAR VANAS ESPERANZAS DE CONCILIACION. ES PRECISO QUE TODOS SE ACOSTUMBREN Á COMPRENDER QUE HA LLEGADO LA HORA DE OPTAR ENTRE EL ÓRDEN ANTIGUO QUE SE APOYA EN LA REVELACION, Y EL ÓRDEN NUEVO QUE NO RECONOCE OTROS FUNDAMENTOS QUE LA CIENCIA Y LA RAZON HUMANA; ENTRE EL ESPÍRITU DE AUTORIDAD Y EL DE LIBERTAD.»

EL MAL SOCIAL

Y SU MÁS EFICAZ REMEDIO.

(Conferencia leida en la Academia de la Juventud católica de Sabadell).

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

L objeto de estas modestas reuniones, como el de la Sociedad que las ofrece á sus socios y amigos, no es otro que la difusion y propaganda de las sanas ideas. Os lo ha dicho muy acertadamente, el empezar, el señor Presidente de la Academia, y yo para cerrar la sesion con el mismo asunto por que ha empezado, voy algo más ámpliamente á desarrollarlo. Formulo, pues, sin más exordios ni preámbulos el tema de esta mi sencilla y familiar conferencia.

¿Qué vienen á ser las Academias de Juventud católica? ¿Qué papel les toca representar en el presente conflicto social?

Vamos á dedicar algunos momentos al exámen de la cuestion presente, á todas luces importantísima, de la que brotan á su vez infinidad de otras cuestiones secundarias que en su dia y en análogas veladas irémos desarrollando, con el favor de Dios.

Entro, pues, en el asunto.

Decidme ante todo, señores mios, y decidmelo con toda la franqueza de vuestro corazon, que harto veis estamos aquí como en familia y podemos decirnos las cosas en alta voz

como si unos á otros nos las dijésemos al oido. Decidme: ¿el estado social presente, el estado en que se hallan el mundo y la sociedad, es el estado normal y ordenado y sólidamente establecido en que aquéllos deben estar? No mireis para eso muy lejos; no envieis la imaginacion á viajar por apartadas regiones; aquí, aquí mismo, en vuestra patria, en vuestra provincia, en vuestra propia localidad, hallaréis datos sobre que fundar la respuesta. Levante la voz quien se atreva á declarar que estamos bien: ó mejor, levante el rostro para que veamos todos si la mentira le hace salir en él los colores de la vergüenza. Y ¿cómo podríais decir esto si cada dia, cada hora, á cada momento estais reconociendo y declarando lo contrario? Lo decís en el fondo de vuestras conciencias, lo lamentais en el seno de vuestras familias, lo ponderais en el calor de la conversacion entre vuestros amigos. «Eso anda mal (decís), muy mal, están todas las cosas fuera de su natural carril; revueltos los principios, desmoralizadas las costumbres, desbarajustadas las clases sociales, desprestigiada la autoridad, perdida toda nocion de respeto, desconocidos por completo los fueros de la moral y de la conciencia. La crisis por que atraviesa hoy el mundo es espantosa.» Todo eso os decís unos á otros en confianza. Sólo falta que lo digais oficialmente. Y tales cosas ya se sabe que oficialmente no se suelen decir. Oficialmente hemos convenido en asegurar que vivimos en el siglo de la más luminosa civilizacion, de la más perfecta cultura, de un adelanto fenomenal, de un progreso envidiable. Es como el uniforme de ceremonia con que tenemos la necedad de presentar engalanado á nuestro siglo, para que nos tengan por hijos dignos de él. Y lo somos ¡vive Dios! tal vez más, mucho más de lo que se nos figura. Mas si esto es lo oficial y lo convencional y lo postizo, ¿qué importa se diga así oficialmente, si extraoficialmente sólo lo contrario es la horrible verdad? ¿Qué importa no esté oficialmente declarada una epidemia, si cubre ya de luto y pavor los corazones, y diezma ya con sus estragos á la multitud? En tal caso el contagio es lo espantosamente cierto, lo falso y embustero son los partes sanitarios que da la Junta de Sanidad.

Reconoceis, pues, conmigo, que es grave el estado social

presente. Enfermo de cuidado es la actual sociedad, y ahora, dando una ojeada más sobre ella, poco os costará comprender la índole de su mal. Tiene éste un nombre muy claro y muy gráfico, que yo lo pronunciaré sin miedo alguno, aunque haya actualmente muchos que tengan como cierto escrúpulo de pronunciarlo. Su mal es *impiedad;* tal como suena, señores mios; tal como suena. Su mal es impiedad.

Es cruda la palabra, pero es la verdadera. El mundo moderno, la sociedad moderna, las gentes del dia padecen el gravísimo achaque crónico que se llama *impiedad*. Vocablo muy usado, pero aún poco comprendido, y sobre el cual quiero llamar, aunque de pasada, vuestra atencion.

Dos clases hay de fiebre. Hay la fiebre ardiente y convulsiva, que hace saltar de su lecho al pobre enfermo, si brazos nervudos y vigorosos no le sujetan en el momento del acceso, que le hace desvariar como un loco y prorumpir en gritos y aullidos como un energúmeno; y hay la otra fiebre lenta, sosegada, apenas perceptible, que devora poco á poco al tísico, sin que lo sienta él mismo, antes bien, dando quizá á su rostro cierto carmin de aparente robustez. Fiebre que parece vida y no es más que agonía, como la otra parece fuerza y no es más que nerviosa convulsion.

Tened ahora presentes estas comparaciones, y volvamos á nuestra sociedad enferma.

Como hay dos clases de fiebre, así hay dos clases de impiedad.

Hay la impiedad que vocifera y alborota y perturba, y que pasa de vez en cuando como torrente furioso por nuestras calles y plazas. Blasfema, insulta al cielo, escarnece á la Religion, ataca á sus ministros, demuele é incendia sus templos, escribe en su bandera: ¡Guerra á Dios! y en el membrete de sus boletines: ¡Liquidacion social! ¡anarquía! Vive de continuo entre espumarajos de rabia y entre rugidos de odio. Tiene la mirada torva, como reflejando siniestro resplandor del infierno; manos prontas al puñal, al petróleo ó á la dinamita; escribe con veneno más que con tinta contra la Religion y la sociedad; infama todo lo honrado y respetable con caricaturas dignas sólo de las paredes del burdel y del presidio. ¿Conoceis esta clase de impiedad? Es la fiebre que en

primer lugar os he descrito, es la fiebre del enfermo delirante y furioso. Es la que menos me espanta, porque suele ser pasajera, tanto como es aguda. Prontos revulsivos aplicados al enfermo y recios cordeles con que sujetarle por de pronto, hé aquí su inmediata medicacion.

La otra impiedad me parece muy más grave por lo mismo que lo parece menos. El infeliz atacado de ella empieza por no creerse enfermo, antes blasona y se alaba de completa salud y de lo excelente de su temperamento. Vedle, señores mios. No blasfema de Dios, al menos con blasfemias inmundas de carretero; pero prescinde completamente de Dios. Prescinde, ved qué palabra tan blanda, tan remilgada, tan pulcra, tan sensata; hasta puede llegar á llamarse conservadora. No demuele el templo y mucho menos lo incendia, al menos con la piqueta ó tea, porque harto sabeis que hay otros modos más urbanos de incendiar y demoler; pero no acude á él ni es para él edificio de gran importancia. La tiene, si es artístico; no la tiene, ni maldita la cosa, si sólo es la casa de Dios, la cátedra de su ley, el altar de su culto. No ha declarado guerra á la Religion, ni jamás apostató formalmente de ella; no es protestante ni espiritista, ni siquiera tal vez mason, que es lo menos que hay que ser en estos ilustrados tiempos; pero no observa práctica alguna religiosa, ni hace sentir su influencia en casa ó fuera de ella, ni da de ella ejemplo alguno á sus hijos ó dependientes, ni la hace respetar por la ley si es autoridad, ni la apoya con su prestigio si es personaje importante, ni la auxilia con su dinero si es rico, ni vuelve por ella cuando la oye vilipendiar, ni se declara por ella cuando la ve escarnecer... ¡ah, señores mios! ¿Conoceis esta impiedad? Esta, esta es la tisis social que blanda é insensiblemente nos devora, que suave y mansamente nos corroe, como la fiebre del tísico que, sin quitarle el color del rostro, le gangrena los órganos más esenciales para la vida y le hunde en la sepultura.

Y si me decís que aplicar á eso la palabra *impiedad* es impropio, porque fuera más adecuado llamarlo *indiferencia*, os diré que tengo razon en llamarlo como lo llamé y que no teneis razon vosotros. Im-piedad es sencillamente no-piedad; tal es la composicion y descomposicion de esta palabra. Y

no-piedad es, escuchadlo bien, por Dios, todo olvido sistemático de los deberes de la Religion. Por donde es perfectamente im-pío todo corazon no-pio; vive completamente en la im-piedad todo aquel que no vive perfectamente y de lleno en la vida práctica de la Religion.

Ahora bien: la verdadera enfermedad social presente es esta última. No aquella otra aguda y pasajera, sino ésta crónica y habitual é inveterada. Os explicará todo esto la falta de vigor que se nota en las clases que más debieran mostrarlo, cuales son las ilustradas y pudientes. Falta de vigor, que es verdadera *anemia moral* y yo no sé darle otro nombre. Falta de vigor en la creencia, lo cual produce la falta de vigor en el carácter, y ésta produce la falta de vigor en la conducta privada y pública, y ésta produce la relajacion, el enmollecimiento, el decaimiento en todo el cuerpo social. Y esto da lugar á la vez á otro fenómeno, tambien muy propio de nuestros tiempos, que será oportuno haceros notar aquí. Es el de que, así como en épocas de fervor y religiosidad toman el tinte de religiosos y creyentes hasta muchos que son en sí muy tibios y descuidados, así en estas épocas tristísimas de decaimiento moral, en que la impiedad ó no-piedad es el contagio reinante, se dan casos en que aparecen y viven y hablan y obran como verdaderos impíos muchísimos á quienes repugna y horroriza y hasta hace estremecer tal calificacion. ¡Ah! señores mios, permitidme tambien á propósito de eso deciros toda la verdad, cual cumple decirla entre verdaderos amigos. Si todos los que creen en Dios y en su Hijo Jesucristo, y en su Iglesia santa, y en sus dogmas y preceptos, y en su universal Pastor; si todos los que eso creen, como lo creen firmemente en su interior así tuviesen voz y alientos para proclamarlo en público, para llevarlo como escrito en la frente, para pregonarlo en la calle y en la fábrica, y en el despacho y en el café y en todos lugares, con palabras y con obras, pero sobre todo con obras, señores mios, con obras, que la de las obras es la más poderosa elocuencia; si en todas partes los que eso creen dijesen, así como otras cosas dicen: ¡Creo en Dios! ¡Creo en su Unigénito Hijo Jesucristo! ¡Creo en su Iglesia santa! ¡Creo en la autoridad del supremo Pastor! si esta profesion de fe, clara,

íntegra y sin rodeos se oyese en todas partes de los labios de todos los que afortunadamente la tienen aún en el corazon, pero demasiado escondida tal vez en el fondo de él, decidme, ¿seria dueña la impiedad, como lo es hoy, de casi todas las esferas de la vida social?

Resumamos, pues, esta primera parte. Tres son los caracteres de la enfermedad espantosa que sufre hoy el mundo. La impiedad feroz en algunos, que he comparado á fiebre aguda y convulsiva. La impiedad indiferentista de muchos, que he calificado de fiebre lenta. La impiedad aparente de los más, que no sé cómo llamarla como no sea llamándola vil y miserable cobardía.

Con eso quedan ya contestadas las preguntas que me han servido para formular el asunto de esta mi breve y familiar conferencia. ¿Qué son las Academias de Juventud católica? ¿Qué papel es el suyo en el presente conflicto social? Dadas las observaciones que acabo de haceros sobre la enfermedad reinante, ya no extrañaréis que os diga que en las Academias de Juventud católica generalmente difundidas y debidamente organizadas se halla formulado todo un plan curativo de la presente enfermedad. Véamoslo sucintamente.

Ante todo, ¿por qué se llama católica la Juventud católica? ¿No podria llamarse centro de instruccion, ó ateneo, ó casino, ó cualquier otro de los nombres á usanza del siglo y que sin duda serian más á gusto de él? ¿Por qué llamarse con este nombre de sacristía? Pues ahí veréis, señores mios: precisamente por eso. Precisamente porque hay general vergüenza en llamarse católico, es necesario empezar por arrostrar toda la gloriosa ignominia de este nombre, que no parece sino feo apodo, segun lo que se sonrojan ciertas gentes con él. Por esto se ha de llamar con este nombre y no con otro alguno la Juventud católica, enseñando con el ejemplo como deben llamarse así en público como en privado todas las personas que verdaderamente lo son. Este nombre es ya por sí solo un acto de propaganda. Se hace con él la propaganda

más indispensable en el dia de hoy: la propaganda del descaro. Perdonadme la frase, señores mios, si os hubiese sonado mal; pero yo lejos de arrepentirme de ella me complazco en repetirla. Sí, señores mios, la santa propaganda del descaro. Hoy que es uno de los achaques más comunes negar la cara á la verdad, el primer remedio y el primer deber es hacerse santamente descarado por ella. ¡Oh! ¡Quién me diese poder quitarles la vergüenza á todos los que la tienen de los actos de Religion! Pues bien, para empezar á quitarle al mundo la vergüenza de las obras católicas, lo primero que procede es quitarle la vergüenza de llamarlas con este nombre. Hé aquí, pues, por que estas sociedades se llaman y se han de llamar descaradamente católicas, y no han de gastar otro nombre, ni han de atenuarlo con otros paliativos, ni disimularlo con otros disfraces. Es su divisa y su escarapela, y la divisa y la escarapela la lleva el buen soldado en el pecho y en la frente, no vergonzosamente escondida bajo los forros de la casaca militar.

Este nombre, además, señores mios, tiene otra muy singular ventaja. Es por sí solo todo un programa. Sí, señores, y programa que compromete terriblemente al que una vez lo aceptó. El que una vez empezó á sacar la cara por el Catolicismo y á honrarse con su divisa, viene obligado muy sériamente, primero, á no deshonrarla con actos contrarios á lo que ella representa: segundo, á honrarla con obras dignas de su altísima significacion.

Voy á seros todavía más franco, señores mios. No creo yo que todos los socios de la Juventud católica lleguen á santos, ni áun que muchos de ellos aspiren á serlo. Más aún; supongo que muchos son, y yo el primero, grandes pecadores. Mas en medio de todo, el buen socio de la Juventud católica, si no consigue verse libre de faltas y defectos que todos más ó menos tenemos, viene obligado siquiera á refrenar y reprimir en sí todos aquellos que de un modo especial afearian su gloriosa bandera. Y creedlo, gran ejemplo es y hermosísima propaganda ver que haya, en la edad juvenil y con todos los brios de la sangre y con todas las lozanías del corazon, quien sea respetuoso para con Dios, digno en sus palabras, delicado en sus relaciones, entusiasta por la Iglesia y

por el culto, frecuente en los santos Sacramentos, constante en los actos de pública piedad. Gran ejemplo es y hermosísima propaganda, ver que á pesar de la general licencia de costumbres, hay quien procura no enlodarse en esos charcos cenagosos donde á una se pierden el honor, la salud, la fortuna y el alma, sino que atiende á conservar puro su corazon para Dios, la familia y la patria, tres grandes objetos en que deben resumirse y como refundirse todos los legítimos afectos del hombre en todas las épocas de su vida, pero muy particularmente en su hermosa juventud. Gran ejemplo es y hermosísima propaganda hacer público asco del libro obsceno, del espectáculo corruptor, del periódico impío, de la reunion sospechosa, y darse en cambio á buscar con afan al niño pobre para instruirlo y moralizarlo, á esparcir el libro sano y la hoja honrada para contrarestar la maléfica influencia de la prensa ruin, á acudir á la fiesta y á la ceremonia religiosa para apoyarlas con su asistencia.

Ya sé yo que á muchos parecerán estas cosas verdaderas frioleras indignas de ser tomadas en cuenta como eficaz remedio social; pero yo os preguntaré ahora: Suponed, señores y amigos mios, suponed, digo, que en vez de ser un centenar los jóvenes que en nuestra ciudad consagran de este modo sus fuerzas á remar y navegar contra la corriente de las malas ideas y de las malas costumbres, fuesen algunos miles, fuesen dos mil, fuesen mil siquiera; ¿os figurais el cambio de fisonomía que de repente se obraria en nuestra poblacion? ¿Os haceis cargo de lo que seria una ciudad como ésta el dia en que la mitad, la mitad siquiera de su juventud fabril pensase, hablase y obrase segun las máximas de la Juventud católica? ¿Creeis que no fuera otro el aspecto general de nuestras fábricas? ¿Creeis que no fueran otras las relaciones entre el trabajo y el capital? ¿Creeis horrorizaria tan de continuo nuestros oídos y entristeceria nuestros corazones el grito salvaje de la blasfemia? ¡Ah! señores mios; si no son miles los jóvenes que así reunidos católicamente piensan y hablan y obran, si no son miles, ni siquiera centenares, sino sólo un centenar, mayor gloria para ese centenar que con tan corto número ha de resistir á tan formidable empuje. Trabajemos todos para que se aumente.

Y en eso, permitidme que os lo diga, teneis todos, señores mios, rigurosa obligacicn. Todos, amigos mios, y no retiro sino que repito la palabra. Cuando se desarrolla en la atmósfera un contagio pestilencial, es deber de todo ciudadano coadyuvar á las medidas sanitarias. Cuando se pega fuego al edificio, es mal vecino quien no acude con su bomba ó con su cuba para apagarlo. Cuando atacan pérfidos invasores el suelo de la patria, es vil patricio quien no vuela con la espada ó el fusil á defender su independencia. Todo eso pasa hoy dia en el órden moral, ¿y estais dormidos? El contagio no cesa de hacer víctimas; el edificio social arde por sus cuatro costados; el invasor contra Dios, contra la familia y contra la propiedad ha salvado ya la frontera, nos ha dado ya y nos ha ganado más de una batalla y espera ganarnos la definitiva... ¿y nada haceis? ¿y no os organizais para el bien cuando tantos enemigos vuestros andan organizándose para el mal? ¿y no os resolveis aún á declarar que son Dios, la Iglesia y la fe católica artículos de primera necesidad?

A eso va la Juventud católica, señores mios, á eso va, á eso se emplea, y á eso tiene consagrados todos sus esfuerzos. Si os dicen que es otro su ideal, que son otros los fines de su propaganda, que hay algo en sus trabajos inferior á ese único nobilísimo objeto, decidle á quien eso os diga, que á sabiendas ó sin saberlo falta á la verdad. Si vence en su empresa, grande será su gloria; si es vencida, grande será tambien, porque en estas luchas, no tanto se premia el éxito como el intento.

Basta ya, aunque (he de confesarlo) me cuesta despedirme de un asunto que tiempo há trae preocupada toda mi atencion. Hay momentos críticos en la historia de los pueblos, y tengo para mí que nuestra querida ciudad atraviesa actualmente por especial providencia de Dios uno de esos momentos. Grandes cosas y nunca vistas en él acaban de pasar en este pueblo, pero no tan grandes aún como podian y pueden pasar. Una batalla sorda se ha librado ante nosotros, y en esta batalla no han sucumbido los intereses más sagrados de la sociedad, sin duda porque Dios no ha querido que fuese hoy más que un gran aviso lo que mañana querrá sea tal vez

un gran castigo. La batalla la habeis ganado; pero no lo dudeis, el tremendo problema queda en pié. Buscad su solucion allí mismo donde, si bien lo investigais, encontraréis su orígen. La huelga fabril que tanto os sorpendió y alarmó, hace pocas semanas, no debió en verdad sorprenderos ni alarmaros por imprevista. Años há venia precedida de otra huelga más trascendental: la huelga religiosa. Y ricos y pobres y amos y obreros parecian haber convenido años há en dar desahucio á Dios, como molesto interventor del cual no necesitaban absolutamente para trabajar mucho y ganar mucho y divertirse muchísimo. Y desengañaos, Dios para vengarse no necesita más que dejar sentir los efectos naturales de su forzada ausencia. Así que la huelga de todos contra Dios, se traduce luego en huelga del hijo contra el padre, del obrero contra su amo, del pobre contra el rico. El hueco que deja Dios al ser expulsado como ente inútil de la humana sociedad, no queda vacío, sino que lo llena al momento con todo su cortejo de malas pasiones el diablo, su enemigo y enemigo del hombre, que es imágen de Dios. Porque, escuchad bien, señores mios, y perdonadme si os canso repitiendo verdades que nunca estarán sobradamente repetidas; Dios ha establecido las jerarquías sociales, pero á condicion de que se le guarde á Él el primer lugar de la primera jerarquía social. Dios ha constituído como una cadena las mutuas relaciones de dependencia y subordinacion de unos hombres con otros, pero á condicion de que esta cadena tenga fijo al pié de su trono su primer eslabon. Más claro y sin tantas alegorías: no hay razon para que un hombre deba obedecer á otro hombre, si todos los hombres, grandes y chicos, ricos y pobres, amos y obreros no han de obedecer á Dios. El socialismo es mentira, pero á condicion de que el Catolicismo con todos sus principios y con todas sus consecuencias sea verdad, y sea verdad práctica, y sea verdad individual y social, y sea verdad por todos reconocida y aceptada y obedecida. Y si el Catolicismo no es verdad de esta suerte, creedlo, el triunfo es del socialismo. Dios, os decia hace poco, es para el órden social artículo de primera necesidad. Y si quereis os lo repita en formas más graficas y materiales, os diré, que es para las cajas la primera cerradura, para la pública seguridad el pri-

ner ojo de la policía, para la fe comercial el primer fiador. in Él de nada responden las firmas más autorizadas, nada igilan los guardas más atentos, nada aseguran los cerrojos candados de más ingeniosa invencion. Que todo esto dejó icho há ya muchos miles de años la sagrada Escritura cuan-o afirmó: *Que si Dios no edifica la casa, en vano trabajan los ue la edifican, y si el Señor no guarda la ciudad, inútilmente igilan los encargados de guardarla*. (Psalm. CXXVI).

Hé aquí las ideas de la Juventud católica; hé aquí lo que n ella se enseña; hé aquí lo que desde ella se practica. Gra-ias mil á todos vosotros, señores mios, que con haber acu-ido hoy en tan crecido número á honrarnos, y con haber enido durante tan largo rato la benevolencia de escuchar-ne, habeis mostrado que tales ideas merecen tambien vues-ra aprobacion.

HE DICHO.

LA MANO NEGRA,

Ó

POLLUELOS DE LA ÚLTIMA CRIA LIBERAL.

(Conferencia leida en la Asociacion de católicos de Barcelona).

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

ICHOSA edad y dichosísimos tiempos los nuestros en que para encontrar temas de discusion y controversia no necesitan el orador y el filósofo revolver las crónicas de lejanos siglos y perderse en el vasto mar de los estudios históricos y arqueológicos. En casa los tenemos por suerte, á mano se nos ofrecen todos los dias, abundantes, variados, palpitantes de interés. Como decia el inmortal D. Quijote, que en cierta region en que iba á entrar se podian meter hasta los codos en eso de aventuras, así el propagandista católico puede meter, no diré yo los codos, sino hasta la cabeza, en lo que se llaman hoy asuntos de actualidad.

Y hablando ya en serio, y muy en serio, señores y amigos mios, creo no puede á fe presentarse al estudio del observador cristiano materia que más reuna hoy los caracteres de trascendental y oportuna que la que juntos aquí en familiar conversacion vamos por algunos momentos á dilucidar. *La Mano negra*. Temo no se ha dado aún á este caso toda la importancia que tiene. Por muchos se le ha considerado simplemente como pasajero efecto de la escasez que parece reinar

tiempo há en algunas comarcas de Andalucía. Por otros no se le ha tomado sino como una revuelta ó motin más, en nuestro desquiciado siglo de revueltas y de motines. La prensa diaria, salva tal cual honrosa pero escasísima excepcion, ha cuidado más bien de alimentar la curiosidad de sus lectores con los semi-románticos episodios del drama, que de investigar concienzudamente los antecedentes de él y meditar sus consecuencias. ¿Qué tal estará, señores y amigos mios, el mundo de hoy, cuando para muchos ha llegado hasta á ser asunto de broma y de vulgares cuchufletas lo que para todos debiera serlo de verdadera y muy séria preocupacion?

A eso tirarán mis pobres reflexiones esta noche, no á dar completa la explicacion del caso, sino á estimular á que con mayores luces se la busque y se la estudie. Que no se malogre este nuevo aviso del cielo, que tal vez sea ya de los últimos que nos mande la divina Bondad, y que nosotros, ciegos y locos y reacios, despreciamos. Que sean aprovechados esos rayos de siniestra luz, siquiera sean llamaradas del infierno, para que veamos al fin cuán fuera de camino andamos tiempo há, y cuán al borde de espantosos derrumbaderos.

Entro, fiado en vuestra indulgencia, en el desarrollo de mi asunto.

Cuando menos pensábamos, un asesinato á sangre fria cometido, y con ciertas señales de haber sido decretado por invisible tribunal, puso á los de justicia en la pista de una Asociacion misteriosa, cuyo foco principal se hallaba, al parecer, en Jerez, con ramificaciones en todo el suelo andaluz y vastas relaciones con las demás provincias españolas y áun con algunos centros extranjeros. Los documentos hallados acreditan llamarse dicha Asociacion *La Mano negra;* muestran que tiene por objeto lo que se llama el mejoramiento social de la clase trabajadora, explotada, segun dicen sus nuevos apóstoles, por las clases acomodadas, es decir, por los propietarios y capitalistas.

Llenos andan los periódicos de reseñas, á cual más pintorescas y curiosas, sobre la organizacion, reglamentos, procedimientos y demás mecanismo interior de esta secta. No nos detendrémos en reproducirlos, porque son de dominio

comun y se reducen á lo de siempre: á tener unidas las masas trabajadoras para imponerse á los propietarios por medio de la huelga: á tener acumulado un fondo respetable para hacer frente á las necesidades de los mismos trabajadores, cuando sea preciso hacer que cesen en sus trabajos; y por fin á atemorizar á los infidentes y renitentes con misteriosos castigos, que pueden reducirse á tres clases: el secuestro personal, la tala de la finca, y el asesinato.

No creemos sea efecto de la primera impresion del miedo en las clases acomodadas lo que se dice del número fabuloso de estos asociados. Tiene, es cierto, el miedo la propiedad de abultar los objetos, mas aquí creemos firmemente que las ponderaciones se han quedado cortas con respecto á la exacta realidad. A más de cien mil se hace ascender el número de adeptos de *La Mano negra;* creemos se quedan muy por lo bajo los que dan como aproximada esta suma. Sábese que hay entre ellos muchas mujeres que desempeñan, en la propaganda de la secta y en sus confidencias, importante papel. Se ha dicho que figuraban en *La Mano negra* personas que desempeñan en el Estado puesto oficial. Tampoco lo creemos imposible, ya por lo gangrenada que se halla, como todas y más que todas, esta parte de la sociedad, ya por lo que sabemos de personas decentes y acomodadas que tienen por rasgo de superior diplomacia afiliarse á los partidos extremos, creídos de que con esto aseguran cierta indemnidad para sus intereses y personas en los dias de conflagracion general.

Lo que resulta de todo esto, es, que la tal Asociacion es pura y sencillamente una forma del socialismo, que predicado hasta hoy en libros, periódicos y clubs, aspira ya francamente á realizar en el terreno práctico sus teorías. Y sobre esto nadie duda ya, y así lo confiesan cuantos hablan del caso.

Con esta reseña brevísima hemos puesto, por decirlo así, el cadáver ¡ojalá lo fuese! sobre la mesa de diseccion. Vamos á entretenernos en su estudio anatómico-moral.

Para eso procurarémos averiguar de la famosa *Mano negra* cuál sea su razon teológica; cuál su razon histórica, y cuál, aunque parezca atrevida presuncion, su razon providencial.

Razon teológica. Extraño parecerá á no pocos el que le busquemos á *La Mano negra* su teología, creyendo á primera vista paradójico el que se aplique este concepto divino á cosa tan infernal. Todas las cosas, señores y amigos mios, tienen su teología; como quiera que tienen todas, así las del cielo, como las de la tierra, como las del infierno, su punto especial de relacion con Dios y con el órden sobrenatural, que es decir lo mismo. Sólo pueden creer lo contrario los que niegan radicalmente la existencia de Dios, como los ateos; ó los que niegan toda relacion de Este con las criaturas, cuales son los deístas. Dios es principio y centro y fin de todas las cosas. Todas las cosas tienen, pues, un aspecto especial segun el cual las podemos considerar ó en conformidad con El ó en lucha con El; nunca de El independientes, nunca á El indiferentes, porque nunca de El aisladas. En este concepto todos los problemas, así del órden físico como del órden moral, así los naturales como los sobrenaturales, caen de lleno bajo el dominio de la teología, y necesitan de su soberana lumbre para ser completamente esclarecidos. Porque así como dependen todas las cosas de Dios en el existir, así dependen todas de la ciencia de Dios en su modo completo de ser conocidas. Que por esto todas las ciencias, cuando el mundo era cristiano, reconocieron á la teología por su reina, y se apellidaron ellas sus humildes servidoras, poniendo (y por cierto muy lógicamente) entre la ciencia que trata de Dios y las ciencias que tratan de las criaturas, la misma relacion y proporcion que existen entre Dios y dichas criaturas suyas, ó sea estableciendo en el órden de los conocimientos igual distincion y jerarquía que la que se establecia en el órden de las mismas cosas conocidas.

Con lo cual me parece plenamente justificado, señores mios, el que la busquemos á cosa tan negra como *La Mano negra* su punto de vista teológico, que es lo mismo que decir, su aspecto sobrenatural.

Digo, pues, y afirmo y espero demostrar que teológicamente considerada *La Mano negra*, no es, como dicen por ahí, cosa rara, extravagante, fenomenal, ideada por no sé qué calenturientas cabezas, soñadoras de nuevos ideales para la sociedad. Al revés, es la cosa más natural y la más llana y

corriente. Tan natural, como que no hay hombre que no venga al mundo hecho un verdadero socialista. Sí, señores y amigos mios; todos nacemos afiliados á *La Mano negra*. ¿Quién lo duda? Creemos, como cristianos, en el dogma fundamental, el más luminoso de todos los dogmas cristianos, de la original caida del hombre y subsiguiente propagacion del pecado en la humana especie. Por lo cual no nacemos buenos, sino que nacemos malos, y con poderosa inclinacion á todo lo malo, y casi de esto no necesitamos tener fe, si se me pasa tal libertad de lenguaje, porque de eso tenemos palpable experiencia. Sí, creedlo, señores mios; examinándonos á nosotros mismos nos encontramos nativamente socialistas. Por natural impulso queremos lo ajeno, y se nos van los ojos y el corazon y las manos tras lo de nuestros prójimos; y no hay chico de teta que desde los brazos de su madre ó de su nodriza no pugne por arrebatar el juguete ó la manzana que ve en las de otro chico como él, y que no llore y patee si se le obliga á dárselo ó siquiera á repartírselo. Y reparadlo, no somos solamente niveladores ó igualitarios; nó, somos exclusivos y egoistas, y esto no en fuerza de la mala educacion ó del mal ejemplo, nó, sino de nuestro propio natural. No nos hace así la sociedad, como pretendió Rousseau, sino que nos hace así el pecado ingerto en nuestra alma, como si un cierto virus circulase por nuestras venas, mezclado con nuestra sangre. Nacemos así, incubando en nuestro corazon el gérmen socialista que más tarde va desarrollándose, si no se le opone el debido correctivo, y que áun cuando se llegue á dominar, déjase aún sentir toda la vida. Por esto no nos cuesta ser codiciosos, ni nos cuesta ser envidiosos, ni nos cuesta buscar en todo nuestra propia comodidad, áun á trueque de que salgan otros mortificados. Nó, lo que nos cuesta es ser desprendidos, abnegados, generosos, humildes con nuestros prójimos. Expliquen como quieran el fenómeno los racionalistas; no lo explicarán á satisfaccion como lo explica para los católicos el dogma del pecado original. El hecho á la vista está, ó mejor en las propias entrañas de cada uno de nosotros se abriga este monstruo; toda la vida del hombre bueno es habérselas en fiera lucha con él.

Decidme, señores mios, ¿no es verdad que éste es hecho de experiencia, además de ser dogma de la divina revelacion? Demos empero un paso más en nuestro camino.

Si el hombre, después del pecado, es de suyo socialista, socialista ha de ser por necesidad el pueblo, que no es más que una suma de hombres. Y entiendo por pueblo, primeramente, no tal ó cual capa social, sino el conjunto todo de seres, grandes y chicos, ricos y pobres que forman la sociedad humana. Esta masa general, suma de apetitos y de pasiones individuales, formaria de suyo una colosal é inmensa *Mano negra* si no estuviera contenida en dichos sus apetitos y pasiones por algo superior.

Mas circunscribiendo la palabra *pueblo* á la ordinaria acepcion que se le da, es decir, á la que significa la parte más baja de la sociedad, la que sabe menos, la que posee menos, la que está más ocasionada á la tentacion de la codicia y de la envidia, porque ha recibido de la Providencia sitio menos cómodo y racion menos abundante en el banquete material de la vida, ¡oh! ésta después del pecado y á causa del pecado, cuando se halla abandonada á su propio natural, y en virtud de este su propio natural, oídlo bien, señores y hermanos mios, ésta no sólo lleva en sí el gérmen del socialismo, como llevamos todos; esta masa social, naturalmente hablando, no puede ni debe ser más que socialista, y debe serlo hasta sus últimas consecuencias.

Observadlo bien. Dentro la misma condicion de hombre corrompido y lleno de perversos instintos por el pecado original, el rico es naturalmente conservador porque tiene algo que conservar; es naturalmente pacífico y enemigo de ruidos, porque desea pacíficamente comer y pacíficamente digerir; tráele cuenta guardar ciertos respetos, porque eso necesita él para ser respetado. Mas el pobre y las clases pobres, no tienen esos humanos contrapesos. Así que cuando falta en ellos la fe vense dominar en ellos en todo su brutal desarrollo los efectos del original pecado.

Hora es ya de que se digan las cosas en toda su crudeza y sin miedo á imaginarios escándalos. Sí, el pueblo y el hombre del pueblo, después del pecado original, por su sola condicion de hombres, casi no pueden ser más que socialistas.

¿Qué razon hay, en efecto, á los ojos de la pasion, para que tenga mi vecino cuatro duros, cuando yo no tengo más que cuatro reales ó cuatro cuartos? ¿Por qué ha de vivir aquél en casa de tres cuerpos y patio y parque y cochera, y yo en miserable y destartalado chiribitil? ¿Que él se lo supo ganar? ¿Y no tengo yo mis buenos puños para quitárselo, ó mi buen puñal para quitarle á él de enmedio, si me estorba para que logre ser lo que él es? ¿Que las leyes le favorecen á él? Perfectamente, pero esto queda arreglado ingeniándome yo, y otros como yo, que somos los más, para hacer leyes que nos favorezcan á nosotros y le dejen á él aplastado. Mas, ¡para esto es preciso hacer una revolucion social! ¡Bah! ¡Friolera! ¿Y quién se espanta hoy de esas niñerías? Lo que importa es ser muchos, y ser bravos y ser listos para llevarla á buen término. ¿En nombre de qué derecho mandan y poseen muchísimos de los que mandan y poseen hoy? Pues cuando esté verificada la revolucion social, la legalidad nos amparará á nosotros los socialistas, como ampara hoy dia á ellos los conservadores y burgueses. Que como muchos de ellos fueron los socialistas de ayer y son hoy los conservadores, así serémos entonces nosotros los conservadores y serán ellos los revolucionarios. Porque el que está arriba siempre representa el órden legal, y el que está abajo representa siempre la oposicion, y pare V. de contar.

Naturalmente hablando, es decir, bajo el punto de vista del mero naturalismo, ¿qué se le puede objetar ó responder al pueblo que discurre y habla y falla de esta manera y obra en consecuencia?

Se le debe contestar sencillamente que tiene razon.

Y no obstante, señores y amigos mios, el pueblo no tiene razon, discurriendo y hablando y fallando de esta manera. No tiene razon, porque el punto de vista meramente natural y humano en que le hemos considerado, no es el punto de vista en que le hemos de considerar, sobre todo después de la revelacion de Jesucristo. Porque lo natural del hombre es casi siempre lo errado y extraviado de su pervertida naturaleza. Más claro, el hombre no suele discurrir y hablar en verdad y en razon, sino cuando corrige su inclinacion y discurso y lenguaje naturales con los dictámenes de la ley sobrenatu-

ral, que es (permitidme la frase) el glorioso remiendo que puso el Dios Redentor al triste desgarro que sufrió en sus perfecciones naturales la obra del Dios Criador.

Más claramente formulado. Lo natural del hombre no es lo que le parece natural á éste en su natural estado; lo natural para él debe considerarse su modo de pensar, de hablar y de obrar conforme al criterio sobrenatural, revelado por Jesucristo.

El hombre natural después del pecado es un semi-bruto ó cosa así: para ser reintegrado en su verdadera y completa condicion de hombre imágen de Dios, debe ser no ya el hombre de la naturaleza sino el hombre de la gracia, el hombre sobre-naturalizado, el hombre restaurado por Cristo, el hombre cristiano.

Ahora bien; lo que del hombre venimos diciendo, aplicadlo al conjunto ó suma de hombres que se llama pueblo. No teneis más que hacer sino ampliar la consecuencia conforme ampliais la aplicacion. Pueblos que han repudiado la fe de Cristo, son pueblos que rápidamente se deslizan hácia el socialismo; pueblos elevados al estado sobrenatural ó cristianizados, son pueblos sumisos y virtuosos y bien hallados con su suerte. En el pueblo como en el individuo la gracia sobrenatural y el natural apetito guerrean de continuo en fiera y encarnizada lucha. ¿Prevalece el órden divino de la gracia? hay paz, hay equilibrio, hay órden. ¿Prevalece el órden bestial de los humanos apetitos? álzase entonces el hombre-bestia con toda la brutalidad de sus innatos egoísmos.

Hé aquí por donde el misterio del pecado original diríamos que casi deja de ser misterio, tal es la copia de soberana luz con que le vemos radiante en el mundo de la experiencia. Y á la par ese otro negro misterio de *La Mano negra* deja tambien de ser misterioso y recóndito, tan óbvia aparece bajo el punto de vista de la teología su explicacion. Reconoceréis por tanto, que hay en ese fondo tan oscuro de *La Mano negra* mucha, muchísima teología... todavía muchísima más de la que os pude yo con mi flaco ingenio manifestar.

Mas no tiene tan sólo su teología, y profundísima, el problema, sino que tiene tambien su historia y muy curiosa. Tanto que á ser lícito aquí el lenguaje familiar y casero po-

driamos bien decir que el cuento de *La Mano negra* es realmente un cuento que pica en historia.

Veamos tambien este otro aspecto de la cuestion.

Las grandes cuestiones teológicas, por abstrusas que parezcan y muy del otro mundo, no se quedan, señores mios, en meras ideologías; son, al revés, el reflejo de hechos prácticos, muy prácticos en los que á todos nos toca intervenir. Dios y la criatura son los grandes elementos de la teología, supuesto que ésta en gran parte es la ciencia de las relaciones entre ellos dos. Pero la historia es el libro donde se escribe, no con letras sino con hechos, mucho de esta teología. Veamos, pues, la explicacion que la historia nos da de *La Mano negra*, y si la encontramos en todo conforme con la que la teología nos ha dado.

Después de la Redencion no ha quedado vencido enteramente el pecado y rehabilitado el hombre pecador, más que en cuanto ha querido éste asociar su accion á la operacion de la divina gracia. Quiso Dios que tuviese el hombre parte propia en su justificacion, á fin de que en algo pudiese decirse que era ganada en leal combate la gloria que su bondad le preparaba. Así que, más que salvarle directamente, prefirió el divino Restaurador dar al hombre medios con que él mismo se salvase, siempre no obstante prevenido, ayudado y hasta el fin perfeccionado con su divina gracia. Dura, pues, la lucha entre la naturaleza y la gracia, áun después de la victoria del Dios Restaurador de la primera y Autor de la segunda; dura todavía la lucha, y mucho es habernos puesto su divina bondad en condiciones de que, si queremos, la podamos sostener, y convertirla en glorioso triunfo. Dura todavía la lucha, y pugna la naturaleza corrompida por sobreponerse á la gracia de Dios, y borrar así del corazon del hombre como del mundo, la obra del Restaurador divino y mantener ó tornar, si posible fuese, el hombre y el mundo al estado miserable de mera naturaleza decaída en que le sumió la primera culpa. Esta lucha, cuando es individual, tiene por campo de batalla el corazon de cada uno de nosotros; harto la sentimos y harto nos cuesta sostenerla. Cuando es social, tiene por campo de batalla el campo que vamos á examinar aquí; el de la historia.

La gran batalla de todos los siglos es ésta. Por parte de la divina gracia, se procura sacar al hombre y á los pueblos del estado miserable en que los sumió el pecado, y hacer efectiva en ellos la obra misericordiosa de Cristo Redentor. Por parte del infierno, hay empeño en frustrar todo lo posible los divinos efectos de esta Redencion, en devolver á la corrupcion y al pecado todos sus nefandos derechos sobre la humana criatura, en mantener en ella en toda su funesta integridad la obra horrible de la culpa original. Así que, desde Jesucristo acá, no hay más que dos campos en el mundo y en el corazon del hombre: Cristianismo y anticristianismo; el trabajo constante de los que sostienen la obra de Dios Redentor, y el trabajo constante de los que se empeñan en destruirla.

Hoy presenciamos en todo el mundo una de las fases más grandiosas de esta colosal batalla de todos los siglos. Hoy las fuerzas del bien, y de Cristo Autor y Restaurador y Consumador de él, están como siempre reunidas en un solo haz, formando el ejército invencible de la santa Iglesia católica. Mas, las fuerzas del mal, las que quieren volver el mundo á la situacion en que le puso la primera culpa, los abogados de todos los derechos naturales del hombre (segun su naturaleza corrompida por el pecado, no segun su naturaleza restaurada por la gracia del Redentor); los apóstoles del hombre libre, es decir, del hombre emancipado de la divina ley y de la divina gracia, han formado tambien su liga infernal, su iglesia diabólica, su catolicismo satánico (que catolicismo es, puesto que es universal, y católico quiere decir universal), y anuncian ya claramente su franco ideal de deshacer la obra de Cristo en los corazones y en los pueblos. Su nombre de guerra es Revolucion; su máscara de falsa paz, Liberalismo. Revolucion ó Liberalismo, pues lo mismo da nombrar al monstruo con su apellido de franca guerra ó con su apellido de falsa paz; Revolucion ó Liberalismo contra los cuales, oidlo bien, señores mios, no es posible que haya jamás en corazones cristianos bastante odio para execrarlos como merecen, como no es posible que haya jamás en corazones de Angeles ó de hombres bastante amor para amar, como El se merece, á nuestro Señor Jesucristo. Que si el odio á una cosa debe ser segun la medida del amor que á su contraria se profesa, no

debe haber medida para el odio con que debe odiar el buen cristiano al Liberalismo, como no debe haberla para amar á Cristo nuestro Dios y Señor.

Ahora bien. Años há que en el mundo moderno se están librando recia y desaforada batalla estos dos enemigos, dignos, estoy por decir, muy dignos, el uno del otro. La Revolucion ó el Liberalismo, y la Revelacion ó el Catolicismo, son dos gigantes, en quienes parece haberse personificado hoy el combate colosal de todos los siglos. Señal probable de que tal batalla es de las últimas, cuando los dos jefes lanzan á ella lo más compacto de sus respectivos ejércitos. Oid una rápida reseña de este combate.

Las sociedades, desde el Calvario acá, se habian organizado todas, como sociedades bautizadas, bajo el punto de vista cristiano, y lo eran en sus gobiernos, en sus leyes y en sus costumbres, por más que, como humanas, fuesen en todo esto defectuosas y pecadoras. Así creian que el poder procedia de Dios, con lo cual hacian á la vez más respetable la autoridad y más noble la obediencia; que el hombre no era libre más que para obrar en conformidad con la ley divina, con lo cual, por la sujecion de todos, dejaban firmemente amparado y garantido el derecho de todos; que la ley humana tampoco era libre para legislarlo todo, sino que debia ser rígidamente esclava de los principios de la fe, lo cual era valla poderosísima opuesta al despotismo gubernamental. De la fe no se consideraban independientes ni el gobernante ni el gobernado; quebrantaban en casos dados estas barreras por orgullo ó por fragilidad, pero áun quebrantándolas no renegaban de ellas, porque en eso reconocian una falta, no como hoy un acto de legítima y soberana independencia.

Basada en los principios de la fe toda la organizacion social, participaban en cierto modo de la fijeza y respetabilidad de los dogmas de la fe todas las bases sociales. Así que, dogma de fe venia á ser la autoridad; dogma de fe, la familia; dogma de fe, la propiedad civil y la eclesiástica; dogma de fe, el derecho hereditario; dogma de fe, lo razonable de la desigualdad social. Y como dogmas de fe eran tenidos estos principios, y como dogmas de fe se consideraban indiscutibles é inviolables. Y á quien se hubiese permitido atacarlos con

un acto externo cualquiera, hubiérale caido encima con todo rigor, primero el anatema de la Iglesia, y luego el castigo inexorable del poder civil. Creíase entonces que habia ideas criminales como hay actos criminales, y que la profesion pública y mucho más la predicacion de una idea de éstas constituía acto justiciable, ni más ni menos que la perpetracion de otro cualquier atentado. Y en esto estaba fundada la autoridad del Tribunal de la santa Inquisicion, tribunal el más lógico que ha habido jamás, diga lo que quiera la garrulería liberal que le aborrece de muerte y bien sabe por qué. Así conservando la sociedad cristiana como dogmas inviolables ciertas ideas, conservaba asimismo inviolables é invioladas ciertas instituciones y personas. Por esto nunca fueron de temer en la sociedad antigua los ataques sistemáticos á la autoridad, á la propiedad ó á la familia. Esto debia el mundo antiguo á la Revelacion cristiana, que era el alma de todo su sér. Porque, pecador podia ser el mundo antiguo, y en efecto lo fué muchas veces, pero era pecador profundamente cristiano.

La Revolucion (ó el Liberalismo) quiso organizar la sociedad de otra manera, y al fin lo logró. Quiso hacerla independiente de toda idea sobrenatural, y quiso fundarla, no sobre dogmas dados por Dios como base indiscutible, sino sobre principios dictados por el hombre en uso de su independiente razon, y como ésta variables y caprichosos. Empezó por declarar de orígen humano la autoridad, despojándola de todo carácter sobrenatural y divino. Por esto la hizo radicar en la soberanía del pueblo, que fué establecerla sobre arena. Emancipó luego del criterio de la fe toda legislacion, diciendo que era ley todo lo que declarase la mayoría parlamentaria, sin subordinacion á otro más elevado principio. Así se han hecho casi todas las leyes vigentes hoy en Europa. Declaró libres, completamente libres, el pensamiento y su emision por medio de la palabra ó del impreso. Con lo cual sancionó todo extravío, é hizo imposible el respeto á ninguna creencia. Más tarde, como consecuencia inevitable, proclamó libre toda enseñanza, con lo cual entregó al azar de cualquier novelero sofista la educacion de la juventud. Por fin, declaró libre todo culto, que fué por donde debió empezar, si hubiese pro-

cedido con menos hipocresía. Con esto dejó entender que los tenia á todos por igualmente falsos, desde el momento en que no se puede lógicamente suponer los tuviese á todos por igualmente verdaderos. Última etapa de este satánico trabajo de demolicion ha sido la declarácion de que es libre tambien la familia de todo vinculo religioso, á pesar de que por pudor se la ha querido fundar sobre esa quisicosa que se llama matrimonio civil. Mas como este matrimonio civil es producto de una votacion parlamentaria, y nó obra de principios superiores y eternos, queda á merced de otra votacion (que podrá ser tan parlamentaria como aquélla), el decretar el amor libre ó sea la disolucion franca del vinculo conyugal, que es el paradero lógico de la cuestion.

Así ha organizado la Revolucion las modernas sociedades. Cristianas antes, quedan ahora (oficialmente por lo menos) descristianizadas. A la ley de Dios, que era su fundamental criterio, ha sustituido el criterio del hombre. Ha quedado, pues, reducida la sociedad á los únicos elementos de estabilidad que puede darle el hombre sin la gracia de Dios Redentor, el hombre natural, el hombre caído. Ó lo que es lo mismo, ha quedado á merced de los instintos brutales del hombre, que son los que predominan en su estado natural, y de consiguiente, á merced de los instintos brutales de la multitud al natural. Y la multitud al natural ha de ser, como hemos visto, necesariamente socialista. Ha quedado, pues, convertida la organizacion social en organizacion socialista, desde que dejó de ser organizacion cristiana. No vamos, pues, al socialismo ni se nos viene él. Vivimos ya en él y nos tiene completamente tomadas las posiciones.

La serie de reformas sociales dictadas por la Revolucion al mundo, para emanciparlo, bajo pretexto de libertad, de la antigua tutela cristiana, se llaman, como hemos dicho, *Liberalismo,* palabra pudorosa y sensata con que ha hallado la Revolucion el secreto de tener por adeptos suyos áun á muchos que se espantarian de ser llamados revolucionarios. Este Liberalismo, pues, forma y disfraz hipócrita de la Revolucion, no viene á ser más que un socialismo inconsecuente y mitigado, así como el socialismo no es más que un Liberalismo lógico y radical. Por donde todo liberal, créalo él ó nó, es en sí mismo un verdadero socialista.

El Liberalismo es la organizacion social con la menor cantidad posible de elemento sobrenatural en sus instituciones. Su ideal es el gobierno del hombre por el hombre, el derecho humano en toda su independencia; lo que se llama hoy, con otro vocablo hipócrita, la secularizacion, la mera vida civil. Ahora bien. Si estos principios son verdaderos, lo serán más cuanto más lógicamente y en línea recta se apliquen. Y ninguna aplicacion de ellos es tan lógica como el socialismo. Luego si es verdadero el Liberalismo, el socialismo es la suprema verdad.

Si es cierto que el gobierno del hombre sólo pertenece al hombre con exclusion del elemento divino y sobrenatural, donde hay más hombres hay más derecho humano. Han de tener, pues, siempre razon los más contra los menos. Es, pues, lógico que las clases más numerosas quieran imponer su ley á las más reducidas. El mundo todo debe ser considerado como un vasto Parlamento, donde no hay otro criterio de justicia y de verdad que la ley numérica de las mayorías, y donde por consecuencia las mayorías siempre deben prevalecer. Lógico es, pues, que éstas quieran imponer por la fuerza sus fallos parlamentarios, por lo cual serán lícitos todos los atentados encaminados á este objeto. Serán puras ejecuciones de justicia sócial, como dicen allá los de Jerez con tan apropiado tecnicismo. Porque, desengañémonos: si la ley de las mayorías es para el hombre único criterio de verdad en los Parlamentos, ¿por qué no ha de serlo en la sociedad general, que es la que otorga sus poderes á los Parlamentos? Si el cuerpo de delegados tiene tal facultad, ¿por qué no ha de tenerlo el cuerpo universal de mandatarios? Ó es falso, pues, el principio liberal, ó es suprema verdad el socialismo.

La absoluta no intervencion de Dios en la sociedad civil. Hé aquí otra de las fórmulas del Liberalismo. Hé aquí el ideal á que tiende sin descanso. El socialismo no hace más, si bien se mira, que precipitar su realizacion y aprovechar sus consecuencias. Dice él y dice muy lógicamente: «Pues la actual organizacion social no es de derecho divino, sino de mero derecho humano; podemos humanamente cambiarla, invirtiendo, cuando se nos antoje, los términos de lo hoy dia

existente. La propiedad no es dogma, sancionado por Dios al dictar el séptimo mandamiento del Decálogo, sino resultado de meras instituciones convencionales. Podemos, pues, cambiar la propiedad en colectivismo anárquico, que este es nuestro ideal. Pues todo depende del hombre, todo depende de aquel de los hombres que pueda más ó que acaudille más hombres. Todo depende, pues, del proletariado, que es la clase más numerosa y á la que sólo falta organizacion. Dadle esta organizacion, y el problema está resuelto en su favor.

Con que, ya se ve. Planteada la cuestion, como se viene planteando en el mundo cien años há, bajo el punto de vista meramente humano, queda planteada en sentido perfectamente socialista, y como toda cuestion se resuelve ordinariamente en el sentido en que se la plantea, de aquí que el resultado del problema social así planteado, sea hoy y no pueda ser otro que el triunfo del Socialismo.

Pero ha hecho más aún el Liberalismo desde que por mal de nuestros pecados ha logrado prevalecer en el mundo actual. No se ha contentado con establecer principios doctrinales, que éstos harto llevan en sí implícitas toda suerte de desastrosas consecuencias. A la marcha fatal de la lógica de las doctrinas, ha ayudado con toda clase de satánicos procedimientos.

En efecto. Receloso de lo que podian desfavorecer la propaganda de sus ideas los recuerdos de la antigua sociedad cristiana, ha puesto todo su afan en romper con lo pasado, en desfigurarlo, en afearlo y pintarlo con horribles colores, en fomentar el odio á todo lo antiguo y tradicional. Y como cabalmente la tradicion es uno de los más sólidos fundamentos sociales, pues la tradicion bien entendida tiene como algo de sobrehumano, de ahí que despojar á las cosas humanas de su carácter tradicional es quitarles uno de sus principales caracteres de respetabilidad y de prestigio. Así el Liberalismo ha sacrificado á sus recelos de innovador todo lo que es anterior á su funesto reinado, destruyendo radicalmente el argumento de la prescripcion, que en lo humano es la salvaguardia de los más sólidos intereses, para entregarlo todo, absolutamente todo, sin límites ni respetos de clase alguna, á la accion trituradora y desprestigiadora de la discusion lle-

vada al más inverosímil extremo. Tal vez es este uno de los puntos de vista bajo el que se ha considerado menos al Liberalismo como padre del Socialismo.

Receloso además el Liberalismo de la Iglesia, cuya sombra sabe nunca ha de serle favorable, todo su empeño más ó menos encubierto ha sido, desde su aparicion, anular si pudiese, ó por lo menos paralizar, la accion social suya, así sobre los pobres como sobre los ricos. De muy antiguo era la Iglesia la más eficaz mediadora entre unos y otros. A los unos obligaba á ser sufridos y resignados, á los otros obligaba á ser generosos y caritativos. El ejemplo del rico, condenado por su dureza de corazon para con el pobre, hacíalo resonar de continuo el sacerdote á los oídos de aquél, para moverle á ser misericordioso. Al pobre alentábale á la vez con las dulces esperanzas del cielo, para que con resignacion y con mérito sobrellevase lo triste de su condicion sobre la tierra. Con estas doctrinas de influencia perfectamente equilibradora, pues en ellas la compensacion de la otra vida suplia las necesarias desigualdades de la presente, habia resuelto prácticamente la Iglesia el problema social. Además, era rica y daba á manos llenas. Habia fundado asilos para todas las miserias, y tenia abiertas carreras para todos los pobres, y brindaba lauro y gloria para todos los hijos del pueblo que por su talento pudiesen ascender. Asi la Iglesia, con todo y parecer la más aristocrática, era realmente la más popular.

Para quitarle esa aureola empezó el Liberalismo á difamarla y calumniarla como opresora y explotadora del pueblo, ¡del pobre pueblo á quien ella tanto amó! Y siguiendo esta táctica infernal hízola pobre con la desamortizacion, para que no pudiese socorrer al indigente, ni sostener sus benéficas fundaciones; arrojóla ignominiosamente de la instruccion y de la beneficencia públicas, ¡á ella que todo eso habia creado! disolvió sus Ordenes religiosas con la tea y con el puñal y con el decreto urdido en los antros masónicos; en una palabra, quiso y lo logró, que el pueblo llegase á mirar como madrastra y tirana á la que era siglos há su tutora y verdadera madre. Y el pueblo se halla hoy libre de aquella tiranía, es verdad, pero tampoco tiene quien le ame, ni quien piense en él, ni quien provea á sus necesidades, ni quien le

prodigue santos consuelos, sin fe, sin amor á sus semejantes, sin otro ideal que el goce del mundo que á toda costa quiere alcanzar. Y ¿á quién quereis se entregue el pueblo, sino á la direccion de aquellos que por un medio ú otro se ofrecen á guiarle por las asperezas de este desierto á su grosera tierra de promision?

Por fin, nada escrupuloso el Liberalismo en sus procedimientos, ha acabado de infiltrar con ellos en las entrañas del pueblo el virus socialista que con tales erupciones cutáneas se presenta hoy. El Liberalismo barrenó toda propiedad desde que, por convenirle á él, declaró ilegítima la más antigua y respetable, que era la eclesiástica. El pueblo empezó á ver entonces muy claro que no eran títulos suficientes para poseer ni la prescripcion de centenares de años, ni la donacion más espontánea, ni la oblacion hecha al culto de Dios, ni el contrato de compra-venta, ni la primera ocupacion, ni cualquiera de los demás modos de adquirir hasta entonces reputados santos, sagrados, inviolables. ¿Por qué no habia de ser un dia lícita la desamortizacion de los ricos, como lo fué otro dia la de los clérigos? Hé aquí el argumento socialista por excelencia, y al que ningun liberal puede en buena lógica responder.

Ha habido además una ingerencia tan excesiva de la autoridad liberal en los derechos de propiedad del ciudadano, que no se ha dudado más de una vez en calificar de socialismo oficial lo que sobre esto acontece. Las desmedidas gabelas puestas á la transmision de los bienes áun á la herencia por línea recta; la facilidad de la expropiacion por llamadas y no siempre bien justificadas razones de pública utilidad, con lo cual no hay ciudadano que tenga segura su casa ante las líneas de reforma y ensanche que puedan ocurrirle mañana á cualquier ingeniero ó ingenioso especulador; la piqueta tan frecuentemente aplicada á edificios sagrados por mero pretexto de ornato ó de policía urbana; y por último las escandalosas é irritantes fortunas que, gracias á todos esos altibajos, se han creado por seres que el pobre pueblo ha visto subir sin mérito alguno desde el polvo de la tierra á la más encumbrada posicion; todo esto ¿quién negará que es profundamente subversivo y desmoralizador, y por tanto esencial-

mente socialista? ¿Qué pobre, si no es un santo, puede dejar de ser socialista pasando un dia y otro dia ante la vistosa finca que fué monasterio, en que se educaban y consolaban sus padres, y que posee hoy sin amor al pobre ni temor de Dios el ricachon improvisado que lo compró en pública subasta, sólo con lo que sacó de la primera tala de árboles que en ella pudo verificar? Santo del cielo hay que ser para no dar desde luego en demonio socialista y en enemigo de todo el que tenga una peseta.

Hé aquí ligeramente, y sólo ligeramente apuntada, la razon histórica de la *Mano negra*, que á grandes rasgos me he propuesto delinearos. La teología enseña que el hombre y el pueblo caídos y apóstatas del Dios Redentor, han de ser por necesidad hombre y pueblo de instintos socialistas. Y la historia enseña que tras la apostasía con que se ha apartado el mundo moderno de dicho Dios Redentor, ha aparecido realmente en él el Socialismo. La teología y la historia dicen, pues, lo mismo. La teología explica los hechos de la historia, y la historia confirma á su vez los fallos de la teología.

Quédanos el último aspecto de la cuestion, y es el que me he atrevido á llamar su razon providencial. Atrevida es la palabra, lo confieso; pero el que cree en la providencia de Dios sobre todas las cosas, así sobre las que ella positivamente obra, como sobre las que manda ó autoriza, como sobre aquellas otras que únicamente permite, bien puede gastar esos atrevimientos. En eso, empero, seré muy breve, porque temo haber abusado demasiadamente de vuestra benévola atencion.

La presente erupcion socialista y áun su pasajero triunfo (pasajero, porque dado que llegase á realizarse, no podria constituir estado normal en la sociedad), puede permitirlos Dios á la actual generacion como una gran enseñanza y como un gran castigo. Por lo primero brillará en medio de los mismos desastres su infinita misericordia; en lo segundo resplandecerá sobre los culpables, si no se corrigen, su tremenda justicia. Desenvolvamos algo estas dos ideas.

Gran leccion puede ser para la sociedad presente lo que está pasando y lo que se está temiendo, y bajo este concepto, áun sufriéndolo, tendrémos que agradecerlo á la infinita mi-

sericordia de Dios. Años há que se le predica al mundo la verdad religioso-social por los labios más augustos que Dios deputó para este efecto sobre la tierra. Años há que todo lo que con tanto amor acaricia el siglo presente, viene siendo objeto de los más severos anatemas de la Iglesia. Y el mundo, sin embargo, no se convence. Reyes y pueblos, ricos y pobres, capital y proletariado han contribuído á la apostasía social; unos con su accion directa, otros con su cooperacion, otros con su complicidad pasiva. El mundo actual es un enfermo, que no solamente no está convencido de su enfermedad, sino que goza y alardea con ella. Gran misericordia de Dios es, que se le haga ver á este ciego, siquiera sea muy dolorosa la medicacion, siquiera deban entrar en ella el hierro y el fuego. Y para esto nada, absolutamente nada necesita obrar por su cuenta el Médico celestial; bástale dejar siga su curso la enfermedad y produzca sus naturales consecuencias.

Más claro y sin alegorías. De muchas cosas necesita persuadirse el mundo de que no le han podido persuadir los libros ni los oradores católicos, y de que el Socialismo, sin duda, le persuadirá. Necesita ver con sus propios ojos y palpar con sus propias manos que no le bastan al hombre sus solas fuerzas, ni en el órden individual ni en el órden social, que así para lo uno como para lo otro necesita lo que podríamos llamar el reconstituyente sobrenatural, único que puede volver á ordenar y como á recomponer, lo que en el organismo humano quedó descompuesto y desordenado por la original caída.

Que no le bastan al hombre ni á la sociedad las muchas letras, ni los famosos inventos, ni la abundancia material, ni todo lo demás que forma el orgullo de nuestra civilizacion. Pues así como dice la sagrada Escritura, que á los que sirven á Dios todo se les convierte en bien, así acredita la experiencia que á los que se separan de Dios todo se les vuelve en mal. Si este mundo ha de ser mundo de ateos, valiéranle más menos letras, menos industria, menos ferrocarriles, menos alambres eléctricos, pues todo eso en un mundo de ateos, no han de ser á la postre más que otros tantos auxiliares del ateísmo, y nuevas y más refinadas armas contra Dios.

Que si para los pueblos gentiles pudo haber un cierto mo-

do de vivir á lo humano y á lo natural, en que se lograse cierto social bienestar, como humano galardon de ciertas virtudes humanas, ha dispuesto Dios que á las sociedades cristianas no les quede otro dilema que ó Catolicismo ó satanismo; ó vivir bajo el cayado amoroso de la Iglesia católica, ó gemir bajo la amenaza constante de la Internacional; ó las bendiciones de la *Mano blanca* ó la garra feroz de la *Mano negra.*

Gran misericordia es que Dios adoctrine al mundo terco y cabezudo, aunque sea de esta manera; gran misericordia es que le haga ver claro al fin, aunque sea á la luz de esas siniestras llamas; gran misericordia es que le haga despertar, aunque sea con el rugido del volcan y con el estallido del trueno. ¡Dichoso el mundo si tal enseñanza logra aprovechar para conocer su actual extravío! ¡No podrá llamarse cara la leccion aunque tales angustias le haya costado! ¡Pero desdichado él si se hace sordo á ésta, que es tal vez la intimacion postrera! No hay infierno en la otra vida para la entidad social. ¡Ay del dia en que Dios resuelva darle su infierno en la vida presente! ¡Ay del dia en que Dios, ahuyentado, expulsado, perseguido como un vago ó un parásito, de todas las esferas de esta sociedad criminal por sus menguados regeneradores, consienta tenga en ellos pleno y verdadero dominio Satanás! Los horrores más espantosos que relata la historia pagana serian suaves idilios comparados con los que ofreceria esta infernal dominacion. Satanás aborrece tanto al hombre imágen de Dios, como á Dios mismo; y se goza en embrutecer y pisotear el retrato, ya que no puede hacer más que blasfemar y maldecir al Supremo Original. ¡Ay de la sociedad humana en pleno satanismo el dia en que Dios, justamente indignado, quisiere tomar de ella esta postrer venganza!

Aléjela Dios de esta tierra que tanto amamos, de esta tierra donde, si por desdicha nuestra, es oficial la apostasía, hay todavía millones de verdaderos israelitas que, como en los tiempos de Elías, no han doblado aún sus rodillas, ni una sola rodilla siquiera, ante el moderno Baal. ¡Después de la negrura del cuadro que acabamos de contemplar, séanos consuelo esta esperanza!

HE DICHO.

TODO EL PROBLEMA.

(Conferencia leída en la Asociacion de católicos de Barcelona).

Monstrum ingens, inmane, ferox, horribile visu;
Cui sunt tres linguæ tergeminumque caput.

EXCMO. É ILMO. SR.: (1).
SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

UESTRA muy cumplida ofrece de sus sentimientos de amor y fidelidad á la Sede Apostólica esta Asociacion, celebrando con la presente solemnísima velada el fausto aniversario de la pontificia coronacion de nuestro augustísimo Padre, Pastor y Rey, Leon XIII. Loor, bendiciones, plácemes mil al esclarecido Anciano, en quien tiene Dios su más alta representacion sobre la tierra, la Iglesia su centro de unidad, el pueblo fiel prenda firmísima de inefables esperanzas. Consérvele Dios sobre la tierra, y le dé vida y le colme de felicidad y librele de las malas artes de sus enemigos. *Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum ejus.*

Pagado este humilde pero ferviente tributo de reverente adhesion y congratulacion al que es elevadísimo objeto hoy

(1) El Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Barcelona.

de la presente fiesta, permitidme, señores mios, entrar ya de lleno en el asunto de esta mi sencilla Conferencia, que, ó mucho me engaño, ó no puede ser (permitidme el galicismo) de más palpitante actualidad.

Lo más grave hoy de la situacion religiosa del mundo no es, señores mios, el error diseminado y casi triunfante en todas las esferas de la vida social; no es la persecucion sistemáticamente organizada de parte de todos los poderes públicos contra la santa Iglesia; no es la opresion más ó menos rebozada con apariencias de legalidad, en que vive cien años há esta nuestra Madre en casi todas las regiones del globo en que reinó un dia como universal señora. Nó; todo esto, con ser gravísimo, no es aún lo peor. Lo más grave de los presentes tiempos es la confusion en que, á pesar de las repetidas y luminosas declaraciones de la Iglesia, se hallan muchos católicos, no sé hasta qué punto con la excusa de la buena fe, tocante al carácter y naturaleza de los mismos males que deploramos: es la vaguedad é indecision de los espíritus; esa como neblina que enturbia una buena parte de nuestro horizonte moral; esa ambigüedad y equivoco tan comun en los términos, muchísimas veces pérfida añagaza del enemigo, y alguna que otra vez dolorosa incertidumbre del espíritu en los menos avisados para conocer tan maquiavélicas asechanzas. Diríase á primera vista (á pesar de no ser cierto), que se hallan poco precisados y definidos en la doctrina católica ciertos trascendentalísimos conceptos; y pudiérase en apariencia creer que de ahí nace ese no entenderse muchísimos que tal vez piensan y anhelan y buscan lo mismo; ese combatirse como enemigos no pocos que, si se conociesen, se habian de hallar tal vez en el fondo verdaderos hermanos.

Obra, pues, de gran caridad es procurar se desvanezcan esas neblinas, se precisen esos conceptos, se definan esas ideas, se concreten esos términos, se deslinden esas fronteras. Creedlo, señores mios, en el actual gigantesco combate entre el Catolicismo y la Revolucion, lo que más perjudica á los nuestros y lo que más favorece á ella son esas vaguedades é incertidumbres por las que á muchos de nuestros soldados poco expertos en topografía moral, les sucede quizá no acer-

tar á darse cuenta exacta de si se hallan en casos dados en zona amiga ó en zona contraria, ya que zona neutral no se da por fortuna en el teatro de nuestros combates.

Vamos, pues, á intentar tan buena obra, que mucho lo será tan sólo intentarla. Para eso formulo en estos términos el asunto de esta mi Conferencia:

Supuesto que el enemigo, el único enemigo que tiene hoy frente de sí el pueblo cristiano es la Revolucion (y en eso convenimos todos), ¿qué es la Revolucion?

Hé aquí lo que llamo *todo el problema*, porque realmente de la respuesta que se dé á esta pregunta pende su solucion completa.

Y digo que la Revolucion es el ateísmo. Pero un ateísmo especial y propio del dia, que se presenta bajo tres fases ó aspectos diferentes y hablando tres distintos idiomas, de donde nace la confusion que el muy pérfido ha logrado introducir en el pueblo cristiano. Ateísmo que unas veces niega en redondo la existencia de Dios; primera fase. Otras veces se contenta solamente con prescindir de Dios sin negarle en apariencia; segunda fase. Otras, finalmente, se empeña en dar iguales derechos á Dios que á su enemigo, sin pretender negar al primero su existencia, ni prescindir de Él; tercera fase.

Llevad en paciencia, señores mios, si os lo vuelvo á resumir, porque esta division es fundamental.

La Revolucion es un ateísmo que unas veces desconoce abiertamente á Dios, es decir, niega su existencia; otras quiere únicamente prescindir de Dios, es decir, niega su autoridad; otras pretende tan sólo ponerle al nivel de su enemigo, es decir, niega lo absoluto y exclusivo de sus derechos.

Mi peroracion tiene, pues, por objeto haceros ver ese triple aspecto del ateísmo revolucionario; probaros que en los tres casos referidos hay verdadero ateísmo, y examinar cuál de esos tres aspectos suyos es el peor y de más desastrosas consecuencias. Como el horrible Cerbero que fingió la mitología pagana á la puerta de su infierno, un solo cuerpo tiene este monstruo de hoy, pero tiene tres cabezas y vibra tres lenguas.

Monstrum ingens, inmane, ferox, horribile visu;
Cui sunt tres linguæ tergeminumque caput,

como dijo el poeta. Y de sus cabezas muestra ya una ya otra segun conviene á sus intentos; y de sus lenguas vibra ya ésta ya aquélla segun el idioma que más al caso se presta para el terror, ó para la seduccion, ó para el adormecimiento de los que quiere perder. Descifremos, por Dios, de una vez ese diabólico enigma: digamos sobre eso, sin ambajes ni rodeos, la verdad, sólo la verdad, pero toda la verdad; presentemos al desnudo *todo el problema.*

La primera forma de la Revolucion, que es juntamente su esencia, es la abierta y brutal negacion de Dios. Años atrás era preciso buscarla en el horror de los antros más recónditos de la secta; hoy la hemos visto ya repetidas veces á la luz del dia. En Ginebra ha dicho que su objeto era *rasgar la bóveda del cielo como se rasga una techumbre de papel.* En París ha gritado y ha escrito en rojos carteles *Ni Dios ni amo.* En Italia ha compuesto odas clásicas *Al demonio.* En los clubs de Barcelona ha declarado guerra *á la tisis, á los reyes y á Dios.* Y tiene diputados que lo proclaman muy gravemente en los Parlamentos, y libros que lo razonan muy friamente en sus páginas, y ateneos que muy sosegadamente lo discuten en sus cátedras, y turbas que sin reparo alguno lo vociferan en calles y plazas. Esa primera fase de la Revolucion es ya conocida; más aún, se nos ha hecho hasta vulgar y callejera. Prescindo aquí de la tan debatida cuestion de escuela sobre si tal ateísmo es puramente de boca ó á lo más de mal deseo, ó si responde realmente á un formal extravío de la inteligencia. Me inclino á creer antes lo primero que lo segundo; pero de todos modos la profesion clara y brutal del ateísmo existe, aunque tal vez no exista su interior conviccion. Y porque es este un extremo que no ofrece dificultad

alguna, no me detengo más en él. Esta primera fisonomía de la Revolucion tiene todo el horrible cinismo de su satánica franqueza. Ruge de odio cuando más sosegadamente parece que razona: al través del sofisma del dialéctico se descubre siempre en él la imprecacion desesperada del condenado.

Mas esto mismo hace que sea menos comun el ateismo bajo esta repugnante faz é idioma. Satanás es antipático de suyo, y en su cruda y natural figura nunca será personaje decente, y por tanto nunca será presentable en buena sociedad. El ateismo revolucionario, por lo mismo que quiere ejercer influencia social y quiere ejercerla omnímoda, ha de acicalarse de suerte que no le sea obstáculo su nativa deformidad para ser admitido en los más entonados salones. Y sabido es que en muchos salones un buen traje y un buen porte son la primera y á veces la única recomendacion. El ateismo revolucionario, que bajo su aspecto natural de negacion franca de Dios seria á muchos (y á muchas sobre todo) antipático y repulsivo, deja de serlo así que se presenta en sociedad, nó negando á Dios, sino simplemente no afirmándole como debe. Y sin dejar de ser ateismo y sin dejar de ser revolucionario, tiene con esto lo bastante para encubrir poderosamente estas dos intrínsecas y esenciales cualidades suyas, y hacerse aceptable áun por una gran parte de la más culta y *sensata* sociedad.

Vedle, señores, á ese ateismo, doloso y encubierto, como podria encubrir el diablo su fea garra bajo un hermoso guante de fina seda ó de lustrosa piel. En las ciencias se contenta con apelar en todos los casos apurados á la Naturaleza. Pero reparadlo bien, señores: á la Naturaleza con letra mayúscula: para que se comprenda bien que esa es para él la primera causa, y que no hay que buscar otra más allá. En derecho social coloca en el pueblo la fuente de toda autoridad, y en el Estado la única personificacion de ella: las leyes no son para él expresion más ó menos inmediata de la Razon eterna; son simple producto de la voluntad cesárea ó de una votacion

parlamentaria ó del sufragio popular. Con lo que *Dios,* así como en la ciencia no es admitido como elemento científico, así en el derecho público no es reconocido por elemento jurídico y social. Negar á Dios, ¡oh, nó! eso es horrible blasfemia de demagogos. Querer á Dios en todas las instituciones humanas, tampoco nó: que esa es intolerable pretension de fanáticos y ultramontanos. El ateísmo revolucionario *decente,* comprende que la humana criatura se puede muy bien componer sus cosas, sus leyes, su política, sus ciencias, su nacer, su casarse y su morir, sin intervencion alguna de Su Divina Majestad. A Dios su trono en los cielos, y al hombre su absoluta independencia en la tierra. Generosos con Dios esos ateos decentes, que en algo han de diferenciarse de los del grupo anteriormente retratado, le concederán hasta que tenga templos, como no sean muchos, y con tal que Nuestro Señor no salga mucho de ellos á interceptar la via pública.

Pero ese ateísmo culto y sensato y hasta generoso, que no niega á Dios, que se contenta con prescindir todo lo posible de El, ó que le hace el obsequio de hacerle servir en dias dados de mera exterior figura decorativa, ese ateismo ¿es realmente ateísmo?

Sí, señores mios; y lo comprenderéis sin dificultad. Sólo se admite *verdaderamente* la existencia de Dios, cuando se la admite *verdaderamente.* Y esto que parece perogrullada, no es sino profunda y axiomática verdad. Se niega á Dios cuando se niega la realidad de sus esenciales atributos, de los cuales es el principal la realidad de su jurisdiccion sobre la criatura humana. Admitir á Dios despojándole ó prescindiendo (que es igual) de este su realísimo carácter, es admitir de Dios sólo el vocablo, no la sustancial realidad. Permitidme una vulgar comparacion. ¿Diríais que posee una cantidad de moneda el que sólo tuviese ciertos pedazos de dorado estaño con sus marcas y su configuracion, pero sin el intrínseco valor que debe tener para la circulacion en el mercado? Insensato, le diríais; no es moneda lo que tienes, sino *facsímile* de ella; buena para halagar la necia vanidad de un niño, nó para satisfacer las necesidades de la vida real. Pues bien. Si llamaríais pobre y sin dinero, al que sólo tuviese en sus ar-

cas esa moneda falsa, así habeis de llamar ateo ó sin Dios (que eso significa la palabra *ateo)* al que en vez de la nocion real, verdadera y eficaz de Dios, no tenga más que ese deismo vago que no es sino su falsificacion. Dios es un sér realísimo que no se concibe más que en toda la plenitud de sus atributos. Dios, autor de la vida social, es por tanto su base primordial, su principal pilar, su viga maestra, su esencial armazon, así como su último coronamiento. Sociedad en que no se afirma de tal modo la existencia de Dios, es sociedad atea; sociedad en la que Dios no es más que un elemento de ornato público, es sociedad real y verdaderamente emancipada de su autoridad, es sociedad revolucionaria. Ved, pues, por donde resultan clara y perfectamente ateos los de ese grupo, ni más ni menos que los del grupo anterior.

Vamos al tercero.

El hombre, señores mios, es animal naturalmente religioso, hasta el punto de que al alma humana se atrevió Tertuliano á llamarla naturalmente cristiana. El pecado de origen es el que ha hecho del hombre naturalmente religioso, como creado á imágen de Dios, un sér naturalmente revolucionario, vuelto hasta cierto punto imágen y semejanza del diablo. Mas, ya sea porque la naturaleza primitiva del hombre. segun enseña la teología, no quedó del todo destruída por el pecado sino solamente deteriorada; ya porque la gracia sobrenatural de Cristo ha puesto (como en otra ocasion os decia) glorioso remiendo á esta rotura y deterioro de su primitivo sér; es indudable que el ateismo, así en su forma franca y escueta de *negacion* de Dios, como en su forma rebozada y culta de mera *abstraccion* de Dios, no es aún aceptable á todos los entendimientos ni á todos los corazones. Particularmente en los países católicos, amamantados siglos y siglos há á los pechos de nuestra santa Madre la Iglesia, ofrece grandes inconvenientes la anulacion de Dios, bien la radical por la absoluta negacion de su existencia, bien la indirecta por la mera abstraccion de su soberanía. El diablo, pues,

debió dedicarse en sus ratos de mal humor (que deben de serlo todos), á la tarea de buscarse para su uso un todavía más delicado y pudoroso disfraz. Y supo hallarlo el maldito; que harto sabeis no hay como el diablo para endiabladas empresas.

Gran empresa, en efecto, parecia querer darle á cosa tan brutal como es de sí el ateísmo, un cierto barniz de sensatez y de cultura, y se la dió como habeis visto. Mayor atrevimiento sin duda fué querer darle hasta cierto aire de religion y piedad. Y no obstante, tambien se lo dió. Contradictorios como son los conceptos ateísmo y pietismo; Satanás, gran padre de la mentira, halló medio de que no lo pareciesen, segun el modo habilísimo con que logró disfrazarlos y presentarlos. ¡Mirad, señores, que es lo sublime de la mentira haber llegado (siquiera en apariencia) á desmentir el principio de contradiccion, que es la primera de las verdades de la metafísica!

Y la cosa hubo de pasar de esta manera.

Todo el toque está (debió decirse el diablo) en anular *socialmente* á Dios. Se le anula negando redondamente su existencia. Se le anula prescindiendo absolutamente de su autoridad. Pero entendámonos: se le puede anular, aún con más disimulo, reconociendo aquella su existencia y reconociendo esta su autoridad, sólo con que se ponga á esta última una condicion: la de que no sea única y exclusiva en su ejercicio.

Y debió frotarse las manos de gusto el príncipe de las tinieblas, y sonreirse el infeliz con las sonrisas que son posibles en el infierno. Y apareció la tercera fase del ateísmo revolucionario, que estamos examinando aquí. Desde entonces, á muchos á quienes horrorizó la radical negacion de Dios, ó á quienes no logró seducir la sensata y decente abstraccion de Dios, ha miserablemente engañado este postrer sofisma que dice se debe reconocer la existencia de Dios, y se debe buscar el reinado social de Dios, pero que no se debe exigir el ejercicio único y exclusivo de los derechos de Dios.

Afortunado fué en su empresa última el gran enemigo de la soberanía divina. Si algunos logró que le siguiesen en su primer grito de guerra, y algunos más en el segundo; en

este tercero ¡oh dolor! ha logrado arrastrar, como en la antigua y prehistórica rebelion del paraíso, *tertiam partem stellarum*, una tercera parte de las estrellas; de las estrellas, señores mios, es decir, de las mismas almas que se tienen tal vez por fervorosamente cristianas y por profundamente ascéticas, y que como tales brillan al parecer por sus virtudes en el firmamento de la Iglesia de Dios! ¡Víctimas desdichadas de un ateísmo, pasmaos, señores mios, de un ateísmo pietista que afirma á Dios, que reconoce y predica y dice buscar la soberanía de Dios, y que sin embargo es ateísmo, porque no quiere (en teoría ó en práctica) el ejercicio perfecto de la soberanía de Dios! Ateísmo que, así como el segundo de que hemos hablado dividia el imperio de Dios entre el cielo y la tierra, concediéndole á Él toda la gloria y jurisdiccion de allá, reservándose empero el hombre para sí toda la jurisdiccion de acá; así, en esta tercera evolucion suya, divide el imperio de Dios en el órden social, reconociendo como buenos y perfectamente legales ciertos falsos derechos en oposicion á los de Dios, y afirmando como dogma suyo que la ley ha de reconocer estos derechos; enseñando (y aquí está el lado pseudo-místico de esta cuestion) que los mismos amadores de Dios y defensores de sus sacrosantos derechos hemos de reconocer y respetar y hasta quizá consagrar aquellos llamados derechos de sus enemigos; llevando su audacia ó su insensatez hasta pretender que saldrian mejor librados en el actual combate los derechos de Dios si *à priori* se empezase por reconocer estos otros falsos, ó lo que es lo mismo, que interesa á su gloria inmortal el que se alcen en su presencia esos ídolos que le disputan su adoracion; y que ganaria en gran manera la Iglesia, su divina representante, predicando más bien que el derecho exclusivo de Dios que ha predicado siempre, el derecho comun entre Él y el diablo que es el que predica la Revolucion. Hé aquí, señores, la última fase del ateísmo revolucionario, que un dia tuvo fervientes teóricos, y que hoy herido por las repetidas condenaciones de la Iglesia, ya no tiene más que vergonzantes adoradores prácticos. Los cuales ya no declaran paladinamente que haya de haber igualdad de derechos ó legalidad comun (como dicen ellos) entre Dios y el demonio, pero se portan en la práctica como

si la debiese haber. ¿Quereis verlo? Miradlo. Reprueban como feroz intolerancia la conducta de los que no quieren reconocer derechos verdaderos más que en Dios y segun Dios; no vacilan en declararse amigos del Catolicismo, pero á condicion de que no se les exija pública y formal enemistad con los enemigos de él, como si se pudiese ser buen amigo de una cosa sin ser *ipso facto* enemigo de su contraria: en la defensa de la verdad y del bien alaban la firmeza, el vigor, la elocuencia de los sanos apologistas, pero (reparadlo bien, que ese es un gran dato) quiérenlo todo sin los impetuosos arranques del odio santo contra el error, sin la fiereza nativa del soldado que aborrece de muerte la enseña del contrario, porque ama más que la propia vida la de su rey y señor. Los tocados de ese tercer ateísmo, como los atacados de tisis en tercer grado, se conocen en que han perdido la virilidad de su voz, á fuerza de emplearla únicamente en melosidades y gimoteos; han perdido la entereza de su carácter, de puro querer mantenerse en equilibrio instable entre dos opuestas é irreconciliables tendencias; han perdido toda la fe en cualquier ideal, por el desdichado afan de querer ver armonizados y en arcádica paz todos los ideales. ¿Qué más, señores mios? Cuando el espíritu se ha llegado á contagiar de esta anemia moral, la palabra resistencia espanta, la palabra lucha aterra, la palabra odio escandaliza; cuando estas tres palabras no son, en su debida y natural aplicacion, más que los tres rasgos culminantes que caracterizan la fisonomía del verdadero soldado de la milicia cristiana!

Mas, álguien de vosotros me interpelará aquí: «Está bien lo que decís; pero os salís de la cuestion: esto no es ateísmo.»

Lo es, sí, señores mios, y del más refinado y sutil. Y voy á probarlo.

Es ateísmo la negacion de Dios, y es negacion de Dios la de cualquiera de sus esenciales atributos. Es así que es atributo esencial de Dios su soberanía, y ésta exclusiva. Luego con reconocer (teórica ó prácticamente) derechos contra Dios se niega implícitamente no sólo la autoridad, si que la esencia misma de Dios. En Dios son una sola cosa su sér y su modo de ser. Luego con negar (teórica ó prácticamente) la exclusiva soberanía de Dios, se viene á incurrir teórica ó prácticamente en verdadero ateísmo.

Por una feliz inconsecuencia, porque nada hay tan comun en el hombre como la inconsecuencia, no querrán creerse ni llamarse ateos los que en este caso se encuentren. Empero este escrúpulo, que honra más su buena intencion que su buena lógica, no destruye la fuerza intrínseca del principio, en virtud del cual resulta perfectamente ateo todo aquel que niega teórica ó prácticamente uno solo de los divinos atributos.

Y que esta cuestion, que podemos llamar del derecho social exclusivo de Dios, en oposicion á lo que llamarémos legalidad comun entre Dios y el diablo, es, por decirlo así, toda la cuestion católica, no solamente de hoy sino de todos los siglos, lo veréis claramente, señores mios, con sólo fijaros en un hecho histórico que arroja sobre esta materia torrentes de luz. Todos sabeis que al aparecer sobre la tierra el Cristianismo, se libró inmediatamente contra él, por parte de todos los poderes del mundo á la sazon existentes, la más desaforada batalla. Mas ¿por qué, decid, se armaron todos esos poderes á una contra la bandera de la Cruz, no cejando en el fiero combate hasta que el poder de Dios, por medio de la espada de Constantino, quiso sacarla victoriosa? ¿Por qué? ¿Qué pensais se debatia en aquel gigantesco duelo de trescientos años? Ya sé yo que se ha dicho y áun se ha escrito (más de cien veces) que los mártires cristianos defendian contra el despotismo imperial *la libertad de la conciencia humana*. ¡Sonora frase, señores; gran frase, pero aún más gran mentira! Seguiríase de eso, que los mártires cristianos no lo fueron de la Religion, sino de una herejía. Nó: lo que se disputaba entre víctimas y verdugos no era el derecho de adorar por Dios á Cristo, sino el deber de reconocer á Cristo por *único* Dios. El paganismo imperial, poco escrupuloso en aumentar la cifra de sus falsas deidades, así como habia recogido en su panteon las de todos los pueblos vencidos, así hubiera autorizado tambien en él un nicho ó un pedestal para el Dios de los cristianos, si éste hubiese consentido en aceptar legalidad comun con aquella ruin caterva de condescendientes rivales suyos. Roma pagana no le hubiera negado bajo esa condicion cédula de vecindad para el usufructo en comandita de los honores divinos. ¿Qué mucho si hasta in-

dican algunos historiadores que Augusto llegó á levantarle al Hijo de María uno de esos fáciles altares? Mas ¡ah! no era eso lo que predicaba el Cristianismo; no era eso lo que combatian los Césares; no era eso por lo que morian nuestros gloriosos ascendientes en la fe. El derecho único de Cristo, la negacion de todo otro derecho que no fuese el de Cristo, la exclusiva de Cristo, en una palabra, eso, eso era lo que se predicaba por unos y se combatia por otros y se discutia por todos. En eso veía su dogma fundamental el Cristianismo; en eso su verdadero enemigo el paganismo. Nadie es mártir por puro gusto de serlo; nadie es feroz tampoco por mero antojo de darse ese placer. Si los cristianos hubiesen creído que se podia ser cristiano de veras adorando á Cristo Dios, pero reconociendo á la par el derecho de Júpiter ó de Venus ó del César á recibir iguales honores, ni ellos se hubieran visto en la necesidad de morir para ser fieles á su bautismo, ni sus verdugos se hubieran visto en el caso de llevarlos á la muerte para que lo dejasen de ser. No morian, pues, aquéllos por la libertad de la conciencia humana, ni los mataban éstos en odio á esa libertad: morian unos por defender y dejar arraigado en el mundo el derecho *único, absoluto, exclusivo* del verdadero Dios; mataban los otros para impedir á todo trance, si posible fuese, el establecimiento en el mundo de este soberano derecho. Vean, pues, para vergüenza suya, de qué abolengo proceden los que, tras diez y nueve siglos de Cristianismo, vuelven á proponer hoy dia, como equitativa solucion al problema revolucionario, esa absurda transaccion, que no es sino una fase del mismo ateísmo que estamos al presente desenmascarando.

Todo el problema me he atrevido á llamar al presente estudio, y creo que efectivamente habréis podido comprender (gracias á vuestra penetracion más que á esas mis breves indicaciones), que todo el problema está realmente ahí. Sí, señores mios, ahí está la Revolucion, que es el gran problema del siglo: ahí está *toda* la Revolucion. Una en su fondo; vá-

ria en sus aspectos y procedimientos: una con la siniestra unidad de su negacion intrínseca, que no es sino la eliminacion de Dios de la esfera social: vária con esa triple fisonomía que la permite adaptarse y hacerse aceptable á todas las circunstancias de tiempo, lugar y personas. A los pueblos y á los individuos sumidos en el cieno de asqueroso libertinaje y de groseras é inmundas pasiones, ofréceles como recurso el más expeditivo la negacion abierta de Dios y de su existencia, con lo cual de una vez se da por libre y emancipada la bestia humana de todo freno moderador de sus antojos y concupiscencias. A los que, sin haberse hundido todavía en tan sucios cenagales, han tenido no obstante la desgracia de asfixiar su espíritu en el positivismo mercantil é industrial, ó en el orgullo de los adelantos materiales, ó en la soberbia pseudo-científica, que es el pecado satánico por excelencia, ofréceles como medio más urbano de suprimir á Dios el simple desentenderse y prescindir de su soberana autoridad, con lo cual al paso que se libran de lo antipático de una negacion brutal reñida por de contado con ciertas conveniencias sociales, quedan sin embargo en el mismo estado de libertad y soltura para la divinizacion de su orgulloso *yo* y para el desahogo de todos sus naturales apetitos. Por fin, á los que en el gran naufragio de los modernos tiempos conservan todavía resabios de la antigua fe, ó tal vez áun sinceros propósitos de vivir y morir ajustados en costumbres é ideas á ella, ofréceles como temperamento acomodado á la susceptibilidad de su conciencia esa postrera mitigacion ó mejor mutilacion de los divinos derechos, con lo cual se quedan muy consolados de seguir siendo aún verdaderos católicos tales infelices seducidos; al paso que se contenta tambien á su modo la Revolucion, porque sabe que los tiene al fin para lo esencial convertidos en verdaderos revolucionarios, ó cuando menos en enemigos de comedia que no le han de dar cuidado alguno, pues no tienen de enemigos más que el nombre y el uniforme.

Síguense de ahí, señores míos, algunos corolarios prácticos que por fuerza me habeis de permitir deje aquí siquiera brevísimamente apuntados, áun á trueque de cansar todavía por unos minutos vuestra harto indulgente atencion.

1.° Puesto que la Revolucion es una, por la unidad de su intrínseca negacion, y sólo son varios y en distinta gradacion sus procedimientos extrínsecos; síguese de ahí que no se habla correctamente cuando se dice que tal ó cual persona ó agrupacion es más ó menos revolucionaria que otra, sólo porque se encuentra en el primero ó en el segundo ó en el tercero de los tres casos referidos. Nó; igualmente deben llamarse revolucionarios los que aceptan la eliminacion social de Dios en cualquiera de las tres formas dichas. Primero, porque la mayor ó menor intensidad, digámoslo así, del error no modifica su carácter formal específico negativo, segun aquello de los escolásticos, *magis et minus non mutant speciem*. Segundo, porque ni aún tal intensidad es aquí vária, sino que son varios tan sólo su aparente disfraz y envoltura.

2.° Del error son siempre muy más temibles los estragos de la seduccion que los de la imposicion. El error imponiéndose como tirano, implantando como tal en la sociedad sus perversas teorías, destruye, asuela, devora, como el paso del huracan ó como la lava abrasadora de los volcanes. Pero en cambio produce la reaccion natural que causan en los ánimos generosos todas las tiranías; crece la virilidad con la contradiccion; revive con la lucha la energía tal vez entibiada; témplanse los corazones al calor de las grandes adversidades; lánzanse entonces resueltas las almas al heroísmo del sacrificio. No así cuando el error, desconfiado de imponerse violentamente, opta por adormecer y seducir. Al blando halago de su garra finamente enguantada; al arrullo suave de su voz, convertida de rugido de fiera en canto de sirena, se enflaquecen los caracteres, decaen los corazones, aflójase la resistencia, búscanse temperamentos á la conviccion, *pro bono pacis* acéptanse transacciones que son traiciones. Y por resultado final queda de hecho el buen soldado de la fe ó

prisionero infeliz ó vil desertor pasado al enemigo. Es por tanto lógico deducir que lo peligroso, y en consecuencia lo desastroso de cada una de las tres formas de ateísmo propuestas, está en relacion directa con su mayor grado de aparente sensatez, de inofensiva circunspeccion y hasta de afectado pietismo.

3.° Supuesta la verdad teórica y práctica de aquel sabido axioma de las escuelas: *contrariorum contraria ratio,* ya que la Revolucion por medio de sus órganos de todas clases procura extender, segun respectivamente á cada época, á cada nacion ó á cada individuo conviene, ora la brutalidad del ateísmo franco, ora la capciosidad del ateísmo por mera abstraccion, ora la mogigatería del ateísmo por limitacion de los divinos derechos, la nota fundamental y característica de las asociaciones católicas ahora y siempre ha de ser la que es precisamente la nota fundamental y característica del Catolicismo: es decir, 1.° la franca proclamacion de la existencia de Dios; 2.° la franca proclamacion del reinado social de Dios; 3.° la franca proclamacion (teórica y práctica) de *todo* el derecho de Dios, y del derecho de Dios en *todo,* y del derecho de Dios excluyente de *todo* otro que por cualquier concepto se le pretenda oponer. Y porque esto es el Catolicismo y aquello otro es la Revolucion, esto deben ser las Asociaciones católicas. Y las que eso no sean en toda su integridad constitutiva, llámense como se quieran llamar, son asociaciones revolucionarias, que hubiera llamado san Pablo (sin ningun escrúpulo) sinagogas de Satanás.

Basta ya, señores mios, habeis visto como en abreviadísima síntesis todo el problema social, tal como ante nuestros ojos lo va planteando y desarrollando cien años há la Revolucion. La sociedad cristianamente constituída está á pique ó poco menos de ser ya mero recuerdo histórico: la aspiracion de los buenos católicos que á todo trance procuran sobre sólidas é inequívocas bases reconstituírla, paréceles á los hijos del siglo fantástica ilusion de Quijotes soñadores de imposi-

bles. Y no obstante ésta es la tesis que hay que sostener siempre en pié como bandera de Dios, contra aquella satánica antítesis clavada en el mundo actual como seductora bandera de civilizacion y de progreso por el enemigo de Dios y del género humano. A su inmunda imágen y semejanza quiere al hombre y quiere á la sociedad aquel eterno rival de la gloria divina y de la felicidad de su criatura. A imágen y semejanza de Dios hemos de quererlos nosotros, que al fin nos titulamos hijos de Dios y sociedad de hijos de Dios, y no queremos renegar de nuestra real prosapia ni avergonzarnos de los rasgos de nuestra celestial fisonomía. Sí, porque el hombre, así individual como socialmente considerado, lleva en su sér, á través de las cicatrices del pecado, el reflejo augustísimo de la beatísima Trinidad. *Tres son los que dan testimonio en el cielo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esos tres uno son.* Reflejo de esa divina trilogia, afirma la sociedad cristianamente constituída el sér natural que ha recibido de Dios Padre contra la primera forma de ateismo que niega brutalmente la divina existencia: afirma el reinado sobrenatural de su Hijo Jesucristo contra la segunda forma de ateismo que proclama el naturalismo ó la emancipacion de aquel sobrenatural reinado; afirma en toda su plenitud el Espíritu de toda verdad contra la tercera forma de ateismo que quiere anular este sobrenatural reinado mutilándolo, ó concediéndoselo sólo á medias con el espíritu de la mentira.

La sociedad así constituida en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es la sociedad tal como la quiere Dios. La sociedad basada en la negacion del poder creador del Padre, de la jurisdiccion sobrenatural del Hijo y de la virtud plena del Espíritu Santo es la sociedad tal como la quieren las sectas. El nombre que sintetiza todos aquellos divinos derechos sociales, ya lo sabéis, se llama Catolicismo: el nombre que sintetiza la franca ó indirecta ó embozada negacion de esos divinos derechos, lo habeis adivinado ya, y áun lo habeis pronunciado por lo bajo más de cuatro veces durante este rato, aunque ni una lo he pronunciado yo. Se llama Liberalismo.

HE DICHO.

CARACTERES DE LA LUCHA ACTUAL;

POR ELLOS

ESTÁ JUSTIFICADA LA CONVENIENCIA

DE LAS

ACADEMIAS DE JUVENTUD CATÓLICA.

(Conferencia leída en la de Barcelona).

Intus fide, foris ferro.
Por dentro armados con la fe, por fuera con el hierro.

(*De san Bernardo*, AD MILITES TEMPLI).

EXCMO. É ILMO. SR.: (*)
SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

INGULAR contraste, y áun aparente contradiccion ofrecen las sagradas Páginas, al describirnos bajo diferentes alegorías la sociedad de los hijos de Dios que se llama Iglesia católica. Unas veces se la representa allí como grey de mansas ovejas dóciles al cayado del Pastor; otras como aguerrido ejército puesto en órden de batalla y dispuesto á lanzarse espada en mano contra todo linaje de enemigos. Unas veces es el suave caramillo de la paz el que allí suena; otras el horrísono clarin de combate y de matanza. No me entretendré en aducir aquí los textos mil que á eso se refieren, ni en presentarlos contrapuestos y encarados, para que resalte más y más lo que podria creerse su discordancia. Todos los conoceis perfectamente. Si en Belen se oye cantar como hermoso programa del niño recien nacido aquel regocijado motete: «¡Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hom-

(*) El excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de Barcelona.

bres de buena voluntad!» diríase que no tarda más que treinta años el mismo divino Salvador en corregirlo, dictando á sus discípulos aquella severa divisa de su bandera: «No vine á poner la paz sino la espada.» Dos textos que por ser los más expresivos de todos, marcan el punto culminante de la aparente contradiccion que á primera vista pudiera notarse entre ambos caracteres de la predicacion evangélica.

Y no obstante, no es así, señores y amigos mios, no es así. ¿Y cómo pudiera ser así, cómo pudiera haber formal contradiccion entre unas y otras frases del Evangelio, palabra del Hijo de Dios, dictada á sus amanuenses los Evangelistas por el Espíritu Santo? Misterio hay, pues, en ellas, nó discordancia; verdad oculta, nó contradiccion manifiesta. Busquemos, pues, esta verdad; asomémonos con respeto á los bordes de la profundidad de este misterio. No es tal que con otras enseñanzas del mismo sagrado oráculo no consienta ser visto y examinado á buena luz. Tambien él ha sido dado para nuestra enseñanza; y esto, nó una vana curiosidad, debe movernos á escudriñarlo.

En esta aparente discordancia del tipo del fiel cristiano que nos ofrecen las Páginas sagradas, hay, señores y hermanos mios, la completa expresion, el íntegro concepto de él. Son dos fases de una misma bandera, son anverso y reverso de una misma medalla. El cristiano-oveja y el cristiano-soldado, son el ideal de un solo perfecto cristiano, que no puede ser como debe si no es á la vez, como la primera manso, y como el segundo aguerrido. Paz y guerra no son aquí conceptos antitéticos, sino más bien sintéticos y verdadera condicion esencial el uno del otro; como quiera que no puede conservarse aquella paz, sino con esta continua guerra; ni puede emprenderse ni sostenerse ni felizmente terminarse esta guerra, sino apoyada en aquella paz. Más claro y más breve. El cristiano, miembro de la Iglesia de Cristo, debe ser con relacion á las cabezas de ella lo que la oveja para el pastor: el cristiano, miembro de la Iglesia, debe ser con relacion á los enemigos de ella lo que el soldado para los que tienen jurado odio á muerte á su supremo Rey. Deberes tiene, pues, el cristiano como oveja sumisa á sus Pastores, y deberes tiene como soldado audaz frente á frente de insolentes enemigos.

Los primeros son los más conocidos, y por tanto los menos expuestos á dudas y confusiones. Los segundos son los que menos se estudian, por lo regular, y los que consiguientemente menos se suelen comprender. Voy, pues, á ocuparme en ellos esta noche. Y como deseo dar á todos mis pobres conceptos el carácter de actualidad que entiendo deben tener para ser aprovechables, de aquí que al estudiar (en ligero esbozo no más) los deberes del cristiano como soldado de su fe, lo haré con relacion á los combates de hoy, que son, señores mios, los que nos han cabido á nosotros en suerte; y con relacion á esa brillante agrupacion de fuerzas llamada *Juventud católica*, á cuya Academia barcelonesa tengo por vez primera la honra de dirigirme. Formulo, pues, de esta suerte, el tema de mi sencilla Conferencia. *Caracteres de la lucha actual: por ellos está justificada la conveniencia de las Academias de Juventud católica.* Asunto práctico, muy práctico es el presente, y que á todos nos toca de cerca. Procuraré desenvolverlo molestando lo menos que pueda vuestra atencion, bien que necesitando siempre me sea ella indulgente y bondadosa. Empiezo.

Dos partes tiene mi plan. En la primera propóngome caracterizar el combate en que anda al presente envuelta la Iglesia de Dios. En la segunda, deducir de ese carácter especial de los presentes combates la conveniencia de las Academias de Juventud católica.

Cuanto á lo primero, decir que la vida de la Iglesia es vida de combate, es, señores y amigos mios, hasta una vulgaridad. La Iglesia porque es Iglesia, y el mundo porque es mundo, han de vivir necesariamente en perpetua oposicion. La Iglesia es la depositaria de las enseñanzas del cielo; el mundo es la personificacion de todas las groseras tendencias

de la tierra. Son, pues, dos polos opuestos, con dos opuestos centros de gravitacion. Juzgan con opuestos criterios, marchan en direccion á opuestos ideales. Han de ser, pues, necesariamente opuestas sus máximas, opuestas sus obras, opuestos sus frutos. El Salvador lo formuló en una frase sencillísima, pero de gran alcance. *Quod natum est ex carne, caro est, et quod natum est ex spiritu, spiritus est.* Hay entre la Iglesia y el mundo la misma oposicion que hay entre la gracia y la naturaleza corrompida en cada uno de nosotros. La batalla continua de nuestro corazon es, en más reducida esfera, la gran batalla del género humano. Vivir, pues, para la Iglesia es combatir.

Pero esta lucha, idéntica siempre en el fondo, presenta en cada siglo caracteres diversos, como la lucha entre la naturaleza y la gracia, idéntica en el fondo de todos los corazones, aparece exteriormente diversificada hasta lo infinito en cada individuo. Vivir es siempre para la Iglesia combatir; pero el mundo á quien el infierno está de continuo amaestrando para ese combate, saca de este infernal maestro variedad inmensa de armas y estrategias, no cansándose jamás de sustituir á los antiguos procedimientos, procedimientos nuevos, ó haciendo por lo menos que tales parezcan, por sus nuevos nombres y por un cierto barniz de seductora novedad que les procura dar. Uno después de otro lanza á la arena sus temas de discusion, una después de otra varia las formas; ya la franca y brutal violencia le parece lo más conducente; ya se desentiende de ella para emplearse en la capciosidad artera y solapada. Pasando revista á la campaña de cada siglo, se admira en todas ellas, á par de esa unidad de fondo, esotra variadísima multiplicidad de formas, merced á las cuales el ataque siempre viejo, viene á resultar en apariencia siempre nuevo, medio único de que conserven los infelices instrumentos de Satanás la ilusion de que en el próximo ataque será cuando indefectiblemente sucumba el Catolicismo, que en los otros no sucumbió.

Expuesto esto, que no necesito probar, ya porque no es directamente mi tesis, ya porque las pruebas están á la vista en la historia, vengo ahora á preguntar: ¿Ofrece realmente caracteres propios y definidos el presente combate que se li-

bra hoy por el mundo contra la Iglesia de Dios? Y hénos aquí ya de lleno en la primera parte de mi tema.

Sí, ofrece estos caracteres especiales el combate de hoy, caracteres especiales que le dan especialísima fisonomía. Y son los siguientes. Notadlos bien.

El combate de hoy es un combate el más radical. El combate de hoy es un combate el más universal. El combate de hoy es juntamente un combate el más individual.

Voy á explicar detenidamente cada uno de estos tres caracteres.

En primer lugar, el combate de hoy contra el Catolicismo es el combate más radical. Pasaron ya los siglos en que el furor de las sectas se desataba contra tal ó cual dogma aislado del símbolo cristiano. Las antiguas herejías pretendian dejar á salvo de su impía negacion la sustancia de la fe, supuesto que todo su conato era simplemente demostrar que tal ó cual artículo no pertenecia á ella. Y bien que negando cualquier exigua partecilla del conjunto dogmático resulte intrínsecamente barrenado todo él, por no ser más que uno el motivo formal que á todos da autoridad, sin embargo, por una inconsecuencia de que ofrece frecuentes ejemplos el espíritu humano, no queria esa negacion total la herejía, sino solamente la parcial de aquello que en su concepto no le ofrecia convenientes motivos de credibilidad. Así que tenian la pretension de llamarse no ya sólo cristianos sino hasta católicos y los únicos católicos, los mismos que de tal suerte destrozaban la unidad del símbolo católico. Por nada de este mundo hubieran ellos querido darse por segregados de la verdadera Iglesia, antes era ésta quien tenia que declararlos apóstatas y expulsos de la comunion de sus fieles.

Ahora nó. El infierno ha cambiado de táctica. Contra la afirmacion absoluta y completa del dogmatismo cristiano es completa y absoluta la negacion. No se anda por las ramas el criterio racionalista. Corta por el tronco y raíz, proclamando osadamente la negacion absoluta de todo órden so-

brenatural. Se ha dicho que el mundo moderno retrocede á marchas forzadas al paganismo de donde le sacó la predicacion evangélica. Hay dos inexactitudes en esta apreciacion. Primera, la de suponer que *todo el mundo* ha emprendido á la vez el referido movimiento de descristianizacion, lo cual no es cierto, gracias á Dios, aunque lo haga parecer tal la ya casi consumada descristianizacion del mundo oficial, que por suerte no es todo el mundo. A lo más será el mundo que puede empuñar la cuchilla. Queda aún el otro mundo, que si conviene sabrá ofrecer á esa cuchilla preciosas y numerosas gargantas. Segunda inexactitud, la de que esa descristianizacion que se llama *del mundo* y que no es en gran parte sino *del mundo oficial,* tiene por límites el antiguo paganismo. Nó, sino que baja más hondo aún, baja más hondo porque cae de más alto, que esa es la ley de la caida de las almas, como lo es de la caída de los cuerpos. Cuanto de más alto se cae, más acelerado es el movimiennto y es más profunda la caída. Cae, pues, ese mundo que se derrumba del Cristianismo, nó en el paganismo de donde salió, sino en un ateísmo y en materialismo groseros y bestiales, conocidos con el nombre más pulcro de *positivismo:* ateísmo y materialismo de que no tuvieron idea alguna, como error general, las sociedades anteriores al Evangelio. Es, pues, el combate moderno en todo su espantoso conjunto, nó el combate de un falso dogma contra un dogma verdadero, nó el combate de la interpretacion libre de un texto contra la interpretacion legal, sino el combate del hombre-bestia contra todo lo que en sí ó fuera de sí reconoce como superior á este su grosero carácter la criatura humana. Es el *nihilismo* religioso, que precede y lleva en su seno el otro *nihilismo* político social, cuyas crias, durante más de cien años empolladas al calor del LIBERALISMO, empiezan á saltar ya del frágil cascaron, piando (como quien no dice nada) con el horrible estruendo de la dinamita.

El mundo, que se aparta, pues, de la Iglesia, no reniega ya sólo de ella ó del Papa, ó de las indulgencias, ó de la Confesion auricular, ó de la consustancialidad del Verbo, ó de la realidad del augustísimo Sacramento. Nó, sino que pugna por arrancar francamente de su frente la señal de la

cruz, y por borrar de la naturaleza la huella misma de su soberano Creador. No es que quiera ser religioso de otro modo del que le enseñó la Religion verdadera. Nada de eso: no quiere serlo en modo alguno, no quiere Religion. Primer carácter, pues, del combate actual contra la Iglesia católica: es un combate radical.

En segundo lugar, el combate de hoy es un combate el más universal.

Os lo confieso ingenuamente: no soy fuerte en historia; pero por más que me entretenga en hojearla y recorrerla, no acierto á encontrar en ella época alguna en que sea tan extensa como lo es hoy nuestra línea de batalla. Tan extensa es hoy, que llena toda la redondez de ambos hemisferios. Cuando apareció el Cristianismo en el mundo, el Imperio romano habia dado á éste cierta unidad gubernamental, en que ha visto Bossuet un designio de la Providencia para la más fácil propagacion del Evangelio. Y fué así, que siendo romano casi todo el orbe entonces conocido, por sus anchas vias romanas pudo recorrerlo á paso de gigante la predicacion apostólica. Y aunque es cierto que por las mismas corria con iguales pasos el decreto imperial ó pretorio para impedirla, sin embargo, es cierto que corrian con más ligereza los piés de los que evangelizaban la paz y el bien, que los de aquellos que esparcian la desolacion y el exterminio; y de todos modos era aquella la manera más decisiva de combatir, para que fuese asimismo más decisiva la victoria. Abatido el poder de las tinieblas tras aquel inútil esfuerzo de tres siglos, y bautizado el mundo más que con el agua del Sacramento, con la sangre de los Mártires; el combate general cesó, y la historia no ofrece en adelante más que luchas parciales, que en comparacion de aquél no merecen apenas el nombre de escaramuzas. Y así hemos seguido hasta el período presente, entre cuyos signos apocalípticos no es el de menor interés y el que se presta á menos sérias meditaciones, ese recrudecimiento, después de diez y seis siglos, de la general batalla.

Dirigid hoy, señores mios, una rápida ojeada sobre las cinco partes del mundo civilizado ó sin civilizar. ¿Lo habeis contemplado bien? Vedlo; ni un palmo de tierra queda ya por descubrir á la incansable actividad de nuestros geógrafos

y navegantes. Lo que queda por descubrir, señores mios, lo que queda por descubrir es un punto solo donde no se haga fuego á nuestra bandera. En Europa como en América, en Asia como en Africa y Oceanía, bajo instituciones caducas como las de China y Turquía, ó bajo instituciones nuevas como las de Norte-América ó Brasil; en nombre de Gobiernos populares en una parte, en nombre de Gobiernos autocráticos en otra, en todas partes el clericalismo es el enemigo social, y nuestro Señor Jesucristo el gran paria de los tiempos modernos. Ved un dato característico. En todos los idiomas que tienen formulada una gramática y compilado un diccionario, se escriben hoy periódicos. Y en todos esos idiomas, cuatro quintas partes por lo menos de los periódicos que se escriben, son como otras tantas naves armadas en corso contra la soberanía de Dios, unos bajo la franca bandera de Satanás, otros con pabellon ambiguo para mejor ocultar la infernal mercancía. De suerte que en el periodismo, que es hoy la voz oficial del mundo, sólo una mínima, muy mínima parte de él, reconoce la plenitud del órden sobrenatural y la autoridad de Jesucristo nuestro Señor.

¿A quién no asombra y espanta ese continuo tiroteo por el que, como columna encerrada dentro de un círculo de fuego, es de todos puntos y sin cesar hostilizada la santa Iglesia de Dios? ¡Yo, señores mios, no sé si ofrecen los anales del género humano memoria ó rastro siquiera de otra institucion más fiera y universalmente combatida! Nó, á nadie en el mundo pagano, ni en el sarraceno, ni en el cismático, ni en el herético, se ha combatido con la saña con que se combate hoy en el mundo liberal á Cristo nuestro Dios. Aquella palabra profética de Simeon ha venido á cumplirse al pié de la letra, cuando al divino Infante le llamó *Signum cui contradicetur: Blanco de contradiccion.* De contradiccion, sí, pero de universal contradiccion. La unidad que á las primeras persecuciones proporcionó el estar sujeto todo el mundo de entonces al férreo yugo de la Roma cesárea, la da al combate de hoy el hecho incuestionable de estar sujeto todo el mundo de hoy al yugo muy más odioso y abyecto de la Masonería. Y como entonces no hubo fronteras ni mares que no atravesase en odio á la cruz el sangriento edicto del César, así hoy

no hay mares ni fronteras que no salve en un momento la consigna emanada de los altos centros francmasónicos. Añadid que la rapidez de las comunicaciones y transportes han casi anulado las distancias, y mezclado las razas, y disminuído las inveteradas divisiones de nacionalidad, á despecho de la historia y de la geografía: añadid que hoy una órden misteriosa emanada de Viena ó de Berlin llega antes á Madrid ó á Lisboa, de lo que llegaba antiguamente un despacho del rey de estas cortes á los barrios extremos de su propia ciudad; añadid que así como vuelan las noticias así cunden las impresiones y las emociones, como lo muestra ese exactísimo barómetro de la oscilacion social que se llama *la Bolsa;* añadid que el refinamiento de las artes y de la industria ha empezado por hacer comunes los gustos, y ha acabado por hacer comunes los hábitos y las ideas, porque hay más analogía de lo que se nos figura entre el arte de pensar y el arte de vestirse, entre los sistemas filosóficos y la ley de los figurines; y tendréis, señores y amigos mios, débilmente bosquejado ese carácter de universalidad que ofrecen los modernos combates contra el Catolicismo, y del que no quiero ocuparme con más extension, que bien pudiera, para no alargar desmesuradamente y á costa de vuestra paciencia este familiar discurso.

En tercer lugar, el combate de hoy es juntamente el más individual.

Parecerá á primera vista opuesto *per diametrum* á lo anteriormente dicho, lo que ahora os acabo de decir. Creyérase, en efecto, que esa cierta solidaridad universal de todos los enemigos de la Iglesia, excluye por completo el carácter perfectamente *individualista* que estoy al presente señalando como tercer carácter de nuestros combates. Y sin embargo, no es así. General es la batalla, pero á la vez individual. Frente á frente luchan dos grandes ejércitos, pero cuerpo á cuerpo están sosteniendo de por sí esta lucha casi todos los soldados de ellos. En otros siglos, pocos eran los combatientes que entraban *personalmente* en lid: algunos jefes de escuela más ó menos caracterizados sostenian respectivamente el ataque ó la defensa; las muchedumbres apenas intervenian en el debate más que como espectadoras, y áun muchas veces cru-

zábanse sobre las cabezas los tiros de una y otra banda, sin que los advirtiese la gran masa social. Hoy, al revés. La circulacion de los periódicos y el arte de leer, extendido hasta las capas más inferiores del vulgo, han hecho que apenas se suscita cualquier debate en el campo social, sea ya poco menos que imposible encontrar un palmo de él donde no arda recia y ensangrentada la pelea. Las condiciones de la vida moderna, señores mios, han hecho poco menos que imposible la neutralidad en cualquier cuestion política ó religiosa que se ventile. Las reformas estratégicas de ciertos Estados, que hacen soldados á todos los ciudadanos, parecen haberse extendido al órden moral, más que á otra esfera alguna. Hoy cuando se lucha se lucha por todos y en todas partes, y todo se convierte en palenque y todo en arma. Es arena de esas lides la familiar tertulia casera, como la mesa del casino; lo es el wagon ó la diligencia, como lo es la lonja ó la Bolsa. Son armas el libro, el periódico, la hoja suelta, el espectáculo teatral, la candidatura para elecciones, el abanico que comprais por dos cuartos, la caja de fósforos, tal vez el mismo prospecto de modas que os dan en la tienda ó en el bazar. El cristiano de hoy no puede esquivar en ninguno de sus actos la batalla, porque ésta le rodea y le acosa y le agobia por todas partes. Y aunque ligado á esa compacta y solidísima organizacion que se llama Iglesia, en casi todos los combates ha de batirse solo, tal vez con su hermano ó con su propio padre en casa, tal vez con su principal en el despacho, tal vez y casi siempre con su compañero en el taller, tal vez con un desconocido que tomó asiento á su lado en la tramvía ó que con él se sentó á tomar su almuerzo en el *restaurant*. Se cumple á la letra aquello tan grave del Salvador: *Veni separare hominem adversus patrem suum et filiam adversus matrem suam, et nurum adversus socram suam, et inimici hominis domestici ejus:* «He venido, dice el Señor, á separar al hijo de su padre, y á la hija de su madre, y á la nuera de su suegra, y los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa.»

Decid, señores mios, ¿no encontrais exacto el ligero bosquejo que os acabo de presentar? ¿No os hallais á vosotros mismos y á vuestros lances de cada dia retratados en él? Sa-

lid á esas calles y plazas, recorred esos centros mercantiles ó científicos ó recreativos; viajad, bien sea por negocios, bien sea por placer; buscad en demanda de sosiego el círculo más apacible de todos, el de la alta especulacion metafísica si quereis, ó el de las bellas artes, sólo nacidas al parecer para solaz de la vida, el de las mismas obras caritativas en todos los ramos; decid ¿dónde no os encontrais con un soldado del campo opuesto que os encara el fusil y os pregunta altanero el ¿quién vive? y os obliga á contestar como un héroe ó á renegar cobardemente como un traidor? Sin alegorías. ¿Dónde iréis hoy dia que no se os exija franca profesion de católico ó franca profesion de racionalista? Indiferencia, indiferentismo, dicen algunos que es el carácter de la época actual. ¡Ca! Nada más equivocado. Hoy apenas se encuentra un indiferente en Religion. La aborrecen cordialmente, casi todos los que cordialmente no la aman. La combaten con desesperado esfuerzo, casi todos los que no están en la brecha para defenderla. Creedlo, señores mios: hay pocos indiferentes, porque hoy dia casi no los puede haber, y casi á todos los hombres les ha sido forzoso decidirse por una ú otra bandera, y escogerse un puesto en el formidable combate. Son tiempos de lucha, y de lucha personal, de lucha individual, es que no basta tirar y defenderse desde la fila, sino que es preciso salirse á todas horas de ella, y cuerpo á cuerpo andar á tiros y á estocadas, so pena de resignarse cobardemente á perecer. Son así nuestros tiempos, y no está en nuestra mano hacerlos de otra manera.

Voy ahora como á anudar esos cabos sueltos que he ido desarrollando hasta aquí, para presentaros como conclusion práctica la razon, á mi modo de ver providencial, á que obedece hoy dia la existencia de las Academias de Juventud católica. Sí, señores, en ese triple carácter de la lucha de hoy radica la especial oportunidad y conveniencia de tal Institucion. Es ésta su razon de ser. Es nueva en la Iglesia de Dios, como son nuevas las necesidades estratégicas á que obedece.

Nadie la ha discurrido y nadie la ha inventado, porque ha nacido como inspiracion espontánea de todos en vista de los males profundísimos que aquejan á todos. El soplo invisible de Dios la ha hecho brotar á la vez como espiritual florescencia en todas partes donde se ha presentado con mayor encarnizamiento el combate revolucionario. Examinémosla, y veréis cómo responde perfectamente al triple carácter que os he señalado en la lucha de hoy.

Es el combate presente el combate más radical. Y la difusion de las Academias de Juventud católica es precisamente el procedimiento más radical de defensa. Ser socio de una de estas Sociedades, no es acudir á un solo punto de la batalla, es estar dispuesto dia y noche para acudir á todos. Es la profesion de fe completa, por medio del ejercicio completo de ella, en todas sus formas y bajo todos sus aspectos. Es el carácter de cristiano, llevado con noble dignidad en todas partes, en el aula universitaria, en el taller fabril, en el escritorio comercial, en el mostrador de géneros, en el wagon y en la fonda, tanto como en la Comunion general, en la pública procesion, en el ejercicio literario. Es el uniforme de soldado católico, descaradamente (no retiro el adverbio aunque parezca algo fuerte), sí, descaradamente y con toda desenvoltura ostentado en el campo seglar, de donde, por no sé qué humanos respetos y miserables vergüenzas, se ve más frecuentemente proscrito. El jóven académico es bandera, porque trae levantado más que otro alguno el buen ejemplo, y con él guia y alienta y acaudilla á otros mil á la práctica de la Religion. El jóven académico es libro, porque con mayor elocuencia que los escritos más elocuentes persuade ser posible en nuestro siglo la vida cristiana en medio de todas las apostasías y extravíos de él; y no sólo ser posible, si que ser agradable, y ser hermosa, y ser de *buen tono* hasta en la más culta sociedad. El jóven académico es arma, porque confunde y aplasta con su actitud resuelta á los infelices que creen á la Religion sólo compatible con la madura edad ó con los

sentimientos naturalmente más piadosos del sexo femenino; es arma, porque en la conversacion, en la escuela, en la polémica periodística ó académica devuelve tiro por tiro, no permitiendo se diga jamás en su presencia que le faltan defensores á Cristo-Rey. Radicalismo contra radicalismo, viene á ser la divisa de la Juventud católica en todas partes, pero muy más significadamente en nuestra belicosa Cataluña; radicalismo católico contra el radicalismo racionalista, radicalismo así en principios como en aficiones, como en procedimientos; radicalismo, nunca transaccion, nunca ambigüedad, y mucho menos abominable compadrazgo.

Os he señalado por segundo carácter de la lucha presente el ser ella la más universal. Y tambien á eso responde muy perfectamente el carácter de las Academias de Juventud católica. Cabe esa Institucion en todas partes, y en todas puede ser fecunda en maravillosos resultados. En la ciudad como en la aldea, en los grandes centros científicos como en los industriales, donde haya media docena de jóvenes decididos á levantar alta la bandera de la fe, allí puede haber, allí existe ya de hecho una Academia de Juventud católica. Es de todas las instituciones militantes en la Iglesia de Dios, la más ámplia en sus bases, la más comprensiva en su organizacion, la más acomodable á todas las condiciones de estado, profesion ó localidad. Oid un ejemplo. A veces no le es fácil á una nacion invadida por poderosos enemigos improvisar los cuadros de un ejército en forma. Mas si esta nacion es, como la nuestra, guerrillera por su historia y por su naturaleza, cuando no puede levantar batallones improvisa partidas, y entonces de cada peña y de cada matorral parecen surgir como por encanto los soldados y á veces los héroes. Así me figuro yo al campo católico invadido por todas partes por poderosísima hueste de la impiedad, y levantándose todo él en guerrillas de popular *somaten* para sacudirse de encima ese aborrecible yugo. Guerra popular es, en la que cabe todo el mundo que desee batirse. Cada ciudad y cada villa y cada pueblo de nuestro país, puede alzar una de estas partidas, y al son de su campana parroquial lanzarlas en una hora dada contra el comun enemigo. Y al paso que cada una de ellas es en su respectiva localidad núcleo de accion para todo

lo bueno, barrera ó por lo menos eficaz contrapeso contra todo lo malo, firme apoyo de la autoridad pastoral, masa dispuesta á dar toda clase de buenos ejemplos y á secundar toda clase de católicas empresas; al paso, digo, que cada una de ellas es eso en su respectiva localidad, es además, unida á sus hermanas, una como vasta red que comunica el movimiento hasta los más remotos confines de la provincia, verdadera organizacion de hilos eléctricos buenos conductores de la electricidad de Dios, en oposicion á la red de logias masónicas que tienen hoy envuelto miserablemente al mundo, haciéndolo estremecer con espantosas corrientes de electricidad infernal. ¡Ah! Todo esto es por su carácter universal la Juventud católica, y por ello es la más acomodada al carácter universal que ha dado á sus ataques hoy dia la impiedad.

Y no es menos apropiada á ellos, considerado su carácter *individual*. La asociacion es la forma natural de toda propaganda, y lo primero que ocurre y lo más rudimentario que se ofrece, es que junten sus fuerzas y se apoyen mutuamente los que han de dedicarse á idénticos trabajos. El carácter exageradamente individualista y disgregador de la presente época ha de encontrar, pues, su correctivo en la *asociacion*, que es su opuesto. Bajo este concepto el católico de hoy, menos que el de otro siglo alguno, puede carecer de esta eficacísima suerte de auxilio. Insiste en ella nuestro Santísimo Padre en su última gravísima Encíclica *Humanum genus*, y llega hasta desear para nuestros modernos tiempos la *agremiacion*, que en otros siglos fué para el pueblo de tan excelentes resultados. Mas entre tanto, ¿qué otra cosa es lo de que aquí tratamos sino agremiarse la juventud para esos nobles combates en que ella la primera de todas está llamada á intervenir? Oídme otra comparacion.

Cuando han de atravesar á vado ciertos animales un caudaloso rio, el simple instinto les dicta que agarrados unos á otros y formando entre sí apretada cadena han de resistir más y mejor el ímpetu de la corriente, y llegar todos sin riesgo á la opuesta orilla. Señores y amigos mios. El torrente que desbordado y bramando atraviesa hoy el mundo es la Revolucion. El que haya de vadearlo, agárrese bien á su hermano para más resistir su violento empuje. Fuerte con su

fuerza propia y con la de los demás, afrontará de esta manera riesgos y contradicciones que de otro modo hicieran vacilar tal vez el ánimo más varonil. ¡Qué fácil se hace en compañía de muchos la obra de más empeño! La experiencia nos lo está mostrando todos los dias, ¿y aún no nos acabamos de convencer? Aquel jóven que en medio de un siglo volteriano y sensualista se presenta impávido á confesar la fe de Cristo sacramentado, en el acto de una Comunion general, ¿sobrepondríase tan bizarramente á las naturales repugnancias que ofrece el respeto humano, si no se encontrase al frente, á los lados y en pos de sí, rodeado de otros varios que son como él jóvenes y como él ilustrados y como él elegantes, y que sin embargo como él desafian el *que dirán* y la necia sonrisa de los mundanos? Aquel otro que rosario en mano acude á formar en las filas de una romería ó jubileo, ¿sentiríase tan fuerte para atravesar rezando, en nuestras calles y plazas, entre doble acera de burladores mirones, si no viese que á par de él son muchos que sostienen sin pestañear aquel fuego graneado de sarcasmos é insultos? ¡Ah! Mucho es tenerse en pié cuando todo cae ó vacila á nuestro rededor; mucho es, pero es acto heroico y por tanto rarísimo. Lo regular y corriente es sostenerse varios con el auxilio mutuo, auxilio que se da y se recibe con una sola palabra que se cambie, con una sola mirada que se cruce, con solo un gesto que revele serenidad y firme conviccion, con sola la idea de que no estamos en el lance aislados y abandonados. Somos así, amigos mios, somos así, y tal es nuestra comun condicion. Son poquísimos los héroes; de flacos y débiles se compone la condicion general del pueblo cristiano, y para esos flacos y débiles, entre cuyo número hemos de contarnos, se necesita el auxilio de la asociacion. Y aunque el carácter individualista de nuestro siglo nos condene á luchar esparcidos y como destacados en guerrillas, como os decia poco há, sepamos que no somos solos, sino que con nosotros andan muchos otros, á los que une una misma fe, un mismo amor, un mismo anhelo, una misma seguridad de inmarcesibles triunfos. Calor á los sentimientos, energía á la voluntad, unidad á los trabajos, perseverancia incontrastable en ellos, eso da el espíritu firme y compacto de verdadera asociacion, estos bie-

nes produce en todas partes la institucion de la Juventud católica.

Después de esto, y como epílogo de mi sencilla Conferencia, ¿qué me resta hacer, señores mios y jóvenes muy amados, sino felicitaros á todos, como brillantísimo grupo en que veo exactamente personificadas las ideas que acabo de explanar? Sin vano alarde puede nuestra amada Cataluña gloriarse de que entre todas las regiones de la nacion española, es la que ofrece en mayor número y con más condiciones de vitalidad y de accion, esas simpáticas agrupaciones. Merced á ellas apenas queda ya obra alguna que ensayar de cuantas comprende el variado arsenal de la Propaganda católica en nuestros dias. Escuelas obreras, certámenes literarios, discusiones científicas, peregrinaciones á Roma y á los Santuarios célebres, envio de cuantiosas limosnas, espléndidos actos de culto y de Sacramentos, mensajes y protestas cubiertas de millares de firmas, difusion de libros, hojas y periódicos, proteccion de pobres y desvalidos, á todo se ha dado nuevo vigor y nueva vida, todo ha aparecido en estos últimos años restaurado y rejuvenecido desde que ha puesto mano en ella la juventud. Y entre todas las Academias catalanas la Academia barcelonesa merecerá sin duda de Dios nuestro Señor el lauro singular de ser la que ha llevado en eso la delantera.

Prosiga así, y pues no llevan trazas de cesar los presentes combates, antes todo inclina á creer en un próximo y más terrible recrudecimiento de ellos, tenga esta Academia y sus hermanas del Principado y de toda España el valor de aguantarlos á pié firme, y entre los mil tristísimos ejemplos de cobarde apostasía, ó por lo menos de desfallecimientos y desmayos que tan á menudo tenemos que deplorar, podamos, señores y amigos mios, legar á las generaciones venideras el ejemplo de muchos y muchísimos esforzados jóvenes que han muerto sin haber doblado las rodillas, ¡ni una rodilla siquiera! ante el moderno Baal. Luchad entre tanto y luchad sin descanso. Y á quien os hable de paz tenedle de

buenas á primeras como traidor, que de fijo lo es, ó instrumento inconsciente de traidores. No son los tiempos para suaves idilios y para mantecosas componendas. Son rudos y bruscos como de reconquista. Mucho terreno nos han ganado los adversarios, más que por su valor, tal vez por nuestras imprudentes concesiones. Muy tarde se ha conocido el engaño, pero no tan tarde que debamos desesperar. Cuando nuestros padres en la invasion sarracena, por perfidias de propios hermanos más que por el arrojo de los sectarios del Coran, viéronse reducidos después del destrozo de Guadalete á la roca de Covadonga, sagrario inmortal donde á una se refugiaron nuestra fe y nuestra nacionalidad, no consultaron si debia tardarse ocho meses ú ocho años ú ocho siglos en llevar á cabo la suspirada restauracion. Emprendiéronla, y dejaron á cargo de sus hijos el continuarla, y á cargo de Dios señalar el dia y la hora de su total complemento. Y la hora llegó, y el imposible se realizó, y la enseña de Pelayo ondeó en la Alhambra, clavada en sus alminares por la mano de Fernando é Isabel.

Señores y amigos mios: las páginas de nuestra historia alientan para toda clase de heroicos imposibles. Sólo el ruin egoísmo, la muelle sensualidad, la falta absoluta de viriles convicciones, pueden aconsejar á un español que entre en pactos con su enemigo mientras tiene un brazo con que sostener una espada y un pecho que oponer á falta de mejor barbacana. No somos tan pocos como fueron en Covadonga los soldados de Pelayo; ni son tan numerosos ni tan aguerridos como los hijos de Muza y de Tarik los sectarios del Liberalismo, que es el moro de nuestros dias. Tengamos de aquéllos la acendrada fe, y no temamos de éstos ni el hierro ni la astucia. Llevemos adelante nuestra reconquista. ¿Veis allá lejos entre los celajes del porvenir la musulmana Granada, rotas sus medias lunas y coronando sus adarves la santa cruz? Tal se me figura en imágen nuestra patria, otra vez restaurada en su antigua fe, otra vez rotos los hierros de su actual servidumbre, otra vez libre con la santa libertad de los hijos de Dios. Tal debe ser nuestro ideal y el de los que nos sucedan en esta generosa cruzada.

¡A la completa redencion de España! ¡A Granada!

HE DICHO.

LA DINAMITA SOCIAL.

(Cuatro conferencias leídas en la Academia de la Juventud católica de Sabadell).

A los distinguidos señores, concurrentes habituales á las modestas veladas de la Juventud católica de Sabadell, dedica este sencillo trabajo

El Autor.

Sabadell, Marzo de 1885.

DOS PALABRAS.

Suelen los autores de obras dramáticas dar á sus lectores en un breve prólogo el argumento de ellas: así juzgamos deber anticipar aquí dos palabras sobre el asunto de estas Conferencias, para uso principalmente de aquellos que, por no pertenecer á nuestra localidad, no acertarian tal vez á explicarse la razon del título.

Durante el año de 1884 varios sucesivos casos de Dinamita trajeron consternada y alarmada á una buena parte de nuestra poblacion. Acaeció el primero en Febrero, en el edificio que ocupa el *Casino Sabadellés*, en ocasion en que se daba allí un baile de Carnaval. La explosion causó varios desperfectos en el edificio y el susto consiguiente en los divertidos danzantes, que estuvieron en un tris de pasar del baile á la eternidad. El segundo se intentó en las casas de D. José Voltá y de D. José Cirera, sin llegar á estallar el terrible fulminante, gracias á la serenidad del vigilante nocturno, que apagó la ya encendida mecha antes que prendiese en el cartucho. El tercero tuvo lugar en la de D. Manuel Gómez de la Riva, causando varios destrozos en sus habitaciones. El cuarto en la fábrica de los Sres. Buxeda, abriendo en ella un regular boquete.

Por aquellos mismos tiempos un gran cartucho de Dinamita habia sido colocado en la iglesia parroquial del vecino pueblo

industrial de Castellar, y poco después con la misma materia se habia causado un regular destrozo en la fábrica de la Sra. Viuda de Tolrá, sita en el término de dicho pueblo. Un poco más tarde nos traía el telégrafo y nos confirmaba el correo la noticia de los terribles estragos causados por la Dinamita en el Parlamento inglés.

Hé aquí los hechos: la filosofía de ellos fué lo que intentó, no ampliamente desarrollar, sino indicar muy someramente, y con razones al alcance de todos, pero muy especialmente de la clase popular, el autor de las siguientes sencillísimas Conferencias.

LA DINAMITA SOCIAL.

I.

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

A primera condicion de un tema es la oportunidad, y creo no trataréis de negarme que el que acabo de anunciaros es sobremanera oportuno. En boca de todos andan los comentarios sobre la Dinamita, esta materia explosiva, que parece elevada á verdadera institucion, segun la importancia que va adquiriendo, cada dia mayor, en la solucion del problema sociológico. Es un factor que con descaro sin igual se presenta á intervenir, y más que á intervenir á imponerse, en medio de nuestras discusiones, y que prevaliéndose de su voz, que la tiene horriblemente poderosa, y de su fuerza, que la tiene infernalmente eficaz, pretende ser nada menos que la última palabra, la palabra decisiva, el fallo en última instancia en los modernos litigios. En medio de nosotros ha sonado ya, y no una sola vez: todos la hemos oido, y nos ha aterrado un momento el oirla; pero un momento después

hemos vuelto á nuestra habitual indiferencia. ¡Nuestro siglo ha visto tantas y tan grandes cosas! ¡lo extraordinario y anormal se ha hecho de tal suerte normal y ordinario! Aquel enfermo de que os hablaba hace un año en este mismo lugar, se ha acostumbrado de tal modo á la vida de fiebre y de convulsion... que... ¡imposible parece, pero es la realidad! hasta esos vigorosos revulsivos que de vez en cuando se aplican á su dormida sensibilidad, no hacen apenas más que despertarle un instante, para dejarle otra vez sumido en la misma modorra.

Y sin embargo, permanezcamos ó no aletargados y soñolientos, durmamos ó no durmamos, el hecho existe, y dia y noche fermenta bajo nuestros propios piés. No dormiríais tranquilos en un edificio cuyos cimientos supiéseis que están minados por un par de libras de dinamita, con su correspondiente mecha que la va á inflamar. Y dormís y negociais y comeis y discutís y gozais tranquilos, á la sombra de otro edificio cuyos cimientos están todos minados y contraminados por esa infernal materia explosiva. Los que vivan un dia en siglo menos agitado y convulso que el nuestro, se asombrarán, no de nuestros graves peligros, sino de nuestra asombrosa tranquilidad. Héroes parecemos todos segun lo impávidos que vivimos sobre esos volcanes: y sin embargo, no somos héroes ni mucho menos, porque no es igual el valor del que conoce el peligro y lucha y se sobrepone denodadamente á él, ó la estúpida indiferencia del que ante ese mismo peligro cree haberlo suficientemente conjurado con cerrar los ojos para no verlo. Lo primero es el valor de los héroes; lo segundo es la cobardia de los niños y de las mujeres.

Pues bien. Quisiera ahora, señores mios, no parecer cobarde ni hablar á cobardes. Voy á tomar en mis manos esa ardiente cuestion, y voy á ensayar un ligero estudio de ella. No podré en esta sola Conferencia dar cima á mi trabajo: tanto mejor para mí: así me proporcionará nuevas ocasiones durante este invierno de pasar con vosotros un rato de entretenida velada. Voy, pues, ante todo á formular un cierto órden ó programa de cuestiones que abraza esta complicadísima cuestion.

Es el siguiente:

1.° Hay algo en nuestros dias que realmente constituye un grave peligro para los intereses fundamentales de la sociedad, y que puede gráficamente apellidarse *Dinamita social*.

2.° Causas verdaderas de ese peligro, ó verdaderos componentes de esa social Dinamita.

Hé aquí dos puntos de vista, no ideales, no abstractos, no allá traídos de las nubes de la metafísica; sino prácticos, brutalmente prácticos, verdaderos puntos de actualidad, con que tropieza cada uno de vosotros al salir á la calle. No nos será necesario, de consiguiente, perdernos en muy recónditas filosofías para desentrañarlos, ni os serán indispensables graves estudios preparatorios para comprenderlos. Los veréis de cerca y al ojo, como cosas que se tocan con las manos y que sin necesidad de telescopio las ve cualquiera á simple luz natural, á condicion solamente de que no sea ciego.

Vamos, pues, en esta noche á dilucidar el primero de los referidos puntos, ó sea:

¿Hay algo en nuestros dias que realmente constituye un grave peligro para los intereses fundamentales de la sociedad, y que puede gráficamente apellidarse *Dinamita social?*

Sí, hay algo y hay mucho. Las bocanadas de fuego y humo que de vez en cuando arroja el cráter de un volcan, son para los geólogos y físicos prueba irrefragable de un fuego central que tiene en incandescencia los senos más profundos de la tierra. Leves chispas de esa hoguera interior son los volcanes, y testigos de su inmenso ardor los rios de fundida lava que derraman. Así, señores mios, como se discurre en física, se ha de discurrir en filosofía social. Los atentados que de vez en cuando perturban la tranquilidad aparente y sólo superficial de las modernas sociedades, no son chispazos sueltos y aislados, debidos á causas pasajeras ó á raras coincidencias ó casualidades; son señales de ocultos incendios que pugnan unas veces por mantenerse escondidos porque así les conviene, pero que á pesar suyo se manifiestan por los resquicios y hendiduras del suelo; al paso que otras veces procuran manifestar de este modo su misterioso poder para acompañar con esta presencia ó amenaza siniestras exi-

gencias. Esas llamaradas parciales acusan espantosa hoguera central; esas explosiones locales son avanzadas de general conflagracion; esos tiros sueltos son las guerrillas que anuncian la aproximacion del grueso del ejército; esas escaramuzas son los preludios de la horrenda y sin igual batalla que nos aguarda.

Deciase años atrás: ¡Viene á marchas forzadas el Socialismo! Hoy esta frase debe ya retirarse por anticuada. Hoy debe decirse sencillamente: ¡El Socialismo está aquí! No es el trueno que se oye retumbar á lo lejos, es el rayo que hiende ya los aires, y cruza con su eléctrico serpenteo nuestra atmósfera y hace crugir con su estridente estallido las bases del edificio social.

Hay tres señales mortales que pregonan claramente que el Socialismo está aquí y que nos tiene casi ya tomadas todas las posiciones.

1.ª La que da él de sí mismo con esos frecuentes rugidos que atestiguan su ferocidad.

2.ª La que dan de él los actuales Gobiernos, que tienen admitida y como legalizada su existencia.

3.ª La que da de él la propia sociedad, que ya no se alarma por él, sino que le mira como huésped familiar.

Recorrerémos separadamente cada uno de estos tres puntos.

La señal que da él mismo de su presencia con frecuentes atentados.

No me negaréis, señores, que ese es un regular certificado de vida que el Socialismo se apresura á dar de sí propio muy frecuentemente, y por cierto sin que se lo pidamos. Ahí está la voz de la Dinamita, que habla muy alto, y que aquí y en la capital y en otras partes se ha dejado oir repetidas veces. Su salvaje elocuencia dice á todos, menos á los sordos de conveniencia (que á esos nada les dice nada): ¡Aquí estoy! ¡Soy el Socialismo!

Ahí está la otra voz del periodismo antisocial que, más fuerte aún que la Dinamita, y con más eficaz accion (sí, señores mios, con más eficaz accion), nos lo repite cada dia ó por lo menos cada semana: ¡Aquí estoy! Soy el Socialismo!

Ahí está otra voz más extendida aún que la del periodismo, pero que es eco de éste, hija de éste; hablo de la corriente popular, que en sus tres cuartas partes por lo menos se os declara francamente socialista. Apenas podeis, en efecto, asomaros á ciertos corrillos, ó tomar el pulso á ciertas personas, ó intimar confidencialmente con los hijos del pueblo, sin que os confiesen (muchas veces con extraño candor y con espantosa buena fe, si en tales materias caben buena fe y candor) que esperan un cambio de cosas que ha de dar por resultado una nueva organizacion social. Cada una de estas bocas, pues; cada uno de estos hombres, cada una de estas mujeres, cada uno de estos niños y niñas (hasta niños y niñas, señores mios) no son sino voces con que os dice el Socialismo: ¡Aquí estoy! ¡Soy el Socialismo!

Os he prometido, señores, no engolfarme en abstrusas teorías, y presentaros tan sólo hechos palpables y al alcance de la mano. Vosotros diréis si cumplo ó no mi palabra exponiéndoos llana y tangible la cuestion. Esa triple voz del Socialismo con que él á sí propio se denuncia, todos la oís cada dia: ¡la voz de sus atentados! ¡la voz de sus periódicos! ¡la voz de sus conscientes ó insconscientes adeptos!

¡Digo que la oís, y no me lo podeis negar! Lo que podeis si asegurarme es que no la escuchais, y en eso por desdicha de todos tal vez teneis alguna razon.

Pues bien: yo os digo que debiérais escucharla, y que debiérais escucharla con toda atencion, y escucharla en todas partes y escucharla á todas horas.

Como un Santo decia de sí que escuchaba á todas horas y en todo sitio la horrísona trompeta del juicio final, así debiérais vosotros estar escuchando siempre esta que me atreveria á llamar horrísona trompeta de los juicios de Dios sobre nuestra sociedad pecadora.

Mas la presencia del Socialismo, os decia, no la atestigua solamente este aborto del infierno diciendo descaradamente por aquellos tres órganos suyos: ¡Aquí estoy! Otra voz da tambien testimonio de ella, y esta voz es voz de gran autoridad, porque es voz oficial: esta voz es la voz de los propios Gobiernos. El Socialismo, señores mios, se nos presenta con su cédula de vecindad correctamente extendida y perfectamente legalizada.

Viene autorizado en toda forma, de suerte que nadie puede poner en duda su identidad.

El Socialismo vive con derecho reconocido; tiene legalizada su propaganda; legalizadas sus reuniones; legalizada su palabra en la prensa; legalizada su inviolabilidad parlamentaria. Mientras varias instituciones, las monásticas por ejemplo, viven hoy en España sólo por tolerancia de la ley, como si fuesen cosa mala, el Socialismo vive en España con reconocimiento explícito y formal, como si fuese cosa buena. Yo, señores mios, no puedo salir á la calle con cierto hábito religioso, si el señor Gobernador se empeña en que no salga: en cambio, aunque no quiera el señor Gobernador, puedo fundar un periódico, y poner en su primera plana *periódico socialista;* y extender unas candidaturas en cualquier distrito electoral, y llamarlas *candidaturas socialistas;* y convidaros á una reunion (con asistencia del delegado de la Autoridad y todo), y llamarle *congreso socialista;* y puedo ser proclamado diputado, y llamarme *diputado socialista*. Es, pues, el Socialismo, entre nosotros, no sólo un hecho real, sí que un hecho público y notorio, si no oficial. La misma Religion católica y la misma institucion monárquica no pueden presentar en nuestra patria fe de vida más corriente y autenticada. ¡A ver, pues, cómo se atreverá nadie que tenga ojos en la cara á negar lo que os he dicho, esto es, que el Socialismo no sólo viene, sino que está ya aquí!

Y si alguna otra prueba fuese preciso añadir en confirmacion de esta verdad, podria bien aducirse la tercera que os he indicado, y es el ningun susto ni alarma que el Socialismo produce ya en la actualidad. El Socialismo, señores, no es ya aquel fantasma que aterraba á nuestros padres, cuando los apologistas católicos se lo hacian entrever como surgiendo ensangrentado de entre las llamas de los conventos y de las rapiñas de la desamortizacion, para ser el vengador de estas iniquidades. Nada de esto; el Socialismo se nos ha hecho de casa, llega algunas veces á vestir frac y sombrero; y se llama con toda pulcritud y aseo, escuela. Le tratamos familiarmente, con tolerancia, hasta quizá con respeto. Ahora mismo os estoy hablando de él, casi todos sois propietarios, sabeis que él es enemigo jurado de la propiedad, y ninguno de vosotros

se conmueve. Pasa en eso, y dejadme haceros aquí esta comparacion que es tan del dia, como en las epidemias. ¿Sabeis por qué alborota el cólera, y provoca reuniones de las Juntas de Sanidad, y ocasiona desafíos científicos entre los sabios, y da lugar á que se acordonen y aislen las poblaciones, y es, en una palabra, la verdadera preocupacion general? Pues, es porque á esa extranjera enfermedad no le ha dado aún humor de tomar carta de naturaleza entre nosotros. Tenémosla unos meses de vez en cuando como transeúnte, y por esto llama la atencion y produce ataques de nervios á las señoras y hace perder á veces el seso hasta á los hombres más serios. Hubiérase avecindado formalmente entre nosotros como el tifus ó la viruela, que no son menos desastrosos que ella, y ya nadie se metiera con su señoría, más que aquel que por desgracia le tuviese metido en el cuerpo. Pues así pasa con el Socialismo; nos codeamos todo el dia con él; lo respiramos por todos los poros; forma nuestra atmósfera, y nos hemos acostumbrado á respirarla.

Después de esto, ¿á quién le cabe dudar que existe hoy dia, grave y amenazador, entre nosotros el Socialismo?

Poco me habrá costado convenceros, señores mios, porque hablo de una verdad que está, como se dice, en la conciencia de todos, aunque no por todos se le preste la debida atencion. No he venido hoy yo á más que á llamar sobre este asunto la vuestra, que tendréis la franqueza de confesarme teneis alguna vez demasiadamente distraida de estos temerosos problemas. ¡Lamentable distraccion que á todos nos cuesta muy cara! ¡Señores mios! El problema social, tal como lo plantea el Socialismo, está formidablemente planteado entre nosotros. Millones de cabezas humanas estudian dia y noche en su escuela, que es para la generalidad escuela muy simpática y de grandes atractivos: millones de corazones suspiran por ver realizado su siniestro ideal, que, creedlo, no puede ser para una gran parte del género humano más halagüeño: millones de brazos trabajan asiduamente y con fe digna de mejor causa en labrar armas con que llevar á cabo esta suspirada realizacion; y (permitidme decirlo tambien con la misma franqueza, porque hoy más que nunca creeria un delito faltar á ella), millones de preocupaciones y

de abusos le ayudan y le favorecen y le empujan en su precipitada marcha; y millones de voces que debieran detenerle en ella le llaman, y millones de manos que debieran levantarle barreras le están aplanando los caminos, y millones de infelices que han de ser un dia sus víctimas se emplean ahora, por ceguedad ó por debilidad ó por ambas cosas juntas, en ser sus cómplices. El Socialismo fuera menos terrible, fuera casi ridículo é inofensivo de puro monstruoso, si no encontrase una sociedad sin resistencia moral ni física para resistirle, ó más bien, una sociedad predispuesta á recibirle y abrazarle, una sociedad, en suma, ya casi socialista.

Sospecho, señores mios, que tal vez os sorprenden esas graves afirmaciones. Tened calma, y si continuais durante el presente curso honrando esta casa, que es casa vuestra, con la asistencia á nuestras humildes Conferencias, espero dejaros todo esto más que medianamente demostrado. Y veréis al fin cuán acertadamente he llamado al Socialismo la *Dinamita social*, como que él es la única Dinamita que debe traeros despavoridos y consternados. Es la Dinamita de las falsas ideas, y la Dinamita de las malas pasiones, y la Dinamita de los funestos abusos que todo lo socava y todo lo transtorna y todo lo hace bambolear; es la Dinamita invisible que elabora la otra material y visible, es el cartucho que la envuelve, es la mano que la aplica, es la mecha que la enciende, es de consiguiente á quien primariamente se ha de combatir y á quien yo me he propuesto sin rodeos ni disfraces denunciar.

Mas basta ya por hoy: en la próxima Conferencia procuraré haceros ver qué cosa es este Socialismo que nos amenaza, y cuáles son sus causas; más claro: composicion química de esta Dinamita social, y fábricas donde se elabora.

II.

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

Desde nuestra primera familiar Conferencia sobre este tema, un nuevo rugido de la Dinamita ha venido á justificar el título de estas mis sencillas reflexiones y á darles, por desdicha, nueva y creciente oportunidad.

Rindamos ante todo, á fuer de humildes cristianos, gracias á la divina Bondad, porque tambien hayan salido frustrados los salvajes intentos de los autores de esa cobarde hazaña, y felicitémonos de que aún no haya pasado de saludable advertencia lo que hubiera podido ya ser, y sea tal vez un dia, sangrienta catástrofe. Mas aún así, sírvanos, señores mios, ese recuerdo para no olvidar, ya que es achaque comun de nuestros tiempos el padecer lamentables olvidos. Y sirva todo de más eficaz estímulo para que os parezca, como realmente es, importantísima y trascendentalísima la materia cuya interrumpida exposicion voy sencillamente á continuar.

Os decia, señores mios, hace apenas un mes, que la gravísima conflagracion, latente y subterránea hasta muy pocos años atrás, y hoy ya pública y perfectamente legalizada, es la del Socialismo. Os puse de manifiesto cómo la propaganda socialista está hoy oficialmente autorizada en nuestra sociedad; os visteis obligados á convenir conmigo en que el Socialismo tiene hoy carta de ciudadanía, cédula de vecindad, perfectamente visadas y refrendadas por los poderes públicos actuales, con un disfrute y reconocimiento legal de derechos que en más de una ocasion han pedido para sí y no han podido lograr varias instituciones católicas.

Hoy procede dar un paso más, y entra ya como obvia y natural la pregunta siguiente: Este Socialismo, este fenómeno social que está á la vista de todos, que tan correcta trae su fe

de vida y que con tan frecuentes atentados está exhibiendo ruidosa certificacion de ella, este hecho, este fenómeno, ¿qué es? ¿cuál es la naturaleza íntima, cuáles los componentes químicos de esa que habeis apellidado, no sin propiedad, social Dinamita? Más breve y más claro: ¿qué es el Socialismo?

El Socialismo, señores mios, es, no una escuela, no un sistema, aunque quiera darse honores de todo eso, y engalanarse con tan pomposos calificativos. El Socialismo es simplemente lo menos que puede ser, es un hecho. Y vais muy luego á comprenderme sin dificultad.

En todo hombre no domado y no rectificado por las ideas religiosas; en todo hombre no labrado en el yunque y bajo la lima y martillo de la sana moral; en todo hombre en bruto, como podemos llamarle sin injuria, porque en bruto se llaman antes de recibir su pulimento el mismo oro y los mismos diamantes; en todo hombre así en bruto hay un fondo de perversidad natural, que á primera vista no se comprende ni se explica, pero del cual no nos deja dudar un momento la observacion de lo que en el mundo vemos y de lo mismo que estudiamos cada uno de nosotros en nuestro propio corazon. El hombre es naturalmente bueno, dice el racionalismo. Es mentira, señores mios; el hombre es naturalmente malo. Todo lo más que os concederé, será que el hombre no es *esencialmente* malo, sino que está maleado. La mera natural filosofía no alcanza el por qué de ese misterio de la naturaleza maleada del hombre, que por ser el rey de la creacion y el primero de sus seres (áun en el absurdo sistema Darwinista), debería ser entre todos el más perfecto. Sin embargo, ese negro arcano que no alcanza á alumbrar con su pálida luz la humana filosofía, lo ilumina con su esplendorosa antorcha la divina Revelacion, cuando nos dice que el hombre fué criado perfectísimo por Dios, pero que sufrió profunda avería en cuanto hubo salido de sus manos; y á esta avería, á este maleamiento, á esta degradacion de su pristina naturaleza llama la Revelacion cristiana pecado original. Pecado original que es un misterio, lo confieso; pero que es un misterio que arroja torrentes de luz sobre otros cien misterios que sin él no tendrian lógica explicacion, y que por de pronto explica satisfactoriamente este horrible misterio de la perversidad natural del hombre.

Y que así sea el hombre, es decir, naturalmente perverso, naturalmente malo, naturalmente inclinado al mal, con naturales tendencias á todo lo corrompido, y con naturales resistencias y rebeldías contra todo lo recto y honrado, os lo convencerá, señores mios, un mediano estudio de vuestro propio corazon.

Sí, señores mios; de vuestro corazon propio, mejor dicho, del mio propio voy á hacer aquí un riguroso arqueo; de mis propios senos voy á practicar minuciosa fiscalizacion, para encontrar en él los negros orígenes, la cueva asquerosa del monstruo que estamos buscando. Ese arqueo, esa fiscalizacion, esa anatomía del corazon humano voy á hacerla yo sin rubor en el mio; hágala cada uno de vosotros simultáneamente en el suyo propio. De nada nos hemos de avergonzar aquí, más que de no decir la verdad. Estamos como en una sala de autopsias, y ya sabeis que en tales sitios *el desnudo* es de necesidad.

Miro, señores mios, á mi propio corazon; separo de él lo que ha recibido por la educacion de la fe cristiana que por dicha profeso; arranco de él las convicciones santas y rectas que me ha dado esta misma fe, los hábitos que me ha infundido, los frenos que me ha impuesto, las vallas y barreras con que me ha cercado, las divinas esperanzas y el sublime ideal con que ha iluminado mi porvenir; separo, arranco todo eso de mi corazon: arrancadlo tambien vosotros por un momento del vuestro, haced gustosos por un rato ese trabajo de abstraccion filosófica. Me quedo con mi corazon sin labrar, con mi corazon sin pulir, con mi corazon en bruto, con toda la virginidad de sus nativos instintos y de sus nativas concupiscencias: me quedo con el corazon así, y me asomo á mirarlo y extiendo mi mano para sondearlo. ¡Ah, señores mios! No os asombreis de lo que voy á deciros, porque lo direis muy luego como yo. Todo el horror de estos verdaderos museos de crímenes que se llaman presidios, toda la inmensidad de esos charcos y cenagales de lujuria que se llaman burdeles, todo eso lo hallo en gérmen en mi propio corazon, de todo eso siento en mi fecunda semilla. Sí, señores mios; sigamos estudiándonos al desnudo como se hace en las salas de autopsia, sin temor y sin vergüenza; confesé-

monos como somos, en bruto y al natural. Somos egoístas; somos codiciosos; somos envidiosos del bien ajeno; somos arrogantes y soberbios; el amor propio es nuestro primer amor; el interés del prójimo es nuestro último interés; nos excita la lujuria; nos atrae la crápula; nos ciega la ambicion; nos seduce el predominio; cada uno de nosotros desea y anhela y busca ser para sí propio su hermano, su mundo, su cielo, su Dios. Nativamente somos así y no de otra manera. A primera vista, señores mios, os parecerá que exagero en esta negra pintura, y que padezco ilusion. Nó, la ilusion nos la hace ahora á cada uno de nosotros el estado relativamente bueno en que nos hallamos con las ideas rectificadas, con los apetitos groseros comprimidos, con hábitos de moderacion arraigados, con sanas convicciones que se nos han infundido. Mas notad que yo no estudio aquí al hombre cristiano, sino al hombre al natural; no al hombre labrado y pulimentado, sino al hombre en bruto y sin labrar. Y el hombre en estas condiciones, creedlo, señores mios, es malo y trae en sí el gérmen de toda maldad.

¿Queréis ver de eso una prueba muy palpable? Ved cuáles son comunmente los instintos naturales del niño; ved cómo por un instinto bueno que admirais en él, hay en él cien instintos malos que os toca corregir por medio del ejemplo y del castigo y de la educacion. Ved cuán difícil y laboriosa es esta obra de la educacion, y cuántas veces aún os sale estéril: pues bien, la educacion no es más que la rectificacion hácia el bien, del hombre que en sí está maleado y trae siempre inclinaciones poderosísimas hácia el mal. Y notad además que á lo malo vamos ligeramente y como por resbaladiza pendiente, todos, todos, señores mios, y yo tambien; y en cambio á lo bueno no vamos comunmente sino con gran dificultad y luchando con nosotros mismos, y en una palabra, andando cuesta arriba. Prueba incontestable y de experiencia, que nos demuestra que el fondo natural del hombre está pervertido, que sus naturales inclinaciones son principalmente al mal, que pasa por fin en nuestro corazon como pasa en la naturaleza física, donde los buenos trigos y las preciosas flores sólo se cosechan á fuerza de penoso cultivo; en cambio los cardos y abrojos y nociva cizaña crecen y medran ellos sin necesidad siquiera de que se los vaya á sembrar.

Os parecerá tal vez, señores mios, que nos hemos alejado muchísimo del punto de partida: ya veréis ahora cuán cerca estamos de él. Nuestro punto de partida era preguntar: ¿Qué es el Socialismo? Y os he dicho solamente: El Socialismo no es un sistema, no es una escuela: el Socialismo es solamente *un hecho*. Pues bien, ahora comprenderéis esta definicion. Habeis visto la perversidad, ó mejor, la perversion natural del hombre; el Socialismo es *el hecho* de esta perversidad, ó mejor, perversion.

Se ha dicho por un poeta romántico que cada hombre es un cadáver ambulante que lleva dentro de su piel su propio esqueleto. Yo podria deciros por semejante manera que todo hombre por bueno, por honrado, por conservador, hasta por católico que sea, lleva y encubre dentro de sí propio un socialista. Sí, señores mios, sois en gérmen socialistas, y yo lo soy tambien, y lo es todo el mundo. Ahora si el gérmen socialista no se ha desarrollado en vosotros, atribuídlo únicamente á una de dos causas: ó á que no sois pobres, ó á que sois buenos cristianos. Porque yo no hallo otra manera de explicarme, cómo el hombre con toda la negrura de pasiones y malos instintos que en el fondo de su corazon abriga, no es socialista; no hallo modo, repito, de explicarme eso, si no, ó porque no es pobre, ó porque es buen cristiano.

Permitidme extender algun tanto esta observacion, que os acabará de aclarar el concepto genuino del Socialismo.

El natural impulso del hombre que le lleva á procurar antes que todo su propio bienestar y la satisfaccion de sus pasiones, sea ó no sea en perjuicio de los demás, sólo puede estar contrapesado y enfrenado en él por dos frenos y contrapesos, ambos muy poderosos, aunque ambos de muy distinta naturaleza. O por el freno de su mismo interés personal, ó por el freno moral de la Religion. Más claro: si no soy socialista, si no codicio los bienes ajenos, si no aborrezco al que los posee, si no conspiro contra él y no le procuro suplantar en la posesion, ó es porque soy ya de los favorecidos por la suerte, y ocupo ya asiento de primera ó por lo menos de segunda clase en el tren de la vida, ó es porque, aunque pobre y necesitado y embarcado en ruin coche de tercera ó tal vez en simple wagon de mercancías, me con-

suelo con que Dios ha querido ponerme así, y procuro conformarme á su voluntad santísima y respetar al viajero instalado más cómodamente que yo. En el primer caso se encuentran todos esos hombres sin Dios, pero con grande bolson, que no son socialistas, únicamente porque el Socialismo grita: ¡Abajo el capital! ¡abajo la propiedad! pero que lo serian perfectamente si el Socialismo tuviese la buena educacion y cultura de suprimir de su programa esos perturbadores lemas. En el segundo caso se hallan los pobres cristianos (y tambien los ricos cristianos) que saben que la propiedad es de derecho divino, y que por tanto es de autoridad divina el séptimo mandamiento que prohibe atentar contra ella. Fuera de estos dos casos, creedlo, señores mios, no se concibe cómo un hombre pueda y deba ser otra cosa que socialista. Sin fe y con alpargatas, no veo yo por donde deba respetar el pobre al que gasta sombrero y botas de charol. El tener mucho dinero no es por sí solo título suficiente para merecer é imponer respeto: más respeto imponen y más respeto merecen los buenos puños con que agarrar bonitamente al que tiene dinero y despojarle de él. Descartada la idea religiosa, queda reducida á eso la cuestion del tener y no tener. Quien tenga, defiéndalo con sus buenos puños ó con su rewólver. Quien no tenga, procúreselo de donde pueda con iguales expeditivos procedimientos. Pero ¿la ley? ¡Oh, la ley humana hemos convenido años há en que no debe ser un reflejo de la ley de Dios, sino un mero producto de las mayorías. Y las mayorías son en el mundo las que tienen menos; y los que tienen más son en el mundo la minoría. O pues la ley es la inicua, y en este caso no representa más que un acto de fuerza y conviene echarla con la fuerza, ó debe armonizarse con la lógica, y la lógica en este caso pide sencillamente la liquidacion social.

Señores mios: eso es espantoso, eso es horrible, pero es lógico, es humano, es racional. Saliéndonos del órden sobrenatural no hay más caminos que recorrer que los de ese naturalismo, que inflexiblemente conduce á esas consecuencias. ¿Comprendeis ahora perfectamente por qué hay Socialismo en el mundo actual, y por qué ha de haberlo más gigante y feroz cada dia, y qué cosa sea en definitiva ese Socialismo?

Hay Socialismo porque hay, como ha habido siempre, en inmensa mayoría más pobres que ricos, y porque entre esos pobres la inmensa mayoría no tiene hoy Religion ó la está acabando de perder miserablemente. Pobres en inmenso número los hubo siempre, pero nó en inmenso número incrédulos ó indiferentes como lo vemos en la actual generacion. Desheredados, mejor diré, villanamente despojados esos infelices de las esperanzas del cielo, su ideal necesario deben ser los goces de la tierra; su lógico proceder debe ser por necesidad el que más en derechura conduzca á la posesion de esos goces; su partido el que más sin rodeos les prometa conducirlos á esa tierra de promision. Por esto, señores mios, os he dicho que el Socialismo no es escuela, ni es sistema: no hay filosofía alguna aquí, ni raciocinio alguno, ni principios fundamentales; no hay más que codicia y ambicion y apetitos no satisfechos. No hay sistema filosófico alguno que sea tan necio que crea de buena fe que puede darse la igualdad social por medio del reparto de bienes á tanto por barba. Porque el solo buen sentido enseña que este reparto, si fuese posible un dia, resultaria ilusorio el dia después, ya que del mismo modo que los hombres no son de igual ingenio ó actividad para adquirir una fortuna, tampoco son de igual industria, virtud ó talento para sabérsela conservar. De suerte que cualquier sistema que se confeccione para llegar á la conclusion de que todos hemos de ser iguales en posicion social, se estrella inmediatamente contra el hecho incontrovertible é indestructible de que ninguno de nosotros es igual á su hermano en condiciones naturales. De consiguiente, es inútil querer dar barniz de escuela ó de sistema filosófico á lo que (pasadme la expresion) no es filosofable bajo ningun concepto.

Una objecion ó réplica os ocurre aquí á todos, y os la estoy leyendo en el fondo de vuestro corazon, y os la voy á sacar al exterior con toda franqueza. Si el primer gérmen, me replicais, y el principal y casi único del Socialismo lo lleva cada uno de nosotros en sus propias pasiones y apetitos; si el Socialismo no es más que el desarrollo del gérmen antedicho que todos llevamos en el fondo de nuestro sér, maleado por la original perversion de la raza humana, ha-

biendo sido ésta idéntica á sí propia desde su primer padre Adan, ¿cómo hasta hoy dia no ha aparecido en nuestras sociedades rugiente y amenazador el Socialismo?—Con esto, concluiréis, queda poco menos que anulada, ó por lo menos muy debilitada y sin su principal fundamento filosófico-teológico la teoría que acabais de expresar.

Especiosa es la dificultad, y ya veis que no rehuyo, señores mios, presentarla con toda su fuerza. Pero no es más que especiosa: su falsedad al punto la vais á ver.

No es de hoy el Socialismo: es solamente de hoy la palabra con que se le designa y el disfraz de escuela filosófica con que se quiere autorizar. No es de hoy el Socialismo: el hecho socialista, ya que nó su teoría, es de todos los siglos. Hubo un socialista desde que hubo un hombre que vió á otro hombre en más elevada posicion ó rodeado de más goces y bienestar, y pretendió suplantarlo. En este concepto, Caín que mató á Abel por envidia de verle más favorecido de Dios, no fué más que un primer socialista. Los ricos que despojan al pobre, á quienes con tan terribles execraciones maldice la sagrada Escritura, no fueron nunca más que socialistas. Aquella reina Jezabel que se prendó de la viña del israelita Naboth, y le hizo dar muerte para quedarse con ella, no fué más que una reina socialista como otras, aunque menos ducha en el arte hoy tan adelantado de expropiar y desamortizar. Y desde entonces cada bandolero que puñal en mano ó trabuco en rostro se ha echado al camino real para desbalijar al inerme caminante ó asaltar su morada, no ha sido más que un filósofo práctico de Socialismo, á quien sólo ha faltado un poco de teoría para poder justificar con artículos en el periódico ó con discursos en la Academia lo que ejecuta con los cachivaches de matar en el camino ó en la encrucijada. ¿Cuándo nos decidirémos, señores mios, á calificar las cosas solamente por lo que ellas son en sí y no por el traje con que se visten? Traje de las ideas son las palabras: el hecho de quitar al prójimo lo que legítimamente posee, por más que se vista hoy con la palabra filosófica Socialismo, como ayer se vistió con la palabra gubernamental desamortizacion, ¿será nunca otra cosa más que lo que es en sí, es decir, mera brutal infraccion del séptimo mandamiento?

Hubo, pues, siempre Socialismo, señores mios, aunque no siempre se llamase de esta manera ni se disfrazase de filosófica teoría. En lo que convendré con vosotros es en que no hubo jamás hasta hoy el espantoso desarrollo socialista que nos trae amenazados. Que si de muy antiguo fabricaba el corazon humano en sus oscuros laboratorios esa Dinamita por adarmes ú onzas, hoy la fabrica por arrobas y quintales. Mas este asunto, que quiere más amplia dilucidacion, formará objeto de la próxima Conferencia. Bástanos haber visto hoy que el Socialismo no es más que un natural apetito de goces, cuyo secreto origen llevamos todos y cada uno de nosotros en nuestro propio corazon. Que, de consiguiente, el Socialismo no es teoría filosófica, ni lo puede ser, sino hecho de conciencia íntima, que por ser vergonzoso presentado al natural, cuida hoy de presentarse con el ceremonioso ropaje de escuela y filosofía.

Os prometí mostraros, señores mios, los componentes químicos de esta social Dinamita: ahí los teneis: apetito insaciable y desordenado del bienestar propio y envidia del bienestar ajeno. Os prometí descubriros la fábrica donde primariamente se elabora este terrible producto: ya lo habeis visto, esta fábrica es nuestro propio corazon, no corregido ni enfrenado por el poder moderador de la ley religiosa. Ahora os prometo descubriros en la próxima velada mensual las causas generales que han dado á esa elaboracion el carácter espantoso que vemos hoy dia: ó lo que es lo mismo, por qué especiales motivos habiendo habido socialistas pocos ó muchos en todos los siglos, no ha habido sin embargo hasta hoy un siglo que pudiera llamarse con rigurosa propiedad, como puede llamarse el presente, siglo del Socialismo.

III.

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

No parece sino que á cada una de mis pobres peroraciones sobre esta materia tiene particular empeño el Socialismo en poner su correspondiente refrendo, á fin de que tengan de este modo más autoridad mis juicios y nadie dude (si aún álguien dudar pudiese) de su dolorosa exactitud. En efecto. Acábase de oir otra vez entre nosotros, desde nuestra última reunion, el estruendo de la Dinamita. Aquella certificacion de vida del Socialismo, que por tan diferentes modos os hice ver se nos presentaba cada dia, acaba de exhibírsenos de nuevo con toda su aterradora voz, aunque tambien esta vez, y gracias sean dadas á Dios, sin más tristes consecuencias. Tal vez lo permite el cielo, para que no sea solamente mi palabra la que os avise y os grite alerta, sino tambien la palabra de vuestros propios enemigos. ¿Dudaríais aún en escucharla?

La Dinamita social, os decia en mi última Conferencia, ó más claro y sin metáfora, el virus socialista, tiene su gérmen en el corazon de cada uno de nosotros. El corazon del hombre, pervertido por una primera avería que sufrió, y que la ciencia humana no sabe cómo explicar, pero que la verdad revelada explica por el dogma del pecado original, el corazon del hombre en sus nativas actuales condiciones, sin el pulimento y freno de la Religion, ó sea en bruto, es casi siempre socialista, y me atreveria á decir que lógicamente casi no puede ser otra cosa.

Recordad las consideraciones que en prueba de eso os aduje y que todos hallásteis en vuestro propio sér, haciéndoos de vosotros mismos minuciosa anatomía. No tengo, pues, que insistir en esas ideas, porque seria enojosa repeti-

cion. Demos un paso más, y como hemos visto al Socialismo en gérmen, estudiémoslo hoy en su desarrollo.

El hombre, os decia, trae en sí mismo el gérmen socialista. Pero, reparadlo, señores, y reparadlo bien. Tambien trae en sí mismo los gérmenes ocultos de varias enfermedades el organismo humano, y sin embargo, estas enfermedades no se desarrollan en él más que en determinadas condiciones. Os dirán los médicos, y yo apelo á la autoridad científica de los que honran con su asistencia esta sesion, que los gérmenes morbosos, para desarrollarse, necesitan encontrarse en un cierto medio ó atmósfera ó conjunto de circunstancias que les sea favorable, y esta teoría tiene particular aplicacion hoy que se sostiene como tesis fisiológica que los principales gérmenes morbosos, y tal vez todos, no son sino seres orgánicos, ó verdaderos organismos, parásitos á su vez de nuestro organismo, que el microscopio estudia y describe. y que la tecnología llama *microbios*. De suerte que muchos individuos tendrán inoculado en sus vísceras el gérmen de la tisis ó del tifus ó del cólera, y sin embargo sólo algunos padecerán el desarrollo de estas terribles enfermedades; esto es, aquellos que se han puesto en condiciones de desarrollo para los respectivos gérmenes. Lo cual explica perfectamente la extension de un desarrollo epidémico en un pais ó en una época dada, esto es, cuando circunstancias físicas y áun tal vez morales determinan el medio general favorable al desarrollo de tal ó cual gérmen que todos traemos de continuo en incubacion.

Trasladándonos, señores, de la fisiología de los cuerpos á la fisiología de las almas, ahí teneis explicado el desarrollo hoy dia pasmosísimo del gérmen ó microbio socialista. Es una epidemia, señores; es el desarrollo de un gérmen que desde Adan traemos inoculado en nuestros corazones, pero que nunca hasta hoy habia encontrado un *medio social* tan favorable á su desarrollo: Hoy, señores, además de hacernos á todos socialistas, como os decia, el original pecado, nos hace además socialistas la misma organizacion social. Más claro: la sociedad actual es el primer club socialista. Voy á extenderme sobre este punto, aunque tal vez no pueda abrazarlo todo en la presente sesion.

La sociedad actual, señores mios, anda preocupada un siglo há en resolver un problema dificilísimo. Si no temiera rebajar la importancia de mi asunto con una comparacion muy casera, os diria que la sociedad actual estudia años há en si misma cómo realizar el sueño de aquel hidalgo portugués, que quiso acostumbrar á su yegua á pasarse sin alimentos. Y casi lo habia logrado el industrioso hidalgo, sólo que la triste cabalgadura dió en morirse de miseria, precisamente cuando empezaba á acostumbrarse á tan original tratamiento.

Sí, señores mios, y perdonadme la bajeza del símil: este es el experimento dificultosísimo que un siglo há trae entre manos la sociedad actual. Organizarse y vivir y existir con el mínimum de Dios posible, y si es posible pasarse completamente sin Dios. Años y años há que está la sociedad ensayando en sí misma este terrible experimento. El experimento se va ensayando, es verdad, pero la sociedad va agonizando, como veis, en sus órganos más vitales; va pereciendo ni más ni menos que la famosa yegua del hidalgo portugués.

Dejémonos de bromas y hablemos muy en serio, señores mios, que el asunto no puede serlo más. Hay empeño decidido en pasarse sin Dios; y Dios por su parte muestra empeño decidido en mostrar que nadie puede pasar sin Él.

Vedlo, señores; el mundo oficial ya no tiene Dios. Dios para el mundo oficial es un emblema que suele sacar tan sólo en los dias de ceremonia, cuando parecen exigirlo aún ciertas antiguas etiquetas. Pero Dios, como realidad viviente; Dios, como resorte eficaz de la máquina gubernamental; Dios, como principio y fin que debe ser de todos los actos públicos y privados del hombre; Dios vivo, como con frase enérgica le llama la Escritura, no existe para el mundo oficial. Oficialmente, digámoslo sin rodeos, no se cree en Dios. Ni en nombre de Dios se dicta la ley, ni en nombre de Dios se juzga al infractor de ella, ni en nombre de Dios se aplica la penal sancion. La autoridad de origen divino, que es dogma de nuestra santa fe, es hoy para casi todos los hombres públicos una herejía política. Mucho menos, pues, será de orígen divino la justicia, mucho menos la familia. Todo se quiere nacido del hombre y sólo para el hombre, de suerte

que el hombre y no Dios sea el principio y el fin de sí mismo y de todas las cosas. Y en esto se inspiran todas las legislaciones, en esto se basan todos los procedimientos, en tal espíritu se ha informado todo el organismo social. Hay individuos que aún creen en Dios; sociedades creyentes ya no las hay. Hay, pues, una como atmósfera general de ateísmo, que se ve, se palpa, se siente, y que respiramos todos y que nos envenena á todos. Y hé aquí el *medio* adecuado ó favorable al desarrollo del gérmen socialista.

Pero me diréis: Hay individuos, y muchos, que creen en Dios y le sirven; hay multitud de familias creyentes todavía y fervorosas: de suerte que ateismo, si le hay, como decís, es por fortuna casi meramente oficial, es como un uniforme exterior con que les ha dado el capricho de engalanarse á las modernas sociedades; pero su alma, su interior no participan de este horrendo extravío.

Está bien: y ya veis que os recojo la argumentacion sin atenuarla. No hay más que un ateismo oficial ó legal si quereis: me resigno á concederlo. Pero, ¿creeis que es poco y que es de poca influencia ese mero ateismo legal ú oficial que quisiérais considerar tan sólo como un exterior barniz? Pues, escuchadme unos breves momentos sobre este punto.

Bien se conoce, señores y amigos mios, que olvidais por completo lo que es poderosa en toda sociedad la fuerza del oficialismo. Las doctrinas oficiales por sí solas suelen ser (humanamente hablando) impotentes para producir la conviccion buena, pero son por desgracia poderosísimas, cuando son malas, para halagar y autorizar toda humana corrupcion. Nuestro corazon, de suyo propenso á la tendencia socialista, no necesita más que verse oficialmente halagado y autorizado en esa su perversa tendencia para acabar de desenfrenarse y desbordarse completamente en ella hasta los últimos delirios. Lo cual con todos sucede, pero de un modo particular con esta masa general casi siempre inconsciente, inconstante é impresionable que llamamos clase popular.

El pueblo, señores mios (y pueblo lo somos muchos más de lo que generalmente se cree), el pueblo, señores mios, es siempre (permitidme la expresion, con la cual no intento rebajar á nadie, sino solamente decir la verdad), es siempre,

digo, un niño de menor edad. Dadle las vueltas que querais al asunto: considerad, si quereis, como injuriosa para el llamado pueblo soberano mi apreciacion; el pueblo es siempre un niño. El pueblo, esa gran masa sin principios fijos, sin condiciones de inteligencia para adquirírselos por sí propio, ha sido siempre un niño de más ó menos palmos de estatura. En la gran familia del género humano esos han sido siempre los hijos de menor edad, y en todos los siglos han necesitado tutor y curador. Eso del pueblo emancipado y del pueblo soberano, son sencillamente mentiras retóricas que se permiten los tribunos y los periodistas, pero que ningun filósofo considera como formales axiomas. No hay tal pueblo libre, ni tal pueblo rey. Hay sencillamente un hijo que se quiere salga de la jurisdiccion de su curador, para pasar á la de otro que pretende desempeñar más á gusto propio la curatela. El gran curador del pueblo era antes la Iglesia, hoy es la Revolucion: no se ha hecho otra emancipacion ni otro cambio.

Ahora bien, este niño de menor edad es el más susceptible á las impresiones de la atmósfera oficial. Como la vasta extension del mar toma sucesivamente varios colores y matices, segun se refleja en sus aguas la luz ora radiante, ora oscurecida del cielo en sus dias claros ó de cerrazon, así refleja el pueblo maravillosamente en su vasta superficie, todas las tintas de la atmósfera oficial que sobre él se extiende.

Es fenómeno que vemos todos los dias, aunque tal vez no nos fijamos bastante en él. Pasa en esa muchedumbre de niños de menor edad, lo que pasa en los de vuestras familias. Les dan el tono, la palabra y el ejemplo los mayores, y comunmente son los niños conforme al aire que respiran en el hogar.

Vamos, pues, á ver ahora en qué condiciones vive y se educa hoy dia ese niño de menor edad que se llama pueblo. La madre natural y cariñosísima del pueblo y su legítima educadora era la Iglesia. Ejercía sobre él una influencia tal, que habia logrado formarlo, por decirlo así, á su imágen y semejanza. Pecados cometia, fragilidades habia en él, que no hay niño, por bien educado que sea, que no tenga en tal ó cual dia sus rarezas y travesuras; pero el tenor de todos sus actos, el conjunto ordinario de ellos, la marcha general de

sus ideas, eran, ya lo sabeis, el respeto, la sumision; una cierta altivez cristiana que nada tenia de comun con el actual orgullo revolucionario; dignidad de carácter tan distinto de la bajeza como de la rebeldía; amor á sus iguales; compasion á sus inferiores; respeto á sus superiores en jerarquía social, de quienes se consideraba súbdito, pero al mismo tiempo hermano, nunca enemigo; del mismo modo que en la familia, el hermano menor no se juzga igual al mayor, ni con derecho á la misma herencia, mas no por eso deja de considerarse tan hijo de la familia como él, y de ostentar con gloria su mismo apellido.

Esta era y ¡cuán hermosa! la condicion de la antigua sociedad cristiana bajo la tutela de la Religion. Mas, por desdicha, hubo quien intentó suplantar á la Iglesia en este cargo nobilísimo de tutora de los pueblos, y por más desgracia aún, no sólo lo intentó, sino que lo ha logrado. Empezó por introducir recelos y desconfianzas de los hijos contra la madre: ¡ya sabeis con qué infernal sistema de calumnias se ha conseguido hacerla aparecer á ésta como á la más fiera opresora de los pueblos á quienes amaba tanto! Las palabras emancipacion, libertad, soberanía, derechos absolutos, son siempre muy gratas á nuestro pobre corazon, y haciéndolas sonar un dia y otro dia á los oidos del pueblo incauto, se logró al fin que los creyese, y que mirase como su única felicidad verse libre de aquella amorosa tutela. Ya libre el pueblo, ya emancipado, ya soberano, el falso amigo que le sedujo con estas palabras y que le hizo abandonar el hogar de su madre se le ha impuesto ahora, como único tutor, en vez de ella. Sí, digámoslo otra vez muy alto, señores mios, la Revolucion educa hoy al pueblo, como antes le educaba la Iglesia de Dios. La Revolucion le impuso sus ideas satánicas, como antes le imponia la Iglesia las suyas divinas. Y contra el hermosísimo Decálogo de deberes con que el Catolicismo le obligaba á respetar á Dios, á su prójimo y á sí mismo, la Revolucion le dicta hoy otro más seductor Decálogo, no de deberes, sino de falsos derechos, con los cuales le declara independiente y en guerra contra Dios, contra sus hermanos y contra su propio buen sentido.

¡Ah, señores y amigos mios! la madre antigua llamaba á

sus hijos al convento y á la parroquia: ya sabeis cómo los adoctrinaba y los confortaba y los consolaba y los enfrenaba allí. La madre moderna los llama al club: ya sabeis lo que allí les predica y qué sentimientos excita en ellos y qué ideales les promete y qué medios les propone para realizarlos. Así se formaba el pueblo antiguamente, así se forma hoy. Ved en nuestro campo social los resultados que arroja ese diverso modo de educar.

Y todo eso, reparadlo bien, constituye el modo oficial de ser de los tiempos modernos. El Estado moderno acepta como buena esa emancipacion del pueblo de la autoridad de la fe, y esa sustitucion de dicha autoridad por la curatela revolucionaria; de suerte que áun aquellos hijos del pueblo que en otros tiempos hubieran cerrado los oídos á ciertas máximás, hoy las miran como muy corrientes y normales, desde el momento en que las ven perfectamente legalizadas por el poder público. Muchos de nuestros pobres hermanos de la clase popular son mejores, infinitamente mejores, que los infernales sistemas que profesan; pero ¿qué quereis? esos sistemas se les dan como perfectamente legales y honrados, y dichos hermanos nuestros acaban por convencerse de que efectivamente lo son. Sí, señores mios, conozco á hombres y á mujeres incapaces de defraudar un céntimo en una compra, ó de robar un pañuelo de un bolsillo; y no obstante, sueñan con un dia de lo que llaman universal liquidacion, y aspiran nada menos que al reparto de vuestros bienes. Tal es el funesto influjo de las ideas más perversas, cuando se ha logrado darles un cierto tinte de legalidad, como ha dado hoy á todos los delirios socialistas el Estado moderno.

Por donde, señores y amigos mios, el Estado resulta hoy el gran cómplice, por no decir el gran autor de los modernos extravíos del pueblo; es, de consiguiente, el gran responsable de ellos. Mucho me admira que, cuando vuestros hijos de menor edad cometen ciertos delitos penados por el código, la ley os exige á vosotros, sus padres y tutores, la responsabilidad criminal. Y en cambio de los extravíos de ese hijo menor, mal educado, que es el pueblo, no le ocurre á la ley pedir la responsabilidad al Estado que se ha hecho su único tutor. Al revés, muy frecuentemente vemos una

horrible iniquidad que debiera sublevar la conciencia de todo hombre honrado. Vemos levantarse el patíbulo y subir á él y morir en él bajo la garra del verdugo, á pobres hijos del pueblo que han cometido atentados ante los cuales no puede permanecer indiferente la humana vindicta. En nuestro mismo país hemos visto ejecutados hace poco algunos de los famosos asesinos de la *Mano negra*. Merecian, sin duda, la muerte, porque la sociedad no tiene otro medio de defensa para cohibir al malhechor. Pero voy á deciros, señores mios, una cosa terrible y que he pensado mucho, antes de resolverme á decirla aquí. Y no os asombreis de ella, pues ya sabeis que no soy demagogo ni anarquista, y venero la ley, como todo cristiano la debe venerar. Es la siguiente: el fallo del tribunal impuesto á los autores de asesinato por cuestiones sociales, es tan justo, como el que impone á los asesinos comunes. Pero este mismo fallo viene á ser una iniquidad, si no comprende á todos los que debe comprender; y en este concepto al lado del banquillo terrible en que se sienta para morir agarrotado el afiliado á la *Mano negra*, deberia sentarse para sufrir igual pena é igual afrenta de garrote vil, el moderno legislador que ha autorizado la seduccion de aquel infeliz. Sí, el Estado moderno con su organizacion atea, con la atmósfera atea de que obliga á que viva rodeado el pueblo, es el principal cómplice de esa impía propaganda que á tantos infelices conduce, primeramente á perversas ideas, y en segundo lugar á perversos atentados.

Porque, decidme, señores mios, si entre vosotros y vuestros hijos se interpone un dia un mal amigo y les aleja de vuestra saludable influencia, y les dice que obedecer á los padres es degradacion y envilecimiento, que el hombre ha nacido para vivir sin ley ni freno de clase alguna, que no debe reconocerse Dios en el cielo ni autoridad en la tierra, que hay derecho á los bienes ajenos y á la honra ajena, que es lícito volcar la organizacion social de arriba á abajo, y que todos los medios son santos y nobles para llegar á este fin: decidme, si un mal amigo consigue hacer llegar á oídos de vuestros hijos é hijas estas ideas, y de sus oídos consigue hacerlas pasar á su corazon, y de su corazon consigue que las lleven al terreno práctico sus manos, decidme, en concien-

cia, señores mios, si después de esto vuestros hijos resultan ladrones, asesinos, profanadores de ajenas honras, sin ley, sin Dios, sin freno y sin conciencia, ¿tendrá derecho aquel mal amigo que así los extravió, y tendríais derecho vosotros si consentísteis este extravio, para llevar á tales hijos al presidio ó al patíbulo? Nó, de ninguna manera. No tendríais derecho más que á ir al presidio y al patíbulo como ellos. Ni podríais ser siquiera sus jueces, porque un elevado principio de derecho natural que se ha consignado en todas las jurisprudencias, declara incompetente para ser juez al que es cómplice del reo.

Ahora bien, en este caso se halla el Estado moderno con respecto á los desdichados hijos del pueblo, autores de crímenes sociales. Me horroriza siempre el patíbulo, aunque lo considero necesario y hasta sagrado; pero me horroriza mucho más cuando veo que se levanta para castigar delitos en los cuales tal vez delante de Dios el menos culpable es el infeliz que sufre la pena. De la misma manera que me hacen estremecer ciertos horribles fusilamientos por delito de insurreccion, cuando á veces el Consejo que los falla, el poder que los sanciona y la mano misma que los ejecuta son ante la conciencia pública reos del mismo delito. En estos casos, confesémoslo, no tanto se castiga en aquellos desgraciados el delito de indisciplina (que siempre es grave delito), sino el no haber sido afortunados en él.

Ved ahora si teníais razon en decir que nada hacen, ni nada influyen en el desarrollo del gérmen socialista las corrientes oficiales. Esas corrientes de ateísmo corruptor son las que forman la atmósfera en que vive el pueblo; y esa atmósfera es la que envenena su corazon, autoriza todos sus malos instintos, pervierte su buen sentido, engendra groseros apetitos, y los hace desbordarse y derramarse como pestilencial contagio por todo el cuerpo social. La creencia religiosa, pública y solemnemente profesada, crea hábitos de público respeto y sumision; eleva los sentimientos populares; rodea de un cierto prestigio de inviolabilidad á todas las jerarquías. La creencia religiosa se interpone entre las desigualdades sociales para armonizarlas; del rico impide que las riquezas hagan un orgulloso tirano, y á su vez del pobre impide que la po-

breza haga un sér abyecto y sólo capaz de la bajeza ó de la desesperacion. La creencia religiosa vigoriza, en una palabra, el organismo social como la sangre rica vigoriza, circulando por el organismo humano, todos los miembros y aparatos de él. La creencia religiosa, circulando de esta manera por todas las venas y arterias sociales, corrige los sucios humores que por necesidad se han de formar en él, ó por lo menos los tiene como comprimidos y debidamente contrapesados con su fuerza vital. Por donde, señores mios, y permitidme otra vez valerme de comparaciones médicas que son en esta materia muy apropiadas: de igual suerte que un cuerpo cuya sangre es pobre resulta anémico y pára en ser escrofuloso por el predominio que en él adquieren los malos humores, y así veis luego á aquel infeliz abrírsele por varias partes la piel, dando lugar á inmundas y fétidas erupciones que son como anticipada descomposicion y podredumbre del sepulcro; así el cuerpo social, falto del vigor que dan y únicamente pueden dar las sanas creencias, es un cuerpo anémico, sin sangre en sus venas para contrastar el influjo de los perversos instintos, y por esto se ve cubrirse de feas erupciones su piel y derramarse por todos sus poros asquerosa podredumbre.

En este estado nos hallamos, señores y amigos mios, y héos aquí ligeramente diagnosticada la enfermedad social presente y señaladas sus causas. Voy á resumirlo en breves conceptos.

El Socialismo adquiere hoy el desarrollo que vemos, gracias á las condiciones favorables que encuentra en nuestra sociedad sin Dios. Llamo sociedad sin Dios á la sociedad de la que el nombre de Dios, la ley de Dios, la influencia de Dios, han sido años há sistemáticamente proscritos. Pueblo en estas condiciones educado, no puede lógicamente ser más que un pueblo de socialistas, porque la sociedad ó el Estado que le educa ha dejado de ser un templo como debiera, para pasar á ser simplemente un club. De lo cual resulta irremediable nuestro malestar, si no se remedian antes esas condiciones tristísimas en que vive hoy la clase más numerosa. Hagamos punto aquí y reservemos para otra familiar Conferencia el estudio de otras concausas y complicidades que

como la principal que hoy os acabo de señalar ayudan constantemente á la elaboracion de ese terrible producto químico-moral que da tema á nuestras investigaciones.

IV.

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

Voy á dar fin, señores y amigos mios, á la materia de estas sencillas Conferencias, con las cuales me he permitido ocupar vuestra ilustrada atencion durante la presente temporada. No porque haya pasado de moda el interesantísimo tema de ellas, que por desdicha sigue siendo aún el de más actualidad. Ejemplo reciente tenemos en las horrendas explosiones de dinamita que acaban de tener lugar en el Parlamento inglés, y que desde él han hecho oir su espantoso rugido en toda Europa. Ni es que esté agotada la materia, cuyos horizontes se agrandan conforme más adentro se va penetrando en ella, siendo tan sólo de sentir lo limitado de mis facultades que no me permiten abarcarla en toda su extension. Mas el plan que desde el principio señalé á este trabajo y que he procurado seguir con la mayor escrupulosidad, me impone ya la conclusion de él, y así voy sencillamente á dárosla en esta noche.

Recordaréis, señores y amigos mios, que en la primera de mis Conferencias, me contenté con dejaros evidenciada la existencia del Socialismo entre nosotros, y su carácter, no de mal latente, sino de institucion pública y poco menos que oficialmente legalizada. En la segunda pudísteis ver la raíz universal y profundamente humana de este achaque, cuyo gérmen traemos, por decirlo así, en nuestras propias entrañas, á causa de un maleamiento radical de nuestra primitiva naturaleza, que, aunque la Religion no lo enseñase como dogma fundamental de la fe cristiana con el nombre de pe-

cado original, se veria obligado á reconocerlo sólo con una mediana anatomía del corazon humano la misma natural filosofía. En la tercera, os expuse la razon del desarrollo extraordinario del Socialismo en nuestros dias, rázon que evidentemente no es otra que la descristianizacion oficial de las sociedades modernas empeñadas en resolver el arduo problema, que no es arduo sino absurdo, de crear un órden público sin Dios, lo cual equivale á querer edificio sin base, ley sin autoridad alguna legislativa, armonía entre heterogéneos y discordes y hasta contrapuestos elementos sin sombra siquiera de supremo y absoluto regulador. Hoy vamos á completar el cuadro de estas causas del presente desarrollo socialista, ó sean los demás ingredientes con que bajo nuestros propios piés, ó mejor ante nuestros propios ojos, se está elaborando de continuo esta infernal Dinamita.

Un órden social sin Dios ó por lo menos con el mínimum posible de intervencion de Dios es, señores y amigos mios, lo que á toda costa se quiere plantear hoy dia. No temais, señores mios, que vaya á penetrar en el terreno aquí vedado de la política, ni mucho menos. Soy filósofo cristiano que estudia con criterio cristiano un sistema filosófico y nada más. El sistema hoy dia reinante y entronizado, que en el organismo social quiere absolutamente prescindir de Dios ó por lo menos reducir á la menor expresion posible su intervencion ó influencia, es el verdadero y constante generador del Socialismo.

Señores y amigos mios, este sistema, dueño hoy del mundo, se ha definido por sus propios apologistas el gobierno del hombre por el hombre, el derecho humano en toda su independencia y plenitud, la sociedad dueña única y exclusiva de sus actos, y teniendo en sí propia su único principio y fin; frases todas que le retratan perfectamente y que pueden condensarse en esta sola: emancipacion de Dios. Frases empero que encierran lógica é inflexiblemente el Socialismo más radical con todas sus consecuencias y Dinamitas.

Porque, decidme, señores mios: si en la sociedad no debe admitirse otro gobierno que el del hombre por el hombre, sin que todos los hombres en junto reconozcan sobre sí otra ley superior al derecho meramente humano, ¿no es verdad

que la única ley reguladora de las relaciones humanas será la fuerza, ó el número que es su equivalente? Y decidme, ¿dónde está el mayor número, y en consecuencia la mayor fuerza, sino en la masa social que aspira á labrar su grosero bienestar sobre la ruína de vuestros intereses? Arrojaos á calcular si hay guarismos que basten para este cálculo, cuán sin número son las concupiscencias hambrientas; cuán sin número las ambiciones no satisfechas; cuán sin número los dolores sin consuelo; cuán sin número las necesidades devoradoras, y podréis sumar luego la horrible estadística que en una sociedad sin el freno de Dios y sin el consuelo de Dios ha de ofrecer la hueste que tiene reclutada en su seductora bandera el Socialismo. Porque, si las concupiscencias hambrientas no encuentran frente á frente de sí á todas horas el freno de Dios, ¿cómo no han de alzarse orgullosas para cebarse en lo que á todas horas ofrece pasto á su voracidad? Y las ambiciones nunca satisfechas, si no encuentran en su camino la ley de Dios que les diga basta; ¿cómo se detendrán por otra ley cualquiera, aunque para encaramarse necesiten hacerse de todos los intereses y de todas las honras de sus prójimos un pedestal? Y tantos dolores como en este mundo afligen y desgarran por necesidad el corazon del hombre, ¿cómo no le han de llevar á la desesperacion, madre de todos los rencores y de todos los crímenes, si se le ha robado á éste el único consuelo, que es la resignacion y la esperanza? ¡Ah, señores y amigos mios, los que suprimen á Dios de la sociedad como se suprime á un municipal de la esquina, no suprimen, nó, no lo creais, un artículo de lujo para los ricos, ó un medio de subsistencia para los curas, sino un artículo de necesidad, de suprema y absoluta necesidad para todos, especialmente para los pobres!

La mano satánica que borra á Dios de los códigos para arrancarle luego de los corazones y de los hogares, esa mano, bien sea la fina y enguantada del que comete tal atentado en nombre del órden á su modo, bien sea la que lo comete en nombre y con los procedimientos de la más feroz demagogia, creedlo, señores mios, es una mano criminal; más criminal que la del que roba el pan á los necesitados; más criminal que la del que cortase los caños de vuestras

aguas para haceros morir de sed; más criminal que la del que os quitase ese aire que necesitan para la respiracion vuestros pulmones. Que todo eso es la influencia de Dios y de su fe divina y de sus santas promesas y de sus terribles amenazas en el corazon del hombre, y muy particularmente del hijo del pueblo.

Pero seria menos desastrosa la influencia de los modernos sistemas en la masa popular, si aquéllos se limitasen tan sólo á esa especie de asfixia moral á que la condenan privándola de la influencia bienhechora de la fe. Lo más horrible, empero, es que además de esa asfixia ó vacío con que ahoga el órden moderno las almas, trabaja por otra parte con una actividad que sólo puede calificarse dignamente llamándola infernal, en la tarea de envenenarlas y corromperlas. En efecto: el libertinaje (que no la libertad) de la prensa y de los espectáculos bastarian por sí solos para hacer en breve de un pueblo de santos un pueblo de demonios, si se me permite la expresion. ¡Un teatro donde siempre se embellece con poéticos colores el crímen, y una hoja diaria ó mejor cien hojas, ó mil hojas, ó millones de hojas, donde cada dia se disfraza la mentira, y se falsifica la verdad; y para todo eso millones de ojos que no ven más que aquel crímen poetizado por el drama, y millones de oídos que no oyen más que aquella mentira servida á tomas diarias por el periódico en traje de verdad! ¡Decidme, señores mios, si se necesita otra consideracion alguna para comprender el espantoso alcance de esos dos medios de corrupcion popular, perfectamente legalizados hoy dia, que se llaman la prensa libre y el espectáculo libre!

Cuando veo los domingos por la tarde y por la noche acudir como torrentes desbordados nuestras clases populares á la taquilla de ciertos teatros, y cuando oigo vociferar por esas calles la última hora de ciertos periódicos; cuando por otra parte me entero de lo que en esos periódicos se escribe y de lo que en aquellos teatros se representa, me asombra, señores mios, no la atroz gangrena que roe á una gran parte de nuestro pueblo, asómbrame, al revés, que quede por fortuna en él alguna parte todavía sana. Sí, señores mios, que todavía no son los hijos del pueblo tan malos como la infame

educacion que se les da. Todavía en medio de sus extravíos son mejores los discípulos que la infernal doctrina que se les enseña. Por eso no sé odiar, sino compadecer á esos desventurados: guardo todo el odio de mi corazon de hombre honrado y de sacerdote cristiano para los perversos sistemas que á tal situacion han traído á la parte más numerosa de nuestra sociedad.

Y que tal y tan desastroso sea el efecto que en las masas populares producen el drama inmoral y el periódico impío, no es necesario ser gran filósofo para comprenderlo: basta ser mediano observador. Ahora mismo, aún no hace ocho dias, habeis visto soliviantadas las masas de la vecina capital con el relato de un suceso necio, inverosímil, absurdo, que un malvado puso en circulacion y que se apresuró á acoger el pueblo, ávido siempre de emociones dramáticas. El suceso era de tal índole que presentaba al descubierto y sin necesidad de exámen todos los caracteres de la más burda novela. Sin embargo, bastó que el lugar de la supuesta novela fuese un claustro y que vistiesen hábito religioso los supuestos actores de ella, para que, sin otra certificacion que el *se dice* cobarde de un malvado parapetado detrás de una gacetilla, la diesen por auténtica y la jurasen como testigos de vista multitud de hijos del pueblo. Y creedlo. Si una mano, más atrevida aún que las que azuzaron al pueblo con la pluma, hubiese alzado ante él una tea y hubiese clamado: «¡Fuego al convento!» hubiéranse encontrado, no lo dudeis, muchos hombres dispuestos al incendio y al pillaje, persuadidos tal vez, hasta con cierta buena fe, de que era obra hidalga y generosa librar de soñados tormentos á alguna ó á algunas víctimas de la tiranía claustral!

Señores y amigos mios: no diréis que os cuento historias antiguas ó que os hablo del pueblo de otros siglos: el suceso es de ayer y pertenece á la crónica de la semana. Cuando en adelante oigais repetir las viejas y manoseadas historias de siempre sobre las víctimas del claustro, sabréis por experiencia dónde y cómo se forjan tales historias, y ¡qué respetables y acreditados personajes garantizan su autenticidad!

Ahora bien: del mismo modo que se forma en el pueblo la educacion anticlerical se forma en él la educacion socialis-

ta, que ambas educaciones son hermanas. El periodismo que hoy educa al pueblo no le educa en el odio á Dios y al sacerdote y á la monja, sino para conducirle al odio á la familia y á la propiedad. Procura descristianizarle primero, para tenerle socialista asegurado. Primero roba de su corazon el Catecismo, después pone en su mano la Dinamita.

Hé aquí, señores y amigos mios, los ingredientes morales (ó mejor inmorales) con que se confecciona esa horrible materia explosiva que tan á menudo os ha aterrado con su espantoso estruendo, y que así como os ha dejado aterrados, quisiera yo os dejara convencidos. Y creed que no estamos aún más que en los principios de esa funesta época. Las aplicaciones de la Dinamita á la solucion del pavoroso conflicto social entre pobres y ricos, no están hoy dia más que en ensayo. Las detonaciones que habeis oido no son más que el tiroteo de la vanguardia, no son más que las guerrillas ó avanzadas de un ejército cuyo grueso se ve ya llegar. Este ejército se recluta á vuestra vista, y en nuestras propias calles y plazas y en vuestras propias fábricas hace ondear su banderin de enganche. Esos clubs, que como boca de abismos atraen y devoran una parte de nuestra incauta clase obrera; esas escuelas laicas donde se hace gala de educar á la niñez en el odio á Dios y al sacerdote; esos periódicos que gota á gota destilan cada semana sobre el corazon del pobre la quinta esencia de la impiedad y de la blasfemia: toda esa propaganda, en una palabra, que ha venido á sustituir á la que durante tantos siglos ha ejercido sobre las clases populares el Catolicismo, todo eso, no lo dudeis, amigos mios, son infatigables reclutadores para la causa del Socialismo. Y no trabajan en vano, sino antes bien con una eficacia y unos resultados que acongojan y hacen estremecer el ánimo más sereno.

Tal vez no fuera ajeno de este lugar señalar como elementos muy activos de perturbacion social, y por consiguiente fautores más ó menos directos del Socialismo, las debilidades y malos ejemplos de las clases que más interés debieran tener en no secundarle.

¡Ah, señores mios! ¡cuánto y cuán bueno se podría decir aquí sobre esa complicidad de muchos buenos en las obras

de los malvados, complicidad que se contrae más á menudo de lo que pensamos; complicidad en que tenemos todos, hasta yo mismo que os hablo, nuestras públicas ú ocultas responsabilidades! Los pecados sociales son muchos, y ellos atraen sin duda del cielo el gran castigo social. Levante el dedo quien en eso presuma estar sin culpa. No seré yo quien levante el mio, porque tampoco me reconozco inocente. Dijo un gran escritor, y dijo muy bien, que la gran calamidad de los tiempos modernos no está precisamente en que sean tan malos los malos, sino en que sean tan poco buenos los buenos. Y á poco que lo considereis, veréis cuán profunda filosofía se encierra en ese dicho en apariencia tan vulgar. Porque claro está que los malos en todos tiempos fueron malos, y fueron muchos más en número que los buenos, pero la parte mala de la sociedad tenia en los siglos más cristianos un gran contrapeso de fuerza social en la firmeza y virtud de los buenos. Hoy el empuje de la fuerza mala ha crecido espantosamente; en cambio ha disminuído hasta donde no cabe figurarnos el contrapeso de la fuerza buena. Más claro, y sin necesidad de símiles y alegorías. Gran fuerza de contrapeso social es la limosna que abraza al pobre como hermano y le socorre como hijo de Cristo; y hoy se hace poca, poquísima limosna. Gran fuerza de contrapeso social es el buen ejemplo que educa é instruye más que los libros y los discursos; y hoy se dan pocos, poquísimos buenos ejemplos. Gran fuerza de contrapeso social es la santificacion del dia festivo, que es por excelencia el dia de Dios, y de consiguiente el elemento más conservador; y hoy para muchos ricos no existe ese dia del Señor, que profanan y que obligan á profanar á sus dependientes. Gran fuerza de contrapeso social seria aún hoy la Iglesia católica, que es la única moralizadora y armonizadora de las relaciones por necesidad tirantes entre el pobre y el rico; y sin embargo, pobres y ricos, demagogos y conservadores, parecen andar años há en miserable competencia sobre quién hará más para desvirtuar y anular, si posible fuese, la accion social de la Iglesia. ¡Ay, señores mios! grandes responsabilidades tienen contraídas los ricos y poderosos de la sociedad actual. Sí, grandes deudas tiene pendientes con la divina Justicia la clase más beneficiada, y mu-

cho temo que para liquidar esas cuentas pendientes permite Dios se presente hoy como instrumento de sus castigos la Dinamita del Socialismo.

No os ofendais porque os diga tan sin rebozo estas verdades: no seria vuestro amigo, como creo serlo, si las callase. La Dinamita social, sobre cuyo origen y carácter y componentes me habeis oído discurrir en estas cuatro humildes Conferencias, es indudablemente castigo de Dios. Pero tambien os diré que todos los castigos de Dios (menos los eternos de la otra vida) suelen ser siempre á la vez grandes misericordias. Tal vez convenia ese repetido tronar de la Dinamita para que despertase de su pesado letargo una parte de la sociedad culpablemente dormida en el descuido de sus placeres, ó distraida en la actividad febril de sus negocios, ó deslumbrada por el resplandor de seductoras teorías.

Si asi por fortuna sucediese, si fuesen tales explosiones como el toque de rebato para una reaccion general en las ideas y en las costumbres (adviértase bien, de los ricos más aún que de los pobres), si no nosotros, nuestros descendientes podrian con razon bendecir lo mismo que ahora nos tiene á nosotros apesadumbrados, y exclamar como el hijo á quien un buen padre supo á tiempo castigar y corregir: ¡Dichoso azote que me libró del último precipicio!

HE DICHO.

EL LAICISMO CATÓLICO.

(Conferencia leída en la Asociacion de católicos de Barcelona).

Tam honesta causa tamque gravis, advocatam desiderat industriam virorum laicorum, qui religionis et patriæ caritatem cum probitate doctrinaque conjungant.

Causa tan noble y de tal trascendencia reclama tambien en su auxilio la cooperacion de aquellos seglares que junten, al amor de la Religion y de la patria, probidad y doctrina.

(De nuestro Santísimo Padre Leon XIII, en su Encíclica *Humanum genus*).

EXCMO. É ILMO. SEÑOR (1):
SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

NMERECIDA distincion otorgó á mi humilde voz esta distinguida Sociedad, al encargarme la lectura del discurso inaugural de sus religiosas tareas en la presente temporada. Lo cual si por una parte debiera ciertamente avergonzarme y confundirme, me llena por otra de indudable satisfaccion, como quiera que nunca la experimenta tan grata el orador católico, como al dirigirse á concurso tan escogido y en quien tan maravillosamente resplandecen á la vez la más pura ortodoxia de la fe y el entusiasmo más ardoroso para practi-

(1) El excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de Barcelona.

carla y defenderla. Subiendo muy de punto esta consideracion, cuando se fijan los ojos en ese respetable estrado, cuya primera silla ha tenido la dignacion de venir á ocupar, interrumpiendo gravísimas atenciones de su apostólico ministerio, el venerable Pastor de la grey barcelonesa, como para mostrar una vez más cuán bien se halla su corazon de Padre entre ese apretado haz de hijos suyos, porcion si por desdicha no la más numerosa, seguramente la más inviolablemente adicta á los legítimos fueros de su apostólica autoridad.

No extrañaréis, pues, señores mios, si con esos precedentes y máxime con la trascendentalísima importancia del tema que esta noche me propongo dilucidar, deploro hoy más que nunca mi pequeñez é insuficiencia. Tema, señores mios, que no me ha sido posible escoger á voluntad, sino que me vino irresistiblemente traído y como impuesto por las circunstancias y por el carácter mismo de esta católica Asociacion. Tema que habréis ya adivinado por las palabras gravísimas del Vicario de Dios, con que me ha parecido bien preludiarlo; y que pues todo él se encierra en ellas, me habeis de permitir repita otra vez aquí. *Tam honesta causa tamque gravis, advocatam desiderat industriam virorum laicorum qui religionis et patriæ caritatem cum probitate doctrinaque conjungant:* «Tan noble causa y de tal trascendencia (dice el Papa refiriéndose á la defensa de los intereses religiosos y sociales contra la Masonería) reclama tambien en su auxilio la cooperacion de aquellos seglares que junten, al amor de la Religion y de la patria, probidad y doctrina.»

Ahora bien. Mis humildes palabras van á ser mero desenvolvimiento de esa tesis pontificia en que veo resumido y formulado todo el concepto de la accion católico-seglar en nuestros dias. Reparadlo bien: tres cosas dice clara y resueltamente la fórmula del Papa:

1.ª Que la defensa de los intereses religiosos y sociales en este siglo reclama la cooperacion activa del elemento seglar.

2.ª Que los seglares llamados á esa activa cooperacion deben ser precisamente los que tengan en sí más vivo el amor, notadlo bien, juntamente á la Religion y á la patria.

3.ª Que además se requiere para ese apostolado seglar, que segun el Papa reclaman hoy los intereses religiosos y sociales, probidad y sana doctrina.

La misma palabra del Vicario de Dios que me ha dado el tema, me indica suficientemente el plan. No haré más que parafrasear ligeramente el primero, no separándome de la senda que el segundo me ofrece ya trazada.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:
SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

Dos hechos aparecen en la historia contemporánea, que mutuamente se completan y mutuamente se explican. Os ruego que fijeis en eso toda vuestra atencion.

El primero de estos hechos es el absoluto desamparo en que va quedando la Iglesia católica de parte de los poderes temporales, que, cuando no abiertamente hostiles á ella, procuran mostrársele por lo menos sistemáticamente indiferentes. El segundo es un cierto movimiento general de iniciativa seglar, para suplir, por medio de la accion privada, esa oficial indiferencia y abandono.

Coexisten estos dos fenómenos históricos ante nuestros ojos, y tal vez de puro usuales que se nos han hecho apenas nos llaman ya la atencion. Deseo os la llamen, y mucho, en este momento.

El primer hecho: el desamparo oficial de la Iglesia por parte del Estado moderno casi en toda Europa, es público, es notorio, es evidente con desconsoladora evidencia. Se ha roto aquella antigua union de las dos potestades religiosa y civil, que á semejanza de la que existe en el compuesto humano entre el cuerpo y el alma, segun adecuadísimo símil de santo Tomás, perfectamente subordinada la segunda á la primera, trabajaban unánimes en dirigir al ciudadano cristiano á su último fin, por medio de los elementos sobrenaturales y naturales de que cada una en su respectiva esfera podia dispo-

ner. Se ha roto aquella antigua union, la ha roto violentamente y á mano airada la potestad civil, alzándose en abierta rebelion contra su hermana mayor la potestad religiosa, y contra Dios de quien ambas son hijas. Y la ha roto con circunstancias agravantes que es preciso aquí recordar. Ha empezado por despojarla de sus antiguos recursos de humana influencia, con usurparle sus bienes: los del clero, á título de reformas económicas; los del Papa, que eran, como los de aquél, garantía de su independencia, á título de reformas políticas. Después destruyó cuantas pudo de sus magníficas instituciones: dispersó sus Comunidades; demolió sus monasterios; saqueó sus bibliotecas; echó mano á sus mandas de beneficencia; abolió sus universidades y demás centros de instruccion; negó toda validez á sus grados académicos, y apenas si respetó sus parroquias. Exactamente como un mal marido que entablase demanda de divorcio contra su inocente esposa, pero dilapidando antes su dote y dejando á la infeliz en la suprema miseria. Y cuando por tales procedimientos, llevados á cabo con perfidias sin cuento y á veces con derramamiento de sangre, hubo dejado inerme y desnuda á su víctima, ha clamado con palabra que recuerda el beso de Judas y el *Ave, Rex,* de los sayones del Pretorio: «La Iglesia libre en el Estado libre;» fórmula que no significa en realidad sino la Iglesia esclava en el Estado impío. Y donde así no ha podido proclamarlo con fórmula tan cruda y escueta, lo ha dicho prácticamente con todo el tenor de sus actos, sin cesar de dirigirse con todos ellos á aquel su tan suspirado objetivo: la completa secularizacion social.

Este es el primer hecho, señores mios; hecho que á la vista de todos está; hecho general cuyos pormenores están consignados en cada página de nuestra historia contemporánea, y cuyo espíritu vive y palpita en todas las modernas legislaciones. Hecho que lentamente, pero sin cesar un momento, se va convirtiendo en *modus vivendi* de los Estados modernos en sus relaciones con la Iglesia en el presente siglo; hecho del que no se retrocede jamás, sino tan sólo aparentemente en dias de pasajera reaccion, tras los de alborotada borrasca, mas no para realmente retrogradar en este camino, sino para afirmar en él los pasos y para con nuevo

ardor proseguirlo. Este es el hecho, señores mios, y esta es la situacion de la Iglesia en toda Europa en el último tercio del siglo décimonono.

Mas al lado de este hecho y en exacta proporcion de desarrollo con él, vemos aparecer el otro que en segundo lugar os he indicado. Es el de un movimiento general de iniciativa seglar para llenar el hueco que con sus inicuas depredaciones, y después con su traidor abandono, ha dejado en la vida católica el Estado moderno. Vense surgir de repente y simultáneamente en todos los puntos de la sociedad cristiana, grupos denodados que un mismo espíritu alienta y un mismo ideal vigoriza: el de hacer algo por la abandonada Iglesia de Dios; algo en el terreno de la protesta pública; algo en el terreno de la beneficencia; algo en el de la educacion popular; algo en el del sosten del culto y de sus ministros; algo en el de la celebracion y santificacion de sus solemnidades; algo en el de la proteccion de sus misioneros; algo en el de la difusion de buenos libros en oposicion á la prensa impía; algo en el mismo órden político, para mejorar en esta parte en lo que sea posible la gestion de los públicos negocios en sus relaciones con la Religion. Esos grupos se llaman en un punto Academias, en otro Congresos, en otro Comités, en otro Círculos, en otro genéricamente Asociaciones. Con diversos títulos y con diversa organizacion, encuéntranse unánimes estos grupos, hermanos en el fin, en el espíritu, en los procedimientos, en lo que ardorosamente aman, en lo que cordialmente aborrecen. Hijos parecen de general y secreta consigna, y sin embargo tal vez muchos no saben de sus hermanos ni la misma existencia. El odio de todos los malos y las bendiciones de todos los buenos que solidariamente comparten, les acaban de poner, después de la sancion de la Iglesia, el sello de la más auténtica ortodoxia. No como las antiguas Asociaciones piadosas, de las que podrian creerse mera continuacion, se limitan á la noble y por cierto recomendabilísima esfera de la santificacion personal y del mutuo buen ejemplo. Nó; son piadosas, claro está, y deben serlo, porque *pietas ad omnia utilis est,* como ha dicho san Pablo; pero su carácter específico es el de militantes. Viven del combate, y con él se crecen y agigantan, y se hallan en él

como en su natural elemento. Tienen para todos los corazones generosos, especialmente para la edad juvenil, irresistible simpatía, y un dia y otro dia en todos los campos donde se puede desplegar cualquier suerte de cristiana actividad, ardiente en los ojos la noble indignacion, pero rebosando en los labios la franca sonrisa, pelean con brazo esforzado los grandes combates de la Propaganda católica!

Señores y amigos mios: estos dos hechos á la vista están: no los invento yo: no hago más que muy ligeramente y á grandes rasgos bosquejarlos. Pero he dicho que mutuamente se completan y mutuamente se explican, y es así. Aquel desamparo oficial por parte del Estado produce esta cooperacion oficiosa por parte de los seglares católicos; aquella secularizacion del uno, motiva esta *clericalizacion* (permitidme la palabra que he de inventar), esta *clericalizacion* de los otros. Y en buena ley de lógica debe ser precisamente de esta manera.

El Estado, esa entidad moral que llamamos Estado, en sus servicios oficiales con respecto á la Iglesia de Dios, si bien lo considerais no hacia más que ejercer para con ella una cierta delegacion, como tomando por su cuenta los servicios individuales que á ella debian sus súbditos. Los ciudadanos fiaban al brazo de sus gobernantes, fieles como ellos, esa tutela continua de los derechos de la Iglesia, y en tanto se juzgaban ellos relevados de prestar personalmente tales servicios, en cuanto sabian que los desempeñaba en nombre de ellos la pública autoridad. Ahora bien. Descuidando el Estado el cumplimiento de esos oficios, vuelven éstos por natural reversion al ciudadano á quien primariamente tocaba ejercerlos; que los deberes, señores mios, son á veces reversibles ni más ni menos que los derechos. Y un cierto instinto secreto lo ha dicho así al pueblo católico, y una voz que es la de su conciencia, eco de la voz de Dios, ha gritado muy reciamente al corazon de cuantos han querido escucharla: «Cuando el Estado no sostiene el culto, tú vuelves á entrar en el deber de sostenerlo; cuando el Estado no educa católicamente al pobre, tú debes educarlo; cuando el Estado no saca el rostro por los derechos de la verdad, debes tú lanzarte á la calle y á la plaza para sacar el rostro por ella. Que la mayor parte de las funciones sociales, cuando el poder social

las desatiende, pasan á ser con más rigor deberes individuales. Y en este caso se hallan los relativos á la defensa y ayuda de la Religion.»

Si no tuviésemos frecuentemente dos pesos y dos medidas, unos para nuestros intereses humanos y otros (por desgracia, menos afinados) para los intereses de Dios, á nadie costaria ver clara como la evidencia esta verdad.

Ved lo que acontece cuando en dias de gran crisis social, ó por extranjera invasion ó por intestinas revueltas, deja de hallarse el poder público en condiciones aptas para afianzar nuestros intereses y tranquilidad. Cuando no podemos relacionarnos con el poder central, organizamos Juntas provinciales y fiamos á ellas nuestra defensa. Y si ni aún eso es posible, nos organizamos por comarcas, ó por localidades tal vez, y áun quizá por barrios. Y cuando no nos puede asegurar la tranquilidad el ejército, armamos patrullas de vecinos, y mano hay que en su vida manejó más que el pincel ó la pluma ó la vara de medir, y sabe en casos tales sacar á la puerta de su casa ó la esquina de su calle la espada ó el fusil ó siquiera la tranca. Y el buen militar, que está tal vez en las fronteras deteniendo al invasor, ó en los grandes centros sofocando el motin, nunca ve con malos ojos esa organizacion del paisanaje para acudir á la comun defensa, ni llama á eso ingerencia, ni usurpacion de atribuciones, ni atropello de jurisdiccion, ni siquiera... *paisanismo.*

Hé aquí, señores, nuestro *Laicismo,* y hé aquí justificadas plenamente, si justificacion necesitasen, las palabras del Papa en que he fundado la primera parte de esta mi peroracion: *Tam honesta causa tamque gravis, advocatam desiderat industriam virorum laicorum:* «Tan noble causa y de tal trascencia reclama tambien en su ayuda la cooperacion de los católicos seglares.» Que era lo que en primer lugar queria dejaros demostrado.

Después de esta primera afirmacion pontificia, que contiene lo más sustancial del punto que estamos examinando, señala el Vicario de Dios como primeras notas características de los seglares llamados á la noble mision de auxiliar y defender á la Iglesia, el amor á la Religion y á la patria, *Religionis et patriæ caritatem*, y es este el segundo aspecto de la presente cuestion. Los amores á la Religion y á la patria, fundidos por decirlo así en un solo vigoroso sentimiento, que bien pudiera llamarse patriotismo religioso, hé aquí el espíritu que debe caracterizar al apostolado católico seglar de nuestros dias. El Papa junta como en una sola divisa los motes *Patria* y *Religion*, y señala con eso en primer lugar un estímulo, en segundo lugar un procedimiento, en tercer lugar un ideal. Un estímulo: el de que sirva para excitar los corazones seglares á esa generosa cruzada en favor de la patria y de la Religion, la vista de los males que por todos lados afligen á ambos sacratísimos objetos. Un procedimiento: el de que los trabajos que se emprendan participen á la vez de ese doble carácter cívico y religioso, que no son más que el anverso y reverso de una misma medalla. Un ideal: el de ver restablecida un dia la dichosa union de la Iglesia y del Estado para la perfecta realizacion de los fines peculiares de ambos, y en último término para la perfecta realizacion del fin supremo del hombre, que es la divina gloria y su eterna salvacion.

Estímulo, procedimiento é ideal que son, señores y amigos mios, todo lo contrario de esa especie de platonismo religioso ó de catolicismo platónico que por muchos se predica hoy dia, y que, no lo dudeis, señores mios, no es más que una de las cien variadas fases del Proteo católico-liberal. Sí, se fantasea por muchos una cierta Propaganda católica, toda divina, toda celestial, es verdad; pero vaga y aérea é impalpable, nada humana, nada terrena: Propaganda que parece imaginada de encargo por los enemigos de la verdad, para que ésta no baje de tales alturas á molestarlos en lo más mínimo, á trueque de lo cual, claro está, no dejarán ellos de enaltecerla, ponderarla, glorificarla, llegando hasta en casos

dados á postrarse de hinojos á sus piés. Propaganda, señores mios, que aleja á la Religion de los sucesos humanos, bajo pretexto de que éstos podrian enlodar sus divinos piés ó manchar los bordes de su mística vestidura: Propaganda que se contenta con entonar himnos á la Iglesia católica, y con ponderar su belleza y sublimidad, á condicion de que se mantenga allá en las nubes sin mezclarse para nada en los humanos conflictos: Propaganda, toda idealismo, toda lirismo, toda deliquios de admiracion y de poético entusiasmo, pero nada práctica, nada eficaz, nada como accion directa y de positivos resultados. Señores y amigos mios: en algunos de nuestros hermanos es esta una desdichadísima alucinacion; para otros siento no poder admitir esa caritativa disculpa. De todos modos, de buena ó de mala fe, es siempre una falsificacion. Señores y amigos mios: la Religion es hija del cielo; pero de allí ha sido enviada para que viviese y cumpliese su mision acá entre las lobregueces y charcos de la tierra: es divina á la vez y es humana: es celestial juntamente y es terrena: Dios es su autor y su alma; pero los hombres son su objeto y su medio, secundario ó instrumental, de operacion. En concebir la Religion y la Propaganda religiosa de otra manera, temo que hay un cierto extravío semejante al de los que negaban á la persona del Verbo encarnado su real Humanidad, bajo pretexto de enaltecer más su carácter divino. La Iglesia, como Cristo, es Dios y Hombre verdadero: con verdadera distincion de naturalezas, pero con estrechísima aunque inconfusa union de ellas en un solo supuesto. Y decir que la Iglesia es divina, y desconocer que sea á la vez humana, es destruir por completo esa especie de union hipostática del cuerpo místico de Cristo, como aquellos herejes de los primeros siglos destruian su verdadera real personalidad.

Señores y amigos mios: así es la Iglesia católica, y conforme á esta su doble naturaleza debe ser el doble órden de trabajos con que se la defienda y auxilie. Y bien lo ha dicho el Papa en otra ocasion, cuando ha llamado impío error al de los que quieren separada la Religion de la política, Religion y política que nunca deben separarse, bajo pretexto de que no deben identificarse. Claro está: no son idénticos estos

conceptos, como no son idénticas en Cristo la Divinidad y la Humanidad. Pero, precisamente porque son distintos pueden juntarse, pues que no es posible la union donde no empieza por presuponerse la distincion. Y union queremos (nó confusion) de esas cosas que son á la vez divinas y humanas, celestiales y terrenas; union, nunca el separatismo que unas veces predica al descubierto la Revolucion con lema francamente satánico de emancipacion y secularizacion social, otras veces solapadamente y con miserable engaño de muchos, bajo pretexto de respeto á las cosas santas, cuya profanacion á todo trance se desea evitar.

Y porque es tan comun hoy dia, señores mios, ese punto de vista falso desde el cual se consideran por muchos las relaciones de la Iglesia con los acontecimientos humanos, permitidme haga todavía hincapié en ese punto, que considero de interés fundamental. *Sacramenta propter homines*, dice un apotegma de teología moral, que podria muy bien aplicarse á nuestro caso. Si por el ridículo temor de que las cosas del suelo manchen y profanen con su contacto las cosas del cielo, pretendemos tener á éstas tan alejadas de aquéllas, como lo está la azul techumbre del firmamento de las asperezas y escabrosidades de nuestra esfera terrestre, caemos, señores mios, en el perversísimo error de aquellos jansenistas del siglo XVII y XVIII, que parecian no querer el uso del santísimo Sacramento del altar más que para los Angeles, para quienes no fué ciertamente instituido; y colocaban en sus altares el tabernáculo de la sagrada Eucaristía tan alto, tan alto, que no se pudiese llegar á él más que venciendo mil obstáculos y dificultades. Asi quisieran en la sociedad civil á la Iglesia de Dios esos extraños celadores de su honra y divino prestigio. Que no se la mezclase con las cuestiones de derecho público, como si en esto no tuviese como en todo la última palabra el criterio de la Iglesia; que no se la llamase á intervenir en las luchas de los partidos, luchas que si alguna vez son de groseros apetitos, son muy á menudo tambien de delicadísimas susceptibilidades de conciencia; que se la relegase al interior de los templos y del hogar doméstico, como si no fuesen tambien de su jurisdiccion la plaza pública y el foro y el parlamento y el despacho ministerial y

el gabinete de los monarcas. Y todo eso á título de respeto, todo eso bajo pretexto de que se menoscaba su autoridad con el choque de las agitaciones humanas. ¡Ah! ¡menguados soldados que quisiérais la espada siempre en la vaina para que no se manchase con la sangre y el polvo del combate el brillo de la hoja, olvidando ¡infelices! que la espada se ha hecho para mellarse y para mancharse sacudiendo de firme sobre donde debe sacudir! ¡ridículos navegantes que quisiérais la barca siempre al abrigo de la cala para que no la azotasen olas y vientos, no recordando que la barca sólo se construyó para ser en alta mar por olas y por vientos azotada! Señores y amigos mios: nó, no considereis de esa manera ruin y encogida y endeble la obra de Dios, ni falsifiqueis de esta suerte sus esenciales condiciones, ni tomeis por maestros de vuestras obras de Propaganda tales mistificadores de su divina mision. Ni os dejeis acobardar por el sofisma de los que os digan que de este modo haceis política á la Iglesia. La Iglesia nació política y vivió siempre política, y política durará hasta la consumacion de los siglos. Y cuantos defiendan en su más amplia esfera los derechos y divina autoridad de la Iglesia, por políticos han de ser tenidos, y política han de aparecer que profesan, so pena de no servir para el caso. Y á quien eso os diga, ¿sabeis lo que le habeis de contestar para dejar desvanecido todo el vano aparato de su sofística argumentacion? Decidle que la Iglesia se há con la política, como los sacerdotes con el matrimonio: que así como éstos sin ser casados son los únicos que tienen las llaves de él, los únicos cuya intervencion hace válido el lazo conyugal, los únicos que garantizan su estabilidad y armonía, por lo cual sin ser casados han de andar siempre en tratos de casamientos; así sin ser política la Iglesia y sin ser políticas las obras católicas, tienen sin embargo en las grandes cuestiones políticas la primera y la última palabra; y no es político el Papa, y no obstante sin el refrendo del Papa no hay política sana; ni son políticos el Obispo y el sacerdote, y sin embargo nadie sino ellos puede satisfacer cumplidamente á las cuestiones más trascendentales que entraña la política. De igual suerte no son políticas las asociaciones católicas (como tales), y no obstante, quieran ó nó, tienen influencia política,

y serán siempre tachadas de políticas en cuanto digan ó en cuanto hagan, aunque no sea más que llevar vela en una procesion ó colocarse al pecho una insignia. Que tal es la naturaleza esencial de las cosas, y tal es el indispensable enlace y enclavijamiento y recíproco influjo de las cosas divinas y humanas, que, notadlo bien, ni lo de abajo es de valor alguno sin lo de arriba; ni lo de arriba tiene aplicacion alguna, si lo separamos y aislamos de lo de abajo. Por todo lo cual los fervorosos seglares que el Papa llama á la defensa y auxilio de la combatida Iglesia, han de ser tales que comprendan y amen y practiquen y busquen esa esencial union de lo de arriba y de lo de abajo, de los acontecimientos humanos y de los recursos divinos, de la sociedad civil y de la sociedad religiosa, de la patria y de la Iglesia. Que tengan, en una palabra, fundidos en su pecho en un solo amor, *religionis et patriæ caritatem*, como dice textualmente el Vicario de Cristo, en la sentencia que me he entretenido solamente en parafrasear, y de la que nos falta ver sólo la tercera parte.

Seré breve en ella, señores y amigos mios, no porque no sea ella muy importante, sino porque deseo no abusar de vuestra harto indulgente atencion. Las últimas condiciones que requiere el Papa en los valerosos seglares, que llama soldados de su Iglesia, son probidad y doctrina. *Qui religionis et patriæ caritatem cum probitate doctrinaque conjungant.*

Cuanto á lo primero, no es mucho pedir del que bizarrarramente se ofrece á salir á campaña por los derechos de la fe, lo que es estricta obligacion hasta de los más oscuros discípulos de ella: la probidad. Bien entendido que no debe ser esa probidad la que tan fácilmente y tan cómodamente se practica en el mundo, sino la única que reconoce por legítima y de buena ley la Religion, es decir, la probidad cristiana. Por eso las asociaciones seglares, con todo y ser militantes y precisamente por serlo, procuran previamente ser piadosas. Y gran gloria y gran lauro del Laicismo católico moderno es que sus principales armas de combate las em-

plea en nuestros días en su propia santificacion. A eso obedece la práctica anual de los Ejercicios espirituales, á eso la frecuencia de públicas Comuniones, á eso el logro de repetidas indulgencias, á eso la pública asistencia á Cuarenta Horas, Semana Santas, Meses de María, Romerías y Jubileos. Ese es el espíritu de todo su organismo, ese su íntimo y misterioso resorte, y ¡ay del dia que desapareciese tal fermento piadoso para dar lugar á los estériles recursos que inspira el frio naturalismo! Bajo este concepto son admirables todas las asociaciones católicas en nuestra patria. Todas han comprendido que bajo la coraza del guerrero (ó encima tal vez de ella) debe abrigar el corazon el escapulario del devoto, y que no se defiende bien á Cristo sino amando muy fervorosamente á Cristo, y que la piedad en todas sus manifestaciones es la mejor arma á la vez ofensiva y defensiva para luchar con la Revolucion, cuyo carácter fundamental es ser impía.

Y en cuanto á la *doctrina*, que es la otra condicion que señala la consigna papal, señores y amigos mios, es evidente que debe tenerla el fiel seglar, y la más limpia, la más integra, la más alejada de todo resabio de error y mal espíritu del siglo. Pues qué, ¿seria lícito acoger en casa como huésped precisamente al enemigo á quien se debe á todo trance combatir? Si la mundanidad en las costumbres es el natural corrosivo de la piedad, la mundanidad en las ideas es el más enérgico disolvente de las sanas convicciones. Obrar debeis contra todo el modo de obrar de la más universal corriente del mundo en el siglo actual: pues bien; de igual suerte pensar debeis contra todo el comun criterio de las muchedumbres en él. La enfermedad mortal que envenena las actuales generaciones es el racionalismo; no pretendais salvaros de ella adoptando los temperamentos de un semiracionalismo, que tiene de aquél toda la intrínseca malicia, sin su lealtad y franqueza. Criterios distintos, esencialmente distintos, radicalmente opuestos, diametralmente opuestos, inspiran la ciudad de Dios y la ciudad de Belial que con tan enérgicas pinceladas nos ha retratado el Papa en su Encíclica *Humanum genus*. Donde se parte de criterios esencialmente opuestos, ¿es posible, señores mios, llegar á consecuencias

que no guarden la misma esencial oposicion? Y sin embargo, hé aquí el estupendo problema que traen entre manos años há tantos infelices hermanos nuestros, víctimas de la más horrible de las ceguedades. Problema que puede formularse así: Dado que tiene Dios una generacion especial suya, y Satanás tambien su propia especial generacion, buscar el modo como se obtengan de ambas contradictorias generaciones, hijos que en algun modo puedan llamarse perfectamente hermanos. Problema absurdo, tarea difícil y de enojosa labor, en la cual pierden el tiempo y la paciencia y tal vez el alma propia y las ajenas, tantos infelices alucinados en busca de un ideal que no es clara lumbre de los cielos, sino engañoso espejismo del príncipe de las tinieblas. ¡Ah! No es ésta, nó, la doctrina que quiere el Papa para los soldados de su milicia seglar, como por suerte no es ésta la que guia los pasos é informa los actos de nuestras Asociaciones católicas, atentas siempre y ante todo á no admitir en su seno (y hacen bien en mostrarse en eso rígidas é intransigentes), atentas siempre y ante todo, repito, á no admitir en su seno más que esta clase *virorum laicorum, qui religionis et patriæ caritatem cum probitate doctrinaque conjungant.*

Y si ahora como remate y epílogo de esta familiar Conferencia me pidiéseis, señores y amigos mios, una ligera indicacion sobre cuáles deben ser los límites y extension de los trabajos que abarque en las asociaciones católicas la accion católico-seglar, os la expresaré, señores mios, muy concretamente en una fórmula sacada y deducida de los mismos principios que os acabo de exponer. Obrad, os diria, como verdadera y genuína sustitucion del Estado moderno en todo aquello en que el Estado moderno ha dejado de llenar su natural mision. Cubrid con vuestra incesante actividad oficiosa, todos y cada uno de los puntos que vaya dejando en descubierto y desamparados su ateísmo oficial. Mucho podeis y á mucho se extiende el alcance de vuestras fuerzas, y tal vez nunca os habeis dado exacta cuenta de vuestro verdadero valer. Lícitas os son todas las obras para cuyo ejercicio no exige la Iglesia el santo sacramento del Orden. Reflexionad

un poco sobre esta proposicion, y veréis cuánto se agrandan vuestros horizontes y se dilatan vuestras fronteras. Recorredlas en todas direcciones, sondead el terreno en todos sentidos, medid en toda su extension esta inconmensurable arena; lo público y lo privado; lo general y lo individual; lo político y lo jurídico; lo industrial y lo artístico y científico; la casa y la Iglesia; las elevadas necesidades del alma y las dolencias y miserias del cuerpo: en todo hay llagas que curar, huecos que cubrir, urgencias que satisfacer; todo son centros abiertos á vuestra generosa iniciativa y á vuestra incansable propaganda. Ved cómo andan en el mundo de hoy tantas almas errantes como en desierto sin calor y sin luz; servid de núcleo de atraccion á esas almas para conducirlas á Dios y al seno maternal de su santa Iglesia. Ved cómo atacan y escarnecen los más sagrados objetos una prensa cada dia más procaz y un arte cada dia más extraviado y prostituido: honraos como con noble blason con la santa deshonra de esos objetos que el siglo cubre de cieno, y enalteced y levantad todo eso que él procura envilecer, ya que no lo puede destruir. Ved cómo mentidos apóstoles engañan al pueblo infeliz con groseras cuanto seductoras utopias, atizando sus envidias y rencores contra Dios, contra la sociedad, contra la propiedad, contra el capital, contra la inevitable ley de las desigualdades sociales: haceos mentores de esos desventurados para predicar á sus desolados corazones la buena nueva de Cristo, Padre comun de todos los hombres; de una Religion, bálsamo comun de todas las penas; de un cielo, esperanza y herencia comun de todos los desheredados.

¡Ah! ¡Señores! Grande, muy grande es esta mision religiosa y social del Laicismo católico. Cumplidla, que por la voz del Papa os la piden la Iglesia, la patria y vuestro propio interés. Seguid la huella de esos esclarecidos seglares que han honrado con su celo y con sus talentos vuestro sillon presidencial. Coll y Vehí, el primero que os arrebató la muerte; Sans, el último que recientemente os acaba de arrebatar. Y cuando haya pasado la presente crisis religiosa, porque todo pasa en el mundo, menos la palabra de Dios; cuando se escriba la dolorosa historia de los actuales padecimientos

de nuestra Madre; se reservará una página, página gloriosísima, para conmemorar ese movimiento católico-seglar de nuestros dias al que debió ella tantos consuelos, y de vosotros se escribirá en los anales de ella, como sin duda se habrá escrito ya en los anales de Dios: «Estos son los que en el dia de la afliccion permanecieron fieles, y en la hora de las grandes vacilaciones fueron constantes, y en los tiempos de los grandes combates no los sostuvieron sino por la causa de Dios y de la verdad.»

HE DICHO.

DE AQUELLOS POLVOS...

Ó SEA

INFLUENCIA DE LA DESTRUCCION DE LOS CONVENTOS EN EL DESARROLLO DEL SOCIALISMO ACTUAL.

(Conferencia leída en la Academia de la Juventud católica de Sabadell).

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

STABA deseando dias há otra vez dirigiros mi humilde palabra, siquiera por agradecer la inmerecida bondad é indulgencia con que siempre os habeis dignado escuchármela. Aprovecho hoy para hacerlo la ocasion que se me ofrece ser ésta la última de nuestras veladas literarias en el presente curso, pues es muy regular y puesto en ley de buena crianza, que quien os hizo los honores de esta casa abriéndoos sus puertas y convidándoos á que la honráseis con vuestra asistencia á nuestras modestas reuniones, os diga hoy como la palabra de despedida y os dé nuevamente las gracias por vuestra dignacion, y os deje en cierta manera comprometidos á que sigais prestando á la Juventud católica en el próximo curso el mismo obsequio.

Y basta ya de preámbulo, y vámonos derechos al objeto de la presente Conferencia.

Un distinguido consocio os ha ocupado la atencion durante cuatro consecutivas veladas con el estudio histórico-filosófico de ese fenómeno social, gran novedad de los tiempos modernos, que se llama *La huelga fabril,* y todos habeis po-

dido reconocer que lo ha hecho con la amplitud de miras, selecta erudicion, tino filosófico y completa ortodoxia doctrinal, que en otros trabajos suyos tiene ya acreditados. Yo que he seguido con el interés que podeis suponer el curso de esa filosófica investigacion, seguia haciendo á par de ella mi propio comentario y componiendo en cierto modo, mientras él leia sus elocuentes conferencias, ésta que al presente os estoy leyendo. Y al mismo compás con que os hacia notar nuestro amigo todo el aspecto económico y político de la presente cuestion, me la iba yo mirando y remirando bajo su aspecto religioso, y me convencia de que éste es en ella, como en todas las humanas, el aspecto fundamental. Y luego he recordado que ahora, por estos mismos dias, dentro una semana, iban á cumplirse cincuenta años del acontecimiento más grave y trascendental que registra nuestra historia contemporánea, que es la destruccion de los conventos en Cataluña, y enlazando y sintetizando las consideraciones que ambos temas me sugerian, el de las huelgas por un lado y el de los frailes por otro, han venido á aparecer á mi inteligencia como un tema único, de pocas palabras, de dos palabras no más, pero de dilatidísimos horizontes que yo no puedo recorrer á satisfaccion ni en una noche ni en dos, y que no obstante quiero rápidamente bosquejaros en media hora; y este tema es el que habeis oído y que quizás os ha parecido excéntrico y de rara originalidad. Mas... no perdamos minutos, y entremos de lleno en nuestro sencillo estudio.

El hecho histórico de la destruccion de los conventos y monasterios en España, y subsiguiente proscripcion de las Ordenes religiosas en ella, os he dicho, señores mios, que es el más grave y trascendental que registra nuestra historia contemporánea. Si quisiésemos considerar en ese atentado su aspecto político, veriamos que ninguno tuvo como él tanta influencia en el órden político; si su carácter religioso, hallaríamos que de ningun otro salió más profundamente herida la Religion; si su accion social, descubriríamos luego que

ninguno alteró tan profundamente como éste el equilibrio de todos los intereses sociales. Con dicho atentado se creyó por algunos demoler sencillamente unos viejos y ya cuarteados paredones, ruínas gastadas de nuestra antigua nacionalidad; mas al tocarlas se vió que se habian conmovido y hecho bambolear los más esenciales fundamentos de la misma organizacion social. Se juzgó por de pronto que era tan sólo á unos carcomidos claustros á los que se aplicaba la tea y la piqueta, y más tarde se ha venido á conocer que aquellos fieros golpes daban en lo más vivo de las entrañas de la propia sociedad. Pero de un modo el más luminoso ha mostrado la experiencia, que donde ha repercutido con mayor fuerza y con más honda vibracion la piqueta revolucionaria al clavarse en los venerandos muros de las casas religiosas, ha sido en esa delicadísima fibra de las relaciones armónicas entre ricos y pobres, entre amos y obreros, entre el capital y el trabajo, que es el ardiente problema que desde entonces ha planteado entre nosotros el Socialismo.

Ya sabeis, señores mios, que no es mi costumbre sentar proposiciones al aire, y que considero compromiso de honor y de conciencia exhibir inmediatamente las pruebas de cuanto me atrevo á formular. Sólo así se es comerciante de buena ley en el mercado científico: pagando al contado y con letras á la vista todas las operaciones que se hacen en él, y no exigiendo jamás que se fie nadie de la sola buena cara ó de la honrada palabra del corresponsal.

Digo, pues, señores mios, que la destruccion de los conventos en España es el primer hecho generador del Socialismo español: y esta idea en primer lugar presenta ya en su abono una coincidencia histórica, y es la siguiente. Empieza á conocerse en España como escuela militante el Socialismo desde nuestros famosos incendios del 34 y del 35, y no de más allá. Sí, entre el crugido de nuestros edificios sagrados que caen al impulso de la Revolucion, se oye por vez primera en nuestra patria el grito de ¡Guerra á los ricos! inseparable consecuencia del grito ¡Guerra á la Religion! Pobres los hubo siempre en España: rencores de clase no son nuevos en ella: envidias y ambicion han sido siempre patrimonio de la humanidad. El corazon humano, os decia tiempo

atrás, es de suyo socialista, y desde el pecado original ha incubado en su negro fondo todos los delirios del Socialismo. Mas el haber formulado eso como escuela, como aspiracion honrada y legítima, como único ideal de la sociedad del porvenir, pertenece de derecho á nuestro siglo y data de aquellos nefandos atentados. Ved una coincidencia singular. En 25 de Julio de 1835 se puso fuego á los conventos de Barcelona, y poco después, el 5 de Agosto, aún no apagado el rescoldo de aquellos sacrílegos incendios, se puso fuego á la fábrica de vapor, primera que funcionaba en nuestra capital, y el 6 se atacaban los *Depósitos comerciales* de la Aduana. Que, reparadlo bien, señores mios, no fueron menester más que diez dias para que el pueblo sacase la consecuencia de que era lícito contra los santuarios del dinero lo que se le habia declarado lícito contra los santuarios de Dios. Y por cierto que con ocasion de estos últimos atentados se dió entonces por la autoridad militar de Cataluña una célebre *órden de la plaza* que principiaba con esta frase digna de la inmortalidad: *Los que ahora se propasan al desórden no tienen otra mira que el pillaje y el asesinato.* Eso decia el buen general Ayerbe, diez dias después de haber sido incendiados y saqueados los conventos de Barcelona y asesinados gran número de sus moradores. Mas aquello por lo visto no eran *desórdenes* ni *pillajes* ni *asesinatos.* Empezó el *desórden* y el *pillaje* y el *asesinato* cuando se puso fuego al primer vapor y cuando se dió el primer asalto á los *Depósitos* de la Aduana. El General Teniente de Rey entendia perfectamente que eso último era *propasarse.* La palabra es gráfica, y, como dicha con toda ingenuidad por un militar poco entendido en retóricas, pinta ella sola de cuerpo entero toda una situacion. El General no acertaba empero: aquello no era *propasarse:* aquello era el paso lógico, natural y legítimo de un hecho á sus necesarias consecuencias. Otra proclama repartida aquellos mismos dias en Barcelona principiaba así: *La expulsion de los frailes la consintieron y aprobaron todos los amantes de la libertad: el voto de Barcelona está pronunciado: que no vuelvan los frailes: pero* (notad la advertencia) *que no haya desórdenes, que siga la tranquilidad y el sosiego.* ¡Qué *inocente y cándido* era el Liberalismo conservador del año 1835, con todo y ser tan perverso ya como el de nuestros dias!

Con que ya lo veis. Aparecen á la par, como engendrados por un mismo padre y mecidos en una misma cuna, el odio á los conventos y el odio á la propiedad, y los propios documentos públicos que atestiguan con gozo infernal la existencia del primero, dan fe con su alarma candorosa de los progresos del segundo. La mano de la demagogia que ha escrito recientemente el lema infernal: «Ni Dios ni amo,» ya se presenta en estos hechos escueta y descarnada, dejando entrever aquel mismo lema al través de la rojiza lumbre de los famosos incendios. Desde entonces no ha hecho más que desarrollarse el fatídico programa: se le ha dado barniz filosófico, se han regimentado sus adeptos, se han estudiado para su triunfo nuevos procedimientos, el novísimo de los cuales es la dinamita; pero la primera palabra, toda la palabra, se dijo entonces: el gérmen, todo el gérmen, ya estaba allí. Las pavesas y cenizas del convento amasadas con la sangre del fraile, dieron desde luego como por natural fermentacion la generacion espontánea de ese monstruo, que es ya mayor de edad, porque va á cumplir medio siglo, y que se llama Socialismo.

Que ha sido de esta suerte, os lo ha dicho la investigacion histórica: que de esta suerte debia ser, os lo va á probar la investigacion filosófica. Entro, después de unos momentos de descanso, en esta segunda parte.

Sí, señores y amigos mios, esto habia de suceder: el movimiento popular del pobre contra el rico habia de venir inmediatamente después de ese gran atentado de ambas clases contra la Religion. Habia de ser así por tres causas: notadlo bien: 1.° porque con él se habia cometido un gran delito, y todo gran delito trae en pos de sí un gran castigo; 2.° porque se habia sentado con él un funestísimo precedente, y todo funesto precedente no puede menos de traer en pos de sí un funesto consiguiente; 3.° porque con él se dió principalmente á la masa popular el ejemplo que menos le convenia recibir, y todo mal ejemplo de esos no tarda en formar en pos de sí fácil escuela.

Supongo habréis fijado toda vuestra atencion en esos tres puntos. No haré yo más que tocarlos sumariamente para dejarlos encerrados en el estrecho marco de la presente Conferencia.

Digo en primer lugar que se cometió con ese atentado contra los frailes un gran delito. Delito gravisimo, principalmente por el carácter sacrílego que le acompañó. Fueron víctimas de él los templos y altares consagrados al Dios vivo por nuestras antiguas generaciones católicas. Corrió la sangre de los ministros del Señor, mientras devoraba el incendio las imágenes y reliquias más venerandas, y el saqueo y la piqueta, y lo más infame de todo, la vil y fria subasta completaron esa impía devastacion. Fué obra, no de un momento irreflexivo en el asalto de una plaza ó en los horrores de una invasion, sino obra calculada, meditada, preparada, organizada, llevada á cabo con todo el cinismo que basta para que se la califique de alevosía. Fué obra, no de unos pocos, y éstos ignorantes ó inconscientes, como se dice hoy; sino de muchos que á mansalva la dirigieron primero, la vieron gozosos realizarse después, y finalmente solícitos la aprovecharon. Pecaron en ese gran pecado, que es el gran pecado nacional de nuestro siglo, el infeliz populacho, que fué la mano que lo ejecutó; los perversos gobernantes, que lo autorizaron y sancionaron y explotaron; las sectas secretas, que organizaron el movimiento; la multitud de bonachones y falsos honrados, que no alzaron contra él viril y enérgica protesta, y finalmente gran número de individuos de las clases propietaria, industrial y comercial, que después de la inhumana crucifixion se sentaron tranquilos al pié de la cruz á echar suertes sobre la túnica de las víctimas.

Por todos estos conceptos fué gran delito este delito, y debia traer en pos de sí tremenda expiacion. No es ciego Dios, ni es sordo, por más que así se les antoje en su delirio á los insensatos mortales: no es el Dios vivo como aquellos dioses ridículos de la gentilidad, de quienes dijo el Profeta que tienen ojos y no ven, oídos y no escuchan, manos que no palpan y piés que no les sirven para andar. La divina Justicia vela inexorable sobre los crímenes sociales, como sobre las más leves faltas de la conciencia particular, con la sola dife-

rencia de que, si para los delitos particulares se guarda muchas veces el castigo para después de la muerte, no así en los grandes pecados sociales. Para éstos no hay infierno, ni hay otra vida, y la ley de expiacion suele hacérseles efectiva en la presente sin hacerse esperar más. Dándose la circunstancia observada casi siempre en la historia, de que suele el mismo delito social traerse él mismo á sí propio este su merecido castigo.

Si tal ha pasado en todos los siglos, como atestiguan indefectiblemente los anales de todos ellos, que no parecen ser sino el libro inmenso de las justicias de Dios, ¿por qué no habia de pasar lo mismo en el siglo XIX? Pecó el poder público, y pecó el pueblo bajo y pecaron las clases ilustradas y pecámos casi todos en aquella inmensa catástrofe. Como el pueblo judío ante el balcon de Pilatos, gritámos todos, si no con nuestras palabras con nuestros hechos: *Caiga esta sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* Y realmente esta sangre parece va cayendo gota á gota sobre nuestra infortunada nacion. El rencor con que pobres y ricos se juntaron entonces para acabar con el Fraile, lo emplean ahora mutuamente ricos y pobres; éstos para conspirar contra aquéllos, aquéllos para defenderse de las pasiones codiciosas de éstos. Vengadas están, aunque tal vez no del todo, las sangrientas hecatombes del 34 y del 35. Dios para ejecutar sus fallos justicieros no necesita otros verdugos que nuestros propios crímenes, pues con sólo dejar á éstos que produzcan sus naturales consecuencias, le basta para aplicarnos (en este mundo por lo menos) la merecida expiacion.

Y esto por lo que mira al primer punto.

Digo en segundo lugar, que con este histórico atentado se sentó un funestísimo precedente, y todo mal precedente no puede menos de traer en pos de sí un funestísimo consiguiente.

Tambien esto es verdad como lo anterior. Aquello es efecto de una ley de divina justicia; esto lo es de otra ley de lógica natural. Y las leyes de la lógica natural suelen cumplirse en este mundo tan indefectiblemente como las de la justicia divina.

Se sentó con la destruccion de los conventos el espantoso

precedente de que, cuando una clase incomoda á otra, es lícito cualquier procedimiento para desembarazarse de ella. Todos los argumentos aducidos por la prensa masónica de aquel tiempo contra las Ordenes religiosas, estribaban sobre este concepto por otra parte falsísimo: «Los Frailes y sus conventos son perjudiciales al desarrollo de la poblacion y de la riqueza nacional.» Y este sofisma, con ser tan groseramente mentiroso, como fácilmente podria demostraros, bastó para que muchas conciencias, aparte de la pasion política, admitiesen como muy razonable la supresion de las Ordenes religiosas. Ahora bien; este precedente terrible, es el arma terribilísima que esgrime hoy por justos juicios de Dios el proletariado socialista contra la propiedad y el capital. «Los Frailes son un obstáculo para nuestro libre desarrollo,» dijeron á su modo, si no con estos precisos términos, la propiedad y el capital de entonces. Y el trabajador fabril y el bracero de nuestros tiempos han aprendido con ligeras variantes esta fórmula, y dicen hoy en sus clubs y periódicos: «El capital y la propiedad son los únicos obstáculos á nuestra emancipacion social.» «Despotismo claustral,» llamaban entonces al derecho legítimo del monasterio, que cobraba del pais sus módicos diezmos y señoríos. «Despotismo de la burguesía,» se llama hoy el derecho legítimo del propietario y del fabricante que por convenido salario usufructúan los trabajos del obrero. «Guerra al convento,» se clamaba ayer. «Guerra á la fábrica,» se vocifera hoy. De suerte que parecen copiados los programas y las arengas de la Internacional contra los ricos, de las arengas y proclamas de los Carbonarios del 34 y del 35 contra los Religiosos. Nada apenas ha variado más que el blanco de la feroz puntería, que entonces era la casa de Dios, y hoy es el palacio del hombre. Pero digo mal: algo más ha variado, porque ha adquirido gran perfeccion el procedimiento: entonces se incendiaba con la tea y la fagina, que eran sistemas muy lentos y primitivos; hoy se vuela un edificio con pocas onzas de dinamita y de nitroglicerina, que son ambas un soberbio adelanto de la química. Consolémonos. Si así morimos, tendrémos por lo menos el gusto de morir muy á la moderna y con todos los honores de la ilustracion.

Paso ya, por fin, al tercero de los puntos propuestos, y digo que con la destruccion de los conventos se dió á la masa popular el ejemplo que menos debia dársele, y todo mal ejemplo de esos no tarda en formar en pos de sí fácil y perversísima escuela.

Comprenderéis perfectamente la fuerza de este argumento con sola una observacion. El pueblo, como el niño, aprende más con los ojos que con el discurso; más le enseña, para el bien ó para el mal, lo que ve que lo que se le predica. Ahora bien, ¿qué ha visto el pueblo en esa horrenda catástrofe de que tratamos? Ha visto conculcado lo más respetable, lo que todos los siglos le habian presentado como más digno de veneracion; ha visto arrastrado por el lodo lo que siempre habia tenido como más rodeado de absoluta inviolabilidad.

Ante las puertas del pacífico convento se habian detenido siempre las olas de todas las pasiones humanas; ante la majestad de aquel recinto habia retrocedido tal vez el mismo poder de los magistrados y de los reyes. Y ahora se entregaba ese misterioso recinto á la profanacion de las turbas más envilecidas. Los Santos procedentes de Ordenes religiosas eran para el pueblo los más queridos y festejados, como por ejemplo: san Antonio de Padua, santo Domingo de Guzman, san Francisco de Asis, etc., etc.; sus hábitos eran recuerdo de glorias y de beneficios los más genuinamente populares; sus nombres, los más comunmente adoptados en el uso vulgar; sus fiestas, las más alegremente celebradas. Y ahora todo esto aparecia execrado, envilecido, hecho objeto del ludibrio y escarnio más vergonzosos. En el Fraile veía el pueblo personificada frecuentemente la doble majestad de la virtud y de la ciencia; la portería del convento era siempre sala de consejos para todo hijo del pueblo que allí se presentase á demandarlos, y en el púlpito y en las Misiones á remotos países y á la cabecera de los enfermos brillaba, siglos há, la aureola de la santidad y del saber del Fraile, como en el palacio del magnate, en la cátedra de la universidad y en el consejo de los príncipes. Y ahora, todo esto se desconocia y se vilipendiaba, convirtiéndose en baldon de la más abyecta plebe. ¡Oh! ¡qué impresion tan desastrosa no habian de producir todos esos trueques en la imaginacion popular! ¿Qué habia

de haber en adelante digno de respeto para ese pueblo á quien se habia enseñado á pisotear lo más respetable? ¿Qué autoridad habia de serlo para esas turbas á quienes se enseñaba prácticamente el desprecio y befa de la más alta autoridad? ¡Ridículo habia de ser en adelante exigir que el hombre respetase á otro hombre sólo por su dinero, cuando se le habia enseñado que no merecia sus respetos hombre alguno, ni por ser representante del mismo Dios!

Tal fué el efecto práctico de aquellas espantosas escenas de sangre; tal habia de ser la moralidad que de ellas sacara el pueblo, ante cuyos ojos se representaban. Mas las clases acomodadas agravaron terriblemente esta eficacia del mal ejemplo, con lo que se permitieron después de él. Porque, como es sabido, no se contentaron con haber destruído los Institutos religiosos, sino que, á fuer de aprovechadas y codiciosas, empezaron inmediatamente á repartirse sus despojos. Y el pueblo hubo de contemplar que la casa de Dios pasaba á ser teatro, que el venerando monasterio se convertia en granja ó quinta de recreo, que en el solar bendito que misticamente sombrearon las ojivas del claustro se alzaban productivas manzanas de casas de alquiler. Y que, á consecuencia de esto, los conventos y sus fincas no habian hecho, al fin y al cabo, más que cambiar de poseedor. Con la agravante variacion de que á los anteriores dueños les amparaba, en su indisputable derecho, la posesion de dilatados siglos, y á los nuevos no les hacia reconocer por tales más que el resultado de una muy sospechosa subasta. Desde entonces han sido mudos, pero eternos y elocuentes predicadores de socialismo y de anarquismo, todas esas opulentas fincas ante las cuales pasa el trabajador diciendo para sus adentros ó en alta voz: «Esto fué convento, esto pertenecia á los Frailes.» Desde entonces cada ruína sagrada que se ostenta dolorida en nuestros campos y ciudades, si para el católico ha sido perenne monumento de lo que son con respecto al Catolicismo los partidos liberales, para el demagogo ha sido un estímulo que le incita á llevar hasta el fin sus más siniestros propósitos. «Lo que se hizo con el Fraile, se ha de hacer con el rico:» esta frase cruda y escueta, no velada por ningun artificio retórico, la he oído mil veces pronunciar á más de un

hijo del pueblo que anhela, para lo que llama él su emancipacion social, otros 34 y 35 como aquellos á los que le han enseñado que debe su titulada emancipacion política.

Abierta queda y sangrando todavía la horrenda herida que con estos hechos se hizo á la moral pública, y por esto al través de medio siglo duran aún sus funestos resultados. Permanece en pié el delito, y por eso permanece inflexible el castigo: dura aún el inicuo precedente, y por esto siguen brotando de él toda suerte de desastrosas consecuencias: todavía se está dando el mal ejemplo, y por eso crece y crece sin cesar la funesta escuela que con él se ha formado. La generacion presente no ha rehabilitado como debia lo que aquella otra generacion vilipendió y destruyó: por eso no aparta Dios de nuestras espaldas el azote de las revoluciones sociales que, no lo dudeis, son hoy los ministros de sus venganzas. El periódico, la novela, el teatro, siguen difamando al Fraile y convirtiéndole en tema perenne de sus befas y escarnios, y el pueblo sigue aprendiendo eso y siguen consintiéndolo los que no lo debieran en modo alguno consentir, y siguen autorizándolo con la complicidad de su silencio los que contra tantas otras cosas saben con tanta energía protestar. No son ciertos españoles de hoy menos criminales en este sentido que sus padres del 34 y del 35. Se ha apagado, es verdad, la llama de los incendios, pero no se han entibiado los fieros rencores, ni se han desvanecido las ridículas preocupaciones que los produjeron.

Señores mios: contribuid, contribuid con todas vuestras fuerzas á que cese esa criminal situacion. La cúpula del convento fué en todos tiempos como el pararrayos social para detener en bien de los pueblos las iras del cielo y refrenar las pasiones de la tierra. Hoy, convertida en ruinas, ha venido á ser constante provocador de las más negras pasiones de la tierra y de las más espantosas justicias del cielo.

Reconocedlo, señores mios; de aquellos polvos, como dice un concienzudo refran, salieron estos lodos: aquellos vien-

tos, en mal hora sembrados, nos han traído las presentes tempestades; reconocedlo, sí, y siquiera por vuestro propio interés, ya que no por más elevadas consideraciones de religion y de justicia, no mireis en los hoy renacientes Institutos religiosos un enemigo. Mirad, sí, como vuestro peor enemigo, al que de ellos os hable en adelante como por desgracia tanto se os ha hablado hasta aquí.

HE DICHO.

LAS NEGACIONES DE SAN PEDRO.

(Conferencia leída en la Academia de la Juventud católica de Sabadell).

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

ARECERÁ á algunos ocurrencia por todo extremo rara y original, que para cerrar y coronar dignamente esta velada que en obsequio del Príncipe de los Apóstoles celebra esta Academia, haya ido yo á escoger tema como el que me acabais de escuchar. Parecerá, digo, raro y áun bochornoso para el objeto de nuestra fiesta, haber escogido yo como acto más saliente de ella el recuerdo de aquella página de la historia de nuestro héroe, que menos puede honrar su memoria y menos puede hacerla simpática á los corazones generosos. ¿No valia más, estará diciendo ahora mismo en su interior más de uno de vosotros; no valiera más habernos recordado al animoso pescador de Galilea en el momento en que deja sus redes y barca, y áun su mujer é hijos, y se resuelve á seguir únicamente á su Maestro; ó en aquel acto solemne en que preguntado por El sobre el concepto que forman las gentes de su persona, se adelanta á los demás discípulos y da el primero de todos elocuente testimonio de su divinidad; ó en aquel arranque hidalgo de la Cena en que promete no abandonar nunca á su Señor, aunque todos los demás le

abandonen; ó en aquella varonil y dramática escena del Huerto, cuando viendo atacado á su Maestro se lanza espada en mano para defenderle, cierra contra los enemigos sin contar su número, y corta de un mandoble la oreja á Malco, acreditando que no de simulacro, sino de verdad y muy en serio dirigia á buen blanco sus certeras cuchilladas? ¿O por qué no recordarle en algun otro de aquellos pasos gloriosísimos que tuvieron lugar después de la Resurreccion, cuando tres veces reitera á Cristo la firmeza de su amor y recibe en premio la colacion del supremo pontificado, ó cuando ejerce con sin igual bizarría este su alto cargo predicando al Salvador en las calles y plazas de Jerusalen y de Roma, y recibe por ello azotes, y es encarcelado, y es puesto finalmente en cruz? ¿No era más conducente todo eso que tocar la deplorable fragilidad de la noche aquella en casa de Caifás, donde tan pequeño y tan cobarde aparece el Príncipe del Apostolado? Ni aludir á eso se debia, cuanto menos hacerlo tema de especial Conferencia; ni citarlo ni mentarlo de lejos, aunque no fuese más que para cumplir con aquel tan prudente refran español que encarga *no nombrar la soga en casa del ahorcado*.

Y sin embargo, amigos y señores mios, de las negaciones de san Pedro he prometido hablar, y no retiro mi tema, ni retrocedo ante vuestros escrúpulos y delicadezas. No hay páginas sucias en la hoja de servicios de los Santos, cuando éstos han recibido ya por sus méritos el lauro inmortal; no hay puntos negros en su resplandeciente aureola. Sus faltas pasadas, tanto como en vida les fueron ignominiosas, les son después de ella gloriosísimas; como las llagas de Cristo tan dolorosas en su Pasion, fueron el más rico joyel de sus manos, piés y costado después de su Resurreccion triunfante. Las caídas de los Santos enseñan todavía más que sus virtudes, pues dicen á la frágil humanidad que ellos tambien fueron hombres pecadores, y muestran cómo con la divina gracia y con el esfuerzo de la voluntad puede hacerse un gran santo de cualquier miserabilísimo pecador.

—Está bien, me diréis, y damos por satisfechos nuestros escrúpulos y por desvanecidas nuestras aprensiones. Pero ¿queda por esto justificada vuestra eleccion? ¿Cuál es vues-

tro propósito al ofrecernos hoy este asunto, que de todo podrá tener menos de simpático y de halagüeño?—

Ruégoos, amigos mios, no me seais impacientes. Precisamente á esa pregunta con que me asalta vuestra curiosidad voy yo á satisfacer nada menos que con todo el presente discurso, que ó mucho me engaño ó va á tener más miga y sustancia que cualquiera de los otros con que en otras noches me he permitido ocupar vuestra ilustrada atencion.

Porque seamos francos, amigos mios. ¿Habeis creido vosotros que venia á hablaros hoy solamente de aquel Pedro de Galilea, de aquel Pedro de la casa de Caifás, de aquel Pedro de la Pasion y del canto del gallo? Pues os habeis equivocado completamente. Aquel Pedro no me sirve más que de ocasion, ó á lo más de punto de partida para hablaros de otros Pedros que viven hoy en el seno de la sociedad cristiana, Pedros que discurren cada dia por nuestras calles y plazas y casas y templos y áun en medio de las Asociaciones católicas, Pedros que en todos estos lugares reproducen mil veces la cobarde negacion de Cristo que aquel su frágil Apóstol sólo tres veces verificó. Pedro es (sobre todo hoy dia) un tipo social frecuente y comunísimo. Uno solo se vió en Jerusalen: hoy no se ven más que Pedros á docenas y á millares en todas partes.

Analicemos y estudiemos los rasgos más salientes de su fisonomía.

En primer lugar, Pedro suele ser valiente y animoso, pero por una rara excepcion no lo es ante los enemigos más despreciables. Vedle al antiguo que celebramos en el dia de hoy. Nadie sino él tuvo resolucion para sacar la espada en el Huerto, y acometer con brio y gallardía á la hueste armada que fué á prender á Jesús. Solo é inferior en armas, y desacostumbrado seguramente al manejo de ellas, nada de eso le impidió embestir denodadamente. Pero ¡qué miseria, amigos mios! Aquel mismo Pedro á quien no arredraron cien ministros armados, decayó y se amilanó como un niño á la voz de una mozuela; ni fueron menester más que unas burlonas indirectas de esa dama de cocina para que el bravo espadachin se diese por vencido y acorralado. Duro se haria de creer este lance si no lo refiriese con tan menudos pelos y

señales la historia evangélica, que en eso diríase se esmeró en ser minuciosa y circunstanciada.

Pero, decidme, señores mios, ¿á quién se le ha de hacer duro de creer eso, después de lo que estamos viendo continuamente en tantos otros Pedros hoy dia? ¡Ah! señores mios, que el espectáculo es deplorable por demás! Hombres conozco, y vosotros los conoceis tambien, que en ocasiones mil han dado bizarras muestras de su valor en defensa de la fe católica contra toda clase de armados enemigos. No podeis llamarlos cobardes, porque no lo son. España más que otra nacion alguna tiene de esos hombres á docenas, á centenares, á millares, á millones me atrevo á decir, porque apenas hay pecho español donde no aliente el corazon de un buen soldado. Decid á esos hombres que no vayan á un acto religioso, porque ahí fuera á la puerta del templo se les aguarda con un revólver ó con un puñal, y se os reirán desdeñosamente, y eso les será, más que impedimento, verdadero acicate y atractivo para no faltar á la cita. Ocasiones se han dado de sobras en que se ha podido comprobar esta verdad. Vosotros la conoceis por experiencia. Mas tambien sabeis por experiencia otra menos honrosa y consoladora. Esos Pedros dispuestos á ofrecer su pecho al acero ó á la bala, y con brazo nervudo para contestar con la bala y el acero á sus provocadores; esos Pedros de pura raza española que lo mismo se batirán en la calle que en el campo en defensa de su religiosa conviccion, suele derrotarlos y humillarlos, y confundirlos y hacerlos retroceder medrosos y encogidos, ¿qué diréis? me avergüenza indicarlo; una sonrisa, un chiste, una mirada burlona, un apodo necio, un verse señalados con el dedo. ¡Oh desgracia! ¡Oh Pedros infelicísimos! ¡Oh fáciles victorias las que cada dia con armas tan viles logra la impiedad! Sí, porque si vais á averiguar el por qué de la ausencia de muchos católicos de nuestros actos públicos de piedad, de nuestras Comuniones generales, de nuestros Jubileos, de nuestras procesiones, de nuestras romerías, no hallaréis otra razon que esta muy miserable que os acabo de insinuar. Temen. ¿Y qué temen ahí esos valientes que en otro terreno nada temen? Oídlo: temen ser vistos; temen ser señalados; temen ser llamados ¿qué pensais? ¿ladrones? ¿asesinos? nó,

señor: temen ser llamados católicos. Y reparad una extravagante contradiccion. Si álguien se atreviese á decir á uno de los tales: «Vos no sois católico,» tomaríalo él como un insulto, y puede que contestaria al insultador con un sonoro bofeton. Pues bien: ahora se le dice al revés: «Sois católico,» y el muy menguado ve en eso una ignominia y se apresura á eludirla. Y quien se la echa en rostro es quizá un infeliz triste-figura á quien nadie hace caso en sociedad, y ante quien, no obstante, se detienen en estos casos los que más valen en ella. Decidme, señores: ¿no es esto absurdo? ¿no es irracional? ¿no está fuera de todo órden de lógica, y áun de todo concepto de honor y de varonil fortaleza?

Permitidme, á propósito de eso, otra observacion: permitídmela muy en particular, vosotras, señoras, ante quienes tengo la satisfaccion de hablar esta noche y que sois (y no es lisonja ó galantería, sino pura verdad) el más espléndido ornamento de nuestra fiesta. No quiero adularos; no quiero sino deciros la verdad. El enemigo ante quien se rindió vergonzosamente Pedro en casa de Caifás fué para mayor ignominia... una mujer. Y la mujer es frecuentemente la que acobarda y vence y arredra en sus piadosos empeños á la mayor parte de los Pedros que niegan á Cristo entre nosotros. ¡Ah, señoras! ¡ah, señoras! Si comprendiéseis todo el poder de vuestro ascendiente social, si comprendiéndolo lo pusiéseis todo al servicio de Dios y de su Iglesia y de las obras católicas que tanto lo necesitan, muy otro seria el aspecto de nuestra sociedad, muy otras serian las corrientes de ella. Ha dicho un profundo filósofo «que los hombres hacen las leyes, pero que las mujeres hacen las costumbres.» Es, pues, tanto mayor la influencia social de la mujer, cuanto es mayor la importancia que tienen en la sociedad las costumbres que haceis vosotras. Pues bien, señoras, ese ascendiente social que nace de vuestro ascendiente sobre la familia y sobre el individuo, ¿cómo no lo empleais más frecuentemente en robustecer lo noble, lo digno, lo cristiano, en vez de emplearlo en dar valor á indignas fruslerías de vanidad que os ocupan tal vez toda la existencia! Y ¿qué diré si pasando aún más allá en el abuso de esos dones que os concedió el cielo, no solamente dejaseis de hacerlos servir en favor de la verdad, sino

que directamente los hiciéseis servir contra ella; si esas sonrisas burlonas, si esos chistes picantes, si esos denigrantes apodos que poco há os decia, se oyesen de vuestros labios y saliesen disparados de ellos contra los más fieles servidores de Cristo nuestro Señor? Oídme bien. Dos tipos de mujer sobresalen por distintos conceptos en la historia de la Pasion. El de esa mujer vil que con sus dichos hizo caer por unos momentos de su alto pedestal al Príncipe de los Apóstoles, y el de la otra valerosisima que fué el aliento principal de todos ellos durante aquellas negras horas de tribulacion. ¿A cuál quereis, señoras mias, asemejaros? ¿A la Madre del Salvador ó á la criada de Caifás? Si lo primero, seréis lo que en todos los siglos ha sido la mujer cristiana calcada sobre aquel tipo sublime, espejo del honor y de la virtud, foco inspirador de estos sentimientos en el corazon del hombre: si lo segundo, sedlo enhorabuena, no os envidiaré esa honra singular; como humildes criadas serviréis, no á Caifás, es verdad, pero sí á la Revolucion anticristiana en su obra satánica de deshacer cristianos, ó por lo menos de hacer cristianos á medias, de apagar todo fuego de heroismo en los corazones, de matar todo elevado impulso en las almas, de ahogar todo generoso entusiasmo en vuestros hijos, maridos, hermanos ó amigos. ¡Ah, señoras mias! harto sabeis que no hablo por hablar. Existe en nuestra sociedad el tipo ruin de la mujer copia de aquella que hizo caer á Pedro en la más ignominiosa de las cobardías, como existe el tipo del cristiano copia de aquel Apóstol prevaricador.

Mas... perdonadme la digresion, y volvamos al hilo de nuestro discurso.

Ofrece el caso vergonzoso de Pedro al negar á Cristo, una circunstancia digna de particular atencion. No fueron los enemigos de Jesús quienes le buscaron á él, sino él quien fué á buscarlos á ellos metiéndose entre sus grupos y corrillos, sentándose á la lumbre de su brasero, y trabando con aquella gentecilla de tan baja ralea, tratos y conversaciones y franquezas muy ajenas, á lo que entiendo, de lo que correspondia á un Discípulo del Salvador. De suerte que el desdichado Apóstol no fué acometido por la tentacion; sino que se echó de bruces en ella: no es por tanto de admirar si de ella salió el infeliz maltrecho y descalabrado.

De igual manera suelen obrar los Pedros de hoy dia, para que sea en todo completa la semejanza. Tambien ellos se van derechos á la tentacion, en vez de evitarla prudentemente; tambien ellos parecen tener la singular manía de hallarse mejor entre los enemigos de su fe que entre sus amigos; tambien á ellos les encontraréis con más frecuencia animándose al brasero de la casa de Caifás, que calentándose al calor de la conversacion y ejemplos de los sanos amigos del Crucificado. Me explico, señores, muy perfectamente el flojo temperamento de muchos católicos del dia. Es muy sencilla la explicacion. Viven lo menos que pueden en la vigorizadora atmósfera de la fe; todo su prurito es acudir á respirar, como más apropiada á sus pulmones, la atmósfera enervante del escepticismo francamente liberal ó siquiera transaccionista. Después de eso no pregunteis por qué salen de tan ruin temple las almas, que antes parecian de hierro y hoy no parecen sino, como la media celada de D. Quijote, de mal pintado papel de estraza: no os canseis en averiguar por qué ceden en todo esos hombres-hembras, áun en aquello en que es traicion la menor condescendencia; el secreto está aquí, no vayais á buscarlo en otra parte alguna. Pasan el dia y la noche en el círculo anticatólico ó nada católico, que lo mismo da: no forman su criterio y sus impresiones más que con el periódico y el folleto anticatólicos ó nada católicos: ¿qué fuerza de virilidad católica quereis que salga de esa tan irracional manera de conducirse? Oyendo á todas horas blasfemar de la Religion, ó poner en tela de juicio sus dogmas, ó en caricatura sus misterios y ministros; estando en contacto continuo con quienes la miran desdeñosamente y sin ningun respeto de cosa divina; acostumbrado el corazon á poner igual rostro á la verdad que al error, á la impiedad que á la fe, ¿cómo quereis que no se torne indiferente y poco aprensivo? ¡Ah! señores mios, si fuésemos á estudiar la historia de muchos corazones, que tal vez se asombran de encontrarse á sí propios descatolizados, cuando eran antes firmes católicos; si fuésemos á inquirir por qué caminos ha huido de ellos la fe antigua ó por lo menos se ha entibiado y amortecido, es seguro que nos bastaria averiguar qué casa ó qué casino frecuenta aquel infeliz, qué compañía le rodea, qué periódico le envenena.

Yo no sé, por otra parte, qué modo de amar la Religion es ese, que no tiene horror alguno á los enemigos de ella, antes se halla bien, perfectamente bien, en sus círculos y amistades. Confesad, señores mios, que en ningun otro órden de sentimientos pasa eso; parece singular prerogativa de los sentimientos religiosos de ciertas gentes el tenerlos tan pastosos y acomodaticios. Cuando se ama de veras no se suele por cierto amar de esta manera. Amais en política vuestro ideal: yo os aseguro que nunca pondréis los piés en el círculo que representa un ideal contrario. Sois en economía proteccionistas: no temais que os hagan jamás aceptar una silla en un meeting libre-cambista. En nuestras propias relaciones privadas, donde sabeis se habla mal de vuestra mujer ó de vuestra madre, no seréis tan malos hijos ó malos maridos que vayais allá á buscar vuestro rato de expansion. Y sin embargo, esa conducta absurda es la de muchos católicos en órden á lo que dicen amar más y mejor que todo lo referido. Me declaro vencido, amigos mios, en la solucion de ese enigma. Es uno de tantos misterios que no acierto á comprender. Sólo, sí, acabaré recordándoos que no hubiera caído Pedro en su vergonzosa deslealtad, si no hubiera acudido á pasar sus ocios entre los que tenian bastante interés en ponerle á prueba. Señores mios, no os vayais á buscar tales compromisos y riesgos si no quereis miserablemente sucumbir. Buscad corazones que arrimados al vuestro os comuniquen su calor, no su hielo indiferentista; manos que asidas á las vuestras os ayuden á sosteneros, no que os empujen á derribaros. Y una prevencion quiero haceros aquí, para poneros en mayor recelo, y es la siguiente: Aún hay otro papel más odioso que el de Pedro cobarde; hay el de Judas traidor. Y el papel de Pedro anda muy vecino y allegado al de Judas. Se empieza vacilando, se prosigue negando, y se acaba muchas veces... vendiendo. Y son muchos, muchísimos que venden su fe al diablo, cuando tal vez al principio no pensaron más que disimularla un poco ante la sátira de un mal compañero. A propósito de lo cual ha dicho un grave autor, que el que desea ser amigo de todos no puede ser en verdad amigo de nadie. ¡Oh qué luminosa observacion! Hé aquí otra de las causas de las negaciones de muchos: querer ser

amigo y bien quisto de todo el mundo. Tenedlo entendido, señores mios, y en particular vosotros, individuos de las Asociaciones católicas: para ser verdaderamente amigos de la Religion es forzoso que os tengan en cierto modo por enemigos todos los que lo sean de ella. ¡Mal va el soldado á quien no aborrecen los enemigos de su bandera! Habeis de sufrir, pues, que os llamen los malos con todos esos apodos que hoy son patrimonio honrosísimo de todos los buenos. Sí, amigos mios; habeis de aguantar que os apostrofen de fanáticos, de beatos, de ilusos, de atrasados, y honraros con eso, y no sólo aceptarlo, sino buscarlo, y sobre todo... procurar finamente merecerlo.

Voy á concluir. Largo rato hemos hablado de las negaciones de san Pedro como ejemplo de lo que os conviene á toda costa evitar. Escuchad ahora de qué modo quiso el Señor resplandeciese el ejemplo de Pedro fiel, y se borrase el recuerdo de Pedro cobarde y prevaricador. Habia ya resucitado Cristo, y dentro poco iba á separarse visiblemente del mundo para subirse á los cielos. Pedro era el llamado á presidir el Apostolado y á empuñar el primero de todos el timon de la combatida nave de la Iglesia. Tomóle, pues, un dia por su cuenta el Salvador, y sacándole del grupo de sus compañeros le interpeló diciendo: «Simon hijo de Juan, ¿me amas tú más que estos?—Sí, por cierto, respondióle Pedro; Tú, Señor, sabes que te amo.» Y tres veces le hizo esta pregunta, y tres veces se gozó el Salvador en hacerle repetir la misma contestacion. Así quiso en cierto modo el divino Maestro rehabilitar públicamente á aquel su Discípulo ante sí propio y ante los demás hermanos del Apostolado. Triple confesion de amor, que juntamente con las anteriores lágrimas acabó de borrar aquella triple negacion del miedo, y que puso como el sello á la eleccion de Pedro para el Pontificado universal.

¡Señores y amigos mios! ¡vosotros en particular socios de esta Academia! La Iglesia os interpela hoy como Cristo á Pedro, y poniéndoos delante de esas muchedumbres, sin fe unas, sin el ardor de la fe otras, desmayadas las más y subyugadas por el ascendiente de la moderna *opinion pública*, que es la criada vil de Caifás á quien tanto temen y servil-

mente se humillan, os dice: «¡Jóvenes católicos! ¡Socios de esta Academia! ¡Soldados distinguidos del pueblo fiel! ¿Decid, no me amais vosotros más que todos esos? «¡Qué vergonzoso seria, amigos mios, tener que esconder el rostro ante esa pregunta, por no sentirse con valor para darle afirmativa y categórica contestacion! Si os sentís con valor para darla, sin que os desmienta de puertas á dentro la voz de la conciencia, sois verdaderos apóstoles; sois dignos socios de una Academia á que os ha llamado el cielo como á un verdadero apostolado: si no... no me atrevo á acabar de decir lo que sois: prefiero se lo grite acusador á cada cual su propio remordimiento.

HE DICHO.

CAFÉ Y BILLAR.

(Conferencia leída en la Academia de la Juventud católica de Sabadell).

SEÑORES Y AMIGOS MIOS:

N tantico extraño parecerá á no pocos mi tema de hoy, y ciertamente no me sorprenderá á mí esta sorpresa de muchos, porque yo mismo os he de confesar que al abordar este asunto me encuentro más que medianamente sorprendido. «¿Cómo? (dirá alguno de vosotros, ó tal vez por lo menos lo pensará). ¿Y es éste un sacerdote, grave y severo, y como dicen por ahí, integrista é intransigente, que en el seno de una Asociacion católica, no se contenta con autorizar la existencia de un *Café* y de un *Billar*, sino que en medio de ella se atreve á levantar su voz para justificar y aplaudir tales profanidades? ¿Desde cuándo se ha hecho hasta tal punto mundano el ministerio sacerdotal? ¿A eso han venido á parar los anatemas y execraciones, que contra tales elementos de disipacion acostumbró lanzar hasta hoy el moralista cristiano?»

Confesad, amigos mios, que lo que acabo de apuntaros no es invencion mia, sino que os lo habeis oído más de una vez, dándose la rara casualidad de que en expresarse así coinciden, por singular contraste, personas las más amigas unas de la Religion, y otras las más enemigas de ella. De

suerte que extrañan ó aparentan extrañar la novedad de un *Café* y de un *Billar* en nuestra Academia católica dos clases de gentes: las que por mal entendido celo de las buenas costumbres repugnan eso que les parece de mal sabor, y las que por prurito de hallarnos inconsecuentes con nuestros santos principios, juzgan que en eso los abandonamos, para pasarnos con más ó menos franqueza á campo más alegre y divertido. Para responder muy satisfactoriamente, así á los vanos escrúpulos de los primeros como á los ridículos alborozos de los segundos, me he propuesto hoy, señores mios, el tema de esta original Conferencia. Y para entrar desde luego y sin más entretenidos exordios en el objeto de ella, formulo en tres preguntas otros tantos puntos de vista que abarcan, por decirlo así, todo mi asunto:

1.ª ¿Se *puede,* católicamente hablando, tomar café y jugar alguna partida de billar?

2.ª ¿Conviene, católicamente hablando, que tengan su *Café* y su *Billar* las Sociedades católicas?

3.ª ¿A qué reglas, católicamente hablando, debe estar sujeto en una Sociedad católica, el uso de estos objetos de honesto recreo que se llaman *Café* y *Billar?*

Confio, señores y amigos mios, nó llevar el convencimiento á vuestras inteligencias, porque de eso teneis ya todos vosotros formada muy clara y concienzuda conviccion, sino daros armas sobradamente eficaces con que fuera de aquí podais llevar dicho convencimiento á los espíritus más desfavorablemente prevenidos. Empiezo, pues.

Es mi primera pregunta: ¿Se puede, católicamente hablando, tomar una taza de café y jugar una partida de billar? Reparo, señores mios, que os estais riendo, señal cierta de que acabo de proferir una tontería. Y en efecto, la he proferido, y yo mismo he de resignarme á calificarla de tal. Lo mismo os reiríais si muy seriamente y con graves aparatos os anunciase que vengo á discutir aquí si la nieve es blanca ó negra, ó si dos y dos son cuatro, ó si el todo es mayor que

la parte, ó cualquier otro de esos enmarañados problemas, que por no tener nada de problemas fueran sencillamente puras, purísimas majaderías. Hariais bien en reíros, señores mios, en aquel caso: como habeis hecho muy bien en reíros ahora, porque realmente el asunto, áun entre personas sérias, no se presta á ser dilucidado con seriedad y sí sólo á carcajadas. Sí, señores mios, el católico, sin dejar de ser muy buen católico, puede tomar café y jugar al billar, que nada de esto anda por necesidad reñido, sino al revés, puede andar muy bien avenido con el más puro y ortodoxo catolicismo.

Y permitidme á propósito de esto una digresion.

Nuestros enemigos los anticatólicos tienen una vieja manera de combatirnos que, una de dos, ó les acredita de muy ignorantes, ó les convence de muy mala fe. Habréis reparado que casi siempre que nos arguyen empiezan por suponernos lo que no somos, y sobre este supuesto nos echan en rostro mil y mil soñadas invenciones, que no existen sino en su extraviada imaginacion. Es esta por cierto muy cómoda manera de combatir; forjarse primero á su gusto el enemigo, para tener luego el placer de derribarlo tan fácilmente á la primera estocada. Sólo que sucede entonces que el enemigo á quien tan fácilmente se derriba es el enemigo fantástico y de carton; que el otro verdadero, vivo y real, se queda en pié y sin recibir un golpe. Sucede así en la mayor parte de nuestras polémicas: se nos impugna por un catolicismo que en realidad no es el catolicismo de veras. Y cuando los polemistas católicos queremos en casos tales despachar de buenas á primeras al adversario, no tenemos necesidad más que de decirle: «Caballero, eso que con tanto calor impugnais no es dogma ó precepto ó procedimiento católico, ni lo fué nunca. Errásteis, pues, el blanco de vuestras punterías. Cuidad otra vez de apuntar mejor.»

Lo cual es frecuentemente perfidia y mala fe, pero por caridad hemos de reconocer que las más de las veces no llega á tanto, y es solamente ignorancia. La mayor parte de los que hablan de Religion y de asuntos religiosos no saben de eso una palabra. En cualesquiera otras materias es ridículo querer dar voto sobre lo que no se entiende, y así no suele fallar sobre medicina sino quien es facultativo, ó sobre ar-

quitectura sino quien es arquitecto; pero en achaques de Religion no parece deber tenerse en cuenta esta regla de buen sentido. Curioso es sobre esto lo que pasó entre un Padre Jesuíta y un viajante de comercio en un wagon de cierto ferro-carril. El intrépido viajante ó comisionista quiso entablar polémica con el Jesuíta sobre una cuestion religiosa. «Está bien, le dijo el Padre; pero estará V. enterado perfectamente de esta cuestion.—¡Oh sí! repuso el mozalvete con aire de satisfaccion, y dándose ya por ganada la partida.—Pues bien, replicó amistosamente el Padre, hágame V. el obsequio de decirme el *Credo*, que ésta es la base fundamental de toda cuestion religiosa.» Y ¡oh pasmo! aquel sabio comisionista de géneros que queria resolver sobre la marcha las más arduas cuestiones religiosas, ignoraba lo fundamental de todas ellas, que es el *Símbolo de la fe*. Y así tuvo que contestar que no lo sabia. Y tomando entonces el buen Padre la palabra le aplicó con toda suavidad el siguiente sinapismo: «Señor mio: ni yo puedo hablar de los géneros que traeis en vuestro muestrario de comisionista, porque nada sé de ellos, ni vos podeis en parte alguna hablar de Religion, hasta que sepais por lo menos el *Credo*, que es el *abecedario* de toda ella.»

Pero ¿dónde nos hemos dejado el *Café* y el *Billar?* Aquí nos los hemos dejado y aquí volvemos á encontrárnoslos. Señores mios, hay pobres gentes que juzgan de nuestra santa Religion con el criterio propio de ellos, no con el criterio propio de ella, que es el único por el cual debe ella ser juzgada. A la vista tenemos una porcion de ejemplos y voy á citároslos. Han oído decir, v. gr., que la Religion tiene en gran estima el estado de virginidad, y de eso deducen que la Religion (y yo lo he leído en letras de molde) es enemiga del Matrimonio. Han oído ponderar la pobreza cristiana y el desprecio de los bienes terrenos, y de eso han deducido (y yo lo he leído tambien) que la Religion es enemiga de la industria y del comercio. Saben que la Iglesia ha condenado errores sostenidos por algunos sabios, y sacan de ahí que la Religion es enemiga jurada de las ciencias. Eso que en modismo familiar se llama, señores mios, «tomar el rábano por las hojas,» sucede tambien en la presente ocasion. Han oído en sermones y han leído en libros ascéticos tronar contra *esos* cafés y *esos*

teatros y *esas* casas de juego, y han concluido por sacar la consecuencia de que la Iglesia enseña que es pecado tomar café ó escribir un drama ó hacer una carambola. ¡Válganos el cielo, señores mios! ¿Y dónde habrán ido á parar en nuestros ilustrados tiempos la lógica y el sentido comun? Si por encontrar malos *esos* cafés y *esos* teatros y *esas* casas de juego que realmente lo son, se ha de sacar la regla general de que es malo tomar café ó leer un drama ó jugar una partida, confieso francamente que tienen razon nuestros enemigos. Pero si reparan que los moralistas cristianos no han condenado jamás ni el café, ni el teatro, ni el juego por lo que son éstos en sí, sino lo que en el mundo se frecuenta con estos pretextos y lo mucho perverso y criminal que tras ello se esconde, entonces tendrán que convenir con nosotros en que hay un modo católico de tomar café y un modo católico de jugar al billar, distintos completamente de los que usa el mundo, que no es católico sino mundano; y que por tanto la primera de mis tres preguntas debe contestarse en sentido plenamente afirmativo. Sí, en efecto: se puede, católicamente hablando, tomar café y jugar al billar. Esto, empero, lo vais á comprender aún mucho más entrando ya de lleno en la segunda pregunta.

Es la siguiente: ¿Conviene, católicamente hablando, que tengan su *Café* y su *Billar* las Sociedades católicas?

Fijemos ante todo el concepto fundamental de estas Sociedades ó Asociaciones ó Academias.

Estas Academias, Asociaciones, Centros, ó llámense como se quieran, son instituciones seglares, aunque subordinadas, como debe estarlo todo lo católico, aunque sea seglar, al magisterio doctrinal y preceptivo de la santa Iglesia y á la autoridad de sus Pastores. No son Congregaciones, ni son Cofradías, ni Pias Uniones, ni cosa alguna de estas que bajo una ú otra denominacion organiza ó reglamenta el derecho canónico. Son centros de vida social-seglar, pero católica: en aquel primer concepto tienen sus juntas seglares y su presi-

dencia seglar: en este segundo, esto es, en el de católicos, tienen un Consiliario, que es como la garantía de su proceder en todo ajustado á las normas generales de la moral cristiana. Eso son las Asociaciones del género que nos ocupa; y en particular las llamadas Academias de Juventud católica.

Lo entenderéis mejor con una observacion.

El ideal de la Propaganda católico-social á que se dedican preferentemente estas Asociaciones, es la restauracion completa de las costumbres cristianas en la sociedad civil. Su anhelo y su objeto es ver reconstituídas las públicas costumbres en aquel modo de ser y fisonomía antigua, por la cual se veia á Cristo y á su ley en todas las cosas, así en la Universidad donde se enseñaba la ciencia, como en el Parlamento donde se dictaban leyes, como en el Tribunal donde se administraba justicia, como en el paseo y en la plaza pública y en el salon de espectáculos donde busca solaz y esparcimiento el ciudadano. La antigua sociedad era así, llevaba en todo el sello de Dios, áun en medio de sus debilidades y pecados: por eso, aunque pecadora, no se avergonzaba de llamarse cristiana. Y eso que fué la antigua sociedad cristiana, eso aspiramos á que sea la moderna sociedad, ó la del porvenir, si no hemos de tener nosotros el consuelo de ver con nuestros propios ojos realizada tal restauracion. Deseamos que luzca un dia en que sean cristianas todos los elementos de la sociedad civil, en que sea cristiana la ley, cristianos el arte y la ciencia, cristianas la industria, agricultura y comercio, cristiano el hogar, cristiana la plaza, cristiano el espectáculo. Sí, hasta eso, señores mios: porque ¿creeis que en una sociedad perfectamente organizada segun el Catolicismo, no habrian de tener cabida más que templos y conventos y monasterios? Esta es otra de las preocupaciones ó mejor calumnias de las que inventa y propala la impiedad, ó ignorante ó demasiado lista, para hacer odioso el grograma de nuestra restauracion social. Una sociedad sin otros edificios que iglesias y conventos, sin otra ocupacion que rezos y meditaciones, sin otro gobierno que el de curas y monjes, sin otra música que la de *Misereres* y *De profundis*, es, señores mios, nó el retrato de nuestro programa social, nó el

cuadro de la civilizacion cristiana, sino su ridícula caricatura. Para que sea segun Cristo la sociedad civil y seglar, no ha de dejar de ser por cierto seglar y civil, basta que tenga cristianos todos sus elementos y organismos, que hoy tiene perfectamente ateos ó por lo menos miserablemente paganizados. Sociedad, pues, con armas y leyes, pero segun Cristo; con industria y adelantos, pero segun Cristo; con comercio y artes, pero segun Cristo; con diversiones y pasatiempos, pero honestas y segun Cristo; este es el ideal social católico, y el que otra cosa os diga, os lo aseguro en nombre de la Iglesia, no os dice la verdad.

Ahora bien. Las Asociaciones católicas de que aquí nos ocupamos no pretenden ser otra cosa que una como muestra ó tipo de lo que deberian ser en una sociedad perfectamente organizada todas las Asociaciones instructivas y recreativas. Seglares, empero con toda la intervencion eclesiástica indispensable para poder ser llamadas verdaderamente católicas, al mismo tiempo que con todo el carácter de organizacion seglar para que puedan ser lo que deben ser, es decir, perfectamente seglares. Que lo seglar y lo eclesiástico son cosas que pertenecen á esfera distinta: lo seglar y lo católico nó. Por esto, sin dejar de ser católicas dichas Instituciones, no son eclesiásticas sino seglares, y en este concepto es compatible con ellas todo lo que no es incompatible con la verdadera vida cristiana seglar y civil. Y están por lo mismo muy en su lugar en los salones de tales Sociedades el *Café* y el *Billar*, que ciertamente estarian muy fuera de su sitio en una iglesia ó en una sacristía.

Pero yo, señores mios, no me he limitado en esta mi segunda pregunta á tratar de esta compatibilidad, sino que he hablado de conveniencia, y así he dicho: ¿Conviene ó nó, católicamente hablando, que tengan en sus salones su *Café* y su *Billar* las Asociaciones católicas? Y tambien á eso respondo que sí, que conviene, que es útil y provechoso, y me adelanto todavía más, y digo que tales *Café* y *Billar* bien dirigidos resultan en tales Asociaciones verdaderos elementos de Propaganda católica, como en los centros mundanos suelen ser con desconsoladora frecuencia elementos de desmoralizacion popular. Y sobre ésta que es la parte más sustancial

de mi Conferencia, pido ahora de un modo preferente vuestra atencion.

De ciertas cosas, señores mios, que en sí no son buenas ni son malas, ó para hablar con más propiedad, que son buenas desde el momento en que no son malas, ha hecho en nuestro siglo la impiedad armas poderosísimas para el mal, prevaliéndose del natural influjo que tienen ellas sobre la juventud para atraerla y seducirla. ¿Qué ha hecho en vista de eso la santa industria de los propagandistas católicos? Ha procurado tomar por su cuenta estos mismos medios, valiéndose de ellos en buen sentido y como medio de influir en la juventud, pero en sentido opuesto al que desea la impiedad para ruína de la fe y de las sanas costumbres. Puédese, en efecto, asegurar que casi toda la táctica de los más ilustrados apóstoles de la clase popular en el presente siglo gira sobre esta idea. Volver contra el enemigo los mismos procedimientos y recursos que el enemigo ha empleado años há contra nosotros. Y esta táctica que parece basada en el *similia similibus* de la homeopatía, da resultados, señores mios; creedlo, da resultados. Voy á exponeros de eso algunos ejemplos que os acabarán de aclarar la cuestion.

Arma poderosísima del ejército del mal es el periodismo. Sus cien bocas, he dicho poco, sus cien mil ó cien millones de bocas son como cráteres de otros tantos volcanes que derraman sobre la faz de la sociedad cristiana torrentes continuos de esa lava asoladora que hierve en los subterráneos de la Masonería, los más inmediatos por su negra vecindad á los subterráneos del infierno. Tapar esas cien mil bocas es imposible, pues la legalidad del dia que ellas han creado las autoriza. Alejar de su influencia al católico de hoy es imposible tambien, porque el católico ha de vivir en el mundo y no en otra parte, y el mundo todo está invadido de esta infernal pestilencia. Ha sido, pues, preciso contrarestarla por medios análogos á los que ella emplea, y oponer al periódico malo el periódico bueno, y hacerse, amigos mios, el buen católico periodista como los enemigos del Catolicismo, y escribir como ellos diria ó semanalmente, y redactar como ellos artículos, sueltos y gacetillas, y discurrir como ellos epigramas, acertijos y charadas, y dibujar como ellos jeroglíficos y cari-

caturas, y hacer reír como ellos y hacer rabiar como ellos, con una sola diferencia: la de emplear honradamente y con buen fin estos medios que ellos emplean perversamente y con fines perversísimos. Y hé aquí por que son hoy periodistas hombres católicos, que en otros siglos ni soñado hubieran jamás en escribir periódicos ni siquiera en leerlos, y que, creedlo, señores mios, aborrecen como yo de todo corazon esta moda, á pesar de lo cual paso la vida leyendo y haciendo periódicos.

Vamos á otro ejemplo. Rival del periódico en funesta influencia sobre las costumbres es, señores mios, la novela. Los estragos que ha causado en los corazones y en las inteligencias y áun en los nervios ese ariete social son incalculables, son espantosos. La novela es humo como el del cigarro, es verdad; es el humo de la ilusion que blandamente halaga y adormece, y al través del cual soñamos mundos ideales con vicios y virtudes, y acontecimientos cómicos ó trágicos que ante nuestra fantasía hace aparecer y desaparecer como en linterna mágica la mano diestra del novelista. Pero el humo de ese cigarro sabrosísimo y de grato aroma, trae consigo la nicotina, que envenena lentamente las entrañas y vuelve tísico en breve plazo al organismo moral más bien templado. Sí, la novela envenena la vida, señores mios, y aunque no acabe por poner en manos del lector la pistola ó el ácido prúsico, como no pocas veces ha sucedido, produce vértigos y vahidos en la inteligencia, hastío de lo real, horror á los deberes más prácticos del hombre, sueños irrealizables y por lo mismo atormentadores continuos de la existencia, desapego en órden á la familia, excentricidad en el carácter y humor, aparte de otros achaques de más grosera estofa que por sabidos y por decencia dejo de indicar aquí. Pues bien. Mala es la novela; ¿cómo destruir su funestísimo influjo? No la quiere prohibir la ley actual; no le quiere cerrar del todo su hogar la familia; se ha enamorado de tal suerte de esa bella embustera la generacion presente que no hay modo de apartarla de sus hechizos. ¿Qué hacer, pues? Los autores católicos han dado en el remedio. ¿Cómo? Cristianizando la novela, y haciéndose ellos novelistas á su vez como los más acreditados maestros del oficio. Yo os ase-

guro, amigos mios, que á no ser por esta social necesidad no se hubieran hecho novelistas el docto controversista cardenal Wisseman, ni los piadosos jesuitas Bresciani, Franco y Coloma, ni los filósofos Manzoni, Veuillot, Villoslada y Gabino Tejado. Y graves, muy graves son estos señores, y de cabeza nada casquivana y novelesca; y sin embargo, han escrito novelas, y las han puesto en manos de la juventud, y las han hecho circular por los talleres del obrero, por las aulas de la Universidad, por el tocador de las damas, con tan brillantes triunfos para la moral como para la literatura. Y la novela es hoy un apóstol en mano de esos apóstoles, como fuera ni mas ni menos que un asesino de almas y de honras en manos de sus profanos cultivadores.

¿Quereis todavía más ejemplos? Otro os voy á citar y es el que hace más á nuestro caso. Por la maléfica influencia de las modernas ideas, de suyo disolventes de todo vínculo y de todo freno, va perdiéndose en el mundo de hoy aquello tan respetable y santo que se llamó en tiempos más felices vida de familia. El hogar doméstico, ha dicho un profundo escritor, no es ya más que una metáfora. En su lugar reina hoy el casino. Ni ha creado la Iglesia esa institucion social, ni la ha bendecido; antes ha hablado como debia de sus daños y perjuicios. Mas el siglo no se convence; aborrece la casa con sus modestas alegrías, tanto como ama el casino con sus ruidosos jolgorios. El casino es para el ciudadano de hoy, pobre ó rico, trabajador ó capitalista, su hogar, su comedor, su escuela, su tribuna politica, su lonja de negocios, su plaza pública, en una palabra, su todo. Así anda ello, y pronto temo nos encontremos en el caso de que se cuenten más casinos públicos que casas particulares en el padron municipal. ¿Qué ha hecho, señores mios, en vista de eso la Propaganda católica? Se ha lanzado tambien á ese terreno que nos venia monopolizando la impiedad, y ha creado los *Círculos católicos* y centros análogos, para reunir siquiera en atmósfera sana y cristiana á todos esos dispersos de la vida de familia, á los que de otro modo absorbia en sus centros corruptores ó de poca confianza la moda actual. Y el *Círculo* ó la *Academia* ó el *Centro* católicamente organizados han congregado en su seno á muchísimos que desgraciadamente tam-

poco hubiera retenido en el suyo el doméstico hogar, y aquí les ha dado lo mismo que en los Centros mundanos hubieran ido á buscar, pero saneado y cristianizado; es decir, conversacion, periódicos, libros, escuelas, música, veladas, y hasta, señores mios, *Café y Billar*. Y ha bendecido la Iglesia esta obra, que es de apostolado popular como otras, y la han aprobado los Prelados, y la encomian los buenos que saben serlo como se debe en el dia de hoy, y han sacado de ello provechosísimos frutos las parroquias todas donde del modo conveniente se ha planteado. Y es hoy dia un Centro de esos nó destructor de los vínculos de familia, sino el más firme puntal de ella; nó un rival del doméstico hogar, sino su más firme cooperador y amigo; nó un foco de disipacion, sino una como antesala ó preparacion de las obras más fecundas del ministerio parroquial y diocesano.

Ahí teneis, señores mios, contestada y por cierto muy ámpliamente la segunda de mis tres preguntas: ¿Conviene, católicamente hablando (que es como queremos hablar siempre nosotros), conviene, digo, que tengan *su Café* y *su Billar* las Asociaciones católicas? Sí, amigos mios; conviene, como conviene que se redacten periódicos buenos donde los hay malvados; como conviene que se escriban novelas sanas donde abundan las corrompidas y corruptoras; como es bendicion de Dios que haya Centros y Círculos moralizadores con este ú otro nombre, donde con este ú otro nombre haya abiertos tantos y tantísimos Centros de pública inmoralidad. Sí, amigos mios, conviene que los buenos católicos tengan *su Café* y *su Billar*, siquiera para que no los atraigan á *su Billar* y á *su Café* los enemigos del Catolicismo. En este *su* está todo el *quid* de la diferencia; en este *su* que hace de los unos obra recomendabilísima de Cristo, como hace de los otros obra inmunda y odiosisima de Belial.

Y vamos ya ahora á la tercera y última pregunta, y á la tercera y última contestacion.

Mi tercera pregunta la he formulado en estos términos: ¿A qué reglas, católicamente hablando, debe estar sujeto en una Asociacion católica el uso de estos objetos de honesto recreo que se llaman *Café* y *Billar?*

Es muy sabido y muy reido, amigos mios, el caso aquel del cabo instructor de quintos que, enseñando el ejercicio á un peloton, les decia de esta suerte: «Chicos, media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sólo que es al revés.» El buen cabo se explicaba bien á su manera, y yo no encuentro aquí fórmula más apropiada que la suya para expresar gráficamente mi pensamiento. Sí, amigos mios: un *Café* y un *Billar* católicos deben ser lo mismo que un *Café* y un *Billar* mundanos, sólo que deben ser todo lo contrario. Exactamente. Todo está en dar la vuelta á la derecha ó á la izquierda, es decir, á la ley de Dios ó á la del diablo, como les sucedia á los quintos en cuestion.

Desarrollemos este punto, que es de grandísima importancia.

No le hace malo al sitio llamado *Café* el líquido de este nombre que en él se sirve, ni hacen malos á los salones de *Billar* el tablero ó las bolas ó los tacos con que allí se juega. Lo malo, ó por lo menos, lo peligroso de tales cafés y billares está en el concurso y en el abuso. Concurso y abuso que son imposibles en una verdadera Asociacion católica, dada su especial reglamentacion. Me explicaré. Aquí, señores mios, el concurso no es libre y el abuso no es permitido, ni siquiera tolerado. Aquí no es el público que escoge el local; el local es en cierta manera el que escoge su público. De consiguiente, si cada lugar es lo que son las gentes que á él concurren, bueno y cristiano deberá ser necesariamente este lugar, porque aquí no se consiente la entrada más que á socios buenos y cristianos. De consiguiente, la inmunda blasfemia aquí no se oye, la desvergonzada obscenidad aquí no se habla, la procaz murmuracion de vidas ajenas aquí no se consiente. Los rostros que aquí se han de ver han de ser los mismos que se ven en el templo y al pié del altar y al rededor del púlpito. Las conversaciones que aquí se entablen

han de ser honradas y dignas como las que se tengan en la mesa de la familia más digna y más honrada. El periódico libre ó liberal (que lo mismo suena y significa) no entra aquí. La pintura ó música desenvueltas y provocativas no las queremos conocer de vista ni de oídas. Y quien esas condiciones no acepte es seguro, amigos mios, que ni convidado aceptará una silla en nuestro *Café*. Decidme ahora: si en los cafés del mundo mundano se guardasen esas reservas, ¿habria motivo para execrarlos como lugares de perdicion y centros de inmoralidad y perversas compañías? Nó, ciertamente, y yo os aseguro que de ser tales como os los acabo de pintar, nunca fueran execrados como han merecido serlo por los oradores apostólicos y los libros ascéticos, antes es muy posible que fuesen recomendados como sitios de edificacion, al modo que el nuestro os estoy yo recomendando.

Y ¿qué diré del juego, que es la parte que mayores inconvenientes podrá ofrecer á la susceptibilidad de las personas escrupulosas? ¿Qué tiene que ver el juego mundano, esa plaga social que justamente condena y maldice todo corazon honrado y cristiano, con el honesto pasatiempo que en vuestros salones se proporciona en sus horas de descanso á la católica juventud? En casi todas vuestras casas se juega, señores mios, y con vuestra familia y amigos es el juego honesto y moderado uno de los pasatiempos domingueros que os permitís sin linaje alguno de escrúpulo ó aprension. ¿Lo que no deshonra, pues, vuestro católico hogar, habria de deshonrar nuestra católica Academia?

Nuestra reglamentacion no puede ser sobre esto más sensata y previsora. Tenemos establecido que no se puede aventurar en el juego cantidad alguna con la cual salga favorecido el bolsillo de un socio sobre las pérdidas de su compañero. El lado odioso del juego es éste; la codicia, que me obliga á alegrarme con lo que aflige á mi hermano; la codicia, que hace que al salir del juego cuente yo en mi faltriquera algunas monedas más que poco antes estaban en la de mi amigo, y que tal vez van á faltarle para sus necesidades; la codicia, que me aguija y estimula para que corra sediento á la mesa del juego, nó por el deseo de distraerme, sino por el afan de lucrar; la codicia, que cuando no tengo dinero lici-

tamente disponible que arriesgar en el juego, me tienta á procurármelo con medios infames ó á disponer del que no me pertenece para tales usos. La codicia es la que hace del infeliz jugador un hombre sin fe y sin conciencia; mal padre, mal esposo, mal hermano, mal administrador ó desleal dependiente; sin paz de dia y sin sueño de noche; siempre inquieto y desvelado tras el ideal de sus infaustas ganancias, ó afligido por sus dolorosas pérdidas; siempre con un infierno en el alma y con un pié en el camino del presidio, y quizá con una mano al gatillo del rewólver para completar con el suicidio su vida miserable de trampas é inmoralidades. La codicia, que no el juego en sí, es lo que produce esos tipos no sabemos si más dignos de compasion ó de aborrecimiento, ó mejor, dignísimos de ser juntamente aborrecidos y compadecidos. Quitad, pues, del juego el virus de la codicia, y tendréisle pacífico é inofensivo, tendréis el juego honesto, tranquilo, regocijado, moralizador, fomentador de las buenas amistades, lazo de la conversacion franca y jovial, alivio de las cabezas que abrumó el trabajo, tregua refrigerante de las fatigas del hombre laborioso, así como ocupacion saludable de los ocios y descansos que exige fisiológicamente nuestra corporal organizacion. Jugar de esta manera no es malbaratar la hacienda, ni comprometer la honra, ni arriesgar el alma, ni afligir á la esposa, ni dar mal ejemplo á los hijos, ni ofender á Dios. Es sencillamente desarrugar la frente, echar como se dice una cana al aire, devolver su elasticidad á las facultades cansadas, tomar alientos para de nuevo consagrarse á los arduos deberes de la moral y de la Religion. Establecidas sobre esta base nuestras mesas de juego, no las harán estremecer la vibracion calenturienta de las pasiones, el furor de las rencillas, ni los rugidos de la desesperacion, sino que las animarán los encantos del fiel y cordial compañerismo, las sonrisas de la amistad desinteresada, los dichos alegres del gracejo cristiano.

Ni áun en la duracion del juego puede haber aquí los riesgos que álguien podria entrever en él. Tenemos reglamentado que nadie pueda rodear el billar más de una hora seguida, ya para que no se apasione el corazon á sus emociones, ya para que se permita el acceso á él á los variados grupos

que tienen igual derecho. Además, y por ser el objeto primario de nuestra Academia la Religion, queremos que se suspenda todo juego en ella durante ciertos dias y horas en que llama á otra parte el deber religioso. Así tenemos entredicho el juego los dias más solemnes del año á la hora de la Misa mayor, por respeto á ese solemne acto parroquial que es el más importante en los pueblos católicos; en la Cuaresma y Novenario de almas durante la hora en que se tiene el sermon correspondiente á estos tiempos; los dias del Jueves y Viernes Santo hasta el toque de Aleluya en la mañana del Sábado; las tardes solemnísimas de *Corpus Christi* y de dia de Difuntos, hasta terminada la respectiva procesion de dichos dias; los tres de *Cuarenta horas* de Carnaval durante la funcion de la noche, y además siempre que celebre funcion propia la Academia ó asista corporativamente á algun acto de igual índole, como Jubileo, Mision, Romería, etc., etc.

Esto por lo que toca á los riesgos é inconvenientes que podria ver alguno en nuestros *Café* y *Billar*, y de que nosotros deseamos y procurarémos á todo trance no pueda jamás acusársenos. Pero esto seria poco, y nosotros pretendemos de eso mucho más. Anhelamos sacar de eso ventajas positivas, y hacer de eso eficaz elemento de Propaganda y de accion católica. Y hé aquí de qué manera:

En primer lugar, demostrando prácticamente que no es la vida social cristiana lo que han dado en la flor de pintarnos á todas horas sus eternos enemigos. Nó, señores mios, no es triste, aburrida, ensimismada, reñida con la amenidad del trato, ajena á toda expansion y honesto recreo. No se trata para ser buen cristiano únicamente de rezar y disciplinarse y darse por todos conceptos enojosa vida. El buen cristiano es el hombre más alegre del mundo, á propósito de lo cual solia decir el inolvidable Mons. Segur, jugando del vocablo, que «un Santo triste era ciertamente un triste Santo.» Al revés, la fe y la virtud y la buena conciencia llenan de alegría el corazon del hombre, así como el vicio y la incredulidad se lo colman de negruras y remordimientos. Prácticamente, pues, y con nuestros honrados y cristianos pasatiempos hemos de acreditar todo eso ante el mundo preocupado que nos rodea, á fin de que comprenda de una vez que si nos ve

graves y recogidos en la casa de Dios, no es porque sea melancólica y tediosa nuestra existencia, sino que es más alegre y placentera que la de ellos, que casi siempre ostentan de la verdadera alegría una exterior máscara y nada más.

En segundo lugar, han de servir nuestras diversiones para que prácticamente tambien establezca el mundo que nos observa, comparacion entre lo nuestro y lo suyo, entre lo que anima y vivifica el espíritu de Dios y de su santa ley y lo que se mueve únicamente bajo la inspiracion de sus groseras pasiones. Prácticamente se ha de ver aquí la diferencia que media entre beber y beber, entre jugar y jugar, entre divertirse y divertirse. En los centros que el mundo dedica á sus locuras y devaneos encuentra pábulo y fomento todo lo malo y corrompido. De allí sale la discordia á turbar los pueblos, la disension á dividir las familias, las infames relaciones á destruir la union conyugal, las plagas de mil géneros á corromper la juventud, á llenar los hospitales, y áun á poblar las cárceles y presidios. Ninguno de estos frutos han de dar nuestros solaces y recreos, sino los opuestos enteramente. De aquí se ha de salir para asistir á la Conferencia donde se recauda para los pobres, ó á la Parroquia donde se concurre á la funcion religiosa, ó á la Escuela donde se educa al obrero; de aquí han de salir más respetuosos los hijos, más amigos de su hogar los padres, más confirmados todos en la profesion práctica de su fe, más decididamente resueltos á evitar todo peligro de contagio con los errores y corrupciones hoy dia dominantes.

Terceramente, contribuirá, y no poco, este nuestro Centro de honesta diversion, á que mire con el desvío que debe el buen cristiano aquellos centros de corrupcion á que he aludido, y que son el lazo y tentacion continuos de la inexperta juventud. Ya no podrá alegar el mundo para seducirle el vano pretexto de que no se debe huir de la sociedad, porque el corazon le responderá al instante que tal sociedad no debe buscarla el católico allí sino aquí, donde tiene verdaderamente la suya. Ni le pondrá en aprieto con el compromiso tan comun de tener que entrar en tales sitios para obsequiar, acompañándole á ellos, á un amigo ó forastero en tales ó cuales dias en que no lo puede excusar, porque aquí mismo

puédense prestar igualmente al forastero y al amigo tales agasajos. De suerte que la apertura de este Centro quita de una vez al católico que proceda de buena fe todo motivo más ó menos aparente ó justificado para que pague tributo á la sociedad mundana, mezclándose y alternando con ella donde más riesgos ofrece tal mezcla y confabulacion. Ventaja católico-social es esta, señores mios, de tal importancia que sólo ella bastaria para justificar plenamente á mis ojos la existencia de Centros como el que en esta Conferencia me acaba de ocupar.

Hora es ya, amigos mios, de que les ponga punto final á esas ligeras reflexiones. Quierro cerrarlas con la última, que tengo para mí ha de añadir á las demás no poca eficacia y autoridad. Yo que de esta suerte os acabo de hablar no soy, señores mios, gracias sean dadas á Dios, bien lo sabeis, hombre del siglo, ni adulador, como tantos, de sus antojos y vanidades. Mas bien se me podria acusar de enemigo hasta cierto punto de él, y de casi todo cuanto él recomienda y encarece. Más aún. Soy todavía por otro concepto testimonio más abonado é imparcial, porque ni juego al billar ni tomo café. Todavía más. Entiendo que la austeridad y recogimiento que me impone mi carácter sacerdotal me aconsejan no frecuentar, por lo menos habitualmente, vuestras mesas de café y vuestro salon de billar, áun con ser todo esto vuestro y con las condiciones enumeradas. Pues bien. Por todo eso comprenderéis que, al hablaros como lo hice esta noche, ni me cegó la pasion ni me movieron interesadas aficiones, sino el deseo de poner en su punto la verdad y de esclarecer una materia muy relacionada en el dia con la Propaganda católica.

HE DICHO.

A. M. D. G.